PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

ENSUEÑO DE CRISTAL
RIO BOROSA

EL ÚLITMO EDÉN -14 © José Gómez Muñoz.

INTRODUCCIÓN:

Las dos rutas que recoge este pequeño librico, están elaborada en una versión literaria y siempre matizadas desde lo más hondo del alma para que la fragancia eterna que de la sierra mana, fluya y aparezca y así no sea sólo recorrer los paisajes por el deseo de conocer rincones nuevos y coleccionar estampas.

El autor:
José Gómez Muñoz

INDICE:

GRANDES RUTAS

GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa - 1
Piscifactoría, Cerrada de Elías, Salto de los Órganos,
Túneles,Nacimiento de Aguas Negras, Lagunas,
Collado del Haza, Cortijo del Haza. 16- 5 - 98

La distancia

Tomando como punto de partida la cadena que corta la pista en la piscifactoría y la meta final en el Nacimiento de Aguas Negras, las distancia a recorrer, en ida y vuelta, son de unos veintidós kilómetros. Si se incluye la subida al Collado y cortijo del Haza y a la Laguna de Valdeazores, unos cuatro kilómetros más.

Aproximada:

Desde la cadena al Charco de la Junta:	1	Km
Al puente de los Caracolillos:	2	Km
Al Vado de los Rosales:	3,3	Km
Desde la cadena a la Cerrada de Elías:	4	Km
Desde la cadena hasta la Central:	7,5	Km
Desde la central hasta el embalse:	3	Km
Desde el embalse a la Laguna:	1	Km
Desde el canal al Collado del Haza:	0,8	Km
Sendero de la Cerrada de Elías:	1	Km

El comienzo de esta ruta se sitúa sobre unos seiscientos cincuenta metros y va discurriendo entre los novecientos a mil para alcanzar los mil trescientos metros, poco más o menos.

El tiempo

Dependiendo del ritmo o las paradas y contando que se van a recorrer las rutas a la Laguna de Valdeazores y la del Collado y Cortijo del Haza, el tiempo empleado puede ser de ocho a nueve horas, desde la salida hasta la vuelta. Una jornada muy completa y de aquí que, en épocas de pocas horas de luz, nos falte día por arriba y por abajo.

El Camino

Desde la entrada a esta ruta por la pista que recorre el río Borosa hasta la casa de la Central Eléctrica, siete kilómetros y medio, es una pista forestal de tierra en buen estado, excepto los charcos y el barro en los días de invierno. Para recorrer la grandiosa Cerrada de Elías, en el Vado de los Rosales, se desvía una senda que se interna por el mismo cauce del río y después de atravesar varios puentes y luego la hermosa cerrada, se une otra vez a la pista por la parte de arriba. Tiene este sendero como un kilómetro.

Desde la casa de máquinas sube una senda, buena a tramos y más estropeada en algunos trozos, que asciende siempre pegado al curso del río y va ofreciendo pequeños miradores naturales sobre las grandiosas cascadas y los profundos charcos azules y transparentes. Para salvar el gran desnivel del Salto de los Órganos, gira hacia el levante y después de elevares por entre las tierras de una pendiente repisa que se encaja entre dos grandes voladeros, se interna por los túneles para coronar a la parte alta del Salto de los Órganos. Da una gran curva siguiendo siempre el borde del canal que recoge el agua para la central, atraviesa otro túnel menor y ya descansa sobre el muro del primer embalse.

Desde este punto la senda sube al nacimiento de Aguas Nagras y luego continua hasta la Laguna de Valdeazores y desde ahí sigue ascendiendo en pista forestal hasta coronal el Collado Bermejo. Un delicioso recorrido que no tiene más dificultad que su gran distancia, puesto que los caminos son buenos y los paisajes esplendorosos.

Para subir al Collado del Picón del Haza, entre el primer y segundo túnel, hay que girar a la izquierda, si subimos por el río, y por entre monte de bujes y escaramujos, en una pendiente repentina, pero muy bella, coronamos a las tierras de este grandioso collado. Desde aquí mismo ya se ven las llanuras donde estuvo el cortijo y todo el esplendor de la grandiosa cuerda de las Banderillas, con el Cinto de las Higueras, Castellón del Haza de Arriba, Tranco del Perro, el Fraile de las Banderillas, Collado de Roblehondo y el Calarejo de los Nevazos. Esta enorme muralla rocosa es la que da origen al gran río Borosa y los espléndidos saltos de agua que los conforman.

El Paisaje

Nada más arrancar, a la derecha, nos sorprende el grandioso Charco de la Cuna, siempre rebosante de azul y las cascadas saltando los muros de las placas rocosas. Una entrada al río llena de sencillez, pero majestuosa por la estrechura de la cuerda que el cauce por aquí ha cortado y las dos laderas tan repletas de vegetación y en su profundo silencio.

Unos metros y el claro chorro de la Fuente de los Astilleros, nos saluda con otro encuentro agradable mientras la corriente del río comienza a darnos compañía por la derecha. El camino sube bastante bien y llano y en una primera curva, por el lado derecho se nos cuela la preciosa cascada del arroyo de Las Truchas que salta limpia y se derrama en el azul Charco de la Gracea. Por arriba se abren las profundidades del largo barranco de Roblehondo y un poco al frente y en este mismo lado, la gran cuerda del Castellón del Moro que durante un largo trecho nos irá acompañando.

Por la izquierda se nos levantan las laderas de la Cuesta del Topaero, todas ellas pobladas de romeros, carrascas, madroñeras casi milenarias, durillo y mucho lentisco enredado con las hiedras que se agarran a las grandes rocas calizas que por un lado y otro afloran. En un día como el de hoy y después de lluvias intensas, de estas laderas chorrean caños de aguas limpias que se adornan con las florecillas abiertas y el canto de muchos pajarillos.

En el primer puente que da paso a la pista hacia el lado derecho y es justo donde se aparta la que sube para el barranco de Roblehondo, al lado izquierdo, los

caprichos de las rocas nos saludan enredadas entre el monte y curvadas en forma de uve invertida. Son las blancas rocosas que por aquí ha ido cortando la corriente y al quedar al descubierto muestran dibujos realmente bonitos. Anticlinales que parecen dibujos realizados en el desorden y libertad más limpia y de ahí su gran belleza. De este fenómeno tectónico es de donde le viene al puente su nombre. El de los Caracolillos.

Mientras el río ahora nos sigue acompañado por la izquierda, en un juego dulce de olas, charcos y cien rocas lavadas por las aguas, por el lado de la derecha nos aplasta la grandiosa vegetación que chorrea desde la misteriosa ladera que nos corona. Es este uno de los bosques más bellos de todo el parque por estar todavía poco alterado y guardar entre, su espesura, las mejores sabinas, enebros y madroñales, encinas y robles que se dan en todo el territorio.

La travesía de la Cerrada de Elías, sí es por la mañana y cuando todavía hay poco personal por aquí, resulta un momento de profundo placer por la frescura que desprende la vegetación que la arropa, los mágicos charcos que en el río se remansan, las blancas cascada casi de juguete, las peñas depositadas en el surco del río y las bellas laderas que a un lado y otro nos escoltan. La misma cerrada, con sus rocas repletas de florecillas, helechos, caños de agua que rezuman por cualquier grieta y la corriente del río entre remansada y violenta, nos deja una grata impresión de limpieza y gozo sobre el espíritu.

Ya saliendo de la cerrada y otra vez por la pista, mientras no dejamos de cruzar puentes que nos van dejando a una orilla y otra del río, empiezan a darnos compañía los grandes picos rocosos que sobresalen desde la cuerda de las Banderillas. El Puntal de la Cerrada y la gran solana de Roblehondo de los Villares, por el lado izquierdo con las morras de las Asomaicas. Por el lado derecho, el picón de la Lancha de los Pinos y al poco, nos metemos en otra de las impresionantes cerradas de este mágico río Borosa: Cerrada de Puente de Piedra y a continuación la pequeña llanura de Huelga Nidillos que nos sale al paso por el lado izquierdo y donde todavía se pueden ver las higueras que sembraron aquellos serranos, las parras y la senda que, cruzando el cauce por un vado de cristal, ascienden hacia el cortijo de Roblehondo.

La Cerrada de Puente de Toba, unos metros más adelante. Dos grandes y profunda gargantas que no han sido adaptadas para introducirse por ellas y por eso conservan toda su belleza primitiva. Al dar la curva, la pista, hacia la derecha para enfilar más recto hacia el sur, una repentina subida, una llanura, las crestas de la gran cordillera que parecen desplomarse sobre nosotros y entre olor de tomillo y mejoranas, la casa de máquina de la central eléctrica.

Se termina la pista y la senda nos ofrecen su mejor amistad para irnos colocando sobre los deliciosos miradores naturales frente a las cascadas y los charcos de este río. Al frente y por la derecha, la gran ladera de la escarpada Lancha de Pilatos y Poyo de los Cerezos por donde se escalonan las rocas y en sus repisas, las milenarias encinas entre pinos y robles. ¡Qué impresionante concentrar la mente en los secretos y bellezas de este agreste monte!

Mientras vamos alcanzando la estrechura del río para enfrentarnos con la cascada final o primera, según queramos situarlo, las praderas de hierba, las

oscuras rocas, los enredados bujes y zarzas y las blancas espumas de las aguas nos acompañan de asombro en asombro hasta dejarnos sin aliento frente al escalón y tranco final. La caída de este dulce salto nos refresca el alma al tiempo que nos contagia el ánimo para continuar remontando y después de atravesar los dos túneles, seguir anonadados y aplastados en el asombro. La visión de las plácidas aguas del pantano de la Feda y los borbotones del manantial de Aguas Negras, nos dejaran hondamente satisfechos y más limpiamente abiertos al infinito y con ganas de gritar un sincero gracias.

Desde este rincón, conquistado no sólo por el placer de conocer sino por la necesidad de descubrir la grandiosidad de la creación de la que somos parte y arte, el horizonte se nos presenta coronado de cumbres oscuras, algunas por la vegetación que cubre las laderas y blancas o color caramelo, otras por las rocas lavadas de nieves e hielos. Siempre arriba, el profundo cielo azul, lleno de nubes con formas de vellones de algodón o negras como la misma lejanía de lo que aún se intuye y no se ve.

Lo que hay ahora

A las ocho y cuarto de la mañana, el sol está un poco remontado sobre el Calarejo de los Villares. Como estos días de atrás, ha llovido tanto, la naturaleza se encuentra empapada y chorreando por todos sitios. Y como ahora está haciendo buen tiempo, por la noche, la hierba y el monte se cubre de rocío y al amanecer, el vapor de agua, empieza a elevarse desde los barrancos, velando todas las laderas y las hondonadas de los arroyos. Es como si fuera una niebla fina que al no tapar por completo, deja transparentar las figuras de las montañas y el disco dorado del sol que se alza. Y al mirar, se ve como un grandioso mundo brumoso que pareciera querer despertar de un sueño profundo y largo sin dejar traslucir cual será el resultado final.

Y el alma se queda embelesada frente a esta mágica visión y tampoco sabe distinguir la realidad exacta y clara del universo que tiene ante sí. Esta es, en toda su amplitud, la sensación que transmite la profunda sierra y la turbación que experimenta el pobre humano que la pisa con el deseo de encontrar y encontrarse para saber, siquiera un poco, cual es el lugar que le corresponde y el trozo que le pertenece. Y lo primero que aprende, en la mañana cálida y hermana, es el sentimiento de humildad, por la pequeñez frente a lo que por los ojos se cuela y la necesidad de pedir perdón al tiempo que agradecer desde lo más hondo del corazón. ¿De quién son estas sierras, sus caminos, sus ríos y sus montes junto con el palpitar de tantos como por aquí vivieron luchando con la tierra y cruzando las veredas?

Son las ocho y media de la mañana. Me pongo en movimiento con el deseo de recorrer los caminos y, algo los secretos, de este río llamado Borosa. En la explanada ya hay algunos coches parados y al verlos pienso que hoy tampoco no voy a ser el primero. Es sábado dieciséis de mayo de mil novecientos noventa y ocho. Es fiesta en Madrid y por eso ayer me enteré que en la sierra, este fin de semana, hay muchas personas.

Está el campo húmedo. Cae agua por las cascadas de la izquierda nada más arrancar por la pista. Si miro, conforme voy caminando, por este lado de la izquierda me queda la primera pared de piedra que voy a rozar hoy. Tiene madreselvas

florecidas y muchas matas de lino blanco. Me asomo un poco, por el lado de la derecha, y se ve la cascada de este río Borosa. Hoy el río trae mucha agua y por eso esta primera cascada se ve grande, azul y muy ampulosa. Charco de la Cuna se llama este rincón y al mirarlo, lo que más sorprende en él, son las placas rocosas que la corriente va limando y como todavía no ha podido romperlas, se les enfrentan en forma de pequeños muros que quieren sujetar la corriente. No lo consiguen y por eso el agua se arremolinea, salta, se hace espuma, se quiebra lanzando su lamento de viento herido y al llegar a la parte más honda, se remansa plácida al tiempo que se viste de azul verde y muestra su transparencia más fina.

Podría ser este el puro espejo del humilde río que acaba de bajar de las cumbres. O también podría ser el resumen de la grandiosa sinfonía de donde ha nacido y llega. Podría ser el puñado de esencia que contiene todos los demás perfumes y podría ser el poema redondo y menor que expresa todo lo sustancial y ya no hay modo de poderle añadir ni quitar, porque alcanza la perfección suprema.

La hierba que bordea la pista se ve chorreando de gotas blancas de rocío. Bañado en pura agua que es casi vapor, se ven las matas de las zarzas y las de las cornicabras. Ya va dando el sol por la ladera que me queda frente y a mi derecha. La otra ladera gemela que me queda por la izquierda, al mirarla, descubro que muestra un terreno áspero y quebrado por donde los pinos sobresalen y hasta cuelgan hacia el barranco. Las siluetas de estos árboles y de las encinas, junto con las madroñeras y los durillos, se ve recortadas contra la luz del sol que les llega por detrás, del lado del Calarejo.

En la primera curva de esta pista que recorre el río, es donde se forma la cascada de esta cuna del río. La corriente hoy le entra amplia, alegre como quizá pocos días del año y al rebosar por las rocas que quieren sujetarla, se transforma en espuma que más parece pura nieve. Si lo miro detenido descubro que no es una cascada: todo el río se abre en un inmenso abanico de agua cristal que juega con las piedras mientras se despeña y canta la melodía más dulce de cuantas músicas, los oídos humanos, puedan percibir.

De aquí mismo arranca el canal que coge el agua para la piscifactoría. Hoy tiene tanta que rebosa generosamente. Ya doy la curva hacia el arroyo de Ruejo. Un letrero que dice: “Toma de agua piscifactoría. No bañarse”. Una pequeña represa y al remontar la corriente por encima, se abre en un abanico transparente al tiempo que se riza en encajes primorosos. Lo miro surco arriba y lo veo bajar, todo abierto, suave por algunos tramos y más revolucionada al chocar con las piedras y las raíces de las plantas. Multitud de olas con crestas de espumas inmaculadas y muchas matas que se mecen casi al ritmo de la corriente.

Es esta una mañana muy tranquila aunque creo que por delante de mí, van ya muchas personas. Esto es lo que creo. La tierra del camino como peinada por las corrientes de agua que ayer mismo bajaron por aquí. Y por los indicios, las lluvias han sido abundantes. Miro detenido y no se ven pisadas humanas ni rodadas de coches.

En la misma curva del arroyo Ruejo, se mira al río y se le ve hasta unos cincuenta metros hacia arriba y baja sereno, amplio y todo rebosante. Parece un rey sin que

deje de ser espejo y al mismo tiempo el más sencillo de todos los ríos por el privilegio de aguas tan puras. El arroyo me queda a la izquierda con su muro menor de contención para sujetar la tierra que arrastran las corrientes de la ladera y en el mismo centro, cinco o seis agujeros para desaguar y sólo por uno de ellos, sale un grueso caño. La Fuente de los Astilleros vertiendo agua por su caño de hierro y por todas las grietas de las rocas.

Con la pista, la fuente como punto de arranque y el arroyo que lo besa, desde aquí el río se alarga casi recto hacia el arroyo que le entra por el lado derecho. Sin una sola curva al menos en veinte o treinta metros. Antes de la fuente, por la izquierda brota un manantial de entre las raíces de una jara. Toda esta pared rocosa llena de agua y unos metros más arriba, un gran caño cristalino que fluye de la misma tierra y con la fuerza de lo salvaje. Es como si el cerro entero estuviera hueco y en su centro se remansara un gran lago y por estas grietas hoy estuviera echando sus aguas al río.

Pero no caen directamente al cauce mayor, sino a la cuneta por donde corre paralela a la pista hasta encontrar el mejor paso para vaciarse sobre el río. Pasando la fuente, un muro de contención para sujetar la ladera que se está cayendo hacia el río. De aquí mismo y por dos puntos distintos, arranca la senda que viene desde el Tranco del Perro, pasa por las ruinas de la Aldea de los Villares y cae por esta cuesta llamada del Topaero. Es este camino o senda, otra de las profundas rutas que bordeando al río, se llega hasta las más elevadas crestas del Tranco del Perro y de las Banderillas para volcar a los Campos de Hernán Pelea.

Treinta metros pasado la fuente, la corriente baja algo más torrencial, como jugando al esconder con las rocas que sobre el lecho están clavadas y las raíces y ramas de las plantas que en el lecho crecen. Se remansa en charcos no muy grandes ni profundos y al quebrarse el agua, surgen los remolinos y de los remolinos, nacen una y cien olas de crestas blancas. El agua es azul transparente.

En las orillas y donde no llega la corriente, crece mucha hierba que hoy muestra su mejor verde por el rocío que le ha regalado la mañana y la luz del sol que ahora mismo empieza a besarla. Las zarzas están brotadas también y florecidas las retamas con sus flores amarillas oro nuevo y de las encinas cuelgan los zarcillos de trama color oro algo viejo. Las hojas nuevas que ya les han nacido, muestran un tono verde claro para contractar con las viejas que se tiñen de verde oscuro casi negro. Las madroñeras también estiran sus tallos nuevos, algunos ya de diez y hasta quince centímetros y mucha madreselva con su mejor traje de primavera. Porque la primavera de este año, está siendo y será una de las más esplendorosas que se han conocido por aquí. Todavía el romero conserva algunas de sus flores y los tomillos menudos cuelgan por las torrenteras cargados de diminutas flores rosáceas y blancas.

Pino pequeños y a la izquierda, pues espesura de monte que al mirarlo, agrada mucho porque sus tonos verdes son deliciosos. Contrastan mucho el de las nuevas hojas que ha dejado por aquí la presente primavera con el de las viejas hojas que se tostaron al sol de los veranos pasados. Sobre el lecho del río, aflorando los estratos de la roca que forman como escalones rotos donde al llegar, el agua pierde su serenidad y se distorsiona en arrugas blandas e irregulares. Todo ello y la mañana, pertenecen al mismo juego que me trae este cauce para ir entreteniendo

a las mariposas que ya empiezan a revoletear y a los absortos ojos de los humanos que por aquí caminamos en busque de no sabemos qué paraíso perfecto.

Un coche parado con la inscripción de Junta de Andalucía y algunas personas que parecen pescar. Había pasado unos minutos antes de comenzar esta andadura mía en este día y por este río. Un rosal silvestre mostrando sus rosas blancas a la inmaculada luz de la mañana e impregnadas de rocío. La hierba que le nace por entre sus tallos, se ve toda empapada de este rocío que son como gotas diminutas muy limpias, parecidas a diamantes, pero si las tocas, se espachurran. Al pisarla, tiemblan en las curvas o puntas de las hojas y al chocar unas con otras, se crecen y con el peso, caen al suelo. Otras se mecen como no queriendo desprenderse del verde donde han nacido por la noche y al temblar, relucen besadas por los rayos del sol que les va trayendo la mañana.

Y la ladera que va quedando por el lado derecho del río, es un bosque inmenso de pinos no muy grandes, que se alargan desde la tierra donde clavan sus raíces y por el tronco, los abraza el espeso bosque de matorral. Muchas madroñeras son las que acompañan a estos pinos y durillo ya también brotado y por eso mostrando su traje verde de vida nueva. Y como también el bosque está sembrado de infinitas gotas de rocío y lo mismo las ramas de los pinos, al darle el sol que por la cumbre del Calarejo viene subiendo, pues relucen como en un revuelo de perlas recién talladas para la mejor fiesta.

Por la parte que me va quedando entre la pista y las aguas del río, donde hace unos años construyeron un muro para que las aguas no se comieran la pista, otro rosal silvestre y este tiene sus flores más frescas y teñidas de un rosa vivo y puro. De entre ellas surgen algunos tallos de zarzas que tienen casi un metro de largo. Esta vegetación es de la que sembraron por aquí cuando terminaron la construcción del muro para que el trozo quedara lo más natural posible. Zarzas, rosales, jaguarzos, retama, algún pino y el amplio tapiz de hierba que ha nacido por su cuenta.

Por la ladera de enfrente, la derecha que es donde viene dando el sol, se empieza a levantar la niebla. Como los rayos del sol la ilumina, al tiempo que se empieza a levantar por entre los pinos y las madroñeras, pareciera que estuviera ardiendo sobre un mar de hojas verdes y gotas de rocío. Pero la iluminación que le llega desde el lado del Calarejo, es tan bonita, que brillan las nieblas mientras juegan con la brisa de la mañana y se escapan por entre las ramas de los pinos hacia el azul del cielo que arropa.

Un poco antes del arroyo de las Trucha, el río que siguen mostrando los filones de rocas que emergen desde la tierra y quieren sujetar al agua que baja. Ya se ven las crestas de las olas que saltan desde la cascada del arroyo del Las Truchas. Me voy acercando y aunque la tengo gozada de otras muchas veces, siempre me pasa igual: la presencia de este chorro de agua cayendo por esa canal de rocas calizas y lavadas pulcramente, se me clava en lo más hondo del espíritu quemándome con su belleza transparente. Las miro como queriendo quedarme mientras paso y descubro que sobre las piedras de los bordes que sujetan el profundo charco azul, saltan algunas personas afanada en su pesca.

Al cruzar y quedar frente total con el arroyo que llega, se le ve asomar por entre

la profunda lejanía que no lo es tanto, sino que la espesura del bosque la tiñe de sombras y de rincones densos y oscuros. Este arroyo es casi un segundo río porque su cuenca de recepción, además de ser muy amplia, cae desde toda la gran cordillera del Calarilla. En esa altiplanicie se acumulan las nieves del invierno que luego al fundirse, se hacen manantiales claros que van alimentando a los arroyuelos menores que dan vida a este bellísimo arroyo de las Truchas. Algunos de esos arroyos nacidos entre las grietas de las rocas mejor esculpidas, como el Castellón del Moro, Majá Izquierdo, Voladeros del Campanario, Calarilla, Poyos de Guadahornillos, Barranco de las Iglesias, Puente de Guadahornillos, tienen también nombres preciosos. Fuente de la Umbría, Arroyo de la Gracea, Arroyo de Guadahornillos, arroyo del Tejar y así hasta quedar en este grandioso que ahora mismo se funde con las aguas de este río.

En los último metros queda, este arroyo, encajonado y aprisionado entre los pliegues de las rocas que le salen al paso y saltando de un escalón a otro, la corriente se estrella hasta encontrar su descanso, después de la última cascada, en el charco llamado de la Gracea. Al caer, se forman las olas de espuma y al dormirse durante unos segundos, sobre el cristal del hermano mayor, se viste de azul y verde bosque y ya sigue, todo uno, con el Borosa.

* *

Al Puente de los Caracolillos.
El primer puente que tiene este río, me sale al encuentro por el lado derecho y aunque algunos no le dan categoría de puente, lo es atravesando el cauce elegantemente y se apoya, en este lado, sobre el muro de la pista y en aquel, sobre una roca algo modificada con cemento y con unas vigas sujeta las tablas para dar paso. Lo conozco bien y lo tengo cruzado hasta incluso en sueño y cuando aquellos días de ilusión inmaculada. Tiene una baranda de hierro pintados de verde y las cadenas colgando para que se puedan sujetar las personas.

Otro letrero: “Toma de agua piscifactoría, no bañarse, Ama”. La pista gira hacia la derecha y con ella el río y quizá sea al revés y a la derecha, un puntal con unos cuantos pinos negros que resaltan por entre el monte y en todo lo alto, uno seco y tumbado hacia el barranco del río. Precisamente el sol le da de frente y como arriba está el cielo azul, queda recortado con una figura mágica.

Otra curva hacia la izquierda siempre adaptándose al cauce y pegado al muro de contención que le hicieron por aquí, una higuera a la derecha y a mi lado izquierdo, una gran pared de rocas por donde se ven los pliegues con claridad. Chorrean agua casi a lo redondo. Pasando la higuera, dos pinos clavados entre el muro y el río. Un arrendajo que se arranca desde las aguas del río hacia los pinos de la izquierda y traza su vuelo por la espesura del bosque. Un pino seco caído hacia las aguas y verdes, un grupo de doce o catorce que se clavan en las mismas piedras que bañan las aguas de la corriente. Del beso que le ha dado esta noche el río, todavía tienen sus troncos mojados.

El trébol y las margaritas, también tienen sus florecillas abiertas y cada una con sus gotas de rocío correspondiente. Y ello como si alguien quisiera decir que tanto lo grande como lo pequeño, tiene el traje y las joyas que les corresponde sin que ninguno se repita ni sea menos bello que el otro. Los álamos, algunos por aquí, ya se han vestido con sus nuevas hojas y en la mañana soñolienta, se lavan tanto en

las puras aguas que se le pasean por su sombra como en las frágiles gotas que, al rozarlos, la niebla les ha prestado.

A la derecha, una curva y ya frente se ve y muy remontado, el puntal de lo que sería la prolongación del Castellón del Moro. Por entre la espesura de ese bosque, remonta la pista que atraviesa Roblehondo y llega hasta Linarejos. Se muestra elevado en el centro del bosque y frente al sol de la mañana que lo va llenando de niebla. Por detrás de esta elevación, pero muy adentro, se alza el Castellón del Moro y un poco más abajo y volcando al río, el lugar donde estuvo el cortijo de Guindas. Por ahí también sube una media senda que remonta hasta las altiplanicies del Calarilla.

Una parra silvestre enredada en el tronco de pino justo en la curva que traza la pista cuando ya sobre pasa el puntal que cae. Un charco grande que llena toda la pista por donde sale el agua que viene por la cuneta. Esta zanja se presenta como un río menor de tanta agua como ha venido recogiendo de toda la ladera esta de la izquierda. Sobre ella tiembla una vieja madroñera y al pararme, porque la gota de agua, condesada del rocío, que cuelga de cada madroño me reclama la atención, siento necesidad de beberme tan tierna transparencia y de comerme tan verde fruto y lavado con esencia tan fina. Ya están bastante gorditos, casi como huevos de gorrión. Y ahora caigo en la cuenta que los madroños tardan un año entero en madurar. Se abren sus flores en los meses del otoño y hasta el otoño del año siguiente, no maduran, justo cuando la planta vuelve a tener nuevas flores.

La pista se estira bastante llana, casi a nivel del río y entre éste y el camino, pequeñas praderas de buena tierra y con mucha hierba esponjada de rocío. Una hilera de pinos negros, algunos que se doblan hacia el río y el bosque espeso de romeros, lentiscos, majoletos y zarzas. Rosales silvestres también y mucho bujes.

Todavía no da el sol en este barranco porque a estas horas de la mañana, los picos del Calarejo de los Villares, me lo viene tapando por este lado. De la izquierda, por la pared esta de rocas que me escoltan, de entre un mechón de juncias y helechos, brota un caño de agua grueso como una pierna. Es esto un macizo de rocas negras y todo rezuma agua y en su centro, el borbotón mayor. Llevo andando sólo quince minutos.

Un arroyo menor que muere sobre la pista por el lado izquierdo y a la derecha, otro puntal que cae del gran castellón y un pliegue que es un anticlinal perfecto. Dibuja una uve invertida y se ve todo roto por el fiero bocado que le ha pegado el río a lo largo del tiempo. La corriente se estrecha mucho porque la comprimen los pliegues rocosos por un lado y otro. Salta en una cascada grande y un poco más arriba, muchas rocas que han rodado y al tropezar el agua con ellas, se abre paso locamente sin llegar a formas cascadas.

En el mismo firme de la pista, dos rocas grandes que han rodado desde la ladera de la izquierda. Casi cortan el paso. El puntal por donde se abre paso la pista que atraviesa Roblehondo, por aquí ya se le ve la cara mejor. Le da el sol y como arriba emerge un espigón rocoso, deslumbra con sus tonos color café con leche y brilla por entre el verde del bosque. En todo lo alto, varias encinas y dos o tres pinos secos recortados sobre el cielo.

Una tabla escrita que pone: “Acotado de pesca sin muerte”. La pista traza otra cuerva hacia la izquierda y al frente veo el vuelo del amplio recodo que dibuja la ladera justo donde se encuentra el puente de los Caracolillos. Lo contiene toda la grandiosa ladera de la izquierda que sube hacia las tierras de Los Villares. Toda esa ladera se muestra a arropada por la sombra porque el sol viene saliendo desde ese lado y por eso se ve como brumoso por la niebla que arranca desde el río aunque se distingue la vegetación de romero y cornicabras, muchas encinas, algunos pinos y resaltando, los pliegues de las rocas.

Es este uno de los sitios donde más claramente se ven los pliegues de las rocas que conforman a estas sierras. Si ahora mismo siguiera la pista que sale por la derecha, antes de llegar a la casa forestal de Roblehondo, justo al cruzar el arroyo del Barranco de las Iglesias, también me la encontraría descarnada donde los pliegues se presenta claramente. Y estoy pensando que por las cumbres de Caga Sebo, justo en el macizo del Cabañas, hay una cuerda enormemente bella por la figura que presenta las curvas de los pliegues allí visibles. En otros muchos puntos de este gran espacio natural, se ve este fenómeno, pero desde luego, en este recodo del Puente de los Caracolillos, se muestran especialmente bonitos.

Desde el puente hacia la cumbre, se le ve formando como una uve invertida, cerca de la pista, hay algunos que se les han roto la mitad de la uve y por eso son sinclinal sin llegar a ser desmantelado. Este rincón desprende un encanto especial no sólo por la figura que presentan los pliegues de las rocas sino también por la vegetación, la amplitud del recodo y la clara corriente del río besándolo en los pies. Casi todo son encinas, algún pino muy salteado, romero y lentiscos brotando de las mismas rocas.

Hasta este primer puente del dulce río, la distancia es de dos kilómetros más o menos y el tiempo empleado han sido veinticinco minutos. Justo al cruzar el puente, por la derecha sale la pista que sube hacia el profundo barranco de Roblehondo y coronando el Puerto del Calvario, sigue hasta el arroyo de Linarejos. Un largo recorrido, pero muy bello por la soledad y la grandeza de los paisajes. Tiene esta pista su cadena y al mirar hacia este barranco que hoy no voy a recorrer, lo veo con una anchan franja de niebla que lo parte por la mitad y al darle el sol, se refleja y mana como un borde de arco iris.

Cruzo el puente y ya el río me queda a la izquierda, muy hundido en el surco rocoso por donde lo veo saltando, todo espumeante y rebosante como pocas veces lo he visto. Entre las piedras que bañan las aguas, unos álamos que están cubiertos de hojas y en la mañana se estiran serenos con la majestad de lo hermoso. Y si desde este punto, nada más cruzar, miro hacia la otra ladera, los pliegues que ya he dicho, se me cuelan por los ojos con la fuerza de lo tangible y lo claro.

* * *

Al Vado de los Rosales.

Al dar la primera curva después de cruzado el puente, me encuentro con Faustino, mi buen amigo y el último habitante de los viejos cortijos que poblaron las profundas sierras de este rincón del Parque. Vive él el cortijo de Roblehondo de los Villares y lo conozco y también a sus tres hijos y al suegro Manuel, porque varias veces he pasado por la vereda que corona el Tranco del Perro precisamente un poco más arriba de donde se alza su cortijo. Gran persona este hombre y parece

que resignado a vivir en lugar tan apartado y donde tan lejos coge de la civilización y la carretera y también, por donde tantas nevadas caen en invierno.

Pues me ha dicho que Manuel, ha estado internado en el Hospital de Úbeda, con problemas intestinales. La mujer de este hombre, es sorda muda y hay que ver dónde viven ellos y lo malo que es de andar la ladera que hay antes de llegar a su cortijo. Faustino me dice que ahora trabaja en el jardín botánico de la Torre del Vinagre y que todos los días baja y sube, desde ese lugar, hasta su cortijo. Pues casi cinco kilómetros desde la parta alta de la Cerrada de Elías y algo más de uno más, hasta llegar a su cortijo en la mitad de la ladera entre el Calarejo de los Nevazos y el surco del este río.

La pista aquí, da una curva muy ampulosa adaptándose al río, por donde se estrecha también. Le obliga a ello un espigón por la izquierda y otro por la derecha. Dos grueso pinos negros entre el río y la pista. Es bonita esta hondonada y a estas horas de la mañana, cuando todavía no hay nadie por el lugar y sí la niebla, desde el río, sube rozando la punta del monte que cubre las laderas. Los rayos del sol la va alcanzando y los colores de luz y sombras, alegran y animan.

Al dar la curva, muy cerrada, a la corriente se le ve entrar violenta, toma un respiro de serenidad nada más avanzar unos metros y enseguida arremete con fuerza contra las piedras del lecho del río. Tan bello es el espectáculo que desde luego, contarlo es una cosa y verlo, otra muy distinta. Justo entre el río y la curva, entre el río y la pista, crece un árbol grande que no puedo decir a qué especie pertenece por encontrármelo todo desnudo de hojas. Creo que es un almez. Lo miro porque le tengo gran cariño y hasta dudo si se habrá secado por lo desnudo que me lo encuentro. Al volver me voy a parar un rato junto a él.

Una lata de refrescos, papeles de paquetes de pipas y bolsa de plástico por aquí tiradas. Algunas personas no son muy cuidadosas con la belleza de este río. Al final de esta curva, el cauce se estrecha otra vez y gira un poco a la derecha. Enseguida aparece una recta de unos cien metros y el camino se pega a la corriente. Muchos charcos y el segundo puente que ya se ve. Va de una orilla a otra aprovechando que el surco por aquí se comprime obligado por las placas de rocas que por la izquierda se le clavan. Una de estas placas es muy gruesa y justo donde descansara o tuviera su apoyo, es donde le han puesto el puente.

Antes de llegar al puente, al frente, por la derecha, barranco arriba, donde ya da el sol y el bosques es espeso, sobresalen los troncos de cuatro o cinco pinos secos. Y también por la derecha un gran corte de rocas donde muchos de los que por aquí pasan, dejan escrito su nombre y hasta la fecha. Los que no lo graban con navaja o alguna otra herramiente, lo dibujan con pinturas. Dos kilómetros quinientos metros hasta este segundo puente si no contamos el pequeño de tablas que hay junto al Charco de la Gracea. Son las nueve y diez de la mañana.

Lo cruzo y observo que va de un lado a otro de un sólo tirón. Lo refuerza, por los lados, dos vigas de madera y en el centro, tablas sacadas de los pinos de estas sierras. Ya voy ahora por la izquierda del río. Cantan los pajarillos y como la mañna ya viene alzada por las cumbres, todo parece anunciar que hoy no va a llover. El durillo con sus nuevas hojas abiertas y alguna que otra mata de tomillo y mejorana.

Por la izquierda me va quedando una pared de rocas por donde han tenido que meter la pista cortando, porque aquí el río es muy estrecho y llega un punto en que el espigón rocoso casi arropa por completo a la pista. Cae como una bisera y se ven como unas cuevas por el espacio que han dejado unas placas y otras. La gente sube y el agua que chorrea en cantidad.

Los helechos comunes también están ya brotados, bastante altos algunos y el olor que sale de la tierra, ahora que la va calentando el sol, pues es a humedad y a primavera y a fresco y a mañana tranquila. Y por esto me digo que hoy es como si fuera el día corazón de la primavera. Y lo digo porque de aquí para atrás no ha hecho tanto calor y entonces la naturaleza no estaba tan brotada. De aquí para adelante ya hará mucho calor y la naturaleza se irá desplegando hasta su máxima capacidad. Ahora mismo, como ha llovido mucho y el tiempo se presenta templado, la vegetación está brotada, tierna, florecida por muchos rodales y por eso a hoy le llamo el día corazón de la primavera. Dentro de unas semanas ya estará todo más crecido y más seco y unas semanas atrás, estaba todo en su letargo invernal.

Se estrecha la pista obligada por la vegetación que le crece a los lados y un gran chorro de agua que en forma de cascada, cae por la torrentera hasta la cuneta. Por ella baja formando arroyuelo hasta que encuentra por donde escaparse hacia el río. Según voy dando esta curva aquí metido entre la vegetación y el río remansado, que aparece por un claro, profundo y rebosante, azul verde y a la derecha y arriba, el Castellón del Moro. Como dos grandes bloques de rocas que sobresalen clavados en lo más alto de la cumbre por donde se amontonan los pinos y la luz del sol cayendo sobre las rocas. Desde allí hacía el río, el bosque espesísimo y verde. Muchas encinas, madroñeras, cornicabra y lentiscos.

Por el lado izquierdo y, no muy lejos de aquí, se aparta una vieja senda y siguiendo un poco paralelo al arroyo que baja desde el Calarejo, sube a la aldea de Los Villares. No la conozco bien porque nunca la usé, pero sí tengo referencias de ella. A esta vieja aldea, hoy inexistente porque ya la derribaron, se le llega por aquella vereda que dijimos sales desde la Fuente de Los Astilleros. También he subido a ella por lo que hoy es un jorro y baja pegado al arroyo de los Villares, justo donde la Cerrada de Elías logra que la pista que remonta este río, se eleve por el lado derecho. En la misma curva que da la pista en ese puntal rocoso, sale la senda y remonta arroyo arriba que es por donde bajaban y subían aquellos serranos. Hoy se ha borrado casi por completo esta senda aunque es fácil descubrirla y seguir por ella.

Una curva hacia la izquierda y ya veo arriba la cumbre del Banderillas, toda llena de los rayos del sol que le entran desde la parte del Nacimiento del río Segura. Otra vez que me da el sol al tiempo que se derrama sobre la corriente que viene saltando en su juego eterno y la espuma blanca que la corona mientras su música me envuelve hasta lo más hondo. Muchos charcos sobre la tierra de la pista. Son las nueve y veinte.

Antes de llegar al claro del Vado de los Rosales, una suave cuesta, el río que me queda abajo, abierto por entre mucha vegetación y rocas y la pista que remonta para irse por la ladera de la izquierda para así salvar la Cerrada llamada de Elías. A la derecha y no despegándose mucho del río, la senda que lleva a la cerrada.

El Raso de lo Rosales se me presenta desde su silencio, con una blanca llanura, un contenedor para que las personas puedan depositar la basura, unas piedras amontonadas en el centro de esta llanura y una tabla donde han escrito: “Precaución, senda peligrosa”. En otros tiempos también se podía leer el nombre de este rincón y hasta creo que la distancia del sendero de la Cerrada.

* * * *

A la Cerrada de Elías.

Por entre una espesura de encina, madroñeras y quejigos se mete la senda. Desde el Puente de los Caracolillos y con el segundo puente en la mitad del trayecto hasta este Vado, un poco más de un kilómetro. El paso avanza colgado casi en la misma torrentera que cae en picado hacia el cauce. Por entre la espesura de los troncos se van las aguas del río y como trae mucha espuma, blanquean a la luz de la mañana.

Muchas hojas secas de estas encinas y robles por la senda y charcos. Todo embarrizado por lo usada que está de tantas personas como pasan por aquí. Sobre este limpio rocío que la mañana muestra derramado en la hierbecilla y el musgo de las rocas, se ven muchas pisadas de personas. Baja un poco y casi se toca con la corriente sin llegar porque los bujes y las zarzas se ponen por enmedio.

El rumor de la corriente es por completo amplio y denso y sobre su espeso concierto de notas bravas, el solo de un pajarillo que parece como si me acompañara a lo largo de todo el recorrido. No es el mismo, pero como continuamente estoy oyendo a uno o dos, lo parece. La sombra espesa de esta senda atravesando este bosque, sobrecoge un poco y más cuando es tan temprano y con la única compañía de la corriente.

Una pequeña llanura en forma de playa, con su puñado de arena, muchas piedras y tierra y las plantas ripículas que la arropan. Es como un breve respiro en la senda y enseguida otra vez el bosque escoltando a un lado y otro. Una encina, a la derecha entre el río y en la torrentera, con no más de medio metro de alta y el tronco grueso como la pierna de una persona. Es enana y por eso resulta más singular y bella.

Sube y baja la senda, con charcos donde el agua se ve turbia de pisarla y chorreando por completo por todos sitios: el monte, las piedras, la hierba y la tierra. El rocío es mucho y se junta con el agua que rezuma de cualquier sitio de esta ladera. Una curva muy cerrada por la presencia de las rocas y el primer puente que se ve ya. De tablas y colgado de un lado a otro del río.

Antes del puente, como una llanura y dos pinos, a unos quince metros uno del otro, de troncos negros y entre el río y en camino. Y por el puente se ve, bajando recto desde arriba, el agua clara de esta copiosa corriente. A mi presencia, alza vuelo una lavandera cascadeña y al verla remontar recuerdo que en este río también se da el mirlo acuático y la nutria, a parte de las truchas y en algunos tramos, el cangrejo y otros seres vivos.

A la izquierda, la pared de rocas con tomillo florecido, una higuera que arropa a la senda que sube un poco, piedras en el firme del camino y ya, el puente. Da una curva menor y para cruzar a la derecha del río, el recogido puente de tablas. Me

paro antes de entrar y lo veo prolongado de roca a roca, de un lado a otro. Los mismos hierros verdes y las cadenas en forma de comba de un hierro a otro para que las personas puedan sujetarse y no caigan al cauce.

Miro a una encina que crece entre el puente y el río y está toda ya llena de hojas nuevas, pero como se encuentra tan empapada, las hojas caen lacias hacia abajo cada una con su gotita de agua, que es rocío transparente y puro. Al pasar el puente, aquí el río muy remansado y si miro hacia arriba, una cascada y un pino caído que atraviesa la corriente de un lado a otro.

La nueve y media en punto y aun me queda como la mitad hasta la cerrada desde el Vado. Se interna la senda y la oscuridad se hace más densa. Muchos papeles de lo que por aquí pasan. Al otro lado, la izquierda del río según subo, cae como una ladera arropada por la sombra de la mañana y tapizada de mucha hierba. Es ese un rincón por donde existen unas cascadas grandes o mejor, las señales por donde en otros tiempos caían estas cascadas ahora sólo adivinables por la cantidad de rocas tobaces que ahí quedan colgando.

Otra playa menor, con su arena fina y las rocas rodeándola donde las personas se paran a comer y al irse, dejan sus papeles y los plásticos, entre otras cosas. Y lo repito: como voy muy temprano siendo un día tan especial hoy, no me encuentro con nadie. Solitario por completo este hermoso rincón del río, lleno de mucha humedad, mucha frescura y vida para las plantas que reflejan primavera y una soledad grande. Lastima por tantas señales de los que por aquí pasan.

La senda sube por una rocas grandes por donde chorrean gotas, hilillos y charcos transparentes. Le da el sol a la hierba y al monte y como también tienen sus gotas de rocío, brillan hermosas. Las hojas de la hierba se doblan hacia la senda, escurriendo el agua y como detenidas en un mágico sueño. El romero lo mismo, las zarzas, los tallos nuevos de las retamas, la madreselva, el durillo y la flor de la viuda. Todas estas plantas y otras muchas, por aquí van colgando de las rocas mientras paso sigiloso como si temiera despertarlas.

El río me queda a la sombra y ello no impide que me llame la atención los profundos charcos azules. Este trozo de senda es muy hermoso. Mucho musgo que por aquí tapiza a la roca completo y el boj que también se dobla por el peso de las gotas de agua. Los helechos comunes ponen una pincelada más de belleza a este entrañable rincón.

Sube la senda tallada en la pura roca sin dejar de tener su chorro de agua limpia corriendo por el centro. Muchos charcos menores, a cada paso y las cascadas de juguete que caen por la derecha. El rezumar del agua a veces es gota a gota y otras veces, en hebras continuas que parecen viento líquido. Y es que la naturaleza se muestra como si esta noche alguien hubiera cogido una inmensa manguera y a lo largo de muchas horas, la hubiera estado regando. Y claro, ahora al amanecer, pues se le ve toda empapada y soltando agua por cualquier punto y roca.

Una curva y entre el río y la cascada, una amplitud y desde el suelo, surgiendo una gran roca en forma de monolito. Por la parte de arriba un gran charco remansado, arropado por varias higueras y el pecho de enfrente, un espigón con mucha hierba que nace desde las cascadas secas que se desploman hacia el río.

Algunas de esas grandes rocas, se han quebrado y están clavadas en el mismo centro de la corriente. Por aquel lado, como covachas, mucha hierba adornándolas y las rocas quebradas.

El gran charco se encuentra remansado justo donde se alza el cuarto puente si no contamos el de las tres tablas en la junta del arroyo de las Truchas. Azul profundo y por el lado de las rocas cubiertas de hierba, como chorrea el agua y cae sobre la superficie del charco remansado, la visión es como un juego de gotas que al chocar con la superficie, rebotan y se quiebran produciendo una música enormemente triste y dulce a la vez. Me paro porque me fascina tan singular espectáculo y durante un rato dudo si mi presencia por aquí es real o puro sueño.

Son las diez menos veinticinco. El puente igual a los otros: de un lado a otro, con unas paredes de obra que le han hecho, varios hierros pintados de verde con las cadenas y de tablas. Si subido en él miro hacia abajo, en el centro, otro charco remansado con su espuma navegando a la deriva hasta llegar a la cascada de la higuera donde se vuelve a convertir en espuma para caer al gran charco azul. Si miro hacia arriba por donde baja el río encajado en una cerrada, veo otra cascada por una enorme roca que lo cierra. Pasa con violencia y emitiendo un fuerte bramido al tiempo que la espuma danza como buscando su lugar entre la corriente.

Cruzando el puente, en la misma pared y entre la juncia que cae desde la derecha hacia el río, muchas raíces de estas plantas y por entre ellas, manando agua en cantidad. Enseguida piso otro chorro de agua que es como un río menor que nace aquí mismo. Se eleva unos metros hacia la derecha despegándose del río y por aquí cae un arroyo. Veo dos caños de agua grandes y arriba, una pared grande con su espigón rocoso y en todo lo alto, una roca apoyada como jugando al equilibrio y en lo alto, una gran planta verde. Todo, como si fuera el más extraño capricho y, además, a lo grande y en lo más salvaje.

El arroyo que cae es el de la Oradá que nace al lado del levante del Castellón del Moro, pero mucho más arriba de su collado. Por la cabecera de este arroyo sube una senda, ya muy rota, que lleva hasta las altiplanicies del Calarilla. La senda por aquí escoltada por fabulosas macetas de juncia y varios chorros de agua que salen de aquí mismo. Se encharcan, corren unos metros y caen al río.

Al frente, pero por la derecha y al otro lado del río, otro gran espigón rocoso que corona y anuncia la presencia de la Cerrada de Elías. En todo lo alto, varias encinas. A dos pasos ya de mí, el quinto puente que es el último antes de la Cerrada. Sube una escalera, crece un álamo a la izquierda y lo mismo: varias rocas formando escalones, los hierros, las cadenas y las tablas. Nada más cruzar, al frente, un chorro de agua que surge de entre el musgo y un letrero sobre la típica tabla: “Extreme la precaución. Máximo, quince personas”.

Esta es la puerta de la gran cerrada del río Borosa. Me voy aproximando y veo que le entra el sol desde arriba y por eso la pared de la derecha, según subo, está iluminada a trozos y brilla el agua que por ella chorrea dando la sensación de un auténtico espejo cristalino. El largo charco que se remansa de un lado a otro de esta cerrada, arropado por la sombra que se rompe sólo por algunos rayos de sol y el puente de tabla adosado a su pared, como extrañado y constriñido en el lugar que no le corresponde. Pero es verdad que el rincón es mágico. Gotea el agua

desde las ramas de los árboles y las rocas.

Son las diez menos viente. Hace una hora y diez minutos que salí de la cadena que cruza la entrada a este río. Desde el Vado de los Rosales, unos ochocientos metros. Antes de atravesar la angosta garganta de este entrañable y hermosísimo rincón de Elías, me remonto en un pequeño murete que hay aquí y miro: a la derecha me queda una covacha por donde cae una higuera y en el suelo, un montón de helechos.

En la pura roca, han tallado una fuente artificial, le han puesto un tubo de hierro y por él sale un caño de agua cristal y fresca como el hielo. Cae a la pileta casi de juguete que de cemento también le hicieron y desde aquí, el chorro corre por una estrecha reguera buscando la senda y desde aquí, al río. Otro caño menor con su tubo de hierro a sólo unos metros del primero, pero más pegado a la cerrada.

La senda que sigue por lo alto de la superficie rocosa y según comienzo a penetrar por la sombra que llena la cerrada y las mil gotas de agua que me mojan al caer desde todos los puntos de la pared que me queda por el lado derecho. Aquí también le pusieron cemento para señalar la senda y que, de algún modo, se pueda pasar más cómodamente.

Los helechos que cuelgan de la pared, culantrillo o cabellos de Venus, están secos algunos, otros algo brotados con sus tallos tiernos y la pingüicula florecida. En la parte alta le da el sol de la mañana, está húmeda y de aquí que se presente con su mejor vestido. Es esta una pequeña planta insectívora que nace precisamente en las paredes rocosas y donde hay mucha humedad como es el caso de este rincón. Miro para un lado y otro y para arriba, y las paredes que me escoltan, sólo rezuman agua que en forma de gotas o hebras menores, chorrean y me mojan mientras avanzo.

El agua que baja por el río y llena los charcos de esta cascada, azul, muy serena y como le entran algunos rayos de sol desde arriba, brilla con el color de la pureza. Cuento y me salen cinco escalones hasta remontar a las tablas de la pasarela que aquí le han clavado para que la senda siga. Las tablas estas las han puesto nuevas y también los hierros que sujetan la cadena. Hace unos años, precisamente en navidad, como llovió tanto, la riada se llevó por delante las viejas y podridas tablas que conformaban esta pasarela y por eso la han reparado.

Mientras avanza, traza cuatro o cinco curvas porque se viene adaptando a la figura de la pared rocosa y pasa totalmente por encima de las aguas que se remansan en el charco. La última curva es la que más se mete en el río. Las aguas de la corriente por aquí se estrellan con la fuerza de un torrente mientras las tablas se apoyan en una gruesa roca, se curvan y después de ceñirse otra vez a la pared, trazan una pequeña pendiente, viene la última curva donde las tablas se allanan y ya salen a tierra firme.

Y aquí, lo que de verdad sobrecoge, es la corriente del río que cae en una cascada impresionante obligada por las gruesas rocas que quieren sujetarla. Todo el gran caño se convierte en un puro borbotón de espumas que dibujan remolinos y se retuercen buscando su calma en la placidez del charco, unos metros más abajo. Dos álamos verdes que crecen rectos, choreando del rocío de la noche y

totalmente serenos. No se mueve ni una brizna de aire. Es hoy un día impresionante de bello.

Saliendo de la cerrada, sube la senda por unas rocas, el mismo letrero otra vez y los charcos recogido en sus “cucones”. Una curva ancha, se abre más el río, aparece como una playa en pequeño, pero sembrada de piedras blancas y el agua no se remansa. Se estrecha el paso porque los bujes crecen espesos, arropados por los pinos y los rodales de tierra, repletos de helechos comunes. Todo sigue chorreando y muchas zarzas que caen intentando buscar un espacio entre la espesura. Sólo a rodales llega el sol y lo demás, nieblina y sombra húmeda.

Justo por donde ahora avanzo, si miro a la derecha, veo el puntal que baja con el curso del arroyo que viene desde la aldea de Los Villares. Por ahí traza la pista su curva para salvar la garganta de esta cerrada. Por ahí cae otra bella cascada, porque ese arroyo viene muy repleto y por ese barranco arriba es por donde se llega a las vírgenes tierras del rodal que en aquellos tiempos acogió a la aldea.

Si uno se enfada o siente cierto disgusto al encontrarse con tanta basura tirada por aquí, ¿haber para qué sirve? Porque aquellos que la han tirado ¿dónde están ahora mismo? Y aunque yo me enfade, a ellos ni les va ni les viene porque ni lo saben ni los conozco. Y a los que podría acudir para pedir ayuda ¿me van a escuchar a mí o a cualquier otro que como yo se sienta molesto?

Por la izquierda ya veo la pista que baja desde el arroyo de Los Villares buscando otra vez el río. Y aquí está el otro puente. Justo donde la senda vuelve a encontrarse de nuevo con la pista. Antes de salir de entre la espesura de los bujes, baja desde una moderada altura, como unos escalones de rocas y caen ya a la llanura de la pista que la recibe en suavidad y entre hierba teñida de rocío blanco. Otra tabla clavada y escrito en ella: “Cerrada de Elías”.

Hasta este punto y, desde la cadena de entrada a la pista que recorre este río, la distancia aproximada es de cuatro kilómetros y medio. Y desde aquí hasta la central nos quedan unos tres kilómetros. Pero si el paseo recorrido ha sido hermoso, lo que el profundo cañón de este río Borosa nos reserva, es de ensueño. Son las diez menos diez de la mañana. Y si hago la cuenta descubro que el tiempo invertido ha sido sólo de una hora veinte minutos.

En el mismo puente, una cerrada por el lado de arriba y por abajo, remansada como casi todos los puentes que vienen jugando con este río. A los lados, las paredes rocosas que han sido cortadas por la corriente y la majestad del bosque arropándolas. Por la derecha del río avanza la pista y sube llana siempre con el chorro de agua corriendo por su centro. Otro letrero que pone: “Peligro, desprendimiento”.

* * * * *

A Huelga Nidillo.

Sube la pista ahora ya por la izquierda y enseguida, como una visera de rocas arropando al camino que pasa por abajo. Otro arroyuelo que entra por la izquierda con su buen caño de agua. Remonta un poco hacia un puntal suave y al mirar al río, un inmenso carcho, totalmente transparente, azul verde y la cascada que le entra por arriaba, se le clava con tal fuerza que toda el agua se hace espuma para

enseguida quedar nadando y comenzar la danza de apagarse frente al beso que la mañana le regala.

Miro hacia arriba desde esta arruga del terreno y se ve todo el río lo mismo: grandioso, una cascada saltando por las rocas y la sementera de remansos en la danza de llenarse y vaciarse. Se allana algo la pista después de haber bajado y a la derecha, un puntal largo remontado y en linea recta hacia arriba y en todo lo alto, una roca en forma de columna pintada con dos franjas color caramelo. Y la ladera llena de encinas, robles y algunos pinos.

Una curva más y justo sobre un peñasco casi cuadrado y enorme que ha encontrado su cama por aquí y desde su base, emergiendo el tronco viejo de una gruesa encina. Le dan compañía varias cornicabras y las matas verdes de unas cuantas hiedras. El musgo cubre la piel árida de la fría roca. Por el río, el agua remansada porque en este punto se estrecha otra vez y en el momento que recojo mi vista hacia el camino que recorro, dos o tres bolsas de plástico y papeles de aluminio. También muchos papeles de chicle y de caramelos. Claro que no costaría mucho trabajo recogerlos y depositarlos en el contenedor que hay sólo unos metros más abajo.

La jara blanca con su flor rosa abierta a la luz amiga de la mañana y teñida de rocío. Creo que todavía tardarán unas cuantas horas hasta que se seque el agua que empapa a la vegetación. Una nueva llanura que se agradece por lo suave que se va y en el momento en que todo parece como prepararse para un encuentro mágico. Se presenta el otro puente, ya sí el penúltimo sobre la pista que recorre este río y es justo aquí donde un trozo de pista, que es jorro, se va por el lado de la derecha como buscando subir hacia el Castellón del Moro.

Conozco este rincón y sé que esta pista que aquí aparece tan buena, en cuanto sube unos metros por la ladera, se rompe mucho y luego se pierde, pero no antes de volcar a un barranco quebrado donde crece un pino de la dimensión de los gigantes. Es un ejemplar de laricio o pino blanco que hasta incluso lo tienen bien podado para que siga creciendo y alcance las proporciones de lo excepcional. Está muy malo de andar ese barranco.

El puente, pues lo mismo que los otros: con dos troncos de pinos a los lados, los hierros pintados de verde y las cadenas en forma de pasarela. Lo miro un minuto y busco, por el lado izquierdo y pegado a la corriente, la veredilla que Faustino, el que habita el cortijo de Roblehondo, anda todos los días para subir y bajar de su escondida vivienda serrana. Dos veces he hecho esta vereda que no siquiera llega a esta categoría y por eso puedo decir que más que senda, es una subida casi escalando y agarrandose a las ramas del monte.

El agua por aquí muy remansada y ya estoy otra vez en la derecha del río. Miro el reloj y veo que son justo las diez de la mañana. Durante un trozo largo, la pista remonta suave, mostrando un buen firme y las raíces de los pinos que se han salido de la tierra y de pisarlas, están machacadas. A la izquierda, entre el río y la pista, un gran manto de helechos.

Ya sube buscando el gran recodo que la va a dejar sobre la cerrada de Puente Piedra. Es algo largo este trozo y al comienzo resulta un poquito monótono y sobre

todo, después de haber saboreado el exquisito paraíso de la cerrada primera. Al frente, veo la cumbre del Castellón del Haza de Arriba. No se distingue con nitidez porque las nieblas que suben del barranco lo vela un poco y como el sol se le acerca desde el otro lado, hacia mí queda en sombra.

Un arroyuelo que entra por este lado derecho y como los otros, con su buen borbotón de agua transparente. La pista, ahora sube porque busca cortar un elevado puntal rocoso que baja desde las cumbres del Calarilla. Y como por aquí el paso es estrecho, la pista tiene que seccionar un pronunciado voladero y todavía se queda elevada sobre el surco del río, bastante metros.

Al otro lado del río y por donde, arriba, estaría el cortijo de Roblehondo, como una gigantesca columna de rocas que tendrá casi cincuenta metros, que cae desde lo alto y es la parte gemela de la que por aquí corta la pista. En el centro, queda el río con un profundo surco y la vegetación de pinos y encinas, que no lo dejan desnudo en ningún trayecto.

Una mariposa que revolotea al sol de la mañana. La cornicabra brotada porque aquí es solana y tiene las hojas, pues color café con leche oscuro. Se allana al subir, baja un poco y busca la otra parte de esta larga y majestuosa cerrada que hasta resulta más espectacular que la de Elías porque se goza desde lo alto. La zamarrilla también florecida y el tomillo.

En la curva que ahora ya es el final de la cuesta y la llanura que comienza, si se mira hacia abajo, queda una torrentera casi en vertical y con más de treinta metros hacia el cañón por donde se despeña el río. Porque más que correr, se precipita en forma de cascada larga y muy recogido entre un puro surco de rocas.

Conforme ahora voy bajando, desde esta curva diviso arriba el gran Tranco del Perro sobre la mole de piedra naranja que le presta la cumbre del Banderillas y destacando, el famoso fraile. Pero sigue siendo como una figura brumosa y recortada sobre un globo de luz que le sale desde atrás. Tan poco el cielo es azul, sino blanco y el barranco hacia el cual voy penetrando, un espeso mundo de sombra fría que parece como esperar a que llegue.

Después de bajar, da una curva, adaptándose al río y para que no se desmorone, la han sujetado con unas vigas de hierro y un muro de cemento. Queda casi colgada en la mitad del voladero rocoso y la ladera, en un equilibrio de nivel con las tierras llanas de Huelga Nidillo, unos metros más adelante. Ahora descubro con claridad que esta es una gran cerrada y por eso la pista tiene que cortar la roca bastante elevada sobre el río.

La otra ladera de enfrente, como un gran escaparate de rocas quebradas y unos espigones inmensos por donde se desploma el agua entre la vegetación de pinos y las milenarias sabinas. Cuatro álamos en lo hondo del surco que acoge al río y la cascada que se rompe preciosa y emitiendo un quejido atronador. La pista que remonta otro poco y al cortar por aquí las rocas, se ven con nitidez las placas tumbadas y entre una y otra, como un escalón y un hueco amplio que se puede confundir con una cueva. Caen las gotas de agua desde la parte alta y el tajo que la pista le ha pegado al cerro para abrirse paso.

El rumor del agua del río, es tan fuerte y amplio que al quebrarse con el frontón de esta pared de roca, se produce eco. Al atravesar yo por su centro recibo el ruido que llega de la corriente y el que amplificado, revota hacia el barranco y este fenómeno hace que casi no sepa distinguir la fuente primaria. Una sensación curiosa al tiempo que agradable y tenebrosa por cuanto me anuncia la grandiosidad del rincón hacia el que voy avanzando.

Justo al remontar otra vez es donde me encuentro la estrechura máxima de la cerrada. Me paro un poco y me asomo al río en una roca que sobresale tanto que casi queda colgada en el vacío y entonces observo el asombro: la cascada abajo por completo en vertical desde donde estoy, caudalosa y brava saltando por el tremendo laberinto de rocas que por ahí emergen desde las montañas y las que han rodado por las laderas hasta quedar atascadas en lo hondo. Y lo que por el surco del río se concentra son cascadas, torrentes, mucha espuma temblando, charcos profundos donde se reflejan el verde del bosque y el azul del cielo, muchas curvas retorcidas y las gruesas olas que se estrellan sin encontrar el descanso ni siquiera en los cristalinos charcos que se forman en los recodos de las rocas. De fantasía parece el rincón por el asombro y belleza que de él mana.

Al frente total de donde me encuentro, un espigón que sostiene en todo lo alto, un trozo de roca esculpida en forma de maceta. Desde ahí bajando en niveles, las placas rocosas, unas más gruesas y otras más delgadas, y cayendo en vertical hacia el río. Entre placa y placa, algunas repisas donde crecen las sabinas y las carrascas.

Baja otra ve la pista, nada más terminar de atravesar la gran cerrada y ahora caigo en la cuenta que a este cañón no le hicieron pasarela colgada sobre las aguas del cauce. ¿Por qué será? Es difícil hacer una obra de esta característica por aquí, pero como en tantos otros sitios, si se lo hubieran propuesto, lo habrían logrado.

Mientras bajo algo descansado por haber superado este asombroso paso, miro y al frente, me saluda grandioso, el Castellón del Haza, la amenazante silueta del Tranco del Perro y el Fraile. Destacan potentes sobre la inmensa cumbre que es la gran falla donde se origina el tranco que en este río, ha dado lugar al Salto de los Órganos.

Nada más comenzar a bajar, a la derecha, un arroyo que cae por la descarnada roca donde se ha originado una canal y para que no rompa la pista, le han construido un muro de cemento que rebosa desde la alcantarilla para sujetar la potencia del agua y que esta se vaya por el paso de la alcantarilla. Es este el arroyo del Tejo que baja de Majá Izquierdo, parte alta de la cuerda que sostiene al Castellón del Moro.

Unos metros y también por este lado, una fuentecita con su caño de agua recogida de la que por este arroyo corre. Tanta agua mana por aquí que el tubo de hierro sale lleno y también las grietas de las piedras que le rodean. Cae a una pila, desagua en otra pileta que es la alcantarilla que atraviesa la pista de tierra que vengo recorriendo. Muchos helechos aquí mismo, entre las piedras de la fuente y el monte, la flor de la viuda y las espesas ramas de los bujes que arropan el rincón. Tanto las hojas de los helechos como las otras plantas, por completo llenas de

gotitas de aguas transparentes.

El río otra vez se torna sereno y la pista casi se encuentra con él. Donde ya llega a la llanura y vuelve a subir levemente, un gran charco y al frente, por donde parece que sube un trozo de pista y no es así, una torrentera y un pino y desde ahí, a un lado y otro, saliendo unos chorros de agua impresionantes. Muchos juncos, zarzas y rosales y el agua que se abre bañándolo todo e inundando la pista y rebosando luego hacia el río.

Son las diez y cuarto de la mañana cuando ya estoy pisando los bordes de las tierras llanas de Huelga Nidillo. La hierba fresca y verde cubriendo la tierra y toda blanca de tanto rocío como tiene encima. Si esta mañana me hubiera metido andando por el monte, con la cantidad de hierba que ahora hay, lo alta y espesa que ya se muestra y lo empapada de rocío que está, me habría puesto chorreando sin remedio.

Avanza la pista suave adaptándose al río porque aquí está Huelga Nidillo que es como un vado menor. Por este remanso del río es por donde cruzan los habitantes de los dos cortijos que se mantiene vivos en al barranco de Roblehondo de los Villares. Cuando tienen que acarrear paja o grano para los animales que ellos poseen, bajan por una senda que desde los cortijos cae casi en picado hasta este vado. Lo cruzan con los mulos y desde esta pista lo recogen, que es el punto más próximo hasta donde puede llegar un camión o un coche. Hay que cruzar por el agua, porque no existe puente y si remontamos, por encima de los cortijos, enganchamos con la senda que viene desde Los Villares y corona hasta el Collado de Roblehondo y luego al Tranco del Perro.

El agua se ve totalmente remansada, danto muchas curvas por entre bastante vegetación de zarzas, fresnos, rosales silvestres y majuelos. Aquí se ve la sendita que se aparta para cruzar justo por el vado que es la parte más cómoda. Sigue la pista subiendo no demasiado pronunciada y mientras la recorro me voy entreteniendo en observar la llanura que me queda entre el río y mi camino. Fue esto una huerta de tierras buenas que sembraron durante mucho tiempo, los serranos que por aquí poblaban la sierra.

Todavía sigue con su nivel llano, sin más vegetación que algunos rosales silvestres, en el centro una piedra gorda con una higuera que le da compañía ya casi comida por las zarzas y toda la llanura como una preciosa pradera por completo cubierta de hierba y está impregnada de rocío fino. Le da el sol y brilla con el encanto de lo misterioso y la caricia de lo que es dulce gozo callado.

La llanura se alarga río arriba entre la pista y el cauce y entonces, veo que la tierra dibuja como pequeñas terrazas sujetadas con las paratas de piedra. Todo esta tierra fue de labor en otros tiempos y por eso todavía siguen vivas otras cuatro o cinco higueras más y entre las zarzas, algunas parras. El sol se cuela por las fallas que presenta las cumbres del Banderilla y como esto es tan quebrado, parecen rayos de luz que intentan transmitir calor al rincón que voy pisando.

* * * * * *

A la central eléctrica.

Una subida no muy pendiente, pero sí larga y como ya se ha andado bastante, pues resulta un poco pesada. Otra vez el río que forma como un charco grande sin llegar a la categoría de cerrada, pero sí muchas rocas amontonadas en el surco del cauce y esto da lugar a que la corriente sea una cascada continua. Una higuera dando compañía a una vieja cornicabra y aquí mismo, un enebro piramidal desprendiendo su verde denso.

La pista traza su última curva hacia la derecha y al frente, un espigón de rocas que se quiebra según cae al barranco y de él, aflorando las placas rocosas. Por lo alto, es por donde sube una senda que sale desde la central eléctrica, roza lo que se llama el Cejano de los Toros y asciende hasta coronar a los cortijos de Roblehondo. A la derecha y arriba, me queda el picón de la Piedra de Los Hornos con 1114 m. que es la elevación que al caer al río, da lugar a que la pista trace esta cerrada y última curva y el cauce, se estrecha y por eso, justo en este punto se le conozca con el nombre de Cerrada de Puente de Toba.

Al rebasar esta curva, arriba y al frente, el grandioso Picón del Haza por cuyas entrañas perforaron el túnel para el canal que trae el agua hasta la central. Ya veo el tubo cayendo desde la mitad de ese gran cerro hacia la casa de máquinas. Aquí mismo, un cataclismo de rocas por donde el río parece que se divide en dos y no es así. Es que desde aquel lado le entra un gran arroyo que caen desde el Castellón del Haza de arriba y trae mucha agua. Recuerdo yo ahora que lo crucé aquel invierno cuando fui a estar unas horas con Manuel, el del cortijo de Roblehondo.

A la derecha mía, todo roca viva, con grietas profundas y de donde brotan varias cornicabras muy gruesas. Las encinas también colgadas en la ladera y ahora caigo en la cuenta que toda la pendiente sube hasta las altiplanicies del Calarilla. Un paisaje muy agreste por ser casi pura roca y donde sólo crecen las cornicabras, las sabinas, los enebros y viejísimas encinas que hunden sus raíces en las quebradas rocas.

Una recta de casi doscientos metros como si preparara el encuentro con la central. El río vuelve a ser suave sin perder la furia en su corriente. La vista a los lados es grandiosa tanto por la inmensa vegetación que brota por estas laderas y barrancos, tan chorreando de sol y rocío, como por las crestas altísimas que coronan. Un álamo aquí clavado vestido con su nuevo traje de hojas y le da compañía el un rosal florecido. Pienso ahora que esta ladera de la derecha, si por alguna circunstancia tuviera que andarla, sería muy mala. Es todo como una sola pieza de roca que bastante en picado cae desde las cumbres. Y como se ha roto tantísimo, lo que más destaca son las grietas abiertas y los trozos desprendidos y amontonados por aquí y allá.

Esta solana da vida a una vegetación muy dura y ahí tiene que adaptarse y vivir con la poquísima tierra que encuentre. En cambio la umbría de la izquierda que es por donde se prolonga el Cinto de las Higueras hacia el Tranco del Perro, pues también se le ve muy pronunciada, pero tiene mucha tierra y la vegetación vive con mas holgura. Algunos rodales de tierras en las repisas, en ellos mucha hierba, encinas y también cornicabras.

Según voy avanzando, miro hacia el río y todo esto que está casi llano dirección

a la central, le da el sol a la tierra y a la hierba y de ella se va evaporando el rocío y entonces se ve saliendo la niebla de ella. Se podría creer que estuviera ardiendo y es sólo una señal de la vida palpitando. Rellenando a este prado de tan fresca hierba, muchas matas de mejorana por completo toda ya brotada. Y junto a estas perfumadas plantas, unos manojos de hierba alta que crecen en forma de macetas enanas, pero muy bellas. Más pegado al río, varias higueras y fresnos. Pajarillos que cantas y los enebros con sus tallos nuevos que se doblan hacia abajo porque todavía no tienen la fuerza necesaria para tenerse erguidos. Son tallos tiernos y el peso de las gotas del agua que en ellos se traban, hacen que se doblen.

Desde la ladera ha rodado una buena roca y ha venido a quedarse quieta justo en el centro de la pista. Un espigón rocoso donde en todo lo alto crece un gran pino laricio y la pista la han tenido que meter cortando, en forma de trinchera, estas rocas. Por la ventana que me presta ese hueco, al frente, el tubo que cae a la central que se ve recto y luego traza un par de zigzags y destaca blanco entre el espeso negro verde de la gran ladera que recorre. Negro verde y el color de las rocas que son naranjas y también manchadas de agua y musgo.

Las diez y media en punto y ya no estoy lejos de la casa de esta central. Al rebasa la trinchera, el camino toma la forma de llanura y como me siento más cómodo avanzando, no dejo de mirar al frente que es por donde se me parece desplomar la gigantesca figura de la montaña. Por encima de la casa de la central y donde se clava el voladero de la pared rocosa, veo la construcción del Cenajo de los Toros. Es esa una ladera coronada por una grandísima pared rocosa y a partir de la raya en que se asienta la pobre construcción del cenajo, cae más suave porque se retiene la tierra. Según miro, afloradas veo las curvas de las placas rocosas. Y al configurarse con rasgo de una ese, se forma el puntalillo que es la parte más alta del anticlinal.

Pero entre placa y placa, se refugian algunas repisas, donde la hierba ha nacido en abundancia y las encinas en ese puñado de tierra. Descubro que son muy grandes algunas y están mezcladas con robles, cornicabras y pinos. Es justo por esa ladera por donde avanza una pobre sendilla que saliendo desde la misma casa de la central, la recorre y después de atravesar varios arroyos, corona hacia los cortijos de Roblehondo. Las personas que habitan estos cortijos casi nunca pisan esta senda porque dan mucha vuelta y, además, es muy peligrosa por la enorme inclinación de la pendiente.

Vuelve otra vez, la pista, a tomar llanura y sin dejar de remontar suavemente, acompaña al curso del río. Queda a la izquierda mucha mejorana y algunas matas, con sus florecillas abiertas y exhalando su esencia al vientecillo de la blanca mañana. Por la derecha, entra un arroyo que trae su caño de agua y justo desde este punto, diviso la central. Por una de las chimeneas que coronan el tejado, sale humo y esto indica que hay personas dentro. Algunos tienen la suerte de poderse venir a pasar los fines de semanas a estas casas.

Traza una curva menor, una llanura de pura tierra porque no hay rocas por la pista y a unos metros, el puente. El último puente construido sobre las aguas de este río para que la pista lo cruce. Veo el edificio bajo la espesura de un par de álamos y en el rinconcito por donde cae el tubo. De aquí sale una linea eléctrica con tres cables hacia el Castellón del Moro.

Estoy ya encima del puente y veo que es amplio, construido de cemento, con tablas al final y un letrero que a la izquierda, dice: “Acotado de pesca sin muerte. A mosca. Ama. Vedado de pesca”. Una baranda de hierro por la derecha para que las personas puedan seguir la ruta sin tener que entrar por las casas ni la nave donde giran las turbinas. Un gran canal que sale de esta nave que es por donde se sienten funcionando estas turbinas y el caño de agua clara que termina de empujar a las aspas de estos artilugios. Sale con una fuerza tremenda y después de unos metros, cae al cauce del río justo por el lado de arriba del puente.

Por entre la baranda que pega al río y la alambrada que protege a la central, pasa la senda y se tropieza con una fuente de cemento, con su tubo de hierro por donde sale un fuerte caño de agua. Es para que beban las personas que recorren esta ruta. Aquí una higuera, espesura de ramas, el cauce de un arroyo con poca agua y la senda que empieza a subir. Se ve donde están refugiado los coches de las personas que ahora ocupan estas casas, muchas higueras arropando a un lado y otro, la cascada pequeña que cae por donde baja el tubo y el humo brotando de la chimenea.

Remonta un poco, atraviesa un puente enano y se roza con el tubo blanco que cae desde lo alto. Cruza un brazo del río y sube hacia un espigón que hay al frente de rocas tobaceas. Otra tabla con su letrero correspondiente: “Camino muy peligroso, desprendimientos”. Y en la misma tabla, los que suben, que ya han escrito cada uno su mensaje. Remonta la senda, porque la pista muere justo a los pies de la central, metida entre rocas, zarzas y adaptándose al cataclismo del barranco que me dispongo recorrer.

Las once menos cuarto y esto indica que son dos horas quince minutos lo que he tardado en recorrer estos casi ocho kilómetros que me separan de la cadena de entrada. El primer tramo arremete bastante empinado por entre unas higueras y no es otra cosa que el cauce del arroyo que cae desde las tierras llanas del viejo cortijo del Haza, remontado por encima de la inmensa pared que se me cae encima. Muchas piedras sueltas y recién lavadas por la corriente.

A unos cien metros, me paro y echo una ojeada hacia el barranco que acabo de recorrer. Veo el Calarejo de los Nevazos, algo más abajo, el cortijo de Roblehondo, la central a dos pasos de mí y el río saltando en su monotonía de juego claro. Una curva a la izquierda para tomar altura por encima de las casas y enseguida hacia la derecha como buscando el cauce del río. Puras rocas sueltas y lavadas por el agua, es el camino que voy pisando. No dejan de darme compañía las higueras y los rosales silvestres con sus menudas flores abiertas.

Ya he remontado a un singular mirador natural y como lo conozco de aquel día que fui a la casa de Manuel, me aparto para hacerle una visita detenida. Veo que me acoge una pequeña pradera de hierba justo encima de una enorme roca tobacea, con una higuera clavada casi en lo alto y al fondo, la impresionante cascada. La conozco de aquel día porque me la lleve en una preciosa foto y hasta creo recordar que me dijeron se llama Cascada de la Caída. Es la primera enormemente grande y su charco azul, que muestra este río desde aquí para arriba.

Esto parece fuera una era porque la llanura y los bordes que la recortan, me lo está proclamando. Y como me gusta tanto y ya está bien alzada la mañana, me digo

que después de este regular paseo y todavía sin presencia humana que me enturbie los paisajes que vengo gozando, es necesario que me pare un rato y coma. Debo desayunar para tomar fuerzas a fin de arremeter el tramo que el río me reserva hasta alcanzar los túneles. Además, como deseo seguir en la soledad que a lo largo del recorrido, he disfrutado, desde este mirador de lujo, tengo bajo el control de mis ojos, un buen trozo de la pista que sube justo por debajo de la casa de la central.

Si alguna persona se acerca, que seguro subirá y más en un día como el de hoy, la tengo que ver al pasar por el trozo de pista que bajo mi control mantengo. Antes de que llegue a donde ahora me encuentro, me habrá dado tiempo de recoger mi comida, cargar con mi macuto y seguir la ruta para no sentir la incomodidad de llevar, delante de mí, a personas que me vayan despertando la naturaleza que tanto se me recoge en el corazón y tan dulce me la estoy encontrando en esta singular mañana.

Antes de sentarme, miro hacia abajo y me sorprende la central ahí aplastada al socaire de las rocas negras y arropada por la espesura de las higueras y los álamos. ¡Lo que liaron aquí y por la necesidad de un poco más de corriente eléctrica! Miro mi reloj y veo que son las once menos diez. Me descuelgo el zurrón y sentándome sobre la hierba, me dispongo a tomar un bocado. Traigo tortilla de patatas, algo de fruta, leche condensada y un zumo de Solán de Cabra. Y mientras voy sacando estas cosas de mi macuto, me digo que la mañana, el rincón tan cerca del río con su natural concierto de cascadas y la hierba con sus perlas de rocío, es como un regalo que el cielo me da por puro amor para conmigo y nada más.

* * * * * * *

Al Salto de los Órganos.

A las once en punto arranco. Ya parece como si estuviera preparado para seguir atravesando esta sierra a lo largo del día sin parar. Veo que no sube nadie por la pista y sé que por delante de mí no va gente. La mañana se abre y por lo que ya tengo consumido de ella y del camino, se me confirma lo que había intuido: es un día especialmente bonito para hacer la ruta que recorro. Y como tengo tiempo y veo que por aquí todo está tan tranquilito, voy a subir sin prisa para gozar calmadamente de las cascadas que por aquí tiene el río, de la espléndida mañana y de los paisajes tan repletos de primavera fresca.

Por donde cae el tubo que le entra a la central, un gran pino laricio y otro dos o tres algo más arriba, clavados en la dura ladera. Por ahí se despeña un chorro de agua y observo que para sujetar el tubo, tuvieron que construir como una especie de puente. Se me presenta el arroyuelo y mientras lo voy cruzando veo que tiene mucha agua. Si hoy cayera una tormenta, seguro que sería difícil andar por esta senda. Las aguas llenarían a estos arroyos menores y cruzarlos, no sería fácil.

Una gran cornicabra a la derecha con el tronco grueso como el cuerpo de una persona. Observo que por aquí sube un camino ancho, como si fuera pista abandonada o que intentaron construirla y la dejaron a medias. Cantan los pajarillos y todavía sigo recibiendo la sombra de la cuerda que me rebasa por la izquierda. Cinto es como los serranos llaman a estos robustos paredones y también voladeros. Parece que el que ahora mismo me encierra por este lado izquierdo se llama Cinto

de las Higueras, por las muchas plantas que de estas especia, crecen por entre estas rocas.

Remonta la senda al segundo espigón, gemelo del que me ha servido de mesa para este desayuno mío y abajo, siento el fuerte rumor del río estrellándose. Una encina clavada en una gran roca y se dobla hacia la corriente del río, por donde se estrecha y al pasar, brama.

Sin dejar de remontar, la senda ahora mismo, no sube demasiado empinada. Cuando aparezca el gran Salto de los Órganos, seguro que la torrentera será mucho más fuerte. Me he retirado bastante de la corriente que la voy viendo por mi derecha, saltar brava por entre rocas tremendas y surcos oscuros. Abierta en dos cascadas se despeña en la curva donde unas rocas la encajona perfectamente y una encina vieja, desde aquel lado, se tumba como si quisiera arroparla.

Ya me da el sol, pero como hace fresquito y voy subiendo suave, ni siquiera sudo ni siento la necesidad de jadear. Este singular trozo del río Borosa, es para hacerlo con esta calma a fin de gustar hondamente. Otro pequeño arroyuelo con un endeble hilo de agua. Al otro lado del río, por la derecha según remonto, se ve como una meseta o una era amplia de tierra fértil, llena de hierba y abajo descubro una construcción de algo. Y luego para arriba, una lancha totalmente pelada de vegetación por ser toda ella pura roca. Dos o tres encinas, por algunos rodales y lo demás, cornicabras.

Huele a mejorana y es que por aquí, ni el tomillo ni la hierba tienen rocío y parecen que al sol que les va dando, se abren y exhala su perfume más puro. El camino sube bien tallado y claro sobre la ladera con el firme empedrado de trozo de piedras blancas.

Por el lado de la derecha, ya coronando las rocas que veía hace un rato, cayendo en forma de losa, muchas repisas menores repletas de hierba. Y en el río, se remansa un inmenso charco azul en una curva que traza la senda. Cae la cascada y el charco se espande profundo y grandísimo. Y otro charco oscuro y transparente en otra cascada algo más arriba. Muchas higueras por aquí entre la senda y el río. Otro arroyuelo menor sin agua ahora mismo, pero como muchísimas piedras sobre lo que en este tramo ahora es lecho de la senda y también de este cauce.

Algo más arriba, varios caños de agua deslizándose por entre las piedras y en lo alto, despeñándose tres o cuatro chorros. Por el lado derecho del río, después de remontar la roca esta de la lancha, existe una ladera que se derrama hacia el río, mucho más suave y por ella se ven piedras sueltas, mucha hierba y algunas encinas grandísimas. En el rodal de tierra que cubre el vuelo de sus ramas, se ve sin hierba. Como si estuviera muy pisado por haber sesteado ahí alguna manada de ovejas, cabras o muflones. Se ve toda la tierra muy pisada, color ocre y sin una mata de hierba.

Por la senda que piso, se ven muchos excrementos de ciervos o cabras monteses. Vienen siguiendo la senda desde donde yo. Remonto hasta una curva donde hay como un entrante hacia el río. Un balcón natural de tierra que lo aprovechan los que por aquí suben para asomarse al cauce. Por la ladera de enfrente se ve un cascajal de rocas blancas y por abajo y como escondido, pasa el

río, aquí otra vez suave. La tierra de este cerrete y toda la que vengo pisando, por completo empapada, como si ayer mismo hubiera llovido y en cantidad. Ya veo al fondo algunas de las grandes cascadas que desde el gran salto para abajo, tiene este tramo del río. También comienzo a ver algunos trozos de la montaña haciendo la ruta dos, complementaria de esta.

Miro un poco más cerca y sigo gozando de la presencia de muchas matas de mejorana hermosamente verde y si miro a lo lejos, me reconforto con el azul del cielo que la mañana me va presentando. Sólo algunas nubes altas que son de la niebla que ha surgido de estos barrancos y la sombra ya, pues sólo a rodales porque el sol lo tengo bastante alto. Intuyo que esta tarde se puede desencadenar alguna tormenta. Son las once y cuarto.

Avanzo ahora por un tramo que es todo tierra, llano el terreno y dando una moderada curva. Atraviesa como el surco de un arroyo y justo aquí pierde su anchura como de pista y se queda en una senda más real, muy usada, pero estrecha. Le entra o le baja desde la izquierda, como una trinchera por donde se despeñan las trombas de agua en los momentos de lluvias torrenciales que por aquí son frecuentes. Cruza y enseguida otro rellano menor en forma de mirador hacia el río y las cascadas que brillan al frente.

Se hace amplia, con un hierro clavado en algo de cemento y me asomo al Borosa. Tres o cuatro cascadas rebosantes de espuma y de belleza y los charcos nítidos que las recogen. Ninguna de estas es el salto por excelencia. Por la izquierda se me va acercando la enorme pared que en forma de muralla se hunde hacia la cerrada del Salto de los Órganos. Entre esta gran pared y otra mucho mayor que emergen más en lo alto, queda una repisa de tierra que es por donde asciende la senda en su último tramo antes de la entrada a los túneles.

Observando tan tremenda caída pienso que si alguna persona, al recorrer ese tramo de senda que precede al primer túnel, resbala y rueda, caería volando por encima de este primer escalón rocoso que ahora intento rebasar. Sería una caída de consecuencia fatales por la tremenda altura que tiene este voladero. Y lo que sucede es que justo cuando se recorre el trozo de senda que acoge la repisa entre un voladero y otro, ni siquiera se aprecia visualmente la grandiosidad y peligro que presenta este gigantesco farallón. Nunca ha ocurrido nada, pero el peligro es real y además de gran dimensión.

Baja la senda un poco como buscando la que creo sería la segunda gran cascada desde la central hacia arriba. Entre esta y la del final, el gran salto, quedan tres o cuatro más, algunas de excepcional belleza. Me aproximo y veo que cae abierta, con dos caños grandes, uno más grueso que el otro y dos más a los lados, como encerrando a los mayores. Donde se remansa, existe un charco tan profundo que ni siquiera parece claro por el azul tan oscuro que desprende. Las rocas que la corriente ha arrastrado, se han quedado paradas en el borde del charco por donde este rebosa y hacen de muro para retener el agua y que el charco sea más grande.

Al caer al baso que la acoge, se levanta como una nieblina y esto la reviste de más asombro y misterio. Pero esta cascada concentra su belleza en que no es ella sola sino que tiene una hermana menor en el nivel de arriba. Una impresionante

caída con dos niveles donde entre la segunda caída se retiene un charco también grande y al rebosar de ese cuenco, se forma la segunda cascada que presume de un charco mayor. Las rodean algunas higueras y le dan compañía multitud de piedras negras porque son tobaceas. Al otro lado unos cuantos pinos laricios, preciosos, muchos bujes aquí abajo y un viejo árbol que tiene todas sus ramas secas y el tronco, hasta la mitad, verde del musgo que le cubre.

A la izquierda una avalancha de las piedrecillas que caen por la pared que me sobresale. Más higueras, una hondonada con pinta de dolina, muchas zarzas y la gran roca que es pared elevadísima, cubierta por la hiedra que se agarra a ella e intenta taparla por completo. Este macetón de hiedra tiene un núcleo espeso y alto y luego por los bordes, se muestra más delgado porque son los tallos nuevos que se alargan abriéndose camino roca arriba. La contemplación de esta expresión de la naturaleza, asombra al tiempo que deja un dulce gozo en el alma porque es muy bonito el adorno que la hiedra le ha puesto a la dura roca.

Y aquí pasa la senda justo por donde cae la segunda cascada. Se abre mucho y se despega de las rocas cayendo a un tremendo cataclismos de peñascos amontonados. Por entre este laberinto, empieza a remontar la vereda y es justo el paso o punto de la primera pared a la repisa que se recogen enmedio que al morir en el surco que corta el río, se hace ancha y es ahí donde se concentra un buen puñado de cascadas, cuevas, surcos tremendos, desconcertantes charcos, densa y salvaje vegetación y un peñascal infernal, por donde todavía queda lugar para delicadas praderas de hierba y grandiosos pinos laricios a un lado y otro.

Las rocas que voy pisando son todas tobaceas que se han ido rompiendo y quedándose por donde han podido. La vegetación de zarzas e higueras, ha crecido mucho y sus raíces van rellenando las grietas al tiempo que las sujeta y las cubre. El ruido de las cascadas que me van quedando por la izquierda y se despeñan rebosantes, se estrella contra la pared que voy rebasando y se origina el mismo fenómeno que cuando subía por la pista, después de Huelga Nidillo. El eco devuelve el rumor y la cascada le vuelve a empujar y para mis oídos es como una confusión porque no acaban de saber si estoy en el mismo corazón de tal concierto o es que me envuelve desde todos los puntos. Un fenómeno curioso, pero original y por eso placentero.

Mucha hierbecilla que ya tiene sus flores abiertas. Una covacha a la derecha mostrando lo que en otros tiempos fueron sus estalactitas. Me llega un olor desagradable y al asomarme, descubro que este refugio natural ha sido usado como retrete para depositar excrementos humanos. ¡Qué cosa!

Remonta y aquí se pega por completo a la gran pared que me ha llegado desde el lado izquierdo y tengo que rebasar para encajarme en la parte central que es la repisa donde se retiene el puñado de tierra. Miro en la linea que me viene llegando esta sobrecogedora pared y veo que es un voladero de casi doscientos o más metros de caída por completo en vertical. Hacia arriba se origina otra covacha donde crecen muchas pingüicula, un buen puñado de helechos, ortigas y una higuera que les da compañía y en la base, unos charcos claros donde se retienen las gotas que caen desde lo alto. La cantidad de vida que la sierra ofrece hasta en los sitios más complicados, escondidos y duros.

Giro un poco a la derecha, buscando el río y ya veo por aquí, chorreando otra cascada. Sigo remontando y la senda va buscando el surco del arroyo para meterse por él y poder subir. Y sí que pasa, pero cogiendo cada uno de los surcos que el agua ha tallado al correr. Parece como si para alcanzar el descanso de la repisa entre las dos paredes, no existiera otro paso que el que ha esculpido el cañón del río y por eso por aquí todo se constriñe y es mutuamente compartido. Y claro, deduzco que cuando el río venga muy lleno o en algún momento caiga una fuerte tromba de agua, por aquí bajara mucha corriente y eso hará imposible el paso. Pero también deduzco que como estas laderas son tan pura roca, las escorrentías son muy fuertes y por eso no tarde tanto tiempo quedar desocupados estos regajos.

Las rocas que me voy encontrando son de dos clases: unas tobaceas que son las que se formaron en las corrientes de las aguas y luego, por alguna causa, se rompieron y ahora ruedan o se amontonan por esta garganta. Las otras son puras calizas y por eso blancas que también por alguna causa se han roto de las grandes paredes y al caer, han reventado quedando en trozos de todos los tamaños. Las corrientes arrastran a unas y a otras y donde se atascan, se quedan amontonadas esperando otra nueva avalancha para seguir cayendo.

Llego a la altura y al ver la cascada, descubro que se abre por entre varios caneles tallados en las rocas y cae asombrosamente ampulosa. Me aproximo con el asombro latiéndome hasta en el respirar y en cuanto estoy frente al charco, miro detenido. La grandiosa imagen la tengo brillante entrándome por los ojos y a sólo unos metros de mi cara, pero ¿cómo explicar la maravilla que es esto?.

Desde donde estoy, al frente y en el montón de rocas que atraviesa la corriente, se abre como la boca oscura y ancha de lo que pudo ser una cueva. Lo es sólo a medias y del techo le cuelga como el medio tronco de lo que también en otros tiempos pudieron ser magníficas estalactitas y se ve que fueron muy irregulares. Redondas, aplastadas, achatadas... Y por entre algunos canales o grietas de lo que pudo ser el techo, la corriente del río se abre paso y cae impetuosa en un chorro que empieza delgado y cuando se derrama en la superficie de grandioso charco, es como la parte ancha de un embudo, pero blando y del color de la leche. Como una mágica cabellera de brillantes copos de nieve que eterna se abre y se recoge.

Y no se derrama en un sólo caño sino en cinco o seis que primero vienen como en la dirección en que estoy y luego se desvían en varias direcciones, aprovechan un charco grande en la mitad de la caída y después se derraman otra vez. Me arrodillo en la orilla del lago tallado en la portentosa roca y me dispongo a sacar una foto para llevarme conmigo, al menos una fina brizna de este ensueño.

Sigo y aquí la senda sube ahora casi escalando una torrentera, que es el nivel que esta cascada está superando y rota por completo. Ya remontado miro hacia atrás y como me encuentro casi nivelado con la parte más alta de la pared que he superado, ahora y desde aquí es cuando distingo las proporciones de este farallón. De un volumen que pasma. Con trozos negros por donde rezuma el agua y otros rodales color caramelo y muchas covachas poco profundas. Los troncos de algunas higueras que brotan por las grietas y el portentoso mechón de hiedra que la va cubriendo.

Aquí, una llanura breve y otra cascada más que siendo tal no lo es porque vengo

observando que este tramo del río, desde lo alto hasta la central, es cascada sin interrupción. Pero es verdad que al rebosar por los escalones que le va presentando el tremendo desnivel de la cuerda de esta montaña, se originan cascadas mucho más singulares. ¿Cuántas son en total? No las vengo contando, pero creo que entre seis o siete incluyendo la principal de todas que es el Salto.

Me aproximo y el charco palpita sereno, porque es muy grande y el río que lo colma, se desploma por enmedio de dos fabulosas rocas que presentan unas figuras con semejanza a los cuencos de unos ojos vacío. Y es que este frontal rocoso se parece a una deformada calavera y no es exactamente eso. La blancura del chorro se hunde en la profundidad de la masa azul emitiendo un bramido ensordecedor y enseguida se abre con la belleza de una grandiosa flor que quisiera ser besada por la luz del sol y al mismo tiempo, no ser rozada.

Miro el reloj y son las once y media de la mañana. La senda sigue remontando y aquí hay como una entrada hacia una leve plataforma que hace de mirador frente al charco azul. Parece como si esta roca la hubieran tallando aquí expreso para situarse en el mejor punto y gozar del remanso. Sigo la ruta y con la senda me pego a la pared para poder pasar al nivel alto, por completo entre espesuras de zarzas y muchas gotas que bombardean desde arriba.

Ahora veo que por debajo del charco este de la gran cascada, sale una rota pista hacia el otro lado. Pienso que este ramal de camino tan viejo y confuso, puede atravesar la pronunciada ladera que me viene quedando por la derecha y después de remontar, enganchar con los caminos que bajan desde las llanuras del Calarilla. No lo veo claro y aunque miro fijo para ver qué descubro, me parece que la sierra por este punto, es tan quebrada que casi resulta imposible que esta pista avanza por ella.

Unos metros más remontado y ya veo arriba, la otra parte de la pared que el otro día nosotros rozamos y que va desde el mismo Salto hacia las cumbres del Calarilla. Al río se le ve por aquí muy cerrado por lo mucho que lo han encajonado los espigones rocosos y al mismo tiempo, discurre suave. No queda mucho para la cascada final. Todo lo que me acoge y acompaña parece como si se prepara hacia el punto núcleo.

La senda mejora porque discurre como por una repisa de tierra. Muchas rocas al otro lado, muchos pinos laricios clavados en la ladera y muchas hiedras cubriendo estas rocas. Les da el sol y su presencia es grandiosa coronada por el vuelo de los cuervos que la surcan por encima. Algunas nubes blancas que empiedran el azul lejano del puro cielo.

Otra cascada retorcida y en forma de ese y muy estrechita para cortar el espigón de rocas que le presenta la lancha que caen desde la ladera. Tiene también en lo hondo un gran charco azul y de él, remonta vuelo la florida lavandera cascadeña. La senda remonta ahora casi en linea vertical con el charco que tengo frente a mí y la pared de rocas. Y es que no tiene otro espacio para seguir subiendo. Es arroyuelo cuando corre el agua, pero también senda.

Sigue muy empinada, se encajona entre una trinchera de rocas tobaceas y adivino que en cuanto asome, me tropiezo con el Salto. En la pared de rocas que

me protege por la derecha, una como ventana que da vista al cauce. Un arce colgando por completo de la roca, pero elevado sobre la corriente. Da una curva y vuelve como si fuera en busca del túnel, pero aprisionada por la trinchera que le hicieron para que pudiera avanzar. Me asomo a la derecha esperando ver lo que intuyo y no. Este no es el salto total.

Un par de covachas por la derecha donde se paran a dejar sus señales en forma de suciedad los que visitan estos lugares. Son bonitas, las covachas, pero ¿quién resiste el mal olor que de su interior sale? ¡Válgame Dios!

Sigo y las piedras que comienzo a pisar son los trozos que sacaron del túnel y tiraban por los agujeros que le hicieron en forma de ventanas y también para iluminar. Una curva más y ahora si espero que se me presente la emoción. Me queda frente total y por el otro lado, el lomo rocoso que nosotros recorrimos hace unos días cuando descendimos hacia el rincón de esta cascada.

Se allana la senda con tierra negra y fértil y con mi emoción, busco lo que tanto espero. Unas praderas menores tupidas de hierba verde y al dar la curva, la gran cascada. Me paro y la veo cayendo desde lo alto y ya el paredón por donde perfora el túnel y uno, dos, tres agujeros que fueron las ventanas cuando lo abrían.

Y lo primero que me llama la atención es que el trozo de tierra que roda la gran cascada, no me lo esperaba tan llano. Miro al frente y lo que veo lo puedo describir como un escalón de unos 180 metros, partido por el centro por el cauce del río y desde ese surco, el chorro de agua cayendo casi a plomo. Según viene cayendo, el chorro se abre porque tropieza con solientes rocosos y todo el agua que se torna espuma. Al alcanzar el descanso, lo hace sobre tierra y piedras que arrancan desde la base de este gran espigón rocoso, se remansa brevemente en sus charcos, que no son espectaculares, con trozos de praderas sembradas de mil rocas de toba, muchos bujes y muchos helechos y retoma su bajada por el surco que el río le va ofreciendo.

La subida hasta este encuentro, con esta tranquildad con que yo la he hecho y sin nadie que pertube la mañana ni los paisajes, es realmente gratificante. Una pequeña repisa antes de la cascada, el agua que se ve negra por aquí, el chorro que se despeña que no es tan grande porque al río le han quitado mucha agua para el canal que alimenta a la central eléctrica, pero sí es alta y bonita. Son las doce menos deiz de la mañana.

Termino de remontar al cerrillo y bajo. No tiene apenas charco esta cascada. Aquí es muy llano esto, se esturrea el agua por entre las piedras y sigue bajando. Hasta casi el mismo fondo de este redondel porque deseo hacer una buena foto aunque tenga el sol de frente y la pared por donde cae el agua, a la sombra. Descubro ahora que por la parte de abajo, existe como restos de un muro. Recuerdo que en otros tiempos, por este chorro de agua, tiraban traviesas de madera para arrastrarlas por la corriente hasta el Pantano del Tranco. Como es tan alto este salto, tubieron que hacerle una buena rampa y como la caída era larga, las traviesas, al llegar al final, venían ardiendo. Le construyeron esta pequeña represa para sujetar el agua y que al caer a ellas, las maderas se apagaran.

Si este pantano estuviera lleno, ahora mismo, yo estaría metido en el fondo de

sus aguas. Y es que la quiero gozar desde lo más cerca posible y por eso descubro que de ella brota como una nieblina, al quebrarse el agua, y al atravesarla los rayos del sol que caen desde arriba, hasta se dibuja el arco iris. Tengo que decir que es realmente bonito este rincón y más, cuando el encuetro es como el mío esta mañana.

* * * * * * * *

Al muro del Pantano de la Feda.

Me despido y sigo la ruta ya buscando los túneles. Traza aquí la senda una airosa curva y se va dirección al Tranco del Perro, pero subiendo empinada por la pendiente repisa que se ha retenido entre los dos altísimos trancos. A la izquierda me queda un rellano sembrado de muchos helechos. Miro para atrás y se me cuela por los ojos el robusto espigón gemelo del Picón del Haza. Le da el sol y como el agua le chorrea por toda la cara, brilla hermoso.

El firme que va sosteniendo a la senda, son trocitos de la roca que tuvieron que triturar cuando abrían el túnel. Fueron arrojando por los agujeros que le abrieron para que entrara la luz y por esta ladera se quedaron desparramados y otros muchos, rodaron hasta lo más hondo.

Ya he remontado un buen trozo y veo abajo, todo el terreno quebrado y el voladero que he venido sorteando. Sé ahora mismo que si en estos momentos tuviera un tropiezo y rodara, iría a caer por lo alto de ese enorme voladero que acabo de remontar. Mi cuerpo se haría añicos. Por eso decía que es muy peligrosa esta senda.

Acercándome a la entrada del túnel y aquí, las peonías florecidas y el Calarejo de Los Villares al fondo por donde se remontan las nubes blancas. Esta tarde puede haber tormentas. Desde la cascada grande, este trozo de senda, es bastante duro por elevarse mucho en un tramo corto. Hay que alcanzar hasta la mitad del segundo gran escalón rocoso que es donde se abre la puerta del túnel.

Los últimos metros, pues todo un puro cascajal. Una torrentera de rocas sueltas, en trozos pequeños y blancos. Cae esta pendiente casi en vertical y por eso cada piedra que rueda, salta por lo alto del primer voladero y se estrella por donde también sube la senda y yo subía hace unos minutos.

La senda, bastante bien, pero estrechita y rota por muchos sitios porque no la arreglan. Traza la última curva antes del túnel por donde sí le pusieron una pequeña pared de piedra por el lado de abajo para sujetarla. Todavía está. Ya me encuentro casi por encima del pico que recorrimos el otro día. Veo la pradera con su ejemplar pino en el centro y las nubes blancas surgiendo por encimas de las cumbres y el azul del cielo.

Muchos bujes y algunos rosales silvestres ya casi rozando el agujero del túnel. Veo que las personas por aquí, incluso hacen atajos para llegar antes, lo cual es mucho más peligroso. Ya en la entrada del túnel, miro hacia atrás, y al frente por donde he subido, todo el gran macizo del Calarejo, las llanuras donde estuvo la aldea de Los Villares y el pronunciado barranco de Roblehondo con los viejos cortijos todavía ahí refugiados.

Por la izquierda según miro ahora hacia el profundísimo y lejano surco por donde, desde mí, se aleja el Borosa, la impresionate lancha de rocas y encinares, con muy pocos pinos, que cae desde el Calarilla. Tremenda ladera esa, dificilísima de andar y de atravesar por no existir, en ese terreno, ni un sólo camino. Coronando al fondo, las nubes y más lejos, la sierra de las Cuatro Villas, que en este caso son las solanas de la Torre del Vinagre. Una grandiosa vista desde este punto.

Una piedra justo a la entrada del túnel, un chorrillo de agua que cae por aquí y la boca que se ve abierta por donde sale el canal que viene repleto de agua. Y este trozo de ruta, llana por completo porque fue trazada así para que el agua, por el canal, corriera suave hasta la entrada al tubo que las despeña hacia la central. Son las doce y cuarto de la mañana y creo que lo recorrido se acerca a los once kilómetros o quizá algo más.

Me vengo para la izquierda siguiendo el trozo de canal que busca la entrada al tubo. Peligroso este paseo porque va clavado por completo en lo más inclinado de la torrentera y casi por el pie mismo de esta pared de roca, la segunda y que es por donde ha penetrado el túnel. Va una modesta senda pegado al canal. Camino ahora dirección al Tranco del Perro y veo que el día se ha abierto y muestra un esplendor grandioso.

La reguera, al llegar al primer puntal, se mete en un pequeño túnel de cemento. El puntal ofrecen como un balcón menor que queda por completo colgado en el vacío de esta asombrosa caída. Da una curva y las aguas afloran otra vez corriendo por su canal. Quisiera saber por dónde cae esa cascada que aquel día me sorprendió cuando desde el Tranco del Perro miraba hacia este barranco. A trechos, se le ven agujeros a estos como tubos de cemento por donde han metido la reguera para que las piedras que rueden no caigan dentro.

En un tramo que se queda al aire libre, le han puesto como una alambrada tumbada hacia la pared que corona, para que las piedras que ruedan no caigan dentro. Y es que quiero llegar hasta donde ya las aguas se meten en el tubo y se despeñan hacia la central. No recomiendo a nadie este paseo a pesar de lo hermoso por la vista que va mostrando.

Doy una cuerva y siento el rumor de una cascada que cae. Y ahora que me acerco, descubro lo que es la cascada que aquel día vi desde aquellas sierras lejanas: al llegar al final, el canal se remansa como en una alberca alargada y se ve que cuando desde la central, le cierran la entrada del agua por el tubo, desde esta alberca, que tiene un aliviadero, rebosa toda el agua que llega por la canal. Cae por la ladera y después de abrirse como un abanico, en un salto de más de cien metros, se desparrama justo por donde sube la senda.

Desde aquí se ve el río allá en todo lo hondo y es tremendamente sobrecogedor por la fabulosa extensión de sierra que se domina y desde una altura tan rotunda. Mucha hierba por aquí y muy mojada toda la ladera. Por la pista que sube por el Borosa, ahora ya si veo venir a muchas personas. Es lo que me esperaba en un día como el de hoy.

Y la última curva donde ya se remansa en la alberca alargada, se presenta la entrada del tubo, la línea eléctrica que remonta desde la casa de máquina y el

fantástico mirador clavado en el corazón de esta ladera y frente a la sierra más grande. Estoy en todo lo alto de la central, recto por completo en una caída tremenda, y por la parte de arriba, veo la explanada donde están las ruinas del aquel extraordinario cortijo del Haza.

Me vuelto para atrás y recorro este trozo de reguera hasta la entrada del túnel que me dejará sobre el Salto de los Órganos. Entro al túnel y me voy siguiendo el pequeño pasillo que le dejaron junto al canal. Por aquí y, entre el canal y el pasillo que sirve para continuar la ruta, hace unos años pusieron unos hierros y desde uno a otro, unos cables de acero para que las personas se agarren y no caigan a las aguas. Enciendo la linterna porque la oscuridad es total y muchas gotas de agua que caen desde el techo y en el pasillo que recorro, muchos charcos remansados. No se puede andar con comodidad al menos en fechas como estas.

Enseguida una primera ventana con unos hierros atravesados para impedir que las personas se asomen y puedan caerse hacia el profundo vacío que presenta el barranco por donde sube la senda. Otra segunda ventana o agujero de aquellos que hicieron para ventilar, iluminar y arrojar los escombros que sacaban de este túnel. Una tercera ventana y aunque la distancia de una a otra no es mucha, quedan en penumbra total algunos trozos de este túnel. Y la cuarta ventana es tan grande que parece una puerta abierta al vacío del tremendo barranco. La vista, desde ella, es grandiosa por lo hondo que queda y lo escabroso que se ve todo.

Ahora viene el tramo más largo que ya da salida a la parte alta de este gran voladero que es justo donde el río vuelca hacia la gran cascada del Salto de los Órganos. Un agujero menor para que entre la luz, pero abierto en un espeso muro porque da la casualidad que por esta parte el túnel ha sido perforado muy dentro del macizo rocoso. Otra nueva ventana y esta queda justo en lo alto del gran charco azul hundido por donde he subido. Dos ventana y estas juntas y ya el final. En total, son siente los agujeros que abrieron desde el túnel para respirar y que la luz entrara.

Según me acerco a la salida el agua que corre por la canal, mete mucho ruido y esto es porque la corriente baja con mucha fuerza. A la salida de este primer túnel mi reloj marca las doce y veinticinco. Creo que este recorrido tiene más de cien metros. La visión es muy espectacular porque de pronto se sale a lo más llano de este río antes de saltar el tremendo escalón que le ha presentando la cuerda de esta elevada montaña. Un gran pino laricio y el río remansado.

Ya desde aquí, sólo una ampulosa curva, que sigue la linea del curso del río y por supuesto, la del canal, se adentra en el segundo túnel y al salir, sólo unos metros y el muro del pantano.

* * * * * * * * *

Al Collado del Picón de Haza.

En la airosa curva que traza la senda, siguiendo el borde de la canal, entre el primer y segundo túnel, es donde se coge hacia la izquierda para remontar, campo a través hacia el Collado del Picón del Haza. Si voy atento, descubro sendas de animales que me ayudan para remontar la empinada ladera que tengo que recorrer.

Mucho buje, mucha zamarrilla y mucho tomillo florecido. A mitad, más o menos, de la cuesta, un enorme pino laricio. Tiene su agujero en el tronco y quemado como si queriendo lo hubiesen hecho. ¿Para sacarle la resina o para qué? Aquí mismo y pegado a una piedra grande, entre las conchas secas de las ramas de este pino y las hojas viejas, una cama de jabalí donde esta misma noche han dormido.

Ya estoy casi coronando y por eso digo que la subida no es muy larga, pero sí muy fuerte. Dos grandes pinos laricios ya casi en todo lo alto. Miro y veo muchas nubes por las partes altas del pico Empanadas, el más alto de las sierras de este Parque Natural y por eso me digo que esta tarde puede haber tormentas.

Estoy a cien metros del collado y lo que veo es el cielo azul, las nubes blancas avanzando sobre él, mucha hierba sobre la tierra del collado y comiendo en tan hermosa pradera, una solitaria cabra montés. Me ha visto y sin asustarse, porque me tiene dominado, se mueve tranquila hacia las rocas de la pared del Picón del Haza.

Ya estoy en lo alto y lo mismo que desde tantos tramos de esta bella ruta: una vista impresionante, una pradera tupida de hierba fresca, un chorro de aire también tibio que sube desde la hoya del Cortijo del Haza y el cielo sangrando azul. Desde aquí lo estoy viendo claramente, aunque sólo sean ruinas y los arboles frutales florecidos y solitarios por entre las verdes praderas que rodean a tan tristes ruinas.

Sin duda que fue un paraíso este rincón del Cortijo del Haza por la tierra tan fértil que le rodea, los chorrillos de agua que desde estas laderas manan y cruzan las praderas y la buena extensión de tierra que tenían solo para ellos. Lo malo, y lo voy a decir sin haberlo vivido, serían las tremendas nevadas que en estas alturas caerían por aquellos tiempos y las tormentas a parte de la inmensa soledad por lo lejos que estas personas estaban de cualquier núcleo de población.

Distingo claramente el gran espigón de la cuerda de las Banderillas, las partes altas y los cortes que caen hacia la central y veo por donde se eleva el Tranco del Perro, el espigo del Fraile de las Banderillas y el macizo del Haza de Arriba. Muy tranquilo esto y una enorme vista hacia infinitos sobrecogedores. ¡Qué gran día el de hoy y qué gran excursión y cuánta necesidad de dar gracias por creación tan fabulosa! Por aquí, todas las florecillas de estas hierbas, abiertas, revoloteando algunas mariposas y cantando por entre los majuelos, varios pajarillos.

Son las dos menos veinticinco de la tarde. Acabo de recorrer la ruta del río más bello de la tierra. El de aguas inmaculadas y rincones misteriosos donde lo que, por encima de todo destaca, es la sensación de un camino que conduce hacia el corazón mismo de la belleza que da consuelo a toda alma humana. Y lo que más me ha parecido, porque en la región de mis sentimientos así lo he saboreado, es que este camino levemente comienza donde hoy yo he terminado. Así que, de entre toda la emoción, lo que claramente destaca, es el fluir de corriente tan nítida proclamando que es sendero que desde la tierra arranca y se conecta con la eternidad. De aquí que ahora no esté saciado sino, aunque hondamente repleto, con más hambre que al comienzo, esta mañana.

Nota: para continuar con la ruta del río Borosa hasta el Collado Bermejo, ir al final de la ruta número 2, desde Aguas Negras para arriba.

La fragancia eterna

Subo hasta el centro del collado donde está verde la hierba y al mirar al frente, veo la llanura de las encinas viejas y el arroyo de las zarzas y ahora lo recuerdo:

Aquel día ya caía la tarde y ahí mismo comían sus cabras y, como desde el puntal a él les cogía lejos, mandó a su perro a por ellas y una, la negra, sí se vino corriendo hasta la parte de arriba que era por donde ya la noche se asomaba, pero las otras, allí se quedaron comiendo y al volver su perro, recuerdo que habló y le dijo:

- Lo que siempre es bueno es que nunca se borre tu presencia sino que aunque breve, sea y real para que ahí, donde has estado, dejes tal perfume que todos te amen y quieran que vuelvas.

Y sigo mirando y al frente los veo bajar con sus manojos de espárragos y a los otros buscando sus bellotas justo donde la fuente serena y luego los veo saltar y diciendo:

- Pues llegará un momento en que muchos buscarán a un pastor al ir por los caminos de estas sierras porque tendrán necesidad de consultar la verdad de la gran realidad de estos montes en el silencio de la tierra.

Y como estoy sobre el collado, mirando al frente y caminando con ellos y por aquella senda, en esta mañana seductora y ya de bien madura primavera, para mí solo me digo: "¡Quién no pudiera ahora mismo saber los nombres y ciencia que conocía aquel pastor y quién no supiera llegar y estar y callarse y luego irse a tiempo para dejar por el lugar tal esencia que todos sintieran vivo mi recuerdo y, en el fondo de sus corazones, a todas horas desearan que volviera!".

Algunos nombres por la zona.

- Al final del filo del Calarejo, en una morra que hay con muchas vistas hacia los barrancos del río Borosa, estaban las casas de la Aldea de los Villares. Mucha agua que había allí y muchos animales. Había también muchas huertecillas y con estas cuatro cosas y el aire limpio, vivíamos bien, muy bien.
- ¿Cómo se llamaba la fuente aquella?
- La Fuente del "Royico". Aunque por allí hay mucho manantiales. Más para acá, conforme se está en los Villares, a la derecha está el royico y a la izquierda se encuentra la Tejilla. El Bonal se ve al frente, al pie de la risca, la Fuente del Bonal.

A la derecha del Bonal hay un sitio que se llama el Castillico. Desde allí se abre una hermosa vista sobre todo el valle del Guadalquivir. Aquello parece un castillico. Lo bautizaron así y acertaron mucho porque de verdad parece un castillo pequeño.

- ¿Por donde está la casa forestal de los Villares?
- Por encima. Eso: el Castillico. Más allá se encuentra el Prao de la Solana y si seguimos caminando para allá, a la derecha nos encontramos el Puntal de la Solana y se llega al Collado de la Cierva.
- ¿Que es donde nace el arroyo?
- Eso. El arroyo de Los Villares, que se llama. En en Collado de la Cierva empieza toda la vertiente. Por ahí se pasa uno al Collado de los Nevazos, por un sitio que se llama otro Calerejo. El Calarejo de los Nevazos y del Calarejo de los Villares. Todo eso es término de Santiago de la Espada.

Por ahí... ¿"ande" quieres que nos cambiemos ahora?

- Ya que vas con los nombres, sigue adelante.
- Pues entonces te iba a decir que el Calarejo de los Nevazos parte, por un sitio que se llama el Puntal del los Borregos, propiedad de un señor de Santiago que le dicen: "los Cuchareros". A la derecha nos queda el terreno del estado y a la izquierda parte esa propiedad y aquello se llama la Campana. ¿Te suena?
- Sí que me suena y en la lista de un millón de cosas que de esta sierra esperan ser conocidas, pisadas y amadas por mí, la tengo.
- Pues entonces se sigue y a la derecha tenemos el Tranco del Perro, a la izquierda los Pardales, la Cuesta "El Muerto" y el Collado de la Basura. Desde allí mismo, recto nos encontramos la Baderilla Grande y la Banderilla Chica, la Soga está "entremedias".

De las Baderillas para acá, tenemos los Carasolillos, donde hay una salida que lleva a Viñuela. Al Collado de Viñuela. Al salir a este collado nos encontramos un sitio que se llama los Tejos.

- Espera un poco, porque tan aprisa vas, que no te sigo. Me estoy perdiendo. ¿Los Tejos quedan por la parte de la cumbre del Banderillas?
- Lo que estamos recorriendo ahora mismo es precisamente eso, la cumbre. Estábamos en los Tejos y desde aquí mismo, arriba, tenemos el Fraile.

Siguendo la cordillera desde el Freile para abajo llegamos a un sitio que se llama la Pasá del Maguillo. Desde aquí seguimos recto para abajo. Esto quiere decir que lo mismo es de Santiago lo que hay por el lado de allá que lo que estamos nombrando por este lado. Todo es término de Santiago de la Espada. Pasamos y llegamos al Puntal del Aguila, a la derecha porque a la izquierda se nos queda la Pasá del Maguillo. Un poquito más abajo a la derecha, el Puntal del las Cabras. A continuación, el Recoblar, el Castellón del Haza, la Fuente de la Mantellina que se encuentra próxima al Castellón. Un poco más adelante, la Majá Martín y recto para abajo, por la Cruz de la Mala Mujer, al nacimiento del Borosa que se llama Aguas Negras.

A la izquierda del nacimiento, subiendo por encima, se encuentran los Puntales de Carpio y Covacho del Infierno. A la salida del Covacho del Infierno está el Pozo de los Brígidos. A continuación, Cañá la Fojas y el Risco. Para abajo, Rambla Seca que viene a juntar otra vez al nacimiento. Ahora nos vamos a venir nombrando lo que queda río abajo hasta juntar con aquel tope. Cuando nos juntemos con aquel tope, nos colamos a la otra vertiente. ¿Vale?

- Sí que vale.
- Pues como hemos terminado en el nacimiento del Borosa desde Rambla Seca para abajo, nos venimos hasta la Huelga del Nidillo. Nos encontramos también con la Lancha Pilatos, Poyo Cerezo, el Canalón de la Víbora, las Rozas, las Cocotas, el Barranco de la Tabarrera, la Lancha del Espartal, Loma Emendio, la Central Electrica y el Cenajo de los Toros. Para abajo, a juntar aquí con la Piedra de los Hornos, la Bradá, el Castellón, cortijo de Guindas de la Cueva Infante al lado del castellón, a la izquierda.

Por ahí recto para abajo hasta el Vado de los Rosales. Pero ahora, como nos hemos dejado un poquito de rincón, lo vamos a provechar para arriba para cubrir hasta la Central. Se sale al puntal de la Cerrá. Desde ahí al Covacho o Cueva del Chorreón, Puntal de los Arredraeros, cortijo de la Asomaica, Roblehondo y desde ahí para abajo, a la Piedra del Nidillo. Desde este punto salimos por la Lancha del

Cornicabral y a la izquierda de los Villares nos queda el Collado Santos, los Collados, el Collado Volante, que aunque parezca esto raro, es un nombre. Tenemos luego la Roza el Rabilargo, que tampoco sabemos este nombre por qué, pero que existe desde hace mucho.

Seguimos y tenemos la Canalica, el Collado del Lobo y a la derecha, la Tripa, que eso ya linda con ese coto que hemos nombrado. Por aquí nos tiramos para abajo a la Cueva del Puntal, recto Loma de María Angelas a las Juntas del Borosa.
- Y si ahora nos volvemos y nos vamos por la senda que sale desde la Fuente de los Astilleros ¿qué nos encontramos?
- Lo primero el Ruejo, que fueron unos cortijos y unos trozos de tierra que se cultivaban. Pasamos por el Barranco del Coro y llegamos a Pedro Cano y torcemos hacia un sitio que se llama la Morra del Pesquesión que ya sale a los Villares. Pero antes nos ha quedado el Barranco Oscuro, a la izquierda la Laguna y a la derecha tenemos el Ruejo.

Siguiendo el río Borosa para arriba tenemos el Charco de la Cuna, el royo las Truchas, El Robliar, los Caracolillos, la Tabla del Vado, la Loma del Tejuelo, la Cerrada de Elía, el Canalón de los Pinos Blancos, Huelga Nidillo y la Central con el Salto de los Organos que no lo hemos dicho antes porque ese punto lo conoce todo el mundo. Es lo más popular porque aquí y entre los turistas. ¿Ahora ya podemos nombrar lo que nos queda por este lado?
- Podemos nombrar todo lo que tú recuerdes y te guste nombrar.
- A la derecha de la carretera que sube para Guadahornillos, nos encontramos con el Pecho de las Instancias, la Loma del Tejuelo, las Cabrerizas, el Castellón, la Plaza de Arma y la Cueva de la Sepultura.

Siguiendo para arriba nos encontramos con el Royo de la Cabricuerna, que sale a la Fresnedilla. A partir de ahí, los Cabezones, el Royo de la Cueva de Higuera, los Poyos del Betún, el Barranco del Tío Lobera, cortijo Forestal de Roblehondo, Puente de Guadahornillos, Cuava del Agua o Cueva del aire, la Fuente de la Umbría que esta arriba, en el saliente. Las Navillas de Capa Azul, en lo alto, la lancha de Valdeazores, el Caballo de Valdeazores y la Cerrada entre Lanchas.
- ¿Eso dónde está?
- Eso se encuentra al tirminar la Lacha de Valdeazores, donde hay una cerrada. Allí se encuentra también la Cueva de la Cerra de la entre Lanchas.

- La Cruz de la Mala Mujer ¿Por dónde se encuentra?
- Bajando por que lo que he dicho antes de la Pasá del Maguillo. Al salir justo del Castellón del Haza. Allí hay un pino grande y no sé por qué le llaman a este lugar de este modo.
- ¿Hay allí una casa o algo parecido?
- Aquello nada más que la Cruz de la Mala Mujer. Que tenía el pino una cruz. Tenía yo entonces cotorce o quince años cuando empecé a oir tal nombre. Seguro fue una pobre mujer que se heló, la mataron o sería una mujer perdida que tuvo algún mal tropiezo. De la cruz me recuerdo yo de verla en el pino. Algunas veces preguntaba: "¿Bueno y eso qué fue?" y todos me respondían: "Pues na, que na más que conocemos la Cruz de la Mala Mujer. No sabemos lo que allí pasó".

- Por encima del Castellón del Moro hay un collado muy bello que desde hace tiempo me tiene intrigado. ¿Cómo se llama?

- Es justo por donde pasa la línea eléctrica que sale de la central de los Organos. Ese collado se llama precisamente el Collao del Castellón. Y saliendo para arriba se sale a Majá Cerbá, luego el Collado del hombrazuelo, Majal Izquierdo, las Praeras de Fuente Corrales, las Navillas de Capazul, Fuente de la Umbría, la Peña, al volcar la Cerrá de Entre Lanchas, que también la hemos dicho, una senda que va a salir a Fuente Bermejo.

Saliendo por el cortijo de Guindas se llega a un sitio que se llama la Bradá y desde ahí al Collado de la Bradá.
- ¿Ese es el que está arriba en todo lo alto donde se junta dos caminillos?
- ¿Tú has ido por ahí?
- Lo conozco un poco, pero no sé los nombres.
- ¡He dado más pasos yo ahí!
- Si nos venimos para abajo por el arroyo que viene a salir a la Cerrada de Elías, entre este arroyo y el siguiente, pegando a la casa de máquina ¿qué nombres hay?
- El segundo arroyo se llama Royo de las Pretinas y el primero el Royo la Bradá.
- ¿Y el puntal grande que queda en medio?
- ¿El puntal que se ve grande ahí en medio?
- Sí.
- Se llama la Piedra de los Hornos. Queda a este lado del Royo de las Pretinas. Por debajico hay un puente de madera y ya se cuela el río. El Puente Piedra es ya cuando se sale a la Huelga Nidillo.

- ¿Y el otro?
- Puente de Toba. Queda yendo para arriba, a mano izquierda más abajo de la central. Hay allí unas tobas y aquello fue un saltador. Por ahí baja otro arroyillo que viene del Castellón del Haza.
- ¿Cómo se llama ese arroyo?
- Su nombre es Royo el Jorro.
- ¿Pero no es el que viene desde el Collado de Roblehondo?
- No, ese es el de la Tinaica. Que viene justamente desde el Collado de Roblehondo para abajo. Es que ahí hay tres o cuatro arroyos. El que cae por lo alto de las riscas al pasar la central, se llama el royo de las Nugueras porque hay unas nogueras en lo alto. Algunos también le dicen el royo del Castellón porque nace allí mismo.
- Cae justo casi en lo alto de la central.
- Sí. Está aquí la tubería y el arroyo cae así.

Y siguiendo para lo alto hay otro sitio que se llama el Collado del Castellón, pero este es el del Haza. Por debajo viene un camino que se llama también la Pretina. Por arriba, por el collado mismo, ya sale el camino a los Charcones, por la Cruz de la Mala Mujer. Lo sé todo. Al frente del Castellón del Haza, un puntal que hay por encima de la retención de las aguas de la presa, se llama el Puntal de Mateo. Por encima queda la Morra del Pinar. Para este lado de la laguna nos queda la Lancha de Valdeazores, que es todo ese espolón que se ve donde hay una casilla por la derecha. Por encima de la laguna hay un sitio que se llama la Hoya del Corral y ya se sale arriba a la Lancha de Valdeazores.
- ¿Es lo mismo la lancha que el caballo?
- No porque es que el Caballo de Valdeazores es por donde ya llega a la Cerrá de las Entre Lanchas. Está aquí el Caballo, por las Navillas de Capazul hace así la senda, por la Cerrá de las Entre Lanchas y queda aquí el Caballo.

ENSUEÑO DE CRISTAL

RIO BOROSA 12-3-96

Fuente de los Astilleros, Cuesta del Topadero,
Calarejo y aldea de los Villares 11-2-96

La distancia

Arrancando desde la propia Fuente de los Astilleros, por la vieja senda de la Cuesta del Topadero hasta las ruinas de la aldea de los Villares, la distancia aproximada, es de seis kilómetros y medio.

El tiempo

Claro que el tiempo en recorrer esta ruta, va en función de lo aprisa que vayamos y las paradas que hagamos para ir gozando de los paisajes, pero a un paso calmado y haciendo los suficientes descansos sobre los collados y para respirar, se tarda unas dos horas a dos horas viente minutos.

El Camino

Ni siquiera se distingue bien en su tramo primero, pero en cuanto se está sobre él, remonta con toda comodidad y elegancia, siempre cortando la dura ladera y escalando cuesta para descansar sobre los collados que van apareciendo. No tiene más dificultad que la dura cuesta y el monte que por muchos tramos, ya lo va cubriendo. Es una grandiosa ruta con el aliciente de las mejores vistas hacia las cumbres más grandes de este Parque y los barrancos más profundos.

La ruta

A lo largo de catorce años he buscado la manera de entrarle al río y confieso que en un principio sólo era por el deseo de conocerlo porque había oído hablar mucho de él y como les pasa a tantos de los que por aquí ahora vienen, me picó la curiosidad y hasta la envidia y decidí aventurarme.

Al poco de andar por él, comencé a sentir la necesidad de contarlo. Es decir: el río Borosa me enganchó y aquí empezó a surgir el problema. ¿Cómo contar? Por un lado huía de aquello que pudiera parecerse a los turistas que a diario ahora recorren este río. Y por otro lado, sentía la necesidad de ser sincero y decir cuanto por aquí estaba viendo.

Como todo esto ocurrió en aquellos primero pasos en que se me empezaban a despertar los lejanos recuerdos, me dije que lo primero tenía que ser conocerlo a fondo. No bastaba un par de paseos clásicos por la pista que sube: pero claro, un conocimiento real, también tenía que incluir la pista con los turistas y sus cosas.

Sin embargo, como lo primero que busco con este escrito es la sinceridad, tengo que decir que al principio sólo me empujó la curiosidad por lo bien que todo el mundo hablaba del este río y por lo que entre estos montes tenía sepultado. Así, la primera vez de todas, fue carril arriba, cuando todavía no existía el Parque. Subimos por la pista montados en un coche y no fuimos tres metros más allá del asombro. Ni siquiera vimos la Cerrada del Agua, ni la Central Eléctrica, ni el Salto de los Órganos.

La segunda vez fue andando desde el Collado Bermejo para acampar en el refugio que entonces existía junto a la Laguna de Valdeazores. En la tercera ocasión le entramos desde la cumbre del Calarilla. Bajamos por el arroyo de los Tejos hasta el Salto de los Órganos. Otro día le entramos también río arriba, pero en esta ocasión andando como los turistas para así verlo desde donde lo ven ellos. En una nueva ocasión nos venimos desde el arroyo de Linarejos siguiendo la pista que atraviesa Roblehondo hasta el puente de los Caracolillos, en el mismo río. En una ocasión más acampamos en Huelga del Nidillo, nos bañamos en el Charco de los Órganos. Otro día pescamos truchas por el Charco de la Cuna.

Subimos también por el Barranco de las Iglesias por la Cuerda de la Carrasca, por el lado del Cantalar, al arroyo del Infierno desde el Nacimiento de Aguas Negras, al Picón del Haza por el Tranco del Perro, a Roblehondo de Los Villares desde el Cenajo de los Toros y por último, hace tan sólo unos días, recorrimos el viejo camino que desde la Fuente de Los Astilleros sube a Los Villares y luego hasta la cumbre de las Banderillas y desde allí, a la casa de Pinar Negro y a los Campos de Hernán Pelea.

Así que pasado el tiempo, hoy mismo, puedo decir que conozco medianamente el río Borosa. Lo fui recorriendo desde todos los ángulos y todos los rincones y ahora es cuando realmente me encuentro en apuros. Creí yo al principio que en cuanto lo tuviera bien recorrido me iba a ser fácil contarlo y resulta que sucede todo lo contrario: cuando lo tengo todo pisado es cuando de verdad me encuentro en apuros. No sé por dónde empezar para contar lo que tanto ya me rebosa dentro y menos aún tengo claro qué asunto pongo en primer lugar. Más de un año llevo dándole vueltas en mi cabeza y no me aclaro.

La información y noticias que de la senda tienes, comienzan y se acaban justo en lo que ellos te dijeron. Y ellos te dijeron que lo de aquella tarde sucedió de la siguiente manera:

Por la mañana bajaron al valle desde las cumbres porque tenían que hacer algunas cosas por aquí. Una vez en el valle se dedicaron a los asuntos que traen entre manos y quedaron para luego, al caer la tarde, juntarse.
- Quedamos aquí mismo. En el charco de la Cuna que es donde la senda cruza el río.
- ¡Pues vale!
Se dijeron y partir de este momento cada uno se dedicó a los asuntos que necesitaban.

Aquel día era final de otoño un poco ya rozando el umbral del invierno. Por la mañana el cielo había amanecido lleno de nubes y como los días anteriores había llovido, al amanecer, los barrancos aparecieron repletos de nieblas. Por encima de la aldea de Los Villares, las cumbres de los dos Calarejos, el de Los Villares y el de Los Nevazos, aparecieron blancos. Las primeras nieves del año y según los entendidos de la aldea, no iban a ser escasas este año. También ya estaban blancas las otras cumbres de más arriba. Las de las Banderillas, por encima de los Pardales, por el Tranco del Perro y desde ahí toda la cumbre cercana al cortijo del Haza, con el mismo Picón del Haza, justo por encima del Salto de los Órganos.

Así amaneció el día, pero a media mañana, las nubes se abrieron un poco y ello les llevó a pensar que el temporal iba a remitir. Que cuando por la tarde se juntaran para de nuevo ponerse en marcha y remontar la senda, rumbo a la aldea, la subida sería fácil.
- Si ya no llueve más y las nubes también se retiran, en "un periquete", recorreremos la senda y nos encajamos en nuestras casas.
Se dijeron ellos pensando en el momento del regreso luego a caer la tarde.

Pero las cosas no evolucionaron exactamente así. No llovió nada ni tampoco nevó a lo largo de todo el día aunque las nubes tampoco se fueron. Del valle se alzaron las nieblas y por donde se elevan los calares y más arriba, las Banderillas, las nubes se amontonaron. A lo largo de todo el día se fueron concentrando y cuando la tarde comenzaba a tomar el relevo, la oscuridad era total en estas cumbres.
- Ya veremos cómo se las gasta.
Comentaban ellos cuando ya pegados al río, se fueron juntando según lo que habían acordado por la mañana.
- A mí no me gusta nada eso que tenemos encima.
Decía otro ya a punto de ponerse en camino río Borosa arriba en busca de la senda.
- Otras veces también hemos visto el Calarejos cargado y luego no pasó nada. Así que ánimo: pongámonos en camino que en la aldea nos esperan.

A ti te dijeron que el camino arrancaba más o menos por donde hoy el río Borosa entrega sus aguas al río Grande. Que durante un par de kilómetros subía por el cauce, justo por donde hoy va la pista-paseo. Cuando llegaba al primer arroyo que al Borosa le entra por la izquierda, se alejaba del río y comenzaba a subir por la ladera. Te dijeron que por aquí, por esa empinada y agreste solana, subía un camino trazando curvas y coronando collados hasta enfrentarse al Calarejos. Desde el rincón, cuando ya lo tenía todo remontado y parecía que en cualquier momento iba a irse para el arroyo de la Campana, dándole un corte al Calarejos, cogía y se tiraba por el lado del río Borosa. Atravesaba las cañadas que caen desde el Calarejos y al remontar una loma se encontraba frente a la aldea. Los Villares de Roblehondo, se llamó la aldea desde siempre y era a este lugar a donde principalmente venía el camino. Esto es lo que a ti te dijeron.

Preguntaste si en Los Villares moría para siempre este camino y te dijeron que no.
- Por allí se diluye entre las eras, las huertas y las casas, pero luego se organiza otra vez y sigue.
- ¿Hasta dónde?
- Podría decirse que no tiene fin. Pero sí va alcanzado objetivos. Desde la aldea de Los Villares, remonta a Roblehondo y desde el collado del Roblehondo, corona al del Perro.
- ¿Qué es el Collado del Perro?
- Un día te organizas, te vienes conmigo y recorremos el camino. Es la mejor manera de explicarlo y de conocerlo. Nos ponemos y recorremos el camino hasta el Tranco del Perro. Cuando estemos allí lo verás con tus propios ojos y lo comprenderás enseguida.
Le dijiste que sí y luego le preguntaste por aquella tarde.
- ¿En qué acabó?

- Con sus cosas a cuestas, remontaron el trozo por donde el camino se ciñe al río. Por los manantiales torcieron luego a la izquierda y pin, pan, pin, pan; ladera arriba caminaron buscando la aldea. Como el camino remonta tanto y las nubes aquella tarde se concentraban sobre el Calarejos, su ruta parecía ir más hacia el centro de la gran tormenta que hacia la aldea de Los Villares.

Y he dicho tormente porque eso fue lo que allí aquella tarde se desencadenó. Una gran tormenta que empezó a envolverlos cada vez más según subían por la ladera.
- ¿No te lo decía yo? El temporal se cierra y en cualquier momento puede comenzar la lluvia o la nieve.
- De todos modos no hay que asustarse. Mejor que nadie sabes que en este tiempo y sierra, los nevazos pueden caer y contra ellos siempre supimos luchar.

Y la nieve comenzó a caer. Según subían, primero fueron envueltos por las nieblas, los azotó con fuerza el viento helado y enseguida los copos cerraron el poco horizonte que aún quedaba. El Calarejos se perdió, los farallones que desde él caen, también. Se tapó la senda y ni siquiera a cinco metros la niebla dejaba ver.
- Hay que seguir. La aldea no queda lejos y aunque cuanto más subamos más nos metemos en la tormenta, ahora ya no podemos regresar.
- ¿Pero y si el nevazo es grande y la tormenta nos acocota?
- Saldremos de ella, ya veréis.

Se cerró por completo. La nieve siguió cayendo por momento cada vez en mayor cantidad. El frío aumentó y como el viento siguió soplando fuerte, en cuanto la noche llegó, se quedaron atascados. Se les borró la senda y al intentar seguir ya se encontraban perdidos.

Dicen que primero, uno se despeñó por el barranco y por entre el monte y la niebla, desapareció. Otro al pisar el manto helado de una gran grieta, se hundió y aunque pidió ayuda, el compañero no pudo salvarlo. Se hundió y bajo la nieve se quedó perdido para siempre. Y un tercero, como no quería dejar de andar para no quedarse congelado, siguió y al parecer desapareció hacia el centro de la tormenta, la gran niebla y la densa oscuridad de la noche.

Esto es lo que a ti te dijeron y aunque luego preguntaste más, el recuerdo moría en este punto.
- ¿Pero cuando vino el buen tiempo no salió nadie a buscarlos?
- Salieron a buscarlos cuando ya el sol derritió la nieve, pero no encontraron nada. Dieron vueltas por todo el monte y siguiendo la senda, pero nada encontraron. Como si se los hubiera tragado la tierra.
- ¿Y qué pasó después?
- Todos aceptaron la realidad. Porque ya sabían que por este rincón de la sierra, los temporales y los nevazos del invierno, se las gastan así.
- Pero sería duro para las familias y los otros vecinos.
- Duro y cruel. Pero aquello fue así y para cambiar las circunstancia, nada pudieron hacer.
- Parece como si fuera una historia ficción. Un cuento fantástico que nunca puede hacerse real.

A lo largo de toda la noche y el día anterior había estado lloviendo. Una lluvia que

no paraba desde hacía más de un mes. ¡Qué bendición para los campos después de cuatro años de sequía y qué suerte para ti! Hace ya varios meses que tienes planeado tu ruta por la senda del río Borosa. Y mira qué suerte: hoy que es año nuevo, el primer día del nuevo año. Hoy es el mejor día de todos para venir a trazar un recorrido por este río. Después de la noche vieja, al día siguiente, nadie madruga. Nadie viene a estas sierras. Y aunque por el paseo del río Borosa, sí viene mucha gente, ese día es raro.

Pues ese día, a la siete de la mañana, cuando comienza a despuntar el alba, llegas tú a la explanada de la Torre del Vinagre. Tal como habías pensado: todo cerrado, ni un sólo coche aparcado por esta llanura y todo silencioso. De ensueño por lo raro. Y más de ensueño por el día como se presenta hoy. Encapotado el cielo, las cumbres rodeadas de nieblas, los cauces repletos y el monte chorreando como no se veía desde hace muchos años.

Sin prestar mucha atención, echas una ojeada al edificio de piedra, recorres la explanada, repasas el horario y giras a la derecha. “Al volver me llegaré. Quiero ver si tienen a la venta algún libro nuevo de estas sierras”. Es lo que te dices, mientras ya bajas por ese trozo de carretera que trazando curvas, busca al río Grande. Ni un alma en este rincón y no te lo crees. Junto al cauce del río, el quiosco y las mesas de piedra, en verano, se amontonan los turistas como las ovejas bajo los pinos cuando calienta el sol. Por esas fechas cierran los ojos del puente y el agua del cauce se remansa en un precioso charco que algunos llaman playa. Los turistas acuden como moscas y por eso el rincón se pone a rebosar. Esta mañana, ni uno. ¡Qué silencio y qué extraño el rincón!

Cruzas el puente. ¡Qué río de agua! Nunca, en todos los años que lleva recorriendo estas sierras, has visto tú el río Grande con una “riá” como la que trae esta mañana. Y qué bonito cuando este cauce rebosa tan repleto como ahora mismo baja. Giras a la izquierda siguiendo el trocillo de carretera que atraviesa la pequeña llanura.

Tiene para ti un buen recuerdo esta llanura. Cuando aquellos primeros años tú recorrías las sierras de este Parque, en varias ocasiones acampaste entre los árboles de la ribera del río. Entonces se podía poner las tiendas por aquí y otros sitios y daba gusto, porque no existía la masa de humanos que se ve hoy. Pues una de aquellas veces, recorriste despacio esta llanura y era una gloria. Sin alambrada, sin caballos dentro del cercado para que los turistas los alquilen, sin barro ni cajoneras y sin tantos coches yendo y viniendo por la carretera que surca la llanura. ¡Qué gloria lo de antes y qué desolación lo de ahora! Y todo ello, por la cosa del turismo.

Y en otros tiempos, antes todavía de aquellos días de la acampada, tanto la llanura como las tierras cercanas, eran más gloria aún. Las ovejas pastaban llenando de validos y de sones de cencerros las riberas del río. Los caminos surcaban, se adentraban o salían de la sierra y las tierras se cuajaban de verdes hierbas. ¡Qué primaveras aquellas siempre arrulladas por el rumor de las aguas limpias del río y cuajadas de silencios!

Hoy, cuando tú cruzas la pequeña llanura, hasta sientes pena de su destrozo y su pisoteo. Menos mal que durante unos días ha llovido mucho. De los cerrillos

que le rodean por la derecha, han bajado las trombas de agua saliéndose de los pequeños arroyuelos. La tierra que esta mañana es barro, enfanga toda la carretera. Barro color chocolate donde las ruedas de los coches se hunden y el asfalto se pierde. Esto es otra cosa que por supuesto molesta a los turistas y enfada a los de los caballos. Sin embargo, sabe a pura sierra y hasta despierta un gozo bueno en el espíritu.

Recuerdas tú, mientras vas cruzando el barro, lo de aquella ocasión. Dicen que también llovió mucho. Bajaron muy repletos tanto los arroyos como el Borosa y el río Grande y esta llanura se llenó también de mucho barro. Tuvieron que venir ellos por aquí y como entonces sólo había sendas y vados para cruzar los ríos, al cruzar por la llanura y luego el río, tuvieron problemas. Uno de ellos no entró bien por el borde del río y en el barro que había bajado del cerro y la llanura, se quedó atascado.
- Te sacaremos sin problemas.
Le dijeron los compañeros. Y enseguida formaron una cadena. Se cogieron de la mano unos a otros y luego cogieron de la mano al que estaba atollado en el barro.
- Tira fuerte y ya verás como sales.
Unidos y a una, tiraron con fuerza y lo sacaron. Empapado por el agua y embadurnado de barro rojo hasta las orejas, pero lo sacaron.
- Son los problemas de esta tierra y nosotros trajinando por ellas. No ha pasado nada y eso es lo que importa.
Dijeron al final y siguieron su camino.

Ya esta mañana tú has terminado de cruzar la llanura. Gira “pa cá y pa ya” y remontando una cuestecilla, cruzando un puente y atravesando unos pinos, desemboca en la rectilla que te acerca al Borosa.

La piscifactoría te queda a la izquierda, a la derecha el carril nuevo que acaban de construir. Como los coches de los que a diario vienen a este río, no caben en la explanada de la entrada, han decidido construir un aparcamiento. A la derecha del río le han pegado un bocado a la ladera del monte y diciendo que respetan el entorno, han abierto espacio para los coches. Hace unos años sobraba explanada porque los visitantes eran menos. Hoy falta y casi con toda seguridad, mañana hará falta más que hoy y la solución es romper laderas y abrir caminos.

La fuentecilla chorrea sumida en la quietud del nuevo día. Nadie bebe esta mañana en ella. Nadie ha venido por aquí todavía. La piscifactoría duerme en su silencio. La explanada del pórtico despejada de coches y chorreando agua. El puente en silencio y sin que nadie se apoye en su baranda para contemplar el río. La cadena cerrada y el cauce repleto. No es fácil ver este rincón tan solitario. Bueno, ningún día del año se vacía excepto hoy. Y te dices que es estupendo. Es lo que esperabas y querías.

No te paras en el rellano. Cruzas el puente, giras a la izquierda y sigues por el carril. Lleva este camino a unos bares que hay aquí cerca y a la Loma de María Angeles, la aldea pequeña recostada en la ladera entre olivos. No vas tú a este lugar y quisieras porque todavía no lo conoces.

A cien metros por el carril, el primer bar a la derecha, te paras. Quieres preguntar por la senda que te has propuesto recorrer. Y te dijeron que los dueños

del bar, son serranos o proceden de familias serranas. Al parecer de Los Villares, la aldea rota por la que pasarás cuando vayas por la senda. En la misma puerta te paras. Te bajas, miras y no ves a nadie. Es muy temprano y en un día como el de hoy ¿quién va a madrugar tanto? Si embargo, el bar está abierto. Subes las escaleras y ves a una muchacha que friega el suelo. La saludas.
- Te voy a pisar y es una pena.
Le dices disculpándote.
- No pasa nada. Entre usted y dígame qué desea.
- Vengo perdido. No voy a tomar nada. Lo que busco es información.

- ¿No va a tomar nada?
- Lo que busco es a alguien que pueda indicarme por dónde tengo que coger la senda que sube a Los Villares.
Un poco más extrañada te sigue mirando.
- Lo siento, pero yo no fui nunca por esos lugares.
- Claro, tiene que ser alguna persona mayor y que incluso haya vivido en aquella aldea. ¿A quién conoces?
- Pues a mi abuelo. Nació y vivió en Los Villares.
- ¡ Qué suerte tengo! ¿Podría hablar con él?
- Pues es que no sé dónde está. Salió temprano a da una vuelta y no ha regresado.
- Lo comprendo. Si tu abuelo se ha criado en Los Villares, dentro lleva bien metido la sierra. Un día como el de hoy, para él tiene que ser un gozo.
- Si porque ¿ha visto usted que día?
- ¡Tremendo!
- ¿Y ha visto cómo baja el Borosa?
- Baja como nunca yo antes lo había visto. Y si es el río Grande, otro tanto de lo mismo.
- Así que me abuelo estará por ahí prisionero de las cascadas y los charcos de agua que bajan de las laderas.
- ¡Qué pena no haber ido con él!
- Pero si usted sigue, un poco más adelante, hay unas viviendas. Pregunte ahí que seguro le van a decir por dónde va la senda que busca.

Despides a la muchacha y unos doscientos metros, siguiendo el carril, vuelves a pararte. A la derecha quedan unas casas y aunque la puerta está cerrada, dentro se oye gente. Llamas y sale un joven. Después de saludarlo le dices lo que buscas y enseguida se pone a darte explicaciones.
- A Los Villares se puede ir por dos caminos distintos que incluso son tres. Los dos más importantes es el que va derecho al Calarejo, pasa por Roblehondo y transpone por el Tranco del Perro. ¿Cuál de ellos quiere coger usted?
- Me gustaría el que sale de la Loma de María Angeles y también el otro, el que me has dicho arranca del río Borosa.

- El primero no se lo aconsejo, porque además de ser más largo no va a encontrarlo.
- ¿Y el segundo?
- También está muy roto, pero en cuanto dé con él, tranquilamente le lleva hasta la misma aldea. No tiene perdeera...

Durante largo rato te explica de dónde sale, por dónde va y hasta dónde llega. Muy amable este joven y algo experto en sierra aunque te confiesa que hace mucho

que él no anda esos caminos. Así que le agradeces la información y das la vuelta. En el rellano de la cadena, al cruzar el puente, dejas el coche. El único coche que ahora mismo hay aquí y te resulta chocante por lo inusual: dicho rellano cada día se llena por completo de coches y el camino que sube por el río Borosa, de personas que van y vienen.

En unos segundos te preparas. La grabadora, la máquina de fotos, el mapa y el zurrón con algo de comida. Cierras el coche y ya estás dispuesto. Alzas tus ojos y al mirar lo ves. Como una gran foto, desenfocada a los lados y en el centro, clara.
- ¿Usted nunca ha visto esa entrada?
Te ha preguntado el joven cuando hace un rato charlabas con él.
- Nunca. Siempre que vine por aquí, sólo vi la actual explanada de tierra. Muchos coches parados; mucha gente vestida con raros atuendos, haciendo fotos unos, metiendo los pies en el agua, otros, subiendo en grupo por la pista del río, algunos y bajando, también otros. Corriendo, gritando... En fin, tú ya sabes. Luego está la cadena cortando la pista. Estas cosas en más cantidad o en menos cantidad, de pende del día y de la época, es lo que siempre he visto en este pórtico que da entrada al río Borosa.

- Pero usted tiene que tener en cuenta que las señales que me está indicando es lo normal en los tiempos de ahora. Lo que ve cualquier persona de los muchos que por aquí vienen. Debe saber que ese río existe antes que todos nosotros y que nuestros abuelos. El pórtico del verde y la luz, corresponde a los años aquellos.
- ¿Y cómo era ese pórtico?
- Lo mejor es verlo. Cuando usted llegue a la explanada de “Los Coches”, si se detiene un poco y mira con calma y en profundidad, puede tener la suerte de ver lo que ya nadie vez y por completo, todo el mundo desconoce.
- Y por si no tengo tanta suerte, a tu manera ¿cómo me lo describirías?

- Te sitúas en el comienzo de la explanada, miras barranco arriba, en la dirección en que baja el río y no se ve ni la pista, ni la cadena, ni los coches, ni la gente. Sólo una humilde senda que aparece por entre el monte y te asombra. Da la impresión que surgiera del fondo denso de un mundo misterioso por donde lo que más te asombra es la oscuridad. Una espesa oscuridad verde, arropada por la sombra de los barrancos y resaltada de fondo por el bramar de las cascadas. ¿De dónde viene esta senda? Es lo primero que te preguntas por el asombro que te produce.
- ¿Y de dónde viene?
- Nadie lo sabe. Bueno, sí lo sabe alguien: los serranos que desde tiempos remotísimos vivieron por entre las frías sombras de los bosques de esas profundidades. Sólo ellos lo saben y sólo ellos podrán contar los secretos de ese profundo y misterioso mundo de donde viene la senda que asoma por este primer tramo del río Borosa.
- ¿Y tú me dices que aún hoy en día se puede ver ese magnífico espectáculo?

- Se puede ver, pero ya se lo he dicho antes: hay que desnudarse de mucho y mirar con ojos nuevos. Hay que saber escaparse de la fachada presente que allí ahora existe y penetras por las umbrías del tiempo. Y sobre todo, hay que no ser parte del mogollón de la gente que por aquí viene. Hay que escaparse de ellos y quedarse en la soledad, frente al misterio del espíritu y el silencio que abraza los bosques de estos barrancos.

Y claro, en tus primeros pasos esta mañana al comienzo de la pista que sube por el Borosa, tú te has encontrado solo. Nada más que las cascadas que caen empujadas por el agua de la lluvia de estos días, el bramar del río que baja repleto, la lluvia que ahora mismo empieza a caer y el silencio del bosque que chorrea y chorrea como si rezumara misterio. Te has encontrado solo y en el momento en que te dispones a recorrer el río, se te abre el gran pórtico. Un fondo frío y oscuro que parece no tener fin, por donde los bosques son densos y las cascadas resuenan. A los lados todo queda desenfocado como si no existiera más mundo que este frontal mágico por donde penetra la senda. Como si fuera un sueño hacia el cual te sientes atraído fascinado por la magia de su belleza y dulzura.

Así que te pones en marcha sin arredrarte por la lluvia. La pista que ha roto la hermosa ribera del río y por donde hoy en día van y vienen los turistas, te queda de fondo y tú ni la rozas. No te interesa porque no es bella ni te gusta y demás porque se alza soberbia y está manchada. Es el fruto del progreso que los humanos han traído por aquí, en estos tiempos modernos, y por eso es violenta, destructora y hasta un poco cruel.

Tu camino, el que fue siempre de ellos y gozosamente se te abre para que lo recorras, también se va río arriba. Sostenido a la izquierda por el verde del monte que chorrea de las laderas y a la derecha y el centro, por las espumas de las aguas que el fluir de las cascadas que saltan por los barrancos, elevan. El río baja hoy tremendo. Como nunca tú lo has visto. Como siempre fue y bajó cuando era amigo de los serranos.

Sobre tus espaldas el pequeño zurrón verde que siempre te acompaña por estas sierras, abres tu paraguas, también verde para no mojarte tanto y te pones en ruta. La cadena hoy, como tantos días desde hace ya tiempo, tiene su candado. ¿De qué otro modo podrían sujetar a los coches? Recuerdas tú que cuando viniste por aquí la primera, segunda y tercera vez, todo estaba abierto. Como la libertad que la misma sierra grita desde lo más profundo de su secreto. Entonces, nadie pasaba por aquí. La primera vez sólo un coche viste en todo el día y ese fue el tuyo. Y llegaste hasta la central del Salto de los Órganos. Pero claro, aquello fue antes de la declaración del Parque.

Miras a la derecha, por donde te queda el gran surco que el río ha tallado en las rocas. Nada más rebasar la cadena, al encuentro te sale el Charco de la Cuna. ¡Qué bello esta mañana! Nadie se baña en él porque nadie hay por aquí y, sin embargo, nunca estuvo tan impresionante este charco y su cascada, como ahora lo ves. La riada que desciende por el cauce, es tremenda. Hasta baja turbia el agua y eso no pasa casi nunca en este río. Precisamente una de sus fascinantes bellezas es la transparencia.

Desciende este río desde las cumbres más elevadas y se forma de la reunión de cientos de arroyos. Pero precisamente porque son cumbres elevadas y laderas ampulosas, todo por ahí es pura roca. Calizas impresionantes que desnudas, rajadas, abiertas en canal y pulidas en forma de losas que brillan bajo los rayos del sol en verano. En invierno las cubre las nieves y cuando las lluvias caen, en forma de arroyuelos, como arco iris se deslizan por las pendientes. Como todas las laderas son puras calizas, el agua ni se mancha de tierra. Tal como cae de las nubes, se despeña por las pendientes y así de limpias las recoge el río. Por esa

realidad, este cauce nunca baja turbio. Nunca excepto hoy que trae una riada tremenda. Algo por completo nuevo para ti porque es la primera vez en tu vida que ves al Borosa tan lindo. De aquí que el Charco de la Cuna sea ahora mismo un espectáculo. Un maravilloso remolino de aguas azules y espumas blancas que remite a las regiones del asombro.

La pista traza su primera curva. Se mete luego hacia la primera cascada del río. ¡Qué ancha, qué sonora, qué blanca y qué fabulosamente bonita! Te encuentras solo frente a ella e igual que frente a la mañana con su lluvia que no para y ello te trae un gran consuelo: ningún ser humano te distrae de tu sueño y la realidad de este fantástico mundo. Todo es música de agua, transparencia de paisajes y ecos de aquella presencia suya. Por eso los ves, tan asombrosamente reales y tan sencillamente ellos.

El camino iba por aquí y se lo estaban rompiendo para la construcción de la pista. Ya ellos andaban saliendo de sus sierras y se enrolaban en el otro batallón del mundo civilizado. Al amanecer, cada mañana, se arrancaban de sus cortijos, recorrían este río y por la Torre del Vinagre, se unían a las cuadrillas para irse al trabajo. Al caer la tarde de nuevo se despegaban de las cuadrillas y por el camino se ponían en marcha río arriba para regresar a los cortijos a pasar la noche con sus familias.
- A cualquiera que se le cuente no se lo cree.
Comentaba uno de ellos caminando tras la burra.
- Es que entre bajar y subir se nos va cada día tres horas.
- Porque esto es nuevo para nosotros, pero si el trabajo no se acaba, con el tiempo acabaremos agotados.
- Es lo que yo comentaba el otro día con el jefe.
- ¿Y qué te dijo?
- Que sólo tenía tres salidas.
- ¿Qué tres salidas?

- Me dijo que una de ella era seguir como estamos. Es decir: levantarnos cada día a las cinco y bajar andando desde nuestro cortijo al trabajo y regresar luego por la tarde para llegar de noche a nuestros cortijos. Tres horas de camino cada día y recorrer veinte kilómetros por las sendas y montes de estos barrancos. La segunda de las salidas era que nos pusiéramos de acuerdo nosotros.
- ¿De acuerdo para qué?

- Para en lugar de andar este camino cada día, venir en coche.
- ¿Cómo íbamos a venir en coche?
- Me dijo que ellos tienen un plan y es el siguiente: quiere trazar una pista por la orilla del río. De este modo los coches subirán por ella hasta el mismo Salto de los Órganos. Si nosotros nos ponemos de acurdo, podemos sacar cierta cantidad de dinero entre todos, se lo damos a él y entonces puede poner un coche que nos traiga y nos lleve cada día. Es decir: pagamos un coche y así nos ahorramos camino. Y por último, la segunda salida, dice que es la mejor de todas.
- ¿Y en qué consiste?
- En que dejos nuestros cortijos.
- ¿Dejarlos, por qué?
- Porque así nos vendremos a vivir con la gente del valle y todo será beneficios para nosotros. Ya no tendremos que andar tanto cada día para ir y venir al trabajo y,

además, gozaremos de muchas cosas buenas.
- ¿Cómo qué cosas?

- Cambiaremos nuestro candil de aceite por la bombilla eléctrica, nuestra senda de alta montaña por una carretera asfaltad y tendremos una casa digna con agua caliente y servicios en lugar de un cortijo medio arrumbado allá donde las águilas tienen sus nidos.
- ¿Pero nuestras ovejas y nuestras tierras?
- Tarde o temprano dice que nos las quitarán. Lo del Conto Nacional va en serio y nosotros caemos dentro de las tierras que ellos necesitan. Así que tú ¿qué dices?
- Yo ahora mismo no digo nada. Lo que me importa en estos momentos es llegar a mi casa y sentarme un rato frente a la lumbre con los niños.

- Pero tendremos que pensarlo. Fíjate que nos pasamos la vida andando y desandando este camino. No nos queda tiempo ni para comer tranquilos en el calor del cortijo junto a la familia ni para hacer las cosas que uno necesita y quiere hacer.
- Esa realidad es tajante, pero ¿tú sabes lo que es humillarse? ¿Arrancarse de raíz, que es lo que ellos quieren, y plantarse en tierras desconocidas y con gente nueva?
- ¡Hombre! Todo tiene sus ventajas, como dice él. No tendremos animales ni tierras para sembrar, pero sí tendremos calles sin barro y muchos vecinos para charlar. Tendremos bares para echar un rato y de ahí para delante, to el progreso que queramos.
- Tú espérate un poco que “no to el monte es orégano”.

Por donde la pista ahora traza la segunda curva, iba el camino y cuando aquella tarde regresaban a sus cortijos, aprisa subían ellos. Dos delante del burro y otros dos detrás. Aquella tarde no llovía aunque era otoño y el río también traía mucha agua. De los madroños colgaban los frutos rojos y de las zarzas, las moras negras.

Según iban subiendo, de los arbustos arrancaban con sus manos las bayas y se las comían.
- Estos madroños cada año están más sabrosos.
- ¿Y qué me dices de las moras? Fíjate qué negras y gordas.
- Si uno está comido con sólo unos cuantos puñados de madroños y unas moras de postre.
- Aunque dicen que los animales acaban con el monte, como en tantas otras cosas, ellos se equivocan. Tú fíjate qué salud tiene la vegetación y como está repleta de frutos por todos sitios. Hay tanta fruta que se cae y se pudre y ni los animales la agotan ni nosotros tampoco.
- ¡Mira la rama de aquella zarza cómo está!
- ¿Pero tú has visto la madroñera esa que cuelga de la roca?

Cogiendo de la fruta silvestre, iban ellos mientras subían y al tiempo que se la comían, charlaban de las cosas que les ardía en el corazón.
- A propósito de lo que me decías antes: ¿Tú estás sintiendo lo que yo siento?
- ¿Te refieres a lo que nos arde en el corazón?
- Me refiero a eso. ¿Por qué nos ocurre siempre que pasamos por esta senda?
- Es lo que ya hemos dicho: nuestro tesoro lo tenemos en las casas de las tierras altas. Nuestro corazón lo sabe y de ahí que cuando cada día regresamos por este camino en busca del calor de nuestro hogar, el gozo nos arde dentro. “Donde está

tu tesoro, ahí está tu corazón”, es lo que siempre se dijo y en nuestro caso, eso es lo que nos ocurre. ¿Tú no siente como el corazón nos arde mientras vamos por el camino?
- No sólo eso, sino que siento que donde nuestro tesoro está es el mejor sitio. En ningún otro lugar podría encontrarse ni más seguro ni más libre de ladrones que lo roben ni de polilla que lo roe.

Algo parecido a lo que a ellos aquella tarde sentían y gozaban, vas tú sintiendo mientras ahora esta mañana subes. Sigue cayendo la lluvia y ello parece como el fuego que a ellos le ardía en el corazón. Por momentos crece y la emoción ya no cabe en el alma. Miras al cauce y no se ven ni los mimbres ni las zarzas de tanta que trae. ¡Todo lleno! Rebosando por completo y hasta inunda la pista. De las laderas de los madroños, bajan los chorrillos que son fuentes reventadas y en muchos lugares, cascadas desbordadas. ¡Cómo baja el río Borosa esta mañana!

Ya lo sabes bien y ahora lo estás comprobando mejor: esta noche pasada ha llovido mucho. Toda la noche lloviendo sin parar y de ahí que esta mañana de año nuevo, tanta agua no quepa en la sierra. Ellos tendrían que estar aquí para que vieran el traje tan precioso que hoy, día de año nuevo, se han vestido estos montes. Hoy, sería uno de estos días hermosos, semejante a los días bellos de aquellos tiempos. Si uno se pone en marcha todo el río Borosa arriba siguiendo esta pista, solitario se ve el gran paseo como lo estaba en aquellos tiempos y repleto de corrientes, de montes que rezuman gotas y de chorros que caen de las laderas.

Y por esta realidad ahora notas tú que desde hace mucho tiempo, este río se ha convertido en una feria. A todas horas suben y bajan grupos de turistas. Vestidos con las indumentarias más pintorescas, algunos y lanzando sus voces, otros. Por eso esta mañana es única. Ni una solo persona por aquello de que anoche todo el mundo se metió en juerga para despedir el año. Y también por esto de que la lluvia cae sin parar. Hoy, siendo uno de los días hermosos para disfrutar este río, ningún turista se anima a venir. Un día sin ellos, es estupendo, con el traje de gala que los montes lucen y con el silencio desparramado por el barranco.

Todo es hermoso en este río, esa es la verdad, pero las cosas son más hermosas cuando los caminos, el cauce y los montes, respiran en su quietud y se mueven en su silencio sin estorbos humanos. La lluvia es lluvia, cuando como esta mañana, se quiebra sin parar entre los pinos y sobre las hojas verdes de los madroños. El río es río, cuando como hoy salta repleto, sin que nadie ensucia su orilla. Y ¿Qué tendrá la lluvia para que envelese tanto el alma?

Con sólo verla caer, el espíritu se abre y el gozo se esparce por todos los poros del ser. ¿Qué tendrá la lluvia para que regocije tanto y llena tan sutilmente? ¿Qué tendrán las gotas cuando al quebrarse en los charcos regalan tanto el oído? Y hoy precisamente es el día de la danza de la lluvia por este barranco del Borosa. El día del juego del río con sus orillas y los arbustos que lo pueblan. El día grande que a ellos tanto les gustaba y por eso decían que su corazón ardía siempre que subían por esta senda.

A ti te lo habían dicho, pero tú les dijiste que no.
- Eso que tú cuentas no lo he visto yo nunca en el río Borosa.
- Tú no lo habrás visto, pero lo que yo te cuento, es la verdad. Son dos cosas: primero se abre como si fuera a escaparse hacia mundos diferentes, lejanos y

grandes y luego, la senda se asoma al barranco y ahí queda.
- Bueno, me lo estoy imaginando y en todo caso serían más de dos cosas.
- También es verdad. Son más de dos cosas. La portada de entrada al río, el abanico por donde se abre los mundos y el corte donde se cierra que este se encuentra en la Cerrada del Agua, otra cerrada más arriba y la hondonada final, donde el río se clava hacia las entrañas de la cordillera, que sería el Salto de los Órganos. Pero de lo que yo te hablaba es de la otra realidad.

- ¿Una realidad nueva?
- Sí y no.
- Pues explicate porque de lo contrario me haré más lío aún.
- Por atención porque voy a ver si te lo aclaro:

Tú entras por el pórtico. Ya has entrado. Avanzas pista arriba y llegas al primer arroyo por la izquierda y justo ahí comienza el despliegue hacia los extremos. Pero sigues un poco y enseguida tienes otro arroyo por la derecha. Este es el gran arroyo de Las Truchas y es el segundo punto donde se abre el horizonte. Unos metros más arriba tienes el primer puente y a la derecha comienza otro de los cauces que se aleja hacia ese mundo que se abre. ¿Me vas siguiendo?
- Te sigo porque los rincones que vas recorriendo los conozco bien, pero según tú ¿dónde queda la gran senda?

*- *La senda del misterio, desconocida por todo el mundo y que remonta y después se quiebra y se hunde en el barranco, queda arriba. Sube remontando la gran ladera y cuando ya corona el pico, respira y parece que descansa un poco en el rellano. Avanza unos metros y ya está al borde del precipicio. El gran barranco, cortado en las misma rocas, con paredes rectas a un lado y otro y profundo casi como el infinito. Primero la senda se asoma un poco y ciñéndose a la pared de la derecha, sube por completo llena en busca de la corriente por el lado derecho al tiempo que se hunde hacia lo más profundo. De espanto es el rincón. Si miras para abajo, verás la gran caída de más de trescientos metros y allá, en todo lo profundo, apenas se descubre la corriente. Tan espantosamente te envuelve que tiemblas de tanto miedo como se siente.*

La senda sigue hundiéndose al tiempo que va llana tallada en la pared y por momentos se acerca al profundo surco por donde desciende el cauce. De vuelta, se le ve por la otra vertiente, la que da al norte. Y en esta pared es donde realmente está lo hermoso, lo tremendo, lo fantástico y al mismo tiempo lo misterioso y profundo. Las madroñeras cuelgan cargadas en las rocas, los surcos de los arroyos se hunden en las peñas y por entre la sombra del bosque, las agujas rocosas, sobre salen dando la impresión que en cualquier momento van a caer al vacío.

Las cascadas se despeñan de unos salientes a otros y luego por los aires hasta el barranco. Horroroso el espectáculo si no eres de los que te gusta la sierra y cuando lo ves por primera vez. Tremendo hasta el asombro y el miedo si eres amante de la sierra, pero no la recorres con frecuencia. Fantástico como un sueño mágico si eres de los que tienen por corazón paisajes y bosques y por espíritu, arroyos y praderas. Pero en cualquier caso, frío, agreste, infranqueable y abismal.

Cuando ya terminas de cruzar el surco principal del gran cauce que raja la montaña en dos, penetras primero por las cascadas y pasas por detrás de ellas.

Como si de repente la senda se perdiera hacia el centro de la tierra misma y las cascadas le sirvieran de cortina para que nadie vea lo que allí ocurre. Cruzas por detrás de ellas y cuando al rato sales al barranco del segundo arroyo, te quedas sin aliento. Al frente, en la tierra húmeda del arroyo y por entre las madroñeras, se te presentan los machos monteses. Una manada que en ocasiones puede ser de más de cincuenta.

Al verte, se te quedan mirando y como ellos saben que se encuentran en tierras seguras, aguantan hasta que te has encajado a diez metros de ellos. Y ahora comienza con su gran juego, su danza riscalera y asombrosa.

Primero uno salta desde la repisa de la senda y se deja caer hacia el cauce del arroyo. Al ver el salto y comprobar la profundidad que se abre hacia el barranco, lo primero que te dices, para ti solo, es que se estrella. Que se desploma hacia el vacío y sin remedio cae por las rocas hasta lo hondo. Pero ¡asombro! No se despeña. Cae sobre la tierra húmeda del arroyo y dejando sus pezuñas clavadas en la risca y la tierra blanca y quedando todo él parado y hermosamente plantando en el arroyo desde donde te mira tranquilo.

Lo miras tú y al mismo tiempo ya ves como los otros también han comenzado su danza. De acá para allá se dejan caer por la pronunciada pendiente mientras saltan de una roca a otra. Una danza que parece mágica por la variedad, alegre y al mismo tiempo sencilla. Uno salta a una repisa, otro a otra y mientras aquel lo hace por el arroyo, yéndose hacia la izquierda, el otro lo hace por el flanco derecho del arroyo, viniéndose hacia ti. El siguiente va por las rocas de la izquierda bajando en picado y los otros se paran y miran. Todo un curioso juego que llena de alegría el barranco al mismo tiempo que de asombro y vida.

Hay que estar aquí para ver esta deliciosa danza, para medio llegar a comprenderla porque no tiene semejanza con ninguna otra realidad serrana. Si tú sigues avanzando por el trazado de la senda no tardarás en pararte a la altura de ellos. Y este es precisamente el punto más estratégico del camino. Desde aquí, cuando ya la senda cruza la hondonada del arroyo por el que ellos bajan, es desde donde todo se ve. Se les ve a ellos saltando por la parte de abajo y se le ve al gran arroyo por el mismo punto en que la senda lo cruza, se le ve por lo hondo total, donde ya el río cae y lleno baja recogiendo los chorrillos de los lados y se le ve a la senda sujeta en la ladera de enfrente y tallada en la vertiente que ahora recorres.

Un poco más adelante, entre las grietas de las rocas pobladas de majoletos y sabinas, se pudrió uno de los machos monteses más grande de la sierra. El rey de los machos, desconocido para todos los guardas de estas cumbres y todos los que acompañados de los guardas, vienen de montería a matarlos. Yo te aseguro que era el más viejo de todos los machos monteses que nunca poblaron estos montes y una tarde tubo lugar la tragedia.

Pastaban en manada en el puñado de tierra fértil retenido en la cornisa de las rocas y los lobos le atacaron. Le entraron por abajo, desde arriba y por los lados. La manada no los descubrió hasta que las fieras lanzaron el ataque. Se dio la estampida y como estos animales son tan ágiles por las rocas, salieron huyendo cornisa adelante y en cuento remontaron el escarpado espigón, ya estuvieron a salvo. Ningún lobo podrá trepar jamás por esas cárcavas de las cumbres.

Pero el viejo macho no tuvo suerte. Fue acorralado por tres de los lobos y en uno de los embistes, al hacer el quiebro para escapar de la fiera que se le presentó por delante, cayó en las grietas de la roca. Con el mismo filo de las aristas rocosas se abrió la barriga y los costados y con los otros salientes, se rompió el resto del cuerpo. La sangre roja y caliente chorreó por la superficie de las blancas rocas calizas hacia la profundidad de la sima y macho, corriente y sangre, para la eternidad allí quedaron. Es tan profunda y al mismo tiempo estrecha, la raja de la roca, que nadie puede penetrar en ella.

El sol, la lluvia y la nieve fueron consumiendo al viejo macho montés que tardó mucho tiempo en pudrirse debido al frío de la cumbre. Algunas personas dicen que vieron un día parte de los huesos del animal. Otros se encontraron la cornamenta y aquello fue todo un tesoro. La cornamenta más grande que nunca se ha visto en estas sierras. Uno de los negros cuernos estaba en la covacha por donde siempre gotea al agua y el otro, las piedras y la tierra de la ladera lo tenía ya medio cubierto. Cuando lo vio el que dice se lo encontró, no se lo creía. Solamente se veía del cuerno un trozo de la parte más gruesa. Pudieron rescatarlo y dicen que cuando limpiaron y prepararon aquella cornamenta, todo el que la veía se quedaba asombrado.

La senda se pierde un poco, según se aproxima al río ya por la parte alta, justo ahí se vuelve un ramal para atrás. ¿Qué a dónde va ese ramal? Pues traza varias curvas por la ladera y al final remonta al collado. Hay mismo construyeron el cortijo más bello de todos los cortijos que nunca se levantó en la sierra. Durante muchos años ese cortijo, las tierras que le rodea y la gente que en él vivieron, fue todo un mundo pequeño lleno de la mejor belleza. Sobre todo cuando la noche caía sobre las cumbres y montes de estas sierras. Alrededor de la lumbre, frente a las llamas de la chimenea, ellos se juntaban y aquello era todo un puro gozo.

La gente sencilla de aquel cortijo y de aquellas tan elevadas tierras, charlaban de sus cosas al tiempo que se daban cariño entre sí. Fuera del cortijo, en el silencio de la noche, la lluvia caía, los perros ladraban, los animales balaban o mugían y en lo más denso de la noche, el viento silbaba. De vez en cuento se oía el rodar de las rocas que desde las cumbres caían, de fondo siempre el bramar del río, las cascadas rompiéndose y el canto del cárabo. Así de sencilla era la vida en el collado y en el cortijo hasta que los nuevos tiempos comenzaron a cambiar las cosas.

En tu ruta pista arriba, bajo la lluvia de la mañana, ya te encuentras en el primer puente. No para cruzar el río sino para atravesar el primer arroyo de entidad que por la izquierda le entra a este río. Se llama este arroyo de Ruejo y aunque parece pequeño no es tanto ni en cantidad ni en longitud ni en rincones grandes. Viene de unos barrancos oscuros y anchos que se recogen un poco al lado norte del Calarejos de Los Villares y también cerca del Alto de la Campana.

Una de las sendas nobles que tú vienes buscando arranca de por aquí. A la derecha de este arroyo y sube monte adelante sin dejar nunca de ver el eje central que da forma a estos barrancos: el Borosa. En su momento la recorrerás así como también todas la otras. Todas sin dejar fuera la pista del río.

Otra de las sendas perdidas y por completo ignorada de todos, en sus tiempos,

iba por este arroyo. Tú tampoco la has recorrido nunca ni la has visto en los mapas. Ni siquiera tus ojos la han visto y te fías sólo de las noticias que te dieron. Y las noticias decían que: uno de aquellos días el joven se dispuso a subir por el arroyo.
- Las ganas que tienes de complicarte la vida.
Le decía el pastor amigo suyo por las partes bajas del río.

- Porque a ver, dime ¿por qué tanto interés en subir por esos barrancos?
- Ya un día llegué hasta la mitad y me gustó tanto aquello que desde entonces no vivo pensando en el final de aquel barranco. ¿Qué hay allí al final?
- Pues como en todos sitios: cumbres y arroyos.
- Pero no sé porque yo tengo creído que aquellas cumbres tienen algo nuevo que no hay en otras cumbres.
- Algo nuevo sí tendrán, pero tampoco es una cosa del otro mundo.
- De todos modos, mientras no lo vea no me quedaré agusto. Esta mañana voy a recorrer ese barranco del arroyo y después de atravesar las laderas finales, me remontaré hasta las cumbres. Creo que el mundo se encuentra al otro lado. ¿Y si encuentro allí la felicidad? ¿Por qué no me dices por donde va la senda?

- La senda no va por ningún sitio. Lo que sube por ese arroyo son caminejos de animales que alguna vez los hemos andado las personas. Y esos caminejos no tienen pérdida y sí tienen mucha pérdida. Lo mejor es pegarse al arroyo y seguirlo por donde puedas. Cuando llegues a la cascada que tampoco lo es, te cruzas al otro lado por la parte de arriba y a partir de ahí ya empiezan las laderas.
- Por cierto, aquello de la cascada y el pastor ¿qué fue?
- Pues que al hombre le gustó aquella cascada. Todos los días iba por allí y se le metió en la cabeza que tenía que construir un salto de agua. Bueno, no era un salto, sino que él quería que al agua del arroyo se fuera por el canalillo hasta unas rocas para que luego desde allí cayera en un gran chorro hacia el barranco.

- ¿Y qué pasó?
- Que el hombre lo consiguió. Una tontería suya, pero el hombre tenía capricho y como el empeño era tan grande, lo consiguió. Se trajo una azada y cavó mucho hasta que un día por fin le metió el agua por la reguera logrando así parte de su sueño. Vio como el agua se fue por el nuevo cauce que le había preparado y después se despeñó por la roca tal como él quería.
- ¡Qué cosa! ¿Verdad?
- Ea, manías que a veces tiene uno y hasta que no se hacen reales parece que falta la felicidad en la vida.

- ¿Y todavía está allí aquel chorrillo?
- Por lo visto, todavía cae por allí.
- ¿Tú ves? Otro motivo más para que recorra este arroyo. Aunque no me has dicho por dónde va la senda, yo pienso que una vez que llegue a donde el hombre construyó su chorrillo, no me será difícil llegar a lo alto. Y hasta creo que con un poco de suerte me voy a encontrar por allí a otro pastor. ¿Tú qué crees?
- Me parece que sí hay alguno todavía por el lugar, pero quiero advertirte de una cosa.
- ¿De qué?
- Pues que tengas cuidado con los que sabes.
- ¿Qué me harán?
- Como te encuentres con uno que yo sé, si puede, te come aunque luego no te

comerá. Pero a parir, te pone.
- ¿Es que son los dueños del monte?
- Eso se lo preguntas cuando lo veas, pero yo te lo he advertido. Que tengas suerte.

Y el pastor despidió al joven. Subió por los caminejos del arroyo y como era tanta la ilusión que tenía en asomarse a las cumbres, se recorrió el monte sin darse cuenta. En un santi amén estuvo en la cascada del chorrillo y una vez en el lugar, lo primero que hizo fue ponerse a buscar la obra del pastor. Se metió por las madroñeras saltando por el lado de arriba y estaba acercándose al agua cuando de pronto le sorprendió una voz.
- ¿Buscas algo muchacho?
Miró para atrás y sobre unas rocas vio la figura de un hombre.
- Estoy buscando a un pastor.
- ¿Para qué lo quieres?
- Sólo él podría contarme la historia que yo deseo conocer.
- ¿Y qué historia es esa?
- La de este barranco, sus laderas y sus ovejas.
- A ver, aclara más.

- Pues por ejemplo: dónde se encuentra el chorrillo obra de aquel viejo pastor. Cómo lo construyó. Cómo se llama esta cañada y por dónde va el camino para ir a las cumbres. ¿Usted es el pastor de ahora?
- Yo soy el pastor ¿no has visto a mis ovejas pastando por los ranchales?
- Ahora que lo pregunta, sí es verdad que he sentido una cencerrilla.
- Pues ya esta; esas son mis ovejas que comen hierba ahí, algo más arriba. Y en cuento a lo que tú preguntas algo te puedo ayudar. Vente para acá.

El joven obedeció al pastor y se fue con él. Salió de entre aquellas madroñeras y juntos anduvieron un rato atravesando las tierras del calvero que estaban tupidas de hierba. Llegaron al arroyo, lo cruzaron por debajo de la sombra de unos robles y subieron por el repecho de enfrente. En el rodal de tierra fértil, por encima de los enebros, frente al arroyo con la cascada por debajo de ellos, se sentaron.

- ¿Tú traes lápiz para apuntar?
- ¿Qué es lo que tengo que apuntar?
- Los nombres de las cosas. ¿No me decías que quieres conocer la historia de este barranco?
- Claro que quiero, pero yo vengo sin ningún instrumento. Usted me los dice y ya verá como me quedo con ellos.
- Es que son muchos nombres y muchas cosas.
- Claro, lo más importante. Por ejemplo: el cortijo ¿cómo se llama?
- Eso es lo más fácil. De siempre se llamó el cortijo de Ruejo. La senda que sube es la que va al Calarejos de Los Villares, el arroyo que baja, también es de Ruejo y cuando ya vuelcas al otro lado y te asomas a los barrancos, casi te toparás con el Alto de la Campana y otro arroyo que tiene el mismo nombre.
- ¿ Y la cascada?
- En nombre de la cascada nadie lo conoce aunque yo siempre lo distinguía por el Carcho del Chorro. ¡Fíjate qué cosa más rara!
- Sí que es raro, pero en fin, a lo mejor es sólo un nombre para entendernos nosotros. Me interesa mucho otra cosa.
- ¿Qué es?

- Ya te lo dije: ¿cómo hizo aquel hombre esa casada?
- Con puñados de piedras y gusto que tenía él por un capricho. Por lo visto una mañana se trajo el hacha y lo primero que hizo fue cortar los troncos de unos arbustos que les estorbaban. La leña se la llevó a su cortijo y luego otra mañana se trajo la azada.

Todo el día estuvo él rompiendo rocas, cortando monte y cavando tierra. Al caer la tarde ya la tenía terminada. Una pequeña reguera que arrancaba desde la corriente por el lado de arriba de la cascada y se iba buscando la mayor de las rocas. Cuando el hombre le quitó la tierra que taponaba el canalillo y el agua entró por allí, aquello creo que fue un gozo tremendo para él. Todo le salió tal como lo había soñado. El agua se fue por la canal como si para ella aquello fuera el mismo cauce del arroyo y luego comenzó a caer desde lo alto de la roca en forma de chorrillo primero y en cascada abierta después. ¡Precioso aquel chorrillo!

- Ya verás en cuento bajen las riadas como te lo van a romper.
Le decían sus vecinos.
- No lo romperán porque si observáis bien lo he construido sobre roca.
- ¿Y para qué quieres tú ese chorrillo?
- Por puro gusto.
- Como si no tuvieras ya cascadas y chorrillos en los arroyos y ríos de estas sierras.
- Tienes razón, pero ¿acaso uno no puede tener un capricho en la vida?
- ¡Hombre, claro!
- Además, ni me cuesta dinero ni nadie tiene que prestarme nada ni tampoco a nadie fastidio.
- Eso está claro, poro ¿es que piensas traer turistas por aquí para que vean esta obra tuya?
- Ni pienso traer turista ni se lo voy a decir a nadie. El chorrillo es “gusto mío por la naturaleza”. Sólo lo voy a usar para beber en él cuando por aquí pase y luego para contemplarlo sentado en la sombra del roble de la ladera de enfrente.

Y esa sombra y roble de la ladera de enfrente es justo donde nosotros estamos ahora sentados. Si te has dado cuenta, habrás observado que desde aquí es desde donde mejor se ve tanto el chorrillo como la cascada propia del arroyo y el arroyo mismo.
Le decía el pastor.
- De eso me dí cuenta en el momento en que nos sentamos aquí, pero yo quisiera más.
- ¿Qué más?
- Me gustaría acercarme y además de tocarlo, beber en ese chorrillo. No tengo mucha sed, pero por puro gusto igual que lo hacía él.
- Bueno, ahora cuando pase un rato nos vamos a levantar y por la pequeña senda que le entra desde arriba, te voy a llevar al punto exacto donde él también bebía en su chorrillo. Pero ahora, ¿no me preguntabas otra cosa?
- Sí, quería preguntarte por la senda que me llevará a las partes altas y por el que da miedo.
- ¿Qué es lo que deseas saber?
- ¿Es tan ogro como me han dicho?

- Tú no le hagas caso, si te lo encuentras ni tampoco te creas mucho de lo de lo que la gente dice. Pero si te lo encuentras, prepárate.

- ¿Qué pasará?
- Primero te preguntará que qué haces por aquí.
- Pues le diré que voy a subir a las partes altas de la sierra.
- Entonces te dirá que si tienes permiso para andar por estos caminos.
- Le diré que desde que nací estoy recorriendo estos caminos. Que soy serrano y que me conozco todos los rincones de estos montes.
- Te dirá que eso a él no le importa. Ahora las cosas son distintas y para andar los caminos de la sierra profunda hay que tener un permiso y una razón poderosa. Aquí no se viene a perder el tiempo ni a recorrer los caminos por recorrerlos.
- Pues si esto me dice, le diré que voy a escribir un libro con todo lo que sé de estas sierras. Que necesito recorrerlas primero para aprenderlas bien.
- Te dirá que hasta para eso hay que tener permiso. Que no se puede tomar notas de las cosas así porque sí.
- Es para un libro muy importante y yo que soy serrano de siempre, tengo derecho a contar de la sierra lo que de la sierra sé.
- Que no hombre, que no. Ya no se puede ir por los caminos como se iba antes ni tampoco se puede sentir la sierra como en aquellos tiempos. Nada de lo que hay aquí ya te pertenece sino que tiene otros dueños y por lo tanto, se acabó sentir la sierra como tuya propia.
- Pues si esto me dice ese espabilado, yo le diré a él que es un mamarracho. Que deje de complicarme la vida y que se vaya a freír espárragos.
- "¿Por qué soy un mamarracho?"
Te preguntará.
- Porque a los serranos no se les puede reprimir con argumentos tan raquíticos y menos aún, limitarle la libertad de ir por estos montes para asomarse a las cumbres de las partes altas.

- Yo te lo acabo de advertir. Si te encuentras con él, haz lo que quieras, pero vete preparando.
- En fin, vamos a dejar lo de ese ogro porque si me lo encuentro y de verdad es tan cruel como tú me lo has pintado, hasta puede que me lo coma. Vamos a otro asunto.
- ¿Qué asunto quieres ahora?
- El del chorrillo.

Y en compañía del pastor el joven se fue por el arroyo en busca de la vieja cascada. Por allí se quedó mucho rato y fue tanto lo que le gustó aquel chorrillo, que ya no quiso subir por la ladera para asomarse a las cumbres y ver las sierras.

Aquí mismo, donde el arroyo de Ruejo, llega a la pista que sube por el Borosa, se ven los muros de contención. Cuando arreglaron esta pista, al arroyo le hicieron unos muros de piedras. Dos se ven desde la misma pista y son para sujetar las aguas y la tierra que los torrentes traen cuando descienden de las cumbres. Y como hoy llueva tanto y también llovió tanto ayer, por los agujeros que le hicieron a estos muros, sale al agua a borbotones. Cuatro caños son y todos salen repletos.

Es este el mismo camino que el joven recorrió aquel día y donde también, allá arriba, estuvo con el pastor junto a los chorrillos de la cascada. Rebosa el agua por el segundo muro que desde el camino se ve. Una gran cascada de agua que salta por lo alto de la pared. Del arroyo para arriba, siguiendo el camino del borde del río, el agua baja a mantos. Por la cuneta de la izquierda viene tanta que no se puede

ni andar. Pero esta es agua cristalina total. También por las rocas de la ladera de la izquierda caen los chorros. Algunos vienen de los rincones de la reunión de las lluvias por la ladera. Otros afloran por los agujeros y las grietas. Es decir, no son arroyuelos sino manantiales. Las entrañas de la tierra ya están tan saturadas que escupe el agua por cualquier grieta o agujero rocoso en estas zonas bajas del río.

Desde el puente en el arroyo hasta la primera fuente junto a la orilla de este río, la distancia será de unos ciento cincuenta metros. Pues repleto de charcos, manantiales y arroyuelos se encuentran todos estos metros por el lado izquierdo de la pista.

No detienes tu ritmo ruta arriba. Sigues bajo tu paraguas y como es tanta el agua que te rodea y te cae encima, tu espíritu también ya está empapado. Agua por arriba y es la lluvia que sigue cayendo. Agua por abajo y es el gran manto que corre buscando el río. Y agua por la izquierda y son los manantiales y chorros que brotan y bajan por la ladera. Agua por la derecha y es el gran río que baja inmenso. Desbordado como no lo has visto en tu vida. Rizado de olas que se despeñan por las cascadas y la gran corriente que crece en el cauce y en ambas orillas.

Pero la fuente también ha reventado. La construyeron justo en la misma cuneta de la pista, al lado izquierdo. Por esta fuente que se llama de Los Astilleros, siempre brota mucha agua. Incluso en verano, en plena sequía de estos años pasados, su caño salía lleno. Pero hoy es el disloque. Es esta una fuente que se rompe, está rota. El tubo de hierro que le pusieron, clavado casi en el mismo boquete de las piedras, se ha caído. Hace mucho tiempo que se rompió y no lo arreglaron. Pero da igual. El agua sigue cayendo por el tubo y la que no cabe, sale por entre las piedras. Esto es así en cualquier época del año y hoy, es tres veces más.

El tubo sale lleno y también las rajas de las piedras y como todavía hay más agua, cae por la parte de arriba y sale por abajo. Es decir: la fuente está inundada. Tanta es el agua que esta mañana echa fuera el manantial que surte a esta fuente, que por ningún sitio ya cabe. Hasta la llanura de la misma pista se ha convertido en puro río evacuando agua al gran río. Es una barbaridad la cantidad de agua que chorrea por las laderas de estos barrancos.

Ni siquiera te paras en la fuente. Bueno, sí te paras, pero no a beber como lo hacen casi todos los turistas que por aquí transitan. Aunque es limpia como el viento el agua que esta mañana por aquí sale, no bebes. No tienes sed y tampoco tendrás problemas cuando la tengas. Aun así parece raro pasar junto a tan caudalosa fuente y no parase si no a beber, sí a lavarte las manos o a jugar un ratito con esta agua. Es lo normal en cada una de las personas que a cualquier hora de cualquier día suben y bajan por este camino. En cuento ven la fuente, a ella se van y aunque no tengan sed, beben y luego juegan aunque tampoco tengan ganas.

Por aquí mismo, desde dos puntos distintos, arranca la gran senda. La que sube a las grandes cumbres pasando por la gran aldea y transponiendo, luego, por las altas cimas, a los inmensos Campos de Hernán Pelea. Tú ruta de hoy sigue por aquí y sigue por ahí y por allí. Pero sigue por la pista al menos durante unos metros más. Y al pasar por este lugar, ahora lo vuelves a ver.

Es por esta senda por donde también el joven subió aquella tarde. Remontó

hasta las partes altas y se asomó luego al morro del puntal. Al otro lado, enfrente, lo vio. Era su amigo el cabrero que se había sentado entre la hierba del raso de la ladera. Con él estaba el turista que desde hacía mucho tiempo andaba por aquí porque decía que era sana la vida en estas sierras. Desde lo alto del puntal el joven echón unas voces y saludó a su amigo.
- Espera un poco que enseguida bajo.
- Aquí te espero.
Le contestó el amigo.

Giró el joven por el lado de arriba y siguiendo una sendilla por la ladera del puntal de enfrente y en quince minutos estuvo junto a él.
- Hay que ver como se presenta este año el campo de hierba.
Le comentaba en cuanto estuvo a su lado.
- Tanto es así que ahora mismo acabo de coger unas “cagarrias” donde nunca en mi vida las he visto antes.
Le decía al joven su amigo el cabrero.
- ¿Y este señor?
Preguntó el joven.
- Es un profesor que desde hace algún tiempo se viene aquí conmigo. Dice que ya está más que cansado de la dichosa vida en la ciudad. En cuanto puede se viene a estos montes y se pasa el día detrás de mis cabras y hablando de las cosas de estas sierras. Le gusta a él mucho las setas y precisamente hoy hemos tenido suerte. ¡Fíjate cuántas hemos cogido ya!

El cabrero le enseña al joven el montón de setas que entre la hierba ha puesto.
- ¿Dónde las has cogido?
- Por los pinares y rasos de estas laderas. Hay tantas esta primavera que por cualquier sitio te las encuentras. Y tú ¿a dónde vas?
- Quería echar un rato por aquí. Como me dijiste que me querías enseñar tu vivienda, esta mañana pensé que hoy pudría ser un buen día para venirme contigo y de paso conocer esa vivienda de la que tanto me has hablado. ¿Por dónde vives?
- Donde los pájaros del cielo tienen su nido.
- Eso ya lo sé, pero concreta más.
- Tendrás que subir a las rocas de las cumbres. Ahora mismo no voy a ir por allí, porque ya ves que mis cabras pastan en el monte del barranco y estoy en compañía de mi amigo el profesor. Quiere él seguir buscando setas para aprovechar el momento y el día tan bueno que hace, pero si quieres tú puedes hacer una cosa.
- ¿Qué puedo hacer?

- Bueno, tienes dos posibilidades: o te quedas con nosotros y nos das compañía buscando setas entre estas hierbas o puedes irte.
- ¿ Adónde me voy a ir?
- Al lugar donde vivo y nos esperas allí. ¿Qué te parece?
- Me iré al lugar donde vives, pero antes me tienes que indicar por dónde se le entra a esas rocas y entre qué peñas se encuentra tu casa.
- Te lo indico. Ven y verás.

El también joven cabrero, se situó en lo alto de un gran peñón y desde allí estuvo señalando a su amigo por dónde tenía que tomar el camino. Enseguida el joven se despidió y empezó a subir por la ladera, no por senda, sino montes a través. “Así de paso, gozo mejor el campo y al mismo tiempo a ver si doy con la

era”. Se decía.

Pensaba en un trozo de tierra en forma de era pequeña que en otros tiempos, los viejos serranos habían tallado, en las tierras de esta ladera. Ahí a él le habían dicho que estaba el tesoro escondido.
- ¿Pero qué tesoro?
Preguntó.
- Un tesoro que unos serranos, hace ya mucho tiempo, enterraron en la era.
- ¿Y qué más cosas se sabe?
- Nos dijeron a nosotros que está en el mismo borde de la era, por el lado que da al arroyo y cerca de un pino grande.
- Pero ahora, después de tanto tiempo, el pino a lo mejor lo han cortado y la era se puede haber roto de las lluvias y las nieves.
- Eso puede haber pasado, pero por buscarlo no se pierde nada.
- ¡Claro! Se puede buscar y si se encuentra el tesoro, pues eso que se gana.
Decía el joven.

Así que por eso esta mañana mientras subía a la cumbre, venía monte a través por las tierras de la ladera a ver si se tropezaba con la era. “Como me la encuentre voy a ponerme a excavar un rato a ver si tengo suerte. ¿Qué tesoro habrá ahí escondido?” Se decía. Pero no encontró la era. Recorrió toda la ladera y se encajó en las mismas rocas de la cumbre y como por aquí ahora ya lo que buscaba era la vivienda de su amigo, se olvidó del tesoro. “Otra vez será”. Seguía diciéndose mientras se colaba por entre las rajas de las rocas buscando la casa. “¡Este amigo mío, dónde ha venido a construirse su vivienda!” Se decía de nuevo.

Y en cuanto terminó de coronar unas grandes lastras, vio la vivienda. Justo arriba, en lo más elevado de la cumbre, al lado sur y donde las rocas forman primero como un rellano y luego como unas cuevas, allí estaba la casa de su amigo. Aprovechando las covachas de las grandes rocas de la cumbre. De piedras sueltas su amigo había levantado unas paratas y dentro había dejado encerrado la cavidad de la cueva. Había puesto unos palos y con unas maderas había trazado una puerta y en interior de aquella cavidad se había puesto a vivir. “Este amigo mío está loco. ¡Mira que la vivienda que tiene!” Se dijo el joven al ver lo que esta viendo.

Curioseó por aquí y por allí y a cada descubrimiento su asombro aumentaba. Lo más sencillo del mundo era lo que su amigo tenía allí, pero al mismo tiempo lo más espectacular. El lugar donde aquel otro joven cabrero había decidido levantar su casa, resultaba todo un palacio digno de dioses. Las grandes rocas no sólo le ofrecían cobijo para dormir toda la noche bajo techo, sino que le ofrecían muralla por un lado y otro, puesto que la cueva se encontraba en el centro de un circo. Murallas por los lados, suelo firme y bello por la entrada y sus alrededores y lo mejor de todo: un balcón en la misma puerta. El más bello de todos los balcones justo donde las águilas tienen sus nidos y las estrellas del cielo descansan.

“Este amigo mío está loco, pero tengo que reconocer que es un privilegiado”. Seguía diciéndose el joven asomado ahora ya al impresionante balcón. Desde allí, si se situó frente al río Borosa la vista era de lo más grande. Todo el barranco por donde desciende el cauce, el otro barranco de Roblehondo de Guadahornillos y el Calarilla, toda la cuerda de la Cerrada de Elías, el arroyo de la Orodá y del Tejo, el Salto de los Organos y más arriba, los barrancos de las lagunas, la Sierra de la

Cabrilla y por encima, el Empanada. Todo este mundo se veía desde el balcón de las Aguilas. Y para el otro lado, toda la impresionante cuerda de las Banderillas con el Picón del Haza, el Tranco del Perro, el Fraile, el Cinto, la Escaleruela, Las Banderillas casi al alcance de la mano y a los pies naciendo el profundo barranco del arroyo de la Campana con los Pardales y el río Aguamulas.

El Cinto y los Pardales en primer plano y luego el arroyo de la Campana, la Fresnedilla y el barranco por donde también se despeña el Aguamulas. "Es un privilegiado por la gran suerte que tiene aunque pudiera parecer lo contrario". Seguía diciéndose para sí el joven. Y en estos momentos, cuando estaba allí asomado sobre el bello balcón de su amigo gozando, se acordó de una escena bonita que en una ocasión había vivido con él.

En la ladera de enfrente se veía el huerto, el bosque algo más arriba y hasta la corriente del arroyo y el charco. En aquella ladera, allá en lo hondo del barranco, su amigo tenía unos "piazos" de tierra muy buenos que sembraba todos los años. De las rocas de más arriban brotaba un manantial y con aquel chorrillo él regaba su huerta. Un puñado de tierra de "na", pero muy bueno y más por el chorrillo de agua que la surcaba.

Sembró él allí unos melones y cuando ya estaba bien entrado el verano una tarde se encontraron los dos jóvenes. Iban por las tierras que se enfrenta a la ladera del huerto y el joven, al mirar, vio algo que le llamó la atención.
- ¿No lo ves allí bajo los pinos?
Le decía a su amigo el cabrero.
- ¿Pero qué es lo que se ve allí?
- Son gordos y relucen bajo los rayos del sol. ¿Pero no los ves?
- Veo las matas verdes y un chorrillo saltando por la canal. Veo los pimientos y algunos tomates ya rojos, pero los melones no los descubro.
- Ven conmigo, verás.

Dejaron la sendilla de animales que seguían, bajaron hasta lo hondo, saltaron la corriente, subieron por la ladera y por entre los pinos se fueron hacia los canteros. Al salir de unas carrascas, el cabrero le dice a su amigo:
- Ahí los tienes ¿Los ves ahora?
- Con toda claridad y me parecen asombrosos. Nunca tuve antes mis ojos melones tan grandes.
- Fíjate cómo relucen bañados por los rayos del sol y con ese color dorado que parece oro. Sólo verlos se te abre el apetito y te entran ganas de cogerlos y partirlos.
- Y tantas ganas que ahora mismo nos vamos a comer uno.

Sacó del bolsillo el cabrero su pequeña navaja y se agachó entre las verdes matas para cortarlo. Lo seccionó por el rabillo y cuando fue a cogerlo para levantarlo y partirlo, se le escapó de las manos, cayó en la tierra de la ladera y comenzó a dar tumbos por la torrentera. Entretenidos quedaron ellos mientras observaban apenados como la redonda fruta iba dando tumbos derecho al charco del arroyo.
- Se hará polvo.
Dijo el amigo.
- Seguro. Como al caer choque contra una piedra, se partirá en mil trozos y no

podremos ni probarlo.

Pero no. El último escalón de la torrentera hacia el arroyo fue decisivo. Al llegar a él, el melón dio un salto y por unos instantes quedó bailando en el vacío. Giró sobre sí mismo varias veces y luego dio un porrazo. Cayó de lleno en el mismo centro del charco. El más grande, transparente y bonito de todos los charcos del arroyo. Se hundió en las aguas y al rato salió a flote. Comenzó a moverse de un lado para otro por encimas de las aguas como si allí se hubiera quedado jugando y esperando que ellos bajaran para cogerlo y partirlo.

- Vamos ahora mismo antes de que la corriente lo arrastre y lo perdamos para siempre. Como caiga por la cascada, no va a servir ni para alimento de peces.
Le decía el cabrero a su amigo. Saltaron ellos por la torrentera y un unos instantes ya estaban frente a las aguas del charco. Lo rescataron de aquel líquido transparente y de aquella danza juguetona, sacaron de nuevo la navaja y enseguida lo rajaron. Crujió al partirse y al quedar su carne al descubierto vieron como su color se parecía al caramelo.
- ¡Qué belleza de fruta y qué jugo tiene!
Exclamó el amigo.
- Esto tiene que estar para chuparse los dedos.

Y estaba más que dulce. En cuanto se llevaron las primeras tajadas a la boca comprobaron que aquello no era melón, sino un sorbo de almiba con sabor a azucar tostada.
- ¡Qué delicia! No me lo creería si no lo estuviera saboreando ahora mismo.
- Pues es la primera vez que en mi huerta sale un melón tan dulce y con la carne de este color de oro.
- Como que yo diría que lo de este melón es algo excepcional. Algo prodigioso que es la primera vez que ocurre en los hortales de estas sierras.
- Lo averiguaremos luego. Ahora vamos a comérnoslo porque habiéndolo probado y teniéndolo partido en las manos, no hay quién lo resista.

Te encuentras todavía en los alrededores de la vieja fuente que se desangra por todos sitios menos por el caño de hierro. La lluvia te sigue cayendo y mientras decides la ruta a seguir, recuerdas: el camino que lleva a las cumbres del misterio donde comienza el mundo y se toca el cielo, sale de por aquí. Desde tu situación ojeas un poco la ladera y la duda comienza a nublar tu alma. ¿Por dónde continuar trazando tu ruta de hoy?

Seguir por la pista del río es bonito y la emoción te anima a ello. Desviarse luego en el Puente de Los Caracolillos e irse por la otra pista que atraviesa el barranco de Roblehondo de Guadahornillos, también sería bonito. La emoción te crece pensando en esta ruta en un día como el de hoy. Pero apartarse de esta pista y subir por el camino que lleva a las cumbres del misterio, donde al otro lado se encuentra el mundo, también sería emocionante y bello en un día como el de hoy. ¿Qué haces? ¿Por dónde continuas tu ruta?

Se te ha ocurrido una idea y mientras la maduras para decidir al final, te dices que lo primero de todo es clarificar. Crees que el camino que sube a las grandes cumbres debe ser el principal y por eso necesitas un nombre que lo signifique en tu mundo interior. Piensas y crees que le puede caer bien el de "La Senda que lleva

a las Cumbres del Misterio". Al segundo trozo, la pista y el barranco paralelo a esta senda, la que surca Roblehondo de Guadahornillos, se le debe llamar con el nombre de: "Camino al Corazón de la Reserva". Y la que te queda, la gran pista que recorre el Borosa, por lógica es como "La Vena que lleva al Corazón".

Pero sintiéndolo mucho, a la pista que sube por el Borosa, aún siendo la arteria principal de toda la sierra que por aquí existe, tú la tienes que llamar de otra manera. Al paseo que por aquí han trazado, te obliga a ello. Así te dices que aunque sea "La Vena que lleva al Corazón", también es "El Paseo de los turistas". Porque ellos vienen del que para ti hoy es "El Valle de los turistas" y siguen por su paseo, robado cruelmente al río.

Así que con esta clarificación ya en tu mente, la idea que maduras, te llega a la siguiente reflexión: se pueden recorrer las tres rutas al mismo tiempo. Algo difícil, pero no para ti que tantísimas veces lo has deseado. Cada vez que remontas algunos de los caminos que surcan estas sierras, al contemplar a lo lejos las otras laderas y barrancos, siempre has sentido la necesidad de meterte por aquellas otras sendas, además de la que recorrías en ese momento. Es decir: recorrer la ruta que en ese momento llevabas y según ibas descubriendo sierra, irte por todas aquellas otros lugares. Siempre te decías que luego. Que otro día volverías. Pero claro, cuando luego volvías otro día, aunque resultaba emocionante, no era lo mismo.

Hoy por fin vas a poner en práctica este emocionante plan, materialmente imposible de concretar, pero sí realizable desde el espíritu, el deseo y el amor por estas sierras. El camino principal a seguir hoy será la senda que lleva a las montañas del misterio, que por otra parte es la que el joven te indicó cuando hace un rato comenzabas. Los otros dos caminos secundarios, aunque importantes como el primero, a recorrer, desde el deseo y el amor, el paseo de los turistas y la pista de Roblehondo. Así a lo grande, como un gigante que se te abre, penetrarás tú hoy en el gran mundo del río y las tierras que le dan vida. Esta es la idea que ahora mismo te empuja y una vez más te lanzas por los caminos de la sierra.

Desde la fuente, de frente, no se puede subir. Te frena el muro de piedra que por este lado le hicieron para sujetar la tierra que de la ladera arrastra el agua cuando las lluvias caen. Pero a dos paso te queda el arroyo. Muy rota sube por él la senda y enseguida te lanzas por ella. Sube pegada al cauce. Intuyes que es senda de turistas y no de serranos. Por eso, en cuanto remontas unos metros, la dejas y te vienes más para la derecha. "Por el cortafuegos para arriba sube la senda", es lo que te ha dicho el joven que vive cercan del bar. Te vienes para este lado y la encuentras enseguida.

Un rodal de pinos de repoblación, muchas tierras rojas, una pequeñas explanada que tiene pinta de haber sido tierras de cultivo en otros tiempos. Te mueves ahora para la izquierda buscando el arroyo y la ves. La verdadera, la buena, la que es serrana y fue pisada por los grandes y nobles serranos de las cumbres. Ya la estás subiendo, remontado por encima de la fuente y dejándote el río Borosa al fondo. Exactamente por el centro de cortafuegos sube la senda. Y tal como te lo advirtió el joven, está muy rota. Pero se distingue con la suficiente claridad. Fue una gran senda llena de personalidad y con raíces y eso se huele.

Por eso, ya por aquí, sientes que vas por el buen camino de Los Villares. La

senda sube pegándose al repecho y como esperabas, las curvas empiezan a aparecer. El desnivel es muy grande e intencionadamente quiere alejarse del río para ir a donde debe. Por eso no puede subir recta sino de un lado a otro de la ladera a la vez que gana altura poco a poco. Y su presencia es magnífica. Una gran senda a pesar del tiempo y lo olivada. Tallada en la pura roca, oculta en el espeso bosque.

La lluvia sigue su danza. La tierra, la poca tierra que por la senda vas pisando, es toda barro. En él se ven marchacadas las pisadas de los animales silvestres. Se pierden en el fondo de los charcos y vuelven a verse por las sendillas que van por la espesura del bosque. Las cascadas, pequeños torrentes que saltan por las rocas de la ladera, aparecen a cada metro. Casi doscientos litros han caído en veinticuatro horas.

Por la pista del río, camino que en este momento has dejado, pero recorres a la vez que la senda de la cumbre, la lluvia cae. Al trazar tus pasos chapoteas en el agua que extendida por el carril, alegre busca derramarse en la corriente del Borosa.

Antes de que fueran declarados Parque Natural los montes de estas sierras, una vez pasaste tú por aquí. Esta pista era ya carril de tierra por donde se podía entrar con los coches, pero estaba rota y era más estrecha. Justo aquí mismo, unos metros por encima de la fuente rota, la ensancharon mucho. Por el lado que da al río, le pusieron un muro de piedras y en el trozo llano de tierra que quedó entre el trazado de la pista y el cauce del río, sembraron plantas. Para que con el correr del tiempo se cerrara la herida y todo quedara más similar a los bosques de los otros paisajes. Sembraron zarzas, rosales silvestres, mimbres, escaramujos, romeros y caña común. Tuvieron que rellenar con mucha tierra y por eso la vistieron después. El carril ahora tiene casi la anchura de una autopista para que bajen y suban sobre la comodidad aunque sea andando.

Pisando la tierra, que es puro barro, muchos charcos y corrientes, avanzas. Sigue lloviendo. Arriba, todo es oscuro. No se ve ni una sola cumbre y eso que son grandes y destacan potente cuando se camino por este río. Te gustaría, por lo menos, eso es lo que piensas, llegar hasta los cortijos de Roblehondo de Los Villares donde sebes viven los padres de Manuela, Mary y Roque. Hoy es un día bonito para ir a su cortijo y estarse allí un buen rato con ellos. Viven tan solos en estos montes que hoy ellos pueden agradecer mucho tu presencia. Son dos familias en dos cortijos distintos donde se han refugiado resistiendo como símbolo de aquellos otros serranos de aquellos tiempos. Los últimos serranos por estas cumbres que en nada se parecen ni se confunden con los turistas diarios ni con aquellos que ya no son serranos aunque si lo fueran. En el cortijo de arriba viven los abuelos. En el del abajo, una de las hijas con tres jóvenes fruto del matrimonio.

Hoy te gustaría llegar hasta su cortijo, llevarle algunas cosas y quedarte allí con ellos todo el tiempo que puedas. Pero precisamente hoy, ya ves como bajan los arroyos. Repletos a más no poder. Para llegar a los cortijos, desde la pista del río, no existe ninguna senda. Sólo dos caminejos muy rotos que fueron tallando ellos de ir y venir. El primero de los dos camino es muy malo y hay que cogerlo justo en la misma casa de máquina de la central. Es la senda más larga y la más complicada. Hoy todavía mucho más. Va colgada en la misma torrentera y atraviesa

varios arroyos que hoy tienen que bajar repletos.

La segunda senda, cruza el río por Huelga Nidillo, metida por el agua porque no hay puente y asciende pendiente arriba. Es la que usan ellos cuando bajan con el mulo. Hoy está toda llena de barro, convertida en torrente y por muchos trozos, en grandes charcos. Luego hay otra sendilla, que ni siquiera debería llegar a esta categoría. Es pura ladera, bosque y rocas empinada, recta desde el río al cortijo. Toda una odisea recorrerla y hoy más porque para subirla hay que irse agarrando a las ramas del monte y a las puras rocas.

Así que aunque sea muy interesante ir hoy a esos cortijos, la lluvia pone las cosas casi al borde de lo imposible. También en tu interior hoy precisamente te apetece recorrer la pista que atraviesa Roblehondo. Se aparta a la derecha de esta que sube, en el primer puente que tiene el río Borosa. El que llama Puente de Los Caracolillos. Será por las placas rocosas que afloran en la ladera de la izquierda o puede que sea por los fósiles. Puede que por el lugar haya muchos resto de estos antiguos caracoles aunque tú nunca los viste por este lugar y sí, en abundancia, por otras muchas partes de la sierra.

¿Qué es lo que hoy buscas por aquí? Las dos míticas casas forestales y una tercera: la casa forestal del Pecho de las Instancias. Así que en realidad son tres: la del Barranco de las Iglesias, la del Pecho de las Instancias y la pequeñita de los científicos, la de Roblehondo de Guadahornillos.

Por el lado izquierdo de la pista que subes pegada al río, de la torrentera se ha caído desprendido un bloque de rocas. Es tanta la lluvia que la tierra se encuentra empapada. Barro casi por completo es en lo que se ha convertido estas tierras sueltas que el trazado de la pista ha dejado al descubierto. Muchas de las rocas y pinos se encuentran clavados al borde mismo del precipicio. Los ves y te dices que pueden caerse de un momento a otro y ese momento, para muchas de estas rocas, pinos y romeros, es hoy. Subiendo unos metros más, ha caído otra gran avalancha de tierra y piedras, monte bajo y todo un pino con su gran raíz. El desprendimiento ha dejado inservible media pista.

Hasta que no la limpie, por aquí no pueden pasar los coches que traen a los turistas de excursión. Y al mirar, unos metros más adelante, otra acomulación de barro y piedras se amontona en la calzada del camino. Los chorros de agua le caen desde lo alto y como la tierra es roja y está suelta, la corriente se la lleva. Pero la corriente cae por la ladera, cristalina y al mezclarse con la tierra, se torna anaranjada. Sigue bajando buscando un portillo para caer al río y justo ahí, donde se funde con la caudalosa corriente del Borosa, se forma una macha oscura. Es lo de antes: el agua que baja por el río no viene turbia sino mas bien entre cristalina y color roca y por eso se hace una amplia mancha donde el chorrillo se una a las grandes aguas.

Son estas cosas sencillas, casi sin aparente interés, pero que tienen su encanto y que sólo un día como el de hoy es posible observar. Al otro lado del río, repleto se ve el bosque de pinos y madroñeras. Como está tan chorreando y tantos días lleva ya hartito de agua, su color es hoy de un verde nuevo. Verde oscuro, pero nuevo por su brillo limpio. Una fuerza que resalta por su verde intenso y el resplandor de vida que de cada hoja mana. Hasta resulta extraño si se le compara

a la palidez fría que tenía hace unos meses. En tan sólo unas semanas, las intensas lluvia han devuelto la vida a los bosques. De la sequía total a la lluvia plena en un espacio de tiempo de sólo unas cuantas semanas. Nadie esperaba que este otoño y ahora el invierno, fuera de tanta lluvia. El color del bosque es de lo más hermoso y el cauce del Borosa, impresionante. ¡Qué belleza!

Recuerdas ahora, mientras ya andas cerca a donde el cauce del arroyo de las Truchas, se entrega al río, que cuando ellos se iban aquella tarde, bajaban por aquí. Se arrancaban de la tierra para siempre y descendían hacia el valle con sus cuatro cosillas cargadas sobre los burros. Dos de los hombres iban delante y las mujeres con los niños, detrás, siguiendo a los burros. Uno de los niños traía consigo un pequeño pajarito que desde hacía mucho tiempo tenía en su cortijo.
- Déjalo en su jaula.
Le decía la madre.
- Mamá, es que lo quiero llevar conmigo. Si lo dejo en la jaula verá que nos vamos de estos barrancos y eso le puede entristecer.
- ¿Dónde lo vas a meter, entonces?
- En mi pecho. Bajo las ropas de mi camisa, cerca de mis carnes, para que no tenga frío y así ni se dé cuenta de lo que está pasando.
- Pero ahí se te va a morir.
- ¿Por qué se me va a morir, mamá?
- Eso es como una prisión para él.
- Ya verás como no, porque tú sabes que está acostumbrado.

Pero fue que sí. Cuando las familias llegaban más o menos por donde ahora mismo te mueves tú, al niño se le ocurrió sacar su pajarito de entre la camisa y el calor del cuerpo donde lo tenía guardado. Lo cogió con sus manos y enseguida se dio cuenta que estaba sin vida.
- Mamá, se me ha muerto.
Gritó preocupado enseñando en sus manos la pequeña ave ya sin vida.
- Te lo estaba diciendo.
- Pero yo lo traía con mucho cuidado.
- Los animales necesitan luz y aire.
- Es que no quería que sufriera. Tampoco quería que se muriera.
- Pues ya ves que se ha muerto y eso a pesar de ser tu amigo y estar acostumbrado a las cosas de nosotros. Te dije que tenías que haberlo dejado en la libertad de su bosque.
- Mamá, es que yo estaba muy contento con él.
- Pues mira lo que ha pasado. Ahora ni gozo para ti ni vida para él. Las cosas, hijo mío, muchas veces no pueden ser como a nosotros nos guste. No se puede jugar a capricho con la vida de los seres. Los animales, las plantas y las personas, somos como somos y la libertad de cada uno es lo primero que hay que respetar.

Mientras ellos aquella mañana recorrían la vieja senda del Borosa en una despedida solemne desde su tierra, en al aire, además, latía algo muy especial. A cortijo serrano y a caminos que van a sitios concretos. A caminos que se perdían en las laderas por entre el bosque y las rocas e iba cada uno a donde tenían que ir. No así como le pasa ahora a esta pulida y artificial pista del Borosa. No va a ningún sitio. Recorre el río e impersonalmente pasa por los paisajes sin ir a ningún sitio. Rasgo característico de la sociedad moderna por culpa de los modernos vicios que pululan en estos tiempos.

A pesar de la lluvia que rebota sobre los charcos del camino y las rocas de la ladera, hasta ti llega el característico olor que surge de los cortijos serranos. Como si aquellos que aquel día bajaban, lo hubieran dejado todo impregnado. Como si el último día, ellos se hubieran reunido frente a la lumbre de su vieja casa a tostar la última salten de migas. Y una vez volteada por el aire, tostadas en las brasas y puestas en las trébedes frente al fuego, los del cortijo se reunieron. Alrededor de la salten y frente al fuego cada uno ocupó su puesto y en silencio y poco a poco, cada uno fue dando cuenta de su ración. Las últimas migas tostadas en el cortijo y la última ración frente a la danza del fuego y el olor de la chimenea.

Después, salieron. Buscaron el camino que expresamente iba hasta el rincón para llevarlos y traerlos a ellos y comenzaron a descender de la sierra. Según bajaban, tras ellos se iban quedando las tierras y los años y el aire se iba cargando de su especial olor. Ahora, esta mañana, por aquí se puede respirar aún ese añejo perfume como por aquí se siente todavía las curvas que trazaban los caminos.

Tus ojos juegan la danza de la lluvia y mientras pisas los charcos estancados en el firme de la pista, miras hacia los lados. Ahora miras al río y ves que por encima de la gran corriente resalta una chapa pintada de verde. Es un aviso que el AMA puso en este punto. “Toma de agua de la piscifactoría, no bañarse”. ¿A quién va dirigido este mensaje? Los que por aquí venimos sólo somos turistas. Los que en los charcos de este río se bañan no son otros sino ellos. Por lo tanto, el letrero está pensado para ellos.

Cierto que hoy nadie se baña en el río. Pero en cuanto llegue el verano, muchos por aquí querrán bañarse. Tú los has visto mil veces y tú sabes que más arriba de la toma del agua, se baña la gente. ¿No lo saben los del AMA? Un ciego los verías. Pero entonces ¿por qué dejan que se bañen? Y si los dejan aun queriendo no dejarlos ¿para qué este letrero? Más les frena a los turistas la temperatura fría del agua que la prohibición del letrero. Otra cosa es que la chapa del letrero ya no va a resistir mucho tiempo. Se le ve bollada de tantas pedradas. Se le ve torcida y con ganas de caerse en cualquier momento. Son las ventajas y los inconvenientes de este paseo ordenado.

En cuanto se pasa el ensanche que le construyeron a la pista para que el río no se la coma, se ve la desembocadura del arroyo de Las Truchas. Precisamente en este bello charco tú has visto a miles bañándose en pleno día y ante los ojos de los que por el camino suben y bajan. En ese charco, ahora mismo, sólo se ven remolinos de aguas y espumas blancas. La cascada que siempre cae desde el arroyo al río, esta mañana no es cascada. Tanta agua baja por el arroyo y tanta también por el río, que hasta sube por encima de la cascada. Es decir: no hay cascada porque la riada es tan grande que además de llenar el charco plenamente, hasta se adentra por el cauce del arroyo. Cumbre por completo las rocas que hacen de canalón para que caiga la cascada.

Y como, además, las aguas del arroyo son tantas, al juntarse unas y otras, originan un gran remolino casi un metro por encima de las rocas que hacen de canal para que caiga la cascada. Ni se ve el charco ni se ven las rocas ni se ve la cascada. Hoy es tanta el agua que baja por aquí que no cabe ni en el surco del río ni en la zanja del arroyo.

Y hoy, justo cuando más emoción tiene tanto el río como el arroyo, su charco y la cascada, no hay por el lugar ni un sólo turista. Raro, pero así es y das testimonio de ellos porque lo estás viendo. Nadie más que tú frente al río y bajo la lluvia que cae, el crujir monótono de las aguas que se quiebran por los charcos del río y luego la soledad. La plena ausencia de todos ellos justo en el día y el momento en que el río viste sus mejores galas. “Mejor para mí y belleza que se pierden ellos”, te dices. Porque sabes bien que mañana e incluso dentro de unas horas, ya el río, el arroyo, el charco y la cascada, no serán lo que ahora mismo es. ¡Qué alegría y qué bien!

Otro letrero con letras blancas y clavado en el tronco de un pino que se vuelca hacia el arroyo de Las Truchas. “Toma de agua de la piscifactoría, no bañarse”. Entiendes que este y el otro, no son para el momento actual. Por supuesto que hoy no hay quien se bañe en estas aguas. Pero claro, no van a coger los letreros y quitarlos cuando el río baje lleno, en invierno, y luego ponerlos en verano que es cuando vienen los turistas con sus ganas de meterse donde sea. ¿A quién se le iba a ocurrir tan extraordinaria idea de poner los letreros en los días que hagan falta y quitarlos cuando no sea necesario? Ni que este río fuera un museo que hubiera que estar limpiándolo, vigilándolo y cuidando su entorno cada hora del día.

Pero sigues pensando y sigues suspirando por lo mismo: esta mañana, todo este río es pura belleza. Y más lo es aún por lo despejado que se encuentra de turistas. ¡Una maravilla repleta de profunda satisfacción! Merece una foto. Tu alma y tú estáis gozando a lo grande. Sin que nadie os estorbe ni os vea. Gozando de este río como él merece que se goce.

Y otra sensación más te domina con fuerza ahora mismo: algo que saboreas cada vez que pones los pies por los caminos que surcan estas sierras. Pero que en este momento es más real que otras veces. Y la imagen ya la tienes concebida dentro de ti: la sierra entera es un libro. Un gran libro. El más voluminoso, bello, complejo, rico y a la vez sencillo de todos los libros. Es más: crees que la sierra es el libro de los libros. El resumen de cuantos libros a lo largo de los tiempos se escribió.

Esto es lo que tú sientes ahora mismo y lo sientes con tanta fuerza que hasta lo vez. Con la claridad y la contundencia de la imagen real antes tus ojos. Aunque no lo desees, para cada lado que miras, descubres páginas de este libro. Puñados de páginas que revolotean, cuelgan, se mecen, ruedan y se aplastan en cada uno de los metros de tierra que forman estas sierras. Miras, aunque no quieras y encima de las rocas, detrás de ellas, por debajo, por los lados y por los ángulos, revolotean mil páginas de este libro.

Mil páginas más revolotean entre las ramas de los pinos, los chorrillos de agua que caen, las nubes que cubren los bosques, las cumbres que se alzan potentes, las cascadas, los arroyos y por los caminos en silencio y sus curvas. Miras y aunque no quieras ves las páginas de este libro, que nunca nadie escribió y que gana en belleza a todos los ya publicados. Una exageración que a muchos puede resultar hasta cómico, pero tú lo sientes así. Desde este silencio bello donde parece dormir, grita con todos los tonos y todas las voces y lo que más te pide es que te pongas y lo recojas. No es tan difícil cuando hay tanta abundancia y con tanta perfección se muestra. Como si sólo necesitaras agacharte, recoger páginas y ponerlas unas

detrás de otra. Todo ya está escrito y todo ya está limpio con la claridad más limpia.

Te mueves hacia el borde del río y al mirar al suelo, tan lavado ahora mismo por la lluvia, ves relucir una moneda. Son cinco duros. Te agachas y los coges. Miras de nuevo y más pegado al río, en la misma cuestecilla que desciende desde la pista, reluce otra moneda. Es más grande y reluce con otro tono. Son quinientas pesetas. Como tanta gente pasa por aquí a lo largo del día y del año, vete a saber a quien se le ha caído. Pero la suerte, esta mañana, va contigo. Con esta vez, ya son dos las ocasiones en que te encuentras monedas tiradas por este camino. Ellos las pierden, la lluvia las lava y tú te las encuentras.

Por una roca aquí, junto al pequeño puente de tabla, cae un gran chorro de agua. No te dice nada porque son miles los que ya has visto y sigue viendo, pero la verdad es que como cada uno es distinto, aunque sean tantos, no dejan de asombrarte.

El puente, podría ser el primero que tiene este río según se sube, aunque algunos dicen que el primero es el otro: el de los caracolillos. Quizá porque aquel es de cemento y sirve para que la pista cruce el río. Este es muy simple. Es de tablas y sólo sirve para que cruce una pequeña sendilla. Va trabado de roca en roca. Mejor dicho: de una roca en el centro del río hasta el pequeño pontón que le hicieron por el lado de la pista para apoyarlo. Lo construyeron con dos troncos de pinos y para darle fuerza, dos raíles de tren y luego tablas cubriendo el pasillo.

Este puente no sirve para que pase ningún camino ni para dar paso a ningún rincón importante. No sabes en qué fecha fue construido, pero intuyes que pudo ser por la etapa de Icona. Y por lo que también intuyes, su construcción fue un puro capricho como otros tantos a lo largo del río. Como si aquellos hombres, durante un tiempo, hubieran estado compitiendo con el río. El echo de que el puente no sirva para que pase ningún camino es lo que te lleva a pensar que su construcción fue puro capricho. Para que ellos, no se sabe si pensaban en los turistas, en los mismos que madaron construirlo o para los amigos de ellos, pasaran por aquí a los charcos y cascadas del arroyo de Las Truchas. Se pueden pensar que para que pasaran a pescar. Este río siempre fue cauce de pesca.

Ahora, un poco para eso sirve en los días en que por este río organizan concursos de pesca. Y otro poco para que los turistas olisqueen y pasen a bañarse a los charcos del arroyo. Porque ya lo has dicho: una vez cruzado el puente, ya nada va a ningún sitio y sí todo va a todos los sitios. En el tiempo actual, alguno se aventura por el arroyo de Las Truchas arriba. No sube por ninguna senda y tú lo sabes bien de aquellas dos ocasiones primeras.

La primera vez ocurrió el día de la niña rubia. Fue, además, la primera vez que ella salió de su pueblo. El pequeño de sus primos hacía la primera comunión y vosotros fuisteis a por ella. El primo mayor y tú os la llevasteis por las carreteras del parque para que conociera, de paso, algunas de las cosas de su tierra. También fue la primera vez que ella surcó los caminos de estas sierras.

Y las surcasteis valle del río Trujala arriba hasta Cortijos Nuevos y luego por el Pantano del Tranco y valle del río Grande arriba hasta la Torre del Vinagre.
- Hoy vas a conocer, por primera vez, el río Borosa.

Le decía el primo mayor.
- ¿Y qué es el río Borosa?
Le preguntaba la niña rubia que por entonces no tenía más de nueve años.
- Pues eso: un río. Pero tan bonito que no se parece a ningún otro río. Tiene muchas corrientes limpias que saltan por las cascadas y se remansan en los charcos. Tiene muchos pinos verdes donde en verano cantan las cigarras y las ardillas saltan por las ramas. Tiene muchos bosques oscuros donde los madroños cuelgan y las madreselvas florecen. Tiene muchos charcos donde las truchas nadan y para tener hasta tiene muchas cumbres altas que te miran majestuosas. En fin, ya verás tú qué río.
Le decía el primo mayor.

Y en cuanto ella pisó el camino que recorre el río, lo primero que dijo fue que sí.
- Me gusta este río. Como soy pequeña todavía, no sé ni hablar. No puedo decirte por qué me gusta tanto, pero lo estoy viendo y como el agua es tan alegre y limpia, me gusta.
- Pues lo vamos a recorrer hasta el final. Como tú eres pequeña, a lo mejor te cansas, pero eso luego se olvida cuando acabas de ver lo que tiene este río.
- Como voy con vosotros, si me canso, ya me salvaréis.

Esto fue lo que dijo la pequeña niña rubia y luego os pusisteis a subir por el río. En aquella ocasión tampoco había turistas por aquí y por eso os encontrasteis muy agusto. Jugando subisteis por la pista que estaba mucho más rota que hoy y cuando llegasteis a este puente de las tablas, os parasteis. Era ya la hora de la comida y al ver el rincón, el puente y el arroyo de Las Truchas con su cascada, dijisteis que este era un buen lugar y os parasteis. Dejasteis la pista, cruzasteis el puente, buscasteis una senda que desde el puente os llevara al arroyo y como no visteis ninguna, entre aquellas rocas, a la sombra de los pinos, os sentasteis a comer.

La primera comida de la niña rubia junta a las aguas limpias de este río y en la soledad de las rocas y las sombras. Y se la merecía más que nadie porque ella sí es de la sierra. Ha nacido de raíces serranas y la verdad está en eso: en que los serranos son los primeros, dueños y con derecho sobre estas sierras.
- Yo no estoy cansada. Así que vosotros tranquilos que llegaremos hasta donde habéis pensado.
Os cedía ella.

- Ya tú lo sabes y como, además, ahora nos hemos parado aquí y el arroyo este que tenemos cerca parece tan bonito, te lo íbamos a decir: ¿avanzamos unos metros por él y lo curioseamos?
- Precisamente yo iba a pediros eso. En cuanto he visto su cascada y ese charco tan azul oscuro, me ha entrado la curiosidad. Vamos a recorrelo aunque sea sólo un poco.
- Curiosear nada más, unos metros por aquí porque la ruta que nos queda es larga.
Le decía el primo.

Dejasteis la sombra y las rocas que cubrían la sombra de los pinos y os fuisteis para las cascadas y el charco azul oscuro. Saltasteis la corriente, os asomasteis a las pozas, os bañasteis en el charco, anduvisteis arroyo arriba, volvisteis a saltar por la corriente y todo aquello os fascinó. Descubristeis que el arroyo era bonito.

Tanto que hasta de juguete os parecieron sus cascadas por el agua tan limpia y la espuma tan blanca.

Pero en el fondo, el arroyo os decepción un poco. Subiendo por el cauce vosotros esperabais encontrar nuevas cascadas grandes y más charcos azules. Y aunque visteis algunos, no eran tantos como en un principio esperabais. Aquello sólo era un arroyo tranquilo que corría casi suave, por un cauce muy normal, entre muchas piedras y espeso monte.
- No es que sea feo. Me gusta, pero como la cascada que cae al río es tan bonita, te crees que más arriba vas a encontrarte con otras lo mismo o más grandes.
- Claro, y, además, con tantas rocas y sin camino, fíjate lo difícil que es andar por aquí.
- De todos modos me ha gustado. Cuando luego oiga hablar de este arroyo, como ya sé lo que es, siempre pensaré que yo lo conocí la primera. Antes que ningún turista.

No más de un kilómetro fue lo que subisteis por el cauce y os volvisteis. Era un poco lo que al principio habías pensado, porque la ruta del río os esperaba. Quizá sí, sin saberlo, vosotros aquel día fuisteis los primeros en descubrir ese trozo de corriente de los últimos metros del arroyo de las Truchas. El mismo trozo, más o menos que hoy recorren la mayoría de los turistas que se pasean por este río. Casi lo mismo que vosotros el primer día. Les llama la atención primero el puente, la cascada el carcho azul oscuro y luego se les despierta la curiosidad y quieren ver qué esconde el arroyo. Como vosotros, ellos se quedan en sus primeros metros y algunos se decepcionan.
- Pero por lo menos ya lo conocemos
Se dicen repitiendo ellos lo que vosotros ya dijisteis.
Y así fue como aquel primer día de mayo de hace ya bastante años, conocisteis por primera vez, este último trozo del arroyo de las Truchas.

La segunda de las dos veces fue la noche que acampasteis en este arroyo. Ocurrió bastante antes de que estas sierras fueran declaradas Parque Natural. Entrasteis aquel día por la pista que desde Vadillo de Castril, lleva hasta el arroyo de Linarejos. Por aquellas fechas, ya empezaban a poner cadenas en muchas de estas pistas. Pero en aquella ocasión, el camino por aquel lugar, todavía no estaba cortado. Por eso vosotros dejasteis el arroyo con su zona de acampada y seguisteis por la pista.

Nadie venía entonces por estas sierras a no ser los serranos y algún que otro entusiasmado como vosotros. Por eso aquel día ni encontrasteis a nadie por la zona del arroyo de Linarejos ni al entrar en la pista y a lo largo de ella, sólo a los concretos. Y como el recorrido era por completo nuevo para vosotros, desde el primer momento os empezó a llenar de asombro.

La primera, larga e interminable subida desde el arroyo de Linarejos hasta los pinos prado de arroyo Frío. Llegando a los prados, aquel precioso bosque de pinos laricios, de troncos tan rectos y blancos. Aquellos prados deliciosos, en llanura casi total y repleta de hierba. El cauce de arroyo frío cruzando los prados con su chorrillo de agua limpia. La segunda gran subida, desde los prados, todo el arroyo arriba, más dura que la primera y más bonita a cada instante. Las sombras alargadas de

los barrancos, las curvas y más curvas y por fin, casi en el fin del mundo: el Puerto Calvario.

Aquel horizonte azul, en todas las direcciones, desde las alturas del puerto. Las Banderillas al frente, el valle del río Grande y la cuerda del Blanquillo a la izquierda. Las sierras del Calarilla y los Cabezones de Guadahornillos, a la derecha. El fabuloso barranco de Roblehonodo, naciendo allí mismo y luego su profundidad y su espesura de bosques. Las misma praderas sobre el mismo puerto con sus espigones de rocas blancas. Los centenarios robles clavados en las pequeñas pendientes de aquellas tierras altas. De nuevo los horizontes hacia el Puerto de Las Palomas y más cerca, todo el barranco de arroyo frío. La sensación de lejanía en la profundidad de la sierra. El silencio, el vientecillo fresco, el verde de las praderas, el trino de los pajarillos y la soledad.

Aquel Puerto Calvario tan humilde y tan impresionante para nosotros. Aquellas sensaciones tan limpias, perdidos en un mundo nuevo que nos rebosaba desde todos los extremos. Por todo esto y por más aún que no puedes concentrar ahora, os fascinó aquella altura. Os dejasteis llevar de cuanto por aquellas cumbres se siente y como todo era extraño, bellamente extraño y nuevo para vosotros, os empezasteis a preguntar:
- Dicen que aquí mismo nace el arroyo de Las Truchas.
- Que no nace aquí. Este punto del Puerto Calvario, sí es un comienzo de la cuenca de ese arroyo y al mismo tiempo cuenca del río Borosa.
- ¿Entonces dónde nace?
- Pues dicen que nace en el mismo puente de Guadahornillos. Este barranco que nos queda a la derecha y tiene su cumbre por los Cabezones y el Calarillas.
- Y entonces, lo de Roblehondo ¿qué es?

- Dicen que una casa forestal la cual recoge el nombre de estos profundos barrancos que también son conocidos por Roblehondo junto con la parcela de ese monte ordenado.
- Creo que tiene todos esos nombre y cuando luego más abajo ese otro ramal que baja del la Calarillas, el gran torrente se llama arroyo de la Agracea. Y ya el cauce, con todos los arroyos sumados, es del de las Truchas.
- De todos modos, después los iremos viendo, porque, además, nos quedan las casas forestales, los barrancos, las cuerdas, lo del pastor y quien sabe cuantas cosas más porque, lo del pastor ¿cómo fue?

Mientras seguisteis bajando lastra adelante, derecho al roble centenario que abrazasteis unos, y desde la pista otros fotografiasteis, recordasteis lo del pastor.
- Yo exactamente no lo sé, pero dicen que ocurrió en aquellos tiempos remotos cuando la sierra estaba llena de pastores y cortijos con mucha gente.
- ¿Por dónde tenía él aquel día sus ovejas?
- Seguro que fue por esta loma o por aquella de más abajo. Al caso es que llevaba ya dos días sin saber por dónde andaban los animales.
- Me voy a buscarlas y volveré a caer la tarde.
Le dijo a su famila al salir el sol aquel bonito día de primavera.
- Pero que no se te haga de noche por el monte.
Le dijo la mujer.
- Procuraré estar de vuelta precisamente para cuando se ponga el sol.

Y el hombre se fue por los barrancos en busca de sus ovejas. Subió por los arroyos, remontó las praderas y traspuso por las cumbres. Se le fue el día entero y ya comenzaba a caer la tarde sin que volviera por donde le estaba esperano la mujer. "Puede que en cualquier momento asome con las ovejas por lo alto del cerro". Se decía ella para darse ánimos, pero la tarde abanzó más y ni se oía a las ovejas ni a él se le veía por ningún sitio. "¿Qué le habrá pasado a este hombre mío?". Seguía preguntándose ella.

Se ocultó el sol por detrás de la cumbre y en este momento ella oyó las voces de su marido.
- ¿Qué pasa?
Preguntó.
- Sube y me ayudas. Tengo por aquí a los animales, pero no quieren volver. Se me echará la noche encima y no habré conseguido bajarlas de este cerro.
- Y a mí ¿para qué me quieres?
- Tú empuja unas pocas y yo otras a ver si logramos sacarlas de este monte. Sube por favor.

Y dicen que la mujer cogió senda arriba y enseguida estuvo junto al rebaño que su marido quería sacar de la morra de la cumbre. Dicen que entre los dos comenzaron a empujar a las ovejas y la noche se les echó encima cuando ya bajaban por la mitad de la ladera camino de la tinada. Que a empujones, por fin lograron que los animales bajaran de aquellos montes y que tanto aquella noche como al día siguiente, el hombre y la mujer no hacían nada más que preguntarse por qué los animales se comportaron aquel día así.
- Y por qué fue?
- Pues según pasó el tiempo, parece que ellos descubrieron las causas que luego en otro momento os contaré, porque ahora, mirad lo que estoy viendo.
- ¿Qué estas viendo?

Ya habiais bajado de la cumbre del Puerto Calvario y os acercabais a la casa de Roblehondo. Sobre unas praderas, veis a un hombre sentado en una silla junto a una mesa.
- ¿Quién será y qué hará aquí?
- Dicen que esta casa la van a emplear ahora para los científicos. Seguro que será uno de ellos.
- ¿Y qué hará ahí?
- Vamos a acercanos y lo vemos.

En el rellano de un pequeño arroyo paráis el coche y enseguida os acercáis al que creéis puede ser un científico. Lo saludáis y como vais despistados, enseguida le preguntáis.
- Ahora os explico un poco por dónde tenéis que seguir y qué tenéis que hacer, pero en estos momentos fijaros en la maravilla que tengo entre manos.
Os dice al tiempo que os muestra unos pocos aparatos esparcidos por la hierba.
- ¿Qué son estos aparatos y qué hacen?
Le preguntáis.
- Son prodigios de la ciencia y hacen maravillas. ¿Queréis verlo?
- Claro porque estamos ya en ascuas.
- Pues fijaros en esta máquina de aquí.
- La estamos viendo.

- Es casi un pequeño juguete, pero con ella se pueden hacer cosas fantásticas. Cuando encuentro una flor que me gusta, primero la enfoco bien con este objetivo, luego aprieto en este botón y ya la tengo recogida. Enchufo después la máquina a esta otra que tengo aquí y en la pantalla veo la flor. La manejo a mi gusto todo lo que quiero y cuando ya creo que está perfecta, cojo y la guardo. ¿Veis esta otra máquina de este lado?
- Sí que la vemos.
- Pues cuando le doy órdenes a la segunda máquina esta se pone en marcha y me hace un dibujo perfecto de la flor que al principio me había gustado tanto. Así que fijaros qué maravilla es todo este conjunto de pequeñas máquinas. ¿Qué os parece?

A su pregunta no respondéis enseguida. Os miráis entre sí un poco y al rato le decís que:
- Nos parece algo raro.
- ¿Por qué?
- Según vemos, unas máquinas y otras no son nada más que un conjunto de pequeños ordenadores de estos que la ciencia está sacando ahora. ¿Nos equivocamos?
- Sí y no. Los ordenadores son otra cosa a lo que estas máquinas mías hacen. Pero aunque fuera así ¿Por qué lo veis raro?
- Es que no acabamos de encontrar plena seriedad en un trabajo científico y este tipo de feria juguete montado en las mesas y a la sombra de los pinos.

Al oir estas palabras, el que al menos en apariencias parece un científico, se planta ante vosotros, os mira enfadado y os dice:
- ¿Y quienes sois vosotros para enjuiciar lo que lo traemos entre manos?
- Sólo hemos dado una opinión del tinglado de las máquinas estas que estamos viendo.
- Pues tener mucho cuidado porque podéis equivocaros. Simplemente por lo que se ve no se puede hacer un juicio del trabajo que un equipo de científicos, seriamente puede realizar en este rincón de la sierra.
- ¿Es que esto es ahora una casa para la ciencia?
- Exactamente. Desde ahora en adelante, esta casa de Roblehondo, se convierte en una pequeña seda para estudios.
- ¿Y qué es los que buscan y descubren por aquí?

- Eso son cosas que luego, cuando pase mucho tiempo, iremos publicando en los distintos medios de comunicación y en libros que nos pagará la Administración. La ciencia nunca es tan sencilla como para estar explicándosela todos los días al cualquiera que se presente. La ciencia es más seria y necesita explicarse y exponer las conclusiones en los marcos adecuados.
- Pero si son cosas de estas sierras y por lo que sabemos nosotros, lo de estas sierras todo es sencillo al tiempo que eso sí, bello, ¿qué inconveniente hay de hablar de esas cosas en el mismo lenguaje sencillo que ellas tienen y para las personas que les gusta estas sierras?
- Bueno. Vamos a dejarlo porque no es plan que un científico como yo, se ponga a contestar y aclarar las preguntas del primero que pase por este camino.

En estos momentos, más cerca de la casa y también sobre el verde que cubre la sombra de los pinos, veis otro grupo de personas.

- ¿También son científicos?
- Algunos sí y otros amigos de ellos.
- ¿Hay una concentración por aquí hoy?
- Eso ya no os interesa a vosotros.
- Pero lo que vemos ¿qué es?
- Están preparando una celebración.
- Por lo que vemos lo que se prepara es una comida con manteles blancos y cubiertos de plata.
- ¡Claro hombre! Y puestos ya a saciar la curiosidad, os diré que en esas mesas se van a poner platos de lujo. Cada comensal va a sentarse en una preciosa silla de madera auténtica. Tendrá ante sí una servilleta de seda y un cubierto completo de tenedores, cuchillos, cucharas, tres platos, tazas, dos vasos copa y helado. La celebración es de lo más importante y por eso no puede faltar ni la sopa como primer plato ni el champan ni el buen vino. ¿Saciada vuestra curiosidad?
- Un poco.
- ¿ Y qué opinas?
- ¡Que jolines con la ciencia!

- Pues si no te gusta, lo que tienes que hacer es largarte de aquí, porque el rincón que ahora mismo pisáis, está prohibido para los turistas corrientes. Así que si no tenéis permiso ya sabéis que estáis infringiendo leyes. Os lo he dicho antes: a partir de ahora las tierras que comprenden todo el gran barranco de Roblehondo, con la vieja casa forestal incluida, será objeto y sede de un centro para científicos. No dentro de mucho, estas tierras serán núcleo de la reserva de la biosfera. Lo que quiere decir, lugar acotado a los curiosos de turno y reservado sólo para unos cuantos dignos de lo que esto es. Así que iros por vuestra ruta y no molestéis más.

Pues aquel día seguisteis vosotros la ruta y conforme ibais bajando se os quedaban los ojos y alma detrás por el paisaje y entre los pinos laricios. La pequeña fuente que corre en la curva antes de la casa, la casa misma levantada en el rellano justo en la curva, el barranco que de la casa cae hacia el arroyo, las tres curvas más por debajo de la casa y donde ya el camino es el mismo surco del arroyo, los viejos robles magníficamente clavados en la torrentera rocosa y entre lazando con las encinas y madroñeras...

- Pues por lo que hemos notado en este buen hombre, hoy es la primera vez que pasamos por aquí, pero también puede que sea la última.
Comenta uno de los que hoy formáis el grupo.
- ¿Y qué quieres decir con ello?
Preguntó otro.
- Se puede adivinar, pero enseguida lo aclaro: urge gozar con detenimiento, con todas las potencias, lo que estamos atravesando, viendo y tocando. Ya se ve que no hay otros paisajes en toda la sierra como estas y como no lo volveremos a ver más, se nos presenta la necesidad de aprovechar hoy todo lo que a fondo sea posible.

Según os vais metiendo en el surco del arroyo vais cayendo en la cuenta de que era así. Y hasta el mismo silencio, la oscuridad y profundidad del arroyo, os lo gritaba. Al ver la corriente paráis y como el agua desprende tanta magia cayendo desde lo alto, el alma se os entusiasma.
- Fíjate el chorro que salta por el puente al charco de abajo.

- Pues mira por aquí arriba, por donde se le ve asomar como si surguiera de entre el espeso bosque de hojas verdes y las sombras oscuras de robles clavados a los lados del cauce.
- Es que parece fantasía y más aún por los castellones de rocas blancas que asoman por lo alto.
- Pero son dos arroyos y parecía sólo uno.
- Seguro que el primero, este de tanta agua y que surge de entre el bosque más espeso, es el principal.
- Claro; este primero será Guadahornillos y por lo que desde aquí se adivina, vendría justo del puente de piedra llamado también de Guadahornillos.
- Eso es lo que parece, porque la misma abundante corriente lo delata.
- Y fíjate como cuando construyeron la pista no regatearon ni medios ni pista a lo grande. El puente que le construyeron para cruzar el arroyo, es fabuloso. Grande, de piedra todo, sólido, acabado perfecto. En estas cosas fueron tremendos y en el caso este fue porque quisieron penetras hasta lo más profundo de estos barrancos. Les gustó el lugar y se volvieron locos trazando carretera con la obsesión de meterse en el último rincón de estos paisajes. Era tremendo al mismo tiempo que hermoso.

- ¿Por qué lo dices?
- ¿No adviertes como arden nuestros corazones?
- Tienes razón. Es como si todo, cada destello, cada piedra, cada trozo de la espesura del bosque, cada brizna de hierba tapizando la sombra de los robles, cada tronco de madroñera, nos gritara con tanta fuerza que más que grito es pasión ardiente. A cada mirada sientes la necesidad de abrazarte y fundirte con lo que lo que se ve y al mismo tiempo, deseas quedarte con todo cuanto la mirada ve o llevarte contigo para siempre, lo que los ojos recorren y tanto duele dentro. Se puede entender que a ellos también les emborrachara tanto, la soledad de estos barrancos.

Por el primer arroyo, jugáis durante largo rato presos de la fascinación del descubrimiento a cada paso. Sacáis fotos para conservar el lugar y es lo que es posible, el momento. Bebéis en la corriente y no sin dolor, os vais, con la idea de parar algo más abajo. Es ya la hora de la comida y como ignoráis cuanta pista queda aún, creéis que es un buen momento y lugar.
- En el segundo arroyo que se ve, nos paramos. Como desciende de esas altas cumbres que vemos, seguro que tiene también un buen caño de agua.
- ¿Sobre ese arroyo se encuentra al famoso Barranco de las Iglesias?
- Presencia de ser una exageración de barranco y de belleza, tiene. Quizá sea ese el barranco.

A la derecha, donde se alza el puente y existen señales de una pobre pista que quiere irse cauce arriba, paramos. Nos saluda la corriente y enseguida descubrimos que también aquí el arroyo se forma de la reunión de dos o tres que vienen desde las cumbres.
- Tenemos que caer en la cuenta que nos movemos por la cabecera del gran Guadahornillos. Por cualquier trozo de las pendientes de estos montes, se abre paso un arroyuelo que conforme se hunde en el barranco padre, se van juntando para configurar el cauce único.

Por el segundo arroyo se ve un muro de contención. Como si fuera el de un

pequeño pantano, pero que en aquellos tiempos lo levantaron para contener la erosión. No embalsa agua, pero sí corta el cauce y en su centro. En su centro, la fuerte pared de piedra, tiene varios agujeros. Por ellos debe salir el agua cuando la crecida es grande y no cabe por el surco del arroyo. Lo remontáis y os vais buscando un sitio bueno, lo más pegado posible al arroyo y en la sombra de los gigantes alerces, lo encontráis. Pero antes de llegar, sobre las misma piedras del muro de contención, veis la lagartija.

Ella os ve antes a vosotros. Se mueve unos centímetros por encima de las piedras y luego se para. Como si quisiera ver quienes sois y qué hacéis por aquí. La reconoceis enseguida y como sabéis que es una joya, primero os paráis algo lejos todavía y luego os movéis con sigilo para no asustarla. No queréis desaprovechar una oportunidad tan preciosa como la que se os presenta en este momento.
- ¿Es la Valverde?
- Con toda seguridad.
- Tamo el sol sobre las piedras que es lo que le gusta a ellas y en este tiempo.
- ¿Quién nos lo había dicho?
- Lo sabemos porque lo hemos leído en varios sitios. La lagartija de Valverde parece ser que se da sólo por esta zona de las sierras.

Y el descubrimiento que precisamente vosotros hicisteis aquel día era el de esta pequeña lagartija. La que ya la ciencia conoce por lagartija de Valverde, por llamarse así el que la descubrió por primera vez. Dicen que su distribución conocida se limita sólo al macizo de las sierras del Parque Natural y las vecinas de Alcaraz. Vive en los estratos rocosos cerca de los cursos de agua.

Como la vuestra se ha parado en la misma entrada del pequeño agujero en una de las grietas de las piedras del muro, despacio intentáis acercaros. Sacáis la máquina, la preparáis y con el mayor cuidado, la fotografiáis. Tenéis suerte y no se mueve. Como si le gustara que le sacarais fotos. No son de buena calidad porque no podéis acercaros todo lo necesario, pero para recuerdo o gozo propio, sirven.

En cuanto termináis, seguís la sendilla dejándola que tomo el sol sobre las piedras del muro y subís un poco más. Justo hasta la sombra de dos espesos robles compañeros de cinco o seis arces. Aquí descubrís un manantial. Brota en el mismo centro del surco del arroyo, bajo unas rocas y por entre muchas piedrecillas. Y brota limpio, fresquito y en un chorro casi como el brazo de una persona. Pero el manantial no está preparado. Sale por entre las piedrecillas, la hierba y las raíces de las zarzas y aunque es tan abundante, ni se puede beber porque no tiene poza.
- Déjame a mí verás como lo arreglo.
Exclama Bernardo, el amigo del buen montañero.

Claro que lo dejáis y de inmediato se pone mano a la obra. Se agacha, retiras las piedras más gordas, retiras algunos trozos de raíces y comienza a trazar una bonita poceta justo mismo donde los borbotones del agua saltan. Y como fluye con tanta fuerza y en tal cantidad, conforme va configurando la poza, el agua se aclara. Termina dejando un pequeño charco algo redondo y profundo, lo suficiente para llenar las cantimploras cómodamente y esperáis dos minutos. Es para que la arenilla se apose y el agua se aclare bien y bebéis. ¡Una delicia de agua por lo fresca, su claridad y su pureza!

- Viene de la misma cumbre de la cuerda del Calarilla.
- De la nieve que este año cubrieron las rocas de los Cabezones de Guadahornillos y por eso no cabe en él mayor pureza.

Así que por la sombra del roble, junto al charco del caudaloso manantial, os sentáis. Sacáis las cosas y os ponéis a comer. Una comida silenciosa para no enturbiar la soledad del barranco y la realidad de asombro. Por arriba os coronan las paredes de rocas blancas. Se le ven asomar por entre los claros de las ramas del espeso bosque de arces. Por los lados, a derechas, os escoltan los retorcidos troncos de los viejos arces y a la izquierda, los negros y curvados pies de los robles. Por abajo se os abre el barranco en una profunda caída entre cortes de rocas y espeso bosque. Por los lados os arropa la intrincada trama de ramas verdes, tan tupidas que ni un trocito de cielo se ve.

Por un lado y otro y también barranco arriba os llega el viento cargado de olor a madroñera y fino como el agua que brota en la poza. Y eso: desde la el charquito del manantial para abajo, el agua se va saltando alegre y dejando sembrado el espacio con su rumor de cristal.
- Delicioso el momento y delicioso el lugar que hemos escogido.
- Más que delicioso es de ensueño. Estamos en el mismo corazón de Roblehondo, justo donde nace el arroyo de Las Truchas.
- Como que a partir de ahora podemos decir que estas manos nuestras han ayudado a que ese arroyo brote de estas sierras. Que lo han sacado a la luz en el origen de su nacimiento. Lo hemos tocado justo en su primer venero y ahí le hemos modelado su primer charco.
- Y que es verdad: sin buscarlo ni saberlo hemos venido a cear justo donde Roblehondo brota.
- ¡Qué cosa tan tremenda por lo emocionante ¿Verdad?

Y estáis intentando descifran semejante sensaciones sin parar en vuestra comida, cuando os asombra otra belleza.
- ¡Un momento!
Os miráis sorprendido y movéis la cabeza hacia donde sus ojos se clavan.
- ¡Guardar silencio y no moveros!
- Ya las estamos viendo y son de asombro.
- ¿Pero estaban ahí o han llegado ahora?
- Las he visto justo cuando asomaban por entre las rocas.

Son monteses. Una pequeña manada de cabras, vosotros veis cinco o seis, pero no toda la manda es visible, que se han situado sobre el pequeño cerrillo y os miran. Ellas os han visto antes a vosotros y se han parado a observaros desde lo alto. Venían comiendo por su campo y al asomar a la suave inclinación se han encontrado con vuestra presencia en lo hondo del cauce. Como le has cogido de sorpresa no han huido. Se han puesto sobre las piedras y llenas de interés os miran.

Como no os movéis los animales tampoco se espantan. Después de un rato observando, mientras a las primeras se van sumando otras que venían rezagadas y tapadas con el cerrillo, se van moviendo tranquilamente. Siguen en su tarea de buscar tallos tiernos de monte e hierba fresca y se mueven hacia arriba. En la misma dirección que traían, pero remontandose más por las rocas de las paredes

que pegan a la cumbre.
- Son preciosas y fíjate que no se asustan emprendiendo esas rápidas carreras que siempre, en estas ocasiones, ponen en practica.
- Nos tienen dominados. Nos han observado bien y han visto que estamos sentados en lo hondo. Ellas se sienten seguras siempre que se encuentran por encima. Su medio seguro, son las rocas y en este caso, los voladeros y las cumbres. Saben que por ahí no vamos a meternos nosotros y por eso se muestran tranquilas. Si llegado el caso tuvieran que correr, en unos segundos se perderían por entre esas rocas poniéndose a salvo. Esa es la razón por la que no huyen.
- ¡Lo que son los animales!

Termináis la comida y con pena, porque lo habéis pasado bien en el rincón del manantial y los robles, os ponéis en marcha. Ya cae el día y como desconocéis el camino, no sabéis el tiempo que aún vais a tardar en salir de estos barrancos. Ni siquiera sabéis dónde iréis a salir ni por dónde. Aunque tenéis algo claro: la pista que recorréis se une con la del río Borosa y por el río sabéis que la pista sale.
Pero tanto en la unión como luego en la salida, otras veces tenía la cadena cerrada. ¿También tendrá el candado hoy? Si fuera así ¿tendrías que volver? Y si volvieras, al salir por Linarejos ¿habrán cerrado esta otra cadena? Caéis en la cuenta que todas estas posibilidades puedes materializarse y hasta pudiera surgir alguna nueva que desconocéis. Desconocimiento para vosotros es todo el recorrido. Ni siquiera sabéis ahora mismo cuántos kilómetros quedarán.

- Pero la aventura merece el riesgo.
- Y tanto que lo merece. ¿De qué otro modo hubiéramos pasado nosotros alguna vez por esta pista?
- Tan reservada como está y con lo reservada que dicen la van a poner, tú hazte una idea.

Desde el puente del arroyo de la lagartija, la pista desciende cortando la ladera. Un corte tremendo que le pegaron a la pendiente rocosa y justo por donde los pliegues de las rocas son más bonitos. De tal manera se han curvado y arqueado en este punto que no parecen sino un puro capricho. Con claridad se les ve adornando la pendiente con tanta originalidad y perfección que parece que un buen artista, acaso hecho, los hubiera tallado. Quizá de haber sido así no habrían salido tan bellos.

Como salen a la superficie, los pliegues se han roto. La misma pendiente de la ladera ha motivado que los trozos se desprendan. Y como la ladera es pura caída en vertical hacia el arroyo, por donde surge el filón de los pliegues rocosos, no crece vegetación. Un buen rodal de ladera pelada para que así destaque más las curvas de las rocas. ¡Qué ladera más bonita y qué capricho de pliegues tan escaparate en este repecho! Es lo que más destaca llamando la atención según venís bajando.

- ¿Y el Barranco de las Iglesias?
- Pues fíjate, ahí lo tenemos.
Y es verdad: ahí lo tenéis. Avanzando unos metros desde la ladera de los pliegues, a la derecha se ve la otra ladera desmoronada. Un perfecto calar formado por mil piedras rotas que ruedan desde la cumbre. En mitad de esta escombrera rocosa, se ve una losa grande. En ella escribieron el nombre: “Barranco de las Iglesias”.

- Así que está claro. Este es el barrano y no otro. Y las iglesias, las rocas que parecen catedrales, pero que se quedaron en iglesias y son monolitos tremendos, sobre la cumbre se apoyan.

- Según estamos viendo, esa es la realidad, pero lo de las Iglesias, el camino o los caminos ¿quién lo explica?
- Del otro misterio y algo los caminos, yo puedo o más bien tengo una leve información.
- Pues somos todo oído.
- Es débil, ya lo he dicho y sólo se fundamente en un misterioso sueño mío que seguramente ni se concreta ni tiene nada que ver con la realidad fría que siempre fue por aquí. Pero como es, más que bonita, hermosa y se muevo por el mundo de lo sagrado, es lo concreto. Resulta que lo sagrado se encuentra arriba: en la misma cumbre y de ahí el nombre de iglesias que aunque se refiera a la molen de rocas que arriba claman, también remite a lo sagrado.

En mi sueño, yo los vi y no sé quienes eran. En peregrinación llegaron hasta este lugar. Algo así como una procesión, portando alguna imagen religiosa que iba en la cabeza de la procesión. No eran muchos y parecen que correspondían al grupo de los elegidos. Unos elegidos que nada tienen que ver con los que los humanos eligen en las empresas de la tierra.

Primero bajaron por el camino, pues así: en procesión, alegres por lo que celebraban. Según ellos, un simple día de contacto con los campos y paisajes que desde hace tiempo habían pisado. Al llegar a este lugar dejaron el camino y por el viejo o los viejos caminos, sendas que ladera arriba siempre subieron, tomaron.
- Imposible subir por ahí.
Decía uno que no era de ellos y unido a ellos caminaba al final de la cola.
- Verás como no es imposible.
Le decía el principal entre ellos y todos eran principales.
- Pero yo conozco esa ladera y sé que es pura roca alzada en vertical. Tú fíjate la cantidad de personas mayores que desfilan en esta procesión. ¿Cómo van a tener agilidad para trepar por rocas tan complicadas?
- Ellos son de aquí y llevan dentro estas rocas. Si la saltaron en aquellos tiempos, ahora las saltarán mejor porque tienen otra fuerza.
- Además ¿dime tú a qué llevan la imagen en procesión por estas laderas y desde estas laderas, a la cumbre?
- Celebran una fiesta.
- ¿Pero no sería más fácil celebrarla en las praderas y allí donde se trazaron buenos caminos?
- Es que es otra fiesta.
- Y el camino que hay que escalar para ponerse luego a celebrarlo, también lo habéis pensado.
- Ya te he dicho que a ellos les gusta. Este es su gozo y como saben y pueden, pues lo celebran porque así lo sienten y quieren.
- De todos modos ya verás como no es fácil. Ni siquiera yo que soy joven y también me gustan estos lugares, me atrevo.
- Tú también subirás aunque por otras razones.
- ¿Qué razones?
- Mira al suelo que pisas.

Y aquel joven, que no era el joven serrano de siempre ni se parecía en nada, miró al suelo de la ladera que iba recorriendo.
- ¡Ostras lo que veo! Es una moneda de quinientas pesetas.
- Sí que lo es y sigue mirando verás.
- Ahí veo otra y más adelante otra. ¿Qué pasa? ¿Por qué no las ven los que van delante de mí? Porque yo soy el último y según estoy viendo, ellos van a lo suyo y parece como si pasaran por encima de estas monedas y no las vieran. O como si las vieran y no quisieran o no les interesara cogerlas. ¿Qué pasa?
- En algo de lo que has dicho tienes razón. Ellos pasan por encima de estas monedas y como van a otro asunto que no es la materia, aunque las ven, no las cogen.
- ¿Acaso me la dejan a mí?
- Simplemente las dejan y si tú y otros como tú pasáis por aquí y las veis, sois libres de cogerla o no. Porque cada uno se merece y es según la realidad del mundo que lleva dentro.
- ¿Pero yo puedo cogerlas?
- Ya te he dicho que tú eres libre.
- Pero si las monedas están ahí y ellos no las cogen, si yo las dejo, otros se las llevarán. Este dinero no tiene dueño así que si yo me las llevo, nadie me va a decir nada. Y claro, si no me las llevo, las cogerá otro y uno piensa como tantas veces en la vida: "para que se las lleve otro, las cojo yo".

- Vuelvo a repetirte que eres libre.
- Ahora ya lo entiendo.
- ¿Qué es lo que entiendes?
- Aquello que me decía que también subiría. Como las monedas no dejan de verse una detrás de otra, me iré enganchando recogiéndolas y así llegaré hasta lo alto de la cumbre detrás de ellos. Pero ya lo estoy pensando: tengo el bolsillo casi lleno y como siga recogiendo de aquí a lo alto, juntaré tantas que no podré con ellas. Me costará tres veces más la subida de esta cuesta que a ellos y seguro que ni podré llegar al final. E incluso, si logro llegar a todo lo alto, cuando ellos allí se paren y se pongan a celebrar el gozo que van a celebrar, tampoco podré compartirlo con ellos.

Me sentiré cansado, sin fuerzas y preocupado por el dinero que llevo en mis bolsillos y lo que con él haré en el futuro. Es decir: tendré mi corazón en otro asunto y lleno de inquietud. Estaré entre ellos, pero no seré de ellos ni compartiré sus cosas. Así que pensándolo bien, caigo en la cuenta que esta procesión por este lugar y con esta gente, es algo muy raro. No se ha dado nunca en este suelo y menos rodeada de las circunstancias que estoy viendo. ¿Quiénes son estos y a dónde van?
- Te lo decía antes: suben a la cumbre y va a celebrar una fiesta de acción de gracias. Recorren los caminos que ya se borraron, pero como ves, ellos casi no lo necesitan. Ya verás como suben a la cumbre y ya verás qué esplendor de fiesta gozosa cuando acaben de coronar y se repartan por entre las praderas, las rocas y los pinos de la sagrada cumbre.
- ¿Y acaso ellos son serranos?
- Claro que lo son.
- Pero si los serranos siempre fueron gente pobre y con mucha necesidad. ¿Por qué ahora pasan por encima de estas monedas relucientes y no las cogen?
- Porque aunque es verdad que los serranos siempre fueron pobres, nunca ellos llegaron a la categoría de carroñeros terrenales.

- Explicate para que lo comprenda.

- Es como si entre los humanos que poblamos el planeta, existieran dos especies: los que hacen de su vida, estén donde estén, una profesión de carroñeros y los otros. Por supuesto, los del bando de los carroñeros, se pasan su existencia buscando carroña para transplatarla de un lado a otro y llevarla antes los que tienen poder. Buscan con ello, no la verdad y la dignificación del mundo sino que les recompensen por esta carroña.
- Pero según tú, ahí son tan culpables los aduladores como aquellos que se dejan adular.
- En el mismo saco se pueden meter, porque los primeros, siempre son pobre gente, floja en inteligencia, vacía de valores elevados y con una visión del mundo y su propia dignidad, egoísta y cerrada en sí. Pero los otros, los engreídos, suelen tener otras pretensiones relacionadas con el con el poder sobre los demás y en beneficio propio. En el fondo son inteligentes, pero también crueles porque su inteligencia siempre está en función de su yo propio.

- En fin, ya estoy viendo que los de la procesión han coronado la cumbre y se van sentando sobre la hierba fresca. Es como si fuera una procesión de romería. Y ahora que han llegado, se ponen a celebrarlo. Y lo que más me llama la atención, es la gran alegría de ellos.
- ¿Y tú?
- Tenías algo de razón. He subido detrás de ellos recogiendo monedas de quinientas pesetas y ahora ya no puedo con tantas. No sé qué voy a hacer con ellas en este mismo momento aunque ya le estoy dando utilidad en mi mente. Pero ahora, cuando los veo tan felices, a todos ellos compartiendo no sólo el día y sus cosas sino, hasta la hierba fresca de la pradera, ni me atrevo a mezclarme con ellos. Me da miedo porque temo que puedan acusarme. He recogido las monedas que les pertenecían y si ahora ellos me las piden, como las siento mías, tendremos problemas. Tengo miedo y por eso no me atrevo a mezclarme con ellos. Es como si fuera un extraño en esta montaña sagrada que tan dignamente les pertenece.

En vuestra ruta atravesando el gran espacio del barranco de Roblehondo, aquel día rebasasteis las laderas del Barranco de las Iglesias. Por la empinada pendiente, dejasteis los viejos caminos intuidos y sobre la cumbre se quedaron los de la alegría plena. Un sueño cargado de nostalgia que exhalaba su perfume y hasta vosotros llegaba fresco, noble y puro.

- Un día tendremos que subir a la cumbre del cerro de las Iglesias y perdernos por entre el recuerdo de aquellas presencias y las praderas verdes de esa montaña sagrada.
Expone Bernardo, uno de los que tú llamas buenos montañeros dentro del grupo. Le decís que sí, que un día será bueno para vosotros, subir a la gran cumbre para conocerla y comprobar si aquello aún rezuma lo que desde lejos parece que rezuma.

Rebasáis la puntanilla y volvéis a hundiros en el siguiente barranco.
- Por aquí cerca deberíamos encontranos con la casa forestal de la Fresnedilla. Al menos, eso es lo que indica el mapa.
- Ve despacio y vayamos atentos para que no se nos escape. ¿Cómo será esa casa y qué quedará de ella?

- Por eso necesitamos verla. Pero mientras tanto que aparece ¿no vais sintiendo ya la presencia de aquello?
- Empezamos a sentirlo en cuanto volcamos a este nuevo barranco. ¿Quién la capta con más fuerza?
- Creo que yo porque me rebosa desde la mente hasta el corazón. ¿Os la describo?
- Descríbela a ver si coincide con nuestro sentimiento.

Pues desde mi corazón me rebosa la ladera alargada y por ella el rebaño de ovejas. Veo al pastor y con él a dos de sus hijos y al joven ya algo mayor. Va detrás de las ovejas y como es la primera vez que los hijos suben por la ladera porque quieren ver lo que el padre llama "La Laguna de la Sal", van algo asustados y a cada instante le preguntan al padre:
- Pero papá ¿tan interesante es esa laguna?
- Lo es. Aunque la laguna también parece la boca de un mar y la cueva por donde brota el más grande de los manantiales.
- ¿Tú la has visto de verdad?
- Claro que la he visto.

A la laguna de la Sal no se le puede llegar ni por abajo ni por los lados. Hay que entrarle por arriba. Desde arriba es el mejor punto para todo. Se le ve con todo su esplendor, se respira la niebla húmeda que de ella mana, se oyen surgir los borbotones y se le puede casi tocar. Lo mejor es entrarle desde este lado, por la sendilla que va derecha al agujero. Cuando ya estás encima, la sendilla empieza a subir pegada a la corriente que baja y cuando acaba de remontar, comienza a rodear el amplio agujero por donde surge el agua y se embalsa la laguna. Pero lo mejor es pararse cuando uno se encuentra en todo lo alto. Te sitúas sobre unas piedras que por allí hay y te dedicas a gozarla.

Ya he dicho que desde allí la Laguna de la Sal, es como un gran hoyo en el mismo centro de la ladera, todo lleno de agua que despide vapor y abierto por el lado de abajo. De las entrañas de la ladera surgen los borbotones cristalinos que se esparcen por la superficie del charco. Durante un tiempo se queda en este hoyo embalsada y luego rebosa por el surco que ha ido abriendo por el lado que da al barranco. Enseguida cae con fuerza y se forma una auténtica corriente que se parece a una verdadera cascada.
- Y la cascada esa ¿a dónde va?
- En un surco grande que es como el arroyo principal, raja la ladera y al final cae al río.
- ¿Vamos a verla también?
- Hay que entrarle desde el mismo ojo de la laguna y luego bajar. Si te vas surcando la ladera, por ningún sitio se puede cruzar y ya te he dicho por qué: es necesario meterse en el agua que por ahí baja y, además, en forma de torrente. Imposible poderla cruzar por ese punto.
- ¿Y las ovejas beben de esa agua?
- Cuando tú la ves por primera vez, toda manando vapor, con los bordes de la corriente y del charco, recubiertos de blanco que es la sal, aunque no lo es y brotando el agua con tanta fuerza para despedirse luego con la caída de la corriente, te dices que un agua como esa no se puede beber. Pero cuando luego te acercas y la pruebas, también te dices que un agua como esa no existe en ninguna parte del mundo.
- ¿Pues tú sabes lo que yo te digo, papá?

- ¿Qué me dices?
- Que estoy deseando ver la espectacular laguna de la sal.

Y desde mi corazón y con los ojos del espíritu, sigo viéndolos avanzar por la ladera. El atajo de oveja se viene por el lado de abajo de la laguna y entre el río y el último salto de la cascada, antes de que ésta se funda con el cauce grande, los animales buscan un paso. Saltan por las piedras buscando las piedras grandes y metiendose en el agua, logran abrirse paso. Es la primera vez que esto ocurre y por eso el pastor se asombra. Ellos remontan la corriente siguiendo la sendilla y al acercarse al charco redondo, por debajo del ojo, las aves se espantan.
- ¿Qué son, papá?
- Una bandada de patos y fíjate como vienen.

Al remontar su vuelo las aves se han ido hacia el río, tranzan una curva ganando altura y se vuelven luego rectas a ellos. Les pasan rozando y luego siguen su trayectoria ladera abajo en la dirección que corre el río.
- Casi tropiezan con nosotros.
- Los animales se han desorientado por las ovejas que llenan el río.
- ¿Y esta laguna sabe la gente que brota aquí?
Pregunta de pronto otro de los hijos.
- La gente no lo sabe o mejor, sólo algunos lo saben y está bien que sea así. Gracia a esta ignorancia, hasta hoy, la laguna que se abre en el corazón de la ladera y que mana viento en lugar en lugar de agua, ha permanecido con la misma belleza que vestía hace cientos de años.

Y en esto el padre tiene razón. Vosotros al cruzar hoy el lugar y comenzar a bajar hacia el puntal donde debió alzarse la casa de la Fresnedilla, os parece oír y hasta ver a través de la transparencia del viento, tanto el gran manantial de la misteriosa laguna como a ellos. Ni ellos ni ella tienen presencia hoy ya por aquí, pero en el aire, en la frágil sombra que mana del bosque y llena la umbría, se intuye y hasta se palpa un poco. Como si para siempre por aquí quedara latiendo aquel lejanísimo, pero impresionante mundo bello, tendiendo un puente invisible sobre el presente para transponer y materializarse en el también lejano e impresionantemente bello, mundo futuro. Algo así es lo que se palpa.

- En el fondo, se parece un poco, sin que la podamos ver ni tocar, a la pequeña, pero silenciosa Cueva de la Aljibe.
- Eso es lo que estaba a punto de aclarar.
La Cueva del la Aljibe, surge al tiempo que brota, entre las grietas de las peñas donde la montaña se quiebra y los árboles crecen y una de sus densas bellezas es precisamente eso: su misterioso silencio y la originalidad de su escondite.

Os la enseñó un día Teófilo por las laderas que rodean la aldea de Huelga Utrera y aquello fue fantástico. Sólo una imperceptible senda sube atravesando el monte y va a las huertas un poco más abajo. Pero como él conoce bien el terreno, sí sabe ir. Cuando aquel día llegasteis al lugar, pasmados os quedasteis. Ninguno esperabais lo que allí había. Y sucedió igual que con esta de Roblehondo que ya no está por el lado de Roblehondo. Aquella estaba virgen, reventaba de transparencia y permanecía oculta a los ojos de casi todo el mundo.
- Mas vale que nadie la conozca, porque si no, esto se quiebra en poco tiempo.
Os decía Teófilo. Y en cuanto vosotros visteis el rincón, pensasteis como él: "Que

nadie la conozca para que siga con su transparencia hasta el fin de los siglos".

Vuestro coche, el día de Roblehondo, terminó de cruzar el primer, segundo y tercer barranco, todos largísimos. Profundos y cada vez más repletos de sensaciones. Al bajar a la hondonada, se ven las señales de la casa.
- Quizá fue ahí donde estuvo.
- Las señales parecen claras.
- ¿Y esta pista de la derecha?
- Puede que sea la que lleva a la otra casa forestal. La de la Fuente de la Umbría. ¡Qué bonito nombre y como sugiere misterio, soledad, lejanía y hasta asombro por lo inaccesible!
- Por ahí, dicen que a pecho descubierto se puede subir a la cima y luego caer a la otra laguna. La de Valdeazores.

Mas tarde os enteráis vosotros que la cima se llama por aquí Cresta de las Aguileras y Cuerda de la Fuente de la Umbría. La de más atrás, por donde ellos remontaron para celebrar la fiesta, se llama Voladeros del Campanario. Por allí se esconde la covacha del Aire donde dicen que el Tío Loberas vivió sus últimos días.

Lo primero que veis por donde se alzó la casa, en una gran noguera. Un poco más adelante, sobre el puntal a la izquierda, se ven un montón de piedras. Por entre ellas crecen ya los pinos y otros arbustos. Y conforme vais llegando al lugar de lo único que estáis seguros es que los restos, los escombros, son de una casa. ¿Qué casa o cortijo fue? Creéis que pudo ser la de la Fresnedilla según los escasos datos que poseéis del rincón y lo que sobre el mapa se ve. Como no tenéis guía, igual que otras veces, para vosotros todo es puro descubrimiento e intuición.

Y por lo que estáis viendo esta casa fue grande. Junto a los escombros de las paredes caídas, siguen creciendo las nogueras. Dos son las que se ven. Más trozos de pared todavía con la altura de uno o dos metros. Por estos signos se adivina que la casa tuvo bastante aposentos. Un trozo de teja y en camino que le llega. Es como un ajorro que baja por el lado izquierdo hacia el arroyo que a estas alturas todavía sigue siendo de Guadahornillos. Parece un camino y hasta creéis que puede ser el que luego cruza por el llamado puente de "La Pasa de la Agracea" y sube por los Hoyos de Muñoz.

Al final de este buen puntal se alza el castellón. Es decir: la casa la construyeron donde se retiene un puñado de tierra fértil, al final de un puntal que desciende de los Voladeros del Campanario, pero no al final del todo. Un poco antes de donde el puntal tiene como un pequeño collado. Ahí levantaron la casa y el morro del puntal quedó hermoso castellón.

De este lugar escondido, además de lo que recoge algún artículo y lo que en el corazón y el alma de las personas que por aquí vivieron, vosotros tenéis noticias de algunos detalles. Entre ellos, **el del último día según aquella historia, porque según otras versiones, el último día parecen muchos y a cada momento. Pero de aquel último día, a vosotros os dijeron que estuvo lleno de todas las emociones.**

Era por la mañana y el rebaño de animales doméstico salió de su corral. Se desparramó por los montes de la ladera cercana y hoy no iba acompañado

del pastor. Este se quedó por la casa intentado organizar algo que era muy duro para él. Por la casa, en la llanura y piedras que hay cerca del camino que desde la pista baja, el joven jugaba con la niña, el gozo de su vida y la sonrisa más bonita. Se le subió ésta en los hombros y como le pidió al joven que la paseara por todo aquel lugar, el juego comenzó a llenarse de la más interesante emoción.

Dentro de la casa, que todavía era casa, la madre trajinaba y no era gozo lo que precisamente corría por su alma. Doblaba alguna ropa, recogía los cacharros, deshacía algún mueble y quemaba en la lumbre lo que ella creía ya no iba a servir. El padre iba y venía entrando en la casa y sacando fuera los bultos.
- Date prisa que el tejado se nos cae encima.
Le decía el padre a la mujer.
- Pero mientras estemos dentro no romperán nada.
Contestaba la mujer.
- Tú no te fíes.
Y estas últimas palabras del padre estaban cargadas de razón.

No habían terminado ellos de sacar los últimos bártulos a la puerta cuando al mirar, vieron como la casa se hundía con gran estruendo, pero al mismo tiempo, casi en silencio. Primero se desmoronó una de las paredes que mira al barranco del Guadahornillo.
- ¡Mira lo que pasa allí!
Gritó la niña que jugaba con el joven. Ambos salieron corriendo en busca de los padres y al llegar, la niña le preguntó:
- ¿Se muere nuestra casa, mamá?
- No hija mía. Es un sueño que estamos viviendo esta mañana.
- Pero yo estoy viendo como se ha caído una pared y ahora se hunde el tejado.
- Espera un poco y ya verás como dentro de un rato entramos a la casa y todo está igual que antes.

Pasó un rato durante el cual, desde aquel rellano de la puerta contemplaba ha escena y entonces la niña cogió a su madre de la mano.
- Ven conmigo. Vamos a ver si es verdad lo que tú dices.
Le pidió a la madre tirando de ella hacia la casa.
- Si no es verdad es porque todavía no se ha acabado el sueño.
Le decía la madre.

Y claro, no era verdad. La niña, de la mano de su madre y acompañada por el joven, entró a la casa por donde nunca lo había hecho antes.
- Esto no es la puerta, mamá. Esto son las paredes y las tejas que se han caído. Porque fíjate, hasta estoy buscando mi habitación y no la encuentro. Ves mamá, las paredes se han caído y han tapado el suelo donde yo jugaba. Si ahora lloviera o hiciera sol las tejas de la casa ya no me cubrirían ni tampoco tengo donde refugiarme si hiciera frío o nevara. ¿No decías que era un sueño?

La madre siguió andando con la niña de la mano mientras iba pisando los montones de piedras de las paredes desmoronadas, intentaba ordenar las cosas en su mente. No era sueño lo que estaba viendo porque ella estaba

todavía allí y hasta sentía el gozo de pertenecer a las tierras de aquel rincón. Pero también era verdad que por el camino ya crecía la hierba y por el barranco sólo se oía el arroyo correr. Como si un gran silencio lo llenara todo.
- De todos modos ya verás como esto es un sueño. Mañana todavía estaremos por aquí y hasta incluso cuando tú seas mayor y luego te hagas vieja.

A partir del punto en que creéis estuvo la gran casa forestal de la Fresnedilla, aquel día vosotros, seguisteis bajando por la pista saltando de asombro en a sombro a cada barranco. Y como estos barrancos, en tu deseo de clarificar y ordenar la sierra dentro de tu mente y alma, unos años después, otro día los recorrerás en dirección opuesta, ahora os venís directamente al arroyo de Las Truchas donde aquel día pusisteis la tienda.

Ya casi al final, os encontrasteis una pista de tierra que sale a la izquierda. Y como aquel día ya caía la tarde teníais pensado acampar por algún rincón cercano entre estos montes porque al día siguiente ibais a subir al Salto de los Organos, os metisteis por aquel camino. Desconocido total era para vosotros aquel lugar, pero teníais bien asumido que ibais a la aventura.
- Baja en picado buscando el arroyo. Seguro cerca del cauce encontramos alguna buena llanura par montar la tienda.
- Además, uno de nuestros deseos era precisamente ver por fin las aguas de este arroyo de Las Truchas.
- Y quizá tengamos suerte. Por lo que se ve, el sitio queda bastante recogido.

Así que metisteis el coche por la empinada pista y aquello fue tremendo. En dos minutos ya habías visto que lo que parecía un camino se quedaba sólo en un roto ajorro por donde sólo podía pasar los tractores y los troncos arrastrados por ellos. Pero como aquello bajaba, a pesar de estar tan rota, el coche avanzó y lo que empezasteis a temer, luego ocurrió: al llegar el arroyo no encontrasteis dónde dar la vuelta.
- De todos modos, ya hemos llegado. Es cuestión ahora de montar la tienda y al amanecer, mañana, sacaremos el coche marcha atrás.
Tampoco para poner la tienda encontrasteis un buen sitio. Y aquello os confirmaba lo que ya tenía muy intuido: el arroyo de Las Truchas, desde que nace hasta que muere, es un puro torrente.
- Ni una pequeña llanura ni un remanso. Todo rocas, cascadas y monte.
- Pero una tienda como la nuestra se monta en cualquier sitio. Y eso es lo que haremos.

Descargasteis. Saltasteis la corriente, no pequeña ni tampoco grande porque aunque ya es este el último tramo, también era el final del verano. Por entre las innumerables piedras buscasteis un rodal y donde visteis un puñado de arena formando una playa diminuta, extendisteis la tienda. A pesar de todo, os quedo casi perfecta. Mirasteis despacio y os gustó hasta el exceso el rincón y más todavía el arroyo. La gran vena arterial y la vida de este barranco. Y mirasteis más despacio. A través del tiempo, visteis la escena: el arroyo bajaba repleto y ellos tenían que cruzarlo para seguir por la senda.

La senda, en aquellos tiempos, iba justo por donde hoy han trazado el ajorro que vosotros habéis seguido para entrar al arroyo. Por aquí mismo, cruzaba el cauce y cimbreando a media ladera, paralela al río, bajaba a la vez que remontaba.

Por donde el río corta la cuerda y es la entrada de la pista paseo de los turistas, la senda salía hacia el valle, pero bastante elevada en la cumbre de la cuerda de la Carrasca. La senda iba por lo alto, dominando al río, atravesando bosque y luego volcaba hacia la vertiente del gran valle. Por esa ladera se dejaba caer y buscaba segura, las riberas del Río Grande.

Era esta la senda, la otra senda, que ellos usaban para salir y entrar a la sierra profunda del lado derecho del río Borosa. Una senda hermosa, como todos los caminos serranos, cuajada de silencios y escondida entre el bosque. No servía para excursiones de recreo, sino para acoger a serranos dorados por el sol que iban y venían con sus luchas y sudores siempre a cuestas.

Y la senda, como tantas otras en aquellos tiempos, no tenía un puente para cruzar el arroyo. Se aliaba con el cauce y aquí, donde el cauce tiene un pequeño vado, la senda lo aprovechaba para meterse por las aguas y las piedras de la corriente y cruzarlo. Saltando por las piedras cuando las crecidas no eran muy grandes, es como lo serranos salvaban este arroyo. Y cuando las aguas eran abundantes, no tenían más remedio que descalzarse y meterse si querían pasar al otro lado. Si las aguas eran más abundantes, además de quitarse el calzado, si no quería mojarse las ropas, tenían que casi desnudarse.

Al mirar esta tarde vosotros, veis el arroyo crecido. Más crecido que nunca. Las lluvias han sido muy grandes. Ellos, avanzan por la senda de regreso a sus cortijos.
- Pues hoy nos toca mojarnos hasta las orejas.
- Eso ya lo estaba yo pensando. Y lo malo es que venimos cargados. Nos llegará el agua hasta la cintura y ya verás tú si no tenemos problemas.
Vosotros miráis despacio, sentados ahora sobre las piedras, por el lado de abajo del vado que da paso a la senda. Desde lo hondo de vuestro ser os sale un deseo:
- Tranquilos, buena gente, que si es necesario echar una mano, aquí estamos nosotros para ello. No somos tan duros ni expertos, pero estamos de vuestro lado y con vuestras luchas.

Llegan a la corriente. Junto a las aguas se paran y comienzan a quitarse el calzado.
Se quitan también las ropas y sobre sus cabezas, en las manos, las sujetan junto con la carga que traen para el cortijo.
- Yo iré delante y tú me sigues sin desviarte un metro de mi camino.
- Pero ten cuidado que fíjete como baja la corriente.
- Ya la veo y no creas que no le tengo miedo.
- Un mal paso nos haría perder el equilibrio y sin remedio el agua nos llevaría.
- Tú ten cuidado, pero no te acobardes.
- Adelante que te sigo.

También vosotros le decís que adelante y ya estáis preparados por si llegado el caso caen y la corriente los arrastra. Saldréis en su ayuda y al pasar por aquí los rescatareis. Si se les caen las ropas o alguna otra cosa, también la salvareis, cuando sobre la corriente pase por aquí junto a vosotros. Eso es el deseo que arde en vuestros corazones y esa es vuestra disposición. Pero la realidad no se concreta tan simplemente.

A ellos se les caen las ropas. Se les caen los encargos que llevan para sus

cortijos y están a punto de caerse ellos mismos. El vado del arroyo tiene muchas piedras y la corriente es fuerte. Las aguas le llegan por encima de la cintura y aunque son valientes, hoy no son sencillas.
- Aunque pierdas las ropas, tú no las sigas. Agarrate a mí con fuerza.
Grita el que va delante.
- Pero es que también me quedo sin comida.
- Ya lo arreglaremos. Ahora hay que salir y después arreglaremos lo que sea.

Desde vuestra piedra, lo veis todo. Y desde vuestra tarde queréis ayudarle, pero cuando vais a correr para el cauce con el deseo de coger las cosas que arrastra la corriente, una barrera invisible os impide llegar. Estáis al otro lado del tiempo y en planos distintos. No podéis tocar ni el agua ni tampoco rescatar sus cosas. Queréis, pero no podéis. Las espumas del arroyo y las olas de la cascada, hunden y sacan a flote sus sencillas pertenencias y aunque pasan cerca de donde estáis, no las podéis salvar. Los miráis a ellos, miráis la corriente, miráis sus cosas y aunque veis que todo es una realidad tangible, os encontráis fuera de ella y nada podéis hacer para cambiar lo que en ella ocurre.

Ahora, esta tarde, retirada ya en el tiempo de aquel otro día, caéis en la cuenta de que sí: por aquí pasaba el camino que venía desde el valle hacia la sierra profunda y por aquí cruzaban ellos el arroyo. Sólo tres o cuatro lo sabían. Este rincón siempre fue poca cosa aun siendo gran cosa y la senda también era una menudencia dentro del conjunto de la gran sierra. Miráis la tarde y aunque por lo alto de las cumbres el sol se tapa, se ve que a la tarde le queda un buen trozo.

- Pues ahora ¿sabéis lo que podemos hacer?
- ¿Qué se puede hacer?
- De aquí hasta que el sol se ponga, tenemos tiempos para recorrer el trozo de arroyo que aún nos queda. Es una ocasión buena y de conocer también el entorno que nos rodea. Si todavía nos sobra algo de tarde, llegamos hasta los bares de la entra al río Borosa. Nos tomamos una cerveza, como haría cualquier turista, vemos si la cadena tiene el candado puesto y así, cuando mañana nos pongamos en marcha, sabremos a qué atenernos.
- Pues la idea es buena. Y además, para completar la excursión, de regreso nos volvemos por la pista que viene Borosa arriba. Así también recorremos ese trozo de camino y ya se nos queda claro la distancia que hay desde este nuestro campamento hasta ese primer puente del Borosa. Mañana tendremos que recorrerla y como ya hemos dicho que será temprano, si la isnpecionamos esta tarde, eso que sabemos.
- Otra idea estupenda.

Sin pensarlo mucho, os ponéis en marcha y por el cauce que el arroyo abre, comenzáis a bajar. El surco del arroyo, bonito y lleno de sorpresas a cada metro, no resulta un camino fácil. Es todo lo contrario: escabroso y por eso, muy complicado de andar. Rocas a un lado y otro, monte, unas veces boj y otras lentiscos, carrascas y madroñeras. Ni un sólo rodal de tierra por donde pueda trazarse una senda aunque sólo fuera de animales silvestres, ni un sólo rellanillo, ni un sólo espacio cómodo de andar. Todas las orillas repletas de más rocas, por el cauce mil cantos rodados y por entre el monte, los juncos y las piedras, la corriente.
- Complicado esto, pero ya lo sabemos y también se nos queda claro qué es y lo

que tiene el trozo de arroyo que desde nuestra tienda, baja al Borosa.
- Sólo esta noticia es razón suficiente para trazar esta ruta y existen otras. Cuando luego algún día alguien nos hable del arroyo de Las Truchas, entre nuestras experiencias nosotros sí lo tendremos recogido. Un trozo más de sierra que hemos desmenuzado y un metro menos que ignoramos.

Aquel día llegasteis hasta el bar que buscabais por la entrada al río. Os refrescasteis con algunas de esas bebidas que tanto gusta a tanta gente hoy. Volvisteis luego por la ruta que en vuestro plan ya teníais. Cuando visteis que tampoco había cadena que cortara la pista que sube por Roblehondo, al llegar al campamento de juguete que en el arroyo habíais montado, desarmasteis la tienda. Pusisteis en marcha el coche marcha atrás y volvisteis a la pista grande.

Seguisteis y aquella tarde ya casi noche, fuisteis a poner la tienda en la preciosa llanura que las riberas del Borosa tiene por Huelga del Nidillo. Rincón este pequeño, pero misteriosamente bonito por donde el río se mece plácido como si descansara, no por mucho tiempo ni espacio, de las tremendas caídas que unos metros más arriba, las brechas de los Organos le ha obligado saltar. En este vado humilde, el río recompone sus transparencias y por unos instantes se detiene silencioso para despedirse de sus cumbres. Como si fuera este el lugar exacto para descansar porque la mitad es lo que queda y la mitad es lo que ya ha sido. Por eso aquel día aquí descansasteis vosotros. Desde aquí ahora os despedís de aquella primera ruta por el barranco de Roblehondo. Al trozo que a partir de este punto queda y que al día siguiente recorristeis, ya volverás tú en su momento.

La senda que sube en busca de la cumbre donde al otro lado se encuentra el mundo, sigue trazando curvas. Pero no se va del río, sino que se remonta sobre él para dominarlo y verlo a lo grande. Avanza paralela al cauce, pero sube hacia la cumbre. Otra nueva cueva hacia la izquierda como si tampoco se quisiera ir del pequeño arroyo que le ha visto nacer. Como si tuviera miedo irse sola y necesitara del cauce para unido a él, penetrar en la sierra profunda.

Aquí ya se mete por el denso bosque como si las viejas madroñeras, durillos, romeros, lentiscos, carrascas y coscojas, hubieran bajado de la cumbre para arroparla y esconderla en su seno. Algún pino que otro la saluda y ya hermosa y más segura, se remonta sobre el río. Siguiéndola tú también te has remontado, no gran cosa si te fijas en la meta, pero sí muchísimo si te sitúa en la salida. El río, por ahora, ni se le ve ni se le oye. El se ha perdido y tu emoción comienza a hervir. El alma se te llena de preguntas. “¿Dónde estarán Los Villares y qué será lo que ahí encontraré?”. También acude a tu mente la otra pregunta: “¿Dónde creció la vieja madroñera que fue el asombro de aquellos serranos?”.

Porque a ti te dijeron que fue por aquí, por donde aquel ejemplar de arbusto tenía clavadas sus raíces. Entre las rocas y la espesura de este bosque. Y te dijeron que la madroñera fue el mejor ejemplar que se podía ver por estas sierras. Cinco troncos tenía y los cinco eran de gruesos como dos veces el cuerpo de un buen serrano. Clavados los cinco en una negra peana que a su vez se hincaba en las grietas de tres grandes rocas. Los cinco troncos negros surgían de la peana y retorcidos, se tumbaban en la dirección de la ladera. Como si desearan asomarse al barranco para ver el río. Las ramas se entrelazaban, llenas muchas veces de madroños y otras, de mil florecillas blancas.

Y dicen que cuando la madroñera estaba florecida, ella sola era toda una primavera plena. Manojos de graciosos ramilletes de florecillas acampanadas, se mecían al aire desde las cien ramas de la planta. Un mar de olas de perfume revoloteaba por el entorno, ciento de abejas acudían a libar por entre los estambres de tan delicadas florecillas y otras tantas mariposas surcaban el aire de un lado a otro por aquel universo en pequeño. También los pajarillos acudían a la sombra de su bosque de ramas y hasta los ciervos y los jabalíes iban y venían buscando los rojos madroños que en el otoño rodaban por la ladera. Un puro manto rojo parecía el suelo y un bosque casi completo que además de hermoso y lozano, daba vida a un sin fin de hierbecillas, setas y otras mil variadas plantas.

Así de perfecta, grande y completa, era la vieja madroñera que desde hacia ciento de años, adornaba la ladera en todas las épocas. Cuando los nevazos cubrían de blanco los montes, la madroñera crujía bajo el peso de los copos apilados en sus ramas. Crujía por las noches cuando el frío era tanto que se cuajaban los chorrillos de agua. Crujía bajo el calor de los dorados rayos de sol en las largas tardes de verano. Y crujía cada vez que el viento soplaba desde el barranco del río y bajo los hirientes zarpazos de los granizos y las lluvias de las tormentas. La madroñera crujía, pero siempre clavada en su ladera, corazón de su propia vida, seguía verde y desafiaba al tiempo año tras año y así a lo largo de los siglos.

Hasta que un día pasó por aquí el gran entendido de montes y al verla dijo:
- Es un magnífico ejemplar. Pieza de museo. Para que la vea y aprenda, aquí tengo que traer a mi hijo.
- ¿Qué va a hacer su hijo, señor?
Le preguntó el serrano más viejo y sabio de este rincón.
- Como está estudiando la misma carrera que yo, esta va a ser una buena oportunidad para ponerlo a prueba.
- ¿De qué modo lo va a poner a prueba?
- Lo traeré para que vea. Le diré que si lo hace bien tendrá su premio y que si las cosas salen mejor aún, lo nombraré jefe en estas sierras.
- ¿Pero qué va a hacer su hijo, señor?
Seguía preguntando el serrano.
- Ya lo verás.

Al día siguiente el hombre se presentó en estas sierras. En compañía de su hijo subió por la senda y lo llevó a la presencia de la vieja madroñera.
- Aquí la tienes. Es toda tuya. Puedes empezar cuando quieras.
El hijo tomó el hacha y su preparó para empezar a podar las ramas de la centenaria planta.
- Pero señor, que eso es un crimen.
Le decía el serrano sabio al ver lo que allí se iba a hacer.
- Tú tranquilo que este hijo mío ha estudiado en las mejores universidades del mundo. El sabe mejor que ninguno de nosotros cómo hay que tratar estos arbustos tan delicados y con tantos años sobre sus ramas. ¡Ya verás qué resultado dará su trabajo! Y por ciento, mientras mi hijo se afana en la poda de este arbusto, ya puedes ir dando las órdenes oportunas para la captura del macho.
- ¿Qué macho, señor?
- He prometido a mi hijo, como premio, el regalo del mejor macho montes de estas sierras. Pero lo quiero vivo. El me ha dicho que se lo va a llevar a su finca privada

para domesticarlo. Así que da las órdenes. El mejor macho y vivo. Sin que sufra ningún daño.
- Pero señor, que son muchas barbaridades.
- Tú a callar que el que mando soy yo. No puedes perturbar el gran trabajo que mi hijo está realizando ahora mismo y mucho menos dudar de su eficiencia. Además, de paso, ve buscando un buen sitio.
- ¿Un buen sitio, para qué?
- Otra promesa que le he hecho a mi hijo.
- ¿Qué promesa?

- Le voy a regalar la mejor cámara de fotos que existe en el mercado. Y se la voy a regalar ahora mismo, en cuanto termine su tarea con la poda de la madroñera. Y él me ha dicho que aquí mismo la quiere estrenar. Así que vete buscando un buen sitio para que tome sus primeras fotos de estos barrancos, arroyos y cumbres.
- ¡Ay que ver qué cosas las de usted, señor!
- No se hable más y mano a la obra. Hoy es un día grande para mí, para mi hijo y para estas sierras. ¿Tú no crees que de un hombre como mi hijo puede surgir un día la persona que más bien haga a estos montes?
- Yo opino lo que opino, señor y me parecen que las cosas no debían hacerse así.
- Bueno, vamos a lo que hay que hacer. Tú a lo tuyo que ya lo sabes y yo a lo mío que es mi hijo. Nos vamos dentro de un rato y ya quiero ver el macho en sus manos.

El señor se fue para donde estaba su hijo y frente a la madroñera, en unas rocas, se sentó.
- Comienza tu obra, hijo mío, que yo estoy aquí vigilando para que tu trabajo salga bien.
- Mira papá, para que luego no me digas que no consulto las cosas, te digo que voy a comenzar mi obra cortando este tronco de aquí. Es el más gordo, pero también el más viejo y el más dañado. Lo voy a cortar por la peana para que así la fuerza de la planta deje de correr por este tronco y se vaya por aquellos otros que son más jóvenes. Luego voy a cortar aquellas otras dos ramas porque como ves, están muy retorcidas y son feas. Dejaré sólo un pie: este del centro que se le ve sano y recto. Así con el tiempo, la madroñera se convertirá en un ejemplar perfecto, llena de vida, recta y con todo su tronco, ramas y copa, bien modelado. ¿Qué te parece?

- Tú mano a la obra que eres el que tienes los estudios recientes y por lo tanto, el entendido en el asunto.
- Pues me pongo mano a la obra.
El joven bruto, porque así dicen que a partir de aquel día lo llamaron los serranos, se puso en acción. Alzó su hacha de acero flamante porque el padre se la había comprado por encargo ya que decía tenía que ser especial para tal obra de arte, y la dejó caer sobre el hermoso tronco de la vieja madroñera. El instrumento se clavó en la madera de la misma peana abriendo una gran herida. Luego abrió otra y otra y al poco cayó el primer pie.
- ¡Qué león está hecho mi hijo!
Exclamaba el padre cuando vio que el tronco se doblaba.

- Es que esto tiene que ser así, papá, con decisión y energía. ¿Tú ves lo que te digo? Ahora corto esta rama, atusada por la misma peana para que no quede la

fealdad de esos “garranchos”, como dicen los serranos, al aire. Y luego aquella otra y ya verás qué resultado.
- Venga hijo que tú recuerdo va a quedar inmortalizado para siempre en estas sierras. Nadie nunca hizo lo que tú ahora mismo estás haciendo. Todos los otros se pasean por aquí a caballo, pero ninguno coge un hacha y se pone a cortar las ramas de los árboles para modelarlos y dar forma al bosque. Son poco prácticos estos hombres.

- Pues papá, voy con el segundo tronco. Verás como lo corto en dos minutos y con la perfección del primero. ¡Obsérvame!
El joven volvió a levantar el hacha y certeramente golpeó en el segundo tronco de la madroñera. Como él dijo, en dos minutos seccionó otro de aquellos troncos y a continuación un tercero. Pero su obra, a pesar del entusiasmos, no salió tan perfecta como en un principio proclamaba. Tan atusado por la peana fue cortando los troncos, que cuando acordó, el pie que había decidido dejar con vida, también quedaba casi cortado justo en la misma peana.

- ¿Y ahora qué pasa, hijo?
- Pues que es verdad: por poco me lo cargo también. Pero si te fijas despacio, todavía queda bien sujeto a la gran peana.
- Pero también veo que ha quedado todo descarnado, sin corteza ninguna y eso es grave. La sabia de las plantas corre por la corteza y si esta falta, no hay sabía y la planta se muere.
- No todo ha quedado descarnado, papá. Por este lado todavía tiene mucha cáscara.
- ¿Pero tú crees que cuando el viento sople y las nieves caiga, este tronco tendrá fuerza para seguir unido a su peana?
- La naturaleza, y tú lo sabes papá, se regenera enseguida.
- Pero el arbusto madroño, es muy especial.
- De todas maneras, papá, ten en cuenta que soy joven y es la primera vez.

Dicen que el padre se llevó al joven por el camino en busca de los hombres que había salido al monte para capturar el gran macho montés. Pasó por el punto estratégico donde él decía se podían hacer buenas fotos y al poco, con la emoción y la novedad de una cosa y otra, se olvidó de la madroñera. Al llegar el invierno siguiente, el único tronco que a la vieja madroñera le quedaba, se quebró. Subió un día una fuerte ráfaga de viento desde el río Borosa y al empujar sobre las copas de la vieja y ahora ya mutilada madroñera, la dobló tanto que saltó en astillas por la parte que aún estaba unida a la peana.

Tumbada en el barranco, entre las otras ramas ya secas, quedó el último tronco de la que había sido la madroñera más hermosa de toda la sierra. La más grande, la más fuerte. Los serranos que la conocían, lo sintieron mucho y en el silencio de sus almas, hasta lloraron un poco. Pero ellos, como en tantas otras cosas, no pudieron hacer sino aguantarse y guardar silencio en la espera de que algún día las cosas en estas sierras, fueran distintas. Que apareciera alguien diciendo lo que había que decir y algún otro más que se pusiera del lado de los bosques unido a los serranos de verdad.

Según avanzas por el camino, el horizonte se te abre y una panorámica amplísima, se extiende frente a ti. Todo el gran valle del río Grande desde las partes

altas hasta Coto Ríos y la extensa cordillera del Blanquillo. Y según recorres el camino, remontando hacia la cumbre por donde te han dicho, existió la aldea, descubres que la cuerda que remonta es un trozo de la otra. La que arranca en las partes altas del Calvario y el arroyo de las Truchas, la corta dejándola a su izquierda. Cuerda de la Carrasca, por donde entra a los Hoyos de Muñoz y Peñón Quemado. Esa es la primera parte de la cuerda que ahora subes.

Desciende desde Puerto Calvario y al llegar a la altura del río Borosa, este la corta en dos. El trozo que queda entre el Borosa y el Aguamulas, es el que tú subes ahora, aunque ya vez que en sus partes altas, corresponden a otras cuerdas que bajan desde la gran cordillera del Banderillas.

La senda traza otra curva y ahora parece que ya definitivamente se va hacia el arroyo Ruejo. Que se mete de verdad en el barranco y busca la aldea que a lo mejor se encuentra por ahí. Al menos la senda es preciosa por aquí. Todo un verdadero paseo entre grandes pinos y espesas madroñeras que se doblan por el peso de la lluvia. De sus anchas hojas gotea el agua limpia y por sus negros troncos, cae chorrillos puros. La senda busca asomarse al barranco, pero ya muy remontada. Te sientes feliz. Al menos este trozo que vas pisando, es precioso.

Si lo que te queda se va presentando con esta misma belleza, explotarás de gozo. Esto es lo que te vas diciendo mientras adivinas lo ausente desde la ignorancia. Pero aún así, de ellos, aquella mañana por aquí, sí tienes la tú constancia. Fue por los últimos tiempos y ellos eran niños de la aldea que aquella mañana se les ocurrió jugar un juego raro.
- ¿Pero por dónde dices tú que has visto esos palos?
Preguntaba uno.
- Mi padre me ha dicho que por aquella cuerda que recorre la senda.
Responde el que se había hecho cabecilla en el grupo.
- Pues ya está. Si tú sabes, te pones delante y nosotros te seguimos. Pongámonos en marcha y vayamos a por ellos.
- Eso está claro, pero tenemos que preparanos un poco.
- ¿Cómo nos vamos a preparar?
- En cuanto encontremos los palos, lo primero que hay que hacer es arreglarlos.
- Si los palos están como yo pienso, con sus ramas, hojas y cortezas, habrá que arreglarlos un poco. Lo que nos vamos a traer será sólo la madera de esos palos. Las ramas y las cortezas no nos interesan. Tendremos que limpiarlos y cortarlos y para eso necesitamos instrumentos.
- Pues eso es verdad. Ahora mismo nos ponemos a buscar todo lo necesario.

Ellos aquella mañana, por las humildes casas de la aldea, se pusieron a buscar unos cuantos instrumentos que necesitaban para cortar y limpiar los palos. Un par de navajas serranas que son grandes y sirven muy bien para cortar madera, un hocino y un hacha, también para cortar madera.
- A ver qué vais a inventar vosotros hoy.
Les decían algunas de las madres.
- Que no pasará nada, mamá. Es para una cosa importante.
Les contestaban ellos.
- Es que vosotros no sabéis lo que estamos viviendo ahora para que también, con vuestros juegos, nos traigáis más problemas a estas casas.
- Que sí, mamá, que sí lo sabemos. Estamos viviendo los tragos de los últimos días

en este rincón y por eso nosotros hoy hemos decidido hacer algo.
- ¿Pero qué vais a hacer?
- Eso no te lo podemos decir ahora. Es un secreto que queremos guardar hasta el último momento. Pero no tengas preocupación que ya veréis todos como es una cosa buena.
- Viniendo de vosotros que no hacéis nada más que inventar trastadas, ya veremos.
- Tranquila mamá que ya somos responsables. Mira, para que lo sepas, te vamos a decir por qué monte iremos.
- Eso, porque luego os pasa algo y a ver por dónde os buscamos. Al monte se llega bajando por la senda. A veinte minutos de aquí, en el barranco grande de las madroñeras espesas, allí nos encontrarais.
- ¿Pero qué habéis inventado por aquel rincón?
- Cosas sin importancia, pero muy importantes para nosotros y al mismo tiempo, buenas.

Y es que por aquel rincón, todo el mundo en la aldea, sabía lo que en una ocasión lejana, había sucedido. Uno de los vecinos, andaba un día por las partes altas. Crecían por allí unos majoletos muy grandes y al hombre se acercó a coger un puñado de aquella fruta roja, cuando al pasar por allí, un día vio que estaban maduras. Se agarró a sus ramas y como el majuelo crecía al borde mismo de una gran pendiente rocosa, las piedras que pisó, se desprendieron. El hombre se resbaló y junto con las piedras, salió rodando ladera abajo.

Gritó desesperado pidiendo auxilio, pero como en estas profundidades de la sierra casi nunca hay nadie y aunque lo hubiese habido aquel día, nadie puede salvar al que rueda por una pendiente de estas, pues el hombre se precipitó al vacío sin remedio. Según bajaba por el calar, más piedras se iban desprendiendo y más ladera y monte caía detrás de él. El espectáculo, a demás de violento y brutal, era aterrador y cruel. Las piedras saltaban por los aires, la tierra se esparcía en nubes de polvo y los crujidos de las rocas al estallar, retumbaban en el barranco.

Por fin, al final de la caída, se amontonó todo quedando frenado entre los arbustos y las rocas del barranco. Poco a poco fue haciéndose el silencio y diez minutos después, ya no existía en aquella hondonada nada más que soledad, olor a piedras machacadas y gran silencio. Entre las piedras y el monte, el hombre había quedado todo roto, medio enterrado y sin hálito de vida.

Lo buscaron durante varios días y cuando al final lo encontraron, porque los buitres revoloteaban por el barranco, ya estaba mucho más que destrozado.
- Era amigo de la montaña y la montaña se lo ha tragado y al final se lo ha comido.
Dijeron algunos de los vecinos mientras otros lloraban desconsoladamente.
- Pero ya nada se puede hacer.
Decían los parientes intentando consolar y da ánimos.

Por esto, al recordar estas escenas, la madre de los niños aquel día se intranquilizó. ¿Quién le iba a decir a ella que no podía pasar algo parecido?
- Tú tranquila, mamá, que sabemos ser prudentes.
Le decían los niños.

Así que por la parte de arriba de la aldea se juntaron y en grupo se pusieron en marcha por la senda que baja, pero que al principio sube. Como si vinieran al

valle, pero para quedarse por aquellas cumbres. Varias navajas habían cogido ellos, un hocino y un hacha y con todos estos instrumentos, venían dispuestos a enfrentarse con los palos que buscaban. Al salir de uno de aquellos barrancos dejaron la senda y se metieron por una de las laderas más complicadas de estos contornos. Y como ya avanzaban sin camino, al mayor se le ocurrió una idea.
- ¿Qué es?
Le preguntaban los otros.
- Como tenemos que regresar luego por aquí, para dar exactamente con el paso que ahora estamos recorriendo, vamos a dejar señales. Es decir: vamos a jugar un juego que nos servirá para que luego no nos perdamos. De las ramas secas que vayamos encontrando, cortamos pequeños trozos y los dejamos clavados a cierta distancia. Al volver, sólo tendremos que seguir estas señales para regresar por el mismo sitio.
- Pues yo lo veo bien. Vamos a ponernos mano a la obra.

Así que mientras avanzaban por la ladera atravesando el espeso monte, se iban entreteniendo en cortar trozos de ramas secas que dejaban clavados no en la tierra, sino en las grietas de las rocas. Aquí un trozo, en el agujero de aquella piedra, otro.
- Todo es como si fuera un tesoro que ahora escondemos y luego tendremos que buscar.
- Un juego bonito que me gusta, pero yo quería decirte una cosa.
- ¿Qué es?
- Desde que cogimos esta senda, vengo pensando en lo que nos dijiste el otro día.
- ¿Lo del museo?
- Eso es. Decías que el collado de los robles Fuertes estaba por aquí.
- Y está por aquí. Dentro de un momento nos encontraremos con él.

- Si no me engaña mi intuición, por entre el monte, ya veo arriba trozos de cielo azul. Ese debe ser el collado.
- No te engaña tu intuición: ese es el collado. En cuanto terminemos de remontar la cuesta que recorremos, la senda, primero recorre un trozo de tierra fértil, por donde los árboles son más claros y luego comienza a volcar. Justo ahí está el collado. Ya viereis que asombro. Pura tierra es todo el suelo que en primavera se convierte en una primavera mágica.

En cuanto se vuelca, allí mismo, crecen los robles. ¿Que cómo son esos robles? Pues yo que los tengo vistos, digo que no hay otros en toda la sierra y creo que hasta en el mundo entero. Tremendos por los años que tienen, el color negro de sus troncos, la dimensión asombrosa que esos troncos tienen, las curvas que trazan desde las raíces hasta las copas y el bosque de ramas tan espeso y oscuro. Ni un rayo de sol llega al suelo de tan apretadas como están las hojas de esas ramas. Y lo que más asombra, es el manantial que brota allí mismo. Como si acaso hecho lo hubieran plantado en la tierrecilla y bajo las rocas de la primera pendiente del collado, mirando ya al valle del museo. Porque el agua de ese venero ya corre para el lado de donde se alza el sol.

- ¿Y allí es donde veremos el museo que tú dices?
- Allí mismo. Un poco más abajo de donde brota el venero, los robles son más grandes y crecen más espesos. La tierra se inclina y justo encima de la ondulación, hay unas rocas grandes. Unos castellones que tienen como una entrada, un sólo

camino pequeño y escondido y por él se mete uno entre las rocas, pasa unas grietas estrechas y se asoma a la ventana. Un agujero abierto en las misma rocas que no es obra de los hombres, sino del viento, la lluvia y el tiempo. Redondo, grande, como si fuera aquella la puerta a un mundo nuevo. Hasta da miedo asomarse al agujero. No porque tenga peligro, sino por lo que uno espera encontrarse al otro lado.

- ¿Y qué es lo que se encuentra al otro lado?
- Lo que yo siempre, y para mí sólo, he llamado el Museo. Un verdadero museo bello que al primer golpe te deja sin aliento.
- ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?
- Estoy hablando del museo que tiene su entrada por el collado de los robles Fuertes.
- Pues lo que a mí me han dicho, el verdadero museo lo van a poner en una casa grande que construirán en el valle, junto a las aguas del río Grande.
- Ves. Eres tú el que no sabe lo que se dice. Aquel museo, del que también yo tengo noticias, es otra cosa. Una simple casa de piedra hecha por los hombres, en un llano que le hicieron a la ladera y cuatro cosas dentro arrancadas a la fuerza y con dolor a estas sierras.

Cuatro cosas con letreros, puestas en marcos y entre cristales para que las personas que vienen de las ciudades, se imaginen un poco como son estas sierras. Aquello será un espacio ordenado para que la gente se ordene y entre en fila a ver los cuadros colgados, las piedras y los trozos de algunos pinos que han crecido por estos montes. A eso le llamarán ellos museo y ahí es a donde quieren que la gente acuda, como acuden las ovejas a la tiná cuando se les empuja.

- Pero entonces, tu mueso ¿cómo es y qué es?
- Lo vais a ver en cuanto lleguemos al collado. Y ya os lo he dicho: de tan vivo como se te presenta todo, tan sencillo dentro de su desorden y tan amplio, os quedareis sin aliento.
Coronaron ellos el collado, siguiendo la inclinación del terreno y al pisar las tierras llanas, de nuevo se les despertó el recuerdo.
- Mi padre me decía el otro día que por aquí, justo por estas tierras tan delicadas del collado, meterán la senda. Un camino nuevo, ancho y bien tallado en las rocas y el monte que bajará desde las cumbres del Banderillas atravesando estas laderas y bosques hasta el valle. Aquí precisamente, en las tierras de curvas suaves de este collado, me decía mi padre que la senda se dividirá. La que sigue bajando en busca del gran valle y otro ramalejo más pequeño que se vendría por entre los Robles Fuertes para hundirse luego en el misterioso mundo del museo mágico.
- ¿Y hasta dónde llegará esa senda?
- Según me ha dicho a mí mi padre, debería llegar hasta los cortijos que duermen en el barranco, pero que como ellos, los que mandan y dirigen, son así, a lo mejor la meten por las tierras bellas y la trasponen hasta el último confín de los arroyos y los ríos. Será una pena, según dice mi padre, porque romperán la virginidad de los paisajes que tan en silencio duermen ahora. Y ya estamos en la ventana de donde se ven las tierras del museo. Venid conmigo y veréis.

Por las llanas tierras del collado, los demás muchachos, se van siguiendo al mayor del grupo y ya en este momento se iban quedando asombrados.
- ¡Ostras qué robles!

Decían al encontrarse con los viejos robles que con sus raíces clavadas en las tierras suaves del collado, se inclinan hacia el barranco por donde duermen los cortijos.
- Vosotros decidme si yo no tenía razón. ¿Cuándo y dónde habéis visto árboles como estos?
- Tan retorcidos, tan gruesos, negros y de ramajes tan densos y verdes, en ningún sitio los hemos visto nunca.
- ¿De qué dan ganas?
- De todo. De abrazarlos, de tumbarse a sus sombras, de correr por entre ellos, de abrazarlos otra vez y sobre todo, dan ganas de venirse a vivir al fresco que bajo sus copas corre. Dan ganas de todo eso y además de quedarse aquí para siempre por lo sencillo, lo silencioso y lo mágico que resulta este collado y sus robles.
- Pues ahora seguimos un poco más u veréis.

Dejaron ellos la casi imperceptible senda de animales silvestres que venían siguiendo, se fueron por la pendiente que el collado configura en el lado que da a la gran montaña del Banderillas y volvieron a meterse por debajo de otro bosque de robles. Coronaron el puntal y saltando algunas rocas, se metieron por la raja del gran castellón.
- Esto parece un laberinto que por momentos se complica sin que se le vea el fin.
- Ya os lo he dicho: la ventana no es un lugar sin importancia. Tiene su personalidad y por eso no está en cualquier sitio.
- Pero es que parece que nos hemos metido en un mundo de sueños donde todo es lejanía y extrañas tierras desconocidas.
- Tranquilo que ya llegamos. Pasad por esta raja y luego saltad aquellas rocas. Vámonos ahora por aquí e ir preparando el cuerpo porque llega el momento de la gran emoción.

Al rodear una roca grande, la ventana se les presenta al frente y grandiosamente abierta al barranco.
- Aquí la tenéis.
Les dice el que ha ido guiando el grupo durante todo el tiempo.
- ¡Madre mía!
Exclaman asombrados casi todos al mismo tiempo.
- ¡Qué cosa más bonita!
- Yo, he visto asombros en mi vida cada vez que subí a las cumbres, pero como este, ninguno.
- Pues, sentaros y a gozar.
- Tú vente para acá que tendrás que explicarnos.
- Ya os lo he dicho antes: lo que desde aquí se contempla, yo lo llamo el gran museo y vosotros que lo estáis viendo ahora me podéis decir si tengo o no razón.
- La tienes sin discusión ninguna.

- Fijaros, si empezamos desde allí abajo, lo que se ve allá al final que es por donde se pierde el río, observad qué paisajes más bonitos tiene todo aquello. Un paisaje perdido en la lejanía, envuelto un poco en la bruma, con reflejos verdes y azules y por donde, al final del barranco, se va el río. Dicidme si ese rincón no es belleza todo lo que muestra.
- Vaya que si es belleza inmensa. Con sólo ese barranco brumoso por donde se pierde el río, ya sería suficiente para decir que esto es el mejor de todos los museos. ¿Y sabes lo que siento ahora que lo veo?

- ¿Qué sientes?
- Que sería mejor no ir nunca por allí.
- A ver, explicate.

- Tan misterios, tan perdido en la lejanía y envuelto por la bruma, se ve desde aquí esa profundidad de barranco, que parece que si uno va y lo recorre trazando caminos para tocarlo y pisarlo todo, ya no quedaría lo mismo. Siento como si precisamente la gran belleza de ese barranco final, estuviera en eso: en su lejanía, misterio y soledad. Precisamente porque da la impresión que por esos lugares no ha pasado nadie desde que mundo es mundo, es por lo que resulta tan sugerente.
- En eso tienes también razón. En cuanto ese barranco se empiece a llenar de gente y de caminos surcados de turistas, dejará de ser lo que ahora es. Para siempre perderá su atractivo principal.
- Es que tú lo miras y no te cansas. ¿Te imaginas las cascadas, los charcos y las aguas limpias que por allí el río llevará? ¿Te imaginas la de rocas llenas de musgo y cuevas con helechos que allí habrá? ¿Te imaginas los montes tan espesos y repletos de setas, flores y animales que por ese barranco puede haber?
- Me lo imagino todo, porque la visión que antes mis ojos tengo, me lo anuncia y mucho más.

En estos momentos ellos guardan silencio y sin palabras, a lo largo de un buen rato, recorren con sus miradas las profundidades de los barrancos y las cumbres. Oyen voces humanas y la mirar, lo ven. Por la pequeña senda que va desde el collado y luego cae hacia el barranco, descolgándose por el oeste del gran voladero, baja.
- ¿Quién es?
- Es uno de los vecinos que vive en los cortijos que se ve allí. Los pequeños cortijillos al comienzo de las grandes tierras que más que viviendas humanas, parecen lugares de descanso en una ruta de sueño que lleva por los reinos de las estrellas o más allá.
- Baja llevando su burro y fíjate: ha llegado a los poyos donde las rocas se abren en un gran tajo y se ha ido para el lado del collado ¿Por ahí va la senda?
- La senda bajo por ese lado. Dejando a la derecha los grandes voladeros, se mete en el barranco, cae directamente en cauce del arroyo y por un vado pequeño que el arroyo tiene al final de la gran cascada, lo cruza. Desde ese punto, remonta un poco y cruzando otro buen bosque de robles refugiados en la umbría, sube buscando los cortijos. Pero por ahí, un poco antes de que la senda cruce el arroyo, el hombre se parará. Siempre se para a descansar. Se sienta a la sombra que las rocas derraman por la hondonada y mientras recupera fuerzas y se encuentra consigo mismo, deja que su borriquillo paste tranquilo en la pradera verde que junto al cauce ahí.

Como por ahí se ha retenido un puñado de tierra buena y como se encuentra en lo hondo, donde la humedad también se concentra, la pradera siempre está verde. Aun en pleno verano, cuando ya por todos sitios se han secadas las hierbas, junto al vado de ese arroyo, la pradera se extiende verde. Siempre que pasa por aquí, como el borriquillo ya lo sabe, se aparta del camino y se pone a comer hierba fresca. Hay tanta y toda tan buena, que en un rato corto, el animal se sacia. Feliz el hombre lo contempla mientras ya te he dicho, también descansa, y luego lo vuelve a coger de su cabestro. Lo acerca a la pierda que hay junto al camino, se sube en su lomo y se meten por las aguas del arroyo cruzándolas por ese vado tan

bonito.

Parece poca cosa, pero es una escena que se repite siempre que pasa por aquí y como el hombre cree que no lo ve nadie, tranquilamente, una vez y otra, él repite la misma escena. Yo creo que también le debe gustar la profunda soledad de ese barranco, el agua que corre por la cascada y luego sigue bajando convertida primero en vado y después en torrente y el fresco que a la sombra de las rocas y los arrayanes, siempre se palpa.
- También algún día tendremos que venirnos por esa senda. Lo esperaremos y cuando se pare, lo saludaremos y luego le preguntaremos por los caminos que llevan a las profundidades de los misteriosos barrancos que estamos viendo. Porque también sería bonito irnos por esos barrancos a descubrir las cosas que ellos encierran.

- Primero tendremos que atravesar esta pequeña llanura que estáis viendo aquí más cerca de nosotros. Por ahí crecen las encinas y por ahí es donde las aves siempre se concentran para hacer sus nidos. Más al fondo ya veis los tejados de los cortijillos y luego más al fondo, es donde ya se concentra la sierra profunda. ¿Vosotros creéis que seremos capaces de andar por entre esos montes?
- ¿Por qué lo dices?
- Porque yo creo que si un día nos vamos por esos barrancos, por ellos nos quedaremos para siempre. De ahí no saldremos nunca. Al menos eso es lo que yo creo.
- A lo mejor es verdad, porque ya se ve que son como un mundo virgen por donde nunca nadie ha pasado. ¿Pero a que se siente el deseo de meterse por ellos y ver lo que encierra?

Aquella mañana ellos dejaron las rocas del gran castellón desde donde se asomaron a la ventana que da al mundo de la sierra profunda. Volvieron por sus mismos pasos hasta que llegaron otra vez a los robles fuertes. Buscaron la fuentecilla que brota bajo la piedra al final de la pequeña llanura del collado. Bebieron de su agua limpia y estaba ya dispuestos a irse para el barranco en busca de los palos que necesitaban cuando al mirar hacia la senda, los volvieron a ver.
- ¿Quiénes serán?
- Estos no van montado en burros sino en magníficos caballos.
- ¿Esperamos a que lleguen?
- Mejor es dejar que pasen sin que nos vean porque si vienen por aquí con algún proyecto, ya saves tú lo que son. Nos complicaran las vida.

Se apartaron al lado derecho del collado y por entre las madroñeras y los romeros se quedaron escondidos. Los nuevos caminantes pasaron por la senda de los robles montados en sus caballos, atravesaron por debajo de la gran sombra, se hundieron en el barranco y por una senda nueva, luego se perdieron por las laderas que conducen a la sierra profunda. No habían traspuesto las primeras cuerdas cuando de aquellos barrancos empezaron a salir explosiones.
- Ya sabes quienes eran y ya veis a qué vienen a estos rincones de las sierras: a estrenar sus buenos rifles matando todas las cabras y ciervos que por el monte pillen. Veis como ha sido mejor que no nos vieran.
- ¿Qué hubiera pasado?
- Si con ellos viene, el que me sé, seguro nos habrían echado de este monte. Les estorbamos para el proyecto que ellos hoy necesitan realizar por aquí.

- Pero es lo que decíamos antes: si por esos rincones de la sierra profunda que tú llamas museo, comienzan a entrar unos y otros y estos con sus rifles matando animales, lo estropearán todo.
- Eso será así, pero dime ¿quién tendría que decirle a estos que no deben venir por aquí con sus rifles a pegar tiros contra los animales? Y si alguien se lo dice ¿no se arriesga incluso a que le compliquen la vida? ¿No tienen el poder absoluto y hacen lo que quieren porque por encima de ellos ya nadie manda?

Volvieron de nuevo a su ruta y siguieron bajando hacia el barranco. Se fueron por la ladera y al socaire de las grandes rocas que se clavan en el lado que cae al arroyo, buscaron el bosque de las madroñeras. Lo encontraron y entre ellas hallaron las ramas secas que buscaban. Eligieron dos ramas que fueran apropiadas para lo que ellos querían y cuando las encontraron, le dieron un corte con el hacha.

Eran dos ramas gruesas como el brazo de una persona y aproximadamente de dos metros de larga cada una. Con las navajas que habían llevado, le quitaron la corteza, atusaron las otras ramas finas y cuando ya las tenían preparadas hicieron la prueba a ver si servían para el fin que ellos pretendían. Clavaron uno de los palos, el más recio y largo, en el suelo y luego cruzaron el otro en la parte alta. Lo amarraron con unas briznas de hierba y vieron que aquello quedaba bien.
- No sólo bien, sino perfecto.
- Primera parte del proyecto conseguido. Volvamos a la aldea y terminemos la obra.

Cargaron con las dos ramas secas de madroño y se pusieron en ruta con la intención de regresar. Por fin tenían ya sus dos preciosos palos rectos, secos a la sombra del bosque y por eso la madera estaba acastañada y dura como el acero.
- Ahora sólo nos queda remontar al collado y volver luego por los mismos pasos que hemos traído. Si no hay complicación en media hora estamos de vuelta en la aldea.

Y no tuvieron complicación. Una vez ya sobre las tierras del collado, volcaron hacia el barranco por donde corre el río, buscaron la ruta que habían recorrido horas entes, atravesaron el monte, salieron a la senda y por ella cuesta abajo, descendieron en busca del puntalete donde se alzaba la aldea. En media hora estuvieron sobre las rocas blancas que desde el puntal se asoman a las viviendas. En las misma tierras llanas que rodean las casas, por donde los vecinos tenían construida la era.

- El punto exacto es por aquí.
- Justo encimas de estas piedras.
- Pues ya la obra la tenemos que terminar.
- Mientras nosotros fraguamos la cruz, encargaron vosotros de hacer el agujero.
- El agujero está hecho en un periquete.

Y fue verdad. En un abrir y cerrar de ojos, entre varios abrieron el agujero. También los que construían la cruz la terminaron pronto y de seguida se pusieron a clavarla. La alzaron sobre el cerrillo, la introdujeron en el agujero, le echaron tierras y piedras apisonándolas para que se quedara firme y cuando la mañana concluía ya tenían levantada la cruz de madera sobre el cerro que domina el grueso de las casas de la aldea. Una preciosa cruz que abría sus brazos remontada

en el puntal como queriendo abrazar a todo cuanto por debajo de ella quedaba.

- Así, frente a las casas para que todo quede a sus pies.
Decían ellos. Luego se fueron a la aldea y ya les dijeron a sus familias que la obra estaba terminada.
- ¿Y cual es vuestra obra?
- Venid y veréis.
Fueron y cuando vieron, unos y otros se quedaron algo extrañados.
- ¿Qué es lo que con esta cruz queréis decir?
Le preguntaron algunos mayores.
- ¿No lo sabes?
- Sabemos que nos vamos. Hoy estamos, pero mañana ya no estaremos. Nos vamos de la aldea y aquí se quedará la tierra, las casas, los álamos y el manantial con sus aguas limpia.

- Pues eso: como todos nos vamos dejándonos aquí lo que más queremos, hemos puesto esta cruz para que se sepa que la ida no ha sido fácil. Bajo sus brazos se quedan nuestras alegrías y penas. De esta tierra que fue tan bonita para nosotros, nos arrancan a la fuerza y por eso queremos que quede constancia de nuestra presencia y el último sufrimiento por aquí.
- Vuestra ocurrencia ha sido curiosa. Habrá gente que no la entenderá, pero una cruz alzada sobre este monte, mirando a las casas donde vivimos, a más de uno le va a impresionar. Como si con ello quisiéramos decir que aquí se queda lo mejor de lo que cada uno tenemos. Y que como no hemos encontrado ni amparo ni consuelo entre las personas que han decidido sobre nosotros, hemos tenido que recurrir al cielo para refugiarnos en él. Esta cruz puede significa eso: que al cielo hemos recurrido y ahí derramamos nuestro dolor en este momento tan duro. Nos vamos porque nos empujan, nos echan, pero nuestras raíces y corazón, se queda aquí para siempre.

Sigues avanzando por la senda que remonta. Ya te has dejado atrás el ramal que por la izquierda se aparta de esta senda principal que recorres y se va hacia el barranco del arroyo Ruejo. No lo sabes, pero para ti, te vas diciendo que por lógica, la que fue aldea de Los Villares, tuvo que estar junto a un buen manantial de agua. Donde nace algún arroyo o fuente bastante importante. Te dices que además, habrá tierras buenas.

Remontas otra curva y mientras superas el desnivel comienzas a sentir la dificulta, la pesadez que supone subir hasta las terrazas de esta porción de tierra. Desde lo hondo del alma se te sube para arriba y al notar el latido del sentimiento, a tu recuerdo acude la escena. Es por aquí por donde el joven recogía el hato de su ganado y se guarecía en alguna covacha para comerse su humilde puchero de garbanzos y un trozo de pan que siempre compartía con su perro.

De entre todos aquellos días, uno se te presenta con toda su fuerza, como emergiendo al primer plano. Como si no hubiera muerto a pesar del tiempo y estas cumbres. Y la realidad de este primer plano tiene muy pocas cosas importantes. Las cuatro escenas cargada de monotonía, que cada día se repetían: el marco de los paisajes que siempre eran los mismos, la soledad envuelta en el profundo silencio, la sensación de altura sobre la cumbre, la compañía de sus animales y el pequeño perro. Un perro de “agua” que ayuda en las tareas del ganado, que da

compañía en cada momento porque es el mejor amigo, pero que ya el tiempo ha dejado sobre él la carga de los años. Con todas estas cosas menudas y tan pequeño el rincón, las vibraciones de su realidad, nada más remontar esta porción de tierra, a ti se te clavan en lo más hondo.

Quieres intuir que era un día espléndido. Un gran cielo azul, con algunas nubes blancas sueltas que se mecen sobre las cumbres del Calarejo y por las cimas del Banderillas. Un sol muy hermoso que viste de fuego las laderas de los montes. Y aunque la temperatura es fresquita, el día es espléndido.

Desde primeras horas de la mañana el joven ha dejado que su rebaño carea por las partes más altas. Por esos montes y praderas los animales han pastado durante todas estas primeras horas del día y ahora, cuando ya el sol se situa en lo más alto del cielo, como tantos otros días, los animales se vienen para las tierras medias donde siempre se recogen cuando el sol ya calienta. Por una covacha que el joven ya conoce, tiene él sus cuatro cosas. Una manta vieja, un montón de palos para hacer fuego, unas piedras alrededor de la lumbre y un puchero de barro donde, de vez en cuando, cuece algo de comida.

Era media mañana y cuando llegó a la covacha lo primero que hizo fue avivar las brasas que todavía quedaban y echar unos palos secos sobre ellas. Brotó primero un poco de humo y al rato las llamas surgieron. En el chorrillo del manantial que cae por la roca llena, de agua el pequeño puchero de barro. Echa dentro un puñado de garbanzos y sobre las piedras que rodean el fuego, al calor de las brasas, lo pone. Mira a su perro, entrañable compañero en las soledades de estos montes.
- No te preocupes que en cuanto estos garbanzos estén cocidos, nos los vamos a repartir. Te pondrás fuerte como siempre lo has estado, ya verás.
Le decía al animal. Este se ha tumbado cerca del fuego y con la tristeza brotándole por los ojos, lo miraba. No responde a las palabras del dueño, pero sí pare decir que a lo mejor ya no va a necesitar comerse los garbanzos.

Desde hace unos días, el pequeño perro que tanta compañía y tantas horas de soledades y días de lluvias ha compartido con el joven, ya no tiene la misma alegría. Camina por las veredas siguiendo a su dueño, pero lo hace con torpeza, como si no tuviera fuerzas, como si no deseara ir ya a ningún sitio ni tampoco quisiera acompañar más al joven. Cuando el muchacho le pide que recoja o vaya a por las ovejas o las cabras, el animal no obedeces. Triste mira al dueño, agacha la cabeza y como si dentro de sí tuviera un gran dolor, se tumba a los pies del joven y esconde el hocico entre las piernas.

- ¿Es que tienes hambre?
Le pregunta el joven. A cuyas palabras el animal no responde. O más bien responde acurrucándose junto al muchacho, con el rabo caído y las orejas lacias.
- Quizá te has enfadado conmigo porque te “renegué” el otro día. En fin, aquello no tenía importancia. No me gustó lo que hiciste, pero ya lo olvidé. Yo sigo siendo amigo tuyo. Sé que tú también te olvidas de las cosas. Ven aquí que vamos a hacer las paces para seguir siendo amigos.
Le sigue el joven diciendo a su amigo de tantos años.

Pero el amigo en esta ocasión, no reacciona como otras veces. No salta

juguetón mostrando la alegría al recibir las caricias. Es como si no tuviera ya gusto por las cosas menudas que cada día la vida, a través del joven, le ha regalado. Como si no pudiera obedecer las órdenes de su dueño o más bien, como si el dueño no comprendiera lo que ahora él está pasando. Por eso hoy, nada más llegar a la fría covacha abierta en la roca de la ladera, se tumba junto al dueño y pegado a las brasas de la lumbre. Sólo de vez en cuando mira, reaccionando a las palabras del muchacho, pero luego sigue tumbado sin ganas de nada.

Cuando una hora más tarde el joven cree que los garbanzos del puchero están cocidos, los retira de la lumbre. Sobre la poza tallada en la roca, vuelca la mitad y llama a su amigo el perro para que venga a comerse la ración que le toca.
- Aquí tienes ya tu comida. Está calentita. Ven y verás como el ánimo vuelve a tu cuerpo. Venga, come.
Le sigue pidiendo al perro que medio dormita cerca de la lumbre. Abre los ojos, y sin moverse, los vuelve a cerrar. “No quiero comer. No puedo comer. Tengo hambre, pero no puedo comer porque ni fuerzas para eso tengo”. Parece que el animal dice desde sus miradas tristes.
- Entonces ¿qué quieres?
Le pregunta el dueño. “Morir. Ha llegado mi hora, como a todo le llega la hora en este mundo y en estos momentos sólo deseo eso: morir. Déjame en paz y perdona. No estoy enfadado contigo ni tampoco tengo ningún disgusto por otras cosas. Sólo tengo mucho cansancio en mi cuerpo y eso es porque los años ya me pesan. Deja que muera en paz, aquí en tu compañía, el calor de esta lumbre, al cobijo de nuestra covacha. Ya sabes que los perros también morimos. También los perros nos cansamos de las cosas de esta tierra y morimos para siempre aunque a vosotros, los humanos, algunas veces no os guste”.
- Pero ¿y me dejas solo?

“Tú mejor que nadie, deberías saber que las cosas son así. Yo me voy y ya nunca más podré seguirte por las sendas de estas montañas. Sólo no te quedarás, pero mi compañía ya no la sentirás cuando vayas por los montes ni cuando bebas aguas en los chorrillos de las peñas. ¿Qué puedo hacer yo o qué puedes hacer tú para que las cosas no sean así? Bien sabes que no se puede hacer nada y por eso es mejor que lo aceptes. Hemos sido buenos compañeros a lo largo de todos estos años, pero a partir de ahora se acaba todo. Déjame morir en paz y si puedes, recuérdame alguna vez. Creo que fui tu fiel amigo y bien sabes cuántas y largas horas compartimos juntos”.

Estas y otras muchas palabras pareció el joven entender que le decía el animal. Y luego lo vio morirse. Allí mismo. Tal como estaba acostado frente a las brasas de la lumbre que ardía despacio, se fue muriendo. Dejó de mirarlo con aquellas miradas tristes que a la vez eran dulces y dejó de mover la cabeza para ver si su dueño se levantaban o se iban para donde estaba el hato de los animales. Allí mismo, junto al fuego dorado que ardía a la sombra de la covacha, dejó de respirar y de ser el compañero fiel de aquel joven.

Cuando el muchacho se dio cuenta de la verdad del momento, quieto se quedó allí junto al animal unos minutos. Luego se levantó, lo arrastró hacia el lado de abajo de la cueva, cavó un hoyo entre las rocas blancas que a los pies de la covacha se desmoronaba y allí puso a su amigo. Lo cubrió primero con un poco de monte, le echó tierra encima y al final lo recubrió todo con los trozos de roca que de la pared,

cada invierno se desprendían. Se volvió luego a su cueva y allí se quedó junto a fuego. Cuando pasó un rato se comió su puchero de garbanos y mientras iba tragando sus bocados no dejaba de pensar que a partir de aquel momento, las cosas iban a ser distintas para él en las laderas de estas sierras.

Cuando al caer la tarde o al día siguiente se fuera por el monte con su ganado, algo le iba a faltar a su lado. Algo iba a ser nuevo al recorrer las sendas y sobre todo, en los momentos en que se sentaba sobre las rocas más altas de los picos y se ponía a contemplar la lejanía de los paisajes. Ya no compartiría más con su perro el trozo de pan de cada día ni su puchero de garbanzos.

Tu senda sigue subiendo y en una de las curvas que viene para el barranco en que corre el río Borosa, te quedas fijo en las laderas de enfrente. Las que quedan al otro lado del cauce y caen desde la Cuerda de la Carrasca. Te paras y miras despacio por que te llama la atención la senda que por ahí se ve cruzar. Con toda claridad se ve arrancar desde el arroyo de las Truchas y subir hacia el morro de la cuerda.

No hay duda: esta es la senda que ellos recorrían cuando aquel día la corriente les arrebató las cosas que transportaba. Desde este lado se ven mejor que desde cualquier otro sito. Sube o baja hasta el cauce del arroyo, surca la ladera de la cuerda y luego se ve como se pierde por la espesura del monte cayendo hacia la vertiente del rio grande. Por las vegas de esas llanuras era por donde buscaba cruzar el Río Grande y luego ya se iba hacia un lado y otro al encuentro de los cortijos.

Desde este lado del Borosa, se ve estupendamente y te dices que es una senda preciosa. También te felicita porque hasta hoy, este viejo camino serrano que como tantos otros se pierde en las profundidades de la gran sierra, no se lo han enseñado a los turistas. Hasta hoy nadie lo anuncia en las guías. Nadie lo incluye en sus ofertas de rutas para captar turistas. Parece extraño, pero en estos momentos, así es.

Pasa igual que con esta otra senda que tu recorres ahora mismo. Tampoco nadie la tiene incluida en su paquete de ofertas, como ellos dicen. Ya has remontado mucho y después de ocho o diez curvas, vas ahora otra vez en la dirección del barranco del Borosa. Pero sin dejar de subir. Y lo que vas comprobando es que si no fuera por la senda, por esta ladera sería imposible andar. La vegetación es de lo más espesa. Esta zona, en los planos que los técnicos tienen con las parcelas y los nombres de los montes ordenados, lo tienen bautizado con el nombre de “Malezas de Santiago”. Y está claro: pisas tierras del término de Santiago de la Espada.

Vas remontando la senda. Aparece un gran filón de rocas y ello viene a confirmate lo que ya al principio intuías: la senda fue talla en la pura roca. Y además, con mucha perfección. Los serranos por si solos, nunca no hubieran podido hacer esta obra. Ni tenían medios ni se organizaban ellos para llevar a cabo un proyecto tan regular. Fue perfectamente planeada, organizada y tallada y por lo que puedes observar, la senda tiene como un metro o así de ancha.

Remontas el primer pequeño collado y junto al pino negral, te paras. Es un ejemplar grande, torcido un poco hacia el barranco del río como si quisiera asomarse para verlo correr. No lo ve porque desde este punto queda tapado por el monte y las repisas rocosas que surgen por aquí y allá, a lo largo de toda la ladera. Se le oye un poco, pero cada vez más lejos. La senda que remonta, no lo abandona, pero si sube alejandose cada vez más como en un juego de bosques. Como si quisiera explorar las cumbres desde donde las nieves y las aguas han ido cayendo, a los arroyos primero, después a los manantiales y luego al bello río.

Junto al tronco del pino te paras y mientras respiras el fresco aire que desde el barranco sube te refugia bajo el paraguas para que la lluvia que sigue cayendo, no te empape. Miras y ves que no termina aquí la senda. Parece detenerse, un breve instante, sobre la leve llanura del collado y luego sigue subiendo. Por el mismo filo de la cumbre que se alarga buscando al Calarejos, se va la senda. Miras y a través del leve y monótono crujido de las gotas de agua, te parece oír sus pasos.

Es el joven que camina, no subiendo ni bajando, sino detrás de su rebaño. Uno más de tantos días a lo largo del invierno, pisando la blanca y también fría capa de nieve y en algunos sitio, el hielo. A cada paso que da sus pies se hunden en la nieve y su calzado, que no son zapatos ni botas sino esparteñas, se llena de copos blancos. El pie lo trae casi al descubierto y por los lados, de las sandalias cuelgan trozos de hielo.
- Parate un rato junto a esta roca, coge una piedra de estas que por aquí ruedan sueltas y golpea esas esparteñas tuyas.
Le dices distraído, sin ni siquiera caer en la cuenta que no puede oirte ni verte porque os encontráis muy separados en el tiempo. No puedes tocarlo ni verlo, pero tú sabes que existe una dimensión donde sí es posible encontrarse y hablar aunque la distancia sea grande en el tiempo. Por eso oyes que te dice:
- ¿Y de qué me sirve quitarme con una piedra el hielo que se ha cuajado en estas viejas esparteñas mías?
- Tendrás menos frío en los pies.
- El frío es el mismo. Aunque me quite el hielo y me sacuda la nieve, mis pies seguirán helados.
- ¿Pero tú te has dado cuenta de la nieve que hay y cómo llevas los pies? ¿Sólo con unas simple sandalias de esparto, tejidas por ti mismo?

- Me he dado cuenta mejor que tú, porque lo estoy sufriendo.
- ¿Y hasta donde llega tu sufrimiento? Porque según estoy viendo, no debe ser pequeño ¿o es que estás ya acostumbrado?
- A estas cosas uno no se acostumbra nunca. Uno aguanta y aunque duela, aguanta porque no existe otra salida.
- Pero si al menos tuvieras calcetines, de algo te servirían.
- ¿Tú quieres ver cómo tengo los pies?
- Si es para que haga algo por ti, no quiero verlo. Sufro viendo lo que tienes que soportar y el sufrimiento que en silencio llevas dentro, pero no puedo hacer nada por ti y aunque pudiera, no sé cómo.
- Tú tranquilo. No tienes obligación de hacer nada por mí. Pero para que lo sepas te voy a enseñar mis pies.

Junto a la roca del pino en que te has parado, el joven se sienta. Con una piedra se rompe el hielo que alrededor de las esparteñas, lleva. Desata el cordón

que sujeta las sandalias a los pies y se las quita. Se deslía unos trapos y comienza a aparecer la carne viva. Por los tobillos y la parte de arriba, unas grandes heridas rojas que sangran y por los dedos, más trapos líados.
- Estás viendo.
- Estoy viendo y no lo creo. ¿Cómo es posible que con esas heridas puedas andar por esta nieve y aguantar tanto dolor?
- Ya te lo he dicho. No tengo otro cimino.
- ¿Y los dedos tan liados en trapos?
- Congelados los tengo y por eso ni los siento. No te los enseño porque si me quito las vendas que llevo, con ellas salen los trozos de carne pegados.
- Creo que un día tendrán que cortarte los pies. Tantas heridas y tanta congelación te los dejarán inservibles para siempre.

- Eso es lo que tú crees, pero no será así. Cuando llego por la noche a mi casa en la aldea, siempre mi madre me tiene preparado una gran olla con agua caliente. Eso me alivia. Luego me siento frente al fuego y con el calorcito de la lumbre, todo vuelve a la normalidad aunque al día siguiente tenga que echarme otra vez al monte para darle caro a los animales por estas laderas. Pero en fin, el invierno siempre se pasa y como ya estamos acostumbrados a luchar con la nieve, aunque sea duro, lo soportamos.

Sereno, si quejarse ni una chispa de las heridas que en los pies le sangran, se vuelve a poner sus esparteñas. Se las ata y se despide de ti.
- Tengo que seguir con mi ganado porque ya ves que se me pierden por el monte. Si en otro momento nos vemos, volveremos a charlar.
- Pero antes de irte quería preguntarte algo.
- ¿Qué quieres?
- ¿Por qué los pastores de estas sierras ahora, le tenéis miedo a la civilización, a los tiempos modernos?
- ¿Eso es lo que a ti te han dicho?
- Esto es lo que a mí me han dicho.
- Pues te han equivocado.
- Ponme un ejemplo para que lo vea.
- Es sencillo y está claro. Ven para acá.

Se muevo un poco hacia lo alto del puntal y tú lo sigues. Se para y mira al barranco del gran río Borosa.
- Observa, ahí frente a ti lo tienes.
Miras y como frente a ti sólo ves laderas pobladas de monte y por entre él y ellas, los arroyos corriendo, le dices:
- Tendrás que explicarme porque no veo lo que tú quieres que vea. ¿Qué hay ahí?
- Si esperas un poco y miras despacio, verás a muchas personas sentadas. Cientos de personas sentadas sobre esas laderas contemplando el espectáculo.
- Sigo sin ver y sin entender. ¿Qué espectáculo es ese?
- Dentro de poco, esa gran ladera que vuelca al río Borosa y que tan poblada de monte y surcada de arroyos ves ahora mismo, ya no será lo que es.
- ¿Y qué será?
- Como un gran asiento, como un enorme graderío que prepararán bien para que los grupos de personas se puedan sentar.
- ¿Y eso para qué será?

- Han visto que es bonito este río, han visto que tiene cascadas muy hermosas, han visto que está cuajado de silencios muy limpios. Han visto que estas cosas gustan a los turistas y se dan cuenta que a ello le sacan dinero. Dentro de poco, ya muchos están soñando y haciendo planes, abrirán carreteras, construirán llanuras para que aparquen los coches, levantarán miradores y junto a ellos, asientos y gradas. Harán mucha propaganda y en masa, dejarán que los turistas llenen todas esas laderas. Los sentarán mirando hacia el Calarejo y hacia el río y los dejarán que se embelesen. Les dirán que por las cascadas y los charcos del río Borosa, en otros tiempos nadaban las nutrias, anidaban las lavanderas cascadeñas y los mirlos acuáticos.

Les dirán que por estos montes que ahora mismo pisamos tú y yo, vivían pastores que se pasaban el día siguiendo a sus rebaños y que en invierno, andaban por encima de las nieves con sólo unas esparteñas y los pies llenos de heridas y envuelto por los trozos de hielo. Les dirán que por aquí vivíamos nosotros refugiados en las covachas y comiendo requesón de cabra con pan duro y entonces ellos, la gran masa de turistas, les preguntarán:

"¿Y no habéis guardado en el mueso algunos de esos antiguos pastores?" Les dirán que no y ellos responderán: "Pues es una pena, porque un pastor de esos es todo una gran pieza de mueso. Ya no hay en estas sierras serranos como aquellos y nos gustaría verlos, tocarlos, charlar con ellos". "Pues no os preocupeis que a lo mejor se puede hacer algo". Les responderán ellos. "Vosotros sois los que mandaís. Sois los que venis a estas sierras a dejar dinero y por eso os damos todo aquellos que pidais. Si lo que ahora quereis ver son pastores de aquellos tiempos con sus antiparras y sus esparteñas pisando hielo y nieve por entre estos montes, no preocuparos que ya veréis como rescataremos alguno del pasado. Hablaremos con él. Le diremos que ganará mucho dinero y que será una vida mucho más cómoda y divertida que la de guardar cabras por las montañas y ya vereis como dice que sí.

Lo convertiremos en una pieza de mueso para que todos vosotros, cómodamente sentados en los asientos y miradores que hemos puesto por estas laderas, podais gozar de las bellezas raras de aquellos tiempos. Pero además, lo vamos a hacer bien. Le diremos al pastor, pieza única y verdadera de museo, que se vista como en aquellos tiempos. Que se ponga sus esparteñas, que se eche a andar por las verdaderas sendas de aquellos viejas y que cuide a sus ovejas tal como lo hacía antes.

Así todo será más real, más vivo, más emocionante. Un pastor en vivo que camino por los montes de siempre con sus cabras de siempre, pero ahora como en una obra de teatro: representando una función para que vosotros os lo paseis bien. Para que veais que en estas sierras de nuestro Parque Natural, pensamos en vosotros para que no os falte de nada. Vosotros sois los que mandais porque pagais y eso es lo que hay que cuidar. No preocuparos que ya veréis como arreglamos esto del pastor.

También vamos a procurar que cuando el pastor se mueva por este río, lo cruce andando por los vados que antes lo cruzaba, que se bañe en los charcos de agua limpia en que siempre se baño e incluso que pesque truchas y nutrias lo mismo que lo hacía en aquellos tiempos. Veréis vosotros qué cosas más bonitas

y qué tradiciones más originales vamos a rescatar de estas sierras. Como el pastor siempre fue persona de poca cultura y no muy sabio, en cuanto le demos dinero, se pondrá a nuestra disposición para todo lo que de él queramos. Manejar a un pastor, es lo más fácil del mundo. Así que tranquilos porque no pasará mucho tiempo sin que tengamos montado por aquí todos los espectáculos que vosotros estáis pidiendo".

Estas y otras cosas les dirán ellos y no crees que será una broma. Se pondrán mano a la obra y en un abrir y cerrar de ojos, la sierra entera y este río con sus barrancos y laderas, más, será un puro espectáculo. Turistas por aquí, turistas por allí, hoteles que ofrecen y venden hasta jabalíes domesticados que bajan de las montañas a comer en presencia de los turistas. En fin, será para verlo y no para contarlo.
- Y si eso que me cuentas se hace real y a ti te piden que colabores en forma de actor representando esos teatros ¿qué harás tú?

- Claro lo tengo y rabia dentro de mí también llevo: no me venderé. No me doblegará a ninguno de esos montajes y menos por dinero.
- Pero un pastor nunca ha sido rebelde. Tú solo contra tantos y contra la corriente que tan fuerte arrastra ¿qué podrás hacer?
- No me importa lo que pueda hacer. Actuaré como siempre he actuado en mi vida: en armonía con mi conciencia y de acuerdo conmigo mismo. No me dejaré arrastrar ni comprar por ninguno de ellos y menos aún estaré de acuerdo con las cosas que no sean buenas para estas sierras por más que me digan que los turistas dejan dinero y crean puestos de trabajo.
- Pues ya verás como te quitarán las ovejas, te derribarán la casa o cueva donde vives y hasta te prohibirán que andes por este monte. Ya verás como te machacarán tanto que hasta te sentirás mal contigo mismo.
- No me importa. Lo que vaya contra mi conciencia, jamás nadie nunca podrá obligarme a que lo acepte.

Y además, tengo pensado lo que voy a hacer para protestar contra las cosas que ellos quieren meter en estas sierras.
- ¿Y qué harás?
- Me iré a la carretera por donde pasan los turistas. Plantaré allí mismo una tienda para meterme por las noches y me pondré en huelga de hambre. Escribiré un letrero que diga: "Estoy en contra del destrozo que en mis sierran están haciendo. Soy un rebelde que no se somete a lo que ellos han decidido y por eso me he puesto en huelga de hambre. Llevaré esta postura mía hasta sus últimas consecuencias. Si es necesario moriré para que así, alguien en estas sierra sea valiente de una vez, y con todas las consecuencias, se oponga a lo que interesadamente los otros se empeñan en implantar en estas sierras. Soy unn rebelde en huega de hambre que está dispuesto a morir antes que consentir".

- Pero eso será una actitud trágica que te hará sufrir mucho y más aún porque seguramente te encontrarás solo. Quizá todo el mundo se ponga en contra tuya y fíjate tú lo que eso es: muerto de hambre, sin un amigo que te apoye y además en estos lugares. Te lo aseguro, vivirás un calvario.
- Eso ya lo sé y todavía habrá otras cosas que agravarán más esta actitud mía: nunca por aquí un pastor se puso a defender las tierras donde nació con la valentía en que yo lo pienso hacer.

- Bueno, en esto no te doy la razón. Las noticias que tengo, me dicen lo contario: si alguien en alguna ocasión defendió estas sierras oponiéndose con fuerza, fueron los pastores de estas montañas. La historia está plagada de luchas de pastores en defensa de estos montes. Tú sabes que algunos hasta han muerto en la cárcel y otros han muerto de tristeza recluidos en las casas de esos pueblos de colonización que le dieron. Los más valiente en estos montes, siempre habéis sido los pastores. ¡Ay que ver qué cosa!

- Pero lo mío será distinto. Mi enfado contra ellos no será sólo porque me quiten las ovejas y me derriben la cueva donde vivo. Será porque en principio no estoy de acuerdo en cómo están haciendo las cosas en el conjunto de estas sierras. Aunque como dices, me encuentre solo en esta lucha, tú imagínate qué profundo placer tendré dentro de mí cuando en mi conciencia sienta que no soy el borrego que son ellos. Que tengo la verdad en mis manos y que muero por ella antes que bajarme los pantalones y convertirme en pelele como tantos ahora por aquí. Ni siquiera esclavo del dinero aunque creo que más de uno vendrá a escondidas a ver si me pueden comprar.
- Eso es lo que te iba a decir: que te prepares porque la lucha será tremenda. Primero te ignorarán, te dirán que un pastor tiene poca importancia y cuando luego empieces a salir en los periódicos, más de uno vendrá a ti para convencerte con los más extraños artilugios y argumentos.

- En fin, ya me tengo que ir. Me has pedido que me pare contigo para que respondiera a algunas de estas cosas que a ti te interesa, y lo he hecho. No sé si bien o mal o como tú querías o no. Te he dicho lo que ahora mismo siento y a mi manera y si no te convence ni estás de acuerdo, lo siento. No sé si los otros pastores de estas sierras piensan y son como yo. Tampoco me interesa mucho. Soy lo que soy y pienso y siento lo que ya sabes. Si nos vemos en otro momento seguramente tendremos la oportunidad de hablar de otras cosas. Ahora me voy porque además, como los animales se empiezan a recoger bajo las paredes rocosas de las partes altas, en la covacha que allí tengo, me voy a refugiar y lo primero que haré, es encender una lumbre. Me sentaré junto a ella a ver si me caliento un poco estos pies y estas manos mías porque sino cualquier día de estos me moriré de frío. Hasta otro momento y que tengas un feliz recorrido por estos lugares. Aunque me encuentre al otro lado del tiempo, te felicito porque un poco estoy de parte tuya.

Le dices que lo comprendes y lo ves alejarse. Sube delante de ti recorriendo la misma senda y mientras lo ves irse, te sigue extrañando lo de siempre. Su alegría. A pesar de tanta dureza y tanta privación, a pesar de esos pobres zapatos de esparto que no quitan ni el frío y esos tan raros pantalones anchos, remendados y descoloridos, él lleva dentro de sí mucha alegría. Es feliz y se comporta como si entre estos montes tan llenos de nieve e hielos, tuviera su tesoro. Su gran tesoro que hoy por hoy, todavía ni sabes dónde se esconde ni cómo es.

A la llegada del collado, en tu ruta hoy por esta senda que se pierde en las profundidades de la sierra, te agarra las otra sierras. La sierra, pero es la otra. La que a lo lejos se observa desde aquí. Se abre una gran vista que es preciosa. Al frente, las amplia Sierra de Las Villas con Peña Corba, Blanquillo, los Hermanillos, Almagreros con los cientos de laderas, barrancos y picos que hacia este lado del río Grande, vierte esa larga cordillera. Sobre la loma, en las zonas bajas del valle,

se ve el hotel, los olivares que le rodean y toda la ladera hacia Coto Ríos. Una vista grande y bonita la que desde este collado se abre.

En este collado, la senda se asoma al arroyo y ves, por la ladera de enfrente, otra senda que sube. Es este el cauce que se funde con el río por donde la fuente rota, mana. Seguro que esa senda sube a los cortijos del barranco. Puede que también sea la que recorrió el joven cuando buscaba la cascada del pastor. Desde aquí se ve bien lo grande que es este barranco. Muy hondo, lleno de espeso monte verde y largo.
Sientes ruidos y miras. Por la senda que remontas y del lado en que hace un rato ha desaparecido el joven pisando nieve, baja. Bueno, no trae ningún letrero diciendo que es, pero a ese grupo tú lo unes enseguida por la presentación: baja montado en una de esas bicicletas que por el valle alquilan y viene destrozado. Los colores de sus vestimentas son llamativos y por todos sitios le cuelgan cantimploras y botes de bebidas energéticas. Las señales no pueden ser más claras.

Atropelladamente se te acerca y ya que lo tienes delante, para su bicicleta, se baja y te pregunta:
- ¿Usted sabe arreglar una bicicleta?
- ¿Qué le pasa a tu bicicleta?
- Se me ha pinchado la rueda.
- Pues eso se desmonta, se cogen parches para los pinchazos, que debes llevar de repuesto, se infla la rueda, se busca el pinchado en la recamara y se le pega un parche.
- Es que ese es el caso: que no llevo parches de repuesto.
- Pero en estos montes ¿a quién se le ocurre?
- Yo que sabía.
- ¿Y bombín para inflarla?
- Tampoco llevo.
- Entonces, no sé cómo vas a solucionar lo de tu pinchazo.
- A mi se me ocurre una cosa.

- Ya sé lo que se te ocurre.
- ¿Qué es?
- Que tendrás que cargar con la bicicleta a cuestas hasta tu destino.
- Lo que a mi se me ocurre no es eso. Yo he pensado que si desmonto la rueda, le quito la cubierta y también la recámara y en su lugar, es decir de recámara, le pongo trapos y luego encima la cubierta, podré seguir rodando por este camino. Luego cuando llegue al mi destino, que la arregle el dueño que para eso es suya. ¿Qué te parece?
- Una barbaridad.
- ¿Por qué te parece una barbaridad?
- ¿Cómo vas a arreglar la rueda de una bicicleta con trapos en la recámara?
- ¿Y por qué no?
- Mira, si luego te subes y como dices sigues bajando por este camino, con tantas piedras y tanto monte como por aquí hay, harás polvo también la cubierta y la llanta de esa rueda. Los trapos que tú dices le vas a poner, se machacarán contra las piedras y todas las gomas. ¿Quién ha visto nunca arreglar un pinchazo de una bicicleta liando trapos en la recámara?
- Para salir de apuros, puede servir. Tú ven para acá y me ayudas a desmontarla. Luego yo me encargaré de sacar la cubierta, la recámara y de liar los trapos ahí por

dentro.

Le vas a decir que no participas en un proyecto tan tonto como ese, cuando en estos momentos, del lado del barranco del arroyo, comienzan a llegar al camino, ovejas y cabras. Enseguida adivinas que no vienen de careo sino de camino. Es un hato grande que llevan por estas tierras hacia algún lugar de la sierra. Estás observando viendo como remontan hasta la senda y observas también al turista con su bicicleta cuando hasta el camino llega una niña pequeña. Os saluda y se te queda mirando.
- ¿Qué, vienes con las cabras?
Le preguntas.
- Voy con mi familia que llevan las cabras a otro lugar de la sierra. ¿Qué le ha pasado a este hombre? Pregunta la pequeña mirando al de la bicicleta.
- Una tragedia, muchacha, y no sé cómo salir de ella.
- ¿Se le ha roto la bicicleta?
- No me hables, porque iba a ponerme a arreglarla, pero ahora con tanto animal por aquí llenando el camino, me van esturrear tanto las piezas de esta bicicleta como las herramientas que saque.

Desde el lado del barranco suben dos muchachos más y detrás de ellos el padre. Traen del cabestro un mulo con las aguaderas puestas y éstas llenas de bultos.
- Muy buenas, señores.
Os dice al llegar. Le respondes y el de la bicicleta también y estás mirando a la otra muchacha que aparece por el fondo cuando el hombre, dirigiéndose al de la bicicleta, pregunta:
- ¿Usted ha cruzado hace un rato por el vado del arroyo?
- ¿Se refiera a ese arroyo donde el camino se mete en el agua y hay mucha hierba a los lados?
- Sí, a ese lugar y arroyo me refiero.
- Pues sí. Por ahí he cruzado hace un rato ¿Por qué?
- Porque me ha espantao a todos los animales. ¿No se dio cuenta que estaban por allí careando?
- Yo he visto muchas cabras y ovejas, pero tenía que seguir por el camino para recorrer la ruta que llevaba ¿Y qué iba a hacer?
- En fin, no ha pasado nada, pero lo animales estaban tranquilos aprovechando esa hierba fresca que junto a la corriente crece y como se han espantado al verlo a usted ya se me han ido por el monte. Vamos de verea y claro: hay que aprovechar que el ganao coma un poco en aquellos sitios en que hay algún alimento.

- Eso le iba a preguntar ¿a dónde van por aquí en estas épocas del año?
Le preguntas tú.
- Ya lo he dicho antes: de verea. Bajamos a las tierras del valle donde el invierno es más suave hasta que pasen las nevadas de estas cumbres y luego en la primavera volvamos a las tierras altas.
- ¡Qué curioso! ¿verdad?
Exclamas tú.
- ¿Por qué es curioso?
Te pregunta el pastor.
- No si lo decía por lo raro que es ahora ya ver rebaños de ovejas por estos lugares y más raro aún, verlas de verea y con la familia entera acompañando. Porque el

mulo cargado y estos jóvenes, pienso que es el hato y la familia que también se muda.
- Exactamente. Como estaremos todo el invierno fuera de nuestras tierras, la familia entera también se muda con migo y los animales. Estos son mis hijos que se han venido conmigo. La mujer y las otras pequeñas, luego vendrán por la carretera.

Una de las niñas, la pequeña del grupo que también es la primera que ha llegado hasta vuestra presencia, sigue interesada en lo de la bicicleta y el hombre. Pero ahora te mira y te pregunta:
- ¿Y tú a dónde vas?
- Si tu padre me orienta, ahora le voy a preguntar por aquel camino que habéis recorrido vosotros. Quizá vaya a ese lugar.
Al oirte el padre, te dice:
- Pues ese camino va a las cumbres misteriosas. Al lugar más bello del mundo que se encuentra perdido detrás de aquel gran pico de rocas.
- ¿Y se puede andar por ahí?
- Se puede ir, pero andando en un sólo día, es mucho terreno.

Por el lado izquierdo, los animales se mueven hacia el barranco. Por el lado derecho, el que da al río, el de la bicicleta mira y dice:
- Ya sé lo que voy a hacer.
- ¿Qué vas a hacer?
Le pregunta la niña.
- Me echaré esta máquina a cuestas y me iré por esta ladera derecho al río. Sé que por ahí va una pista. En cuanto legue a ella, me montaré en la bicicleta y ya estaré salvado. Por la pista iré más cómodo y si la rueda esta que acaba de romper, que se fastidie. Ya la arreglará el que tenga que arraglarla. Así que esto es lo que voy a hacer ahora mismo.
El pastor se le queda mirando y le pregunta:
- ¿Pero tú conoces esta ladera cayendo de aquí hacia el río?
- Sé que si me tiro por ella, llegó al río y como todo es cuesta abajo, por mucho monte que me encuentre, lo cruzaré. Soy joven y estoy fuerte.
- A ti lo que te pasa es que estás loco.
- ¿Por qué dice eso?

- Sin conocer el monte y los peligros que el monte tiene, te vas a ir por él a la buena de Dios. ¿Tú sabes el infierno que es esta ladera? Ni los animales la pueden recorrer por muchos sitios de tantas paredes rocosas y tantas lanchas como tiene. Es verdad que en lo hondo está el río y que por allí ahora va una pista, pero ni aunque fueras pájaro cruzarías sin problemas gordos esta ladera en línea recta hasta el barranco. ¡Si yo te contara lo que una vez me ocurrió a mí en esta ladera, ya te pensarías un poco lo que acabas de decir.
- ¿Y qué le ocurrió?
- Es muy largo y no tengo tanto tiempo porque los animales necesitan que se les atienda, pero muy resumido te diré que aquel día nos metimos en el peligro más grande que en mi vida me he metido. Nos encontramos acorralados al borde mismo de las aguas del río y nos salvamos gracias a que nos caímos rodando a los grandes charcos del río. Por pocas nos matamos antes de llegar al final y por pocas nos ahogamos luego en los charcos y en la corriente. Aquello fue pa contarlo y no vivirlo

Menos mal que apareció por allí un amigo mío, viejo serrano y nos echó una mano para salir que si no, ahora mismo no lo estaría contando. Los dos que nos habíamos caído a los charcos, salimos río abajo dando tumbos por la corriente y chocando con las rocas del río y cuando por fin nos pudimos agarrar y pegarnos a la orilla, estábamos más muertos que vivos. Todo el cuerpo roto de tantísimos golpes y helados por el agua fría de la corriente. Ya te digo: aquello fue un milagro. Los otros, se salvaron saliendo monte arriba hasta encontrar la senda y remontar por encima de los volaeros. Así que se te metes por esta ladera, tú verás lo que haces, pero avisa primero a quién sea para que venga a rescatarte. Te matarás por ahí antes de llegar al río.

La niña pequeña, ya se ha ido por la senda que baja y detrás le siguen los hermanos. Ella dice que va a ver si recoger algunos madroños para llevárselo luego a su madre y como el hermano mayor sí sabe por donde crecen las buenas madroñeras, la ha cogido de la mano y se la lleva. El pastor también se va porque su ganado avanza rumbo hacia el valle. Tú despides al de la bicicleta y le deseas suerte en su aventura por estos montes. Miras por última vez a las ovejas que ya han cruzado por delante de ti y descienden puntal abajo y te pones en marcha. La senda sigue subiendo y aunque ahora el día se ha abierto un poco, por lo alto las nubes se amontonan.

Por encima del Picón del Haza se ve la Sierra de la Cabrilla, con nieve. Las cumbres del Banderillas aún no se descubren desde este punto, pero crees que también en esa cima la nieve puede haber caído en abundancia. Son montes muy alto y aunque hoy no es un día de mucho frío, la época de las nevadas por estos rincones es precisamente en estas fechas.

Te dices que tuvieron que bregar aquellas personas para instalarse en estos rincones. Primero para encontrarlos, roturarlos luego y poco a poco, levantar sus casas, huertos, tinadas y canales para los riegos. Lo segundo para trazar sendas que les permitieran salir y comunicarse con el resto del mundo tanto hacia el valle como hacia el río y la cumbre. Y en aquella época, la primera que fue la de ellos y la buena, no había administración que les echara una mano.

Un trozo de herradura, te encuentras entre las piedras del camino que pisas y subes. Sin duda que es de cuando ellos surcaban este monte con sus mulos cargados de todo. No acabas de hacerte una idea a donde conduce esta senda. Ni te hace una idea qué te encontrarás cuando llegues si es que el camino va a lugares concretos. Porque también puede suceder que pase por muchos sitios, rozándolos todos, y siga sabe Dios hasta dónde. Pero aún así crees que te encontrarás con rincones y lugares muy bellos. Quizá este sea uno de tus grandes gozos en un día como el de hoy y por este trozo de sierra. Quizá te asombres como no te has asombrado nunca al encontrarte con lo que en silencio duerme, como si esperara.

La senda por este trozo, bastante más arriba del collado donde has visto el de la bicicleta, está empedrada. Perfectamente amurallada por el lado de abajo. Pequeños muros de contención hechos de piedra para sujetarla sobre las rocas que afloran por la ladera. Hay aquí un voladero, un gran bloque de rocas que tajan una pared casi vertical y claro: el paso es imposible. Sólo podría conseguirse haciendo lo que hicieron: Levantar paredes y sujetar la senda contra las mismas rocas. Una

obra muy delicada, pero bien conseguida al final. Ni siquiera aquí la senda pierde su metro largo de anchura ni tampoco su firme seguro. Lo cual demuestra que estaban muy decididos a que la obra saliera adelante se presentaran los obstáculos que se presentaran.

No se ve el cauce, pero según calculas, crees que te encuentras a la altura del puente de los Caracolillos. El primer puente que le hicieron al río para que la pista lo cruce. Al frente, desde esta senda que tú llevas hoy, ya se ve la figura de un gran pico rocoso. Te dices que puede ser el monte que a sus faldas acoge el asentamiento de aquella aldea. Es lo que intuyes reuniendo la poca información que posees. Barranco arriba del gran Borosa, en todo lo alto, sigue asomando el pico del las Empanadas. Sobre la cumbre brilla la nieve. Y esto te indica que ya te encuentras muy remontado. Sobre las partes altas de estas cordilleras las nubes se han abierto y el sol aparece. Ahora mismo cae sobre la capa blanca que cubre la redondez de las Empanadas y por eso la nieve brilla. Y no es poco la que hay sino una buena capa.

Te pregunta, recordando y volviendo al de la bicicleta, por el teléfono móvil que no llevaba. Y te dices que es raro. Con la fiebre que en estos tiempos hay con estos aparatos, que precisamente aquí, que es donde más utilidad podría tener, un montañero escapado de las urbes, no traiga uno de estos chismes. Le hubiera venido muy bien y además hubiera presumido delante de ti y del pastor que baja. Eso de sacar el teléfono en lo alto de estas cumbres, marcar y ponerse a hablar con quien sea, para muchos, luce que es una barbaridad. ¿Cómo se le ha escapado a este hombre ese asunto?

Te preguntas también por aquella mujer, ya anciana, sentada en la puerta de algunas de las casas en los Villares. No la viste ni sabes quién es ni cómo se llama, pero como si la estuvieras viendo. Está sentada en su pequeña silla de neas, tomando el fresco o el sol situada frente al barranco del gran salto de los Organos por donde se pierden sus miradas. También se le van por allí sus pensamientos y como sus recuerdos son muchos, a pesar de que su mundo esté contenido en este pequeño puñado de tierra, se siente algo triste. La fuente que junto a la roca de la cañada, brota y tiene el agua tan fresquita y limpia, ya no volverá a verla más. Ya no irá ella más por allí con su azada acuestas para volcar el agua del manantial en la reguera.

Y recuerdas tú ahora que ese charco azul del río, lo conoces bien. Más de una vez te has sentado en su borde a contemplar el juego del agua que ahí se embalsa y hasta has visto lo que nunca creías iba a ocurrir por aquí. Lo viste aquel día y desde entonces, siempre que te hablan o vienes por el Borosa, a tu mente acude la imagen.

Ocurrió en un día tranquilo, de sol limpio y de barrancos llenos de esencias de primavera. Subiste por la pista y cuando llegaste al rincón, te sentaste en las rocas que el monte cubren y ahí te quedaste gozando de la placidez y transparencia en el charco embalsada. Al poco, sentiste murmullo de gente. Enseguida los vistes. Era un grupo de turistas que subían por la pista y según les oíste, iban a Las Lagunas de Valdeazores. Pero al llegar al charco, frente a él se pararon. Tres dijeron que iban a bañarse.
- Un baño en aguas tan limpias como estas es puro gozo.

Decía uno.
- Hasta seguro que será sano y relajante.
Decía otro.

Pero otros dos no dijeron de bañarse. En la pequeña playa de arena dejaron a los tres primeros y se fueron por la ladera del lado del izquierdo del charco. Comenzaron a subir por la pendiente y mientras la escalaban, el primero decía:
- Si habíamos dicho que veníamos a estas sierras a practicar resistencia, no sé por qué ahora se ponen a bañarse.
- Eso es lo que yo estaba pensando, pero no me atrevía a comentarlo. Cuando me invitasteis me decíais que iba a ser así.
- Y así es ¿o es que no ves el gran petate que traigo sobre mis espaldas?
- Lo estoy viendo y también hace un rato que me ando preguntando que para qué sirve tanta mochila, tantos sacos de dormir, tantas cantimploras, botas y demás cosas que debes llevar dentro de esa enorme mochila que transportas sobre tus espaldas.

- Pues está claro: ¿no hemos dicho que veníamos a practicar resistencia recorriendo los caminos de estas sierras?
- Eso es lo que hemos dicho. Es un entrenamiento en toda regla y duro de verdad.
- Sin una mochila como la mía y cargada a tope, no se pueden hacer buenos músculos ni el entrenamiento sería completo. Hay que subir los caminos que surcan las laderas de estos montes cargados como si realmente fuera esto una supervivencia. Pero además, hay que subirlos con elegancia y mostrando resistencia. Sólo de este modo nos convertiremos en montañeros de primer orden y no como tantos otros merengues que andan por ahí. Mochila bien repleta, camino y cuesta bien empinada, músculos fuertes y el ánimo preparado para atacar con energía y por supuesto, nada de quedarse en la mitad del camino ni tampoco en el primer charco que te encuentres. Hay que echarle valor y en un abrir y cerrar de ojos plantarse en lo alto de la cumbre.

Mientras esto decían los dos que se iban por la ladera con la gran mochila a punto de reventar cargada sobre las espaldas y arrollando el monte que a su paso se encontraban, los tres primeros, tú los vistes, se quitaron sus ropas y se zambulleron en las profundas aguas del charco azul. Lo surcaron con elegancia y al llegar a la roca blanca, se volvieron para atrás.
- Es un sueño un charco como este con agua tan fresquita y tan llena de claridad. Comentaba uno mientras con sus manos levantaba espumas y con sus pies chapoteaba ágil.
- Más que sueño, es el baño más limpio y gozoso que nunca en mi vida he tenido. Tú fíjate: aquí en este río, donde no hay nada más que monte, cielo azul y viento limpio y un charco como este. Es más que fantasía.
- Por eso hay que aprovecharlo hoy que lo tenemos.

Desde tu lugar oculto, en silencio lo estás viendo todo y una vez más, te dices que es así: es un puñado de viento este charco, las rocas que lo rodean, otro puñado de joyas y el aire que lo acaricia, el más delicado manojo de esencias serranas. Aunque ellos ahora mismo estén surcando las aguas, el baile de las piedras que en el fondo brillan, sigue siendo bello. Esto sientes tú en lo hondo de tu ser, saboreando el gozo de la belleza que desprende el río y la armonía que derraman los montes y cumbres que lo rodean.

Y como andas ocupado en ellos enredados en las azules agua del charco y la ladera que descuelga de la montaña, de pronto te sorprenden los dos que suben. El de la mochila repleta se para agotado, se sienta sobre la gran roca retenida en un puñado de tierra, y dice:
- No puedo más. Creía yo que esto iba a ser más suave. Si quieres nos volvemos y nos unimos a ellos y al baño que están disfrutando.
- Vamos a volvernos, pero ¿sabes lo que se me ocurre?
- A ver qué es.
- Darle un empujón a esta roca para que ruede por la ladera. ¡Te imaginas cuando caiga al charco, la explosión de agua que del charco va a surgir!
- Me lo imagino. Dale una voz y avísales que piedra va.

Oyes como le dan la voz y le piden se salgan del charco.
- Apartaros un poco y esperad, veréis qué espectáculo.
Los de la ladera empujan a la roca y como ésta se ha sujetado contra la rama de una madroñera, la quitan de enmedio rompiéndola y la piedra rueda. En segundos salta por los aires, se estrella unos metros más abajo y desde ahí salta otra vez y cae de lleno en el centro del charco. Suena un ruido seco semejante a la explosión que ellos anunciaban y las aguas limpias del charco se abren en cascada llenando primero todo el aire de chorreones blancos y después todas las sombras y rocas del río, de espumas rotas. Se hunde la roca produciendo un gran cráter en la superficie azulada y al cerrarse el agujero saltan las olas rompíendose en los bordes y derramándose a los otros charcos.

- ¡Ya!
Exclaman ellos al tiempo que comienzan a descender por la ladera.
- Si en este charco se refugiaba alguna trucha, algún pajarillo de estos que viven en los ríos o alguna nutria, le hemos fastidiado el día.
Comenta uno de los que se bañan y ahora observan asombrado.
- Da igual. Ya se las arreglaran estos animales. Ellos no son tan delicados como nosotros. ¿Porque no me diga que el espectáculo ha sido malo?
- Lo que pasa es que ahora el agua se ha quedado turbia. Tendremos que esperar a que se apose para seguir con nuestro baño.
- Pues esperamos. No tenemos prisa porque hoy hemos venido a este río para eso: para perder el tiempo y a pasárnoslo bien.

Desde tu rincón privilegiado, oculto y frente al río que corre y a los que por él suben y bajan, durante un rato más los sigues viendo. Por un momento quisieras salir y decirles unas palabras con respecto a lo que has visto de ellos. Pero al final te dices que no. No eres nada en estas sierras y nadie te ha dado a ti ningún papel en el conjunto de esta gran naturaleza. Exclusivamente tú te has atribuido lo que te has atribuido e incluso a margen de muchos. Ni un sólo trozo de lo que por aquí existe te pertenece ni tienes ningún encargo por parte de nadie para que mires por ello.

Hoy, el día de tu encuentro profundo con los rincones del Calarejo y el lugar Los Villares, sigues remontando la senda que por el lado izquierdo del río penetra en los paisajes de las sierras más elevadas. A pesar de las cosas, te siente rey, puesto que ahora te mueves por donde te apetece y buscas lo que tú quieres sin tener que dar cuentas a ninguno de esos que tanto te limitan a todas horas por aquí y por allí. Así, que según tu propio gozo interno, estás recorriendo los paisajes que

en tu alma florecen y por eso, un poco, sí te sientes que caminas hacia esa meta final, que en suerte, te ha tocado recorrer.

Y de pronto: “¡Qué raro! Es como si la senda muriera. Como si al llegar a lo alto de este puntal, se perdiera y ya no siguiera más”. Es lo que te dices. Te paras, miras intentando reconocer el lugar y en tu mente, la escena se reconstruye. Los signos que ahora mismo se ven aquí son los de aquel corrimiento de tierra. Y ocurrió el invierno que llovió tanto. La tierra que sobre esta loma se acumula, no tenía ni mucha vegetación ni apenas rocas. Pura tierra algo arcillosa y con un espesor bastante grueso. Como la lluvia fue tanta, el suelo se caló hasta lo más profundo y comenzó a escupir el agua por las zonas bajas de las rocas.

Cuando ellos pasaron por aquí uno de aquellos días de lluvia, comentaron:
- Ya verás como este año se nos corta el camino.
- ¿Por qué se nos va a cortar?
- Ya verás como si no este cerrete, sí otra ladera, cualquier día de estos se desmorona y cae sobre el camino dejándolo cortado o incluso se cae el mismo camino.
- ¿Eso por qué lo dices?
- Porque cada vez que pasó por aquí y veo esta tierra tan empapada y la lluvia sin dejar de caer, me parece ver que de un momento a otro se desploma.
- Pero este puntal de tierra lleva aquí ya muchos años y siempre salio victorioso tanto de las lluvias de los inviernos como de las tormentas otoñales y de las copiosas nevadas.
- Precisamente por eso: algún año se tiene que caer porque la pendiente es cada vez más grande y las aguas lo van minando un poco cada día.
- Pues ya veremos qué pasa.

Y lo que pasó es que uno de aquellos inviernos, lo vieron ellos mismos con sus propios ojos. Venían camino abajo en busca del valle y caía la lluvia. A lo largo de toda la noche había estado cayendo y también los días anteriores. Pero aquella mañana, cuando ellos se acercaban a este puñado de tierra, la lluvia arreció aún mucho más. Unos metros antes de llegar al cerrete se pararon y buscaron un refugio para guarecerse a ver si el gran aguacero pasaba.
- Esperaremos un rato y luego continuamos porque si no ya verás cómo nos vamos a poner.
- Será lo mejor, aunque perdamos media ahora.

Y se metieron debajo de unas rocas que formaba como una covacha con la puerta mirando al río y también a la senda que bajaba. Cerca de ellos, muy cerca de ellos quedaba este cerrete por donde ya el agua se veía correr trazando mil canalillos pequeños y también manando por el lado de abajo de las rocas.
- Ya verás tú hoy como vamos a tener problemas con los corrimientos de tierra y el camino.
- Hoy es verdad que la tierra ya no puede con más agua.
Y Justo en este momento sintieron ellos el crujido.

Miraron al puñado de tierra que sobre el cerrete se amontonaba y primero vieron rodar una gran piedra.
- ¿No te lo decía?
- ¿Qué pasa?

- El cerro se hunde.
Y era verdad: detrás de la primera piedra rodaron otras más gordas y algunas pequeñas y a continuación, toda la ladera terrosa, se vino abajo. Como cuando un puñado de humo se desvanece, así se hundió en las dos direcciones: hacia el centro del cerro y hacia la pendiente de la ladera. Hacia el centro se abrieron varios hoyos grandes y se empezaron a comunicar con profundas grietas que en cuanto se abrían se rellenaban de piedras, tierra y monte. Hacia la ladera, la tierra casi barro, se corría por la pendiente y con los chorros de agua se despeñaba por las cascadas y los arroyuelos.
- ¿No te lo había dicho?
- Y ya lo estoy viendo: por el momento nos hemos quedado sin camino. Hasta que las lluvias se vayan y la tierra se seque, no hay quien pueda cruzar por ese trozo de senda. Y mira que casualidad: es justo en el punto donde ni por arriba ni por abajo se puede andar. ¿Qué haremos ahora?
- No nos queda más remedio que seguir.
- Pero cruzar por ahí con tanto barro y agua, va a ser imposible.
- Tú sígueme.

Y en tu mente sigues reconstruyendo la escena. Salieron ellos de la cueva refugio donde se había guarecido y continuaron por la senda. Cuando llegaron a este trozo de camino, se metieron por el barro y aunque el agua y el barro les llegó casi hasta las rodillas, cruzaron a este lado, por el que tú te acercas ahora. Empapados se pusieron y el barro los dejó teñidos del color de la tierra. Luego siguieron bajando y como la lluvia, a lo largo de todo el día siguió cayendo, se lavaron del barro y olvidaron el trozo de camino hundido.

Pero el trozo de camino hundido aún sigue aquí. Tú al verlo ahora te has quedado parado frente a los barrancos y las grietas que todavía tienen la forma de aquel día y lo primero que has creído es que la senda muere. La hierba y el monte han crecido y como los bordes de las grietas se han redondeado, el camino ha quedado borrado por completo. Durante un buen trozo no se ve por ningún sitio y como tú no conoces la senda que vas remontando, lo primero que piensas es que muere por aquí. Que se pierde, que ya no sigue más porque no se ve ni se sabe por dónde sigue.

Pero la senda avanza. En cuanto remontas este trozo hundido, siguiendo las sendillas de los animales silvestres, aparece al frente un segundo collado. Descubre que este se queda metido entre dos picos de rocas blancas y afiladas. Tiene su nombre este collado y tú lo sabes porque te lo han dicho, pero ahora no lo recuerdas. Y a simple vista se adivina que este punto es importante. Es más collado que el primero que te encontrates y, además, se encuentra bien centrado entre el comienzo y el final de la senda. Remonta el camino y vuelca hacia el barranco de los cortijos que vienes dejándote por la izquierda. Al frente, una vista preciosa. Se oye la corriente del arroyo de la izquierda y se ven las tierras que fueron huertas en aquel lado de la ladera.

Por la senda que se ve bajando como si viniera del corazón mismo del Calarejos, resuena todavía la alegría de la pequeña rubia. A ti te han dicho que aquella mañana se vino ella desde la aldea y para entretenerse, para jugar el juego de la belleza, se trajo con ella el chivo negro. Era el hijo de una de las cabras más mansa de toda la manada. Había nacido hacía sólo unos días y como a la niña le

gustó tanto, desde el primer momento se lo llevó con ella para hacerlo juguete entre sus juegos. Cuando la madre se iba con la manada, la pequeña se quedaba con el choto y por la era del cortijo, el rellano de las casas, la torrentera de la fuente y la senda que tú ahora llevas, jugaba con su pequeño chivo negro.

Porque te dijeron que el animal era todo negro como el azabache con un lunar blanco en el centro de la frente. Y esto era lo que precisamente a la niña más le gustaba. Pero le gustaba también correr por la senda y ver como el frágil animal se iba jubiloso detrás de ella. Cuanto más corría ella, más alegre le seguía el chivo y cuando más lo llamaba mientras iba corriendo, más el animal balaba como si de aquella manera contestara a las inocentes palabras de la niña. De vez en cuando se paraba, aplastada detrás de alguna roca y como el choto venía corriendo, saltando y balando como si no quisiera perder a su amiga la niña, al pasar por su lado, ésta abría los brazos y de un sólo golpe lo cogía.
- Ya eres mío.
Le decía jubilosa apretando al tierno animal contra su pecho y pegando su cara a la cara de él como si fuera a comérselo.
- Ahora te voy a llevar a la pradera para que corras por aquella hierba y mientras tanto esperamos a que tu madre baje de la montaña. ¿A que tiene hambre?
Le seguía diciendo la pequeña de la montaña.

Estos y otros juegos limpios ella organizaba con su chotillo negro mientras recorría las sendas y los arroyos de estas tierras altas de los montes. Y uno de aquellos días, cuando todavía el chivo era tan pequeño que parecía un juguete hecho a la media para aquella niña tan puro juego, ésta se metió por la senda que tú ahora recorres. Venía delante corriendo y el gracioso animal la seguía dando salto detrás y lanzando sus balidos.
- ¡Venga y sígueme que cuando lleguemos al collado te voy a presentar a tu madre!
El animal brincaba intentando alcanzar a la niña, pero lo conseguía sólo a medias. Era tan pequeño todavía que cuando se tropezaba con las piedras del camino o con los surcos de algún arroyo, al saltar, más de una vez se caía y rodaba. Siempre se levantaba y casi siempre sin la ayuda de su pequeña compañera.

Antes de llegar al collado, la niña corrió más de lo habitual, porque el camino se ensanchaba y la dirección era para abajo.
- Al final te espero.
Y se lanzó en carrera con los brazos abiertos hasta que llegó a las piedras de este pequeño pico que tú tienes ahora al lado izquierdo. Cuando llegó, se recostó sobre una de estas blancas rocas y se puso a mirar a ver si su amigo asomaba por la senda. Sabía ella que se había quedado atrás, pero esperaba que de un momento a otro asomara corriendo camino adelante y como siempre, balando buscándola a ella. Pero pasó un rato y el chivo no asomó.
- ¿Dónde te has parado? Date prisa que te estoy esperando.
Le decía ella confiando en que el animal la estaba oyendo. Pero el chivo negro ni asomaba ni tampoco se oían sus validos de costumbre.

- Seguro que lo que quieres ahora es que vaya a buscarte porque ya no tienes más ganas de andar. ¡Te conozco yo a ti!
Seguía diciendo la pequeña sin dejar de mirar a la curva que la senda trazaba al comenzar la bajada.
- Esperaré un poco más hasta que llegues y te prometo que al volver te llevaré

cogido en brazos para que no te canses.
Comentaba ella en voz alta esperando que así su compañero se animara por fin a aparecer por la curva de la senda. Pero en chivo no aparecía.

- Bueno, pues voy a buscarte. Ya has ganado otra vez, pero claro, es que eres tan pequeño que sin mi ayuda no puedes pasar.
La niña se puso a recorrer el trozo de senda que unos momentos antes había pisado en dirección contraria. Se puso a buscar al pequeño animalito y como no lo encontraba por ningún lado ni lo oía, todo era llamarlo y asomarse a ver si estaba aplastado en algún rinconcillo del monte. Miró detrás de cada piedra, por entre cada mata de romero y los troncos de las madroñeras. Rodeó cada uno de los pinos que por allí crecía, se asomó a las pequeñas covachas de las paredes rocosas, recorrió los barrancos de todos los arroyuelos de la curva y más arriba y cuando ya estaba cansada, se puso a dar voces llamando a su padre.

Un poco en lo alto, por la ladera, le contestó éste.
- ¿Qué te pasa a ti, hija mía?
Le preguntaba cuando ya venía bajando por el puntal en busca de la curva del camino.
- El chivo negro venía corriendo detrás de mí, porque estábamos jugando, y al llegar por este trozo de senda, se me ha perdido y ni lo encuentro ni lo oigo.
- Aparecerá en cualquier momento. En cuanto oiga a la madre, verá como sale.
- Pero es que resulta raro, papá.
- ¿Por qué resulta raro?
- Venía él tan contento detrás de mí y sin más ha desaparecido. No me lo explico. Parece como si se hubiera esfumado por el aire porque no ha dejado ni la más pequeña señal.
- Vamos a mirar los dos a ver si eso es así.

Y cuanto más padre e hija miraron, llamaron, subieron y bajaron, más se convencían de que aquello sí era verdad. El chivo negro no sólo no aparecía por ningún sitio sino que ni siquiera se veían una pequeña señal de él.
- Se lo habrá tragado la tierra, papá
- Se lo habrá tragado.
Le contestaba el padre sabiendo que aquello tampoco era verdad.
- Pues tú me dices qué hacemos.
- Ya nada más podemos hacer. Vamos a esperar otro rato y si cuando la madre venga por aquí, no aparece, lo damos por perdido. En algún momento, cualquier día de estos, tendré señales de él y así sabremos por fín qué ha sido lo que ahora mismo ha pasado.

Pero cuando bajó la madre por allí, tampoco apareció el chivo. Por eso, algo triste y muy cansada, la niña regresó con su padre a la aldea y allí contó a todo el mundo lo que había ocurrido. Al día siguiente tampoco se vio ningún rastro del animal ni al otro ni al otro. Nunca más se supo de aquel pequeño chivo negro y como aquello fue tan misterioso y se presentó tan de repente, aunque pasaban los días, la niña no olvidaba lo ocurrido. En la aldea algunos comentaban también el incidente tan de poca importancia y sin apenas ruidos y por esto, precisamente, el suceso resultaba más extraño.

Tú esta mañana, al llegar al collado y ver la curva y la senda que ladera arriba

se pierde, a tu mente ha acudido el recuerdo de aquella niña y su amigo de juego. Te dices también que a veces, hay cosas sencillas que resultan raras, pero que deben tener su explicación en algún lugar o apartado.Desde las rocas del collado miras y al fondo, la gran visión de la Sierra de las Villas, pero en la vertiente que se derrama hacia Coto Ríos. El Blanquillo, el Almagrero, la profunda cuerda que los sostiene, el gran barranco de la Hoya de Miguel Barba, por encima queda Peña Corva y desde esas magnificas cumbres hacia el valle del río Grande, los bosques, los barrancos y arroyos que descienden. Es potente lo que desde este collado se domina y como precisamente el punto queda ya muy alzado sobre esta ladera, la superioridad de los paisajes resulta casi total. Elevado por encima de los valles y laderas y casi al mismo nivel con el resto de las cumbres.

Y se te viene a la mente la reflexión de tantas otras veces: de no haber seguido por la senda que recorres, hubiera sido por completo imposible subir hasta donde ahora te encuentras. Los barrancos, a un lado y otro, ahora van quedado al descubierto y son profundos, cuajados de bosque y con muchos corte de rocas. Grandes paredes rocosas que hacen imposible subir o bajar de estas cumbres si no es siguiendo la senda que traes. Casi tallada en la pura roca, asciende por este punto la senda y en el borde mismo del espigón. El camino se aplasta ya casi por la misma cumbre y la dirección que lleva es recto al aguilón del Calarejos que se encuentra enfrente total. Esperas que en cualquier momento se desvía a un lado u otro. De frente no puede seguir porque el castellón rocoso del Calarejos, según ya se ve, es impenetrable. Son las doce de la mañana y esto te indica que llevas una hora subiendo. Al mirar a la derecha, barranco por donde te queda el Borosa, te parece oír las voces del cabrero, los disparos del rifle y los validos de las cabras.

Sucedió unos días después de la desaparición del chivo negro. El cabrero era el mismo padre de la niña y las cabras, la madre del chivo y el resto de la manada. El padre de la niña se trajo aquel día su hato de cabras por esta ladera y dejó que bajaran hasta lo hondo del río. Por aquellos días ya habían construido la pista forestal que por estos días sube pisando el borde de las aguas del río. Se bajó el padre hasta esa pista y mientras la manada de cabras subían, cubriendo la ladera, hacia el puntal de la aldea, él se movía por el carril de tierra que recorre el bello cauce. Pero como las cabras se despegaban del río porque tenían que remontar para situarse sobre el cerro de la aldea, él también dejó la pista y comenzó a elevarse por la ladera.

En uno de aquellos descansos que iba haciendo mientras cortaba la ladera remontándose, algo detrás del rebaño, se paró sobre el saliente de un voladero. Respiraba mientras se recreaba en la vista que por debajo iba quedando, con el río en el centro, los charcos azules, las pequeñas cascadas y la pista de tierra ceñida a la misma corriente. Se recreaba él con esta visión acariciado por el aire puro que desde el barranco subía y gozando del aquel mirador tan bonito escondido entre las madroñeras, los romeros y los pinos. Y estaba precisamente, con sus ojos puestos en uno de los trozos de pista, que en la curva del río, se veía allá abajo, cuando vio asomar el coche.

Un enorme coche negro, escoltado por varios motos y un par de coches, menos espectaculares, detrás. "¡Qué coche más tremendo!" Se dijo al verlo y esto fue por la extrañeza, no ya del coche en sí, sino por la clase de coche. Parecía un avión de grande, todo negro brillante, cinco o seis antenas largas que sobresalían

por delante y por detrás, dos o tres espejos y con los cristales oscuros. "¿De quién será este bicho y qué buscará por aquí?" Seguí el hombre preguntándose.

Unos días más tarde se encontró con su amigo del valle. Salió la conversación y hablaron de aquel coche negro y las personas que en él vinieron a estas sierras. Hablaron luego de lo llenas de gente que estas sierras se estaban puniendo en los últimos tiempos y por fin hablaron de lo que en aquellos momentos su amigo del valle traía dentro de su alma.

- Pues cuéntame haber cómo fue aquello.
Le decía el amigo de la aldea de la cumbre al amigo del valle.
- En dos palabras más o menos fue así: en un gran autobús llegaron ellos. Allí junto a las aguas del río Grande, se pararon. Bajaron y en fila empezaron a caminar detrás del guía.
- ¿Adónde vamos ahora?
Preguntaban.
- Daremos una vuelta por aquí y luego nos encaminaremos a la cerrada.
Les decía el guía.
- ¿Y está muy lejos?
Preguntaban.
- Tendremos que andar un buen trecho.
- ¿Es que no hay pista ni carretera?
- Sí que la hay, pero está prohibida a los coches.
- ¡Valiente fastidio!
- Pero lo compensará le belleza de los paisajes.
- ¿Y por que no paramos por aquí? Si el objetivo es ir a la cerrada, pongámonos en camino y vayamos cuando antes.
Seguía preguntando.
- Eso, ¿por qué perdemos el tiempo?

El guía, en su deseo de querer pintar las cosas de tal manera para que se asombraran, explicaba lo siguiente:
- Es que estamos esperando al serrano.
- ¿Quién es el serrano?
Preguntaban.
- Un joven amigo nuestro que ha vivido toda la vida en la sierra. Le hemos pedido que vaya hasta la cerrada para ver cómo se encuentra el camino. Las últimas lluvias y algunos arreglos que están haciendo por ahí, lo tienen muy estropeado.
- ¡Pues vaya fastidio! ¿No podíamos ir nosotros y así vemos lo que tenemos que ver?
- Sólo será un momento.
Les seguía diciendo el guía. Y no fue un momento.

El joven serrano, nuestro amigo porque tú bien sabes quién es, subió por el camino. Cuando llegó al sendero que se mete por el río y va derecho a la cerrada y a ese puente de tablas que por ahí pusieron para que pasaran, se vino por el lado de la ladera que pega a Los Villares. No se podía pasar por el sendero. Y no se podía pasar por dos razones claras: las grandes lluvias habían desbordado el río y el sendero estaba roto y además, aquella mañana estaban por allí cortando el monte.
- ¿Y qué monte era el que cortaban por allí aquella mañana?

- Como tenían pensado trazar una pista a lo largo de todo el río, contrataron a unos pocos serranos viejos, les dieron cuatro pesetas y le dijeron que tenían que cortar el monte.
- ¿Pero las viejas encinas y los gruesos robles también?
Preguntaron los serranos.
- Todo lo que nos estorbe para trazar la pista tiene que desaparecer.
- Preguntó otra ve: ¿los viejos robles también?
- Los viejos robles y las grandes madroñeras. ¿No decís vosotros que con eso se puede hacer carbón vegetal?
- Lo decimos porque es verdad.
- Pues ahora tenéis la oportunidad.
- Pero es que esto del bosque que crece por esta cerrada y a lo largo del río es otra cosa.
- Vosotros no tengáis miedo que ya volverá a crecer.

Así que se fue el joven por la parte alta y asomándose a los voladeros de rocas que vuelcan al río, vio lo que vio.
- ¿Y qué fue lo que vio?
- El río corriendo por entre aquellas peñas, la gran cerrada llena de profundidad y miedo y a los serranos por allí cortando el monte. Unos con hachas y otros con sierras arremetían contra el monte y los viejos robles. Los ecos de los golpes del hacha retumbaban en lo hondo del cauce y los ramas viejas de los robles caían rodando por las laderas hasta los charcos del río.
- Ahora vamos con aquel que tiene las ramas secas.
- Ten cuidado que esa madera es tan dura como el hierro.
- Tú no te preocupes que yo tengo músculos.
- Pero hay que ver cómo eres.
- ¿Por qué dices eso?
- El monte que siempre hemos considerado nuestro ahora lo tratas como si fuera tu enemgio.
- Si ellos me piden que lo corte y además hasta me pagan y son felices, pues yo adelante.

Y dicen que cuando bajó el joven al valle donde esperaban los turistas, lo primero que les contó fue lo que en la cerrada y a lo largo del río había visto.
- ¿Bueno y qué? ¿No se puede cortar un árbol para trazar una pista por el río a fin de que por ahí suban los turistas?
- Pero es que aquello da pena. ¡Un árbol como aquel y destrozado en media hora y de esa manera!
- Con el tiempo, lo de la cerrada será mucho más importante y dejará más dinero. Ya verás tú la cantidad de personas que por esa pista subirán buscando las cerradas y luego las lagunas de la parte alta.
Decía el guía poniéndose del lado de los que llegaban.

La mañana sigue avanzando y tú recorriendo el camino que hoy te has propuesto en el deseo de llegar al rincón donde estuvo la aldea. Has remontado ya el tercer collado y como además de ir gozando los barrancos de las laderas lejanas, miras hacia la tierra que por el camino pisas, de pronto, te encuentras un trozo de roca. No es uno más entre los millones que por estas cumbres ruedan porque este trozo de roca tuya está plagada de fósiles. Unos son nerineas y otros almejas. ¡Qué cosa más bonita!

En el tercer collado, de nuevo la senda se vuelve hacia la ladera de la derecha para seguir paralela al río Borosa. Quizá rodee otro monte que estás viendo algo más arriba y vuelque otra vez hacia el barranco que sería este el cuarto collado. Al frente aparece un espesísimo bosque de carrasca. El árbol siempre unido a ellos. Toda majestuosa la senda se interna por entre la sombra de sus ramas sin dejar de subir. Busca la cumbre como en un deseo oculto de encontrar la libertad que en el fondo proclama. ¡Qué cosa más bonita desde todos los puntos que se le mire! Es lo que te vas repitiendo.

Un pequeño vado de tierra buena por donde ya no hay carrascas sino pinos negrales, sale a tu paso. Son los que repoblaron ellos y la misma comprobación de siempre: en la mejor tierra es donde plantaron los pinos. Salta a la vista que esta tierra buena que tienes ahora mismo ante ti, fue labrada por los serranos. Aquí tenían ellos sus hortales y en los surcos de la tierra, sus tomates, pimientos, calabazas y trigo. Por este puñado de tierra y otros parecidos a lo largo de la gran sierra, fue la lucha. Era más importante sembrar pinos en las tierras nobles que siempre habían dado tomates y luego, en el resto del monte, soltar animales silvestres para que llenaran el bosque. Por estas cosas fue la lucha.

Miras al suelo del camino que pisas y una vez más sientes los pasos de aquella última mañana. Los del joven que se retiraba vencido, con el alma rota y triste. Otro más que se arrancaban de la tierra amada. Pero tú sabes que en el último momento, el joven fue valiente. Eso es lo que te dijeron y, además, también te dijeron que él era uno más de tantos. Nació en las casas de la aldea que ya no existe y mientras crecía, recorrió los campos del rincón. Trabajó las tierras, llevó el ganado a pastar por las praderas y cuando ya fue mayor, se bañó en las aguas limpias del río Borosa. Se refugió en las cuevas cuando las tormentas se derramaban por las cumbres y en las noches frías, se calentó junto a los suyos en el fuego de la chimenea. Amó tanto al campo que pisaba que éste se le metió dentro y se le convirtió en vida propia.

Este era el joven y ni siquiera sus mejores amigos sabían del cariño hondo que en su alma latía por las tierras que labraba y el aire puro que respiraba. Nadie lo sabía, pero allí lo tenía él clavado, sin haberlo pretendido, hasta que un día lo supo porque se le convirtió en dolor. Llegaron los de fuera y anunciaron que los de la aldea tenían que irse.
- Y tú el primero.
Le dijeron crudamente.
- ¿Por qué el primero?
- Eres joven, nos plantarás cara y lo que puede ser fácil con los otros, contigo será duro.
- El muchacho no ha hecho nada.
Dijeron los de la aldea, saliendo en su defensa.
- Sabemos lo que sabemos.
- ¿Y qué sabéis?
- Que en su corazón lleva mucho amor por estas tierras.
- ¿Y eso es malo?
- Para nosotros sí. A más cariño por la tierra, más trabajo nos costará echaros.

Aquello al joven le dolió hondamente y por ello se rebeló diciendo claramente que amaba a la tierra porque era su casa y allí tenía sus raíces. Y entonces el que

mandaba se puso en lucha con él. Una lucha callada, pero firmemente meditada y sin prisa.
- Te ganaré.
Se decía para sí hasta que amaneció el día en que la batalla estaba inclinada. Lo supo el joven y aunque se llenó de miedo y toda el alma le tembló, no le quedó otra salida que recoger para marcharse. Cuando ya se iba, cuando ya tenía recogidas sus míseras y escasa pertenencias y le quedaban solo unos minutos, se acercó al que le había empujado y le dijo:
- ¡Me has vencido! Me has echado un pulso y en tu lucha conmigo por apartarme del rodal que crees tuyo, has ganado. Ya estás viendo que me marcho porque estoy derrotado. Pero para que lo sepas, lo tuyo es pura cobardía. No has ganado, aunque me has vencido.

Dicen que fueron tremendas las palabras del joven aquella mañana porque dejó a descubierto la mala acción del que se decía grande. Y dicen que el otro, se sintió avergonzado, pero en el fondo siguió queriendo lo que ya había ocurrido y no podía volver atrás. El que desde hacía tiempo le había empujado y ahora por fin lograba su propósito, lo miró desorientado y como no tenía argumentos para responder, guardó silencio y se fue hacia un lado. Sin apoyo en la verdad, luego habló y le dijo:
- En el fondo las cosas no son como crees.
- Lo que te pasa es que ni siquiera ahora eres valiente. ¿Por qué no das la cara y me lo dices bien? Desde que pisaste este rodal de tierra, quisiste hacerlo tuyo y doblegarme al mismo tiempo. Como me resistí porque me di cuenta de tu poca bondad, me perseguiste. No podías admitir que un insignificante como yo te hiciera cara y pusiera en duda la intencionalidad de tus acciones. Por eso ahora te digo que has luchado y has vencido, pero no con la verdad. Tienes el poder y las leyes porque tú mismo eres la ley y yo no tengo nada más que mi rebeldía y el amor profundo a lo que creo legítimo. Por eso te digo que me has vencido, pero no en igualdad de condiciones.

Después de estas palabras, que no fueron ni las que exactamente el joven quería decir ni expresaban con rotundidad lo que él necesitaba, se retiró. Se acercó a las casas de la aldea y como allí en la puerta estaban sus amigos, se dispuso a despedirlos.
- Comprendemos tu dolor.
Les decían unos.
- Estamos contigo y no te olvidaremos.
Les decían otros.
- ¿Pero es que no volverás más?
Preguntaban otros.
- Aunque vuelva, como esto es una derrota, ya no seré yo. Me sentiré extranjero en mi propia tierra.
- Te queremos y comprendemos la nobleza de tu alma y el cariño al rincón.
- Eso lo sé, pero no me sirve de nada porque ya veis que me arranco.
- ¿Pero tanto es lo que llevas dentro?

A esta pregunta el joven quiso responder despacio y con un discurso largo y claro para exponer bien su amor al rincón. Quiso hablar rotundamente para que comprendieran y supieran la realidad de su tragedia. Deseó esto y con todas las fuerzas de su ser, pero no fue capaz. Cargó con sus cuatro cosas, y por la senda

que tú ahora pisas, se empezó a marchar. Callado y triste iba él, derrotado y desconsolado y a cada paso que daba hollando la tierra que perdía, en su interior se iba diciendo: "¿Cuándo volveré yo a pisar otra vez este camino?"

Has remontado el cuarto gran cerro. Te queda frente, el corte de rocas donde abajo, crees se encuentra la aldea. Divisas toda la cuerda de las Banderillas, el Picón del Haza y las Empanadas con perfecta claridad. Frente, a la derecha y cerca, cae como una loma donde se ven tierras que en otros tiempos fueron cultivadas.

Coronas otra loma menor. La tierra sigue mostrando su cara con señales nítida de haber sido labrada en otros tiempos. La senda se allana y nace aquí mismo una fuente. Sigue impresionándote el espigón de rocas que presenta el Calarejo. Es este un arroyo chico, pero lleva su hilo de agua clara. Este sería el cuarto collado desde el comienzo junto a la Fuente de los Astilleros. Pero no remonta, sino que se viene por la ladera.

Te aproximas a la muralla de rocas y la senda se torna llana. Parece que se vuelca para el lado del río Borosa. De aquí arranca como otra vaguada con muchas carrascas y de entre ellas, sale un manantial de agua muy agradable. Creías tú que la senda se iba a ir para el barranco del lado de la Campana y no es así. Se viene para el lado del río. Ya no te encuentras lejos de la gran muralla rocosa. Aquí la senda incluso baja un poco. Al frente se te abre un barranco, una loma larga al otro lado y sobre el puntal, descubres más tierras labradas.

Por la izquierda te va quedando ahora la impresionante muralla de rocas. Tremenda y preciosa. Los pinares que vas atravesando, ardieron hace unos años y por eso todavía se ven los troncos negros. Ya vas por la ladera que precede al puntal de la aldea y lo que ahora te sorprende es el cataclismo que, al romperse las rocas, por aquí ha quedado. La senda busca la parte alta de la loma de enfrente.

Descubres excrementos de vacas no muy recientes. Sabes que tu amigo Pío, el de Coto Ríos, tiene sus cuatro vacas y media, por estas tierras. Discurre ahora la senda llana como buscando el descanso en la loma que se le presenta al frente. chorrea al agua por este otro barranco y el muro de rocas, ya queda atrás. Este barranco y la loma a la que vas a salir dentro de unos minutos, se encuentran totalmente frente al Castellón del Moro o de Guindas.

Remontas los últimos metros de la senda que esta mañana recorres en busca de la aldea y al salir de la espesura del bosque, se te presenta el puntal que cae desde el Calarejo. Todo es pura tierra y está tapizada de su hierbecilla de siempre. Todo es duro silencio y se le oye como clavado en la llanura de la era y durmiendo entre las piedras de las ruinas. Te encuentras con ovejas y te dices que ojalá estuviera por aquí el pastor. Varias higueras secas, tierras con las repisas de los hortales.

Al ver y pisar con tus pies los surcos sagrados que trazaron ellos para sembrar sus tomates y por eso, eternamente les pertenecerán, hasta el alma se te para un poco y aunque, como tantas veces y en tantos otros rincones de estas sierras, sientes el deseo de rozar, tocar y probar, hoy no lo haces. Te sientas en la primer piedra blanca y gruesa donde todavía sigue clavada la cruz de aquella madera vieja y miras despacio. No buscas nadas ni esperas nada, pero sí lo buscas todo y lo

esperas todo.

Dos ovejas, el picón de los Villares, una cruz de madera clavada en el mismo corazón de la roca, muchas piedras sueltas y desmoronadas desde las paredes de aquellas casas ahora hundidas y vuelcas hacia el barranco. ¡Qué bonito es esto, qué bonito! Un cortijo roto, más ovejas, algunas nogueras, en lo más alto del puntal, otro cortijo roto y al fondo, la silueta de las Banderillas bañada de nieve. Pegadas e estas ruinas, hay más ovejas.

Ya lo tienes claro: la dulce aldea de los Villares, estuvo en todo lo alto de la loma que es donde se recoge un buen puñado de tierra fértil. Por el barranco que pega al Banderillas, corre el arroyo de los Villares que es el que desemboca en el río Borosa, justo al lado de arriba de la Cerrada de Elías. Por este barranco brota el manantial que daba agua a todos los que vivían en la aldea y a las tierras, para regarlas. Ocho o diez álamos muy hermosos, varias nogueras, higueras y algunas parras secas.

Un trozo de lo que fue la losa para lavar, la reguera por donde venía el agua y un viejo tornajo de madera medio podrido y medio enterrado. Aquí tienes la era, totalmente redonda y preciosa. Por debajo, un buen álamo, unos cuantos robles, varias ovejas más y el montón de ruinas de lo que fue el corazón de la aldea. Sólo quedan dos trozos de pared en el centro y por los lados, otras muchas paredes tronchadas por los mismos cimientos y sobre ellos, multitud de rocas blancas y la mezcla de cal y tierra que las unía. Muchas tejas rojas algunas todavía enteras y el olor intenso de oveja que se da la mano con el de ellos y sus corrales aun vivos en el tiempo.

Los trozos de madera que fueron vigas sujetando los tejados y las cámaras, por entre las piedras y los trozos de tejas, sobresaliendo y como gritando a la misma muralla del calarejo y al azul del cielo que corona. Un roble y ya te vas hacia el barranco por donde brota el manantial. Todo el cerro esto fue una pura huerta y de ello dan testimonio los bancales que todavía permanecen claramente tallados. La tierra es muy buena. Los corrales y otros edificios, los construyeron ellos por la tierra del barranco. El tronco de una parra apoyada y todavía alzada de la tierra, por un palo que le pusieron para que la sujetara, pero está por completo seca.

Por el barranco, baja extendido un amplio, manto de agua y como ahora ya la tierra nadie la cultiva, las junqueras la tienen invadida. Y lo que de pronto ves, es fenomenal: un caño de agua que más parece río de tan abundante y clara como la misma nieve recién derretida. ¡Qué maravilla!

Brota aquí, junto al tronco de tres grandes álamos y varias higueras. El caño es casi como el cuerpo de una persona. Y claro que ahora lo comprendes: este es el real nacimiento que alimentaba y daba vida verdadera a la humilde y reina aldea de los Villares. Lo gozas durante unos segundos, bebes y ahora, aunque quieres seguir, también deseas pararte y ya no irte más.

¡Qué triste y vacío se ha quedado el cerro y monte que lo puebla! Y sobre el puntal, las piedras amontonadas y algo más abajo, los bancales de los huertos, la vieja noguera, la senda todavía cruzando la tierra, la reguera y la sencillas praderas donde jugaron los niños y pastaban los burros en aquellos días de primavera. Más

al fondo, el gran surco del río con su corriente clara y su canción eterna. Al fondo, las otras cumbres y el sol brillando tras ellas.

Y aunque el camino sigue porque la sierra profunda y el infinito, aquí sólo tiene su primer centro, tú la dejas que se vaya y te quedas. Sentado sobre la piedra que domina la aldea e intentando rastrear por tu alma la presencia de Dios en la añoranza que ahora se siente, el vientecillo que roza tu cara y las soledad que mana de la era. Seguro que está aquí, porque todo sigue con su misma vida y fuerza y seguro que ellos, aquellos sencillos serranos que sufrieron y fueron nobles, Él los abraza y besa, pero en este momento que se une con aquel de aquella primavera, ¡Díos mío, qué amarga es la esencia que mana del rincón y qué angustiosa la soledad entre tan gran mar de muerte y dulce belleza!

El último pastor

Como casi en todos los rincones de estas sierras, barrancos, cañadas, praderas, manantiales de aguas limpias y cumbres solitarias, en este de los Villares, también hubo un último pastor. Se hizo fuerte contra el tiempo y los que les arrancaron las tierras y en la soledad de este paraíso, se refugió en sí y con sus ovejas y en la casa desconchada que ahora ya también se cae frente a las otras de la aldea y aquí resistió los embates del tiempo, nevadas tremendas y largas noches de hielo y tormentas negras que descargaban agua a mares y truenos escandalosos que partían las piedras del Calarejo y rajaba troncos de robles, pinos y nogares.

Y en esta lejanía y en la compañía siempre de su perro, sus corderos, el blanco de las rocas durmiendo sobre las cumbres, el azul del cielo en las tardes de primavera y el perfume de la mejorana en las mañanas del rocío tierno, el pastor del rincón que fue el paraíso de tantos hermanos suyos que sí se fueron y otros murieron, se pasó los últimos días como esperando a un compañero que subiera y le diera una mano, algo de compañía y quizá un rato de conversación para hacer un poco más agradable el destierro. Pero este hermano no llegó o si lo hizo, fue para curiosear y decir: “Ay que ver qué héroe, aquí tan solo y tan lejos”.

Y lo digo porque no hace muchas tardes, en el pueblo estuvo yo con el último pastor del rincón de los Villares, en el hogar de ancianos donde ahora se recoge al caer las tardes y ya cansado aunque bien entero, agota sus días, lejos del rincón que fue y será, para siempre, su centro.
- Por fin te vencieron.
Le dije. Y él, desde su entereza, su inocencia de niño grande y su transparencia de manantial bello:
- No me vencieron, lo que pasa es que uno ya es muy viejo y allí tan solo y lejos, con las cuatro ovejas todos los días recorriendo el monte y las laderas del Calarejo, allí en aquel paraje donde las nubes blancas son las únicas compañeras y por no tener ni siquiera tenía ya senda para bajar al Valle ¿cómo no dejaba de resistir y me venía al pueblo?
- ¿A descansar?
- Y a morir aunque ya hace mucho que he muerto.

Esto y algunas cosas más fueron las que él me dijo aquella tarde que estuve a su lado mientras recorríamos las frías calles del asfalto negro del pueblo que le acoge ahora. Y como a pesar de todo, descubrí que tenía razón porque el hermano

también tiene derecho a vivir sus días finales un poco entre la comodidad de la sociedad de estos tiempos, pensé y le dije que su rincón, el de los Villares al resguardo del Calarejo, le sigue perteneciendo porque se lo ha ganado con la más noble honradez del mundo. Y le dije luego:
- Y te lo digo porque la otra tarde estuve allí y aunque ahora tú ya no estás, tus huellas siguen clavadas en la gris tierra y hasta en la corteza rancia de las piedras y me llegó el perfume de tus ovejas y el ladrar de tu perro y por el aire también me llegó el aroma de tu sudor subiendo las cuestas y el cariño que en tu corazón siempre llevaste al ir detrás de tus corderos. Y lo que quiero decirte es que el lugar, como a tantos otros por la ancha sierra, te pertenece y para siempre yo así lo medito y escrito lo dejo eterno.

Y luego me estuvo diciendo los años que tiene, lo cansado que ya se siente y lo mucho que echa de menos al rincón de la sierra, al que ya no puede ir porque le faltan las fuerza. Y después me digo que:
- Aunque estoy en este pueblo, tú ven por aquí cuando quieras y hablamos de aquello nuestro, que estas cosas a mí me gustan porque por encima de todo, las quiero.
Y le dije que sí y hoy, cuando recorro la tierra y mudo se me clava su silencio en lo más fino del corazón, hasta se me saltan las lágrimas y me sangro un poco más porque la soledad me grita y me quema, respirando la ausencia de él, manteniendo por aquí vivo la memoria de los hermanos bellos y ahora, Dios mío, la profundidad del barranco y el azul del cielo, palpitando ausencia en cada tallo de romero ¿cómo me voy del rincón para morir yo también y que ya, ni siquiera sean recuerdo?

Nota del 27-6-98

La muchacha que en el bar de los Monteros, a la entrada de este río Borosa, me dio información aquella mañana, tampoco hoy está.
- ¿Qué ha pasado?
Le pregunto al joven que es primo suyo.
- Creo que se fue a Valencia.
- ¿Y eso?
- Por estas tierras no tenía mucho futuro.

Y también me retiro y continuo hoy por las rutas de estas sierras, caminando con otra herida más en el alma sangrando. Ella es hija de otro pastor que vivió en la Aldea de los Villares y resistió con la fuerza de los enebros viejos, pero ella, como tantos, también tuvo necesidad de nuevos horizontes y por eso se arrancó de la sierra y voló. Hoy ya tampoco está y de aquí que sienta cierto gozo o alegría y al mismo tiempo, amargura por tanta soledad como por estos montes están dejando los que han nacido en ellos y son de ellos y desde aquellos días, se están marchando.

GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa - 2

Collado Bermejo, Alto del Calarilla, Salto de los Órganos,
Aguas Negras, Lagunas de Valdeazores. 8- 5- 98.

La distancia

Incluyendo todos los fragmentos recorridos fuera de las sendas, las subidas a

varios picos elevados, paradas en algunas cuevas y observación de ejemplares de pinos y robles excepcionales, el recorrido total son de quince kilómetros. Si se hace sólo la ruta, son unos trece kilómetros.

El comienzo de esta ruta se sitúa sobre los mil quinientos metros y alcanza los setecientos cincuenta, poco más o menos.

El tiempo

Sumando cuarenta y cinco minutos para comer, algunas paradas de diez o quince minutos para fotos o exploración de dolinas o cuevas, el treyecto de los túneles, veinte minutos en al nacimiento de Aguas Negra y media hora en la Laguna de Valdeazores para gozar el paisaje y refrescar el cuerpo, el tiempo empleado en la ruta es de ocho horas. Desde las doce menos diez de la mañana hasta las ocho menos diez de la tarde.

El Camino

No está muy usado, pero sí es visible y discurre perfectamente tallado por las laderas y hondonadas más bellas de toda esta zona de la sierra. Desde el Collado Bermejo, arranca la senda que baja a la laguna y unos quinientos metros, a la izquierda, se desvía la antigua senda que se ve subiendo el repecho por entre los viejos pinos laricios. Traza varios zigzags mientras remonta la Cuerda de los Alcañetes y corona por un precioso collado que da vista al nacimiento del único arroyo que desde esta ladera, le entra al arroyo de Valdeazores a la altura de la Fuente de la Reina.

Sigue su avance cortando dos o tres hondonadas menores, todas repletas de preciosas praderas verdes y sus esbeltos pinos laricios hasta que corona a la vertiente del Barranco de la Tabarrera. Por estas alturas, casi altiplanicie repleta de pequeñas navas, dolinas, laderas suaves siempre tapizadas de cambrones, pinos laricios y majuelos, discurre hasta alcanzar los picos más elevados de Lancha de Pilatos. Dos enormes crestas que se enfrentan al Picón del Haza y toda la gran cuerda de las Banderillas.

Buscando el cauce del arroyo principal que va cayendo hacia el Salto de Los Órganos, baja la senda, bastante desdibujada a tramos y cae en picado por entre el arroyo, a la izquierda y el Poyo de Los Cerezos, espigón gemelo al Picón del Haza separados ambos por el surco del río que se estrella por el Salto de los Órganos. Por aquí se adapta a la ladera y al cortado y casi sin problemas, sale al mismo muro del pantano de la Feda o presa de Los Órganos. El regreso viene justo por la pista que sube desde las Lagunas hasta Collado Bermejo.

El paisaje

Ya en el mismo Collado Bermejo, nos sorprende las grandiosas figuras de los blancos pinos laricios y al frente, en una mirada hacia atrás, las imponentes figuras de la Sierra de la Cabrilla. Entre nosotros y esta plateada ondulación de los Poyos de la Carilarga, el grandioso barranco de Los Arenales y Fuente de Los Chorros por donde van tomando cuerpo los arroyuelos que alimentarán al río Guadalentín.

En cuanto volcamos el callado, siguiendo la pista que desciende a las lagunas, los espesos bosques de laricios nos arropan con sus sombras al tiempo que se alfombran las praderas con la hierba verde, las zamarrillas y las mil piñas menudas

que han caído de estos pinos.

Y en cuanto la senda se eleva sobre la ladera que comienza a recorrer, la visión se abre sobre el barranco por donde va naciendo el río Valdeazores y por encima de la Loma de Enmedio, se asoma el Pico Empanada, Cuerda Lastonera, y los paisajes hacia los Campos de Hernán Pelea. Por donde la senda va subiendo, los pinos se relevan en un desfile silencioso para mostrar la gran belleza de sus troncos blancos y restos, siempre acompañados de robles, majuelos, algunas encinas, muchas matas de retamas florecidas y las rocas que afloran por doquier como si quisieran prestarles apoyo.

Volcando a las hondonadas que vierten sus aguas al río Borosa por el Salto de los Órganos, la sorpresa y en asombro agradable, crece como la espumas en las cascadas. Una interminable galería de pequeñas cañadas, surgiendo de aquí y de allí, todas con sus chorrillos de agua fina, cubiertas por la mejor capa de hierba fresca y repletas de majuelos recién brotados por donde saltan los pajarillos y se clavan, esbeltos y majestuosos, los cada vez más grandiosos pinos laricios, mostrando la belleza plata de la concha de sus troncos a la luz de la mañana y derramando su serenidad al rumoroso viento que sin parar los besa.

Atravesadas estas primeras hondonadas, que más parecen pertenecer a un paisaje soñado, con sus rocosas laderas inundadas de cambrones, tomillo, ajedrea y retama, aparecen las llanuras que no lo son en cuanto que van fundiéndose con las cañadas menores, las casi redondas dolinas y las húmedas vaguadas por donde siguen espesos los majuelos, las retamas, los pinos laricios con sus raíces colgando por las torrenteras y la verde hierba adornada con sus florecillas amarillas o blancas. Un espectáculo impresionante que aumenta en belleza y en placer sobre el alma según vamos adentrándonos en los paisajes aplastados, para sorprendernos, tras cada lomilla del terreno y cada redondez de las partes elevadas.

Hacia el final, por donde parece perderse la senda buscando el grandioso barranco del Arroyo del Tejo, aparecen las barreras de varias de las cuerdas más elevadas. Son las puntas de la grandiosa Lancha de Pilatos que resaltan por encima de los mil quinientos metros y al mismo tiempos son las hermanas gemelas del Picón del Haza y toda la robusta cuerda de Las Banderillas. Desde sus cumbres, puras plataformas de rocas blancas lavadas por las lluvias y las nieves invernales, el mundo parece detenido en cuanto que el azul del cielo se toca con la mano y las lejanías profundas hacia el barranco del largo Borosa, con las laderas del Calarejo de los Villares, Collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos, Collado de Roblehondo y la misteriosa cuerda de las Banderillas, perdidas como en un infinito brumoso y por eso, inaccesible y misterioso.

Hacia el lado de Las Empanadas que es por donde el sol va trazando su camino, vierten varios arroyuelos que son los que nos guiaran hasta encontrarnos con el cauce grande. Por hondonadas y orillas, va cayendo la borrosa senda derecha al mismo Salto de los Órgano, pero siempre entre multitud de piedras calizas que ruedan por la ladera buscando su descanso en lo hondo y por entre un tapiz espeso de una hierba que de tan verde parece sagrar luz. Antes de tocar el borde del acantilado que circunda al Salto de lo Órganos, varios ejemplares de pinos laricios nos salen al paso para acabar con la última gota de asombro que nos

corre por las venas. Troncos restos de árboles viejos que parece desafiar la gravedad de las laderas y la soledad del grandioso paisaje rocoso.

Ya en el borde de los acantilados, lo que ante nuestros ojos se muestra es el asombro total del surco del río abriéndose paso por lo hondo entre peñones gigantes, dulcísimas cascadas que al caer se hacen espuma y charcos que parecen pura luz teñida del verde de las praderas y remansadas brevemente mientras van preparando su fuga por entre estrechos y galerías pétreas. ¡Qué asombro de belleza toda tan concentrada en lo que es un puro cataclismo de bravía naturaleza que busca su lugar concreto mientras la besa el sol! ¡Qué montón de violencia transmitiendo vida y agarrada a la vida más limpia mientras se quiebra y la arropa la sombra de los cortados y los pinos que al borde tiemblan!

Río arriba, nos va cogiendo con toda su fuerza, la corriente que chorrea desde el primero muro de cemento, pantano de la Feda, para enseguida empaparnos con su frescura, los mágicos borbotones del Nacimiento de Aguas Negras. Las voluminosas rocas por el rincón amontonadas y los fríos recovecos llenos de algas y musgo, les prestan al lugar su pincelada amable al tiempo que los verdes bujes y las sombras de los fresnos, con el rumor de las cascadas y el vientecillo acariciando las hojas de los pinos, parecen gritar que estos espacios pertenecen a lo más íntimo y tierno de la sierra profunda.

Sigue la senda, ahora ya pista forestal, ascendiendo por el borde del río que baja de la Laguna de Valdeazores y por entre zarzas, fresnos, robles, pinos laricios y laderas rocosas a un lado y otro, corona hasta las verdinegras aguas del embalse semi natural de la laguna. Este rincón sí es bonito casi hasta la perfección, pero justo cuando caen las tardes o se abren las mañanas que es cuando el silencio de los paisajes lo envuelven y la presencia humana es casi cero. Y también revienta hermosura toda la pista que sigue subiendo por el borde del río que baja desde el mismo Collado Bermejo, con sus espesos bosque a los lados, los chorros de agua saltando, las rocas casi con todos los tonos y los majuelos florecidos, en las tardes silenciosas de primavera o en las mañanas húmedas del verano que es cuando la soledad es total por estos barrancos.

Y en definitiva, una impresionante ruta por donde tanto asombra y aplasta al alma, lo voluminoso por su hermosamente distorsionada realidad, lo diminuto, o las hojas de hierba y los florecillas de las violetas o majuelos, por su brillante frescura y el viento purísimo tan impregnado de perfume a tomillo y ajedrea.

Lo que hay ahora

Las doce menos diez de la mañana del ocho de mayo de mil novecientos noventa y ocho. Acabamos de parar en las tierras de Collado Bermejo. Desde el Barranco de Guadalentín sube un aire fuerte y algo frío. Las nubes cubren espesas la Sierra de la cabrilla y son tan negras que no cabe pensar sino que amenazan lluvia. Puede empezar a llover de un momento a otro. Vamos a comenzar la ruta a las Lagunas de Valdeazores, pero por la parte alta del Calarillas. Nos arde la emoción en el pecho porque el camino es casi desconocido y se presenta con mucho misterio por los paisajes que recorre y el rincón hacia donde penetra.

Aquí mismo, al lado de abajo del camino, un bosque de pinos laricios preciosos y en las tierras del collado, uno que tiene hasta la señal de haberle sacado resina.

Conforme vamos a empezar la ruta, tres pinos a la izquierda. Canta un pajarillo y esto anuncia que la primavera ya se extiende por los paisajes de estas sierras, aunque hasta hace muy pocos días estuviera nevando y granizara intensamente. Miro al suelo y creo ver una manta parecida al esparto y no lo es. La zamarrilla sí está florecida y un poco los rosales silvestres.

Desde este Collado Bermejo arranca la ruta que lleva a la Laguna de Valdeazores. Unos cinco kilómetros. Las margaritas también están florecidas, blancas y amarillas y la hierba verde por completo. Esto y otros indicios, indican que la sierra se muestra hoy con su máximo esplendor a pesar del día nublado y el fuerte viento que nos azota. Subo y ante de llegar a donde una viga de hierro corta la pista, un contenedor para la basura. Junto a las chapas hirientes de este cacharro, florecidos también los ranúnculos o botoncitos de oro, porque eso es lo que parecen en esta mañana tan vestida de lujo y el sol que, en algunos momentos, cae sobre la hierba.

Bajamos un trozo por la pista, como si fuéramos a la laguna al modo clásico y después nos metemos por la senda. Hoy está esto solo. Limpio total de presencia humana y también de coches. Es viernes y aunque sea uno de los días más grandiosos para recorrer y gozar estas sierras, la gente todavía no aparece por aquí tan en avalancha como en cuanto lleguen los meses del verano. Es mejor la soledad del día de hoy porque se gana en belleza y paz aunque el cielo siga amenazando lluvia en cualquier momento y por estas alturas, parece que con más facilidad.

Vamos descendiendo y, en entre las mil presencias frescas que de pronto empiezan a clavarse en el corazón, están las florecillas amarillas de la zamarrilla esparcida entre las piedras blancas que sobresalen por entre la hierba de las praderas. Por la derecha, las raíces de los pinos temblando descubiertas y un chorrillo de agua que nace aquí mismo. Se ve la tierra tan empapada que parece como si ayer por la tarde hubiera estado lloviendo y en cantidad. Todo esto se ve por la primera curva que traza esta pista nada más arrancar.

Y por entre la hierba teñida de pura esmeralda, también destacan las mil piñas pequeñitas que a lo largo de los años han ido cayendo de los pinos. Esto y la espesura de los pinos por la izquierda y los chorrillos de agua, por la derecha, parece como si nos fueran saliendo, lentamente al paso, para irnos preparando. Será una abrumadora exposición lo que hoy nos mostrarán los paisajes que vamos a recorrer. Y de pronto, el trazado de la senda que perseguimos. Se ve por el lado izquierdo nada más tocar las tierras llanas de la primera hondonada.

Los majuelos todavía, por algunos sitios, no han brotado. Se van presentando todos apretados y llenos de fuerza, pero con sus tallos sólo empezando a reventar. Y las peonías, aquí mismo varias matas, sí se alzan ya algunos centímetros del suelo y se muestran con sus capullos tersos, pero no más gordos que un huevo de codorniz. Abrirán sus flores en cuanto el sol empiece a calentar más fuerte y persistente. También aquí mismo un arbusto de madre selva a punto de abrir sus primeras hojas en los tallos nuevos y de dos centímetros que les están saliendo. Junto a ella, una buena mata de hiedra que se ha comido el tronco del árbol por donde se agarra para hacerse grande.

Y en la misma curva por donde la pista se dobla y empieza a irse con la corriente del arroyuelo que acaba de nacer, en el montoncito de tierra y tan delicadamente tapizada de hierba, un laricio gigante que se alza plateado en la amplitud de la llanura y la densa soledad de la mañana. ¿Que cuantos metros tiene? Puede llegar a los veinte y parece que su diámetro es de casi dos metros. Por la torrentera se les escapa un buen puñado de sus raíces y hacia las nubes que, negras nos coronan, se estiran sus ramas viejas. Es como si la naturaleza ya aquí mismo nos quisiera saciar con sus mejores joyas.

Se estrecha según empieza a caer el arroyo, se ve la antigua senda que comienza a elevarse por la ladera y aquí mismo ya hay mucha agua. De cualquier sitio sale agua. Nada más llegar al arroyo nos desviamos a la izquierda buscando la senda que nace aunque no sea esta la realidad. Tres pinos con una cajita colgando de unas ramas y parecen que son como trampas para coger insectos. Atravesamos el arroyuelo, a unos quinientos metros del collado, se presenta un gran arce, todavía con sus ramas peladas porque no le han salido las nuevas hojas.

En los primeros metros de senda ya se descubre que está muy abandonada, no la anda mucha gente, pero se ve con su fila de piedras por el lado de abajo para que se sujete a la ladera. Según creo esta senda remonta por entre un collado que parte la Cuerda de los Alcañates y el Caballo de Valdeazores y vuelca a las altiplanicies del conjunto del Calarillas. Un espeso y precioso bosque de pinos laricios nos saludan nada más empezar a remontar y se nos van abriendo para dejar paso a la senda que cuela por enmedio. Remonta como unos cincuenta metros por entre los pinos y recta y todo su firme tapizada de piñas viejas, trozos de ramas secas y las retamas que caen por la ladera con sus flores amarillas, no abiertas del todo.

Una lagartija que corre por entre las piedras y algo más adelante, un lagarto verde. Como ha hecho unos días de sol, ya han recuperado su fuerza en los músculos y esto indica que no dentro de muchos días, también dejarán los agujeros donde han invernado, las víboras y otras culebras. Las mariposas, no a todas, se les ve revoloteando por entre las plantas florecidas. De entre los pinos salen varias palomas torcaces y al fondo, se le oye cantar al cuco. La primavera, sin lugar a duda, está presente en estas sierras, pero no trae mucha prisa.

Un enorme roble que todavía está desnudo de hojas. Ni siquiera tiene tallos nuevos en sus ramas aunque es verdad que por las zonas más bajas de estas sierras, algunos están por completo vestidos con el traje de gala que les has traído la primavera. Sube la senda empinada y con un poco de esfuerzo, se le intuye que va buscando el collado para atravesar la cresta por esa ondulación. Miramos y creemos que hemos remontado unos trescientos metros sobre la pista que empieza a vérsele estirada barranco abajo en compañía del arroyo. Es una ladera grande esta y si se mira para atrás, se ve el collado de donde hemos arrancando y surgiendo por detrás de él, la Sierra de la Cabrilla.

Las nubes son grises plomo y siguen con la misma amenaza. Aquí un pequeño collado con una roca a la derecha y un majuelo clavado en un puñado de piedras. A la izquierda un pino laricio y una carrasca. Los pinos laricios que son los únicos que pueblas las alturas de esta parte de la sierra, siguen con su escolta mientras remonta la senda buscando el collado que ahora apetecemos. Los pajarillos nos

saludan con sus cantos y como se reparten por entre los pinos y el amplio bosque, nos acompañan de trayecto en trayecto como si, al igual que los pinos, fueran tomando su relevo.

Aparecen las hozaduras de jabalíes buscando bajo la tierra los rizomas de las plantas y sobre todo, las raíces de los pinos que son alimento exquisito para ellos en los días de nevadas grandes. Una curva a la izquierda, varios robles todavía sin brotar, una pequeña pradera repleta de hierba, un espigón de rocas que casi la cubre y los gamonitos brotados y llenando la tierra por entre las piedras y las mil piñas secas. Preciosa la curva esta que la senda traza por aquí intentando tomar altura para entrarle al collado por el mejor punto.

Por entre las rocas revienta la hierba achuchándose con el musgo, otro roble más desnudo y los pajarillos sin parar su canto en esta deliciosa mañana ya bastante crecida. Desde la delicada pradera arranca una leve cañada que sube recta y por un momento dudamos si la senda se va por ahí, pero no, sigue por el lado de la derecha, tomando altura sobre la ladera al tiempo que la corta para entrarle al collado bien remontada. Sé ahora que si desde este punto siguiéramos rectos pecho arriba, saldríamos a lo más alto de la Cuerda de Los Alcañetes, al barrando del arroyo de Valdetrillos, por la junta de los tres primeros ramales y justo a la Peña de los Alcañetes y pino de la Mala Mujer.

Ahora remonta por un lapiaz donde a un lado y otro sólo rocas calizas y por esto, mostrando su color blanco y muchos pinos laricios que no dejan de brotar a lo ancho de toda la grandiosa ladera. Porque esta ladera que vamos recorriendo guiados por la senda, es magnífica en cuanto a su pendiente, larga y ancha. Hace honor a lo que son estas sierras. Varios de estos pinos me llaman más la atención porque los veo clavados en las mismas rocas. Como si la dureza de estas piedras fuera su propio sustento y por eso su tronco se funde con las peñas y el musgo que también reviste a las caras de estas desgarradas, pero hermosas, rocas.

El paisaje de calizas se hace más denso y conforme voy mirando descubro que las que no están clavadas con su grieta abierta por la nieve y el hielo, es porque ya se ha roto y busca su lugar de descanso en un rodar lento e interminable por esta ladera. Parecen manadas de borregos recién nacidos mezclados entre vellones de algodón que se han detenido junto a las tiernas matas de hierba para comérsela y dentro de un rato, seguir rodando en busca de las praderas que se extienden por el valle.

Y como voy embelesado mientras ya el sudor me baña la frente y respiro aprisa el aire de la mañana para no quedarme en el repecho de la empinada ladera, miro al suelo y de pronto, entre una pequeña mata de tomillo, ya sí brotada, algo que me llama la atención. Hurgo con la bota y al romperse, rueda por la hierba y es justo cuando ahora descubro lo que es: una seta de primavera. Las que no son muy abundantes en estas sierras, pero sí exquisitas de comer y tienen en nombre de Cagarria o Colmenilla. Nacen estas setas en la primavera y casi siempre en aquellos lugares frescos y al mismo tiempos soleados, siempre entre rodales de hierba húmeda e incluso próximo a las corrientes de agua limpias. Y como para mí es un gozo verlas, exclamo:
- ¡Qué suerte hemos tenido! Venir un día cualquiera a la sierra y sin buscarla, en el mismo camino que pisamos, nos la hemos encontrado.

Mientras me agacho y la cojo ya estoy mirando de reojo y enseguida descubro tres más. Crecen pegado a las piedras blancas de las calizas y entre un rodal de hierba alta. Las cortamos y entre exclamaciones de gozo, las recogemos con la intención de llevárnosla. El rincón es realmente delicado por lo resguardado de sol de la mañana por las ancha copas de los pinos laricios, la tierra fértil que se acumula entre las piedras y las muchas matas de tomillo que también clavan sus raíces en la frescura.

Desde la hondonada de las setas, remonta la senda, llena de hierba, muchas piñas y mil piedras menudas y como vamos mirando al sol de la mañana, aunque esta mañana no se le vea sino a ratos, la pista que surca el valle hacia la laguna, se ve brillante de tierra roja y blanca. Por ahí se les oye graznar a los cuervos. Vamos cortando las curvas de nieve y por eso de vez en cuando aparecen lanchas alargada de piedras siempre blancas y con sus recovecos llenos de musgo. Desde la hondonada de las cagarrias hay un tramo largo que sube muy empinado y por eso en un momento, cortamos cuatro o cinco curvas de nivel para buscar el acomodo por el collado.

Si se mira para atrás, lo que más destaca desde esta altura es a lo lejos, la imponente Sierra de la Cabrilla. Un laricio sobresaliendo en primer plano y el trazado de la senda que ha subido casi recto cortando la ladera, tapizada por completo de piedras blancas y si miro para arriba todavía se ve llana, porque es una senda ancha, pero con un montón de piedras cubriéndola, todas sueltas y blancas como si se les hubiera contagiado el mismo color de la nieve que tanto las ha cubierto este invierno y los anteriores. Caen de la máxima altura de la Cuerda de los Alcañetes que por aquí alcanza más de mil setecientos metros.

Ahora se allana un poco al tiempo que una racha de aire fresco acaricia el rostro, cosa que se agradece por el sudor que del cuerpo está manando. Es una subida fuerte aunque sin problemas ninguno. La caria de este vientecillo tan impregnado de olor a pino y ajedrea, reconforta mientras la visión es cada vez más placentera por la amplitud hacia todos los horizontes. Se domina todo el valle casi hasta la laguna que no se ve por la espesura del bosque y las tierras que rodean a la cuerda del Banderillas.

Sigue siendo llana con muchas hozaduras recientes de jabalíes y siguen con su canto sutil y dulce, los pajarillos. Las piedras calizas no desaparecen en ningún momento y contrastan con las mil retamas verdes y florecidas, algunas y los troncos gruesos de los pinos laricios. Y aquí ya bastante en lo alto, donde pareciera que la senda podrías borrarse algo, se descubre que está perfectamente reconocible aunque muy estropeada por el poco uso. Mientras llanea se le ve empedrada a conciencia y con mucha perfección y en una anchura, que también claramente se distingue, de casi dos metros.

Muchos de los laricios que ahora aparecen tienen sus ramas cubiertas de ese musgo blancuzco y largo que los serranos llaman pelusas. Remonta algo más y se intuye que el final de la ladera, hacia el collado, no está lejos. A la derecha un peral silvestre algo brotado y al mirar, una piedra que rueda. Debajo, un montón de hormigas que tienen sus huevecillos blancos depositados en la tierra negra que ha quedado al descubierto y enseguida se ponen en acción. Cada una coge su huevo y se introduce por los agujeros de las galerías subterráneas. Es la actividad de la

primavera y la belleza, al mismo tiempo que la fuerza de la vida, renovándose por doquier.

Remontamos un collado menor con dos perales silvestres a la derecha y como por instinto miro otra vez para atrás. Las Sierra de la Cabrilla que sigue asombrando con su figura gigante y la luz divina y plateada que desprende sus rocas desnudas. Un mojón pequeño a la derecha y la senda que baja levemente. ¡Qué visión más bonita desde este punto y en todas las direcciones y hasta casi el infinito! Cómo se llena el alma de sincero gozo y desde lo más íntimo da gracias por regalo tan inmenso.

Otra madreselva arbustiva medio brotada y descendemos un poco por lo que se venía intuyendo: el camino busca el collado para más cómodamente cruzar por él y seguir penetrando hacia la profundidad. ¡Y qué bonito esto, Dios mío, con su silencio de pinos gigantes, su perfume de tomillo, sus cantos de pajarillos y tanta primavera reventando por cualquier y tan a puñado, en la tierra que los ojos besan!

La senda se parece mucho a la que atraviesa el Tranco del Perro por aquel lado del río Borosa y los lugares llamados Los Villares y Roblehondo de los Villares. Sujetada con su muralla de piedra por el lado que da al barranco y empedrada a todo lo largo y ancho. Por aquí van apareciendo trozos donde se conserva casi como en aquellos tiempos. Sólo retamas, majoletos y pinos laricios, muchas piedras calizas y la hierba cubriendo.

Ya remontamos hacia el collado y una pequeña dolina. A la izquierda, un paisaje de rocas que nos coronan formando como un castellón robusto que clavado en todo lo alto parecen vigilar todo el valle de la laguna, la ladera que hemos acabado de recorrer y las tierras que sobre las partes altas, vamos a pisar enseguida. Las torres pétreas sobresalen hacia el barranco y los laricios clavados hasta en las más estrechas grietas. Miramos absortos al tiempo que ni palabra tenemos para expresar lo que por los ojos entra. Un pajarillo, quizá como nosotros también extrañado, revolotea y se eleva por el inaccesible mundo de esa escultura que chorrea belleza.

Un gran pino laricio que se ha secado, tumbado por el viento y las nevadas y caído sobre las esqueléticas rocas de un agreste lapiaz. La desnudez de su tronco blanco y la podredumbre que se lo está comiendo al tiempo que lo rompe en pedazos, inspira compasión mientras pasma su belleza muda y fría sobre tanto dureza agria. La matas de tomillo ponen una pincelada de consuelo al tiempo que impregnan el viento de otra aroma nueva. El perfume, lo mismo que el paisaje y la mañana, se va turnando según aparece la ajedrea, el tomillo, los pinos laricios o las diminutas florecillas de algún majuelo o retama. ¡Qué colección de joyas naturales y salvajes para mí solo y en este paraje de ensueño!

Otro pino laricio tronchado a una altura de siete u ocho metros de la raíz, pero todavía sin terminar de romperse y por eso, con las ramas de sus copas verdes. La nieve y el aire, al pasar por estas cumbres, lo ha combatido duramente hasta quebrarlo y dejarlo arrinconado. Sólo los fuertes sobreviven por estos rincones aunque esto no quita que mueran con dignidad porque si se le mira despacio, su figura es como el acorde único en el momento y lugar apropiado. Así son las cosas y esto no está desconectado de la vida que respira mi alma y llevo acuestas

mientras recorro el suelo.

Coronamos el collado y el suspense al mismo tiempo que la desorientación y el asombro. El arroyo que por aquí abre surco, visto desde abajo, no parece de tanta entidad como ahora se descubre y por eso dudo si es el que vierte por la ladera que hemos remontado o es el que se va hacia el Salto de los Órganos. Aquí mismo, las primeras matas del enebro rastrero. ¡Qué bonito también por lo verde que se presenta y lo recogido en sí mismo al tiempo que arropa la roca que le da compañía!

Según ahora vamos atravesando el collado menor, un lapiaz a un lado y otro que también se presenta con toda su majestad y dándose la mano con el corazón mismo de la primavera. Nos paramos unos minutos para acabar de respirar el aire que necesitamos y para llenarnos un poco más de lo que ante los ojos se abre y mientras, miramos la hora. Hemos tardado en remontar cuarenta minutos y la distancia recorrida no llega a los dos kilómetros. Aunque hemos subido aprisa, la cuesta es fuerte al tiempo que también merece la pena saborear con calma la visión que poco a poco se abre.

*

Volcamos el collado, que es una perla tallada y puesta en el lugar que le pertenece por derecho y según se mira al frente, la pared de rocas que se alza recto hacia el cielo, a la derecha, el surco del pequeño arroyo que tiene su nacimiento por aquí mismo y al otro lado, la otra pared rocosa gemela a la que estamos tocando. Un portillo mágico, mostrando tanta belleza que ni advertimos son los puntos más elevados que presenta toda esta cuerda.

Sopla el viento aunque no tanto como cuando arrancábamos y si se mira al cielo, parece como que algo se han abierto las nubes. Hace algo de frío, pero se intuye que si el sol sale, va a calentar sobre estas alturas. Bajamos y a la izquierda nos va quedando una pared de rocas lisa llena de pequeños pinos que se agarran a la vida con la energía del hierro. Por entre ellos y clavados en las rocas, surgen algunas matas de esparto. Según caemos, la tierra se suaviza y la belleza del paisaje se amontona o chorrea sin poderse adivinar desde dónde y hasta dónde, porque lo que más parece es que la suma de todo, concentra una hermosura que no tiene igual en ninguna parte de este plante tierra.

Los pequeños arroyuelos con sus cañadas repletas de hierba y sus pinos laricios grandes y pequeños, están puestos en su lugar exacto y así las matas de enebros rastreros, las de la ajedrea, los tomillos, las laderas blancas caramelo, las ondulaciones de los cerrillos y las llanuras de las vaguadas con su tapiz espeso de hierba verde y hasta el aire frío que corre y la luz mortecina que las nubes negras dejan paso desde el sol. Un paisaje que invita a morir para así hacerse esencia con él y no aspirar ni tocar nada más.

Intuyo que estas tierras ya forman parte del gran conjunto que rodea al pico Calarillas. Baja la senda casi mecida en la suavidad de la menuda ladera, cruza el arroyuelo, ramal inicial del grande que ha cortado esta cuerda y ahora remonta por la otra leve cuesta. Toda ella tapizada de matas de ajedrea que no hacen nada más que desprender perfume y por eso a cada bocanada de aire respirada, se

aspira un río de esencia. Y mientras ahora ya vamos remontando para caer en breve al otro ramal también inicial, un poco más el alma palpita asombro y da gracias en silencio. No es comprensible tanto gozo y mamando de belleza tan sutil sino se ve con los ojos y se palpa con el corazón al modo en que ahora mismo lo hacemos.

A un lado y otro, la escolta casi continua de los pinos laricios, ahora menos espesos y la soledad, en su concentración máxima o al menos, esto parece ahora. Muchos pinos casi enanos nacidos sobre la misma senda y a los lados y lo que se adivina es que la nieve y el frío no los ha dejado desarrollarse y por eso se les puede llamar bonsais. Y por entre estos pinos y los redondeles de las matas de enebro, aparecen las otras plantas de alta montaña: el cambrón. Y es que esto, se puede decir que es tierra de alta montaña. Sólo los troncos blancos de los laricios, los cien majoletos apiñados en las vaguadas y estos si que no han brotado por aquí, los cambrones y la ajedrea, conforman un paisaje que en nada se parece a los de otras partes de estas sierras.

Un segundo arroyuelo y este con su hebra de agua limpia y junto a la corriente y los charcos, casi de juguete, las primaveras florecidas. Sobre sus flores amarillas y las hojas anchas de la planta, caen las ramas densas de los enebros rastreros que se presentan lozanos porque estos sí han echado las nuevas hojas que les presta la presente primavera. Todo así: casi como un juego de hermandad donde cada planta, árbol, manantial, roca, cañada, pajarillo, lagartija, hormiga o mariposa, tiene su papel dentro del vasto mundo de tierras vírgenes y cada uno representa un trozo inmaculado del gran total que es el Creador Universal.

Nada más cruzar el arroyuelo, la senda se curva por el otro repecho y se agarra para coronarlo por entre el que de verdad sería el collado, al comienzo del Caballo de Valdeazores y la molen del Calarillas. ¿Qué nos encontramos a ese lado? Y enseguida pienso que será asombroso, pero que no puede superar a lo que hasta ahora llevamos visto, pisado y gozado.

Cambrones, tomillo aceitunero y mucha zamarrilla se agarran por las tierras arenosas y casi pura roca de esta ladera. Y pasando el arroyo, un poco ya remontados sobre la leve ladera que busca el collado de la realidad, se mira hacia atrás y ¡qué espigones de rocas remontados sobre la cumbre que a la izquierda ha dejado el primer collado! Rectos hacia arriba, negruzco por la humedad que desde las navas de su cumbre chorrea y, cubiertos por la esplendorosa hiedra que se agarra a la pura piedra. Sé que en la parte alta de estos paredones, se abren las hermosas llanuras de Navillas de Capazul. Sería glorioso visitar esta mañana ese rincón, pero hoy, ni el tiempo va a dar para más de la ruta ya prevista ni en el corazón cabría tanto mundo redondo de belleza.

Vuelve, la senda, a caer a otra cañada mucho más amplia y hermosa que las primeras porque los majoletos se amontonan como si queriendo los hubieran sembrando sobre la llanura de la tierra que va dando paso al tercer arroyuelo que desde este recodo nace. Este sí podría ser el comienzo y propiamente el cuerpo principal del arroyo que caen por la ladera hacia el cauce que baja a la laguna acompañado de la pista. La hierba se amontona como en haces y de aquí deduzco que los animales, ciervos, gamos y cabras monteses, por estos días sí tienen alimento a “todo pastos”. Por doquier pueden comer en abundancia y beber hasta

en las partes más elevadas.

Y de una hondonada remonta a otra hondonada más y las dos con su surquito de agua, sus majoletos bien espesos y sus praderas repletas. Sube recta unos treinta metros, tapizada de hierba y un trozo de laricio esbelto. Es viejo porque se le ven las ramas caída hacia abajo como si ya estuviera cansado de la vida. Y otro laricio que sobresale de dentro de una hondonada. Lo miro detenido como si fuera el primero que he visto en toda la mañana y me digo que alcanza los treinta metros de alto. A la derecha un bosque de pinos y a la izquierda el lomo del collado que sube.

Miro para atrás y ahora veo claramente la figura robusta de la gran cuerda que rompe el arroyo que va naciendo sobre estas vaguadas. A la izquierda me queda un bloque y a la derecha otro y bastante elevado y por en centro, el gran portillo por donde sale el arroyo. Y ahora veo, que el fragmento gemelo de la derecha, en todo lo alto, presenta como una mesa en pequeño. Algo así como la mesa del Arroyo de los Haberes o como el Castellón del Toro por el nacimiento del río Aguamulas. Sigo mirando y veo la senda que hace un rato hemos andado por el tramo que baja desde el collado grande, que ha sido el primero de todos.

Sigo remontando y en todo lo alto y al frente, otros pinos laricios casi achaparrados o en forma de paraguas y las ramas retorcidas. Por estas señales se puede intuir que la zona alcanza mayor altura. Estos pinos tienen algo de parecido con los banderas en las cumbres más elevadas de este parque como pudieran ser El Cabañas. Sobre las tierras del segundo collado, el de la máxima altura rozada por esta senda, sopla fuerte el viento y sigue siendo frío. La vertiente que desde este punto se toma es la que lleva sus aguas al barranco del arroyo de la Tabarrera, que es el que desemboca en el Borosa justo por el Salto de los Órganos.

Y ahora sí creo es el momento, desde este punto elevado por donde la senda ha dominado la cumbre del macizo, dar un vistazo a lo redondo del conjunto que pisamos. Casi en el centro estamos, aunque no lo sea y de por aquí arrancan al menos cuatro vertientes: la del arroyo este por el cual hemos venido coronando y que ya he dicho desagua en el arroyo de Valdeazores, la vertiente que desagua en el arroyo de la Tabarrera y que muere en el río Borosa por el Salto de los Órganos, la vertiente del arroyo de la Gracea que se funde con el arroyo de Roblehondo de Guadahornillos y la que recoge aguas hacia el barranco de las Iglesias y comienzo del arroyo de Roblehondo.

Una curva maestra de nivel, traza un dibujo alargado siguiendo toda la corona de la Cuerda de los Alcañetes, se tuerce un poco hacia el poniente abriéndose y ensanchándose y por las partes más altas de donde nacen todos los arroyos atrás mencionados, se alarga hacia la Cerrada de Elías, pero sólo por lo alto de esta cumbre y después vuelve para atrás para, al llegar a este collado, formar como un cuello de botella y abrirse luego en forma de riñón por lo más alto de la cabecera del Caballo de Valdeazores. Dentro de la figura que ha trazando esta curva, queda un color marrón oscuro que indica la máxima altura en todo este conjunto: de mil setecientos metros en adelante. El Calarillas que queda recogido dentro de la figura que ha trazado esta curva, alcanza los mil setecientos treinta y seis.

Seguimos nuestro avance un poco empujado por el viento que sopla desde el

lado en que hemos subido y picados por el deseo de encontrar rincones nuevos que nos sigan sorprendiendo. Cruje el viento al romperse por entre las ramas de los pinos y como es tan fuerte y son tantos los pinos, el rumor que atruena el especio es casi misterioso y algo lúgubre. La tierra que pisamos es como arenilla blanca, resultado de la trituración a que, los hielos y las lluvias, someten a las rocas calizas.

La senda se divide en dos. Por el lado derecho se ve un jorro o pista forestal no muy usada y sé que si nos vamos por este ramal caeremos justo al comienzo del arroyo que necesitamos coger para realizar el proyecto de la ruta que hoy pretendemos. Pero la senda que sube, que es la verdadera y desde aquellos tiempos, sigue recta y por ella nos vamos. Intuyo que atravesará paisajes únicos y como los desconozco, la curiosidad me empuja.

El trazado baja entre suaves curvas y preciosas praderas de verde hierba mientras que los pinos siguen apareciendo de continuo, gruesos, amplios y blancos. Mucha tierra, las piedrecillas echas añicos de la nieve y los hielos, muchos majoletos y las llanuras que se alternan con pequeñas lomas y dolinas casi convertidas en praderas. Una hondonada llena de enebros rastreros, majoletos y espinos ovilleros. Cantan los pajarillos y otra ladera tapizada de piedras blancas.

Remonta otro poco adaptándose al terreno que es llano sobre una altura considerable y ahora caigo en la cuenta que vamos pisando la ladera del Calarillas por el lado que mira al sol de la mañana. La hondonada que nos va quedando a la izquierda es por donde tenemos que coger para comenzar la bajada arroyo adelante. Remontamos un poco más y al frente ya divisamos las cumbres del Banderillas y por donde vamos pisando y inmenso paisaje calizo, pero hoy muy verde por tanta hierba y los árboles y arbustos brotados.

Perfectamente tallada sigue la senda ahora adornada con muchos cambrones. A la derecha una dolina, muy recogida en sí bajo el vuelo de un gran pino laricio con su tronco grueso y recto. Al otro lado de la dolina y como formando borde, los pliegues rocosos que se han quedado desmantelados en forma de sinclinal y sujetan tanto las aguas como las nieves en la figura alargada de lo que parece una cuna. Por este paisaje de alta montaña y en esta zona concreta, las dolinas y los calares, son abundantes. Mucho esparto saliendo de esta dolina que es alargada, con una entrada por el lado que llegamos siguiendo la vereda y una salida también por donde se despide la senda.

El paseo que recorre la senda por entre la soledad de los pinares, los majuelos y los enebros junto con los paisajes rocosos, es delicioso por la suavidad del terreno y lo variado en cuanto a vaguadas repletas de hierba y sus arroyuelos corriendo por el centro. El cielo se empieza a despejar. Ahora se ve azul y sólo manchado con algunas nubes blancuzcas que más bien parece brumas. Y de pronto, a la izquierda, otro viejo pino blanco, y la redonda dolina abierta en forma de embudo casi al pie de su tronco. La protege por el lado del Calarillas, un bosque de pinos menores y la hierba espesa y larga. Nos paramos y durante unos minutos, intentamos gozar la transparencia que del rincón mana.

La tierra que pisa la senda es fértil y por eso se le ve por completo tapizada de hierba. Remonta un poco girando a la derecha que es por el lado en que al final, tendremos que irnos. Ya no es tan fuerte el viento y esta señal parece indicar que

el día se abrirá dejando paso al sol primaveral para que los paisajes se vistan con su mejor gala. La senda tapizada ahora de ajedrea y por eso el aire nos llega saturado de perfume. La tierra por completo chorreando y al remontar a un collado menor, la panorámica se abre y al fondo y totalmente al frente, la grandiosa cuerda del Banderillas.

Lo gozamos unos minutos y siguiendo el trazado bajamos levemente mientras en estos momentos un espesos bosque de pinos laricios, rectos y altos, casi de cuarenta metros, nos salen al paso. Por el suelo se amontonan los enebros compitiendo con la espesura de la hierba fresca. ¡Es impresionante la belleza que se palpa por aquí! La ajedrea atusada por los animales y ahora ya sin senda, porque la hemos dejado hacia la izquierda, atravesamos las praderas buscando las hondonadas del arroyo que tendremos que seguir. Al pisar, los pies se hunden mullidos por la cantidad de hierba que cubre el suelo y lo espesa que está.

Otras dos dolinas, casi ocultas entre los enebros y la hierba y en unos metros, llegamos a la pista que dejamos atrás sobre el collado mayor. La cogemos y al pisar la vaguada del arroyo, agua por todos sitios. Da ahora la impresión que esta pista sí desciende todo el arroyo adelante presentándonos así la ruta que deseamos recorrer. Se ven rodadas de vehículos y ello indica que esta pisa tiene entrada para los coches. Arranca justo en el arroyo de la Garganta, el que pasa por la Nava de San Pedro, y después de rozar el Puente de Guadahornillos y la Nava de las Correhuelas, se viene por esta altiplanicie.

La pista da una curva, remonta otra vez buscando el camino y nosotros, aunque la seguimos, venimos con la idea de coger el cauce del arroyo. Una pradera grande de hierba, el tocón de un viejo pino, el chorro de agua que baja por el arroyo y su charco transparente. Sólo oír el cascabelo de cañico cayendo, anima y frena la marcha. Bebemos hasta saciarnos y todos coincidimos en que sabe a nieve. Miramos el reloj y marca la una y veinticinco y lo que llevamos andando son cuatro kilómetros doscientos metros.

Seguimos y en unos metros entramos al arroyo principal y el camino empieza a ponerse llano, con mucha hierba, sombra abundante y agua clara que no deja de correr por cualquier sitio. Otra inmensa pradera de hierba y el arroyo se va cerrando. La pista cruza el arroyo por entre un espigón de rocas que tiene que cortar y al frente, y ya casi de continuo, las cumbres del Banderillas. Al pasar la trinchera, una covacha a la izquierda, la prímula florecida junto a las rocas y una escila, con su agradable color azul intenso.

Unos metros más, y la pista atraviesa otra vaguada donde se ha remansado una laguna redonda bordeada por el césped de la hierba y por entre ellas y a todo alrededor de las aguas, las florecillas de las escilas. Su azul morado brilla al sol que ahora sí bañada todo el campo. Por la pista sigue pareciendo mil matita de ajedrea y tomillo y como ahora el aire no corre tan fuerte, el perfume que mana de estas plantas se capta con toda su densidad y pureza. Remontamos un puntalete y, al frente y por el lado izquierdo, sobre una llanura de tierra y rocas en forma de losa, muchas pisadas de animales silvestres. Esto son unas salegas: lugar donde les ponen bolas de sal a los animales para que la laman. Tres grandes trozos de sal han dejado aquí no hace mucho y al acercarnos, el olor de la ajedrea y tomillo, desaparece para dejar paso al de machos de ciervos, gamos y monteses.

La pista, después de las salegas, da una curva y al frente otra vez la cuerda de las Banderillas que nos asombra con su robusta figura. Un pino seco que sobre sale de entre el paisaje y es bonito a pesar de su muerte. Después de haber cortado casi todos los arroyuelos de esta cabecera, remontamos un poco y vamos casi recto a la cuerda del Banderillas. Y lo que ahora adivinamos, al coronar esta altura, es una gran vista sobre el barranco del río Borosa. Realidad que se nos presenta en cuanto terminamos de remontar.

Al frente, el Calarejo de los Villares, Calarejo de los Nevazos, el Banderillas y más próximo a nosotros y por donde se va la pista, que ahora se ha quedado en senda, dos elevados picachos rocosos que los vamos a remontar. Parece que la pista sólo llega hasta las salegas y de aquí para delante, sigue un poco ya en senda muy rota, hasta una casa o cortijo que se ve en la ladera casi al comienzo del arroyo del Tejo, justo el que cae al Borosa por Huelga Nidillo.

Muérdago en los pinos y dos viejos robles clavados en las tierras verdes de la cumbre que tenemos al frente y que es la que vamos a coronar. Dejamos la senda, descendemos al barranco y en unos minutos coronamos el espigón de la cuerda que nos queda al frente. Tocamos los troncos de los robles que ciertamente son viejos, curioseamos los agujeros por donde se les pudre el corazón y después de hacer unas fotos, coronamos hacia la derecha que es donde un pico rocoso se eleva grandioso y casi sujetando un enorme pino. Al ver el cuadro me acuerdo del que se da a la entrada del Torcal de Linares por las cumbres sur del Cabañas. Casi la misma belleza y figura presenta este pino y roca, sólo que el árbol es de mucho más porte y es espigón rocoso se recorta sobre la grandiosa cuerda del Banderillas.

Desde este puntal se ve todo el collado de Roblehondo de los Villares, todo este gran barranco hacia el río Borosa y la cumbre de las Banderillas coronando y como si nos quisiera dar la mando desde aquel lado. Surcamos la raspa de rocas puntiagudas y blancas por encima de esta loma que roza los mil seiscientos metros y buscamos el segundo pico, más pegado al río Borosa y más elevado. La panorámica es grandiosa y por eso, el asombro es total. Cae el sol, sopla el viento no con tanta fuerza como al comienzo de esta ruta. Muchas sabinas, muchos escaramujos, hierba a puñados y muy verde, ramas secas de los pinos que por aquí se pudren rotos de las lluvias y las nevadas, más troncos secos de viejas sabinas y las raspa que sube hacia el segundo picón rocoso.

Ya en lo alto del elevadísimo y puntiagudo picón, el gemelo total del Picón del Haza al otro lado del Borosa, la panorámica es como sigue: Los puntales de los Villares, El Calarejo, el Collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos, Collado de Roblehondo, Tranco del Perro, Las Banderillas, toda la hondonada de Roblehondo hacia el Borosa y Salto de los Órganos, el Picón del Haza y siguiendo para arriba, todos los Campos de Hernán Pelea, Cuerda de la Nieve, las cumbres del Empanadas por donde se ven todavía algunos girones de nieve y luego ya en primer plano, la hondonada del Calarillas que hemos recorrido y el surco del arroyo que baja hacia el Salto de los Órganos. La vista es de lo más impresionate y precisamente la amplifica y llena de esplendor la primavera tan espectacular que este año brota por estas sierras y el día que ahora mismo estamos gozando. Es de lujo el balcón que el Creador ha querido regalarnos hoy y en su momento justo.

Satisfechos y algo cansados, aquí mismo nos ponemos a comer, aprovechando

una hondonada menor que se configura entre las rocas y que está bien tapizada de hierba frente al sol que dulce cae. Son las dos y veinte de la tarde. Dos horas treinta minutos es lo que hemos tardado en llegar hasta este grandioso mirador.

* *

A las tres y cinco arrancamos desde la cumbre del picacho, con la intención de recorrer el último tramo hasta el Salto de los Órganos. Nos metemos por el surco de un arroyo que desde lo alto de esta cumbre, cae en picado hacia el cauce mayor que es el que necesitamos encontrar. Es esto una ladera de rocas por completo lavadas por la nieve y la lluvia y la tierra húmeda, se retiene en las suaves repisas, dando vida a multitud de plantas: hierba fina, gamonitos, zamarrilla, enebros, peonías, sabinas y gruesos pinos laricios. Ha llovido no hace muchos días y por esto la tierra se ve empapada.

Es este un surco que las corrientes de agua han abierto totalmente en picado y por el centro de la pura roca buscando el cauce mayor. Al llegar al arroyo que necesitamos, un espeso bosque de bujes nos salen al paso. Por entre sus troncos nos metemos y cortando la densa sombra y oscuridad que se derrama sobre el surco mayor, descendemos. Una cagarria justo en un rodal de musgo y al borde mismo del arroyo. No trae agua este cauce a pesar de lo que esperábamos por lo hundido que ha quedado ya sobre esta ladera. Todos los chorrillos de agua que hemos visto por las zonas altas, se han filtrado y aunque esto ya sí es un arroyo de entidad, ni siquiera un charco tiene. Las corrientes van subterráneas aprovechando las grietas de las calizas y la pronunciada caída de este monte.

Salimos al lado derecho del cauce y como ya estamos casi en la mitad de esta gran ladera, la senda se despega unos metros de arroyo. Entre el surco del cauce que nos va quedando por la izquierda y la pared rocosa que se nos alza por la derecha, una cañada de hierba espesa y verde como en una alfombra expresamente fabricada para que cubra la franja de tierra por la que descendemos. Muchos majuelos y unos cuantos pinos laricios que sobresalen esbeltos formando un ángulo cerrado con la inclinación de la ladera.

Y llegamos al ejemplar de pino laricio por excelencia en esta ruta. Se clava en el centro de esta fértil franja de tierra, ya no muy lejos del cañón que el Borosa ha abierto por el lugar Salto de los Órganos y por debajo del paredón rocoso, gemelo total con el Picón del Haza. La hierba que le rodea le presta un poco más de vistosidad y ya debajo de él, el azul del cielo coronando la voluminosa oquedad que se abre en este gigantesco barranco.

Unos metros más y aparece el corte rocoso que caen en vertical hacia los charcos del Borosa. El gran salto, limpio como la luz de este día y espumeante como la nevada más copiosa, se le ve desde este punto a más de trescientos metros desde donde nosotros estamos hasta lo hondo. Sólo asomarse deja sin aliento y la contemplación, pasma. Entre otros detalles, se ven los charcos remansados por entre las gigantescas y negras rocas que se amontonan por el río, la corriente saltando por las cascadas y la senda que desde la central eléctrica, sube hacia los túneles. Y aunque bien sé que todo es grandioso, visto desde donde le hemos entrado, hasta parece un puzzle que se abre para que juguemos, por lo pequeño y caprichoso que se muestra.

Por debajo de la gran cascada, la de los Órganos, se ve el redondo charco azul y a pesar de la altura y la distancia, hasta se distinguen sus transparencias y las mágicas olas de espuma que flotan y se rompen. Más que de lujo la entrada al rincón desde este ángulo y esta tarde cuando ni siquiera a un ser humano se ve y ello hace que aun resulte más hermoso.

La senda, ya acabada de caer, como no puede seguir en la compañía del arroyo que le ha venido prestando apoyo porque el voladero de gran escalón se lo impide, se viene para la derecha y busca el surco del río por la parte de arriba del gran salto. Aprovecha la pared de roca que surge por este lado y justo donde ésta se clava en la poca tierra de la última repisa, se abre paso. Se topa con una cerca de alambre y por su orilla sigue y va a salir al mismo puntalillo que caen hacia el río en la misma curva que éste traza entre el túnel mayor y el túnel menor, el último antes del muro del pantano de la Feda.

Se pasa bien ya con el alma en calma y un poco remansada con la corriente del río que en este tramo se prepara para el grandioso salto que le tiene fabricado el escalón rocoso de la gran cuerda. Muchos majuelos, espesas zarzas, rosales silvestres, el rumor de la corriente que acompaña como dando un abrazo y la visión de los túneles que se ven frente y al otro lado, más zarzas que se tejen densas y, sobre y por entre la espesura, el frescor de la hierba que no dejar de dar compañía. También muchas primaveras y las moradas violetas saliendo por entre las grietas de las rocas. Frente, el Picón del Haza casi al alcance de la mano y su collado verde. Todo cae repleto de majuelos, mil bujes, las raíces de un gran tronco laricio y la belleza que se clava hiriente.

Sobre la blanca tierra del puntal que cae hacia la curva del río, el lino azul florecido. Se ven varios charcos azules negros de tan clara como es este agua y el río con una enorme corriente. Y desde este puntal, en una última mirada hacia atrás, la ladera que hemos descendido, es impresionante. Una empinada ladera de pura roca caliza y por donde sólo se ven cientos y cientos de encinas clavadas en las grietas y casi colgando al vacío. Y abajo, pues ya el gran cañón por donde se desangra el río que nace en lo más profundo de estas salvajes tierras.

Por la estrecha senda, turistera porque es de los que por aquí vienen a visitar el rincón, terminamos de remontar y ya el muro del embalse de Los Órganos. Por lo alto rebosa el agua y cae en forma de abanico y casi convertida en espuma. Un rumor delicioso en estos momentos y después de tanto empacho de lo que es tan profundamente dulce. El azul verde del agua remansada y el leve viento que la acaricia trazando onda sobre su cara y jugando con la luz del sol.

* *

(El final de la ruta 1, continua con lo que sigue)

Atravesamos el muro y son las cuatro y diez de la tarde. El otro aparato marca nueve kilómetros desde Collado Bermejo hasta este punto. Miro hacia arriba, por donde le entra el arroyo del Infierno y se ve un gran caño en forma de cascada. Ya esto indica que el nacimiento de Aguas Negras hoy tiene que brotar repleto como pocas veces por estas fechas. La soledad es grande, porque hoy y a estas horas, no hay por aquí ni un alma humana. Sólo el vientecillo que acaricia, los pinos que están quietos, el verde del bosque y las olas rizadas sobre la superficie del agua embalsada.

Por el lado izquierdo del pantano, remonta la estrecha senda y busca el nacimiento de Aguas Negras. Según ahora vamos subiendo por ella se oye el rumor de la corriente cayendo por entre las piedras que le saludan nada más nacer. Muy trillada se ve este trozo de senda y esto indica que serán muchas las personas que la pisan a lo largo del año. La retama florecida y a la izquierda toda la gran ladera que sube hacia Los Charcones, ya en la gigantesca altiplanicie de Los Campos.

Unos metros antes del nacimiento, una roca que se curva como trazando un puente, la espesura de los fresnos, el muro del pantano menor que se encuentra por encima del nacimiento, la hierba con su verde vida y el rumor del agua con un caño grande saltando por entre las rocas. Antes de llegar, se allana un poco, un viejo fresno en un rodal de tierra algo llana y en su sombra, muchas piedras donde las personas se sientan a comer y a descansar de la ruta, Borosa arriba. Junto al manantial, el cataclismo rocoso amontonado en forma de grandísimas rocas en la misma corriente y a los lados y ya por aquí, pues brotando el gran caño, tan solitario en aquellos tiempos y ahora tan visitado. Antes de llegar, una avalancha de rocas calizas retenidas por la ladera de la izquierda, la senda que pasa por lo alto, el fresno que saluda y ya, el manantial surgiendo por debajo de su roca dormida y blanca.

¡Un auténtico río de agua es lo que brota por el agujero de la roca! Agua limpia que enseguida se mancha de negro, sin mancharse, con el color que les prestan las algas trabadas en el fondo y en la superficie de las rocas que va cubriendo. De aquí el nombre de Aguas Negras, por el color de las algas que esta corriente cría. La roca de donde surge, por la parte que mira al cielo, está lisa con algunas arrugas o pozas y por debajo, como si hubiera una cueva hondísima y por ahí aflora este gigantesco borbotón que también es color diamante.

Por la parte de arriba de este punto, aunque el arroyo es largo y profundo, no trae agua, al menos en estos metros primeros, si desde el manantial subimos por el cauce. Sé bien que allá en lo alto, donde propiamente nace este arroyo llamado del Infierno, que son las laderas del pico Empanadas, sí tiene su cristalina corriente. Hasta conozco el primer manantial que al cauce le entra. Mana por debajo de la raíz de un gran pino laricio algo más arriba de la vieja casa forestal de la Cabrilla y frente a las hermosas laderas del Empanada. Desde aquel punto casi hasta el control de Rambla Seca, sí corre e incluso en verano, pero luego, como tantos arroyos en estas sierras, se filtra y es a este agujero donde viene a salir que por supuesto, recoge aguas de otros muchos puntos de esta cuenca.

La miro brotar y sale en un inmenso borbotón, como si estuviera hirviendo y por eso hasta forma olas que enseguida se duermen en la abundancia del charco que la recoge y comienza su rodar por entre las piedras que la reciben. Las primeras piedras del fondo tienen color rojo, las siguientes negras y luego, en cuanto empieza a correr, resalta la transparencia impregnada de espuma nieve que se mece como en un juego dulce y comienza su chocar contra las rocas y revolverse y saltar de una cascada a otra. No tiene mucho camino que recorrer porque enseguida se duerme en la masa que tiene retenida el pantano, pero como no dejo de mirarla, lo que más de impresiona, es el gran río de agua que de este agujero brota. Casi tanta o más como el Guadalquivir lleva, algunos veranos, al pasar por el pueblo de Coto Ríos.

Avanzo un poco y me pongo de tal modo que el borbotón quede a la derecha y al mirar, descubro que de la roca surgen los borbotones como en hilera. Un borbotón detrás de otro formando ondulaciones que nerviosos tiemblan y al recibir la luz de la tarde, reflejan los colores del diamante y también los de la miel y los del viento y un poco los del oro limpio y el fuego en danza. ¡Qué grandiosidad en tan poca cosa!

Bebemos hasta saciarnos y además de estar frío casi como el hielo, sabe a nieve y un poco a esencia de hierba verde mezclada con besos de roca blanca y silencios profundos. Miro a las rocas que rodean a este lujoso venero y sobre ellas veo muchos nombres escritos y todos son de personas y también fechas. Nos movemos y según ahora vamos regresando hacia el muro, miramos detenidamente y descubrimos que por el borde de esta corriente y por el lado en que va la senda, brotan un enjambre de veneros. Unos detrás de otros o casi todos dándose la mano y por entre las piedrecillas sueltas y los berros. Puedo pensar que como este año ha llovido tanto, el agua que tiene que salir por la grieta del manantial grande, es tanta que no cabe y al rebosar desde las galerías subterráneas, revienta y afloran luego por donde pueden.

Atravesamos el muro del pantano y ya nos vamos moviendo para subir por la senda que remonta buscando la laguna azul. A las cinco y diez salimos desde este muro hacia Collado Bermejo. Al pasar, miro al frente y veo las mil olas pequeñas que se rizan por la superficie de las aguas embalsadas y como ahora el sol de la tarde les da un poco en ángulo, los tonos que reflejan son verdes negros con perfiles viento y luego cristal líquido. El cielo se ha quedado azul con borregos de nubes blancas y corre un viento fresco que se agradece.

Por el lado derecho del pantano remonta la senda. El tomillo que está florecido, muchos bujes y el agua del embalse, azul blanca negra y al mismo tiempo inmaculada como la pura nieve. El monte que se ve surgiendo como en el centro entre el manantial de Aguas Negras y el río que le entra al pantano desde la laguna, es el Castellón de los Ríos y hoy sí que se muestra hermoso, todo vestido de pinos laricios repletos de verde y las rocas blancas que salpican la ladera.

Otro gran pino laricio y poblando toda la ladera de la derecha hasta la cumbre, todo un batallón más. Muchos rosales silvestres, bujes y fresnos. Cada vez más se estrecha el pantano. Un arroyuelo que baja por la izquierda con un chorro de agua y una cascada menor y la senda que se interna por entre la vegetación que no estorba mucho por la cantidad de personas que por aquí pasan de continuo.

Una llanura algo más adelante del arroyo y es donde los coches de los guías que traen a visitantes, dan la vuelta. Desde aquí hasta la laguna el camino ya es pista de tierra que puede hacerse en coche. Se ven ruinas de algún cortijo y por entre lo que fueron sus paredes, las zarzas y el monte creciendo. Ya el pantano se va terminando y sólo sigue el río que baja desde la laguna. Cantan las ranas y también se oye la voz de un cuco. Los chorrillos de agua que surgen por entre los bujes.

Del final del pantano, arrancan vuelo unos patos y se remontan hacia las aguas de la laguna. Unos diez minutos y ya la pista le entra a la laguna con toda suavidad y al llegar lo primero que hago es mirar a ver si todavía crece por el rincón el

pequeño pinsapo y sí, lo veo por entre los pinos y ya no es tan pequeño. Lo conocí en aquellas fechas en que dormíamos en el refugio que aquí mismo se alzaba y ya lo único que se ve son las piedras de las paredes desmoronadas. Lo derribaron y ahora siento un poco de tristeza. ¡Qué bonito era esto y por la noche con la luz de la luna reflejada en las limpias aguas!

La tarde cae y nosotros cruzamos el pequeños muro que sujeta las aguas de la laguna, subimos los pocos escalones de cemento y por el lado opuesto al de la pista, subimos bordeando las aguas. Las pisamos en muchos momentos porque la senda de esta orilla también se ha roto casi por completo y hasta las zarzas crecen espesas. El agua es azul, con el mismo tono del cielo de la tarde y el brillo verde de los bosques. Al fondo, por donde se ve un rodal de eneas, revolotean y nadan los patos.

Desde este lado de la laguna la vista es mucho más bella porque se le coge más cerca y, además, como desde el ángulo en que ella duerme. Un lagarto que se esconde en su agujero al vernos y como voy mirando con el deseo de encontrar la pequeña estatua de una virgen, se me queda atrás el curioso agujero que se abre en el espigón rocoso. No veo tal estatua y guardo silencio mientras de los pinos del fondo, alza vuelo una garza que revolotea y se para en el pino de enfrente. La observamos despacio durante unos minutos y seguimos.

Dos plumas de pato por entre la hierba que se ve ellos tienen andada buscando lombrices. En la última curva antes de la corriente de un arroyuelo, dos pinos blancos y tres patos nadando al final cerca de la espesura de las eneas. Al vernos se esconden y sólo dos remontan vuelo hacia las aguas del pantano que abajo. La garza remonta su vuelo otra vez y se va por el curso del río que baja desde el Collado. Al cruzar los juncos, una culebra y peces que nadan surcando las aguas.

Donde en aquellos tiempos yo descansé en la playa de arena blanca, ahora sólo descubro muchos juncos entre zarzas y en el fondo de las aguas, algas negras. Llegamos a donde el arroyo de Valdeazorillos se duerme en la laguna. Un chorrillo de agua clara que surca una ancha llanura de arena blanca. Con las crecidas de esta corriente, la tierra y las piedras, ruedan y al llegar a la laguna se van estancando no dejando espacio para las aguas embalsadas y sí para muchas playas de arena por donde crecen los juncos, las zarzas y la eneas.

Por entre esta arena, la corriente limpia que ahora mismo baja por el arroyo, se abre paso trazando varios canales y antes de hacerse laguna, se torna roja hierro. Miramos y descubrimos que por aquí o hay algún filón de mineral de hierro o se pudre alguna herramienta vieja porque las piedras que moja la corriente se ven oxidadas y también por las arenas más finas, mana algún hilillo con tono de hierro podrido. Nos paramos y durante un rato, además de beber, gozamos de la tarde y refrescamos un poco los cansados pies. Sentimos que ha sido como un triunfo y, además, a lo grande y hermosamente bello.

Por donde nos sentamos se ven las pisadas de los patos y la tierra removida de haber buscado lombrices. Cantan las ranas y se ven algunos pajarillos revoloteando por entre los majuelos. Al frente, grita un arrendajo. No se mueve el viento y sí se oye el rumor del arroyuelo durmiéndose en las limpias aguas de la laguna por aquí convertida en sembrado de juncos y anea.

Sigue cayendo la tarde y con la sombra del cerro que nos queda entre el sol y el barranco donde estamos, arrancamos y subimos. Cogemos por la pista que en otros tiempos cruzaba por el viejo puente de madera, ahora roto y camuflado entre la espesura, y ya comenzamos a remontar hacia el collado. Rozamos las pareces de aquella vieja alberca que crío truchas y por entre las ramas de los fresnos y las húmedas arenas, vemos las plumas de una paloma torcal. Se adivina con claridad que ha sido apresada por alguna alimaña o ave rapaz y aquí mismo se la ha comido.

Remontamos a la pista que en estos tiempos usan tanto y al mirar el reloj vemos que son la siete menos cuarto y calculamos que sobre una hora será lo que tardaremos en remontar. Comienza a subir con toda suavidad y el arroyo a la izquierda que trae mucha agua, varios pinos laricios grandes, los fresnos que empiezan a brotar y un roble comido por el musgo que también conozco de aquellos tiempos. Este paseo hacia arriba es de lo más hermoso si se hace con paz y sin prisa.

A la derecha, nos va quedando el sol que se pone, pero que ya no vemos porque nos lo tapa la gran Cuerda del Caballo de Valdeazores. Un roble que se ha caído y ya el tiempo lo tiene casi podrido. Las florecillas de unos ranúnculos brillando a la última luz de la tarde y el rumor de la corriente acompañando según ascendemos. Es, más que bonita esta subida, grandiosa y honda esta subida como el mismo paseo que vamos terminando sin terminar porque se siente como si, por entre los chorrillos que nos siguen acompañando y las florecillas que relucen a la última luz del día, se nos fuera quedando lo mejor de cada uno. Como si el más limpio hálito de vida, se nos quedara por aquí para la eternidad y por eso ahora se siente, además del gozo, por en encuentro con tanta belleza, la tristeza de una pérdida que tiene sus raíces en lo más hondo de cada uno de nosotros.

Se va presentando un repecho más fuerte y por la izquierda, otra cascada más que cae abierta. Trae mucha agua este arroyo. Un pino cubierto de hiedra desde arriba hasta las copas y los rayos de sol que se escapan por entre las rocas de la cumbre y de vez en cuando nos besa y luego se va dejándonos en compañía de la sombra que nos arropa un poco. Algo así como si quisiera acurrucarnos para no dejarnos tan solos frente al vacío que se siente.

A un cuarto de hora de haber salido de la laguna, pues por la izquierda, el arroyo que sigue bajando mientras nosotros ahora vamos en dirección contraria para que se note que nos alejamos y un gran fresno que se refleja en el limpio charco y la cascada que salta por las rocas. Piedras con musgo y a la derecha, la ladera rocosa y un espigón en forma de fraile, como dicen los serranos. Los pinos con las raíces por el aire y agarrándose como pueden para no caer ni morir como ahora sí nos pasa a nosotros.

El agua que ha bajado corriendo por la pista, al llegar aquí se ha ido para el arroyo y se ha llevado por delante media torrentera de lado izquierdo. Un estrecho por el arroyo, donde queda encajonado y para seguir bajando tiene que violentar su corriente saltando en chorros y en cascadas blancas que retumban con el cansancio que gotea del cuerpo. Una subida más fuerte y la pista que se agarra totalmente empedrada con piedras gordas e irregulares y bien lavadas por la corriente que este año ha pasado por aquí. Las lluvias han sido tan abundantes que

hasta esta pista ha hecho de arroyo para desaguar las laderas y barrancos que nos van quedando a los lados.

¡Qué hermoso es esto y más todavía si se lo sumo a lo otro y a lo de esta mañana! Otra cascada más y abierta por la superficie de la roca que intenta sujetarla y desgranando música con notas que saben a miel y a sangre. Antes de caer por encima del musgo verde que tapiza a la roca, el cauce se detiene y forma como un remanso de juguete. Algo así como si tuviera miedo despeñarse y se detuviera por unos segundos para meditar su caída. Mucha agua trae este arroyo.

La pista que cruza el arroyo, algo más arriba el muro de contención sobre el mismo surco del cauce, una llanura menor llena de hierba verde como tantas entre las que ya hoy hemos visto y pisado y al mirar el reloj vemos que desde la laguna hasta este punto sólo hemos gastado veinte minutos. Como al cruzar lo hace empedrada, el agua pasa abierta o desparramada y por eso no tiene problemas aunque sí tenemos que buscar las piedras que por aquí han puesto para saltar por ellas.

Remonta por la derecha del arroyo y ahora, durante un tiempo, lo vamos a ir despidiendo. Al caer la tarde cantan los mirlos con ese canto monótono y algo triste y aunque desgarran un poco más el alma, es bonito porque la sombra sigue arropando contra el rumor del agua que baja y el verde del bosque que sigue en su belleza eterna. Arriba ya se ve la cumbre que vigila al Collado de la Nava de Paulo.

Un arroyuelo a la izquierda por donde cae el chorrillo de agua correspondiente y otro caño que desciende por el mismo centro de la pista. ¡Hay que ver la cantidad de agua que este año sale de los rincones de estas sierras! Por la derecha adivino el gran manantial de la Fuente de la Reina. No vamos a verlo esta tarde porque ya venimos cansado y en el espíritu no caben más emociones. Este otro arroyuelo que por el lado izquierdo le entra a la pista, también trae mucha agua.

Se ciñe en una curva por enmedio de un bosque de pinos muy espesos y al mirar la tierra descubro que es fértil, de la buena. Ya el arroyo se nos ha quedado bastante hondo y por el lado derecho. Otro borbotón de agua brotando de la misma torrentera. Lo adornan varios margaritas, dos retamas florecillas, mucha hierba fresca y un buen puñado de violetas mezcladas con las primaveras amarillas. ¡Qué respingo de alegría transmiten esta florecillas al alma cada vez que se les encuentran tan limpias y humildes ellas!

Un bosque espeso de pinos rectos como emergiendo desde la hondonada y dando compañía por el lado del arroyo grande. Más arriba y por la otra ladera, la otra pista que también se despega del arroyo y va tallada en la pura roca. Avanza hacia el corazón del Caballo de Valdeazores y también puedo decir que la conozco porque la tengo recorrido por aquellos tiempos. Como una gran caída que el arroyo grande tiene que saltar y por ahí se esconde los viejos tejos. Un espigón rocoso a la derecha por donde se extiende un pedazo de roca como tendiendo un puente hacia no se sabe qué otra orilla.

La pista corta por completo el espigón rocoso para poder pasar y lo hace en forma de trinchera, quedándole a los lados dos paredes verticales. Al frente y por en centro de luz que deja la trinchera, un castellón rocoso lleno de musgo y en todo

lo alto, clavados varios pinos. Es otro juego más y este como temblando al vacío para demostrar que la vida puede surgir hasta de lo más agreste. Y ahora caigo en la cuente que quizá, entre tanto como hoy hemos visto, palpado y gozado, esta sea la gran verdad: que desde Dios y su fuerza creadora hacia la perfección e inmortalidad de la creación, la vida surge a chorros aun hasta en lo más árido y salvaje. Y la vida no puede ser otra cosa sino la manifestación de un universo que sólo contiene amor.

Nos hemos acercado al arroyo que nos corre por la derecha y por aquí ya se le ve como mucha más suavidad. La carretera también se suaviza y como en un abrazo con la luz de la tarde que se duerme, se enreda para ir muriendo poco a poco en el collado donde tenemos nuestro final, de la ruta y de algo más. Por la izquierda todavía el brillo de los últimos rayos de sol de la tarde prendiendo una aurora sobre las copas del bosque de pinos. ¡Qué bonito! También por la izquierda, otro arroyuelo más con su buen chorro de agua y tan clara como cuando cae de las nubes.

Ya todo más llano como preparándose para remontar la corta cuestecilla que descansa sobre el collado y entre tantas y tantas verdades rotundas, sigo mirando y me asombra la cantidad de agua que el arroyo de la derecha y a estas alturas, lleva por aquí. Un chorro tan grueso como el cuerpo de una persona y transparente como la luz del día. La tierra se va presentando en forma de praderas y esto indica también que por aquí cerca fue donde estuvo aquel cortijo que un día murió. Se llamaba y, parece que por el lugar se sigue conservando su nombre para que no muera del todo, cortijo de Fuente Bermejo.

Todavía un poco antes de remontar al collado, la pista sube llana, rozándose con el cañito de agua que salta por el surco del arroyo recién nacido y la cantidad de agua ni siquiera disminuye. Por aquí la tranquilidad, la paz de la tarde sumada al final de la ruta, con el canto de los mismos pajarillos de esta mañana y el revoletear de alguna mariposa, es lo que va rematando armoniosamente. Las praderas de hierba que por momentos van siendo más anchas y ahora presenta una belleza distinta a la de esta mañana y el verde hermano que tanto nos ha dado compañía a lo largo de las horas trotando por los rincones de ensueño.

Por la izquierda se nos despega un ramal del arroyuelo y lo hace en forma de canal casi perfecto por las rocas lisas y bordadas con macetas de hierba. Los majuelos lo arropan suavemente como si ahora que ya lo vamos a perder para siempre, nos lo quisieran ocultar para que la despedida no sea tan áspera. El gran pino laricio que nos saludó esta mañana al arrancar y el otro ramal del arroyo que baja desde el mismo collado que también viene repleto. Ahora, hasta parece que con más líquido cristal que esta mañana.

Y ya el ultimo tramo de cuestecilla y por la derecha se ve la senda que remontamos al salir. De ahí mismo, que es por donde se amontona un gran puñados de laricios, surge una vez más el canto del cuco. Es la primera vez que este año lo oigo y ahora sí que da cierta alegría porque esto indica que la primavera abre sus puertas grandes para entrar de lleno a estas sierras. El cielo se ha quedado azul, no se mueve el viento y sí revolotean unas nubes blancas por encima de las cumbres de la Cabrilla.

Las montanas y laderas, con sus praderas y arroyuelos, que acabamos de recorrer, desde aquí, ¿quién puede adivinar lo que son y lo que esconden? Sobre la loma que esta mañana remontamos, todavía relucen unos dorados rayos de sol. Tres pajarillos siguen con sus cantos y al llegar a lo alto total, la explosión silenciosa del alma que grita llena de satisfacción. La ruta ha sido terminada. Los últimos metros por donde la pista se deposita suavemente sobre el collado, a la izquierda una pequeña torrentera que rezuma las primeras gotas de agua de los arroyos que acabamos de recorrer, las florecillas amarillas de las primaveras como el botón final o el preludio del comienzo, una hilera de pinos laricios también como cerrando fila alrededor de todos los que hoy nos han acompañado y el final.

Son las ocho menos diez y el aparato de medir los pasos marca quince kilómetros doscientos metros. Esta es la ruta, si es que así se le puede llamar por no decir, encuentro con lo intangible en medio del más exquisito de todos los paraísos. Porque también se le podría llamar el lugar donde el alma se ha dado un baño de Dios y después del más dulce de todos los besos, todo queda como florecido y en espera, entre el edén más grandioso y la más rotunda eternidad. Quizá por esto, la última palabra no puede ser sino de agradecimiento y perdón, de tanto como hoy he recibido y no merezco. Porque "mi alma salta de gozo y se regocija en Dios mi Salvador".

La fragancia eterna

Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede sirvir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oirse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:
- ¡ Y mañana íbamos a ir a recoger, del "piazo", las cerezas!

Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:
- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.
Y el que le da compañía responde:
- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles, pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

José Gómez Muñoz
Úbeda, 10 - 5 - 1998
6,30 de la tarde

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. **Arroyo de Valdetrillo,**
Barranco de la tabarrera, laguna de
Valdeazores, Estrecho de Perales.

NOTA: es esta ruta una variante de la anterior gran ruta, pero con el aliciente de tener, al principio y final, dos trozos distintos a la primera y por ello, resutal, además de mucho más enomcionante, bastante más larga. Se necesita una buena preparación y un día con bastante horas de luz, para hacerla con éxito y no acabar agotado y cogido por la noche.

El camino

En la curva del Estrecho de Perales, dejamos el coche y desde este punto la ruta asciende arroyo arriba hasta lo más alto de la cordillera. Justo en la pequeña llanura de los majoletos que es donde nace este arroyo. Algo más arriba está el Pico Calarilla y a la derecha, entre montículos, dolinas y rocas, discurren varias sendas y pistas forestales. Desde este punto podemos bajar hasta el Barranco de Roblehondo, podemos volver y salir al Collado de Bermejo, podemos avanzar e ir a desembocar a la Laguna de Valdeazores y también podemos bajar por el Arroyo de Los Organos hasta llegar al Salto de Los Organos. Por Aquí hay senda pero hemos de ir muy atentos para encontrarla y no perderla. Desde el Pantano de la Feda o de Aguas Negras, el regreso se hace siguiendo la pista que va hasta la laguna de Valdeazores, sube al Collado Bermejo y regresa a la Nava de S. Pedro.

El paisaje

Un gran barranco que se va abriendo hacia la cumbre sube por el arroyo entre espesos bosques de pinos; por la derecha queda la escarpada y difícil cuerda de Los Alcañetes. Ya en la cumbre, una gran altiplanicie bastante extensa, nos saluda con sus hermosos pinos laricios y sus grandes bosques de majoletos. Este es un hermoso rincón, pero aún lo es más todo el Arroyo de Los Organos con la gran cordillera de Las Banderillas al fondo y los escarpados paredones que caen hacia el barranco. Los pinos laricios, robles, encinas y majoletos nos irán acompañando mientras caemos hacia lo hondo donde a nuestra derecha se irán perfilando cada vez más gigantes paredones rocosos que son cortados por el Río Borosa dando lugar al barranco hacia el que descendemos.

De interes

Agua corre por todo el cauce del arroyo en las épocas de invierno y primavera; en verano la cosa es distinta. Nada más comenzar la ruta, de las paredes rocosas de una montaña, veremos brotar un copioso manantial. Es prudente que nos aprovisionemos aquí. Por las cumbres del Calarrilla hemos de tener cuidado para no desorientarnos. Las inmensas llanuras que existen por aquí nos invitarán con fuerza casi irresistible a permanecer en ellas largo rato tumbados a la sombra y respirando tanto el aire limpio de estas cumbres como el silencio y la paz que por ellas corre. Son abundantes por aquí las cabras monteses, los jabalíes, los gamos y los muflones.

CENTRAL DEL RÍO BOROSA, ROBLEHONDO DE LOS VILLARES 1-1- 96

La distancia

Desde la misma casa de la central hasta el segundo cortijo de Roblehondo, que es donde vive Manuel, son unos dos kilómetros. Y el desnivel a salvar oscila entre los cien a ciento cincuenta metros de altura.

El tiempo

Arrancando justo en el tubo que le entra a la central y siguiendo por la estrecha sendilla que recorre la ladera del Cenajo de los Toros, hasta el cortijo, puede tardarse entre hora y cuarto a hora y media.

El Camino

En el primer tramo, desde la central hasta cerca del barranco del primer arroyo, apenas es una leve senda en muy mal estado y difícil de andar por lo inclinada de la ladera. El trozo que sigue hasta el cortijo, se nota algo más y aunque sube muy empinada, se puede recorrer bien. Es esta una senda que los habitantes de este cortijo están dejando de usar por lo que, en cuanto pase unos años más, estará muy rota y por completo abandonada.

El Paisaje

Toda una pronunciadísima ladera desde el momento que arranca, quedando a la derecha, la enorme pared de roca que presenta la cuerda de las Banderillas y a la izquierda, el profundo surco por donde corre el río Borosa. En cuanto se cruza el primer arroyo, un abrupto saliente de rocas presenta la ondulación de un puntal formado por multitud de placas rocosas y creciendo por ahí, un espeso pinar.

Al frente, mientras se remonta la dura cuesta, las bellas laderas al otro lado del río y más en lo hondo, las llanuras de Huelga Nidillo y las cerradas de Puente Piedra. Ya frente a los cortijos, la impresionante quebrada del barranco de este Roblehondo coronado por el Calarejo de los Nevazos, los picones del Tranco del Perro y el profundo collado de Roblehondo.

Lo que hay ahora

La una menos cinco minutos. Dos horas y diez minutos he tardado desde la entrada a la pista que recorre el río Borosa hasta esta casa de máquinas. Hoy en esta central eléctrica, no hay nadie. Esta todo cerrado y aunque se sienten las turbinas funcionando, parece ser que las casas están deshabitadas. Como durante tres días casi sin parar, ha llovido tanto, cae mucha agua por todos sitios.

Subo un poco siguiendo la senda que va al Salto de los Órganos. Una pequeña construcción con un puñado de tierra de cultivo y en ellas varios árboles frutales. Cinco cascada tengo ahora mismo aquí y manando de ellas un ruido que me deja sordo. Voy a dejar esta senda que sube hacia el barranco del gran Salto y me vuelvo para atrás. Por detrás de la central y remontado, estoy viendo una sendita que atraviesa la ladera. Más al fondo y lejos, veo los cortijos que vengo buscando. Puede que esta senda me lleva hasta ellos. Voy a intentarlo.

No me he encontrado ni siquiera a una persona en todo este recorrido. Sí vuelvo a ver otra cabras montes que se refugia por debajo de la tubería que cae. Por la parte de arriba de la alambrada de la central, viene un camino. Atraviesa el tubo por un pequeño puente de madera. Por aquí creo que podré ir hasta los cortijos que busco.

Ya he remontado los primeros metros y me tropiezo con una construcción que se refugia en la misma curva que la pared rocosa tiene cuando ya termina de caer y se clava en la tierra de la ladera. Este es el Cenajo de los Toros, según luego me dirá Manuel. Tiene todavía sus tejas, está blanqueada por dentro, una puerta hecha de piedras tobaceas de por aquí e incluso están labradas y a los lados, con sus dinteles de madera de pino. A los que hicieran esta medio casa, el trabajo que les costaría subir las piedras y las maderas hasta este complicadísimo rincón.

Miro y sigo viendo la ridícula senda y por momentos me digo que voy a continuar y enseguida me contesto que como hace tanto viento, andar por esta ladera y por tan pobre senda, es peligroso. Si me coge una de estas rachas de viento y me tumba, voy al río sin remedio, pero rodando por la agreste ladera de más de cien metros que me queda por la izquierda. Pero voy a intentarlo porque mi deseo de llegar hasta el cortijo en un día como el de hoy, me empuja a ello.

Por mucho que llueva y muchas piedras que caigan, estando refugiado en esta covacha, no hay peligro. Desde aquí hacia el barranco hay una vista que pasma el aliento. Me pongo en marcha y mientras me voy curvando con la inclinación de la tierra y la senda, me acompaña una bandada de pajarillos que hasta parecen jugar conmigo.

Ya he atravesado quizá el peor trozo. Esto parece que empieza a mejorar. Veo el cortijo y mi ánimo se levanta. Pero si soy capaz de superar esta pendiente ¿quién me dice a mí que podré cruzar los arroyos que por esta ladera bajan antes de llegar al cortijo?

Por la pista sube un coche todo terreno. Voy comprobando que aunque tiene muchas piedras y se encuentra muy rota esta senda por aquí, se puede pasar bien. No hace mucho alguien ha recorrido este camino porque acabo de ver una pisada de persona. Vengo volcando a la cuenca del arroyo y lo veo y lo siento. No trae mucha agua. Creo que podré cruzarlo, pero ¿tendrá algún puente o pasarela de piedras?

Ya estoy a cincuenta metros de la corriente. No veo ningún puente y sí trae bastante agua. Con mis ojos puestos en la figura del cortijo que se aplasta en la ladera sigo y en cuanto llego a la corriente descubro que tiene este arroyo, tres grandes caños de agua, crece una junquera en el centro y tengo que dar el salto desde una piedra a estas plantas y desde ellas a otra piedra grande que se clava retirada y desde ahí, sólo me queda un caño menor que sí podré pasar con más facilidad.

Me dispongo y lo cruzo. Sigo el camino y ahora me digo que como hoy le dé por caer una tromba grande, al volver no podré cruzarlo. Remonto la inclinada ladera cubierta de pinos y mostrando complicados salientes de rocas y en cuanto estoy arriba, veo el cortijo al frente. Por la chimenea sale un chorro de humo y esto

me indica que dentro hay personas.

Ahora me animo mucho más y aunque voy viendo que todavía tengo por delante de mí otros dos arroyos, lo que me preocupa es que comience a llover en cualquier momento. Y el cielo está por completo cubierto. Veo dos cortijos. Este segundo arroyo es más fácil de cruzar. No me ha costado casi nada.

Ya voy cayendo hacia el tercer arroyo próximo al primer cortijo. Son dos ramales los que por este arroyo bajan y aunque parece más importante, tampoco tengo problemas. Voy asomandome a una llanura y lo que ahora quisiera es que al llegar me encontrara con personas. Esta ha sido la causa que hoy me ha movido subir esta lejísima y complicada ladera.

Veo una oveja negra pastando. Atravieso la llanura y aunque el camino se mete por el lado de abajo, me remonto para entrarle un poco por lo alto a los cortijos. Trae mucha agua este cuarto arroyo. Remonto y estoy en el cortijo. Lo primero que me encuentro es con una tinada de ovejas. Por delante de mí van ocho de estas ovejas y descubro que están muy delgadas. Descubro que en esta primera construcción no hay ninguna persona.

Me voy por la parte de abajo y busca la segunda construcción que es de donde sale un chorro de humo por la chimenea. Sopla el viento y hoy hace mucho frío. Hasta puede nevar porque ahora es la época de la nieve y más por estas alturas. La tierra rezuma agua por todos sus poros. Las tierras llanas que se recogen junto al cauce de este arroyo, están anegadas.

Una senda que viene desde la tinada hacia la construcción de más abajo. Sobre el barro se ven pisadas de personas. Dos y diez cuando he llegado a esta primera construcción. Al acercarme, ladran unos perros. Un hombre mayor sale a la puerta y al recibirme, después de saludarlo, dice:
- Yo lo he estado viendo a usted subir desde aquel barranco, lo que pasa es que usted no me ha visto a mí.

Y es cierto: Manuel estaba entre el monte vigilando o cuidando a su ganado y mientras yo me he acercado a este rincón, ni siquiera he notado que me estuviera siguiendo. Entramos dentro y frente al fuego que arde, nos sentamos. Como es tarde le digo, a Manuel, su hijo, la mujer de este hijo y a la mujer de Manuel, que voy a comer porque creo que es la hora y tengo hambre. Me dicen que ellos también van a comer y entonces saco del zurrón los presentes que para ellos traigo. Unas botellas de vino, algunas latas de conserva, varios dulces de navidad, pan y fruta. Se lo ofrezco porque para ellos las he traído hasta este rincón y bien que ahora me siento feliz y ellos me ofrecen unos níscalos asados en las brasas de la lumbre y que han cogido hace un rato.

Mientras empezamos a comer descubro que la mujer de Manuel es sorda muda. También me doy cuenta que ya tiene bastante años y por eso se acurruca en el mejor sitio frente a la lumbre. Dejamos que pase el tiempo mientras les doy compañía y al rato, le pido a Manuel que desde la puerta me diga los nombres de la sierra que nos rodea. Salimos y aunque el día sigue nublado, no hay niebla sobre las cumbres. Sopla el viento y hace frío y sigo temiendo que en cualquier momento comience a llover.

Mirando hacia el gran barranco por donde baja el río Borosa me dice:
- Aquel es el Castellón del Haza y por debajo está el cortijo con el mismo nombre. Esta ladera de aquí más abajo, donde están los pinicos chicos que se ven unos claros, donde yo he visto ahí unos pedazos de labor, se llama el Robliar. Ahí había unas viviendas que le decían el Cortijo del Robliar. Lo que remonta se llama el Collado de la Gamellica y este puntal que se viene hacia nosotros, también el Puntal de la Gamellica. Más para arriba, y por aquel lado, Poyo Serbal, El Talayón, otro puntal que hay en aquel lado. Por aquí, la Lancha de los Pinos, porque es usted, sino no se lo decía y esta hondonada, el Barranco de los Tejos, el monte que queda en el centro es el Puntal de la Hacica. Por ahí queda un lugar que se llama La Cuatreña. ¿Verdad que es un nombre bonito?
- Sí que lo es.

- Aquello que se ve es la Cueva Capedrea, allí dormía ganado en otros tiempos.
- ¿Y la cueva de las Higueras?
- Eso está muy junto a la caseta de Roblehondo, que era donde vivía uno que le decían el Tío Lobera.
- ¿Y este puntal que más levanta?
- La vaga que hace se llama el Collado del Hombrezuelo y Vaga de la Lancha esta que hay aquí.
- ¿Y la Cueva Bermeja?
- Esa queda por debajo de la Fuente de la Umbría. Si ha estado usted alguna vez en la caseta, donde remata la pista de la caseta de la Fuente de la Umbría.

- Entonces, toda la tierra por aquel lado del río ¿ya está nombrada?
- Nos queda aquello que se ve que le dicen Las Rozas, luego el Canalón de la Oradá y lo que usted me dice se llama La Lancha de las víboras. Esa es la cosa más bendita para criar cabras monteses. Un camino viejo que iba por ahí como podía. Lo que se ve por encima donde dice que bajó, Poyo Cerezo, lo que queda detrás, el Caballo de la Cueva y desde allí para arriba, el Caballo del Pocico.

- Y si nos venimos hasta la puerta de tu cortijo, este arroyo que lo roza ¿qué nombre tiene?
- Este se llama el Royo el Corral y si le sigo diciendo, porque es usted, aquello que se ve donde están los pinos replantados, es la Molata el Pañuelo, donde hay una raya muy buena, la Pretina Bocacola, el Cinto de los Frailes, para que no se le olvide a usted, por debajo del Castellón del Haza, la peña aquella que levanta, el Collado de las Chozas, aquí a este lado que hay una cuesta de marca, la Cuesta del Picachal, el Portillo de la Almoteja, Puntal de la Ventana, que mire usted como se ve la ventana, este que hay enfrente Caracierzo, Bajas de Caracierzo y aquel es El Fraile que desde los balcones de Orcera, se ve.

Cae la tarde y aunque me estaría con ellos mucho más tiempo, temo que las lluvias se presenten y me coja la noche antes de llegar al coche. Los despido y me vuelvo por la misma senda. Son las cinco y cuarto. Una hora he tardado en bajar desde el cortijo a la central. Si tardo dos hora en llegar al coche, a las siente y cuarto ya estoy al final de esta ruta. Y cuando llego al coche, son las siete menos diez minutos. Así que desde la casa de máquinas de la central del río Borosa hasta la cadena de entrada, he tardado dos horas y cinco minutos. He pasado un día de año nuevo delicioso. Gracia al cielo, doy yo, por esta experiencia tan bonita y

compartida con personas tan buenas.

La historia

Tengo que dejar escrito que los cortijos de Roblehondo de los Villares, existen clavados en la tierra de la ladera que mira al río Borosa y que dentro, vive esta pareja de dos hermanos serranos. Dos más de los muchos que se hicieron fuertes en los rincones de estas sierras y pertenecen al grupo de los últimos pastores valiente. Los dos ya son mayores y ella es sordomuda. El dedica el día a cuidar a sus ovejas por las intrincadas laderas de esta tremenda cumbre del Banderillas que le acoge.

Un poco más abajo, hay otro cortijo donde todavía vive una de las hijas del matrimonio mayor que hoy ha compartido lumbre y casa conmigo. Y claro que lo he pensado: "¿Qué hacen estas personas, en estos tiempos modernos, y viviendo en un cortijo tan pobre que este y hasta alumbrandose con candil de aceite? ¿Por qué no se arrancan ya de esta tierra que tan dentro llevan y se bajan al valle o se marchan a otros pueblos como lo hicieron tantos? ¿Qué es lo que esperan en esta aparente soledad y lejanía donde por no tener no tienen ni un punte para cruzar el río y desde la pista poder subir al su cortijo y ni tampoco tienen un camino en condiciones por donde bajar o subir cada vez que necesitan acercarse al valle?

Al menos tres horas se tarde en subir y hay que recorrer casi diez kilómetros y salvar un nivel aproximado de quinientos metros a parte de los tremendos cortes de rocas y los romerales que hay que atravesar. En los días de grandes nevadas, que son muchos a lo largo del invierno porque, estos cortijos se encuentran en las partes más altas de la sierra, se quedan bloqueados y lo único que pueden hacer es sentarse junto al fuego y calentar sus manos con las llamas que desprenden los troncos. Si alguno de los dos un día de estos cae enfermo, para sacarlo de aquí ¿cómo se podrá hacer?

Y como tantas otras veces, ante la realidad de estos cortijos de Roblehondo y los sinceros serranos que todavía los siguen habitando, me digo que ellos son iguales a otros muchos: tienen la tierra metida tan dentro, que si un día las pierden, se quedan sin sostén bajo las estrellas. Prefieren morir en la privación de las comodidades de la sociedad moderna a irse del rincón que les pertenecen. Y claro que si lo medito sinceramente me digo que hasta tienen mucha razón. ¿Por qué deben irse y perder su libertad y el calor que da aquello que es propio y se lleva dentro?

Pero sí pienso que los otros, los que no son ellos y desde fuera y lejos les miran como reliquias del pasado y héroes que resisten en solitario ¿no podrían echarles una mano y, dejándolos en su mundo, construirles un puente en el río, trazarle un buen camino hasta sus cortijos, ponerles luz eléctricas y hasta incluso facilitarles algún medio de transporte para que puedan subir y bajar al Valle donde tienen ellos su primer núcleo de civilización? ¿No sería bueno ayudarles algo para que mueran en su rincón, porque este es su deseo como lo fue el de tantos otros, no tan desamparados por los que nos llamamos civilizados?

La fragancia eterna

Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la

monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo desde las tres matas de carrascas que, junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira, pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:
- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:
- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

PUENTE DE LOS CARACOLILLOS, RIO BOROSA, CASA FORESTAL DE LA FRESNEDILLA, BARRANCO DE ROBLEHONDO 30-12-95

La distancia

Desde el Puente de los Caracolillos hasta las ruinas de la casa forestal de la Fresnedilla, son unos seis kilómetros y medio. En ida y vuelta, serían unos trece kilómetros que sumados a los dos que hay desde el puente hasta la cadena, en la ida y vuelta, cuatro, dan diecisiete kilómetros.

El comienzo de esta ruta se sitúa sobre unos setecientos cincuenta metros y va discurriendo entre los novecientos a mil para alcanzar los mil ciento cincuenta metros, poco más o menos.

El tiempo

Si contamos desde el puete hasta la Fresnedilla, subiendo despacio, se puede tardar unas dos horas y algo y en bajar, algo más de una hora. Ida y vuelta desde la cadena, entre unas cinco a seis horas.

El Camino

Todo es pista de tierra en muy buen estado para andarla. Desde el puente de los Caracolillos hasta la casa forestal, una prolongada subida que remonta suave a tramos y bastante inclinada, otros. Es un buen camino para hacerlo sin prisa en forma de paseo y a lo largo de un día entero.

El Paisaje

Desde los primeros metros se nos presentan espesos matorrales de durillo,

madroñeras, robles, pinos y encinas. El primer remonte para salvar el puntal que baja desde el Castellón del Moro también llamado de Guindas, nos va situando en un precioso balcón hacia el tramo final del río Borosa y siempre encajado entre la espesura del bosque.

Al dar la primera gran cuerva y enfilar arroyo de las Truchas arriba, la panorámica se nos recoge sobre el Puntal de la Carrasca que es el que nos irá acompañando todo el recorrido por el lado derecho del arroyo que viene cortando la sierra. Es un magnífico paisaje el que por esas laderas se ve y más todavía por pertenecer al bosque más puro de estas sierras.

Hacia el Castellón del Moro y el grandioso Pecho de las Instancias, nos sobrecogen las interminable laderas surcadas por sus arroyos cristalinos y emergiendo de entre la espesura de su negro bosque, algunos pinos laricios de porte excepcional. Sobre las cumbres que nos coronan por la izquierda, las crestas escarpadas, continuamente nos miran amenazantes. Los robles y las madroñeras, mezcladas con algunas matas de brezo, pertenencen a los mejores ejemplares que han dado las tierras de este Parque Natural.

Lo que hay ahora

Son ahora mismo las once y media de la mañana y el día se presenta no sólo encapotado sino lluvioso y casi cerrado en nieblas. Lleva varios días de parar de llover. Ya me voy con la pista que desde este Puente de los Caracolillos se divide y comienza a subir en busca del Barranco de Roblehondo de Guadahornillos.

Conforme voy subiendo la cuesta siento ruidos de coches y miro. Por la pista que recorre el Borosa hasta la central, sube un todoterreno cargado de personas. Remonta repentinamente esta pista y mientras busca la parte del puntal que cae, atraviesa un gran bosque de encinas y madroñeras. No llueve ahora, pero es porque ha parado justo en este momento. Según me voy alejando del río se me va apagando el rumor de su corriente. El silencio del bosque con las gotas de lluvia que caen o gotean desde las hojas, es lo que va destacando por el corazón de esta mañana.

La pista esta por aquí, arranca desde el Arroyo de Linarejos, atraviesa todo el Barranco de Roblehondo, se mete por el centro de lo que es el núcleo de la reserva y viene a morir a la que por el Borosa sube. Desde una curva de estas veo con claridad el manantial que me he encontrado hace un rato cuando subía por el río. Y el arroyuelo queda a un lado y otro bajando por entre los pinos y como es todo una pura cascada, se ve blanco y es precioso.

No viene de ningún sitio este manantial sino que nace bajo las rocas de un cerrete que hay, se ve aflorar desde aquí y más para arriba ya sólo rocas y pinos. Y desde ese punto hasta el río es todo un puro chorro lleno de espumas y curvas blancas que caen. El Borosa hoy baja a tope. Nunca lo he visto con tanta agua.

Remontado unos metros más, se me empieza a presentar el profundo cañón del río en el trozo que lleva hasta la cadena y por la pista veo subir un grupo de tres o cuatro personas. En la lancha que cae desde lo alto, una cueva en forma de triángulo. No la había visto yo hasta hoy. Desde la cuerva, frente me queda el Hotel

de las Hortezuelas. Se ve perfectamente.

Remonto el puntal de esta ampulosa curva y aquí me tropiezo con una pista muy rota que por la derecha, se deja caer hacia el arroyo. Por este camino bajamos nosotros aquella noche, mucho antes de que estas sierras fueran Parque Natural y decidimos dormir junto a las aguas de este arroyo de las Truchas. Este trozo de pista fue el camino que sacaba a las personas desde esta profunda sierra hasta el río Guadalquivir por el Coto Moreno. Al remontar la cuerda que me va quedando por la derecha, se divide y un ramal se va por la cumbre mientras que el otro bajaba a las llanuras del río Grande. Seguía luego por donde ahora recorro la pista y un poco más adelante, remontaba por mi izquierda hacia el cortijo de Guindas y desde ahí, para la Lancha de Los Pinos.

Por la pista ha corrido el agua. De vez en cuando, tanto a derecha como a izquierda, me voy encontrando con madroñeras todavía con muchos frutos rojos colgando de sus ramas. Y una realidad que me satisface: ya estoy totalmente seguro que en este recorrido hoy no voy a encontrarme con turistas. Sigue sin llover y hasta se han abierto algo las nubes dándole al día un poco más de luz. Suave sopla el viento y al mover el bosque se produce un ruido agradable. Y como el bosque está tan verde, los paisajes parecen de ensueño. El rumor que ahora siento es el de la corriente del arroyo de las Truchas que baja paralelo a la pista que remonto. Y por la ladera de enfrente, veo salpicados, algunos chorreones de agua que son arroyuelos menores.

Tres pinos por completo secos, totalmente naranja porque se han secado este año. Tanto por aquella ladera como por esta, de entre el bosque, a trayectos, resaltan pinos secos y también robles. Por la derecha de esta pista, le tuvieron que poner un trozo de muro de piedras para sujetarla porque la ladera es muy inclinada. Desde este punto ya se ve el arroyo. Desde aquí descubro un trozo de la senda que va por la ladera de aquel lado del arroyo. Me digo que si hoy pudiera cruzar yo este Arroyo de las Truchas, me iría por esa senda hasta el valle del Guadalquivir.

Ya aquí al dar una curva, me encuentro en el centro, realzado sobre el trozo de ladera que cae desde el Castellón del Moro. Desde el arroyo se levanta un chorro de niebla. Descubro ya toda la enorme cuenca de este largísimo arroyo y al final, otro bloque de niebla que intuyo cae por el antiguo y hoy desaparecido Puente de la Gracea. Un gran roble sobresaliendo por entre el bosque y todavía con sus hojas amarillas enganchadas en las ramas. Por aquí empiezan las espesuras de las malezas de este Roblehondo. Madroños, durillos, encinas, robles, lentiscos, cornicabras y romero. Es tremendo el bosque que por rincón se concentra.

Me doy cuanta ahora por qué la pista que vengo siguiendo trazaba una cerrada cuerva. Es porque baja un espigón rocoso, final del Puntal de Guindas entre el Arroyo de las Truchas y el Borosa, en forma de muralla que sobresale del bosque y por eso el camino busca pasar por el mejor punto.

Son ahora las doce de la mañana y empieza a llover. Por aquí voy recorriendo un trozo de pista que es pura recta y muy larga. No hace viento, pero si me llegan pequeñas oleadas de perfume manado de las flores de los madroños. Precisamente es esta la época en que florecen a la vez que también dan su cosecha del año anterior. Los romeros que me voy encontrando pegados a la pista, algunos están

ya florecidos. Veo que por la otra ladera gemela a la que voy recorriendo y que me acompaña por la derecha, baja otro arroyuelo repleto de agua.

Un arroyuelo o pequeña hondonada que me sale al paso. Junto a la misma pista y por la derecha que es el lado de abajo, una gran noguera. Miro y en el mismo cerrete veo restos de una antigua casa. Por aquí estuvo la casa forestal del Pecho de las Instancias. Recuerdo yo ahora que cuando aquella vez pasamos por aquí, estuvimos descansando bajo la sombra de esta vieja noguera.

Un poco más adelante, veo un montículo de piedras sobre las cuales han nacido ya algunos pinos. Junto a los trozos de paredes que todavía quedan en pie, dos nogueras más. Por la izquierda entra como un jorro y es el trozo de camino que venía y sigue viniendo desde los cortijos de Guindas. Como a unos cien metros más adelante y a la derecha, un gran pino seco. Se ven otros por el barranco y más al frente.

Se cuerva a la izquierda como ciñéndose al castellón para salvarlo. La pista discurre llana y al frente me sobrepasan otros grandes picos. Son la prolongación del Calarilla hacia este barranco que por aquí se convierte en el Castellón del Moro o quizá mejor llamado, de Guindas. Estas son las figuras de las crestas que coronan el Pecho de las Instancias. Se ve la niebla remontando por las hondonadas.

Miro mi derecha y descubro que por lo hondo, el gran arroyo de las Truchas se divide en dos. El que viene desde aquel lado de los Hoyos de Muñoz que es el arroyo de Guadahornillos y el que se me viene hacia donde voy remontando que es el cauce de la Gracea. En el centro queda como otro gran puntal. Justo por ahí avanza la senda que saca desde estos barrancos hacia el Tranco de la Carrascas y en ese puntal que se recoge entre los dos grandes cauces, se encuentra el casi ignorado y famoso Robledo del Toril. Según me han dicho, justo en este punto creció el grandioso pino que llamaban “El Abuelo” y que dejó de vivir aquella tarde de agosto cuando fue alcanzado por un rayo.

Otra tercera hondonada y esta baja por el centro de dos grandes espigones. Por lo alto observo un buitre volando. Se oye caer una cascada por entre las rocas que me quedan por la izquierda, pero por el arroyuelo que atraviesa la pista no encuentro agua. Sube la pista y por el centro corre un caño de agua limpia como el viento. Por el lado izquierdo y algo más adelante, descubro como un pequeño canal tallado en la tierra y el agua viene del tercer gran castellón.

Sé que por entre estos castellones se abren varias cuevas y muchas de ellas hasta tienen su bonita historia. Ya remontada la curva de la pista, desde otra algo más adelante, veo la pared de un viejo edificio que no pude ver al pasar por su lado. Me quedaba tapado con el monte y escondido en la ladera. Son estas Las Cabrerizas, otro también antiguo cortijo del que sé algo. Al volver me pararé para disfrutarlo despacio.

A la altura del tercer gran castellón me cruzo con la linea eléctrica que viene desde la central del río Borosa. Asoma justo por el Collado de este Castellón de Guindas. Tres cables que caen hacia el barranco cortando el puntal que queda entre los dos grandes arroyos, sube por los Hoyos de Muñoz y vuelca hacia el

Cantalar. Si desde aquí me fuera ahora siguiendo los cortafuegos que se alargan por donde va el tendido de esta línea, en tres kilómetros un poco más, llegaría a la central eléctrica.

Llevo ya andando hora y media y me voy acercando al cauce de este arroyo llamado de la Gracea. Comienzo a sentir el rumor de su corriente que por lo que intuyo, debe ser muy torrencial. Segunda hondonada rebasado ya el tercer castellón y por aquí también se siente agua correr. Y ahora que ya voy llegando a la cabecera de estos cauces caigo en la cuenta que es la primera vez que no me puedo echar a andar por enmedio del monte. Y lo digo porque con tanto como ha llovido me encontraría arroyos por todos sitios y sería casi imposible cruzar las riadas que los cauces hoy traen. Y quiere esto decir que nunca he visto yo tanta agua, en el tiempo que piso estas sierras, como estoy viendo estos días.

Remonto un nuevo barranco y en lo hondo diviso un gigantesco pino laricio. Estoy descubriendo que los pinos que por estos lugares crecen son tremendos. Un poco más adelante, en un puntal menor, la pista corta un gran bloque de rocas quedando atrincherada. Voy entrando en el gran barranco del arroyo de la Gracea. Al frente y antes de cruzar este cauce, veo subiendo la pista que llevo. Desde aquí para arriba todavía hay mucho barranco de Roblehondo.

Justo donde la carretera vuelve a quedar atrincherada, a la derecha y del barranco, surge otro impresionante pino laricio. Blanco y este sí esta cuidado porque veo que lo han talado. Hay aquí un puente perfectamente construido y es un arroyuelo que baja del lado izquierdo. Me voy acercando al arroyo y aunque este es un cauce principal, sé que el otro es mayor.

Otro arroyuelo con su puente. La distancia hasta la caseta de Roblehondo, aunque llevo casi dos horas andando, es mucha más. Aquí me encuentro con otro puente que a simple vista quiero creer es donde aquel día estuvimos comiendo. Pero no. Se encuentra bastante retirado de este barranco. Lo cruzo viendo que este cauce baja repleto y la pista ahora, traza una curva y comienza a subir para remontar el puntal que se ha quedado entre los dos grandes cauces. Traza una curva muy parecida a otra que conozco cerca ya de la casa de Roblehondo.

Pero creía que era sólo un arroyo y son dos porque la pista los va cortando ya muy remontada sobre el gran barranco. Viene casi siguiendo la curva de nivel que limita los mil cien a mil cuatrocientos metros de altura. A este cauce le llaman también Arroyo de las Grajas.

La pista que ahora remonto hacia la parte alta del puntal que se recoge entre los dos grandes cauce, baja toda convertida en río. Por las orillas me saludan las madroñeras y algunos de sus madroños, bien gordos y maduros, ruedan por la pista y empujados por el chorro de agua que clara. Y de pronto, dos madroñeras centenarias que están por completo cargadas de madroños rojos. Hasta cuelgan de ellos frágiles gotas de agua limpia. La vista, desde esta ladera, domina perfectamente a la que he recorrido hasta cruzar estos dos cauces.

Voy a remontar, dentro de un rato, a los mil cien metros y el Castellón del Moro alcanza sólo los mil doscientos veintisiete. Ahora observo que los paisajes que me parecían grandiosos, vistos desde aquí, son una minucia si los comparo con los que

me sujetan y los que me coronan. Observo el gran castellón en el centro y el barranco que va configurando el arroyo de Las Truchas hacia el Borosa y al fondo destacan las casas de la Loma de María Angela.

El cerro este de enfrente, hay que ver la cantidad de agua que viene soltando por el lado izquierdo. Toda va corriendo por la pista hacia el arroyo que he rebasado. Casi coronando, en la misma pista, otro gran pino laricio. A la izquierda me tropiezo con un acebuche. Junto a él, una enorme mata de brezo. El único lugar en todo el parque donde se da esta especie.

Al coronar la curva descubro que este cerro está situado frente a los Hoyos de Muñoz que es por donde la línea eléctrica vuelca hacia el valle del Guadalquivir. Y observo que todavía me queda en el centro, desde donde estoy hasta la casa de Roblehondo, otro gran cerro. Al menos esto es lo que desde donde estoy, descubro.

Desde el puntal que tengo al frente, al otro lado de un arroyo que me separa del lugar donde estuvo la casa forestal de la Fresnedilla, cae una pronunciada ladera y fragua un profundo barranco por donde corre un arroyo también muy considerable. Este es el segundo en categoría que le entra al arroyo de las Truchas según vengo subiendo y por este lado izquierdo.

Sigue remontando la pista ya metida en la zona de los mil cien metros y de pronto, cortando el camino, me tropiezo un grandísimo pino seco y caído. Uno metros más arriba me tropiezo con una fuente que no tiene agua. La pista traza una airosa curva buscando cortar, por la parte más alta, tres o cuatro arroyos que bajan por este barranco de la Fresnedilla y luego descansa sobre el puntal llamando del Enebrillo.

Leo aquí el kilómetro quince y sé que viene contando desde el arroyo de Linarejos, cerca de Vadillo Castril. Por aquí hay una pista que se aparta a la derecha, sube un puntalillo y veo las ruinas de una vieja casa. Esta fue la grandiosa casa forestal de la Fresnedilla de Roblehondo, porque en estas sierras existen más fresnedillas. Una en las Sierras de las Villas y otra en el nacimiento del río Aguamulas.

Sigo este trozo de pista y me voy hacia las ruinas que mudas descansa sobre la tierra empapada. A un lado y otro de esta abandonada pista, crecen espesos los robles como si los hubieran sembrado queriendo. Frente queda, bajando hasta lo hondo del arroyo, el paso de la Gracea y la senda que sube hasta los Hoyos de Muñoz.

La casa está por completo toda derribada, varios olmos por donde se enredan algunas parras y por los lados, como unos barrancos de haber sacado tierra. Remonto el cerro y tengo aquí como una alberca. Tiene muy poquita profundidad y como está hecha de mampostería pienso que hasta pudo ser lugar donde secaban las piñas para sacar las semillas. También pudo ser una era, pero no me convence. Es totalmente redonda y se encuentra en lo más alto del cerrillo. Grandes nogueras. Por encima me remonta la gigantesca cuerda del Calarilla.

Vuelvo otra vez a la pista y decido seguir un poco más por si veo la casa forestal que por ahora, siguen en pie por estos barrancos. Ya llevo casi tres horas

andando. Unas higueras que están secas por completo, hacia el barranco de la derecha y otra noguera grandísima. Muchas nueces por el suelo pero todas con el agujero de haberselas comido o los pájaros carpinteros o las ardillas. Por aquí los pinos que me voy encontrando son laricos y esto me indica que me muevo por zonas mucho más altas.

Unos metros más adelante de las ruinas de esta entrañable casa, un arroyuelo con su puente y justo al cruzarlo, a la izquierda, se desvía una pista que remonta y se le ve en muy buenas condiciones. Si ahora mismo me fuera por este nuevo camino llegaría hasta un rincón que se llama Fuente de la Umbría, otra vieja y derruida casa forestal. Desde ahí no estaría muy lejos de la cueva del Aire, donde dicen vivió el Tío Lobera. Y si todavía siquiera remontando atravesaría unos impresionantes voladeros e iría a salir a otro camino que por lo alto de la altiplanicie del Calarilla, recorre esa zona y lleva al Puente de Guadahornillos y desde allí a la pista forestal de Nava de San Pedro.

Pero no me voy por este ramal de pista sino que sigo con la intención de andar unos metros más hacia el profundísimo barranco de Roblehondo. Son exactamente las dos de la tarde, lo que me indica que llevo ya tres horas andando. Cae una lluvia menuda de vez en cuando, pero creo que en cualquier momento puede empezar a llover con fuerza porque está muy oscuro y el ambiente como en un suspense.

Y como mi ruta de hoy no pretendía sino recorrer hasta la mitad, este bellísimo y solitario barranco, en este punto, voy a detener mis pasos. Me voy a sentar bajo una roca que me encuentro cerca y voy a comer. Después daré la vuelta y desciendo pausadamente por el mismo camino para que no me coja la noche antes de alcanzar el coche. No podría haber conseguido más en tan breve tiempo y corto camino. Hoy ya estoy plenamente satisfecho y por ello, como tantas veces, doy gracias a mi Dios.

La fragancia eterna

Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera

¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Tranco del Perro
Cerrada de Elías, Los Villares, Roblehondo,
Collado de Roblehondo, Tranco del Perro 20-4-96 *

La distancia
Tengo que marcha la distancia desde la misma cadena que corta la pista que sube por el río Borosa. Y desde este punto hasta el mismo Tranco del Perro y luego a los puntales que ya dan vista a los Charcones y Campos de Hernán Pelea, aproximadamente son trece kilómetros y medio que sumados a otros tantos de vuelta, dan veintisiete kilómetros.

El tiempo
Sin ninguna duda que para recorrer esta ruta, se necesita una jornada completa y bien apurada tanto por la mañana como por la tarde. Puede emplearse entre diez a doce horas, sumando los descansos que son necesarios para completar con éxito tan bello recorrido.

El Camino
Va esta ruta, por uno de los caminos más bellos y fantásticos que existen a lo ancho del gran Parque Natural. De ello da buen testimonio el primer tramo remontando por el arroyo de los Villares, en todo momento saltando y encajado por entre preciosos cortes rocosos y blancas cascadas, los bosques de espesos pinares que lo van arropando y la majestuosa figura de las cumbres coronando desde lo más elevado.

El tramo de senda que va desde la misma aldea de los Villares hasta el collado de Roblehondo, discurre por una delicada ladera que se asoma al gran barranco del Borosa y en todo momento muestra la belleza del paisaje más completo, rocas, encinares, pinares, romerales y panorámicas hacia las cumbres al frente y a los lados, y ofreciendo a cada paso, la emoción de los barrancos, los arroyos, mágicas praderas y las sombras que arropan sin interrupción.

Desde el collado de Roblehondo, el tramo de senda que remonta hasta el impresionante Tranco del Perro, viene a ser como la perla que remata a la corona. Por la inclinada ladera se ciñe la senda y al llegar a las rocas del paredón que presenta la cuerda del Banderillas hacia el Borosa, lo corta con la elegancia más fina y en cuanto se encaja en la trinchera de las dos murallas pétreas, deja sin latidos al corazón y sin respiro al alma por la acumulación de tanta belleza, en la soledad más tremenda de la cumbre, pero al mismo tiempo, la presencia en el fluir misterioso, de tantos ríos mudos que son y están y no tienen nombre.

Desde este punto hasta lo más alto del puntal donde remata la ruta, que no la

senda, todo sigue manando desde su tremendo silencio y al coronar la vereda, parece como si hasta la misma tierra de la loma se extendiera para que descanse y observe hacia el infinito de tantos horizontes cuajados de mundos que se anuncian tenebrosos y son trozos de la humana alma. El camino por el que discurre esta ruta, ni en sueños ni en fantasía, le cabe más emoción ni belleza real por el verde de sus bosques y la luz que chorrea desde sus cumbres.

El Paisaje
Discurre esta ruta por una inclinada ladera que no parece nunca tener fin y a lo largo y ancho de toda ella, se suceden los arroyos menores con sus chorros de aguas limpias, los cortes de rocas blancas como si de las mismas nieves ya hubieran tomado el color y la vida, en forma de árboles, plantas enanas, flores, hierba y animales silvestres, hierve y pulula a cada paso.

El arroyo de los Villares y al final, las tierras donde estuvo la aldea, los collados de la Cierva y Roblehondo y los picos de los dos calarejos, Villares y el de los Nevazos, son como las columnas centrales que sostienen al escenario más bonito de la sierra entera. Y por no falta ni falta cielo azul, siempre coronando, pero a dos pasos y los manantiales limpios que se esconden como las violetas y en cuanto se saben donde están y se les pide un sorbo, se abren preñados de transparencia.

Los pinos laricios, son de los ejemplares más serios y también los robles, algunas nogueras y luego los bujes y los madroñales y por donde se amontonan las encinas, sujetando a los calares que chorrean, crecen las plantas más sútiles a la sombra de las cuevas y por entre las grietas de las rocas. Y para que no falte, no faltan ni las ovejas ni las cabras ni lo viejos cortijos que todavía retienen a la vida entre sus paredes y el sonar de algún cencerro y hasta el canto de los gallos echos reyes con la tierra.

Lo que hay ahora
El sueño más esperado de mi vida, lo he realizado hoy, día veinte de abril de mil novecientos noventa y seis. He subido todo el río Borosa hasta la altura de la Cerrada por excelencia, pero no he penetrado por ella, sino que me he venido por la pista que, por la izquierda, la corona y al llegar al arroyo que baja y se llama de los Villares, he buscando una senda para remontar hacia este rincón y no la he encontrado.

Entonces me he vuelto para atrás y donde la pista traza una curva grande y sube y baja, según vengamos, hay un gran espigón de rocas. Por ahí mismo me he salido de la pista por el lado de arriba y enseguida he tenido la suerte de encontrar, por entre y encima de las rocas, una senda. Se ve que fue utilizada en otros tiempos aunque ahora no está trillada. He subido por ella, saltando y sorteando las rocas y asomándome de vez en cuando al arroyo que desde los Villares baja, sintiendo y gozando las cascadas y cuando ya he terminado de remontar a las tierras donde estuvo la aldea, me he venido para la izquierda buscando un jorro que baja.

Es este un jorro que abrieron cuando sacaron las maderas, troncos de gruesos pinos y robles, restos de aquel gran incendio que hubo hace unos años por la parte de arriba de las tierras de la aldea. Fundamentalmente fue por la ladera sur del pico Calarejo de los Villares. He subido todo el jorro e ido a parar a las tierras que

fueron las huertas de aquella aldea llamada los Villares. Baja por aquí mucha agua que brota de aquellos manantiales que siguieron en su fluir después que se fueran ellos.

Es este el momento en que recuerdo la experiencia del otro día, justo desde esta hondonada hasta el collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos y cortijos de Roblehondo y por eso la quiero recrear. “ Por esta hondonada, desde el puntal de la aldea hasta el cauce del arroyo, castillico y casa forestal de los Villares, me encuentro varios olivos. Sigo los hortales hacia el edificio de la casa forestal. También algunas nogueras más y hasta me encuentro con algunas matas de pitas. Otros árboles que se han secado, cerezos, manzanos, granados y más bancales de hortales.

Crecen espesos los juncos y el agua empapa toda la tierra. Tres nogueras que son tres bosques completos y el segundo manantial. Por la parte de arriba sembraron los pinos. Del tronco de un olivo con tres pies sale el caño de agua, pero el caño mayor, viene de más arriba. Como del paredón de rocas que por este lado presenta el Calarejo. Se siente el rumor de chorrillos por todos sitios. ¡Qué abundancia por tan ricas tierras y tan alto! Justo me encuentro en la franja de los mil doscientos metros.

En la ladera de este segundo manantial, se encuentra la alberca. Sigo viendo muchos excrementos de vacas y ya estoy llegando a la única casa que todavía permanece en pie. Descubro que no la tiraron al modo en que fueron las de la aldea, pero sí está bastante derrumbada. Se alza en la pequeña ladera que levemente se enfrenta al puntal de la aldea y se esconde entre los pinares, por completo en su soledad y todavía como celebrando un triunfo.

Ya rozando sus paredes, me detengo y cuento cinco escalones en la entrada. Una puerta con su arco, una ventana grande, en el centro, una segunda puerta también con arco, pintada de azul y en el centro quedaba la estancia principal con la chimenea. Por su apariencia, fue bonita esta casa. Su tejado es a dos aguas con tres ventanas hacia el barranco.

Desde la casa para delante, la senda sigue buscando el otro barranco que es el mayor, pero a mí me gustaría seguir remontando hasta el mirador del castillico que tengo por encima de la casa y si me fuera posible, continuaría elevándome hacia el collado del Calarejo. Me vengo por el monte y me tropiezo con una cueva en las rocas. Desde la altura del castillico, ya veo el segundo gran barranco que es el que viene desde el collado de la Cierva, la ladera norte del Calarejo de los Nevazos y la ladera sur del Calarejo de los Villares. Muy largo es este barranco y se presenta con varios arroyos todos repletos de agua.

Miro y veo que el jorro muere como a mitad del barranco y por la otra ladera, descubro la senda perdiéndose hacia Roblehondo. Esta ladera sur del Calarejo, ardió por completo y ya le han cortado los troncos de los pinos que también quedaron carbonizados. Parecen esqueletos las sabinas y más lo son las carrascas. Los pinos que valían para madera, se los llevaron y lo que por la tierra ha crecido, sólo son un puñado de carrascas, algunos romeros y cuatro sabinas rebrotadas.

Llego hasta el primer arroyo menor que, al grande, le entra desde el lado del Calarejo. Trae mucha agua y por eso hasta me asombra un poco su ruido. Salto las rocas y busca una senda que ni siquiera sé si existe porque ahora lo que pretendo es remontar hasta el mismo collado que tampoco conozco ni puedo adivinar lo que al otro lado me encontraré.

Me doy de bruces con una, no muy marcada, senda y me voy por ella porque me sirve para avanzar en la dirección que llevo. Estoy ya bastante cansado y ahora que me encuentro como perdido en la hondura de este barranco que a su vez se encaja en la profundidad de una sierra salvaje y lejana, me paro a comer. Es un respiro más y porque también necesito fuerzas para terminar de remontar.

Tardo diez minutos y ya sigo por esta vereda que parece senda y no tengo la seguridad de que lo sea. Unos metros, y por entre los romeros y las rocas, se me pierde. Avanzo algo más y aprovechando una repisa, remonto con el entusiasmo de coronar el gran collado de la Cierva. Atravieso una ladera muy tupida de romeros y mirtos y ya me voy encajando en la estrechura del arroyo porque su nacimiento no me queda lejos.

Otro pequeño gran arroyuelo. Es precioso tanto la caída del agua por la superficie de unas rocas macizas como por la vegetación y el punto sobre esta extraña, por su belleza, ladera. Los últimos metros para coronar y ahora me guío sólo por el surco del incipiente arroyo que viene naciendo. Dentro de unos momentos voy a roza la curve de nivel que va por los mil cuatrocientos metros.

Paisajes de alta montaña que son los que particularmente me gustan. Rocas alisadas de las nieves y los hielos, blancas ceniza para ser más hermanas de las nubes, piornos espinosos, mirtos muy verdes y robustos como las mismas rocas, algunas matas de tomillo, ajedrea, enebros arbustivos y los extraordinarios pinos laricios con sus troncos color plata. Cubre la tierra las almohadillas de algunos cambrones y luego el musgo adherido a las piedras que chorrean agua y como esto ya sí es casi la cumbre, el hilo de agua que se hace arroyo, por aquí son hebras cristalinas que se forman de lo que la tierra rezuma por doquier.

¡Qué paisaje más bonito y qué sensación de estar vivo por el agua que lo empapa y la hierbecilla que brota! Los hilos de agua parecen jugar con las piedrecitas y la misma hierba mientras bajan suaves como si dudaran irse de este collado que tanto la quiere. Y cuando ya es la cumbre casi total, entre los mil quinientos metros, sólo se ven rocas desnudas de calizas blancas y las gotas, casi de rocío inmaculado, deslizándose imperceptiblemente. ¡Cuánta belleza se amontona en los paisajes de las altísimas cumbres de estas sierras! ¡Cuánto silencio bombeando presencia real de Dios en la sustancia misma de lo que es corazón de la eternidad!

¿Qué espero ver cuando llegue a la cumbre de este collado? Me vengo preguntando y en unos minutos más, ya descanso sobre ella. Y lo primero que me asombra es que justo donde el collado tiene su curva, no hay rocas sino tierra virgen con su enratonadas matitas de hierba fina y la humedad rezumando. Como si aquí mismo, la quietud del terreno, estuviera fabricando en su vientre, a la propia agua que suda. Algunos charcos redonditos con la transparencia del viento retenida en ellos y el rumor es tan leve que hay que detenerse y aplastar el oído

contra el suelo para percibirlo.

Sé que ahora mismo me encuentro sobre la tierra del collado de la Cierva y también contiene el mismo nacimiento del arroyo de los Villares. El caudaloso cauce que se despeña al Borosa por la parte de arriba de la Cerrada de Elías. Varios pinos laricios enanos que al verlos, pienso en lo mucho que les gustaría a las personas que tanto coleccionan plantas reducidas en macetas casi de juguete. Y unas joyas color oro, adornando la hermosura de tierra tan virgen: los narcisos enanos que apenas sobresalen de la tierra unos centímetros.

Lo primero que se me presenta por el lado de la derecha, es el lomo de las Banderillas con su tono ceniza plata y alzándose imponente. ¡Qué majestad tan bien tallada! A continuación toda la elevadísima cuerda alargándose hacia el nacimiento del río Segura. ¡Qué espectáculo tan sobrecogedor! Todo el gran barranco que desde las Banderillas cae hacia el alto de la Campana y las Malezas con este mismo nombre.

Respiro profundo y mientras dejo que se me clave dentro la inmensa panorámica agradezco a mi Dios este tan hondo consuelo en rincón tan singular de su edén. Por debajo de la mole de las Banderillas, veo el solitario cortijo, que es casa forestal de los Pardales. Es espectáculo es grandioso. Los barrancos por donde van naciendo los mil arroyuelos que al juntarse forman el arroyo de la Campana y luego el río Aguasmulas y las tremendas quebradas siempre presididas por la pared recia que cae desde la cumbre del Banderillas.

Desde este punto, me muevo para la cumbre que va dando forma al Calarejo de los Nevazos. En silencio y casi muerto de asombro, lo recorro, caigo por el lado que viene dando a Roblehondo, atravieso los calares y las mil encinas que los pueblan y dos horas más tarde, me encuentro con uno de los cortijos de Roblehondo, saludando a los que para siempre serán mis amigos serranos y charlanco con ellos, de sus luchas y de mis sueños".

Desde este punto, aquel día de mi ruta por las cumbres de esta parte de la sierra, me vine hacia el río Borosa y regresé con mi alma, una vez más, anonadada y sin fuerzas o más bien sin ganas, de apetecer nuevos manjares. Cerré la ruta y desde aquella experiencia no me olvido ni de los paisajes desparramados por estas tierras ni de las sensaciones tan dulces que experimenté.

Por la hondonada donde estuvieron las huertas de aquella aldea de los Villares, me muevo atravesando los juncos que ahora las cubren. Busco la senda que traje el otro día y dejé por aquí para irme hacia el collado de la Cierva. Avanzo un poco por el jorro y no dejo de mirar para la ladera de enfrente, derecha y arroyo, buscando la continuación de la vereda por entre el monte.

Parece que la he descubierto a lo lejos, pero algo me dice que no es así y entonces, como creo que he remontado más de lo debído, prescindo del jorro y me dejo caer para el surco del arroyo. Lo sigo un poco saltando por la corriente y por unas rocas, cruzo y brinco por encima de las lastras, en mi interior diciéndome que esta no es la senda. Aunque sí existen muchas veredas de los animales que recorren la tierra. Son las ovejas que vi el otro día y vienen desde los cortijos de Roblehondo.

Sigo por estas veredas y enseguida, a unos cien metros, descubro la senda verdadera. Me paro, miro para atrás y la veo: viene por la otra ladera bajando desde las tierras del barranco que baña el agua y cubren los juncos y se mete en el surco de este arroyo. No la encontraba porque yo me he ido buscándola mucho más arriba. Por la ladera donde ahora estoy, remonta trazando zigzags y parace que por aquí ya sí muestra un buen rumbo. Cimbrea por la ladera para los cortijos de Roblehondo.

Antes de asomar a esa loma, me tropiezo con una manada de borresgos de unos cuatro o cinco meses que vienen senda adelanta en busca de los pastos por las tierras de los Villares. Al descubrirme, miran sorprendidos y enseguida se vuelven y por la senda, regresan corriendo ahora por delante de mí. He querido tranquilizarlos para no echarlos del rincón que les pertenece, pero como por aquí el monte está muy espeso, se han asustado, han dado media vuelta y en lugar de salirse de la senda e irse por las tierras, la siguen delante mía. Lo siento porque no es mi intención desplazarlos del rincón que les pertenece.

Avanzo un poco y me los encuentro antes de llegar a los cortijos, en un ranchal, tierras desprovista de vegetación, y donde se ven también las ruinas de un cortijo. Por aquí se han parado ellos a pastar con otra manada de ovejas. Los dejo atrás y esto me consuela, sigo y a la derecha, me sale una senda menor, que se aparta de la que llevo. Intuyo que ella va para el primer cortijo de los dos que por este Roblehondo están habitados.

Sigo mi rumbo y al llegar a la altura del primer cortijo, por donde mi senda va, atraviesa otro rodal despoblado de vegetación. Lo cruzo con la prudencia de no perder la senda y de imediato me sale al paso la espesura de un robusto bosque de encinas no muy grandes. Por aquí me cruzo con la goma de plástico que recoge agua de los tornajos en esta ladera sur del Calarejos de los Nevazos y la lleva a los cortijos de más abajo. El otro día me sirvió de guía para orientarme por esta complicada ladera por la cantidad de rocas sueltas que la cumbren y el espeso matorral.

Rebasados los cortijos habitados, a la derecha y cerca de la senda, me sale al paso las ruinas de otro cortijo. La senda casi lo rozaba y ahora recuerdo que por este Roblehondo, en otros tiempos, hubo siete u ocho cortijos de los que hoy sólo quedan dos. El que ahora me encuentro se ve por completo destruido, con sólo algunos trozos de paredes a punto de desplomarse, pero sin techo ninguno. Y me digo que es curioso porque se sitúa en lo alto de un puntal, mucho más arriba que los dos que todavía están habitados. Mira para el gran barranco de Reblehondo y me asombra por lo bonito que este rincón es.

Y por aquí me voy encontrando, todo este monte lleno de ovejas y cabras. Por la ladera que queda al otro lado del arroyo y baja desde la pared del Tranco del Perro, también pastan muchas ovejas. Sigo mi senda y atravesando la ladera ya buscando el collado, me la voy encontrando muy rota. Es una gran pendiente esta y como por estas altura descargan con fuerza las nuebes, las aguas arrastran tierra y rocas y por donde hay senda, se forman los surcos de arroyos.

Remonto la última curva y ya salgo al collado de Roblehondo. ¡Preciso este punto de la sierra! Justo aquí nacen dos arroyos: el de la campana que vierte al río

Aguasmulas y el de Roblehondon que vierte al río Borosa. Y es al mismo tiempo, como la antesala, mirador y descanso frente al Tranco del Perro que lo mira señorial desde el lado del levante y remontado en su pedestad de rey.

Miro para atrás y por donde he visto un cortijo roto, por la izquierda según venía subiendo, veo que hay tierras roturadas y por ellas, todavía crecen árboles frutales. Se muestran a la luz de la mañana ya bastante avanzada que les llega desde la cumbre del Banderillas y están floridos. Serán cerezos o membrillos o ciruelos o quizá almendros. Me gustan por los soñoriales que se muestran clavado en su rodal de tierra y remontados casi en la misma cumbre del Calarejo de los Nevazos.

Avanzo cruzando la tierra llana de este collado y justo en la parte más bonita porque parece un campo de futbol en miniatura, la senda se divide. Miro y todo lo veo con bastante claridad. Hacia el barranco de la Campana, izquierda mía, el trozo de senda que se viene para este lado, va justo a buscar la casa forestal de los Pardales. La estoy viendo sobre el puñado de tierra que se retiene justo por debajo del gran pico del Banderillas. ¡Qué dulcemente bonito es el rincón y al mismo tiempo que impresionante!

Desde este cortijo, creo que esta senda sigue cruzando la tierra quebrada de estos barrancos y se va hacia el nacimiento del río Aguasmulas y los cortijos de la Campana y casa de las Tablas, mucho más abajo. Por ese rincón también se encuentra el cortijo del Mulón y sé que desde este cortijo, las personas que lo habitaban en aquellos tiempos, subían a estas tierras a cultivar trozos de hortales.

Yo sigo por mi senda que se va al frente y empieza a remontar por la empinada ladera en busca de la falla rocosa para embestir contra ella y atravesarla hacia los Campos de Hernán Pelea. Traza varias curvas mostrando trozos muy rotos y aunque los pulmones y el corazón se encuentran a tope, la vista que se me abre, es de lo más grandioso. Veo los cortijos recogidos en su rincón, todo el gran surco del Borosa y la profundidad de las sierras recortadas en el horizonte. Ya voy acercándome al precioso paso de la cuerda de las Banderillas por este punto de la sierra.

Tres o cuatro curvas y de pronto se viene para la derecha, Salto de los Órganos y central del río y busca un corte de pared que hay volcando al barranco de Roblehondo. Por aquí la senda se atreve y echa para delante cruzando la primera muralla pétrea que el Banderillas le ha presentado. En el mismo camino, con estacas de madera y ramas secas, como un baldo, cortando el paso. Sin que me lo diga nadie intuyo que esto es para que las ovejas no se mentan por esta senda, atraviesen el paso del Tranco y se vayan para las tierras de los Campos de Hernán Pelea.

Lo salto yo y enseguida, el agua chorreando por las rocas. Me paro para gustar despacio el cuadro y veo que para tajar esta senda, por aquí tuvieron que abrir agujeros a base de martillo y cincel para poner barrenos y romper las rocas. Se ven todavía las señales de aquellos agujeros y de los barrenos. Colgado en el vació, amarrado con una cuerda y ésta atada al tronco de algún pino, tuvieron que hacer ellos, los mismos serranos de la aldea de los Villares, estos agujeros y luego arrancar las rocas.

Por el lado del barranco, a la senda, para sujetarla y darle la anchura que le correspondía, le hicieron una pared de piedra con mezcla de cal. Permanece intacta todavía. Un buen corte de rocas tanto en profundidad como en altura, y en cuanto se deja atrás, aparece como una hondonada o surco que es por donde baja el cauce del arroyo que algo más arriba nace y la corriente ha ido dejando toneladas de piedras y barro. Y claro: la senda ha sido por completo destrozada por las avalanchas y para andarla ahora, es de lo más complicado. Sólo quedan algunos trozos del muro que la iba sujetando y por ellos descubro que por aquí subía trazando curvas.

Me agarro como puedo, no es fácil y tampoco difícil, y cuando más agotado me encuentro y el miedo me hace temblar, se me abre al frente el gran tajo de lo que propiamente es el Tranco del Perro. Los miro con los ojos desorbitados y no me lo creo. Ya rozo los mil cuatrocientos metros y cuando arranqué esta mañana lo hacía sobre la curva de nivel de los setecientos. El tajo por donde penetra la senda para atravesar el escalón que presenta la muralla de la cuerda, tendrá una altura de treinta a cuarenta metros por completo en vertical. La anchura de la trinchera por donde pasa la senda, no llega a los cinco o seis metros.

Lo voy mirando mientras me acerco y cuando ya estoy en su corazón, me paro y para mí me digo que esto sería exactamente el conocido tranco. En cuanto se rebasa, la senda sigue subiendo, mucho más llana y siempre protegida por grandes matas de bujes, muchos majuelos y la pradera de hierba. Enseguida sale a una hondonada en forma de embudo que es lo que por estas sierras, llaman hoya. La preciosa hoya del Tranco del Perro podría ser esta porque de verdad se lo merece y así lo proclama. Es impresionate y toda tallada en pura tierra fértil y verde. Los pinos laricios la llenan de más solemnidad y las encinas la recrean.

La hierba se presenta espesa, alta y verde y esto me indica que por aquí, es poco el ganado que llega. Por el lado de la izquierda según subo, me quedan unas grandiosas agujas que sobresalen de la cresta de la cumbre y conforme los voy remontando, descubro que caen hacia el barranco de la Campana. Estos picos y otro más grande que me ha quedado por la derecha, son los famosos Frailes de las Banderillas. El chico y el grande.

Cerca de las agujas de la izquierda, se ve como una torrentera descarnada de pura tierra blanca y roja. Las lluvias y las nieves, empapan este suelo y los corrimientos hacen lo demás. Subo por la ladera como si fuera a rodear las paredes de esta hoya y descubro que aún todavía queda mucho terreno hasta remontar a la cumbre total. Por donde ahora se ciñe la senda, es una ladera toda puro cascajal, rocas en forma de losas y castellones, muchos pinos laricios y cambrones.

Después de tres o cuatro curvas y viente minutos subiendo, la senda se viene hacia la derecha que es por donde queda el Picón del Haza aunque bastante lejos. Salta por encima de unas grandes rocas, se abre otro barranco algo menor por cuya pared de enfrente se ve la senda avanzar entre un precioso bosque de pinos laricios, baja algo y luego sube buscando el collado que le espera como para darle la bienvenida.

Creo que en cuanto remonte este collado, voy a divisar ya los Campos de Hernán Pelea. Pero salgo de la duda enseguida. En cuanto lo corono, lo primero

que me queda al frente es el volumen del macizo de las Empanadas. Esto me lleva a creer que me encuentro casi a la altura de este monte y lo más que he alcanzado son los mil seiscientos metros.

Vuelca otra vez la senda a otro gran barranco, se ciñe a sus laderas y ya, a lo lejos y al frente, descubro como el puntal de la máxima altura por este punto de la cuerda. Seguro que ese punto es ya la parte más elevada de esta cuerda y por donde la senda corona para dejarse caer a las altiplanicies de los Campos. Por la curva de nivel que recorre los mil ochocientos metros, me muevo.

Sigo por la senda, remonto el segundo collado después del gran tranco y exactamente: en cuanto llego aquí se me abren hermosos y gigantes, los Campos de Hernán Pelea. Un gran barranco y la amplia llanura que lo recorre por el centro convertida en una alfombra verde. Esta es la tremenda y bella cañada de Pinar Negro que se da la mano con los Charcones. Por el centro lo cruza una pista de tierra. Al frente y más lejos, se alza una cuerda de rocas que es la que corresponde a la Cuerda de la Nieve. Más hacia el nacimiento del río Segura quedan los picos de los Chiclanos con mil setecientos y mil ochocientos metros y al otro lado, se abren las profundas llanuras de los Campos de Hernán Pelea.

Siguiendo la pista que atraviesa el primer barranco, hacia la izquierda y el Banderilla que me queda más elevado, veo al fondo la casa de Pinar Negro. Un espeso bosque de pinos lo rodea y más a la izquierda, me saluda la cumbre del Banderillas. Es esto un macizo alargado por donde los picos, un buen puñado, rozan los mil novecientos y algo.

Dirección levante y al fondo, distingo las cumbres del Calar del Cañá Rincón, los de los Campos del Espino, Majal de la Carrasca y los del Calar de Camarillas y ya más casi perdido en el horizonte, el Calar de las Palomas y la cumbre coronando. Más lejos adivino el Galayo, Monte de María Arnzal y al final del todo, sin ser el final, las robustas cumbres del Almorchón.

Por lo alto de esta ristra de montanas que dividen y dan forma a los Campos, entre Pinar negro y la Rambla de los Cuartos, veo al fondo la Sagra. Se le ve nieve chorreando aunque no mucha. Desde ahí me vengo para la derecha y me tropiezo con las alturas de Sierra Seca con las Empanadas y el profundo barranco por donde empieza a tomar vida el arroyo del Infierno que luego será el blanco río Borosa.

¡Es precioso todo la amplitud que estos horizontes presentan a mis ojos! Aquí me voy a sentar y mientras me acaricia el leve viento fresco que viene desde las llanuras de la altiplanicie, voy a comer algo para reponer fuerzas. Porque aunque no estoy cansado, mi cuerpo ya no está para estos trotes y me espera una larga caminata hasta el punto del comienzo.

En estos paisajes, lo que más impresiona es precisamente la soledad. Una soledad preñada de vida y la gran música del silencio. Desde la lejanía de las praderas que me quedan al fondo, me llegan los balidos de alguna oveja y hasta el son de su cencerrilla. Desde aquí me voy a volver y ciertamente satisfecho. Ha merecido la pena.

Hago la cuenta y recuerdo que a las once de la mañana salía del coche en la

cadena que corta la pista del río Borosa y ahora mismo son las cinco de la tarde. Sólo me he parado unos diez minutos para comer cuando subía por el barranco de los Villares. Seis horas es lo que se ha comido la ruta que acabo de recorrer hasta la cumbre de esta Banderilla. Sobre este profundo mirador me voy a para unos diez o quince minutos. Luego regresaré y tendré que darme prisa para que no me coja la noche antes de llegar al coche. Estoy cansado y lejos, pero merece la pena y por ello doy gracias a mi Dios amigo y Padre bueno. ¡Qué maravilla me ha regalado hoy!

Como resumen voy a decir que los cuatro más emocionantes puntos de esta ruta, son: al remontar el collado de Roblehondo, al cruzar por la trinchera del Tranco del Perro, al remontar el segundo collado antes de este mirador y el cuarto, al coronar el último puntal que es donde ahora me encuentro. ¡Qué emoción se siente!

La historia

Ya he dejando dicho atrás que por la zona de Roblehondo de los Villares, existen todavía dos viejos cortijos serranos que siguen habitados. En el de arriba vive el matrimonio mayor que se caliente junto al fuego de la chimenea en los días de frío y tienen la compañía de la cumbre del Banderilla que al frente les corona y las de los perros que ladran a lo largo de las noches de ventisca.

En el segundo cortijo de Roblehondo, algo más abajo y sobre un puntal cubierto de carrasca, es donde vive una de las hijas de este matrimonio. Tiene esta mujer tres hijos, dos niñas y un muchacho y, como los abuelos, en este sencillo cortijo que parece desafiar la tremenda soledad y la furia de las tempestades, resisten al tiempo que para ellos es eterno.

Al final de mi ruta, aquel día del Collado de la Cierva y el Calarejo de los Nevazos, viene a parar a este segundo cortijo siguiendo la manguera de plástico negra que les trae agua desde el manantial de los tornajos bastante más arriba y entre los calares de bloques rocosos rodados del Calarejo de los nevazos. Cuando encontré la senda que viene desde el cortijo de arriba al de abajo, seguí por ella y antes de llegar, ya me ladraban los perros. Sentí luego el cacarear de las gallinas, el canto de los gallos, los graznidos de los pavos y el balar de los borregos.

Pero me acerqué al cortijo y después de saludar, en la misma puerta me recibió el hermano mayor que es el padre y marido y luego saludé a la hermana madre y a los hijos entre la que se encuentra la niña o hermana pequeña. Junto a la chimenea de su cortijo estuve calentándome y después de charlar de las cosas que a ellos les interesan, me dijeron:
- Pues estos tres hijos míos, desde este cortijo han estado yendo a la escuela del Poblado de Coto Ríos hasta que han terminado los estudios primarios.
- ¿Y cómo ha podido ser? Y lo pregunto porque desde aquí hasta la Torre del Vinagre son casi diez kilómetros y a la escuela se entra a las nueve de la mañana.
Y el padre, apoyado por la madre y la niña:
- A las cinco de la mañana se han levantado todos los días y con linternas han recorrido el trozo de tierra que nos separa del río Borosa y luego pista adelante hasta la Torre del Vinagre donde les recoge el autobús.

Y como casi no me lo creo, le sigo preguntando:
- ¿Y por la tarde?

- Al salir del colegio, ellos volvían a este cortijo y como llegaban de noche, el poco tiempo que les quedaba, era para dormir algo y al día siguiente volver al colegio madrugando y alumbrando con linternas el camino
- ¿Y en los días de nieve?
- Si podían se quedaban en alguna casa de familiares que tenemos en el valle y sino, a perder colegio.

Mientras me están contando un trozo de las cosas de su vida, siento ladrar los perros, graznar los pavos y balar las ovejas. Luego miro a la hermana pequeña y como le digo que me gustan los fósiles, coge uno que tiene guardado, de calamar, y me lo regala. La hermana mayor me dice que algún día tendrá que irse de aquí, realidad que considero normal y el hermano, se entretiene con sus perdigones.

Pasado un rato, salgo fuera, los despido diciendo que volveré y luego me vengo por la vereda que casi en picado cae para el río Borosa y sale justo al primer puente que el cauce tiene por encima de la Cerrada de Elías. Y mientras camino en la compañía de su recuerdo, la soledad de los barrancos y el perfume de la gran ladera de romeros, me digo que ay que ver cómo resisten los últimos pastores por estas sierras.

Esta aldea de los Villares, la minaron y de sus casas, echaron fuera a las personas que las habitaban. Por el otro barranco hermano del Borosa, río Aguasmulas y exactamente en el lugar llamado Casas de las Tablas, también destrozaron la dulce aldea y desterraron a sus habitantes. Pero por los barrancos del río Borosa y del río Aguasmulas, los últimos pastores resistieron y aunque muchos de sus cortijos ya se han caído o se están cayendo, los pastores y reyes de la tierra, siguen en pie y luchando aunque sea contra tanto y todos ellos.

Y también siento ahora, que el día que ya desaparezcan por completo sus huellas de estos rincones, algo esencial les faltarán a los paisajes y, a la historia, la pieza más importante. Porque aunque los paisajes siguen siendo los mismos y hasta puede que con más esplendor crezcan los bosques, sin la presencia de estos serranos de corazón limpio, ¿cómo no palpitará por aquí la melancolía y la soledad recordándolos?

Nota de 27-6-98
Esta mañana me he enterado que la hermana mayor se casó el invierno pasado, con un muchacho que es de un pueblo al otro lado de este Parque Natural, distante de este río Borosa, por carretera asfaltada, ochenta o noventa kilómetros. Se encuentra este pueblo al sur y linda con Granada y yo sé que aquellos también son paisajes de montaña y hasta tan altas como las que coronan a su cortijo. Por allí se encuentra el macizo del Cabañas.

- Y tu tía ¿qué opina?
Me refiero a la madre de la hermana mayor y como respuesta, el sobrino me dice:
- Mi tía dice que cualquier día de estos va a ir donde ahora vive su hija, prima mía, y que a lo mejor, si le gusta aquello porque también él tiene ovejas y cabras y los paisajes son de montañas, se lo van a pensar.
- ¿Y qué es lo que van a pensar?
- Seguro que se vienen del cortijo de Roblehondo y se mudan al pueblo del marido de su hija.

- ¿Y tú qué dices a esto?
- Que es bueno que se bajen de esos riscales, pero que al mismo tiempo será una pena. Si se van, aquí se dejan ellos a los abuelos y a los otros familiares que como sabes viven por este valle y a su lugar de siempre. ¿Cómo podrán ser felices allí del todo?

Y cuando lo despido, también siento algo de pena. Por un lado, me alegro que se muevan hacia lugares más civilizados, pero lo nuestro, se quedará un poco más solo y eso será causa, una vez más, de tristeza y sufrimiento. Un pastor más de los muchos grandes y hermanos míos, que tiene que arrancarse de estas sierras para irse a morir al rincón que ni quiere ni le pertenece.

Ahora, esta mañana, noto como si algo grande y bello, faltara ya para siempre de estas sierras y de aquí que no pueda evitar sentirme triste. ¿Qué o quién va a llenar el vacío que ellos dejan? Y es necesario que se vayan, eso lo sé, porque tanto desamparo en estas montañas, quizá tampoco ellos puedan vivirlo por más tiempo, ¿pero por qué experimento como si me faltara otra bocanada más de aliento? ¿Por qué la melancolía me llena el corazón y los paisajes ya no me consuelan tanto como ayer?

La fragancia eterna

La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encina de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:
- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de este mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras, pero cuando pasa un rato dice:
- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.
- Y eso, padre ¿cómo se amasa?
Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.

Fuente de los Astilleros, Tranco del Perro.
Duración aproximada: 8 horas
Dificultad : Media-Alta

NOTA: es la misma ruta que se ha descrito antes, pero más sencillamente contada y con la brevedad que a veces, se busca.

Esta es para mí, una de las rutas más hermosas del Parque Natural. La guardo entre mis recuerdos con el cariño de mi pequeño amor secreto al mismo tiempo mi tesoro particular. Tanto que ni siquiera me atrevía a decir nada de esta ruta por miedo a que me la rompan y la llenen de ruidos y otras cosas.

El camino, viejo camino que sube a la sierra más profunda, sale justo por detrás de la Fuente de los Astilleros. Desdibujado al principio, pero bien tallado en la tierra y rocas de la cumbre que corona. Cuesta del Topaero se llama la solana que recorre y sube recto al Calarejo para irse luego al puntal donde estuvo la hermosa aldea de Los Villares.

No muere aquí sino que sigue subiendo y después de cruzar por entre las ruinas y, algunos todavía en pie, los viejos cortijos de Roblehondo de los Villares, remonta hasta el Collado del Roblehondo. Aquí mismo se divide en dos. El que corona hasta la cumbre remontando por el desfiladero del Tranco del Perro y el que se viene a la izquierda y baja a la casa forestal de los Pardales. Impresionante el recorrido, si es que somos capaces de hacerlo y majestuosos los paisajes, por ser esta una de las partes más alta de las sierras que conforma este Parque Natural.

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Río Guadalquivir
Vadillo, Cerrada de Utrero, Puente de las Herrerías,
Los Rasos, Nacimiento del río Guadalquivir 30-5-98

La distancia
Al pasar el puente que cubre las aguas del Guadalquivir por la Cerrada de Utrero, a la derecha, se desvía un ramal de carretera. Desde este punto mismo hasta un poco más arriba de la casa forestal de Cañada de las Fuentes, el recorrido por la pista de tierra que sube rozando las aguas del río, tiene justo quince kilómetros. Ida y vuelta por la misma ruta son treinta kilómetros hasta el punto de salida.

Desde el cruce al Puente Herrería	3	Km
Al Mirador de los Cierzos	5	Km
Junta arroyo de los Ranchales	6	Km
Al Túnel de los Cierzos	6,3	Km
Junta del Arroyo Amarillo	7,6	Km
Casa forestal de Los Rasos	9	Km
Puente, Cerrana de los Tejos	11,1	Km
Puente anterior al nacimiento	14	Km
Nacimiento Guadalquivir	14,4	Km

El comienzo de esta ruta está situado sobre los mil metros de altura y discurre entre este mismo nivel y los mil trescientos para terminar a una altura, sobre el nivel de mar, de mil trescientos cincuenta metros, poco más o menos.

El tiempo
Si esta ruta se hace en coche, que es como suele ser habitualmente, como la pista de tierra tiene muchos baches y estos muy grandes, la subida suele ser lenta

y ello ayuda para ir gozando más calmadamente de los singulares paisajes. De aquí que el tiempo necesario para recorrer esta distancia sea incluso hasta de una hora. Si se hace andando, se emplea aproximadamente tres horas y media.

El Camino
Desde el cruce hasta el Puente de las Herrerías, es pista asfaltad y a partir de este punto, todo el recorrido sigue siendo pista sin asfaltar. Discurre siempre por la derecha del río según subimos hasta que un poco antes de la Cerrada de los Tejos, lo cruza para remontar el espigón rocoso de esta cerrada. Por encima vuelve a cruzarlo otra vez y hasta que pentra en la primera cerrada que tiene el curso de este río que se encuentra justo donde le pusieron la placa indicando en nacimiento oficial. Desde este rincón la pista sigue y después de remontar a Puerto Llano, baja y empalma con la carretera asfaltada que va a Pozo Alcón.

Esta pista forestal y de tierra, tiene trozos en muy malas condiciones debido a los baches que se forman del paso de los coches y las lluvias. Otros trozos sí están bien y no presenta más problemas que las piedras del firme o los corrimientos de tierra. Uno de los peores tramos se encuentra a la altura de la casa forestal de Los Rasos.

El Paisaje
Lo que más llama la atención, a lo largo de todo el recorrido de esta ruta, son los espesos bosques de pinos, encinas, enebros y cornicabra que cuelgan por las laderas vistiendo hermosamente los cerros y crestas que nos van acompañando. Por esto, nada más arrancar, a los lados y desde el mismo curso del río hasta lo más alto de las cumbres, nos van arropando las espesuras de interminables bosques repletos de verde e insinuantes de sombras frescas y vida concentrada.

En cuanto cruzamos el Puente de Las Herrerías, sólo unas curvas más arriba, por la izquierda, nos sorprende el laberinto de barrancos y crestas rocosas que presenta el paisaje. Es justo por donde al río se le junta el Arroyo de los Habares y este traza unas enrevesadas curvas para poder escaparse del castellón rocoso que le presenta el espigón que ha quedado entre los dos cauces.

Desde este punto hasta el nacimiento del Guadalquivir, todo es un continuo chorrear de laderas rocosas, sobre todo por el lado izquierdo, salpicadas de centenarias matas de cornicabras y cientos de pinos laricios con hermosos troncos blancos y rectos. Las pequeñas cerradas como la del Túnel de los Cierzos, la del Picón del Rey y la de los Tejos, nos van saliendo al paso para cogernos desde dentro y llenarnos de asombro en la misma orilla del río cristalino.

Al trazar la gran curva del Raso de la Puerta para salvar la última cerrada que es la de los Tejos, la grandiosa lancha que desde el Cerro de Navahondona cae hacia el río, nos asombrará con sus picachos clavados en todo lo más alto y no mucho más tarde, la profunda caída de la cerrada que sorteamos, nos dejará gratamente embelesados.

Por el rincón donde debe ser la meta de esta ruta, lo que más llama la atención son los picos elevados que nos coronan presentando siempre sus originales caras de rocas blancas y emergiendo de entre las grietas, los mágico pinos laricios o blancos. Si es en primavera, las delicadas praderas de hierba extendidas donde al

río le van entrando regajos de aguas claras, la intensidad del azul del cielo, el fresco aire quebrándose contra las hojas de los pinos y el leve perfume de las florecillas de los majuelos, mejorana, tomillos y espliego, nos premiarán con el más delicado de todos los obsequios.

Y de entre tanto, a lo grande y a lo pequeño, lo que más se cuela tiernamente en el alma, son los tonos claros de los chorros de agua que van dando vida a este río y su leve música al saltar por entre las piedrecillas, la sombra de los majuelos y las hojas de hierba que le dan compañía. Las robustas paredes de las cumbres que dan cuna y vida a tan bello rey de los ríos, nos asombran en todo momento, siempre desafiantes en lo más elevado y siempre misteriosas y hermanas, tanto de nuestros sueños como de las estrellas y los horizontes que parecen perderse en un mar de pura eternidad.

Lo que hay ahora

Hoy es sábado, treinta de mayo. Voy a recorrer la ruta Cerrada de Utrero, Vadillo, nacimiento del río Guadalquivir. Lleva ya cuatro o cinco días sin parar de llover y esta tarde, sigue nublado densamente y cubiertos por la niebla, los picos más elevados de estas sierras. Hace bastante frío y no me extraña que esta misma tarde vuelve a llover. Son las cinco menos cuarto. La ruta empieza justo al cruzar el puente que el Guadalquivir tiene entre Vadillo y la Cerrada de Utrero. A sólo unos metros, existe una desviación a la derecha y esta es la pista asfaltada que sube por el río y pasa por el lugar del nacimiento.

Nada más entrar, un gran pino laricio por la izquierda y la carretera que baja levemente. A la izquierda cornicabras todas brotadas, mucha hierba reventando de verde y con sus gotas de rocío trabadas en las hojas, la zamarrilla florecida, tomillo, espliego con sus tallos ya largos, espesura de pinos carrascos mezclados con fresnos y el campo empapado. A la derecha me acompaña el río entre un buen bosque de pinos, muchas zarzas y los tupidos fresnos. Revolotea un curvo por delante de mí y el manto de la amplia vegetación, se ve todo verde brillante, recién brotada por la buena primavera que este año se le ha colado por la sabia.

Por la izquierda, la Fuente de Perdí con su buen caño de agua. Por este lado me va quedando la Loma de la Sarga con su prolongada cuesta del Bazar y la carretera que remonta hacia Navas de San Pedro por donde en aquellos tiempos iba el viejo camino de Vadillo a Castril de la Peña. Siguiendo el cortafuego que arranca de aquí mismo, llegamos a la casa forestal de Los Collados, en una curva de la carretera que remonta.

Por la derecha se me presentan los relucientes charcos que el Guadalquivir tiene al atravesar estas tierras que es donde se forman los vadillos que le dieron nombre al poblado. Entre el río y la carretera, todavía unos trozos de tierras fértiles que algunas personas usan como huertos y en ellos los veo ahora mismo cavando y sembrando sus hortalizas. Es una buena tierra esta y por eso resplandece de verde y de humedad por las lluvias que tanto lo riegan.

Un arroyuelo que cruza por aquí la carretera y trae mucha agua. Baja este cauce del barranco por donde se levanta la casa de Los Collados. De aquí mismo arranca una senda que algo más arriba se divide en dos llevando una a la casa de Los Collados y la otra, a lo que fue el pino del Abuelo. Digo fue porque este pino se secó

el otro año y aunque ahora mismo sigue en su sitio, quizá no dentro de muchos, desaparezca totalmente.

La espesura del monte cubre por completo. A la derecha y entre el río, una alameda, traza una curva la carretera, se interna por entre un espeso bosque de pinos negros y por el suelo, una pradera de tupida hierba fresca y cantan algunos pajarillos.

Un kilómetro doscientos y una curva a la izquierda. Al frente sobre sale el gran cerro del Caballo del Oso. Por esa ladera surca la pista asfaltada que lleva hasta el Parador pasando antes por la Fuente del Oso y la casa forestal con el mismo nombre. Gira a la derecha y a parece un letrero escrito sobre una tabla donde se anuncia alquiler de caballos para excursiones. Miro y no veo caballos, pero sí los ví otras veces.

Por este rincón, a pesar de lo roto que lo tienen de tanto trillarlo los caballos y las personas, los majuelos florecidos y llenando el viento de la tarde de su leve perfume. Se muestra la naturaleza como si ahora mismo empezara la primavera. Y es que está viniendo un tiempo fresco y con muchas lluvias.

A un kilómetro ochocientos aparece la alambrada que limita las tierras de la zona de acampada. Y es que por aquí y hasta el Puente de las Herrerías, existe un camping conocido con el mismo nombre del puente. Al frente y en una curva, aparece el gran pico de los Poyos de la Mesa. Dentro del cercado alambrado, desde la carretera hasta el borde del río, la tierra llana, con tanta hierba que parece césped sembrado ordenadamente. La arropa la espesura de pinos menores y por entre ellos y sobre la hierba, algunas tiendas montadas.

El camping, lo que es el hotel y la entrada, a dos kilómetros doscientos metros y con algunos coches aparcados por la puerta. A la izquierda otra alambrada con algunas construcciones de madera y cables, dentro. Se allana por aquí el terreno y por la derecha, como la zona de acampada sigue extendiéndose, algunas personas por ahí junto a las tiendas montadas.

Este paseo hasta el Puente de las Herrerías, puede resultar monótono, pero es según con la actitud que se haga. Y lo digo porque ya sólo con la presencia de un bosque con tanta vida, transmite entusiasmo. Nos vamos moviendo entre las curvas de nivel que recogen los mil y mil cien metros de altura.

A tres kilómetros, el Puente de las Herrerías. Aquí se termina el asfalto y lo que sigue hasta que esta pista se junta con la carretera de Pozo Alcón, al otro lado de la sierra, es firme de tierra. Según lo voy cruzando me fijo en la clara y gran corriente que hoy tiene este Guadalquivir. Enseguida una explanada donde crecen algunos pinos laricios y en verano, los que por aquí vienen a pasar el día, dejan sus coches. Hoy está casi desierta. Un letrero que dice: “No está permitida la acampada en esta zona”. A la derecha, una leve ladera de piedras, con puñados de tierras y muchas hojas secas de los pinos laricios que por ahí crecen. El arroyo que baja por este lado derecho, de cauce corto, pero con mucho caudal y lleno de misterio por su profundidad y vegetación, tiene el nombre de Arroyo de Maillar. Sé yo que por ahí, en otros tiempos, cogían fresas silvestres que lavaban en la misma corriente y estaban riquísimas.

Por el lado de la derecha se deja ir la pista y como remonta un poco sobre el cauce, se ve la corriente saltando por las piedras y la juncia que le arropa. Al otro lado y también remontando corriente arriba, una pista de tierra que tiene su cadena. Por ella se va al arroyo de los Habares y por él se remonta por entre los calares de la Mesa y se llega al arroyo de los Tornillos de Gualay. Sólo unos metros más arriba es donde ese gran arroyo de los Habares entrega sus aguas a este bello río Guadalquivir justo en un rincón magnífico por su vegetación y las paredes rocosas que le encierran.

Por la derecha, nada más empezar a remontar desde el Puente de las Herrería, un picón de rocas que sobresale de entre el bosque y que me dijeron se llama El Picón de las Juntas. Se queda entre la franja de los mil trecientos metros aunque las tierras que le rodean no salen de los mil cien. Y es que aquí mismo la pista tiene que trazar una cerrada curva para ceñirse al río y con éste, después de despedir a las aguas del arroyo de los Habares, seguir subiendo.

Del picón para abajo, una ladera de rocas con mucha cornicabra, todas ya con sus hojas brotadas, unas verdes y otras color naranja. Un álamo a la izquierda y más remontado, el pétreo macizo de la Mesa coronando. Rebaso el picón y me encuentro justo a tres kilómetros doscientos metros del punto de partida. Un pino negro con dos pies y a tres kilómetros seiscientos metros, se cierra la curva hacia la derecha para atravesar el complicado laberinto que los cauces del río y el arroyo de los Habares, han tajado en este rincón.

Desde las partes altas en este punto confluyen como tres grandes cuerdas rocosas y por entre su dureza y complicadas ondulaciones, los dos cauces han tenido que perforar el surco para seguir bajando. Y claro, en esta misma curva, me queda al frente el más sobresaliente de los picones: el del Castellón del Calerón, recogido entre la horquilla que los dos cauces labran.

Gira bastante para la derecha y en una primera impresión pareciera que remonta por la necesidad de atravesar el barranco de algún gran arroyo. No es así sino que la cerrada que por aquí vienen presentando la caída de las cumbres, le obliga a buscar el mejor paso para seguir subiendo en compañía del río. Por un momento, se va casi recta hacia la cuerda del Gilillo. Ya a estas alturas el arroyo de los Habares se nos ha quedado atrás y como escondido entre el Castellón del Calerón y los calares que caen de la Mesa. Por esta causa, ya lo decía, al atravesar este trozo de pista, sin apenas advertirlos, nos encontraremos como desorientados y sin saber qué es lo que en realidad ha pasado con el río que estamos persiguiendo.

Este trozo de río y pista es de una belleza singular y precisamente por esta cualidad, en cuanto remonta un poco más, entre el río y la pista, por la izquierda aparecen las construcciones de un gran edificio. Se llama este El Calerón y es una vieja mansión levantada en las tierras llanas que el cauce ha dejado en su orilla y todas ellas están pobladas de bellas fuentes construidas de piedra y bajo un espeso bosque de pinos.

Una curva hacia la izquierda y por la derecha se me presenta como una deteriorada pista forestal. Lo es en verdad, pero también es por aquí por donde sale o llega una vereda que viene desde la Fuente del Oso, cruzando el arroyo Millar por su parte más alta. Desde la Fuente del Oso, esta senda sigue, remonta el collado

con el mismo nombre y muere justo en el Empalme del Valle. Tendrá esta vereda unos cuatro o cinco kilómetros de recorrido aunque sube desde los mil cien metros hasta casi los mil trescientos.

A la izquierda me queda la entrada a la construcción del Calerón. En su recinto, poblado de vegetación, se ven las bonitas casas que en aquellos tiempos levantaron y hasta la curiosa capilla. Traza la pista varias curvas más y sigue remontando para salvar por aquí el pequeño arroyo que por este lado le entra al Calerón. Es un cauce menor sin apenas agua.

Al salvarlo, a la derecha queda como una cantera de donde sacaron mucha tierra para arreglar este camino en aquellos tiempos y desde la pista hacia el río, una suave ladera sembrada de muchos pinos endebles porque están espesos y tapizados de hierba por la tierra que les sostienen. Al frente según remonto estas curvas que van rápidamente de un lado a otro, se ven las laderas de la Mesa a las otras que arrancan desde el Castellón del Calerón y suben hacia el arroyo de los Ranchales. Por esa zona y ladera también remontan unas cuantas sendas y pistas que llevan a rincones muy bonitos.

Desde este lado la vista sobre ese barranco ladera, es impresionate por la abundante vegetación de cornicabra que presenta y todas ahora brotando. Esos paisajes es todo pura roca y cae un poco en umbría aunque no del todo y de aquí que la vegetación sea un algo tardía.

La tarde se me viene presentando con una calmada serenidad. No corre ni chispa de viento, los pinos ni se mueven siquiera. Sólo se nota el verde total del bosque, las bolsas blancas donde estuvo la procesionaria que cuelgan de las ramas y las nubes que arrompan amenazantes.

Unos troncos en la misma pista de pinos cortados. En el kilómetro cinco, remonta recta hacia un espigón quebrado que son los Carasolillos del Castellón de los Cierzos. Este cerro tiene mil doscientos noventa y siete metros de alto y por eso, en este punto ya la pista se interna en la franja de los mil cien metros. Para atravesar esta abrupta ladera la pista casi se clava en la pura roca cortándola limpiamente y dejando una pared vertical por el lado derecho. Al cruzar la parte central de este espigón, durante unos metros se queda como encajada en una breve trinchera que enseguida supera.

A la izquierda se ven los edificios del Calerón y la retorcida hondonada que lo reguarda. Aquí mismo, donde la ladera que baja del Castellón de los Cierzos se clava casi en el cauce del río, una columna de rocas queda en el aire y por lo alto pasa la pista. Casi en vertical con el río queda este desnivel y por eso existe como una pequeña llanura donde se puede parar y desde aquí observar la corriente saltando por lo hondo. Una diferencia de casi cincuenta metros existe de un punto a otro. Claro que esto es un bellísimo mirador y al tiempo que un balcón hacia el río y el Castellón del Calerón por completo al frente. El Mirador de los Cierzos es el nombre que le corresponde.

Justo en este punto gira hacia la derecha en una curva muy cerrada y siguiendo el borde de los mil cien metros de altura, se va derecha hacia el túnel que por este punto tuvieron que perforar. Se ve enseguida el barranco hacia todo lo alto y casi

hasta Puerto Lorente mientras todavía sigue su giro un poco más. Por la izquierda y abajo, acompaña el río con su clara corriente saltando y los azules charcos remansados. Algo más arriba y por ese mismo lado, la ladera tupida de pinos y como un cuchillo rocoso que se alza reciamente quebrando la linea suave de la pendiente.

El romero ya no está florecido porque se pasó su tiempo y sí brotado como tantas otras plantas. El que sí tiene sus flores abiertas es el bellísimo lino blanco y las cálidas amarillas oro de la zamarrilla. Salpican esta ladera y entre tanto asombro, la llenan de alegría al tiempo que de vida y luz.

En el kilómetro cinco seiscientos la pista baja como si se quisiera junta con el río y es porque la pared de este Castellón de los Cierzos le obliga a ello. Por la derecha me queda la elevada cumbre y rozándome, la ladera que derrama hacia el surco del río. Tiene nombre, esta ladera de Lancha de Pi Carrascal. En la recta que traza por aquí, veo al frente un espigón rocoso, al lado izquierdo y por ahí viene cayendo el arroyo de los Ranchales. Y es que entre este arroyo y el Guadalquivir, justo donde ambos se funden, queda otra horquilla muy quebrada. Corresponde al final de un puntal que se llama Poyo de la Zorra y eso ya roza los mil cuatrocientos metros.

Justo en el kilómetro seis es donde este arroyo entrega sus aguas al río. Claramente se ve desde la pista y por eso puedo decir que no tiene mucha agua. Aquí mismo se estrecha el río y por eso tuvieron que perforan el túnel. Y es que esto es una cerrada menor ocasionada por el entrante que le llega desde la ladera de la izquierda y la Lancha de Pi Carrascal, por la derecha.

Antes de la boca del túnel, un gran pino negro curvado hacia las aguas del río. En la entrada al túnel, un gran paredón de pura roca, unos álamos a la izquierda y de las rocas colgando muchas plantas. Naca más salir de este túnel, baja la pista un poco, de inmediato el arroyo de los Cierzos que entra por el lado derecho y viene justo del rincón por donde se alza el Parador de Turismo. Algunos álamos donde desemboca el arroyo.

Sube la pista un poco hacia la derecha, busca el barranco del arroyo, lo cruza y aquí mismo una pista de tierra con su cadena que sale cauce arriba. Esta pista de tierra se alarga hasta el mismo Parador de Turismo y desde allí, remonta al Puerto del Tejo. A unos trescientos metros de aquí, la pista que va a Parador, se divide a la izquierda y por el barranco de un ramal del arroyo de los Cierzos, se llega hasta el Picón del Rey y por ahí se divide otra vez. Un ramal baja a la casa forestal de Los Rasos y el otro sigue subiendo hasta remontar a la cuerda del Gilillo por un lugar que se llama La Laguna.

Si desde donde estoy ahora miro para atrás, veo la trinchera que las rocas de ambas laderas le han preparado al río a su paso por este punto. Y a partir de este lugar y hasta casi la misma casa de Los Rasos, dos grandes laderas, a un lado y otro, encajonan la pista y el río. Por la de enfrente que es la de la izquierda, la vegetación propia del terreno, destacando potente de entre las rocas. Cornicabras, encinas, sin ser grandes sino casi arbustivas, sabinas, algún pino que otro clavado en la ladera y todo el esplendoroso jardín, explotando de verde.

Por la ladera de la derecha, ya avanzo metido en los mil cien metros y es

tremendo lo quebrada que se presenta. En ella, además de multitud de cornicabras y encinas que se refugian, se abren varias cuevas y el todo lo alto, se alza el Picón del Rey. Ya a estas alturas, entre el arroyo de los Ranchales y el arroyo Amarillo, desaparecen los mil cien metros de altura y empezamos a movernos dentro de la franja de los mil doscientos a mil trescientos.

Kilómetro siete y ya los pinos son casi todos laricios y esto se debe a lo que dije: la altura. Todos presumiendo de hermosos troncos blancos y de ellos cuelgan las matas de muérdago que también están brotadas. Rebasando el kilómetro siete doscientos la lancha de la izquierda sigue ampliándose cada vez más hacia las partes altas. Destaca un pino laricio, grande y retorcido por entre la preciosa vegetación que surge como de las rocas blancas y la aridez de estas. Tres tonos de colores perfectamente diferenciados y hermosamente atrayentes: los pinos verdes, las hojas de las cornicabras color naranja y las rocas blancas ceniza. Y también el color verde oro de las encinas que se visten con sus hojas nuevas.

Canta algún mirlo y enseguida veo caer la corriente del arroyo amarillo que baja partiendo esa grandiosa ladera de la izquierda. Este cauce hoy trae bastante agua. La parte que se enfrenta con la pista que remonto, es precisamente el tramo más torrencial de este arroyo ya que por arriba, se fragua y atraviesa hasta pequeñas llanuras y hondonadas no muy quebradas. Entre el arroyo de los Ranchales y un ramal de este Amarillo, es donde se encuentra el cortijo de los Ranchales, pero precisamente arriba y en las zonas más llanas.

Es este justo el kilómetro siete seiscientos. Casi la mitad de esta ruta hasta el nacimiento. Me paro y durante unos minutos observo el arroyo saltando por la escapada ladera. Se desploma en escalones suaves que la corriente ha pulido y por donde chorrea el caño, las rocas toman el color amarillo, oro viejo. Por el centro se desangra el chorro del agua blanca por la espuma que de ella surge y luego, como terminando de adornar tan bello cuadro, unos cuantos pinos laricios de troncos gruesos, blancos y retorcidos. No son muy altos porque las nieves les tienen aplastadas sus copas.

Rebasando el arroyo Amarillo, la pista baja levemente y por la hondonada del río, la Espinarea. Un bosque denso de pinos laricios creciendo rectos y mostrando la belleza casi nieve de sus troncos. Por la cara de enfrente, la ladera ensanchándose también empedrada de rocas ceniza y la vegetación emergiendo pura y verde. Por donde crece el puñado de laricio y pegando al río, una recogida llanura, ahora sembrada de majuelos, rocas rodadas desde las laderas y pinos, pero que en otros tiempos fueron tierras de cultivo. Todavía se ve aquí, muy pegado a la pista y entre la corriente, las ruinas de un cortijillo. Por entre tantos pinos y pegado a las ruinas, un nogal desnudo de hojas.

Sube un poco la pista, kilómetro ocho y a la derecha, un espigón rocoso que cae hacia la carretera. También por aquí la pista lo refila limpiamente para abrirse paso y por el lado de la derecha, queda fría y en vertical total, la pared cortada. Gira un poco a la derecha y luego a la izquierda como jugando con los álamos que saludan y aquí mismo es donde se da la Cerrada del Picón del Rey.

Al otro lado y la izquierda, otro espigón de rocas que se origina al comenzar la franja de los mil doscientos metros. Por ahí sé que hay algunas cuevas. Al atravesar

esta cerrada, da un giro a derecha e izquierda y al frente ya estoy viendo el Cerro de los Ríos, el Cerrillo de la Vieja y el Aguilón del Loco un poco tapado por la niebla.

En el kilómetro ocho ochocientos, a la izquierda una rota pista que baja hacia el cauce del río y ahí mismo se alza el viejo puente de los Rasos. Por ahí llega y sube una senda que, tranzando un airoso zigzag, remonta hasta la loma de los Prados de Navahondona. Allí en lo alto se junta con las pistas que suben desde Los Ranchales y luego siguen atravesando la nava y remonta hasta volverse a encontrar con esta que sigo por el punto donde se clava el Pino de las Tres Cruces. Muy bonito todo ese rincón.

Derecha a izquierda, dos pinos laricios, árboles que se han secado y la casa forestal de Los Rasos. Hay aquí una llanura que tiene mucha hierba y la pista que la atraviesa por su centro. A la derecha una pista con su cadena que sube al Picón del Rey y engancha con las que ya he dicho antes. Un puente para cruzar los arroyos Cerezo y arroyo del tío Zarzales. Los dos traen mucha agua, pero más el segundo porque viene rasgando la ladera del Gilillo casi desde el Puerto Lorente.

Cruza los arroyos y enseguida una fuente por el mismo lado en que le llega este cauce y por el otro lado, que es por donde se desangra el Guadalquivir casi de puntillas, la senda que también dije antes remonta a Navahondona. Por aquí el curso del río viene muy suave y por eso se parece más un juego de charcos remansados y olas de esmeralda que el fiero Guadalquivir.

Por las praderas estas que viene regando, crecen espesas las peonías, los majuelos y también los esbeltos álamos. Al frente ya nos deslumbra el breve barranco que viene de las aguas que le rebosan a la dulce llanura de Navahondona. Barranco de Navahondona precisamente es como se llama este surco que también es muy bonito y sobre todo, en el tramo más torrencial que es el de la ladera que tengo frente.

La pista sube ahora una larga recta buscando el comienzo de la Cerrada por excelencia de este río, por ser la primera y la que menos se conoce. Por la derecha me queda ahora, muy remontado, la máxima altura del Cerro de los Ríos, con su descarnado lapiaz en todo lo alto y el gran Lomo de la Trucha alargándose hacia el Cerrillo de la Vieja. Miles de peonías crecen por esa altura y otros tantos gamonitos.

Me acompaña el verde puro de muchos rosales silvestres, encinas, majuelos cargados de flores blancas que exhalan su perfume y por la derecha, a partir del arroyo que rebosa desde Navahondona, una lancha grandísima e inclinada. Precisamente a esta ladera le pusieron el nombre de Lancha de Navahondona y bien que le sienta. Sigue siendo parecida a la que había antes, pero todavía más complicada. Pura roca con encinas, cornicabras, algunos enebros, sabinas y algún pino laricio.

Kilómetro nueve novecientos. La pista discurre elevada sobre el río, siempre muy pegada y escoltada de buenos puñados de hierba. Mucha agua que mana por estas torrenteras y los baches que complican el paso. En el diez doscientos, baja un poco, una curva hacia la derecha, dos pinos laricios al frente que me quedan a la izquierda y por ahí llega un arroyo menor que es el que viene de las tierras que

llaman Raso de la Puerta. Gira, se mete cauce arriba y otro espigón de rocas estrechando el paso del río. Es justo donde existe un viejo puente que daba paso a la senda que venía por el Raso de la Puerta.

Ya está perdida esta senda porque la pista la ha roto en mucho tramos, pero el puente sigue en pie, bello porque era de pura piedra y nada más cruzarlo, unas lanchas tumbadas y bajo ellas, una preciosa cueva que los serranos de aquellos tiempos usaron mucho. Cae esta cueva, abierta bajo la lancha que se acuesta, justo debajo de la pista cuando esta va por la cuerva donde crece el gran pino del Raso de la Puerta.

Como la pista no puede subir por terreno tan quebrado, sigue por la orilla del río hasta encontrar el punto adecuado para cruzar y venirse luego para atrás y así salvar la Cerrada de los Tejos. Desde la estrechura de este viejo puente para aquella vieja senda, el río baja remansado entre un espesísimo bosque de majuelos, pinos, rosales silvestres y zarzas. A unos metros antes de cruzar el cauce, se remansa y forma unos bellos charcos. Es realmente bonito este rincón pequeño.

Kilómetro once cien y la pista que cruza al río por segunda vez después del Puente de las Herrerías. Lo hace porque no puede seguir por el quebrado surco que presenta la cantarina Cerrada de los Tejos. Gira a la izquierda y nada más avanzar unos metros, se mete la pista por una trinchera de rocas, gira más y comienza a elevarse buscando ganar altura para remontar la pared que da lugar a la cerrada. Se va por completo para atrás y sobre las rocas, creciendo los cambrones y las matas de esparto entre la franja que va de los mil trescientos a mil cuatrocientos metros de altura.

Dos álamos que me quedan por la izquierda y por el otro lado, un pino laricio grande y sigue subiendo girando ahora levemente para la derecha que es hacia donde tendrá que venirse finalmente. Como una trinchera, varios álamos, al frente veo la lancha de Navahondona, parte de la cual ahora la pista intenta cortar y de bruce y sin que tenga tiempo de prepararse, se encuentra con el viejísimo y gran pino del Raso de la Puerta. Grandioso por el grosor de su tronco que enseguida se divide en dos y a una altura de algo más de un metro, la herida de los que por aquí pasan. Con una navaja le han grabado, cortando la corteza hasta la misma madera, un mensaje. “Pino-Pepe. Campotejar”. Lo que siento me lo callo y sigo.

Sigue la pista volviendo hasta tomar su dirección correcta que es la de acompañar al río hasta su nacimiento. Pinos pequeños y otros mayores que corresponden a los majestuosos laricios y otro letrero escrito en tabla: “Prohibido hacer fuego en este lugar”. Este es el Raso de la Puerta porque sí que parece que esto es como una puerta hacia las llanuras que atrás he dejado, después de recorrer la complicada cerrada y laderas de los Tejos.

A la izquierda me queda una tierra llana sembrada de pinos que son acompañados por muchos majuelos en flor, unos cuantos enebros muy grandes y la tierra con su césped de verde hierba. Enseguida la pista se mete en un espeso bosque de pinos menores por donde cantas varios mirlos acompañados de otros pajarillos y como la tarde cae y el cielo sigue gris, negro, a pesar de la belleza y profundidad desgarradora del lugar, como una nota de melancolía percibe el alma.

Porque el alma está alegre por el dulce beso que desde tan puro edén le llega, pero siente el peso de la tierra tirándole hacia el polvo y aunque tiene claro dónde está la luz y cual es el prado florido que ya le pertenece, no puede irse y por eso llora.

Al frente y, ahora antes de coronar el puntal que traza como un collado para que la puerta sea real, voy viendo un elevado pico rocoso. Pareciera que es por donde se encuentra la Fuente del Prado de las Ubillas y no es así. Este estirado y elegante castellón corresponde al pico del Filo del Machero y el otro de la derecha al Cerro Museras. Los dos pasan de los mil quinientos metros.

Corono y atravieso el Collado del Raso de la Puerta, la puerta propiamente dicha, a la derecha varios pinos laricios, unos majuelos vestidos de blanco por tantas florecillas menudas como le han salido y en lo hondo, ya adivino el río surcando el complicado surco de la Cerrada de los Tejos. En el kilómetro doce es donde la pista corona este collado. En el kilómetro doce quinientos, gira a la izquierda cruzando el arroyuelo que tiene el nombre de Mojón Cubierto. Y es que justo aquí mismo se encuentran los límites del término municipal de Cazorla con Quesada.

El giro es a la derecha para remontar un poquito más y entrar ahora justo a la curva de nivel que va por los mil trescientos metros. Desde aquí se ve frente total la impresionante cumbre de la Cuerda del Gilillo. La corona un gran penacho de nubes blancas y algunas franjas de cielo azul. Atraviesa, girando unos grados a la izquierda, una trinchera corta y ya me encuentro a la altura en que mana una fuente que tiene el nombre de Fuente de los Píos.

Por la izquierda, desde por aquí, sale una rota y vieja senda que remonta por el Filo de Machero y sale al arroyo de los Teatinos, por encima del nacimiento del Guadalquivir. Ahora ya sé que voy justo por el filo de la pared rocosa que cierra el surco del río para que éste tenga que despeñarse y quebrarse en cien cascadas hasta dejar atrás la Cerrada de los Tejos. En lo hondo, y por aquel lado de la corriente, a este río Guadalquivir, le entra un buen caño de agua. Viene del lugar llamado Prado de las Ubillas y el arroyo se llama Barranco Guarondo, lo mismo que en las Sierras de las Villas, el Pantano de Aguacebas que también es Guarondo. Aguadero hondo y este de aquí es porque en lo más profundo de su hondonada y antes de entregarse al río Guadalquivir, le nace un caudaloso manantial por el tronco de un majuelo y junto a un pino laricio. ¡Qué bonito es ese rincón, con su verde pradera y el silencio profundo!

Una enorme espesura de pinos laricios, pero todos muy delgados porque están muy juntos, por la derecha hacia el río. Al frente, el asombro de un cerro altísimo que termina en un cono partido por la mira y en lo alto, la llanura donde crecen árboles. Es como una columna que se levanta desde el bosque de pinos hacia arriba y a su lado, otro mucho más grueso y también levantando su robusta presencia hacia el mismo cielo. ¡Qué sensación de estar aplastado y casi perdido en el centro de esta profunda sierra! ¡Qué sentimiento de pequeñez, aun sintiéndome inmenso, enmedio de este gigantesco edén!

Kilómetros doce seiscientos y atraviesa una trinchera de rocas, quedando una columna bastante alta, a la izquierda. Por aquí va la pista tallada en la pura roca de la lancha que cae. Violetas de Cazorla y florecidas, agua que chorrea por las

piedras y algunos tallos del té de roca, esparto, mucha zamarrilla florecida, varios pinos laricios achaparrados, mucho muérdago enganchado a sus ramas y las raíces descarnadas y al aire y la flor de un cardo de estas sierras.

Kilómetro trece, giro otra vez a la izquierda en un puntalete y al frente, destacando señorial, el Aguilón del Loco. Por las cumbres y toda su ladera, casi pelada de vegetación, pero muy verde. Sube la lancha de esta ladera, con muchos pinos blancos clavados en ella y arriba un narigón rocoso destacando. Tres pinos laricios juntos y secos, también a la izquierda y por la derecha, la presencia de uno de los gigantes del Parque: un roble viejo con su tronco retorcido y clavado en el mismo borde de la carretera que es ya el precipicio a la Cerrada de los Tejos.

Dos pinos laricios a la derecha y abajo, voy viendo la cerrada que tanto me intriga por lo profunda que en mi la tengo. Por el cerro que hay frente y al otro lado de esta cerrada, veo la pista que desde el nacimiento sube hasta el Puerto Lorente y desde ahí se alarga hasta Cazorla y Quesada. Kilómetro trece seiscientos y justo aquí un puntal, gira la pista a la izquierda, una llanura no muy grande, un mirador desde este espigón que cuelga justo por el tranco que da comienzo a la Cerrada de los Tejos.

A partir de este punto, la pista baja buscando el río porque lo complicado ya lo ha remontado y a la izquierda me va quedando una ladera muy bonita llena de majuelo, unos ejemplares de pinos blancos, la tierra arropada con su tapiz de hierba y las flores de las zamarrillas adornando primorosamente. Voy viendo el río por la derecha y lo encuentro mucho más remansado por el frene que le presenta el muro de un pequeño embalse que le hicieron justo antes de empezar a despeñarse por el tranco que precede a la cerrada.

Estoy bajando casi en picado y al frente aparece un castellón de rocas con un bloque en el centro puntiagudo y dos más pequeños a los lados. La pista cruza el río por el puente tercero en todo el recorrido y ahora se va por la izquierda del río que todavía sigue remontando. Nada más cruzar, gira rápido hacia la izquierda llana y como el remanso que las aguas del recién nacido Guadalquivir, se acerca suave. Kilómetro catorce justo.

Es aquí mismo donde se juntan los arroyos del Barranco de la Juan Fría y otro menor que le llega por la derecha. Aquí se divide el ramal de pista que se va para Puerto Lorente y un letrero: “Quesada, a 28 y nacimiento del Guadalquivir”. Y al girar hacia la izquierda, me queda frente la gran raspa que sube desde el nacimiento hacia el Filo Machero. Y solemnemente la pista se acerca hacia la primera de todas las cerradas que este río tiene y es justo donde, en las cuevas que se abren por las rocas, nacen algunos manantiales que empiezan a darle cuerpo a la corriente. Corta la pista el espigón de rocas que se ha soldado justo por donde el río brota y aquí se alza otro puente bastante singular porque justo de bajo es donde quedan las cuevas de los manantiales.

Catorce cuatrocientos y la pista atraviesa la trinchera abierta en el tranco para poder pasar. Una valla de palos a los lados y un letrero por donde las personas buscan la fuente comienzo de la vida. Por el surco, galería o cueva que la corriente ha horadado al meterse por entre esta anarquía de rocas quebradas, se oyen los caños despeñarse. En el fondo se remansan las pozas y la tenue luz de la rocía de

olas esmaltadas.

La pista sigue y en unos metros, por la derecha, un bosque de árboles sembrados cuando aquellos tiempos, la llanura que viene meciendo al dulce arroyo de aguas limpias que desde más arriba llega, la pura hierba arropando a la llana tierra, un puñado de majuelos florecidos y a la izquierda, también mucha hierba adornada de majuelos y las blancas paredes de la vieja casa forestal de Cañada de las Fuentes.

Es este el kilómetro catorce seiscientos por donde también se mece una almaciga de álamos, la pisada explanada donde se clavan las mesas de piedras que en aquellos tiempos montaron por el rincón, la fuente con su chorro de agua siempre limpia y siempre fría, el surco del arroyo de los Teatinos que entra por el lado izquierdo, los espesos fresnos arropando majestuosos, enseguida la llanura mayor por donde pastan los ciervos en el silencio de las noches y que se tupe de hierba virgen, más álamos y por entre la suave corriente que baja desde las cumbres y la pradera, campo de futbol, la pista que sigue su rumbo buscando coronar la inclinada ladera de la Lancha de la Luz y remontar hasta Puerto Llano.

Paro el coche y durante unos segundos, me recreo en la agreste ladera que desde el Aguilón del Loco se derrama hacia en barranco donde parece nace el río y ahora, aprovechando el delicado viento que pasa besando y la paz que sobre el rincón descansa, me voy a ir unos metros cañada arriba como si deseara encontrar la fuente primera y única, que regala sus cristalinas gotas a este recién nacido río Guadalquivir.

Son las seis y cuarto de la tarde y todo me acoge desde su más rotundo silencio. Un paisaje impresionante por la potencia de belleza que de él mana y la presencia real de lo eterno y en el centro, dando vida, sosteniendo y gritando amorosamente, la pura fuerza de Dios, mi gran padre bueno.

El cielo rezumando nubes densas y el paisaje, respirando solemnidad y misterio. Cantan los grillos distribuidos por la esplendorosa vaguada que está dando vida al río, el rumor del agua que baja dulce por entre las piedrecillas, que es el río, pero todavía muy niño y viene este chorrillo cristalino y cañada, del Pino de las Tres Cruces y en el otro regajo menor que le entra desde la Cañada de Travino, que también es parte de la Cañada de las Fuentes. El que llega desde el lado del Pino de las Tres Cruces, trae mucha más agua.

Me muevo y atravieso el más endeble y al mirar hacia arriba, descubro que toda esta cañada es casi inmensa, por lo larga y tan repleta de majuelos viejos, tremendos pinos laricios con sus impresionantes troncos blancos, las infinitas rocas calizas rajadas y en forma de agujas y la espesa hierba cubriendo la tierra.

Y ya por aquí me quedo, porque este rincón del soñado río Guadalquivir, embriaga tanto, que el alma hasta se siente morir y por eso desea detenerse y dormirse sobre la fina hierba, mientras la tarde se va y el tiempo parece abrazar en un beso que es todo consuelo. Pero antes de apagarme, o mejor, quedar ahogado en este insondable mar de tan dulcísimas sensaciones, quería decir que el Guadalquivir real que mana desde estas elevadas cumbres, yo sé que no tiene su venero único, justo donde las personas que llegan, lo buscan y se lo indica la placa

ahí clavada.

Por lo menos seis o siete veneros conozco y todos ellos brotan por las partes más altas que coronan a la hondonada de la oficial Cañada de las Fuentes. En todos he bebido agua yo, e incluso en el mes de agosto y casi todos, después de salir a la superficie, se hunden en la tierra y cuando de nuevo emergen a la luz, lo hacen por donde ahora creemos que nace el río y mucho más abajo. Justo en la bella Cerrada de los Tejos, brotan algunos y hasta revestidos de la belleza más rotunda. Y qué bonitos son todos estos veneros tan humildes ellos, con aguas tan limpias y frescas y escondidos entre los majuelos o las ramas de los pinos.

Pero, qué más da: el Guadalquivir nace aquí, porque él, como tantas inmensidades en estas sierras, no es ni puede ser, lo concreto, sino lo intangible ya que es parte y reflejo del corazón que mantiene y transmite la vida al universo. La única fuente verdadera y por excelencia, limpia y por eso termino diciendo que si el manantial es cristalino, tienen que ser igualmente limpios todos los arroyuelos que de él salgan. Y el Guadalquivir ¿no es esto?

Algunos nombres por la zona, desde el Puente de las Herrerías, Guadalquivir hasta el nacimiento: Aniceto// Por el arroyo de los Habares: Cañá del Halcón, Las Praeras, El Barrancazo = Donde estaba la casa forestal, Los Cascajares de la Mesa, Junta del arroyo de los Habares, Cueva del Escribano, Cueva de Poyo Estrecho, Cueva del Borbotón y Fuente del Borbotón = Donde nace el arroyo de los Tornillos, Praeras del Marchante = La llanura que hay antes de llegar al arroyo, El Vado de los Perrillos. Guadalquivir subiendo: Fuente del Perdi (frente a al escuela de los forestales) dicen que el hombre siempre venía a beber agua al mismo sitio y como se llamaba de apellido Perdi, se le quedó a la fuente. Cortijo de la tía Placedes, Cortijo del tío Quico Vasquiñas, royo de la Mesa, el Pino El Abuelo, Cortijo del Coto, La Caracolilla =Pasando el Calerón, una morra que hay que da unas curvas la carretera, una pista ajorro en el mismo Calerón a la derecha, Castellón del Calerón, el Hoyazo, Cueva Mortero= un poco antes de llegar al túnel, a la izquierda, Túnel de los Cierzos, Lancha Pi Carrascal = saliendo del túnel a la derecha. *Royo de los Cierzos= que es el que va por el Parador.* Pasado de Cueva Mortero, es el Poyo de la Zorra. *Royo Amarillo* = Baja de los Ranchales y cae en la Espinarea (Royo Amarillo y Royo Cebá, vienen los dos juntos siendo el último afluente del primero) La cañá de las Varás, donde nace royo Amarillo y el Barranco de los Acebos, donde nace royo Cebá, Las Hazas de Román, Cuevas de las Hazas de Román = Un poco antes del kilómetro ocho y es un raso que hay arriba casi en la cumbre del Gilillo al cual se llega siguiendo la pista que sale justo en la misma casa del Raso (Son unas cuevas muy grandes y es por debajo de Las Hazas de Román). A la izquierda de la pista un mojón rocoso donde se puede leer: Monte Navahondona, Un poco más arriba de arroyo Marillo y en el río, un viejo cortijo que se llama La Espinarea. (Límite de Cazorla y Peal) El Peñón del Rey o Puntal del Rey = Pasando la Espinarea y antes de llegar a Los Rasos (Dicen que al pasar por aquí el rey dejó su capa en el lugar y nunca nadie la encontró) frente queda la Cueva del Bidarral = Frente del Puntal del Rey, pero a la margen izquierda (Es una cueva muy grande pero las bidarras que tiene han tapado la puerta y no se ve) Por el mismo lugar se habla también de la Cueva del Berreal, probablemente pueda ser la misma, Cerrada del Peñón del Rey, antes de Los Rasos Viejos, a la izquierda subiendo una pista que baja al río donde existe un viejo puente de piedra, Casa forestal de Los Rasos = Varios ejemplares grandes de pinos laricios, Barranco de

royo Cerezo y barranco del tío Zarzales, royo de Navahondona, Lancha de Navahondona, Fuente de los Píos (Unos hombres que mataron y quemaron cuando la guerra y como se llamaban de apellido Pios, ya se quedó este nombre) Cerro del Río, Cueva del Raso de la Puerta, Las Veguetas de Poldo = junto al río antes de que la pista cruce. Royo Guarondo= que es por donda baja el agua del Prao de las Ubillas, El Pino del Raso del Tejar, El Raso de la Puerta del Tejar, royo de Mojón Cubierto, El Cerrillo de la Vieja = (El que cae entre el arroyo de la Tejadilla y el Guadalquivir y yo recorrí el día de la Cerrada de Los Tejos) Cerro Museras, Los Puentes, Poyo de la Carilarga =por la izquierda subiendo al nacimiento. Nava de Navahondona, Praos de Navahondona. (La Cañada de las Fuentes es donde está la caseta y lo que hay más abajo, se llama Los Puentes)

Barranco de la luz, Cueva de los Marranos, Cueva de los Santos = porque había unas pinturas antiguas que representaban a unos santos, Poyo Machero, Barranco del Pocico de Gualay, sima de Navahondona = una sima muy grande en la misma cumbre, en la cumbre del Cabañas Collao de las Alegas, Pico del Aguila, Puntal del Buitre, Junta de los Cerros, Cerro o Puntal de la Tableta, Poyo de las Abucaeras, Vaga de la Morra, Poyo de Barba, Barranco de Gualay, Pinos de Poncel, Puerto Llano, Cabañas. Los Tornillos altos, por donde la Cueva del Borbotón y de ahí para abajo hasta la cerrada de la Canaliega, los Tornillos Bajos.

La fragancia eterna

Con el alma atravesada por la tristeza, entro a la casa y busco a la madre que sobre el colchón de paja se acuesta y al verla consumida, se me parte el corazón porque toda ella, además de enferma y morirse a chorros, ni come ya porque no tiene fuerzas, la beso y soltando los tomates en el suelo, le digo, desde la angustia que a mi alma quema:

- Madre santa, aquí te traigo un puñado de hortalizas que he cogido del huerto y ahora mismo pongo el puchero junto a las llamas de la candela y para ti caliento ese requesón para que comas y te pongas buena.

Y la madre se levanta y desde su figura de pavesa, me da su beso y aunque no quiero, ya con ella a mi lado sentada junto al fuego, le digo que esta mañana también ha sido tremendo.

- ¿Otra vez te han denunciado las ovejas?

Me pregunta ella y yo le contesto que:

- Otra vez bajaba por el río y detrás me iban siguiendo y allí donde me paraba, se paraban ellos y si bebía agua de la clara que va por la corriente, estaban sobre mí nublando la paz de mi corazón con sus amenazas y figuras fieras.

Y la madre que junto a mí, hace por comer del requesón, una cuchara:

- Hijo mío de mi sangre y alma, dentro de poco yo voy a alzar mi vuelo, pero por si como tantas veces te ayudan mis palabras, te dejo dicho que la presencia de Dios es más real y clara, en los trances en que todo te lo rompen y te prohíben, hasta beber el agua.

Y quiero decirle que tendrá razón porque la madre es una santa, pero que el corazón y el alma, no puede más con tanta congoja y en la tierra que tanto le pertenece y es tan amada.

Pero guardo silencio y me acurruco junto a la madre pavesa ya casi apagada y mientras intento darle ánimo para que coma un poco del requesón, junto con su

muerte, mi alma se muere de tristeza atravesada.

PUERTO DE LAS PALOMAS, VADO ANCHO 4,30 / 1-5-98 *

La distancia

Desde el mismo puerto, tirando por la vieja senda que sube del vado y siguiendo fiel su trazado, son unos cuatro kilómetros y medio. El nivel oscila entre los mil doscientos a setecientos metros.

El tiempo

En la dirección del puerto al vado y hasta el mismo puente que cruza el río Guadalquivir, a un paso moderado, se tarda sobre una hora poco más o menos.

El Camino

Arranca justo en el auténtico puerto, pegado a la pista forestal que va hacia el cerro del Mosco. Desciende por una leve vaguada y enseguida comienza su juego de zigzags para ir recorriendo la empinada ladera con más comodidad. En general el camino se distingue bien, aunque sí es verdad que está muy roto por muchos tramos, pero como va cruzando de un barranco a otro y faldeando para salvar los cortes rocosos que se presentan a lo ancho de la ladera, es cómodo.

En todo momento, el trazado de esta ruta, va por el viejo camino que subía desde Vando Ancho al Puerto de las Palomas y a lo largo de su recorrido, aprovecha las tierras de una vieja vía pecuaria o camino de trashumancia. Su categoría es cordel de Nublas, Arroyo Frío a Santiago de la Espada y arranca en el abrevadero de Rambla Seca, pasa por el Puente de Guadahornillos, descienden por las laderas hacia Arroyo Frío, atraviesa el río Guadalquivir por este lugar y en el punto que se llama Vado Ancho, asciende la cuesta, objeto de nuestra ruta, hasta la cumbre del Puerto de Las Palomas y descienden por Burunchel y ya se pierde por entre los olivares hacia el valle el Guadalquivir para atravesarlo otra vez y remontar a la Loma de Ubeda por donde cruza con el nombre de Cañada Real de Cazorla y Cañada Real del Paso.

Así que esta ruta es sólo un trozo de la vereda de trashumancia que desde estas cumbres primeras atraviesa la sierra hacia los Campos de Hernán Pelea y por el río Guadalentín hacia El Almicerán. En esta ruta se propone sólo un trozo de esta vereda pecuaria. En otras iremos completando todo el recorrido de la vereda tanto hacia un lado como hacia otro.

El Paisaje

Recorrer este camino en un paseo sin prisa, es de lo más reconfortante por los grandiosos paisajes que de continuo nos sacia la vista y el alma. Al comienzo, muchas rocas sueltas por donde los pequeños rodales de tierra y los troncos de viejos pinos, nos saludan amontonados. Y según vamos trazando zigzags, los arroyuelos repletos de pequeños chorrillos de agua, tupidos de espesos bujes y enebros y escoltados por las paredes rocosas, se nos van presentando cada vez con más esplendor y repletos de su silencio. Al frente, en todo momento, nos mira la gran ladera que sube desde la aldea de Arroyo Frío hacia el Peñón de Juan Díaz y en lo hondo, las blancas casas de la aldea, aplastadas entre en verde del bosque

y las llanuras.

Lo que hay ahora

A las cuatro y media en punto, me pongo a bajar desde el Puerto a Vado Ancho. Es una tarde preciosa, con el cielo, desde el puerto hacia el valle de Ubeda, más bien despejado y con brillantes tonos azules. Y desde el puerto para la sierra profunda, cubierto de espesas nubes negras que amenaza lluvia en cualquier momento. Y lluvia hay mucha porque la tierra está rezumando agua por donde piso. Lleva varios días que no para de caer un chaparrón detrás de otro y esto hace que la primavera, en los bosques y pradera de estas sierras, esté reventando de verde y eso que todavía no ha llegado en serio. Hace frío y algunas de estas noches hasta ha helado.

La hierba verde esmeralda, los árboles florecidos, el musgo de las rocas todo intensamente verde y destellando frescor y por doquier goteando agua cristalina. Desde aquí la senda, pues baja, nada más arrancar, trazando dos o tres pequeñas curvas que son como el aperitivo o preludio de lo que vamos a ir encontrando. Está todavía clara porque en aquellos tiempos la tallaron muy bien. Parece que baja recta por la hondonada hacia Árroyo Frío.

Un pino grueso a la derecha y justo clavado en la misma roca y la senda que discurre escoltada de piedras gordas como si estuvieran protegiendo señalando el recorrido. Casi sin esfuerzo se alzan los ojos y abajo se ve el pueblo de Arroyo Frío por entre las ramas de unos grandes pinos que enseguida me salen al paso. Un cuervo me sobrevuela y ya he dejado arriba y a la derecha, las rocas que sirven de mirador a las personas que coronan este puerto y se paran a gozar del espectáculo. Es precioso el pueblo aplastado en el valle, blanco porque lo besan los rayos de sol que se escapan por entre el roto de las nubes y la vega verde por la espesa hierba que tapiza la tierra. El campo rezuma esplendor a chorro y por doquier.

Mucha mejorana, con sus hojas viejas un poco blancuchas y las nuevas, en los extremos de los tallos, destellando verde limpio. Las jaras blancas que me salen al paso las veo muy comidas de los animales. Y la cañada sencilla que se me va abriendo dulcemente con su abrazo de hermana bella y la senda que la recorre, en su primoroso juego de zigzags con el arroyuelo que nace aquí mismo. Tiene sus primeros pasos, este arroyuelo, en la misma ondulación del puerto y cae por esta vertiente buscando al Guadalquivir.

Lo cruza un poco, a unos ciento cincuenta metros del arranque y se viene hacia la izquierda que es por donde, según hoy llevo la dirección, me queda el Cerro del Mosco. Y entonces, la vaguada me queda a la derecha y un grupo de pinos viejos y grandes, muy bonitos. La sigo y enseguida un pino que casi cruza la senda. La visión por las laderas al otro lado de Arroyo Frío, es preciosa. Los bosques negros, porque les da la sombra de las nubes y profundamente verdes porque la primavera ya le esta corriendo por la sabia de sus ramas. Los corta por la mita y a lo largo de la cuerda, la fila de rocas blancas y algunos puñados de niebla. Es precioso el panorama. Hacia arriba, por Peña Juana y el Pico del Cabaña, cubierto por espesa niebla y nubes densamente oscuras. Una espesura inmensa de niebla y la negrura arriba. Hay muchos rotos en las nubes y por entre ellos se escapan los rayos del sol, como por ejemplo ahora que cae iluminando todo el Poyo de la Mesa. Queda iluminada, preciosa y adornada por nubes blancas, en el horizonte lejano y las que

le coronan, son negras.

Cantan por aquí muchos pajarillos y las encinas, pues ya están con sus hojas nuevas y la trama color oro que les cuelga primorosamente. Destacan mucho porque las hojas viejas son de un color oscuro apagado y las nuevas, reflejan la pureza de lo recién nacido y lleno de vida y por eso son verdes brillantes.

La senda se viene bastante a la izquierda sin dejar de bajar, pero con su juego de corte y requiebros con la ladera. Se oye la corriente del río Guadalquivir y por lo mucho que destaca su rumor ya se adivina que debe llevar mucha agua. Y aquí, la senda, traza la primera curva y como se ha venido hacia el Cerro del Mosco, justo donde se alza un poste de luz, gira hacia la derecha otra vez buscando la hondonada del arroyuelo. Una senda perfectamente tallada con las piedras que le van sujetando, a trayectos, por el lado de abajo que unas veces es la derecha y otras, la izquierda, según la dirección que tome en la ladera.

Dos pinos grandes cubiertos por abajo de zarzas y al mirar, descubro que ya tienen también sus flores oro colgando entre las acículas y temblando al viento que las mueve. Es otro espectáculo a lo pequeño, pero rebosante de belleza. Muchas piedras blancas sueltas que al rodar por la ladera se han ido quedando paradas sobre la comodidad de la senda. Mientras ahora voy pues dirección hacia la Fuente del Oso siguiendo el trazado de la senda y dejándome llevar por la curva que traza.

Antes de llegar al arroyo, otra vez giro hacia la izquierda y aquí rezuma agua. Afloran las rocas blancas en forma de losa por la parte de abajo y las sigue la senda bajando en escalones y sorteándolas. El agua que rezuma que cae por el surco de la senda, aprovechando así, la ondulación para escurrir hacia lo hondo del gran valle. Romero florecido, muy poco, porque el romero ya floreció hace mucho tiempo y aquí, otra curva quedándose en un zigzag más cortito.

Tres pinos secos. Uno caído por completo en mitad de la senda y por lo deshecho que lo veo, entiendo que hace mucho tiempo que está sin vida. Dos más que veo al frente según voy por el arroyuelo que desciende. Los dos pegados uno al otro, todavía de pie, pero secos por completo y con las ramas, como si estuvieran abiertas en actitud de pedir socorro. Atraviesa aquí la senda, llaneando un poquito, por lo alto de unas rocas lisas, que es precisamente por donde el agua que ya baja por el arroyuelo, corre. Se desliza por encima de estas rocas y al darle el sol de la tarde, relucen con una belleza inigualable. ¡Qué momento más hermoso por el silencio que lo envuelve y los paisajes que lo abrazan!

Pequelos charquitos con algas verdes, señal de la pureza de este agua y una corriente suave que va cayendo por entre estas rocas blancas en forma de losa. La senda cruza el cauce y ahora se va hacia el otro lado. Después de las rocas, mucha agua, hierba y la florecilla amarilla de los delicados ranúnculos. Mucha agua porque los chorrillos que van aflorando se concentran en el surco de la senda. Y también el agua, pues brota por cualquier sitio. Después de un año como el que hemos tenido y esta lluviosa primavera, la tierra está más que empapada. Ha llovido tanto que la sierra tiene agua en abundancia.

Un pino aquí mismo, entre las rocas y donde la senda traza una pequeña curva otra vez hacia el arroyo. Y más bien no se retira ya del arroyo. Por lo menos en un

trozo considerable, baja por el mismo surco. Toda ya abierta, desgajada y por cualquier sitio se ven trozos de senda y creo que precisamente esto es lo normal porque este camino es recorrido por los animales y ellos trazan vereillas por cualquier parte. Toda empapada de agua y a un lado y otro.

Avanza unos quince metros y de nuevo de va, ahora ya, por entre un bosque de pinos muy grandes, bonitos y espesos y se va despegando del arroyo ahora ya dirección hacia la Fuente del Oso o el Empalme del Valle, que me queda más cerca. Aquí mucho romero. Ya no hay piedras sino un tapiz denso de hojas secas de pinos entre la tierra negra. Romero y una gran aulaga, que en esta ladera crecen muchas, espesas y muy altas. Y la senda, ahora se mete aquí por entre raíces de pinos, aulagas y romero. Se despega más de lo que es la hondonada del arroyo, que no es arroyo en categoría sino una cañada que se va formando según cae desde el morro del puerto y ahora llana dirección al empalme del Valle.

Atraviesa aquí por unas rocas blancas, sube un poquito al espigón en miniatura de rocas a la izquierda y ya baja otra vez mientras sigue dirección al barranco del Valle. Mucho bosque espeso siempre de romero y aulagas. Pinos negrales y gran cantidad de piñas secas caídas por el suelo y rodando por la ladera. Se despega ahora todavía más de esta primera hondonada y atraviesa aquí por otro lecho de rocas muy desmoronadas y de haber pasado por aquí tantas personas y animales, pues se les ven como si las hubieran sembrado. En cuanto las recorro, un gran pino a la derecha clavando en las rocas, cubierto el suelo de hojas secas, piñas y ramas y se allana en un trocito que parece de ensueño. Queda sujeta por una pared de piedra por la parte de abajo y ancho, casi un metro de anchura.

La veo que vuelve, dirección todavía al valle y atraviesa otra pequeña vaguada y entonces se va, descendiendo por la pequeña ladera que tengo cerca. Y esa vaguada menor, pues es otro arroyo con un chorrillo de agua bastante grandecito y un buen charco aquí mismo. Lo cruza, unas rocas alargadas, en forma de ballena a la derecha por donde rezuma el agua y un buje verde y aquí mismo, sobre las rocas, traza un remolino y vuelve hacia atrás. Dirección ahora al Cerro del Mosco. Unos diez metros nada más y después, enseguida se mete en el cauce del arroyuelo, roza un enorme pino grande que arranca desde el centro del surco y las piedras con el agua que chorrea y por aquí baja.

Ya no sé sí en este punto concreto, fue antes la senda y las aguas al correr trazaron la zanja del arroyo o primero fue el arroyo y la senda lo aprovechó para remontar con más comodidad. La piso y piso el agua y las rocas del lecho del arroyo y veo que todo es una pura trenza fundida totalmente con las piedras y las raíces de los pinos. El chorro que corre es grueso como el brazo de una persona. Y ahora veo más claro que por aquí, primero fue la senda, el arroyo la ha cogido y de correr ya ha trazado un surco. Muchos charquitos remansados, romero espeso a un lado y otro, aulagas y pajarillos que cantan.

Aquí ahora vuelve a despegarse otra vez dirección al Empalme del Valle mientras las aguas del arroyo se va por ella durante unos seis o siete metros. Luego cae hacia el barranco mientras la senda se despega un poco por la derecha según voy bajando. Remonta el puntalillo de esta ladera, gira por entre las rocas que al mismo tiempo les sirven de piso y mucho puñados de musgo verde. Muchas hojas de pino y sobre el mismo morrete de la ladera gira en una curva cerrada totalmente

que traza una airosa ese. En viente metros traza esta ese, gira hacia el arroyo y en un segundo giro se viene hacia el Empalme del Valle.

Una pequeña covacha, una llanura y se asoma otra vez al puntal dirección siguiendo en la misma dirección. ¡Qué grandioso es esto! Miro y veo que ya Arroyo Frío lo tengo, o al menos esto creo, muy a mi mano. Abajo, cerca y bello.

Al asomarme aquí, pues la senda ha volcado el lomete de esta ladera y cae hacia otra vaguada. Se desliza por encima de las rocas blancas que al estar llanas forman un piso ideal para que la senda pase sobre ellas. Una bocanada de aire fresco que sube del río, me acaricia el sudoroso rostro. Miro al frente y veo que el cielo se presenta cada vez más oscuro. Intuyo que amenaza lluvia. En cualquier momento puede empezar a llover y mucho. Al menos, esto es lo que creo por los indicios que estoy observando. No me he traído ni paraguas ni impermeable. Si llueve, se me complicará esta ruta aunque confío en encontrar alguna covacha para refugiarme que ni siquiera sé dónde puede encontrase y menos si en el momento justo en que la necesite.

La senda baja a la que, ahora estoy viendo, es la tercera vaguada siempre en dirección al Empalme del Valle. Vuelvo a tropezarme con agua y grandes pinos negros y un par de ellos, caídos sobre la misma senda y ya hechos trozos. Me siguen acompañando los romeros, muchas piñas y conchas de pinos. Un enebro sobre una roca tapizada por el musgo que reluce de verde.

El silencio es total. Sólo el viento rozando las hojas de los pinos y algún pájaro que canta. Otra vez agua en este barranco, pero menos que en los otros dos y seguro es porque este barranco tiene su nacimiento más abajo que los otros. Y la senda, otras ves se hace surco con la corriente. Lo acompaña en un trecho corto y vuelve a despedirlo yéndose dirección al Empalme. El chorrillo de agua lo cruza ahora, que al verlo, considero que también es grande y se muestra transparente como la misma luz que desprende la tarde.

La senda lo despide, aquí en una llanurita llena de hierba, mucha mejorana y tomillo por la parte de arriba, se encharca el agua y por la senda se va durante y trecho hasta que cae hacia la izquierda buscando el barranco.

El juego que esta senda trae con los caños de agua que van cayendo, las raíces de los pinos, la vegetación y las rocas que se clavan por la ladera, es una emoción pequeña, pero repleta de encanto por la variedad y las sorpresas agradables que a cada instante viene mostrando. Vuelvo a ver dos pinos secos y una roca destacando de entre el conjunto hacia el que voy. Uno de ellos, sólo la mitad del tronco y el otro todavía con su maraña de ramas y las piñas secas y abiertas. Hay aquí como un collado menor con rocas a la izquierda sobre los pinos secos y a la derecha también un montón de rocas formando un castellón pequeño. El musgo verde lo cubre todo y la senda atraviesa por debajo de ellos sujeta, perfectamente por el lado de abajo, con piedras que fueron puestas a conciencia.

Y aquí mismo traza otro giro. Se asoma un poco ya al valle del Guadalquivir y gira hacia la izquierda. Me ha caído una gota de agua y por lo que estoy viendo, puede empezar a llover en cualquier momento. Busca el barranco tercero dirección al Cerro del Mosco, pero metida en una hondonada y por entre grandes rocas que

ha tenido que cortar para seguir. Me están cayendo gotas y ahora sí veo claro que en cualquier momento puede empezar a llover fuerte. Miro sin que haya dejado de mirar durante toda esta bajada y descubro que la nube que me cubre, es negra y espesa. Las típicas nubes de las tormentas. Miro a un lado y otro y no veo que por aquí cerca haya ninguna covacha y debajo de los pinos y las encinas, no me quiero refugiar.

Gira un poco siguiendo el puntal y se asoma otra vez al tercer barranco y entonces, en dirección hacia el Cerro del Mosco, cae para la hondonada. Según voy recorriendo esta senda, me lo estoy pasando bien, porque me divierte mucho tanta curva, rocas, arroyuelos, pinos y monte. Nunca adivino qué puedo encontrarme diez metros más adelante. Se hunde ahora por entre un estrecho para cortar estas rocas y por donde hay que saltar varios escalones formados en las misma rocas. Están desmoronadas también como en grava o arena fina y esto vuelve indicar la gran cantidad de veces que las personas y animales han pisado esta senda.

Otro giro y este es hacia la derecha mientras sigue bajando por lo más elevado del puntal. Veo que aquí ya se juntan las tres cañadas que venían jugando con la senda y antes de cruzar, siento el agua correr. Enseguida la senda lo alcanza, una pequeña cascada que me queda a izquierda, mientras voy cruzando el arroyuelo y me voy hacia el segundo barranco. Podría bautizar este recorrido con el nombre de la senda que juega con los barrancos y los chorros del agua, porque en realidad esto es lo que estoy descubriendo y es.

Se despega de regajo, sube hacia el puntal que existe entre el tercer barranco y el segundo y lo corona. Lo remonta llaneando y aquí hay un trocito casi por completo llano. Veo el segundo barranco, es muy hermoso esto y no dejo de mirar a ver si descubro alguna covacha para refugiarme porque la lluvia arrecia y temo que no va a tardar en arreciar. Llanea aquí mucho antes de cruzar el segundo arroyuelo que también lo siento ya y parece que baja repleto de agua. Por entre bujes, aulagas y romero florecido, avanza cada vez más hermosa y amable. ¡Qué senda esta tan cargada de misterio y bellezas que por ser pequeñas, empapan hasta lo más hondo.

Cruza el arroyuelo en un paso totalmente llano quedando a la izquierda otra pequeña cascada muy bonita y veo que sí trae mucha agua. Más que el tercer barranco. Y ahora se va, pues subiendo un poquito, más bien llaneando mientras remonta hacia el primer barranco que es el que arrancaba con la senda en todo lo alto. Sube otro puntal meno y otro caño de agua que viene por aquí y me digo que seguro saldrá del primer barranco. Remonta y salta un escalón de rocas, remonta algo más, atraviesa otro arroyuelo y ahora ya baja siguiendo la caída del puntal.

Sin mirar veo las casas de Arroyo Frío en lo hondo y su visión es de lo más reconfortante por la enorme belleza que desprende desde esta ladera y en concreto, desde este punto. Y como estoy mirando sin tener que hacer ningún esfuerzo, veo que por la zona de la mesa y la Cerrada de Utrero que me queda enfrente, está lloviendo mucho. Estoy preocupado y no dejo de mirar para encontrar dónde meterme y protegerme de esta lluvia y la que puede llegar no dentro de mucho.

La senda baja, como muy perdida por el puntal cubierto de romeros y aulagas

y multitud de rocas que afloran. Pero sé que no baja perdida porque la voy viendo perfectamente saltando escalones y me encuentro totalmente en lo más alto del puntal frente ya al tercer barranco. Que parece que en esta ocasión no lo alcanza sino que aquí mismo, donde hay unos pinos pequeños con señales de rayos en sus troncos y muchas raíces por entre las rocas, gira hacia la izquierda buscando el otro arroyo. Por aquí, como es pura roca lo que existe, es difícil intuirla porque claramente no se ve. A veces va por encima de rocas en forma de losas totalmente llanas, luego se mete por un regajo que ha horadado el arroyo y muchas piedras sueltas.

Se retuerce en el puntalete y se nota que es ella porque aparecen piedras clavadas sujetándola de vez en cuando. Gira otra vez y lo que ahora me va preocupando es el agua que está cayendo. Un pino grande y achaparrado donde, al verlo, se me ocurre refugiarme, pero no me agrada. Muchas rocas, llega a lo alto y como que se deshiciera. Una pequeña llanura en el lomo del puntal, más pinos caídes y traza zigzags por entre el arroyo tercero y el primero. Ahora ya voy otra vez dirección al Empalme del Valle.

Las nubes negras acumuladas sobre la Mesa, descargando mucha agua. Miro y por y creo ver que por encima de mí perecen que ese han deshecho un poco. Por momentos dudo si voy por la senda o no porque más bien son vereillas de animales las que voy siguiendo, cosa que es natural si por aquí suben o bajan de vez en cuando animales. Muchos enebros, un exquisito olor a flores que perece fueran de madreselva, algún canto de pajarillos, rumor delicado de las gotas que suave caen, correr de chorrillos despeñándose por toda la ladera que recorro y la nube negra que por momentos me cubre más.

Y ahora, creo que he perdido la senda porque lo que voy siguiendo es sólo un trozo y otro de sendillas hechas por los animales. Dos pinos grandes que me quedan a los lados y voy cayendo hacia el segundo barranco por donde siento el agua correr y ya la vuelvo a ver con más nitidez. Un monolito me queda a la izquierda en forma de estatua como de cinco metros de alta y una pared de roca por donde pasa, estrechándose y se ciñe formando como un barranquete y cae hacia el segundo arroyo. Mucho romero y muchas zarzas y las rocas que me escoltan a un lado y otro en forma de pared.

Un quejigo grande un una hondonada muy bonita. Se ven muchas hozaduras de jabalíes, gran cantidad de hojas secas y tierra negra. Baja por aquí, pues paralela al arroyo, sobre el lomente de la tierra negra esta y es bonito esto. Da una curva y vuelve a cruzar de nuevo el segundo arroyo. Ya trae mucha agua y queda una espesura de bujes a la derecha y a la izquierda una gran sabina. Lo cruza y se va hacia el lado del Empalme del Valle. Remonta, muy estropeada que está de no pasar personal por ella desde hace mucho y por esto me cuesta encontrarla y ahora llueva más fuerte. Ya lo he decidido: buscaré una covacha y me meteré en ella.

Aquí tierra roja por entre enebros viejísimos, mucho romero y raíces de aulagas y hojas secas de pino. Llanea un poco y remonta al puntal que hay entre el segundo y tercer barranco y tropieza con un muy serio corte de rocas. De la base misma de esta pared rocosa sale un pino muy bello y otro un poco más pequeño. Y claro, ahora lo entiendo: la senda tiene que trazar todas estas curvas para soslayar este desnivel rocoso. Es una pared de unos veinte metros y claro que para remontarla

o descenderla hay que buscar el mejor paso y desde luego que lo es si lo intentáramos en línea recta.

Miro despacio y veo que aquí existe un buen refugio para del chaparrón que está empezando a caer. La parece ofrece como una covacha, no muy definida, pero sí lo suficiente como para acurrucarse sobre ella y quedar guarecido de la lluvia. Me paro y lo primero es mirar el reloj: son las cinco en punto. He tardado media hora desde el puerto hasta este punto que parece es la mitad de la distancia desde la cumbre al valle o a la inversa.

En rincón que meda encajado entre dos grandes pinos a mi derecha, frente, Arroyo Frío y la ladera que le corona. Por ahí viene cayendo la lluvia y ya es tanta que el bosque se empieza a perder tras una capa blanca. Una lluvia no muy fuerte, pero sí lo suficiente como para tejer como una cortina de nieblina sobre el bosque en la lejanía. Al fondo, las nubes coronando y negras. Pero más abajo, sobre el valle, las casas blancas y arrancando desde ellas ladera arriba, lo primero es el bosque de álamos y muchos árboles cultivados junto a los manantiales que por ahí brotan. Es un bosque diferente al de los pinos y por eso se le aprecia un verde distinto que es más claro y fresco.

Estoy mirando hacia el valle y lo que me tenía acaba de suceder: un relámpago y enseguida cruje el trueno. Ahora mismo, por aquel lado de Arroyo Frío está cayendo mucha más agua. La cortina blancuzca que cubre el verde del bosque cada vez es más densa. De ese lado es desde donde viene la nube. Delante de mí, que estoy aplastado contra la pared rocosa, tengo una llanura casi en miniatura. Sólo alcanza unos dos metros de ancha por tres de larga y está cubierta por una fina alfombra de hierba verde. No he hecho nada más que llegar y ya nos sentimos hermanos desde tiempos lejanísimos.

Por el lado de los pinos gruesos veo muchas hozaduras de jabalí buscando las raíces precisamente de los pinos. A estos animales les gusta mucho la corteza de estas raíces. Y como sigo mirando al frente un poco por la izquierda, tengo el tronco de un pino seco por completo y que se alza desde un macizo rocoso. Está partido por la mitad a una altura de cinco metros y no le queda nada más que la madera pelada, sin concha ninguna y se le ve retorcido y ya con muchas heridas por los trozos de madera, que al pudrirse, se le ha caído.

Por encima de Arroyo Frío hacia el cerro que lo corona, se ve un bosque espeso de pinos, ya lo he dicho antes, y ahí mismo está cayendo ahora mismo como un chorro de agua que surge desde la nube y se abre antes de tocar el bosque. Es espeso y blanco y por eso el verde de los pinos ya casi no se ven. Va aumentando la lluvia, que en parte son granizos y gordos, mientras que por el lado de la Mesa, se ha quedado casi descubierto. Por el lado del Pantano del Tranco, también se ve el cielo y en cambio por Roblehondo hacia los Campos de Hernán Pelea, la oscuridad es de azabache puro.

Sigue aumentando la lluvia y los truenos al mismo ritmo que los granizos. La nube ha cubierto por completo todo el valle desde el cerro que hay al otro lado de Arroyo Frío hasta el Puerto de Las Palomas. Se ha quedado en lo alto y por momentos caen con más fuerza los granizos.

Observo ahora un poco la covacha donde estoy guarecido y veo que la roca está negra. En otros tiempos se ve que aquí mismo hicieron fuego más de una vez y del humo está ennegrecida la roca. Hasta incluso, a mi derecha y muy bien guardado, hay un montón de palos secos que son trozos de ramas de pino. Sobre la reducida, pero bellísima explanada que tengo delante cubierta de hierba fina y muchas hojas secas de pino, estoy viendo caer los granizos. Caen a puñados y por eso en sólo unos minutos se ha puesto blanca por completo. Ahora me digo que si no hubiera encontrado esta covacha lo hubiera pasado bastante mal porque la nube llega con mucha más fuerza de lo que parecía. Aquí estaré hasta que pase la nube y lo que ahora temo es que dure tanto tiempo que la noche se me eche encima. No estoy lejos del Puerto, pero regresar será casi imposible y hacerlo con la lluvia que está cayendo y sin nada para protegerme de ella, también será complicado. No me esperaba este percance, pero confío como tantas veces ya a lo largo de tantos años pisando los rincones de esta sierra.

Un tercer trueno y ahora en todo lo alto mía. Al menos estos tres que hasta ahora han estallando, no son muy fuertes, pero las nubes parece como si se estuviera formando justo en lo ahora y ahora mismo. Cómo evolucionará, ni lo sé. De todos modos, es un espectáculo preciso este de las tormentas en un día como el de esta tarde, tan bonita de primavera, tan templado el aire y con una nube tan espesa y densa como la que ahora mismo tengo encima de mí. Está descargando gran cantidad de granizo y agua. Ya casi no veo el bosque de las laderas de enfrente. Y es un espectáculo tan hermoso que mientras lo contemplo se lo agradezco a Dios porque aun con la dificulta que pueda tener para salir de este barranco, considero que es un grandioso regalo lo que ahora mismo estoy viviendo. Ante mí, su poder majestuoso que se transforma en tormenta negra y al mismo tiempo en lluvia fina que riega los campos y en luz que da vida y transforma los paisajes.

¡Preciso el espectáculo! Y estoy agachado viendo los granizos caer y a lo lejos el barranco cada vez más cubierto por la fina cortina blanca del agua que está cayendo y el tronco del pino seco clavado en la roca del puntalente que tengo cerca de mí. Al otro lado y sobre el que se recorta el tronco del pino, un gran roble verde. Ahora caen con más fuerza y cantidad los granizos. Al caer rebotan sobre la hierba de la pequeña llanura o las hojas secas de los pinos y como los estoy mirando fijamente y todo concentrado en lo que ocurre en este puñado de tierra, me digo que es un juego encantador esto de los granizos cayendo y rebotando en la hierba. Caen recto, rebotan y ya se quedan durmiendo sobre las finas hojas de hierba. ¡Qué mundo más fantástico y qué suerte he tenido o qué detalle tan delicado está teniendo Dios conmigo esta tarde!

El suelo de la llanura, mi llanura desde ahora mismo y para siempre hasta que el Creador me la devuelva en el reino de la eternidad, pues ya es mitad blanco por los granizos que le van cubriendo, mitad verde por la hierba que se presenta fresca, mitad un poco ocre por las hojas secas de los pinos y un poco negro porque hay también conchas de los troncos de los pinos y por algunos rodales se ve la tierra negra. También se amontona por aquí muchas piñas viejas y los romeros que sobresalen verdes y todavía con sus flores algo celestes. De sus endebles hojas van cayendo las gotas de la lluvia y todo, a lo pequeño, pero hermosamente grande, se suma para transformase en maravilla.

Sigue aumentando y es precioso el espectáculo de verlos saltar. Caen y rebotan y donde se quedan quietos caen varios más. Esto para la naturaleza es una enorme bocanada de vida. Un relámpago y un cuarto trueno. Por ahora descubro que no son rayos, sino chispas que saltan de nube a nube y luego como si rodaran por entre el cielo y la nube hacia la lejanía que adivino y no veo. Y por esto capto que la nube es grande: el trueno se ha ido hacia atrás, Sierra de la Cabrilla y Campos de Hernán Pelea y todavía retumba durante largo rato. Como se venga para este lado, va a ser una nube que me cogerá de principio al fin y puede que dure más de lo que deseo.

Un quinto relámpago y este sí ha sido un rayo que he visto caer sobre la cumbre. A rajado el trueno con una fuerza tremenda y al igual que los anteriores, ha retumbado y se ha perdido hacia la lejanía de los Campos que aparecen totalmente cubiertos por la oscuridad. En tan sólo unos minutos el cerro que tengo frente al otro lado de Arroyo Frío, se ha cubierto tanto que ya ni lo veo. La lluvia y los granizos caen si parar y en lugar de aminorar, aumenta.

Un sexto relámpago y la explosión del trueno casi al instante y por esto descubro que la nube la tengo en todo lo alto. Me está entrando algo de miedo porque pienso que también pudiera caer un rayo sobre las rocas donde estoy refugiado o en algunos de los grandes pinos que tengo a cinco metros. Las chispas caen donde la nube lo necesita o el Creador permite y por esto, al sentir el séptimo estampido de trueno, mi alma acude al regazo del Padre Bueno: “Mi vida y mi suerte está en tus manos y como me encuentro solo en este barranco, aunque estoy en el centro de tu grandioso corazón, acudo a Ti”.

Un octavo chispazo y el trueno que revienta a la par y tiembla la tierra. Tengo la nube en todo lo alto mía y los truenos se van hacia las sierras del Banderillas. Llevo ya viente minutos sentado sobre la hierbecilla que nace en la tierra del covacho y no veo que esto tenga un fin inmediato. Estalla un noveno trueno y es más apagado que los tres anteriores. Arrecian los granizos y ya sí que está blanco por completo el suelo. Casi cuatro dedos de espesor tiene sobre la hierba de mi hermana llanura y la negrura de la nube se va corriendo, muy lentamente, hacia el Cantalar. Por la zona de la Mesa viene abriéndose y esto me da algo de esperanza. Pero siguen cayendo los granizos a espuertas. El suelo por completo blanco y hasta creo que ahora tendré dificultades de seguir, sea en la dirección que decida hacerlo.

Son las seis menos veinticinco, ya ha pasado el grueso de la tormente y veo que no tardará en aclarar y ahora pienso que será prudente no seguir bajando. Lo mejor es que desde este lugar, el rincón de la covacha del tronco seco, para entenderme yo mismo es como le voy a llamar a este punto. La nube se va deshaciendo hacia la parte del río Borosa y aunque todavía siguen cayendo algunas gotas, no son ni muchas ni fuertes.

De las ramas secas que hay amontonadas sobre la pared de roca donde he estado refugiado, cojo un palo. Lo voy a necesitar para seguir andando me vaya hacia el río o me vuelva para atrás. El monte ha quedado empapado y al pasar por él y rozarlo, me pondré chorreando. Si llevo un palo en las manos, los sacudiré antes de rozarlos y así el agua se le cae y me mojaré menos. Avanzo un poco, como con deseo de seguir y me asomo al puntal para observar si la distancia que me queda es mucha. Y en un primer vistazo creo que todavía puedo tardar veinte

minutos en llegar al río. Pero es tarde y si se me complican las cosas, la noche puede cogerme antes de terminar el regreso. Y si, además, le da por caer alguna otra nube, la dificultad aumentará. No sé que hacer.

Me muevo intentando ver más claramente la distancia y el terreno que me queda hasta el río y en primer plano veo un surco grande por donde por entre las rocas. Y lo que pasa es que desde aquí hasta Arroyo Frío, la senda pasa por mucho monte. Como la lluvia lo ha empapado, yo me voy a poner chorreando y esto se va a sumar a las otras dificultades que pueden presentarse.

Miro hacia la Cerrada de Utrero y de la oscura ladera que le queda más abajo, comienza a levantarse una ráfaga de niebla. Después de las lluvias, salen las nieblas y en este caso ya lo estoy viendo. Es muy bonita la nube de niebla que va surgiendo de entre el bosque. Pero miro a las nubes que me coronan y ni siquiera puedo distinguir para dónde van o vienen. Están fijas en todo lo alto o al menos lo parecen. Por esto me digo que lo mejor es arrancar y subir al puerto. Puede presentarse otra más grande y ya de noche, ¿a ver cómo remonto la ladera que tengo recorrida?

Me asomo por debajo de donde he estado refugiado donde hay como un segundo escalón y descubro las paredes de una vieja tinada. Unas paratas de piedras que en forma de corral se recogen contra el desnivel rocoso, hermano y casi gemelo, del que me ha refugiado a mí. De la pared rocosa que cae, cuelgan una gran cornicabra y al verla me entra la curiosidad. Da la impresión como si ahí existiera una gran cueva y por eso la cercaron con las paratas para encerrar animales. Voy a explorarlo.

Bajo por entre los romeros y entro por el portillo que abre la parata y que es la entrada al corral y ya descubro claramente lo que es esto. Un corral levantado contra esta pared de roca natural, en la repisa de tierra donde encerraban animales. No hay cueva alguna, pero sí mucha belleza asomada al pequeño barranco del arroyo aquí mismo. Muy bonito esto.

A las seis menos cuarto decido continuar. Siguen cayendo algunas gotas. Y es que me he asomado a la pared y he visto el chalé que hicieron cerca del río Guadalquivir y conozco bien. Esto me anima porque intuyo que no estoy muy lejos de la menta que vengo buscando. Comienzo a bajar y ya voy viendo que por el cañón de la Cerrada de Utrero se levanta en gran vellón de niebla. Llevo un palo seco en la mano para ir sacudiendo el agua del monte. Al andar, ahora tengo que tener mucho cuidado porque las rocas están mojadas y con granizos, muchas de ellas, y al pisar, puedo resbalar y caer.

Se han abierto las nubes y por arriba, pues muy bonito. La senda, mientras baja, sube hacia el Empalme del Valle. Corre por ella un pequeño arroyuelo que ha salido del agua que acaba de caer. Es normal que después de una tormenta como está, salgan arroyos por cualquier sitio. Y llego a un punto muy curioso: es una pequeña hondonada donde lo que aflora es una intrincada red de raíces de pino que fueron pisadas y hasta machacadas en otros tiempos y ahora, a todas se les ve aplastadas y llenas de cicatrices que nunca cerraron ni curaron del todo. Tres o cuatro pinos a un lado y otro y sus raíces machacadas sobre el firme de la senda.

Siento el rumor del río, ya no muy lejos y el agua cayendo sobre las hojas del bosque. Y de aquí mismo, según voy andando, veo la nieblecilla brotar de la tierra y el monte. Esta ladera está caliente del sol que le da durante todo el día y de lleno y por eso, la lluvia que acaba de rociarla, enseguida se evapora formando niebla que al subir hacia la cumbre se concentra y luego sigue elevándose hasta hacerse nube otra vez. Así que la lluvia, acaba de caer de la tormenta y ya se está evaporando para unas horas más tardes, seguir siendo nube que cubre estas sierras.

La senda vuelca hacia el tercer arroyo y aquí me sale al paso otro paredón de rocas. Todo esto está lleno de nieve y es tanta que no tengo más remedio que pensar que por aquí ha caído más que por donde he estado refugiando. Las nubes son así. Siento la corriente del río, veo los pinos y distingo las casas del pueblo muy cerca. Cien metros más y ya veo la pista que viene por ahí y así a dos pasos. La senda se va curvando puntalete abajo por entre pinos, repletos hasta la copa, de hiedra. Dos rumores me van envolviendo: el de los arroyuelos que se despeñan de esta ladera y el del río que lo tengo bastante cerca.

Giro otra vez para este segundo barranco menor por donde se encuentra la tinada y en realidad, ya estoy viendo me he refugiado a sólo diez minutos del río y su paso histórico de Vado Ancho. Porque es justo por este lugar por donde cuela la vereda de trashumancia. Por aquí ahora ya me dan compañía y baja conmigo, arroyuelos de agua por todo sitios porque los granizos se están derritiendo y como la ladera es casi una pura roca, los caños de agua enseguida chorrean. Es este rumor una música tan dulce y agradable que sólo por gozarlo ya doy bien empleado este paseo delicioso. ¡Cuantos secretos y maravillas encierra y ofrece la naturaleza y estas sierras amadas!

Ya estoy en la pista que es jorro para sacar madera y remontar una pequeña ondulación con la roca que me queda a la izquierda. Encima un peñón como sujeto y puesto queriendo y ya aquí, se ensancha. Es un jorro y ya cae recto al río por el lugar que esperaba: Vado Ancho. Los pinos se espesan y el suelo se ve blanco de los muchos granizos que han caído y ciertamente estaba muy cerca de la meta que me había propuesto. No más de diez minutos y ello también porque me estoy dando prisa.

Acompañado por el rumor del río, cada vez más nítido y potente, que me llega de frente según voy bajando, por las gotas de lluvia que todavía caen desde las nubes y de los pinos y por el rumor de los chorrillos que van despeñándose, voy tomando posesión del rincón apetecido. Ya aquí la senda desaparece y queda como un laberinto de jorros y de veredas de animales. Al ver la pista caigo en la cuenta que este trozo que entra río arriba, es la que arranca para por el arroyo del Zorro, desde la casa forestal de la Cruz del Muchacho.

Si cojo la pista y me voy hacia la izquierda, llegaré al chalé que conozco y queda cerca remontado sobre un cerro menor. Caen como en picado porque los jorros son así, lo único que interesa es arrastrar los troncos y resulta más cómodo si se baja recto. Hay tierra color ceniza y al verla recuerdo que esta tierra la he visto muchas veces por la orilla del Pantano del Tranco. Son arcillas con alguna mezcla de mineral. Por el centro del jorro, que da una curva aquí, corre un hilillo de agua.

Y claro que me produce cierta satisfacción llegar hasta el río. Se me hubiera quedado la ruta tronchada y más en mi corazón, si hubiera tenido que abandonar. Cuando estaba acurrucado en la covacha temía que cayera un rayo por aquí cerca y me estaba diciendo a mí mismo: “No puede caer porque por encima de mí tengo mucha elevación. Y los rayos siempre buscan los puntos más altos”. Sin embargo, ahora que voy por esta hondonada cara al río y tocando la meta propuesta, veo muchos pinos con las cicatrices de los rayos sobre sus troncos. Y lo que ahora me digo es que este punto está mucho más bajo que donde yo me he refugiado.

Ya estoy en la hondonada. A la derecha me queda un rodal de tierra verde y siento el rumor del agua que la tengo a dos pasos. De algunas casas en esta aldea, salen chorrillos de humo. Ya me asomo aquí y veo el río Guadalquivir. Salgo justo a Vado Ancho que era lo que había intuido. El agua que baja por el río viene roja, mucha cantidad y color chocolate. Esto indica que ha llovido mucho por las partes altas de estas sierras. Estoy ya justo en el mismo puente de Vado Ancho y exactamente: aquí el río se remansa en una llanura deliciosa y se ensancha para formar el vado. Bien lo sabían esto los serranos y por eso aquellos caminos venían a confluir a este punto. Aunque el río trajera mucha agua, como es el caso de esta tarde, es fácil cruzarlo por un vado y más si era con bestias como ellos casi siempre venían.

El puente me queda a la izquierda, a la derecha las tierras llanas, algo más arriba los huertos y una manada de ovejas pastando por la pradera, la corriente remansada que viene rizada porque corre, al frente las casas de Arroyo Frío y más lejos, la carretera del asfalto negro y luego la ladera del cerro que corona a esta aldea y de su bosque, manando la niebla. ¡Es preciosa la visión y la cantidad de agua turbia que baja por el cauce de este grandioso Guadalquivir!

Y como una vez más, he conseguido mi meta en mi abrazo de amor y gozo con estas sierras que tan dentro llevo, doy gracias a Dios por maravilla tan grande que de nuevo esta tarde me ha permitido vivir. Merece la pena y no porque sea una ruta con paisajes asombrosos a lo grande, sino porque es un paseo sencillo atravesando los secretos más finos y pequeños de estas sierras. Y porque esto pequeño está más cerca del núcleo de lo vital y eterno, es por lo que me alegro y doy gracias sintiendo que no merezco tanta belleza excelsa, pero porque la he rozado y se me ha quedado clavada en el corazón, ahora me alegro y me siento más limpio e hijo del Creador.

La fragancia eterna

Hacia el corazón del valle se sienten fluir los caminos y, donde el río que atraviesa la sierra y se remansa en la tarde, tiene concentrada la esencia del tiempo que se hizo silencio en el trino de los ruiseñores que ennoblece los corazones que ausentes laten, se les ve abrirse en forma de surtidor y rajando el viento, elevarse por las laderas y los barrancos y perderse por entre el monte al ritmo de la luz que palpita y el sudor de las almas grandes.

Y por entre la esencia que mana de los campos, se le ve caminando al padre y en cuanto llega al río, siguiendo a su marrana de cría, la llama y le pide que pare y que se fije en la corriente y que beba y que luego se bañe porque hoy aprieta el calor y el animal chapotea en el agua y va a beber, pero antes busca el cieno y se acuesta y se restriega en los juncos y al verla, el hijo pregunta:

- ¿Por qué, padre, antes de beber se baña?
Y el que no sabe, pero sí sabe:
- Es que como nosotros, viene sudorosa y como le hierve la sangre, parece que no es bueno hincharse antes del momento oportuno.
Y el hijo:
- Y eso ciencia, la marrana ¿cómo lo sabe?
Y el que surca los caminos cuando por la gran sierra se derrama la armonía en rocío eterno y suave:
- Esa ciencia, hijo mío, ¿que cómo la sabe...?

Y como el hermano bosque mira y calla y también late, desde su sonrisa de aurora, habla con rumor de primaveras y de fuentes que manan y caen:
- Pues tú, muchacho noble que vas por los caminos que llevan al confín del mundo y no van a ninguna parte, ¿dime cómo entiendes y conoces y te gozas en el retozar de tus corderos por entre la flor que se abre y cómo interpretas los juegos de tu perro vellón de nieve y conoces los secretos de los senderos que confluyen en el Valle?
Y el hijo sincero que sueña y quiere saber más que sabe:
- Será eso: que lo llevo en la sangre y al igual que la marrana que se baña antes de beber en el río, como me hierve y grita y late, necesito apagar con la soledad diamante los desgarros de los caminos y beber después de laverme.

Y como hacia el corazón del Valle se sienten fluir las veredas y en forma de surtidores de rosas de primavera, se les ve abrirse en danzas de baile, parece que hasta el río se detiene y remansa sus aguas y saluda a los que llegan y esencia se hace en sus sonrisas porque les hierve la sangre en las venas de cristal y tienen que beber, pero antes y, según la ciencia que han aprendido observando, se refrescan para no morir con la tarde.

Notas complementarias:
La ruta que arranca en el mismo Puerto de las Palomas, es un tramo de la vía pecuaria que se llama Cordel de Nubla, Arroyo Frío, Santiago de la Espada. Desde este Puerto de las Palomas, la vereda baja hasta Vado Ancho, atraviesa las casas de este poblado, sube por los Arroyos Frío y el de los Ubios, términos de Cazorla con la Iruela, para coronar por el lugar llamado La Caída por entre el Puntal del Gollete y Puntal de los Cuartos, asciende hasta el Puente de Guadahornillos, atraviesa toda la Planicie del Calarilla por el viejo camino de la Cuerda de los Alcañetes, desciende por la solana del barranco de Bermejo y sale justo al collado con este mismo nombre.

Desde este punto, continua con el nombre de Cañada Real de Fuente Bermejo a Santiago de la Espada, por Nava de Paulo, Cañada Pajarera, Rambla Seca y atravesando los Campos de Hernán Pelea, se dirige hacia las aladeas del Don Domingo, el Cerezo, Los Teatinos y el Cañuelo desde donde sigue hacia otras partes de estos rincones de la sierra.

Justo en este Puerto de Las Palomas, a la derecha se desvía un ramal que arranca con el nombre de Cordel de Vistas Pintorescas a Cortijo de los Tontos. Desde el mismo puerto, en estos tiempos, sigue casi la totalidad del trazado de la carretera que desciende al Valle. El lugar Vistas Pintorescas se sitúa por donde ahora se encuentra el mirador, pasa por la Fuente de los Chorrillos, Prado de Roble

Llano que se encuentra más o menos a la altura del Castellón del Valle, el Tobazo, empalme de la carretera que sube al Parador y por Vadillo, atraviesa el río Guadalquivir donde hay un abrevadero y desde este punto se dirige hacia el camino de Castril.

Remonta hasta Majadentro que es un lugar justo antes de coronar a la Nava del Espino, atraviesa Nava del Espino, Nava de San Pedro y en Pollo Manquillo, por el lado izquierdo se le une el cordel que desde este punto va hacia Collado Bermejo, pasa por el Cortijo del Vado de las Carretas, Nacimiento de Siete Fuentes, Vado de la Carretas en el río Guadalentín, Cruza el cauce justo donde existe un abrevadero y sigue por el cortijo de Poyo Tribaldo, cortijo de la Canalilla, cortijo del Raso del Peral, Puntal de Ana María y por el cortijo de los Tontos pasa a termino de Peal de Becerro hacia los Almiceranes y luego a Castril. La anchura de esta vía pecuaria y la anterior, es de 37,61 m

Así como estas dos vías reseñadas en este capítulo, en las sierras del Parque Natura, existen muchas, la mayoría ya en desuso y otras rotas por las pistas forestales, carreteras y construcciones. Las rutas más hermosas discurren por tierras de estas vías pecuarias.

GRANDES RUTAS POR LA SIERRA PROFUNDA - Por las cumbres del Salto del Moro 23-3-95

La distancia
Desde la cadena, en el puerto de las Palomas, hasta el cerro del Caballo de la Zarzas, son unos ocho kilómetros. El recorrido completo, ida y vuelta, suma dieciocho kilómetros.

El tiempo
Arrancando en la pista forestal de tierra y siguiendo su trazado hasta el Caballo de la Zarza e incluyendo un breve recorrido por las cumbres de este monte, pueden ser entre cinco a siete horas. Claro que depende mucho del ritmo de la marcha y los tiempos muertos para descansar y comer.

El Camino
En buen estado se encuentra la pista que sale desde el mismo puerto de las Palomas. Con este estupendo firme y por tierra bastante llana, discurre hasta la casa forestal de fuente de la Zarzas. Desde este punto, la ruta se va para la cumbre del monte que corona por la izquierda y en todo este recorrido, no lleva senda alguna.

Ya regresando, desde la misma cumbre de este alargado lomo, cae hasta el collado o puerto de poyo del Rey. Por aquí se encuentra con un ramal de la pista que podemos seguir y volver por el mismo sitio o remontar por entre las rocas del Narigón, sin senda, hasta salir a lo más alto de este monte. Una vieja senda, ya convertida en pista de tierra, nos sale al paso y recorriéndola, un poco antes de la Cruz, topamos con la pista que nos traerá de regreso al puerto de las Palomas.

El Paisaje

Desde el mismo puerto donde que arranca esta ruta, la visión hacia los valles, el de Guadalquivir por la sierra y el de las Lomas, por los olivares, es grandiosa. Y por discurrir toda ella por las partes más altas de la cumbre, a lo largo de todo su recorrido, sigue ofreciéndonos amplias panorámicas, siempre con matices nuevos.

En cuanto coronamos la primera cuesta salimos a lo que propiamente es el Salto del Moro y al frente nos queda la figura de las Albardas. Remontamos una larga cuesta y salimos al collado de las Albardas y cerro Campanillas y antes de que tengamos tiempo de reponernos de la emoción, llegamos al macizo del Blanco Carrasquea, un enorme castellón rocoso que se da la mano con las Albardas.

Siempre nos va sorprendiendo el bello paisaje de alta montaña que presenta toda esta ruta y más en cuanto avanzamos unos metros y caemos a la llanura del collado de los Plomos y enseguida a la Cruz. Una meseta delicada que se recoge en su silencio y escoltada de buenos ejemplares de pinos laricios.

A partir de este punto, la pista se desvía un poco hacia el lado derecho para salvar la mole rocosa del gran Narigón. Es aquí donde justo nacen el arroyo Saúco y el río Cañamares, en las vertientes sur y norte. Un profundo barranco por el lado derecho da paso a la pista y en cuanto remonta, entre asombro de espigones rocosos y vegetación disminuida por aquel incendio, coronamos al collado y llanura del cortijo de Comino.

A partir de este punto, la alta montaña, se hace más clara y los paisajes asombran más por su vegetación de sabinares, pinos laricios, enebros, majuelos y buenos ejemplares de robles. También la soledad se palpa como más densa y en todo momento, las tremendas panorámicas en todas las direcciones.

Lo que hay ahora

Justo por donde cruza el camino o vereda de trashumancia que traen los animales cuando salen de la sierra hacia las tierras de Sierra Morena, arranca la pista de tierra. Emprende la ruta y nada más remontar una cuestecilla, la primera curva, ofrece un precioso rincón. Alzado sobre el gran Valle del Guadalquivir, en lo hondo, la singular vista de Arroyo Frío.

Nada, pero es interesante porque desde aquí y alzado sobre el valle del gran río, queda bajo los pies y en línea recta, arroyo Frío acunado en su río Grande, Vado Ancho y el río cayendo por su primera gran cascada. Se ve claramente el pequeño surco del Verdadero puerto de las Palomas y se ven la llanura por donde ahora discurre la carretera asfaltada que penetra en la profunda sierra.

Pero tengo que decir que es la tercera vez que voy a recorrer este trozo de cordillera. La primera fue aquel verano que trazamos una ruta de tres días. La comenzamos en Mojoque, subimos toda la preciosa ladera hasta las cumbres de la Sierra de las Lagunillas, hicimos noche en la abandonada aldea de las Lagunillas y al día siguiente remontamos a las cumbres del Almagreros, recorrimos toda la cuerda y vinimos a parar a las laderas norte del Banquillo.

Desde este punto arrancamos al día siguiente y después de bajar hasta el arroyo de Gil Cobo, remontamos por la pista y por las llanuras de jabalcaballo. Todavía desde allí hasta el puerto de las Palomas hay una buena distancia, pero la hicimos

y a la tercera noche vinimos al pueblo de Burunchel. Fue mi primera vez recorriendo las cumbres de esta cuerda que por cierto nos resulto una de las experiencias más gratificantes que por estos montes he vivido.

La segunda ocasión fue hace dos o tres años. Cuando cayó aquella nevada tan grande que hasta los olivos, en los cerros de Úbeda, quedaron desmochados. Subí yo una tarde y al llegar al puerto me quedé con el coche atascado justo en el mismo mirador. Pues ahí lo dejé y cogí y me vine toda esta pista adelante y llegué casi hasta la casa forestal de la Zarza. Y lo único que en esta ocasión buscaba era gozar la impresionante visión de la sierra toda cubierta de aquella tan buena nevada. Cuando regresé, que era ya casi de noche, entre unos amigos y yo, desatascamos el coche y ya me vine con la sierra clavada otro poco en lo más sensible del alma.

Ahora, esta mañana, no de nieve porque no ha nevado ni llovido bien este invierno, me pongo en marcha para recorrer mucho más en serio la ruta que tanto sueño porque tan bella es. Hoy es primer día de primavera y a pesar de lo verde que se ve el campo, estas cumbres están secas.

En cuanto dejo esta primera curva, me separo de la pista y monte a través, me subo buscando la emisora. Es aquí, en este cerro que me va quedando por la izquierda y que se llama del Mosco, donde en todo lo alto, la tienen instalada. La emisora esta es la central, la que recibe señales de todos los otros puntos de la sierra. Todavía no tengo muy claro muchas cosas por este lugar y por eso me gustaría encontrarme con algunas persona que me diga por lo menos algunas de aquellas cosas que deseo y necesito. Creo que si no me encuentro con algunas personas por donde esta emisora, a lo largo del día, seguro que tampoco veré a nadie más. Y me gustaría encontrarme con algún pastor.

Así que atravieso el monte y conforme voy llegando a las instalaciones me voy desanimando. No parece que hoy haya nadie por aquí. Y me digo que es raro porque a estas alturas del año ya he oído decir que están organizando las cosas para prevenir los incendios. Pero no hay nadie en esta emisora y lo siento.

Ya que estoy sobre las cumbres de este bello monte, echo una ojeada al entorno. Se ven unas buenas panorámicas desde este punto y no me voy a ir sin gozarlas. Y por pura casualidad lo primero que miro es el cerro que me queda frente. Bueno, miro para esa zona donde he dejado el coche y la carretera se atreve a cruzar el puerto. Desde donde estoy me queda casi en los mismos pies. Es un buen portillo el que sobre esta cumbre se abre y por ahí, es por donde le han metido la carretera del asfalto a la sierra.

Pues estoy mirando y me paro en el pico Viñuela, me vengo para el portillo y me acerco a este otro cerro donde estoy parado. Y de prontos, descubro que el Viñuela y el Mosco, son dos cerros casi cortados los dos con el mismo patrón. En línea recta los dos, sobre lo más alto de la gran cuerda, redondos los dos y lo más curioso: sólo 76 metros de diferencia, en su altura, entre uno y otro.

Y ahora me digo que mira que he pasado veces por el lugar y hasta este momento no me he dado cuenta. Y, además, el tema tiene todavía mucha más curiosidad porque ahora mismo me acuerdo que por esta zona de la sierra, en el

valle del Guadalquivir, se vuelve a repetir el mismo fenómeno. Los dos cerros gemelos de la Cueva y del Molinillo junto a la vieja piscifactoría de la Rejona, repiten en pequeño, lo que acabo de descubrir sobre la cumbre.

Y más en grandes sobre esta misma cordillera se vuelve a repetir la belleza. Sería por tercera vez y esto es allá por el pico Blanquillo. Dos preciosos picos se alzan allí casi perfectos y como están en lo alto de la cuerda, en cuanto los miro me lleno de asombro. Son también como estos del puerto de las Palomas y por ser tan perfectos y destacar tanto sobre las cumbres, están bautizados con el nombre de Hermanillos. Cosa delicada que queda aún mucho más dignificada por el punto exacto donde se encuentra: en la misma cabecera del río Aguascebas Grande.

Ya estoy frente al cerro de la emisora, en la misma cuerda, pero en el otro monte más adelante. A la derecha, una pista que sale para abajo. Es un ramal del carril que desde la vieja piscifactoría de la Rejona, sube por el arroyo del Zorro buscado la casa forestal de la Cruz del Muchacho. Este camino, viejo y de aquellos tiempos, presenta otra salida del Valle hacia el puerto de las Palomas.

Unos metros más adelante, a la izquierda sale otra pista de tierra que baja para el barranco donde nace el arroyo de los Morenos. Una impresionante depresión a la izquierda de esta cuerda que aun desconozco. Por esta zona de la sierra hay mucho más presencia de cortijos, olivares y tierras de cultivo aunque también existen buenos rodales de bosque y cantidad de arroyos. Esta primera cuenca que veo aquí sería la número uno de los seis o siete grandes barrancos que van descolgando de esta cumbre hasta llegar al Narigón, donde nace el río Cañamares.

Ahora mismo estoy subiendo y según descubro, me digo que el cerro que voy remontando es el tercer hermano del cerro de la emisora. Estoy bastante elevado y al tocar este punto, miro para la izquierda y descubro que se me abre, mucho más grande, la anchísima vertiente del río Cañamares.

Sobre mí, en este momento, están volando catorce buitres leonados. Y es que algo más atrás, hay un rincón cercado con alambrada y dentro, le echan animales muertos para que coman. Es un comedero para los buitres leonados que tanto abundan en estas sierras.

Pisando ahora como estoy pisando las tierras que rezuma presencia de aquellos hombres, se me viene al recuerdo varías imágenes suyas. Fue una época nueva que irrumpió con fuerza en estas sierras y en las vidas de las personas que la poblaban. Con tanta fuerza que dicen que por aquí venían a buscarlos, a interesarlos para que se decidieran y se fueran.

- El próximo autobús sale mañana y va directo a Barcelona.
- Es que todavía me lo tengo que pensar.
- No seas tonto. Tú sabes el de la María y del de la Petra, se fueron y ahora viven en la gloria.
- Pero allí me sentiré perdido.
- Eso pasa sólo en los primeros días. En cuanto encuentres trabajo, os juntáis varios y alquiláis un piso y ganar dinero y vivir bien. Allí se gana el dinero con la mayor facilidad del mundo. Eso sí, trabajar tienes que trabajar, pero no te duele porque a los pocos días tienes los bolsillos llenos de billetes.

- Esto es lo que me dicen casi todos los que ya se han ido, que aquello parece un paraíso.
- Lo parece y es mucho más. Aquelle, por todos sitios personas a montones, tiendas, bares... mucho más que un paraíso y con la ventaja de estar todo el día rodeado de gente y comiendo bien y no como aquí.
- Es que no estoy muy seguro.
- Si fueras el primero, podrías temer, pero después de tantos como ya estás viviendo la experiencia, no sé de qué tienes miedo.
- La tierra de uno es la tierra de uno.
- Eso es verdad, pero cuando en las tierras de uno no se puede vivir o se vive malamente, es necesario buscarse la vida por donde sea. Hoy todo el mundo emigra porque es necesario buscarse la vida.
- De todos modos, quiero estar seguro de lo que voy hacer.

Ahora ya sí estoy en lo alto. Miro hacia la loma de Úbeda y en primer plano tengo un pequeño bosque de pinos. Doce o catorce y son laricios con troncos grandísimos. Y están quemados, negros por la parte baja. Se ve claro que esto a ardido no hace mucho. Y hacia que abajo me queda una larga ladera que por un profundo barranco donde al fondo veo una pista y unas cuantas casas. Tiene pinta de estar abandonadas.

Siguiendo el camino, tengo cerca de mí una curva menor y a la derecha, los cortes de las rocas. Para que la pista pase las tuvieron que cortar a pesar de ser bonitas. Al frente y desde este curva, veo otro grueso pino.

A partir de esta curva para delante, la pista ni sube ni baja, sino que entra en un trazado de terreno llano, aunque baja levemente buscando un portillo entre el cerro que he remontado y el que me queda frente. Pero al encontrarse de cara con este cerro que me va saliendo al paso, la pista se viene por el lado de la izquierda. Quiere subir a la cumbre, pero no por la parte más complicada y va buscando el collado que ya veo. Se llama cerro de las Albardas este que tengo al frente.

Voy avanzando y como no dejo de ver la silueta de este gran cerro, me digo que en cuanto encuentre una subida agradable, me echo por ahí y lo corono. Pero me apetece seguir por el buen camino que llevo ahora porque además de cómodo, la visión es completa total y relajante.

Por el lado de la derecha me va quedando el portillo que desde esta cumbre se abre entre el cerro Albardas y su compañero anterior. Un roto que bien puede ser otro puerto por donde fácilmente se cuela de un valle a otro valle y desde donde se divisa una impresionante porción de tierra tanto hacia el Guadalquivir a su paso por la sierra como hacia las lomas de los olivos.

Dije que me iba a venir por la parte más alta del monte para coronar la cumbre del cerro Alabardas, pero no ha sido así. Desde el collado chico me he vuelto otra vez a la pista y pun, pun, he subido por ella hasta venir a caer a este otro collado. Creo que me encuentro a unos seis kilómetros de donde tengo el coche y justo sobre los mil trescientos metros de altura.

Es este un punto donde acaban todas las alturas y la tierra se allana para dejarse derramar en varias direcciones. Nacen por aquí bastantes arroyuelos. Hacia

el lado del levante que es el valle del Guadalquivir y hacia el poniente que también es valle del Guadalquivir, pero primero se derraman en el río Cañamares.

Este del Moreno es un gran arroyo que tiene su comienzo justo donde ahora piso tierra. En la pequeña llanura de la izquierda por donde me voy a ir dentro de un rato y lo digo porque ahora mismo tengo más interés por la parte esta del cerro de las Albardas. Ya lo tengo coronado y le voy entrando desde el norte hacia el levante al tiempo que me vuelvo un poco para atrás. Intuyo que desde estas alturas voy a tener un buen mirador hacia el valle.

Pero no, nada se ve porque da la casualidad que la cumbre por aquí está bastante redondeada. Crece un espeso bosque de pinos y entre ellos, los robles. Pero a pesar de que el bosque no me deja ver el valle, sé que ahora mismo me encuentro frente al Cantalar

Antes de cruzar otra vez la pista me tropiezo con el gran pino laricio que es de los llamados banderas porque se ha doblado en la dirección que sopla el viento. Es un ejemplar de lujo y el tronco retorcido. Se le ve una buena herida. Un corte que le fueron haciendo para sacarle la resina.

Cruzo la pista y por el lado de la izquierda ya estoy metido entre los troncos de pinos que ha quemado el fuego no hace mucho. Por aquí y desde aquí para delante es donde el fuego se cebó. Fue aquel un tremendo incendio que hasta sembró el miedo entre las personas que pasaban sus días de descanso por los hoteles del valle. Bien que lo recuerdo y lo que de él dijeron los periódicos.

Estoy subiendo la cumbre de este pico que es como un gran aguilón en todo lo alto. Es una bella atalaya frente al valle de los olivos y también sirve para dividir los dos arroyos que llevan por nombre de Moreno y la Bacarizuela. Por aquí cerca pasan los límites del Parque Natural.

Según remonto hacia el picacho de este precioso monte, me tropiezo con pequeñas florecillas de scila. Señal esta de que la primavera ya está aquí y podría decirse que este año, sin que haya llegado el invierno. En lo más alto de la roca estoy ya y es un gran barranco el que yo tengo a mis pies. Dos amplios barrancos que arranca desde aquí mismo.

Por el lado de la derecha es por donde tengo el más señorial de los barrancos que ya dije, el año pasado, ardió por completo. Ahora que lo veo, me asombro porque es mucho lo que por aquí se quemó. Una desolación es lo que ahora mismo se ve en esta tierra. Y desde este mirador grandioso, veo que por las tierras quemadas han abierto muchas pistas para sacar las maderas.

En las partes más altas, aún se ven algunos robles verdes. Las llamas han arrasado todo el barranco del arroyo del Higueral. Es natural que se me rompa el corazón y se me venga a la mente la imagen de aquel niño serrano.

Voy bajando la pista y a la derecha me encuentro, en la pequeña cuesta del terreno, agua. A pesar de la atura, la gran sequía de este año, por aquí mana el chorrillo limpio que se va en la dirección que llevo, buscando la cabecera del arroyo del Saúco. Es por aquí por donde tiene que seguir la pisa, ya que por la parte de

arriba, la cresta de la cuerda, se lo impide el tremendo bloque de rocas que se amontone alrededor del Narigón.

Este arroyo es de poca entidad si lo vemos a lo grande, pero de magnifica belleza y honda personalidad si lo miro desde donde nace. Subiendo por su cauce, viene la linde entre Santo Tomé y la Iruela.

Voy llegando al barranco y conforme bajo la pista, veo el fuego volcando desde aquel barranco a este que piso. Fue por aquí donde se dio la gran tragedia y lo digo porque todo este barranco hasta lo alto de la cumbre, estaba cubierto de un magnífico bosque. Y como lo hondo del valle, están los hoteles, los que en ellos paraban, en aquellos días, se asustaron y se fueron.

El fuego se dio el miércoles día 21 de julio de 1994 y desde este día hasta bastantes semanas más tardes, los periódicos dieron mucha información. “Un incendio arrasa más de cien hectáreas en el término de la Iruela”. Un día después decían que el incendio fue provocado y por eso se habían detenido a dos hermanos por el incendio de más de 342 hectáreas. Luego dijeron que el incendio había quemado más de mil hectáreas y que las pérdidas se calculaban en más de cincuenta millones.

Estoy todavía en lo más hondo del barranco y descubro que a la derecha de esta pista, sale otra que no parece muy importante. Y no lo es porque se trata sólo de un trozo de jorro que muere entre los pinares unos kilómetros más abajo, ya dando vista a las tierras de Tejerina. Si tuviera más tiempo ahora mismo recorrería este camino porque el rincón de Tejerina me atrae.

Mana una fuente fresca y caudalosa, en uno de los barrancos escasos que cruza el ajorro que dejo por la derecha. Los pastores lo conocen porque ahí tienen tornajos para que beban las ovejas, con el nombre de fuente de la Tejailla. Y aquella noche que el pastor joven recogía su rebaño para las partes altas y luego dejarlo e irse a su cortijo, le pregunté:
- Y esta pista ¿a dónde va?
- Muere un poco más abajo, en un rincón que le llaman piedra Colorá.
- Y si la sigo ¿llego a Tejerina?
- Se puede llegar, pero por el camino de herradura que continua bajando.

Yo pretendo que el Salto del Moro no sea toda la cuerda sino sólo un punto en un lugar concreto de esta cumbre. Mas voy descubriendo que no es así. Parece que no puede ser así. La pista que recorre la cumbre me parecía que tenía antes que llegar a Piedra Rubia y tampoco es así. Baja y se va para la Torre del Vinagre. Siempre me pasa igual: según voy recorriendo los caminos de estas sierras, descubro que las cosas no son como en mi mente las tengo.

El gran barranco que voy atravesando creo que se llama cañada Junquera. Sigo y busco remontar la cuesta. Ahora miro y veo una manada de cabras monteses. Se mueven por entre la vegetación quemada que tengo a mi derecha. Y lo que sí me llama la atención es encontrarme cabras monteses por estas zonas.

Sigo subiendo y ahora ya estoy en el centro del bosque que ardió. Es un terreno este muy abrupto con una gran espesura de bosque y por eso el fuego prendió tan

bien. Estoy viendo algunas de las que llamo rocas dinosaurios. Son trozos de grandes placas que al erosionarse se han quedado alzadas sobre otras rocas que le sirven de soporte horizontal. Simulan como grandes figuras de animales raros. Por toda esta ladera me las he encontrado muchas veces.

En el segundo barranco después de la cueva de los espárragos sigo viendo más troncos de pinos ardidos. Un buen pinar de algunos ejemplares impresionantes y por completo calcinados. Verde por aquí, sólo veo gamonitos y las endebles matas de hierba.

Subiendo el repecho del segundo barranco, me encuentro con dos viejos robles entre los pinos quemados que también están calcinados. Me paro, miro para atrás y exactamente: frente a mí queda un pico rocoso que es el que la pista ha salvado viniendose por el lado del levante.

- Es una nariz gigante.
Me dijo el pastor aquel día.
- ¿Y como se llama?
- Esa roca, ese narigón que sobresale apuntando al cielo es lo que le da nombre a todo el conjunto e incluso al monte que le precede.

En cuanto remonto descubro la panorámica hacia el valle. Se ve desde aquí, desde arroyo Frío para abajo. Una gran lancha de rocas blancas. Surgiendo de entre ellas grandes robles. Por este trozo no llegó el fuego porque no existe monte bajo.

Ya estoy en lo alto del puntalillo. Me pregunto que cómo se llamara y me digo que al volver, si me encuentro con el pastor, le voy a pedir que confirme los nombres. Frente y recto, mirando hacia el valle, tengo el cortijo del Cantalar. Sigo unos metros porque sé que no muy lejos me queda la casa forestal fuente de la Zarza. Caseta es como la llaman los pastores.

En dirección a Villacarrillo, tengo un cerrete muy recogido por donde me voy a ir ahora. Aprovechando la tierra llana que pega al Narigón, se alza el cortijo del Camino. Por el lado de la izquierda, se me aparta una pista que ahora sé, remonta el collado o puerto del Narigón y baja hasta el cortijo Poyo del Rey. Un precioso bosque de robles me viene acogiendo. Para mí sólo en estos momentos me digo que toda la cuerda que tengo por delante, la voy a retener en mi mente como la cuerda de los robles. Desde aquí hasta las Lagunillas, crecen más de cien milenarios.

Sigo y me encuentro con excrementos de vacas. Hace unos momentos he visto que las vacas estaban pastando por el barranco. Al verme se han espantado, dando un gran bandazo y se han ido para el barranco de la Tejerina. Las vacas por estas sierras, son todavía restos de aquel batallón de serranos. Sé que por el collado de los hematites, les ponen sal para que laman y a ese lugar seguro que acudirán al caer la tarde.

Por la pista que va atravesando la llanura, corre un chorrillo de agua que viene desde el cerro gemelo al Narigón. Como todo ello es un gran macizo de rocas calizas, pienso que es natural que rezume agua por esta hondonada. Voy

coronando la preciosa llanura pisando su hierba.

El pastor me dijo:
- Ese es el cortijo de los cominos que luego ya, de ahí para arriba, todo ese terreno se llama Majá Larga, porque es un cerro muy largo.
En la dirección que traigo, en primer plano se me presenta otro grueso roble, rocas blancas llenas de musgo aunque seco. Y sigo cruzando la ladera por esta casi llanura sin más vegetación que los robles y pequeñas matas de hierba y me doy cuenta que existen aquí como unas terrazas en la tierra. Y es que por aquí, en aquellos tiempos, sembraban porque la tierra es de la mejor calidad.

Estoy ya a dos metros del viejo cortijo. Lo rodeo por el lado del levante que es por donde quedan las dos puertas que miran a Peña Rubia. Es decir, la parte de atrás queda al lado del poniente que siempre es de donde soplan con más fuerza los temporales. Descubro que las paredes son de piedra con un cobertizo y tiene una puerta y una ventana.

Conozco que el cortijo del Comino es una cosa de nada, perdida en la ladera de este gran monte que roza los mil quinientos metros. La llanura le rodea, pero en pendiente con sus robles solitarios frente al sol de la tarde. Tiene todavía su chorrillo de agua, su lejanía donde todo es soledad frente a los fríos, las nevadas y las lluvias.
- La soledad se lleva de frente en los días del invierno.
Dirían ellos.
- ¿Y qué más?
- Cuidar ovejas, cultivar huertos, sentir el abrazo del viento y a todo lo ancho, la gran soledad.

Aquí late la belleza y se respira el sabor de la eternidad. Quizá por ello los robles son lo que son y el silencio hasta tiene acento de melodía.
- ¿Y todo esto tan largo tiene el mismo nombre?
- Lo de majá Larga se le puede aplicar a la primera parte de la cumbre porque el cerro alto que se prolonga, también se llama caballo de la fuente de la Zarza. Tiene más de un kilómetro y eso se comprueba recorriéndolo.

Por detrás del cortijo sigo remontando en la misma dirección que lleva la pista y exacto: este barranco es el que origina la fuente de la Zarza. Desde aquí ya veo Peña Rubia. Me vuelvo para atrás y sigo subiendo. Unos metros más arriba y veo el tejado de la casa forestal. Casi me asombro de lo grande que es y más, si la comparo con el cortijillo del Comino.

Estoy ahora mismo jadeando por el esfuerzo de la subida y también, por la emoción del momento. Y lo vuelvo a repetir: creo que no existe emoción más limpia y profunda que la experimentada en lugares y horas como estas. El silencio, la soledad y grandeza de estas cumbres transmite gozo único.

Acabo de coronar el cerro y lo hago por un corte que las rocas de la cresta ofrecen en forma de trinchera. Aquí crecen varios robles más. Y justo cuando he terminado de atravesar el portillo y salir al espacio abierto, he visto lo impresionante. De la parte de norte y de las rocas que me coronan, ha saltado un ciervo. Un ejemplar macho y solitario que a cruzarse rozándome casi la cabeza, ha quedado

recortado en el azul del cielo y sobre las cumbres lejanas. Por un instante me ha parecido un toro por lo gigante y porque me ha cogido desprevenido.

Va cayendo el día y ahora mismo, sobre esta cumbre corre bastante aire. Está seca la tierra y el este aire, junto con el sol fuerte que calienta bien, hoy está dejando más seco todo el campo. ¡Una pena de año! Es lo que todo el mundo dice por todos sitios. Pero, aún así, sobre estas cumbres, se ven buenas praderas de hierba. Por algo se refugian aquí los ciervos solitarios y gigantes a parte de la soledad.

Miro a la derecha y desde aquí veo otra vez un cortijo que se adivina antiguo. Pastan junto a él una manada de cabras negras y un poco más adelante, el gran barranco. Se extiende por ahí una cañada muy bella que voy a recorrer dentro de unos días. El macizo de picos que coronan por el lado derecho se llama Alto de los Palancares. Y son otros palancares distintos y en lugar diferente a los que conozco. Se nota que en este cortijo sí vive gente.

Como ya estoy regresando, desde este punto ahora tengo dos alternativas: volverme por la pista o seguir recto por lo alto de la cumbre del Narigón y salirle a la pista por el collado de los hematites. Lo estoy pensando mientras no dejo de bajar buscando el collado que vuelca al barranco Poyo del Rey.

Si me vuelvo por la pista, tendré mucha más comodidad, pero el recorrido es más largo. Si decido seguir en linea recta tendré que atravesar todo el macizo del Narigón. No me asustan ni las rocas ni el que sea más complicado. Durante unos instantes miro a un lado y otro y por fin decido: voy a regresar por lo alto de la cuerda.

Ando y a doscientos metros ya estoy debajo del Narigón y ahora es cuando veo con claridad que tiene sentido este nombre. Exactamente eso es esta roca: una nariz gigante que arranca del montón de rocas sobre la cumbre y se alza solitaria hacia arriba, pero inclinada y como si estuviera apuntando al norte, al barranco del rey.

Me tropiezo con un trozo de tierra que ha sido preparado. Se encuentra en todo lo alto y como tiene forma redonda se parece a una era. Sería la era del cortijo del Comino porque aquí corre bien el viento y eso para aventar las mieses criadas en estas mismas tierras, era cosa buena.

Ya veo con claridad lo que hasta ahora sólo intuía: la pista no puede entrar por esta raspa rocosa. Es muy robusta y por completo muralla. Me arranco y comienzo a penetrar por entre las rocas. Las tengo totalmente de frente y casi en vertical. La única manera de seguir es buscar grietas. Un poco por la izquierda están rotas y por entre sus rajas voy pasando. Desde este punto, a parte de atravesar el castellón rocoso, tengo que subir hasta los mil cuatrocientos diez metros.

Atravesada la parte más escabrosa, lo que sigue lo encuentro más cómodo de andar. Me quedan rocas por delante porque el macizo del Narigón no es sólo una especie de cañón rocoso que apunta hacia Barcelona, sino todo un tremendo cerro donde los peñascos se amontonan desordenadamente, pero lo más difícil, lo he superado.

Y ahora que voy por aquí estoy captando algo que me parece confirmaré enseguida. Desde el barranco, por el lado derecho según regreso, casi se adivina una senda. Nadie me lo ha dicho ni viene en los mapas, pero tanto el terreno como los cortijillos por el barranco y la pista por la cumbre, me dicen que por aquí debe ir una senda. Es para entrar a estos barrancos viniendo desde el puerto de las Palomas en los tiempos en que no eran necesario las pistas porque no existían los coches. La intuyo y no tardo en descubrirla.

Al salir de unos pinos me tropiezo con una especie de surcos que suben o bajan trazando zigzags. Es esta la antigua senda que ya casi no se nota por lo desusada. Conforme voy subiendo por la vieja senda, de pronto, en el cerrillo y entre los pinos, una manada de ciervos. Huyen al verme y en unos metros, piso las tierras quemadas por aquel incendio. Todo por completo carbonizado.

Voy por todo lo alto de la cuerda y me encuentro metido en el mismo centro de lo que las llamas arrasaron. Por los restos que veo se quemó aquí un rico bosque de pinos negros y muchas sabinas. En pie quedan todavía sus troncos aunque negros. Sabinas centenarias clavadas en las puras rocas que resistieron las nevadas y los estíos, pero que sucumbieron bajo las llamas del incendio. Me dijo el pastor que por donde va esta senda, se llama el poyo de las Sabinas y caía bien tal nombre hasta que las llamas pasaron arrasando. Cuando en aquellos días ardían estas cumbres, ¿qué espectáculo no serían?

Y como no puedo hacer frente a lo que fue esta cumbre y ahora es, me conformo un poco con la hierbecilla que ha nacido mientras ya comienzo a bajar siguiendo la vieja senda que busca la pista. Va esta vereda por lo más accesible del terreno y muy bien marcada de lo mucho que fue andada por aquellas personas que a lo largo de tantos años la recorrieron.

Y aquí, justo donde la pista comienza a bajar para venirse por el lado del valle del Cantalar y así salvar el castellón rocoso del Narigón, es desde donde se le aparta la senda o se le une, según ahora vengo. Pero ahora, cuando me quedan pocos metros para volver a pisar la pista, un temor me corre por dentro. Cuando otro día vuelva por el lugar ¿podré pisar de nuevo esta senda o ya la habrán roto?

Y lo digo porque después de lo mucho que por estas cumbres arrasó aquel fuego, sé que viene otra destrucción consentida y hasta respaldada por decreto ley. Tienen que sacar del lugar la madera quemada y necesitan trazar nuevas pistas. No es de extrañar que por donde ahora todavía queda un trozo de aquella vieja senda, metan una potente máquina y arranque lo poco que con vida queda, levanten la tierra y echen a rodar las piedras que sujetan, el cuerpo de aquella vereda.

Mientras tanto, ya he llegado a la pista. Son exactamente las tres y treinta y cinco minutos de la tarde. Cuando comencé la ruta por el puerto de las Palomas, el reloj marcaba las doce de la mañana. Así que en la Cruz, por el lado norte del pico Albarda y sobre la cumbre, termino la ruta preciosa del Narigón que por encima de todo, rezuma silencio, lejanos horizontes y presencia real de Dios.

Los nombres por el rincón

Cuando ya venía bajando desde el collado de los Hematites hacia el morro de

las Allanás me he tropezado con el pastor del lugar. Me paro, lo saludo y le comunico que ahora mismo estoy alegre por dentro y luego le digo:
- Y también estoy perdido por estas sierras porque ni siquiera sé de dónde vengo.
- ¿Qué es lo que deseas saber?
- Dónde cae la cueva del Salto del Moro y los otros nombres.

Y él:
- Cuando subías desde el puerto de las Palomas, el primer carril que te has encontrado a la derecha, donde el carril empieza y sigue bajando, a unos cincuenta metros se encuentra esa cueva. La del conricabral la tenemos algo más abajo, donde hace el molino.
- ¿Y el Salto del Moro?
- Pues ya te digo, ahí mismo. Donde está la cueva y el arroyo que hay más abajo, no es del Zorro, sino royo López. Y lo de la emisora es el Cerro del Mosco.

Y cuando se llega a este collado que tenemos encima, se llama Cerro de los Plomos y algo más adelante tenemos la Tejadilla, el cerro que queda a la izquierda del cortijo de los Cominos, se llama Majá Larga y si nos venimos aquí más cerca, este collaillo que llamas el portillo de los lobos, es el Morro de las Allanás y el que se ve al lado del Cerro de los Plomos es el Blanco Carrasquea.
- ¿Y los Palancares?
- Eso está mucho más allá de esa zona. Por donde tú has visto los cortijillos del Poyo del Rey y se llama el Alto de los Palancares, que por ahí se encuentra el barranco del Acebo, que es el que vuelca a dar vista a lo que es el Pantano de Guarondo. Los cortijos que hay por la falda del Paldar se llaman Cañá del Avellano y la ladera de la izquierda, el Segaor.

- ¿Y el Narigón?
- Es el que corona la Tejadilla y ese monte se llama así porque es que tiene una piedra que parece una nariz grande. La Majá de los Carneros la tenemos a nuestra izquierda y junto a la fuente del mismo nombre.
- Y ahora que hablas de fuente, la del Cocón ¿cual es?
- Esa fuente es que ya se ha perdido, pero manaba donde mismo hemos dicho que se separan los carriles y en lo alto de una lastra que hacían un cucón.
- ¿Y sabes tú cuándo se perdió?
- Pues yo tengo cuarenta y seis años y desde que tenía seis estoy por estas tierras y por aquellos años fueron los últimos que se vieron los borbotones que salían de esas piedras.
- ¿Pero en todo lo alto de la cumbre?
- En todo lo alto y en el mismo centro de la lastra es de donde salía la fuente. Y aguantaba a lo mejor hasta el mes de agosto sin secarse. Luego ya se arruinaba y apenas volvían las lluvias del otoño, ya salía otra vez. Lo del cucón, seguramente se lo pusieron porque hacia como una pileta en lo que es la lastra. Digo yo que le pondría aquello y por eso es el cocón.

- Y a lo que se ve desde el cerro de los Palancares hacia la izquierda ¿cómo se llama?
- Ahí es que hay dos zonas. Una que se llama el Poyo de las Sabinas y volcando hacia la cerrada esa que se ha quemado, Hoyo Redondo y esto, al mismo volcar aquí, se llama la Morra y la Campanilla y otro poyo que hay más abajo, se llama el Cinto. Este nombre le viene porque hay peñones al lado de arriba y por abajo.

Por debajo del Poyo de la Sabina está el Collao del Pedro Gómez, y más abajo, por el barranco que pasa agua, es la Bruna. Hay por allí un cortijo que le llaman la caseta de los Resineros, la morra de más allá, es la Cañá Aquilino y el Poyo del Rey, otra casilla que hay más para acá.
- Y por donde está la Nava del Puesto, el pico ese ¿cómo se llama?
- Eso se llama la Morra que está encima del mismo barracón y más para allá que hace como una cuerda así pelada, se llama el Pez del Trigo y más para delante está el Collao Mariquilla y a este lado del Pez del Trigo, esa ladera de piedras sueltas, se le llaman Los Asperones.

- ¡Cuántos nombres en tan poco sierra ¿verdad?
- Es que cada sitio se llama de una manera. Esto que tenemos aquí cerca le llamamos la Cueva del Salto del Moro, el Salto del Moro, los Hoyos del Salto del Moro, a esto le llaman la Peña de la Cabrilla, aquí más arriba que hay otro collao, le llaman el Pino Viento, un poquillo más allá, como ya te he dicho, el Morro de las Allanás, algo más arriba que están los riscales, le llaman Los Picones y luego este el Blanco Carrasquea y ya que vuelca, las Bañas, volcando así, el Cerrillo de las Abuelas, Cueva Perales, el Barranco de los Morenos, el coto de Vacarizuela, que vuelca a aquel lado. Por este lado tenemos el barranco de la Cañá Junquera, Piedra Colorá y más abajo Tejerina. Hay una cueva por esa zona que se llama Cueva de la Tejerina. En lo alto que habrás visto una alambrada, pues a eso le llaman la Cruz.

Esto es que tiene muchos nombres. La sierra tiene muchos nombres porque por ejemplo, desde el Salto del Moro para abajo a eso le llaman la Cueva del Puntalillo y luego aquello...

Ya está cayendo la tarde y como tiene prisa, me dice:
- Tú te vienes por aquí otro día más temprano para que tengamos tiempo suficiente de hablar de estas sierras. Y eso, la cueva, está ahí mismo. Desde aquí casi la estoy viendo. En esa lastra blanca que se ve por entre las sabinas. Que nosotros hemos usado mucho esa cueva para encerrar en ella el ganado. Por eso, lo primero que se ve es una pequeña alambrada que rodea a la entrada. Donde ya se ven los alambres, ahí mismo se abre la boca de la cueva.

Y como la noche va cubriendo el campo, lo despido, sigo por la ruta de vuelta y mientras regreso, me digo que ya vendré otro día a ver esta cueva del Salto del Moro. Y sino puedo venir y no la descubro, tampoco pasa nada. La experiencia primera la he vivido y con tanta profundidad que para la eternidad, todo se queda grabado en mi corazón y con la fuerza de lo limpio y bello.

La fragancia eterna

Es tal como ya lo tenía intuido: es esta la cumbre donde el hermano pequeño subía a darle la hierba fresca al rebaño de ovejas. Cuando los tres hermanos, los dos mayores y el mediano, se venían a estos poyos con sus ovejas en busca de la hierba fresca del verano, el hermano mediano por aquí bajaba al valle atraído por el cariño de la hermana pequeña.

La niña, como cariñosamente los hermanos la llamaban, estaba enferma. Y aquella enfermedad aún despertaba más el cariño dentro del corazón del hermano mediano hacia ella. No existía en el mundo para él cosa más grande y bella que su niña. Por eso, en cuanto en verano se subía a la cumbre con los otros hermanos,

como desde la lejanía no podía olvidarla en ningún momento, se pasaba el día pensando en algún regalo para ella.

Cosas sencillas recogidas en las tierras de la salvaje montaña. Un ramo de flores cortadas de las aguas limpias al borde de las fuentes, algún polluelo de perdiz cogido por entre las matas de romero en la solana y otras veces, lo más bonito y original: un regalo hecho por él mismo, tallado con sus manos sobre un trozo de madera vieja. Así fue como le surgió la idea de ofrecerle una muñeca. Pero, según él y su cariño por la hermana pequeña, tenía que ser la más bella muñeca que nunca hubiera existido.

Buscó por entre los robles del barranco y el mejor trozo de madera seca lo escogió para su obra. Una rama sin vida, pero no podrida, con su nudo al final que sería la cabeza. Calculó las medidas del cuerpo, los brazos y la cabeza y se puso a trabajar.
- ¿Y qué vas a hacer ahora?
Le preguntaron los hermanos mayores.
- Es para que juegue nuestra hermana. Tengo que ir un día de estos a verla y quiero darle una alegría.
- Pero tú no sabes trabajar en la madera. Esas son cosas para los artistas que, además, estudian mucho.
- Estudiaré cuando luego sea mayor. Pero mi primera obra con un trozo de mi corazón, se la quiero ofrecer a nuestra niña.

Así fue como en hermano mediano se puso a trabajar en su proyecto. A partir de aquel momento a todas horas se le veía con su pequeña navaja, su trozo de madera y tallando pacientemente.
- Quítale un poquito de aquí.
Le decía el hermano mayor.
- Sí, y ahora de este lado.
- Ya se le ve la forma de la cabeza.
- Y la parte del cuerpo ¿para qué tan grueso?
- Lo ahuecaré por dentro, en forma de tubo para que ella pueda guardar sus cosas.
-¿Y crees que le gustará?
- Tiene que gustarle porque se la estoy haciendo yo.

La niña, que todavía era pequeña, pero que ya corría por los campos tras las mariposas, era la flor más bonita que nunca nació por estas sierras. Tenía su cara redonda, la nariz chata, los ojos azules y labios dulces como las moras de las zarzas. Y como desde que nació la niña estaba enferma, la madre no se apartaba de su lado en ningún momento. Pero más que nada, la niña quería mucho al hermano mediano y éste a su ve la quería a ella.

Ya la madre confió en que como era mayor podía cuidar algo de ella y cuando llegaban los días de primavera, dejaba que la niña se fuera por el campo en compañía del hermano. Y el hermano, para hacerla feliz, se la llevaba por las praderas y allí, entre las florecillas y la hierba, comenzaba sus juegos. Pequeñas carreras hasta la corriente del agua, algún tropezón y a rodar llanura adelante sin dejar de reír y con los brazos abiertos como queriendo abrazar al viento para cogerlo. En fin, todo un mundo repleto de fantasía y sueños que llenaba de gozo a los dos y sobre todo, a ella.

No había un momento en su vida que no estuviera él pensando en hacerla feliz. Y esto era lo que ahora se le despertaba por los poyos de aquellas montañas mientras tallaba el trozo de madera.
- Ya la tengo terminada.
Dijo una mañana al salir el sol.
- La muñeca tallada por mí en madera de roble para la niña, ya la tengo terminada.
- Y te ha saliendo bonita ¿Cuándo se la llevas?
Le pregunta el hermano mayor.
- Esta tarde bajo al valle.
- ¿Tú sabes una cosa?
- ¿Qué debo saber yo?
- Que la niña hoy cumple ocho años.
- ¿Y por qué te crees que quiero bajar esta tarde al valle?
- ¿Lo sabías?
- Si no hay nada en el mundo que sea para mí más grande e importante que ella. ¿Cómo no voy a estar atento para hacerla feliz en un día como el de hoy?

GRANDES RUTAS POR LA SIERRA PROFUNDA - Por el camino del Poyo del Rey 13-4-95

La distancia

Desde el lugar llamado la Cruz y siguiendo estrictamente todo el itinerario que traza esta ruta y hasta el mismo punto de partida, son unos diez kilómetros. Pero a este recorrido hay que sumarle las distancia que va y vuelve desde el Puerto de las Palomas.

El tiempo

En hacer el recorrido completo, más en profundidad desde el lugar llamado la Cruz y hasta el regreso, se emplea unas cinco horas. Pero como luego tenemos que volver al Puerto de las Palomas, es necesario disponer de una jornada completa y tener muchas ganas de andar. La exrcusión merece la pena.

El Camino

Desde la Cruz hasta al cortijo Poyo del Rey y luego hasta la nave de la Cañada de Aquilino, se hace siguiendo una pista por lo alto del morro del Narigón, luego un trozo de vieja senda y después otra vez la pista. Desde la misma nave donde nace el río Cañamares, hay que irse campo a través por la ladera que baja desde los Palancares hasta encontrar la senda que desde la Nava del Puesto, arranca y desciende cortando la pendiente del cerro.

Ya en la senda, la opción es volver un poco por la izquierda y entrale al macizo de los Palancares por todo lo alto y luego bajar a la misma caseta de la Nava del Puesto. No hay ninguna senda por este rincón aunque tampoco es difícil coronar los picos y recorrerlos, siempre que se tenga un buen sentido de la orientación y se pueda situar bien el punto al que hay que salir para regresar.

Desde este collado de la Nava del Puesto, la senda recorre la llanura ya convertida en pista y viene a caer por la ladera del barrando de la casa forestal de

Fuente de la Zarza. El regreso hasta la Cruz y luego al Puerto de las Palomas, no tiene ni pérdida ni problemas, pero sí se hará pesado, por la gran distancia que hemos recorrido. Digo que merece la pena y advierto, que varios tramos de esta ruta, no tienen ningún tipo de camino y, además, algunos trozos de senda que sí existen en el terreno, tampoco vienen recogidos en ningún mapa de los que hasta hoy se han publicado de este Parque Natural, incluidos los topográficos

El Paisaje

Esta ruta comparte paisajes con la que llamamos "por las cumbres del Salto del Moro", pero sólo en los tramos primeros y finales. Por eso, situados en la cumbre del Narigón, los horizontes se nos abren con toda su grandeza para cualquier lado que miremos. Al frente, el tremendo macizo de rocas coronando y cortando el puerto que la cumbre presenta por este punto. A la derecha, el profundo y amplio valle del río Guadalquivir y las otras cuerdas a lo lejos. A la izquierda, la Loma de Úbeda con sus interminables cerros tapizados de olivares y otra vez el valle del río Grande, ahora mucho más abierto.

La travesía del espigón de rocas de este Narigón, es un momento de emoción creciente y siempre acompañados de un magnífico bosque de sabinas y pinos, a rodales y por suerte no quemados. Bajando para el cortijo Poyo del Rey, los bosques se espesan y el grandioso barranco se abre dejándonos encajados entre grandes crestas de rocas blancas que parecen clavarse en las misma nubes o el azul del cielo.

Los cristalinos veneros en el centro del barranco y que son fuentes de cabecera del bello río Cañamares y algo más abajo , las cerradas del arroyo de Hoyo Redondo y las cascadas blancas, nos acogerán siempre desde su limpio silencio, pero colmado de vida y misterio.

Remontando hacia las cumbres de los Palancares, otra vez se nos abren las panorámicas y ahora desde el centro de un espeso bosque de romeros, sabinares y pinares. La vieja senda de Nava del Puesto y los suaves paisajes de las partes altas de los Palancares, las delicadas praderas casi en todo tiempo cubiertas de fina hierba y por ellas pastando los animales silvestres. La singular presencia de los pinos laricios y luego los majuelos arropando pequeños surcos de aguas limpias y las extrañas figuras de las rocas por las cumbres, nos irán llenando el espíritu de asombro en cada momento.

Y ya por la Nava del Puesto, la extensa llanura justo en todo lo alto de la cumbre, su increíble soledad acompañada del silencio, los viejos y tremendos robles clavados en las mismas rocas y en todo momento, el cercano y hermano cielo arropando con su azul intenso o derramando sus lágrimas de lluvia o nieve, hacen de esta ruta, en lo que a sus paisajes toca, el más fascinantes de cuantos paseos podamos disfrutar por las sierras de este Parque Natural.

Lo que hay ahora

Hoy me sale al encuentro el camino justo donde la tierra es llana y parece que descansa el monte llamado Albardas. Donde los nombres se amontonan buscando plegarse a cada una de las formas, rocas y árboles que nacen y mueren sobre el lomo de la llanura excelsa.

A lo grande, he llamado a este lugar el collado de los hematites, que son plomos según los serranos, por un mineral de hierro con apariencia de cagarrutas que en las tierras de la loma, abundan, pero a lo pequeño y según les corresponde, por aquí se concentran los nombres del Cerro de los Plomos, Blanco Carrasquea, Poyos de las Bañas, barranco de Cañada Junquera y otros más que guardo para mejor momento.

Pero, además, aquí mismo existe un punto que está bautizado y, ellos conocen bien, con el nombre de la Cruz. Quizá porque es donde se cruzan, juntan y al mismo tiempo separan laderas, llanuras, collados, arroyos, cumbres y caminos. Así que este es un terreno pletórico tanto de bellezas como de silencios, significados, hierbas finas y tierras teñidas de ocre blanco y otros tonos casi irreales.

Justo en este punto es donde comienza el camino que llevo soñando durante mucho tiempo y hoy me va a conducir al enigmático y bello rincón del Poyo del Rey. Este es su camino bautizado con la dignidad que necesita y comienzo a pisar siguiendo las viejas huellas de aquellos que fueron antes y ahora mismo sólo están en el silencio y en esa dimensión llamada eternidad.

Recuerdo que cuando el otro día volvía por esta senda, me hacía una pregunta. Recuerdo qué cosa era lo que me preguntaba. No me olvido que al pisar la senda, todavía con forma y tierra de aquellos tiempos, me dije que "¿hasta cuándo seguirá conservando la identidad de senda antigua?".

Un par de semanas después, vuelvo por el lugar y justo cuando me pongo en camino por el trazado de la senda, la veo rota, pero no de cualquier manera sino machacada por completo. La acaban de convertir en pista montañera. Necesitaban un camino que suba hasta la cresta de la cumbre para poder entrar con máquinas a por los troncos de pinos que el fuego quemó el verano pasado.

Si los vieras ahora mismo podría decirles que lo que están haciendo es malo.
- ¿Por qué es malo?
Me preguntarán.
- Porque si el fuego se llevó por delante no sólo los pinos sino todo lo que por aquí era verde y si vosotros ahora rompéis la tierra ¿decidme en qué se va a convertir esta montaña?
- Pues dínoslo tú ¿en qué se va a convertir?
- En desierto y más ahora con la sequía que estamos padeciendo.
- Eso es una tontería. Por un trozo de pista que construyamos por aquí y otro por aquel barranco, no va a ser como para que esto se convierta en un desierto.
- Pero es que son muchos trozos y la suma de todos y otros atentados, acaban abriendo una buena herida.
- Pero en fín, a nosotros nos mandan.
- Pues luego veréis a dónde van a ir a parar, en cuanto llueva, mucha de esta tierra que removéis con la máquina.
- Tienes que pensar que la madera quemada tenemos que sacarla de alguna manera.

Llego a lo alto de la cumbre del Narigón. Cerro gemelo es este del Caballo de la fuente de la Zarza. La máquina ha subido rajando, senda arriba siguiendo todo su trazado. Justo en lo que es vertiente del río Cañamares, no han podido avanzar

más. En cuanto remonta, la senda se deja caer rozando las rocas del Narigón y buscando la pista por la ladera de enfrente. La vieja senda, camino de herradura, está casi perdida. Hay que ir muy atentos para verla. Porque, además, ya por esta ladera, sí existe un buen bosque de pinos y abundantes rocas desmoronadas.

Es bonito este trozo de camino y según lo voy recorriendo me alegro que por aquí no hayan podido meter las máquinas. Bajo ahora adaptándome a las muchas curvas que la vereda traza para recorrer la ladera y empiezo a ver los cortijillos. El primero, sobre la menuda loma que es ese accidente de terreno que también se le conoce por el nombre de poyo. El otro cortijo, que no lo es porque estoy notando que tiene presencia de nave, también lo descubro más metido en lo hondo.

Voy surcando por el lado norte de este espigón rocoso llamado Narigón y ahora mismo, desde este ángulo, lo descubro con una claridad distinta a la del otro día. Es muy bella. Paso por entre unas rocas, donde mana un chorro de agua y donde los jabalíes lo tienen tomado por su cuanta para enfangarse y llenar de barro troncos de árboles y rocas. Ya pienso que toda esta ladera que atravieso y el barranco hacia donde me hundo, debe ser una pura fuente.

Descubrí yo que por la ladera del arroyo del Saúco y la Fuente, también brotan muchos manantiales. Junto a este punto de aguas claras, crecen tres grandes robles. Están desnudos de hojas, pero se presentan con la belleza de lo añejo y fantástico. Uno piensa enseguida que los robles en este rincón han brotado y se han hecho tan formidables por el punto de agua que la cumbre les presta. Y uno piensa también que sólo por conocer y gozar este pequeño paraíso entre sus rocas, merece la pena la caminata. Una maravilla junto a la vieja senda y escondidos entre rocas y bosque.

Mi teoría, se me confirma una vez más: las viejas sendas de aquellos serranos nobles, atravesaban rincones que más parecían sueño que paisajes reales. Y que esto es así, me lo ratifican ahora mismo los tres robles junto a su venero que hasta casi parecen estar muy ocultos detrás de las rocas. No se me ocurre otra expresión sino que es muy bonito esto.

Y avanzo un poco y salgo justo al Narigón. ¡Qué belleza y tan escondida en rincón pequeño! Sólo verlo, sin ni siquiera pararme para captar los detalles, me saltan impresionadas, las fibras más hondas del alma. Y también así de pronto y sin pensarlo, me digo que ya no debería seguir más. Merecería la pena que a lo largo del día que tengo por delante, se me colara todo pleno en el espíritu para así fundirme con él y gustarlo al máximo. Sin prisa y en silencio, es posible captar los matices delicados que el Creador tiene desparramados por el rincón de los robles y la fuente.

Y es lo que ya me había dicho: he cogido la pista justo en la primera curva que traza al volcar para el barranco que pretendo explorar. Lo cual me lleva a pensar que también antes metieron la pista por donde la senda venía. Sólo queda intacta el trozo de vereda que penetras por entre la ladera y rocas del Narigón.

No detengo mi caminar. En cuanto estoy sobre la pista de tierra que acaba de atravesar desde el cortijo de Comino por el puerto del Narigón hacia Poyo del Rey, sigo bajando. Antes de llegar al cortijo todavía me tropiezo con otro carril de tierra

recién hecho. Sale a la izquierda en una curva del carril que voy recorriendo y se mete para el barranco. Es la misma máquina que rompió la senda por lo alto. Miro detenido y descubro que se le ve por la otra ladera hermana de la que recorro y esa torrentera tiene todo su bosque ardido. Ya está claro para qué construyen y menten esta pista por ahí. Como la tierra está muy seca de tan poca lluvia caída este año, el paso de las máquinas por estos carriles no han dejado nada más que polvo y muchas piedras sueltas.

Y desde el camino que voy recorriendo, observo lleno de gozo, paisajes que hasta hoy son totalmente desconocidos para mí. Miro hacia arriba y por mi derecha y coronando, descubro la espectacular cumbre del caballo de la Fuente. Es la misma que el otro día recorrí, pero desde este lado que es barranco y norte, se me presenta engrandecida.

Y al ver este gran crestón rocoso y las nubes blancas orlándolo, como clavadas en el azul intenso del cielo, se me viene a la mente el recuerdo del joven. El que desde sus más tiernos años recorría, pisoteaba y escalaba esta cumbre. Tan conocida la tenía y tan importante eran ya para él los paisajes de esta cima que hablando una vez con unos amigos, les decía:
- Tenéis que venir un día para que os lleve a las crestas de esa cumbre.
- ¿Y qué es lo que hay en las tierras de esa cumbre?
- Para saberlo hay que subir y verlo. Es casi puro sueño y cuando estás en lo alto, todavía más bello.
- Pues un día tenemos que venir y nos llevas a ese rincón que tan hermoso es.

Y tal como lo habían dicho, un día los amigos del joven se presentaron. Era por la mañana y como no hacía mucho frío y el cielo estaba limpio, se pusieron en ruta y siguiendo la senda que arranca a media ladera y por entre peñas, robles y pinos, buscan la parte más alta. Casi reventaba de gozo el joven aquella mañana acompañando a sus amigos y como para él significa y era tanto esta cumbre, todo era mirarla para ver si encontraba el mismo corazón de lo que tanto le asombraban.

Y están ellos parados pegado a las rocas blancas tomando aliento de la subida cuando el primer cazador se les acerca.
- ¿Adónde vais vosotros?
- Nuestro amigo es serrano y hoy nos ha traído a los horizontes de la cumbre.
- Pues vuestro amigo podría saber varias cosas: que es muy peligroso andar por el monte cuando está lleno de cazadores. Que ya nos ha fastidiado hoy el día porque si había por el lugar algún animal, lo habréis espantando y que sin permiso no se puede andar por estas sierras.
- Pero es que nuestro amigo es de aquí.
- ¿Qué quiere decir que es de aquí?
- Pues que ha nacido, se ha criado y toda su vida ha estado por aquí subiendo y bajando estas laderas.
- Eso no sirve para nada. Ahora mismo estamos cazando y ya lo he dicho: si vosotros vais por el monte a vuestro aire y de paseo ¿a ver qué hacemos por la sierra nosotros con nuestras escopetas?
- Es que nuestro único deseo es subir a lo más alto y desde ahí irnos para donde nacen los ríos.
- No se puede.

Y en estos momentos, por la ladera que ellos tienen a sus pies y que se derrama para los barrancos de la derecha, suben tres más. En cuanto llegan a los jóvenes los rodean como si quisieran acusarlos de algo y mientras el primero sigue hablando, los tres los amenazan.
- ¿A ver qué buscáis por aquí?
- Ya lo hemos explicado.
- ¿Pues decid qué haremos nosotros ahora por estos montes sin nada que cazar por vuestra culpa?
Tanto el joven como sus amigos, se siente mal, acusados, maltratados desterrados de estas tierras suyas.
- ¿Y qué haremos nosotros?
Pregunta el joven.
- Si no os hubierais metido por donde no se debe y sin permiso, no tendrías el problema que ahora tenéis. Lo que podéis hacer es coger el camino de regreso y perderos. Aunque ni esto soluciona ya las cosas.

Los jóvenes se reúnen un poco hacia la parte alta y sobre las rocas se sientan frente al barranco y mirando a los cazadores. Frente a ellos, en otro cerro, se reúnen los que cazan y mientras charlan, no dejan de mirarlos.

Estoy llegando al primer cortijo. El que se ve desde casi todos los puntos de estas cumbres por estar construido en lo alto del cerro. Es este el que recibe el nombre de Poyo del Rey. En la llanura, bonita y recogida por la puerta, me encuentro a tres ovejas pastando. Algo más adelante, en el barranco, mana la fuente. El primer nacimiento, las primeras aguas del que es también el precioso río Cañamares.

Me paro frente al manantial que nace por debajo de una roca, unos rosales silvestres y unos majuelos. Brota un buen caño y a los que primero beneficia es al cortijo blanco sobre el cerro. Les sirve a ellos para su consumo propio, para regar las tierras de las huertas y para que beban los animales. Por eso aquí mismo tienen preparado este manantial a fin de que estas tres utilidades sean reales.

Debajo del majuelo han construido una pileta de cemento que es donde, nada más salir de la tierra, cae el agua. Desde la pileta arrancan unos tubos de plástico que es por donde el líquido se va hasta el cortijo y a las tierras que por ahí riega. Y me digo que son privilegiadas las personas que viven en este bello cortijo. Este año, cuando muchos de los que vivimos en los pueblos y ciudades del país, nos estamos muriendo de sed, a los que habitan este cortijo, les sobra el agua. ¡Y qué agua! Más pura, fresca y transparente no puede darse. Es la esencia que las nubes derraman en forma de nieve o lluvia, sobre el caballo de la Zarza. Se la traga la tierra y en cuanto rompe a la superficie, sale por aquí, bajo esta roca. Y como el cortijo de ellos se encuentra a dos pasos del manantial, tienen el privilegio de gozar del agua más buena del mundo.

Todo no se puede tener en esta vida y parece que es casi justo que en las grandes ciudades no puedan gozar de este manantial. A veces, cuanto más se quiere, se tiene que prescindir de lo mejor y más limpio.

Miro al cortijo y no dejo de pensar en lo que me gustaría sucediera. Quisiera encontrarme con algunas de las personas que viven aquí. Pero aunque veo ovejas

y cabras recostadas en la pradera, no descubro a ningún ser humano. Habitado sí está porque todo lo que rodea, se ve cuidado. Oigo a perros que dentro del cortijo, ladran. Si hoy no puedo encontrarme con algunas de las personas que en el cortijo viven, ¿cuándo volveré yo otro día por estas tierras?

Estoy llegando y lo segundo es una alambrada que lo encierra sobre el montículo. Lo construyeron en la tierra elevada del cerro donde no existen ni árboles ni arbustos. Todo el montículo, cayendo para los lados, tierras de cultivo o erial donde ahora mismo abunda la hierba. La alambrada tiene su puerta en un trozo de camino que se aparta de la pista. Me la encuentro cerrada y como sigo sin ver a nadie, pierdo el interés de llegar. Por la parte de abajo, según entra a la izquierda y un poco a la derecha, veo un sembrado de habas. Están raquíticas y lo considero normal. Con lo poco que ha llovido este año y el frío que todavía corre por estas sierras, las plantas no han podido crecer más. Otra cosa es que a partir de ahora llegue el calor porque con el chorrillo de agua que brota de este manantial, se puede regar el sembrado de habas y mira qué bien

La construcción del cortijo, es bonita, pillando todo el cerro, de paredes blancas, con muchas divisiones de tablas y su noguera en la puerta. Ya veo claramente que hoy no hay nadie. Y lo que pasa es que hoy es un día especial y claro, hasta los habitantes de los cortijillos más apartados de la sierra, están en los pueblos. Pero el cortijo es todo un pequeño palacio aunque ahora se encuentre solo. El lugar no puede ser más bello no ya por el cerro donde se alza sino por el conjunto de bosques, rocas y barrancos que lo rodean. Con razón lo bautizaron con el nombre de Poyo del Rey. Aquí se encuentra como todo un rey, en la soledad y belleza de los paisajes. Algún día de estos me enteraré de otra verdad.

Sigo bajando sin dejar el camino y conforme queda atrás, lo miro y ya no percibo los ladridos de los perros. Y ahora, según me retiro, me remito a la presencia del rebaño de ovejas y el perro guardián. La primavera iba tocando su final y los arroyuelos se estaban quedando secos. Por las juntas de los barrancos y cañadas, los manantiales sí brotaban todavía con abundancia.

Iba cayendo la tarde y el rebaño plácidamente comía su hierba por la ladera, al otro lado de la cañada, por cuyo centro aún corría un hilillo de agua. En la otra ladera de enfrente estaba el pastor y, el perro guardián, casi arriba, al final de la pendiente donde pastaba el rebaño. Dominado y bien pesando lo tenía todo el pastor y como en aquel momento creyó ya había llegado la hora, llamó al perro y este se le quedó mirando sobre las rocas de la otra ladera. Enseguida el animal supo que el dueño iba a darle órdenes y así fue.
- Traélas para el arroyo que beban.
Como si se tratara de un ser humano, el perro pastor intuyó con toda claridad la orden.

Arrancó corriendo ladera arriba y primero se trajo a todo el rebaño para el barranco, pero antes de que los animales se concentraran cerca de las aguas, el perro se puso delante, miró al ganado y como si unos a otros se entendieran, dejó que solo unas pocas siguieran bajando mientras las demás ovejas se quedaban paradas en la ladera sin dejar de mirar al perro. Este se sentó en la pequeña llanura y de vez en cuando miraba al piquete de ovejas que ya bebían agua en el arroyo y a las que esperaban su turno frente al guardián.

Pasados unos diez minutos las primeras ovejas, ya que habían saciado su sed, se fueron despegando del arroyo y al querer juntarse con el resto del rebaño, el perro se les plantó delante y con dos o tres miradas les indicó que no. Que tenían que irse para el otro lado, la ladera donde estaba el pastor sentado. Los animales les obedecieron y cuando ya se habían despegado del arroyo, con otros movimientos, subiendo un poco hacia el grueso del rebaño, indicó a otro grupo de ovejas que ya podían pasar a beber su agua. Como la primera vez, el piquete de animales obedeció al perro y cuando este vio que eran suficientes, de nuevo se puso enmedio y cortó el paso al resto del rebaño.

Desde la ladera de enfrente el pastor observa quieto, todos las idas y venidas tanto del perro como de las ovejas. Está contento. Las cosas están saliendo tal como tienen que salir.

Al pasar ahora por este cortijo Poyo del Rey y oír el perro ladrando, en mi mente he rememorado la escena de aquel otro perro. Y desde tan blanco cortijo, tan bonito y tan callado en lo más redondo y verde del cerro, la pista de tierra sigue bajando porque busca la profundidad del barranco. Pero no en picado ni tampoco trazando zigzags sino que aprovecha la ladera de la gran cumbre que me va quedando a la derecha, se va en esta misma dirección, pero bajando en busca del comienzo del arroyo grande. Un trecho largo y mientras lo voy recorriendo con la emoción de adentrarme cada vez más en paisajes nuevos y desconocidos. Y entre otras muchas cosas, me llama la atención el bosque tan bonito que voy encontrando. Pinos laricios y resineros y entre ellos, robles y sabinas, pero si miro para la izquierda que es al mismo tiempo lo hondo del barranco Hoyo Redondo, por la ladera de enfrente veo la desolación del incendio.

Y según bajo, veo al fondo otro edificio. Es una nave alargada de construcción más reciente con su corralón y todo. Ya desde la Nava del Puesto, cuando el año pasado estuve por esta cumbre, me llamó la atención este edificio. Y ahora sigo pensando que a lo mejor por aquí abajo sí me encuentro con alguna persona.

Vuelco al segundo barranco y ya descubro con más claridad, la nave al comienzo de la hermosa cañada de Aquilino. Más abajo, a la izquierda y por entre los pinos, veo el tejado de otro edificio. Este es nuevo para mí puesto que hasta este momento no lo había visto. Descubro también el barranco por la parte de abajo de la nave por donde la tierra se allana y hasta se oye el rumor de una corriente. Por ahí están los huertos.

Voy llegando a lo hondo del barranco. Lo primero que me llama la atención es un gran charcón de agua. Es este el segundo manantial que me encuentro en la ruta que traigo rumbo ahora al gran barranco de Hoyo Redondo. Sitúo yo aquí ahora mismo el nacimiento del río Cañamares. Es la depresión natural de lo que por aquí se extiende como una cañada menor o valle, con su desagüe que poco a poco toma cuerpo de arroyo y más adelante, ya se convierte en río.

Llego a la fuente y veo un pino grande, un tornajo de madera con el chorro de agua que le entra desde arriba y la misma cantidad se le derrama al final. Aquí mismo brota este manantial. Pegado a la pista y en una roca. Un caño como un brazo de grueso y enseguida lo recoge el tubo, lo lleva al tornajo y luego se derrama en el arroyo. A unos treinta metros del tornajo, una alberca grande que es el

depósito para distribuir el agua por las tierras llana, a un lado y otro, que son huertos.

La pista, en esta zona que ya es lo hondo del barranco, da una vuelta y se va ahora cauce abajo. Aquí mismo se divide en dos. La que sigue bajando y la que se va por el lado derecho en busca de la nave blanca que la tengo cerca. Y ya casi me lo creo de verdad porque la sensación que tengo, desde que piso las tierras de este barranco, es que esto es el centro. Este punto, con el manantial como corazón y las llanuras que le rodean, es el centro de las grandiosas sierras que me circundan.

Porque parece como si aquí confluyeran o arrancaran al menos cuatro caminos distintos y cada uno en su dirección. La senda que no sé si existe, que subiría por el barranco buscando coronar el caballo de la Zarza justo por la Nava del Puesto. La que se va hacia la nave blanca y por esa cañada debe subir buscando por ahí el alto de los Palancares. No sé tampoco si esta segunda senda existe, pero todo me hace pensar que sí porque el terreno casi lo proclama. La tercera senda que llega a este punto o arranca, es la que acabo de recorrer que ahora es pista. Y la prolongación de esta, sería la cuarta que se va cauce abajo.

Porque el recuerdo dice que: mientras avanzaban por la senda con idea de atravesar la cuerda, en sus corazones siempre existía la inquietud y hasta la ilusión de este encuentro. Se arrancaban de este barranco y volvían a este barranco. Por eso ahora siento que esto sigue como corazón, el centro no sólo de los caminos sino también de los rebaños de animales. Siempre que por un lado u otro ellos aparecían comiendo su hierba por aquí, al final del día acaban en el barranco.

- ¿Adónde vamos a buscar el ganado?
Preguntaban los pastores.
- Han ido a salir al barranco del centro.
- Es así porque de allí vine yo ayer por la tarde y me encontré con el rebaño de las cumbres. Parece como si a los animales les gustara esas tierras.

Pero además de estas realidades, al barranco se le siente como centro por lo del manantial, el arroyo, los huertos y el relieve del terreno. La redondez de las laderas por este lugar y por dos grandes realidades más que no se pueden ver sino con los ojos del alma. Cuando te encuentras por primera vez en este barranco un temblor invisible te recorre el corazón y una voz silenciosa, ahí dentro, te dice que lo que se ve no es la verdad que existe. Es como cuando desde las cumbres devisas praderas y te dices que en ellas brotan manantiales y luego vas y te los encuentras de verdad. Es decir: nada de lo que en este barranco existe, me es ajeno. Lo que es, lo es desde lo hondo hasta la superficie.

Y esta realidad se completa con la grande y bella: desde los tiempos más lejanos hasta hoy mismo, este barranco ha permanecido en perfecta armonía con la presencia del hombre por aquí. Nunca fue tan alterado u ordenado que perdiera su identidad sino que algo te dice que desde aquel tiempo, el barranco y lo que existe con él, buscaron adaptarse sin violencia ninguna quedando cada cual con su propia personalidad. También esta realidad, en cuanto pisas las tierras del barranco, se te clava en el alma como si ello fuera, sino lo primero, sí lo más fuerte y real que en este rincón se presenta. Y lo digo porque con perfecta claridad así lo he sentido.

Y la visión de la ladera rocosa era lo más hermoso de todos los espectáculos. Sobre todo, cuando desde una pequeña curva de la senda que lleva a la cumbre, te parabas a contemplarla. No había en toda la sierra un punto mejor situado para observar la cumbre rocosa que la curva de esta senda. El joven lo sabía y él disfrutaba llevando hasta este balcón a sus amigos para que ellos también participaran de la visión.

- ¿Y se puede llegar hasta la misma cumbre?
Le preguntaban los amigos.
- Por senda no. A partir de los dos robles de la grieta la senda ya no puede seguir.
- Pues es una pena porque coronar esa cumbre debe ser de lo más emocionante.
- Y lo es porque yo la he coronado.
- Sin senda, ¿cómo has podido llegar hasta la cumbre?
- Existe otra vereda que no se ve y que arrancando desde el lado sur se puede llegar hasta lo más alto de las rocas blancas.
- Pues un día nos tienes que llevar contigo.
- Un día de estos os voy a llevar y ya veréis que espectáculo.

Así que al caer la tarde, unos días después, quedaron ellos que a la mañana siguiente subirían a la cumbre. Pero aquella noche tembló la sierra en un terremoto que casi nadie lo sintió. Sacudió las cumbres y valles de estas sierras y precisamente en la cumbre de las rocas blancas sí hubo destrozo. Al amanecer, desde donde empiezan a subir la senda, se veían las rocas rajada y un gran agujero que nunca antes se vio allí.
- Así tiene más emoción la subida de hoy a la cumbre. Nos enteraremos de lo que por el rincón ha pasado tocándolo con nuestras propias manos.
- Como si fuera una expedición científica, pero sin científicos y sólo por curiosidad.

En cuanto brillaron los primeros rayos del sol el joven se puso en marcha ladera arriba seguido de sus amigos. Como la emoción les embargaba y según iban subiendo, les crecía por momentos, ni siquiera pararon a descasar y así resultó que a media mañana, ya estaban a dos pasos de la cumbre rocosa.
- Hay que subir por este lado.
- Pero por ahí las rocas están quebradas.
- Conozco la ruta y si vamos despacio sabiendo dónde pisamos, llegaremos hasta el punto más elevado.

Y tal como les dijo a los amigos se puso a practicar y pisando con cuidado, con este ánimo y una seguridad desconocida, coronó la parte más elevada de las rocas. Los amigos se pusieron a seguirle, pero como las rocas se movían cada vez que las pisaban, todo eran problemas.
- No podemos subir.
- Es verdad que tiene su peligro.
Les decía el amigo remontado ya en la cumbre y en este momento, uno de ellos descubre el agujero.
- ¡La vística qué grande!
Exclamó y todos acudieron a ver.

El agujero se abría justo al comienzo de las rocas de la cumbre y ciertamente era tan grande que llegaba al otro lado de la montaña.
- No sólo llega sino que en cuanto te pones en la entrada se ve la luz y los paisajes

del lado del valle.
- Pues esto no estaba antes aquí.
- Ha sido el terremoto de esta noche.

La galería que a partir de hoy atraviesa la cumbre de las rocas blancas, empieza a abrirse justo donde la senda ya no puede subir más. Y como los amigos del joven no se atrevían a seguir por entre las rocas quebradas, se metieron por el agujero y en diez minutos ya estaban al otro lado de la montaña. Aquí se tropiezan con el joven y cuando les cuentan la aventura frente al agujero, este les dice:
- Otro misterio más con una nueva pincelada de belleza que a partir de hoy tiene esta montaña. Pero le estoy dando vueltas a un pensamiento.
- ¿Qué es?
- Que no deberíamos contar nunca a nadie este descubrimiento nuestro porque si esta montaña es casi nuestro secreto, a partir de hoy, debería serlo mucho más para que nadie nos la hunda ni la rompa.
- Eso por supuesto. Este descubrimiento tiene que quedar sólo entre nosotros y para nosotros. Como algo que la naturaleza nos ha querido regalar para unirnos más a ella. Así que chitón y que nadie lo sepa.
- Porque, además, con este agujero y con tantas rocas quebradas, si antes la cumbre era una belleza, ahora lo es cien veces más. El terremoto de esta noche las ha desmoronado un poco y ahora parecen como si fueran mucho más tremendas y más inaccesibles y con un misterio que creo no existe en ningún otro lugar.

Desde el segundo manantial sigo bajando dejando la pista que sale a la derecha que es la que va a la nave para el ganado. A la izquierda me van quedando las tierras de los huertos. Ahora mismo en estas tierras, valladas con tela metálica, no hay nada sembrado. Y ello me extraña porque sólo veo un trozo arado. Y son buenas tierras y también tienen agua en abundancia. Quizá sea pronto para sembrar por los fríos y heladas que todavía puedan venir.

El chorrillo de agua se lo han llevado un poco para el lado derecho como buscando que le entre bien a la llanura a fin de regarla cómodamente. Pero por lo que estoy viendo, lo que pasa es que las huertas han sido trazadas en las tierras llanas de la cañada. Por eso este arroyo de agua que venía para la derecha, baja como encauzado en una reguera de tierra y en cuanto recorre la llanura, vuelve a su cauce normal. Gira la pista para la izquierda.

Atravieso el arroyo y sigo bajando en busca del tejado de la casa que al final veo. Y no me esperaba otro arroyo. Aunque es el mismo que lo tienen dividido en dos. Las tierras de las huertas quedan abrazadas por dos regatos de agua. El artificial que es la reguera de la derecha y el natural que es el cauce del arroyo. Una maravilla que me coge y en estos momentos quisiera saborear despacio.

Ya pasado el arroyo por segunda vez giro un poco hacia atrás y sigo buscando la casa que veo por entre los pinos. Es una barbaridad el agua que hay a pesar de lo seco que ha sido este invierno. No sé por qué, pero viendo tanta agua, las ganas de encontrarme con alguien se me convierte en necesidad. Necesito que alguien me hable del rincón preñado que estoy pisando. ¡Ojalá tenga suerte!

Dejo atrás las tierras por donde se adivina estuvieron las otras huertas y como la pista sigue, me voy con ella y me vuelvo a encontrar las huellas de la máquina

que siembra desolación por estos barrancos. Comienzo a descubrir que no sólo se han limitado a trazar nuevas pistas por las viejas sendas sino que intentan arreglar las que ya existen. Y digo intentan porque como la tierra está tan seca, lo que la máquina ha liado por aquí es más destrozos que otra cosa. Porque si por esta tierra removida pasa ahora un coche o un tractor, a parte de levantar una gran polvareda, removerá más tierra y la mandará al quinto pino.

Ya veo la casa y la tengo cerca. Creo que no hay nadie y unos metros más adelante, puedo asegurar que está deshabitada. Porque al salir de la curva que traza la pista, me he tropezado de frente con la construcción y en la pared y rellano que junto a ella se recoge, ahora mismo estoy viendo un gran macho montés. Lame la mezcla rancia que une las piedras de la pared. Me he quedado parado nada más verlo porque él ni me ha visto ni se ha dado cuenta que me he puesto a menos de cinco metros.

Desde donde me he parado un poco me entorpece la visión, las ramas de los pinos que tengo por la derecha. De pie y lentamente para que no perciba mis movimientos, me he ido acercando sin dejar de observarlo. Cuando noto que me mira y alza su cabeza, me paro quedando inmóvil y en cuanto sigue con su tarea de lamer la pared, me muevo procurando taparme lo más posible con las ramas de los pinos. Me he puesto a cinco metros de él y ni lo ha advertido. Es tanto lo cerca que me he puesto que ni yo mismo me lo creo. La primera vez que en mi vida estoy casi rozando a un macho montes y de los grandes, en libertad. La primera vez que en mis abrazos por estas sierras tengo la suerte de tener al alcance de mis manos, a un animal como este sin necesidad ni de buscarlo ni de esperarlo ni de matarlo.

Ya que no deseo seguir jugando más, me he movido hacia lo alto de la roca y me he dejado ver. Me ha descubierto enseguida y ni siquiera se ha detenido a observar. Ha dado un bote, girando sobre sí y se ha dejado caer hacia el cauce del arroyo. Ya tiene por aquí, el cauce, su profunda cascada que el mismo tiempo es cerrada. Se estrechan las tierras y dan lugar al primer barranco.

Por esta falla rocosa el macho ha subido saltando el arroyo, ha enristrado por la ladera de enfrente y su primera parada para observarme, ha sido a la distancia de casi un kilómetro. El terreno que yo hubiera tardado en recorrer y, con grandes dificultades, quizá más de una hora, él se lo ha chupado en dos minutos. Arranca de nuevo y casi alcanzando la cumbre, se vuelve a parar y después de observar para dónde me muevo, ha seguido su ascensión hasta perderse al otro lado de los picos.

Solitario, hermoso y sano como el mismo aire que por el lugar corre, este macho montés y de barriga negra, me ha llenado de asombro desde el primer momento de verlo hasta que, en su veloz carrera por entre las rocas, se ha perdido. Ahora mismo me entran deseos de seguir mi ruta por ahí porque esta parte de la sierra no la conozco.

Me acerco a la pared y busco el punto que estaba lamiendo. Descubro que lo que chupaba era la cal que sirve de argamasa para unir las piedras de la pared de esta casa. Me asomo al barranco por donde se ha ido y veo que por la lastra se desliza la corriente. Frente a esta corriente que tan bonita es nada más nacer, me paro unos minutos y por donde la elegancia se ha evaporado, doy gracias a mi Dios

por el día que me está regalando.

Canto a los riachuelos

"Los riachuelos no reciben nombres ni de generales ni de caudillos. Los toman de cualquier cosa que esté a la mano: riachuelo Rosoco, riachuelo del Molino, riachuelo Fangoso. No se les exalta en relatos de viajes ni en himnos nacionales. Son lo más trivial del paisaje. Pero casi todos tenemos uno en nuestro pasado. La corriente de agua amiga que fluyó en la primavera de nuestra mocedad.

A diferencia de los ríos que corren saturados de limo y de refinamiento, los arroyos son claros, inocentes, bulliciosos y están llenos de sueños y promesas. Un niño puede vadearlos sin que sus padres lo cuiden. Pertenecen a la niñez; junto a ellos vislumbramos el ancho mundo y la curvatura del horizonte. Pero sobre todo ofrecen a la mente la oportunidad de penetrar en el extraño universo del agua, de los renacuajos y de las truchas. La corriente de un riachuelo lleva consigo la posibilidad de otros mundos dentro y fueron del nuestro... Los riachuelos nos atraen como un perfume en el viento. Son algo que se pierden en un recodo, en la tierra, en otra dimensión. Seguir uno es ir al encuentro con la vida". (Peter Stinhart)

Ya estoy en la puerta de esta otra casa. Descubro que es pequeña y está abierta. La han dejado abandonada hace mucho tiempo y por eso ni siquiera tiene puertas. Entro y veo que a la izquierda tiene una modesta habitación. Otra a la derecha y ambas con una ventana que miran al barranco por donde se va el río. Al fondo, se alza una columna con puertas a un lado y otro, a la derecha una gran estancia donde se encuentra la cocina o se encontraba porque ahora mismo todo está derrumbado. Queda la pared del fondo manchada de hollín y lo que fue campana y los dos rincones, a un lado y otro, para las alacenas. Aún permanecen aquí sus tablas.

En el techo descubro un agujero y a través de él, veo parte de la cámara, también rota. En una de las ventanas que da al arroyo, desde donde se ve una vista magnífica, me encuentro un caldero viejo. Una pieza vieja de esta antigua casa que les gustaría mucho a esos que por estas épocas andan coleccionando cacharros de otros tiempos.

Tengo una vista ante mí mucho más que fabulosa. Un gran espigón rocoso que arranca desde el arroyo mismo y se va ladera arriba y es por donde el macho montés ha transpuesto. ¡Qué privilegio tuvieron los que habitaron en esta casa porque nada más asomarse a la ventana ya tenían ante sí, medio mundo! Pero como, además, la casa está construida sobre la misma roca, al borde mismo del arroyo, todo el conjunto es bellísimo. Tendrían privaciones pero donde se ponga una vivienda como esta y en un lugar como este rincón de ensueño, que se quiten todos esos pisos de viviendas colmenas. Libertad, espacio, aire limpio, paisajes con el río cantarín que roza la misma casa y ese viento que continuo vibra rozando los pinos de la puerta.

La distribución de la vivienda es como sigue: una pequeña estancia a la entrada, a un lado y otro, dos habitaciones con sus ventanas que dan al río, la columna en el centro y a un lado y otro, dos puertas. Las dos van a la segunda estancia que es la cocina. El trocito que le quitan a la cocina, por la izquierda, es otra habitación. No es una gran casa forestal esta construcción si la comparo con la de la Fuente

de la Zarza o con la de la cañada de las Fuentes.

Tiene el mismo estilo de los cortijillos serranos, pero sí es una casa grande en cuanto a su construcción. De madera toda por dentro, de piedra con sus muros apoyados sobre las mismas rocas de este barranco y para que todavía quede más completa, al borde del arroyo que ya es cascada, cerrada y comienzo del río Cañamares.

No me imaginaba yo que por aquí pudiera existir una casa forestal y hoy me le he encontrado. Nunca oí hablar de esta casa ni tampoco leí nada de ella. Pero lo que más deseaba era encontrarme con alguna persona y esto no ha ocurrido.

Ya me voy de ella llevándomela conmigo aunque me hubiera gustado pararme y quedarme por el rincón mucho más rato. Salgo y me vengo para el lado en que se hunde el barranco. Me sigue llamando la atención su construcción de piedra y apoyada sombre la pura roca. Me voy por la parte de atrás y me sigue impresionando la vista. Porque esto no está cerca de las tierras de olivos que por este río suben desde el pueblo de Chilluévar. Hay muchas sierras por enmedio. Grandes barrancos y muchos arroyos que dentro de un rato voy a observar mejor desde el castellón rocoso que tengo a mis espaldas.

En los mapas, casi ninguno de estos arroyos aparecen sus nombres puestos y, sin embargo, los tienen. Porque son bonitos de verdad, todos estos cauces que por aquí, a la altura de la casa forestal de Hoyo Redondo, se despeñan desde un nivel de mil doscientos metros. El cortijo de Poyo del Rey está justo en la curva de los mil trescientos. El arroyo del centro, el principal que toma cuerpo de río, está bautizado con el nombre de arroyo de Hoyo Redondo.

Miro hacia el barranco por donde se despeña y algo más abajo, descubro restos de otra vieja casa. Recuerdo ahora que el pastor me ha dicho que la construcción que hay más abajo de la que es forestal, es la caseta de los resineros. En ningún mapa la he visto y por eso me digo que quizá lo que estoy viendo sí sea esa casa que ahora sólo queda de ellas un montón de piedras. Desde aquí veo también los terrenillos de los huertos y los árboles frutales.

Y por donde se va la pista, que a partir de este punto se aleja del arroyo, veo un aguilón rocoso. Un bloque de rocas sobre el que sería el mismo poyo o loma que algo más arriba, sujeta al cortijo del Rey. La pista se va por ahí, buscando escaparse del laberinto rocoso que por esta zona del barranco se ha originado y yo, en estos momentos, siento gran curiosidad en llegar hasta este llamativo aguilón para ver qué panorama me presenta sobre el barranco.

Dejo atrás la casa forestal y sigo la pista. Vuelvo a pisar la tierra seca que la máquina ha removido. Doy unas curvas, ciñéndome al camino y remonto hasta el aguilón. Ya estoy en lo más alto de esta columna de piedra y miro para atrás buscando la casa. Quiero comprobar la visión que se me ofrece desde tan precioso mirador. Y efectivamente: además de la casa, sobre la que estoy remontado, todo el barranco y la cascada por donde se fue el macho montés, se me abre una grandiosa panorámica.

Descubro que desde la misma casa para abajo, el cauce se precipita en una

caída tremenda y esto lo motiva el profundo barranco. Se forma un pronunciado escalón que coincide con las rocas donde ahora mismo estoy montado, las que sirven de cimiento a la casa y sigue luego por la ladera de la huida del macho. Remontando este escalón es donde construyeron la casa, se encuentran las tierrecillas de los huertos, la nave para el ganado y el segundo manantial con su trozo de arroyo hasta la cascada.

Descubro que me encuentro debajo del primer cortijo. Donde hace un rato el perrillo ladraba encerrado en el corral. He dado una gran vuelta porque como he venido siguiendo la pista, ésta busca el terreno más llano para que los coches no tengan muchos problemas. Pero si desde este punto me fuera derecho al cortijo, no tardaría ni diez minutos en encajarme en su puerta. Aunque eso sí: repecho arriba y saltando rocas y monte.

Miro para el cortijo y dudo si desde este punto, irme derecho a él o abrir otra ruta, cuando en la misma roca que me queda por arriba, veo la cueva. Me encuentro a dos paso y lo que de momento decido es irme hacia ella y empaparme de lo que por ahí encuentre. Arranco y subo unos metros, pero antes de llegar, me paro bajo la encina que tengo al borde de la pista y por el lado del barranco. La cueva me queda a diez metros.

Y tengo una duda porque no sé si irme monte arriba buscando el cortijo y por el barranco coronar otra vez el puerto del Narigón o volverme para atrás para, por donde está la nave, coronar hasta la Nava del Puesto. Y es que tengo la impresión que por esta zona existe una vereda que lleva a lo más alto de la cordillera.

Cuando en aquella ocasión estuve en el puerto de la Nava, vi una senda que volcaba hacia este barranco. Quiero ahora descubrirla y confirmarlo. Y reflexiono que por esta nueva ruta la distancia es mayor y todo ese terreno, es por completo desconocido para mí. No estoy seguro que pueda encontrar la senda que intuyo y veo que la subida es complicada. Voy a meditar despacio este problema mientras ahora me siento en este rincón tan bonito y como, porque la verdad es que estoy algo cansado.

Mientras tanto que me siento a la sombra de la encina, junto a las matas de varios enebros, saco la fiambrera, el pan, agua, el mapa y me preparo para comer, tengo que decir que no ha sido posible lo que tanto me hubiera gustado. No he visto a ninguna persona por aquí. Totalmente solitario me encuentro hoy este barranco y tengo que decir que me gustaría volver con tiempo para irme por donde creo se encuentra la cueva del Salto del Moro.

Y también tengo que decir que en estos momentos la emoción me tiene agarrado con sus garras y ahora mismo me encuentro zarandado por no sé cuantos deseos y direcciones. Y es que no he acabado de recorrer este barranco y ya estoy pensando en por dónde irme, sin irme del todo, para encontrarme con lo que por otro rincón intuyo. Es tan fuente el cariño por los paisajes y llena tanto y dan tanto gozo, que apenas tengo tiempo ni de respirar y saborear con calma en montón de maravillas que a cada paso, veo.

Mientras estoy comiendo siento un ruido de pájaros cerca. En el pino seco que tengo sobre la roca donde se abre la cueva. Al oirlo miro y descubro que son

cernícalos. Tanto jaleo han metido que he creído que ahí tenían sus nidos, pero en cuanto lo he observado despacio, descubro que no. Lo que ha sucedido es que han venido a aparearse a este viejo y seco pino que tengo a dos pasos de mí.

Era una pareja y han venido a las ramas secas de este pino. Todo un espectáculo el que ellos han dado en mi presencia y es que cuando menos me lo espero, la naturaleza, me sorprende y me muestra sus maravillas mejores como me está sucediendo hoy. Cuando termine de comer voy a subir hasta este pino seco para verlo más de cerca y despacio porque aunque ahí no tengan los cernícalos su nido, ya parece que el pino encierra para mí algo especial.

Quizá por esto, ahora mismo me concentro en otros misterios más pequeños. Me quiero referir a los insectos diminutos que me van entreteniendo mientras como. Son las hormigas que, lentamente y como despertadas, andan recorriendo todas estas rocas y pasto por donde me he sentado. También ellas tienen poblado este trocito de tierra. Ya se saben que están por todos sitios, pero te sorprende que en cuanto te sientas, las ves.

Y es claro que en cuanto las miro despacio se me hacen simpáticas. Por esto me entretengo con ellas. Primero les echo unos trocitos de pan y en cuanto lo han descubierto, lo palpan con sus antenas y enseguida lo recogen y se lo llevan. Las observo y descubro lo que ya sé: como la pólvora trasciende la noticia. La que sube por la roca con la miga de pan en cuanto se tropieza con alguna compañera, le transmite el mensaje y ésta a la otra y tan rápida se extiende la noticia que en diez minutos, donde no había nada más que dos o tres hormigas, ya se amontonan casi treinta. Recogen su pequeña miga de pan y emprenden veloces roca arriba rumbo al hormiguero.

Su actividad me anima y después de migajas de pan, comparto con ellas pequeños trocitos de esta pechuga de pollo que, guisada al ajillo, ahora me estoy comiendo. Una comida muy animada y apetitosa con estos simpáticos insectos que ni esperaban mi visita ni yo los esperaba a ellos. Hasta me siento mejor notando la compañía de tantos habitantes de los montes de estas sierras.

Otra ocupación mía ahora, además de comer y compartir mi comida con las hormigas, podría ser seguirlas y descubrir con ellas dónde se encuentra su hormiguero. Pero aunque en el primer momento lo he hecho sólo con la vista, al notar que se pierden al otro lado de la roca y no aparece el hormiguero, abandono mi pretensión. Creo que llegan desde bastante lejos. Y así tengo que decir que toda una legión me ha acompañado hoy en la comida en el centro de este silencio y soledad. Estoy rebosando de gozo.

Son las dos y quince minutos y como ya he terminado mi comida, me preparo para irme. En estos últimos momentos de mi banquete, parece que ya he dejado las cosas claras para conmigo mismo. He decidido seguir ladera arriba hasta el collado de la Nava del Puesto. Y tengo que decir algo que aunque puede parecer fantasía o un sueño, creo que tiene algo de real. Desde que esta mañana pise las tierras de este barranco y más concretamente, las bonitas tierras que rodean al manantial primero, tengo dentro de mí como un presentimiento. Como la sensación de una realidad que hasta me parece haberla vivido.

Y la sensación es que desde donde brota el segundo manantial, existe una senda que se va barranco arriba y brinca por ahí hasta la Nava del Puesto. Porque, además, casi con toda seguridad, creo que esa es la senda que el joven siempre cogía para subir con su ganado hasta las llanuras de las navas. Y cuando él llegaba a las tierras altas, muchas veces decidía quedarse allí a dormir por las noches.

Cuando caía la tarde, en la lomilla que forma el cerrillo y al resguardo de las rocas, amontonaba el ganado y allí pasaba la noche. Por el lado de abajo, pegado al tronco del roble, dormía y así a lo largo de diez o quince día y luego bajaba otra vez con su ganado y cuando le preguntaban por qué no volvía cada día a este barranco, siempre decía:
- Con el tiempo tan bueno que hace, esto de dormir en las llanuras de esas cumbres, es lo mejor que me puede ocurrir. Además, si tú vieras lo bien y con qué gusto toma el ganado aquellas hierbas, harías lo que yo, que sólo por dejarlas allí comiendo hasta que llegue la noche, merece la pena quedarse todo el tiempo junto a ellas.

- ¿Y la soledad?
- Eso sí lo noto. Tan solo todo el día, todas las noches y todas las mañanas, incluso llega uno a sentir tristeza. Pero por más vueltas que le doy a las ideas en la cabeza, no encuentro el modo de escapar de esta situación. En más de un momento, por la dureza de la soledad, hasta me he sentido desgraciado.
- ¿Te Volverás otra vez?
- Es que aquello es de ensueño y, además, pienso, en cuanto se agoten los pastos por ahí, escurrirme hacia las llanuras que hay detrás de las otras cumbres y esas sí que caen lejos de aquí. Pero sea como sea, al ganado le viene bien. Lo mejor que se le puede dar aunque para mí la soledad sea tan grande.

Así que pasa esto: desde que pisé esta mañana el barranco, tengo dentro de mí la sensación de que por ahí va la senda. No podré palpitar con el recuerdo de la presencia del joven o más bien, sí palpitaré en la región de los sentimientos, pero pisar esa tierra y tocar esas rocas, ya es interesante. Porque aquellos tiempos están aquí y nunca jamás nadie ni nada podrá hacerlos desaparecer del todo.

Ya abandona la encina que me ha dado sombra mientras he comido, me despido de las hormigas, cruzo la pista, despidiéndome también del barranco en su parte baja porque a partir de este momento me voy para atrás y me acerco a la cueva. A dos pasos de donde he comido y se puede llegar y hasta entrar en ella con facilidad. Desde la misma pista tiene como un corralillo sujeto con piedras por la pate de la entrada. Se puede entrar a ella casi de pie y es preciosa. También es grande y por eso ahora compruebo que este abrigo hasta puede que todavía sirva, para encerrar ganado. Por el suelo hay una gruesa capa de cagarrutas y lo encuentro normal.

Veo que en otros tiempos dentro de esta cueva encendieron fuego porque las paredes están negras del humo y también este echo lo encuentro normal. Una cueva tan grande y fácil de acceder a ella, habrá servido de refugio a muchas personas y en bastantes ocasiones. Los que por aquí se han movido y se mueven, muchos días se habrán encontrado con tardes de lluvias, viento y frío. Teniendo aquí mismo una tan bonita cueva y grande ¿por qué no la iban a utilizar para

guarecerse en ella, encender fuego y hasta dormir?

Si hubiera tenido la suerte de haberme encontrado con alguna persona, le habría preguntado cosas de esta cueva. Porque digo yo: si aquí se ven tantas señales de animales y personas, ¿no va a tener esta cueva pequeña y hasta grandes historias y bonitas?

Desde la cueva voy remontando para el pino grande. Se encuentra por la parte de arriba, clavado en las rocas que se derraman hacia la cueva. Mientras subo y observo al pino, me digo que por fin decido volverme para atrás e irme por las cumbres de los Palancares. A cada instante y paso por estas sierras, me crece la emoción y me hago un lío por la cantidad de cosas que se me presentan para que las coja.

Llego al pino seco que los cernícalos han escogido para representar su escena. Los he visto revolotear y han metido tanto escándalo que me han dejado sumido en la duda. ¿Tienen ellos por aquí su nido? Me acerco y lo primero que compruebo es que sí está por completo seco. Y no, estos pájaros no tienen su nido entre las ramas de este pino. Han disfrutado de la vida y la calidez del día entre las ramas del árbol y ahora se han ido dejando aquí la sequedad y ya para siempre grabado en mi mente.

Así que no tengo nada más que hacer por el rincón. Miro por última vez, al cortijillo blanco, y me pongo en marcha para realizar el nuevo plan que acabo de aprobar conmigo mismo. Ya me parece magnífica la ruta que me espera y todo lo que por ahí me voy a encontrar.

Parece como si ahora mismo se me hubieran removido todas las ilusiones y es casi el mismo momento que cuando esta mañana comencé la ruta. Y, sin embargo, me encuentro en el corazón mismo de lo que más me gusta en la excursión de hoy.

Desde el pino, campo a través, me he venido surcando la ladera hasta salir al cauce del arroyo, cruzando la pista por donde me paré para observar al macho montés. Voy descubriendo el establo blanco que se aplasta en la cañada que me dejé a la derecha. Desde que el año paso vi este edificio, estoy intrigado. Destaca precisamente por su blancura rodeado de tantos pinos, robles y encinas.

Salto el arroyo por la llanura de un trozo de huerta, rozando la alambrada. De entre los árboles, levantan vuelo un montón de arrendajos. Hasta llego a pensar que todos los seres vivos de este barranco, se han puesto de acuerdo para venirse al camino que ando para que los vea. Se lo agradezco, si fuera así, porque cuando creía que estaba solo, me equivocaba.

Por donde atravieso el cauce se extiende el agua en forma de sábana ancha, bañando las rocas desnudas. Viene este arroyo y su transparente agua, de atravesar las tierras de los huertos sin hortalizas y al llegar a estas rocas, pórtico de la cascada sólo unos metros más abajo, se derraman espléndidamente como si de un juego se tratara. Y como por aquí el arroyo es casi todo llanura, las aguas desparramadas que más que correr acarician las piedras por donde se deslizan, bajan sin prisa. Serenas, arrugadas, llanas y sonrientes y en todo momento, casi sin

ruidos. No hace nada que han brotado en el manantial grande del barranco y como si todavía no se creyeran que ya no son ni nieve ni lluvia en estas montañas, sino arroyo que corre buscando el centro del mundo que algo más abajo, le han construido los humanos.

Me despego del arroyo subo por el lado norte aprovechando que por aquí pasa la cañada. Por el surco que parte a esta cañada para fundirse con el arroyo principal, remonto. Me tropiezo con excrementos de vacas. Quizá sean de los que habitan en el cortijo que además del rebaño de ovejas y cabras, también tienen algunas vacas.

Ya estoy a dos pasos del establo. Por la llanura de la parte baja, descubro un chorrillo menor de agua muy limpia. Descubro que este edificio es el establo de las ovejas y, además, lo están usando. No hay animales ahora mismo, porque según la realidad que conozco, casi todo el ganado lanar de estas sierras, se encuentra todavía por las tierras de invernada. Empiezan a volver por estos días, así que será en verano la época en que el ganado ocupe este recinto.

Lo rodeo por el lado sur, abro el gran portón de hierro pintado de color verde y ante mis ojos, se presenta todo su interior. Esto es un establo grande, techado con uralita, tejado a dos aguas y dividido por dentro con tablas. De la pared cuelgan algunos cubos viejos con productos para curar tanto de la sarna como de las garrapatas. Zotal, que es un líquido negro que al mezclarse con agua, se torna blanco y echa un olor fuerte.

Las tablas que lo dividen tienen una puerta en el centro a la que me acerco y abro. Descubro unos artilugios de hierro que son iguales a los que el otro día vi en el collado de los hematites. Especie de dornajos con unos barrotes que abren arriba y se cierran en ángulo por abajo. Es a donde, a las ovejas, le echan de comer. En el centro de los barrotes se les pone la alfalfa y va cayendo y así de este modo no se desperdicia ni una pizca de este alimento. La alfalfa, cuando está seca, es muy quebradiza y con facilidad, las parte más finas, se rompen y son estos tallos y hojas, las más apetecidas del ganado. Ya tengo resuelto una pequeña ignorancia que me invadía el otro día. Aquellos artilugios y estos, son para lo mismo.

Por el lado que cae hacia el arroyo y pegado a la pared, descubro una maravilla. No porque sea algo simplemente hermoso sino porque es agua que viene directamente desde el gran manantial. Es el tubo que vi al llegar a la fuente. Desde el mismo venero la recogen y viene directamente al tornajo para que beban las ovejas. Y sé que este líquido transparente es puro total porque viene de la misma nieve que cae sobre las cumbres ¡Qué belleza y al mismo tiempo, qué privilegio!

Y resulta que como el chorrillo de agua no deja de caer, el tornajo rebosa un chorro casi como un dedo. Es mucha agua a lo largo de un día y una noche, de semanas y meses. Se va por una reguera arroyo abajo y da la casualidad que el agua de este arroyo va a parar a cortijos, pueblos y ciudades, que son muchos desde aquí hasta que el Guadalquivir muere en el mar.

Resulta que con esta sequía que estamos teniendo, el chorro de agua que baja por el arroyo, es todo un tesoro. Y he aquí que el agua que le sobra a las ovejas de este barranco, nos la tenemos que beber los humanos que llenamos las

ciudades. Qué paradoja: las ovejas de estas sierras tienen y disfrutan de alimentos mucho más sanos que los míos. Agua limpia, recién brotada del manantial, aire puro, hierba fresca y libertad y, sin embargo, yo y otros... ¡qué más quisiéramos!

Y ahora recuerdo que el cordero, por lo visto, nació un día de primavera cuando el joven dormía junto al rebaño en las praderas del valle alto. Y nació tan débil que el joven tuvo que ayudarle para que pudiera mamar los calostros, que es la primera lecha que dan las ovejas al parir. Pero aunque nació tan débil, se superó enseguida y como desde el primer momento el joven estuvo con él prestándole ayuda y cariño, cuando ya a las tres semanas corría por la llanura retozando con los otros, en cuanto caía la noche, siempre el cordero se venía a dormir junto al joven.

Por lo visto esto fue una cosa tan normal y creció tanto que cuando ya el cordero se hizo borrego y luego pasó a carnero, aquella amistad sencilla, pero noble, no desapareció sino que siguió creciendo hasta llegar a ser verdaderos amigos, carnero y muchacho. Para donde se movía el joven se iba el carnero y si el muchacho lo llamaba por el motivo que fuera, el carnero siempre acudía como si se tratara de un perro adiestrado.
- ¡Ay que ver lo manso que ha salido este animal!.
Decían unos y otros cada vez que veían al joven y detrás de él o delante, el carnero.

Y tenían toda la razón porque ciertamente parecía que el animal no podía pasar sin la compañía del joven. Pero de todos los ratos y pruebas de amistad que aquel carnero prodigó a su cuidador y amigo, el más hermoso, el más significativo y desinteresado de ellos era cuando el rebaño subía o bajaba por la senda, al barranco o a la nava. En cuanto el joven organizaba a las ovejas para que estas se pusieran en marcha, el carnero se venía a su lado. Lo miraba un poco como si le preguntara qué tenía que hacer y al ponerse las ovejas en movimiento, el animal se acercaba al joven y empezaba a rozar su cabeza por las piernas del amigo.
- ¡Que ya sé lo que quieres!
Y entonces el muchacho se quitaba su zurrón de las espaldas y con sumo cuidado lo adaptaba al lomo del carnero.

Por lo visto aquello era una de las cosas que más le gustaba al animal y por lo visto era una gloria ver al rebaño subiendo por la senda en busca de la nava con el joven a la cola y el carnero, entre el rebaño y el pastor, caminando el último con el zurrón sobre el lomo.
- Sera que el animal quiere agradecer los cuidados que le prodigaron nada más nacer.
Decían unos y otros cada vez que veían aquella escena.

Desde la puerta del establo echo una mirada al barranco que tengo frente y después de leer la inscripción que dejaron en el umbral de cemento: “1992, R.A.” me pongo en movimiento cañada arriba. Creo que es esta la tan conocida Cañada de Aquilino y he decidido irme por ella porque nada más verla, me gusta. Desde lo hondo de mi ser, simplemente su visión me remite a una de esas grandiosas obras de Juan Sebastián Bach, donde todo, al principio, parece simple y trivial, pero luego, si te metes en la hondura de su desarrollo, te vas dando cuenta que aun siguiendo, simple, llega a alcanza una profundidad y belleza sin igual. Parece y hasta dudas que tan magnífica obra, haya sido concebida por inteligencia humana.

Pues este barranco y más aun, la zona de la cañada por donde empiezo a subir, me sugiere y remite al fantástico mundo que emerge desde cualquiera de las bellísimas fugas del autor atrás mencionado. Lo primero que me encuentro es un pequeño castellón de rocas blancas. Un macizo de peñascos calizos que se han asentado sobre la llanura de la cañada dejando, por la parte que mira a la cumbre, una preciosa extensión de tierra fértil. Aquí están las ruinas del cortijo. Desconocido por completo y con los enebros y romeros crecidos en lo que fueron los aposentos de la cocina y las habitaciones. Las piedras blancas que en aquellos tiempos sirvieron para tejer las paredes de la vivienda, se amontonan, desordenadamente, junto al segundo pequeño castellón.

La visión del joven desde aquella repisa rocosa sembrada de flores azules, aquí la tengo ahora mismo delante de mis propios ojos. Toda la ruina queda arropada por la sombra de un majoleto. Es decir: la vida brotando en los escombros que en otros tiempos cobijó también a la vida.

Estoy yo mirando a esta imagen y entretenido en averiguar qué es lo que ocurre dentro de mí, cuando me tropiezo con la belleza: una pequeña orquídea que en solitario ha venido a brotar a la misma ladera que desde la ruina se remonta un poco para el lado de la cumbre. Es una opífera y da la casualidad que revoloteando alrededor de ella hay dos o tres abejas. Toda una sorpresa y toda una belleza en la soledad y quietud ahora mismo de esta cañada y justo donde la vida llenó de gozo y ritmo, las tierras de la llanura que piso.

Algo, dentro, me estaba diciendo que me viniera por esta cañada. Para subir a la cumbre que pretendo puede que hubiera sido más fácil por el otro barranco. El que sube desde el segundo manantial y va a salir justo al Puerto de la Nava. Pero también intuyo que esta cañada debe tener una salida natural hacia la cumbre. Como la cañada penetra hacia el corazón de la cordillera sin apenas violencia, se remonta con mucha más comodidad.

Junto a las rocas, sobre las cuales se refugiaba el cortijo veo, además de las ruinas, las nogueras, que son dos, varios membrillos que ya tienen vestidas sus ramas con las hojas nuevas, algunos almendros y otro puñado de árboles frutales por la parte que pega al arroyo. Por donde voy pasando, existe una pequeña llanura y casi en su centro, un pino gigante. Crece recto y sobresale por entre todos los demás pinos de esta cañada.

Otra maravilla que seguro puede decirme mucho de aquellas personas y aquellos tiempos. ¿Por qué milagro este pino escapó a la tala también de aquellos otros tiempos? Paso rozándolo y toda mi atención se concentra ahora en descubrir la senda que intuyo. Como hace tanto tiempo que esta senda y otras, se han dejado de usar, estará perdida, borrada y comida por los romeros que por aquí crecen tupidos.

Y exactamente, por detrás del pino, la acabo de ver. Es como una borrosa pista que arranca de aquí mismo y sube por el lado derecho de la cañada buscando el manantial que también debe brotar algo más arriba. Se recoge el terreno al final formando como un cono, nacimiento orográfico de la cañada, y ahí espero encontrar un manantial.

Llego el primer manantial de agua que mana en esta cañada. Es poca cosa porque la sequía de este año no da para más, pero sí sale, del lado derecho de la cañada, un pequeño chorrillo y cae en la que fue alberca y ahora sólo es un agujero redondo en la tierra cubierta de hierba y monte. Está claro que los del cortijillo la aprovechaban regar las tierras llanas de la cañada. Almacenaban el agua en esta rústica alberca y desde ella la distribuían según las necesidades.

Según voy recorriendo las tierras llanas de esta cañada, descubro que es preciosa. Y hasta ya estoy viendo lo que puede ser el final: una llanura amplia donde también estuvieron las huertas y en el otro extremo, el frontal de la ladera empinado y escabroso. Es una tierra buena esta. Y llego a donde orográficamente se termina la cañada. Finaliza la llanura y nace el arroyo. Aquí mismo brota otro endeble venero que por los indicios, no debió ser tan pobre en otros tiempos. Sale por el lado derecho, por entre la sombra y raíces de los pinos que se apiñan en denso bosque.

Es normal que todos los manantiales de este barranco salgo del flanco derecho ya que es por este lado donde se encuentra la verdadera montaña. Todo el alto de los Palancares que no es sólo un pico, sino un buen bloque. Junto a los pies mismos de este segundo venero vuelvo a encontrarme otra alberca tallada en la tierra. Tiene más sentido porque se encuentra en la parte más elevada de la cañada. A ella, ahora mismo, entra un hilillo de agua y tal como llega, sale porque está rota y ya no sirve para lo que fue construida.

Se me termina la pista y no encuentro la senda. No sé por dónde seguir aunque sí tengo claro el objetivo. No me desanimo y continuo cañada arriba, que ya es ladera, hasta que me tropiece con ella. Por entre el monte y escalando casi la ladera porque desde la distancia parece poca cosa, pero luego es algo más.

Ya me he encajado casi en todo lo alto del puerto que es el punto que vengo buscando. Me he venido campo a través con la ilusión de, en cada recodo de roca y detrás de cada pino, encontrar el importante camino que debe existir y no lo he visto. En unas de mis paradas para darle descanso al corazón y que se me llenen los pulmones, miro para atrás y veo la gran panorámica de todo el barranco, la curva de la pista donde he estado comiendo, las rocas de la cueva, la casa del macho montés, la pista que le entra al barranco y en el repecho de enfrente, ya estoy viendo los pinos cortados de aquellos que el fuego quemó.

Y me queda muy poquito para atravesar una pequeña hondonada que hay aquí y coronar este portillo. Al otro lado espero encontrarme con la ladera de la casa forestal Fuente de la Zarza. Por lo alto de la elevadísima cuerda, asoman las blancas nubes. Las famosas y bellísimas nubes blancas tan características en estas sierras y que siempre asombran por su elegancia y belleza. Siempre engañan haciendo creer que duermen y arrancan de ahí mismo, en esta y las otras cumbres de la gran sierra, pero en cuanto remonto, ellas me coronan y ya parecen que vienen de las otras cumbres más lejanas.

Son las tres y diez de la tarde y creo que por fin he encontrado la senda. ¡La he encontrado! Viene mucho más pegado a las rocas de la cumbre, por el mismo borde de la pared. Entre despeñadero y despeñadero, pasando casi por la cresta y como si tuviera miedo caerse para el barranco. ¡Claro! Yo la buscaba a media

ladera y tanto me he emocionado encontrarla que al llegar a ella, en lugar de seguir y terminar de remontar por la derecha, que es para donde me queda el puerto, me vuelvo para atrás que es mi izquierda. Siguiéndola me voy por lo alto de la cumbre desde donde se ve una impresionante panorámica.

Ahora quiero descubrir lo que antes buscaba. Pienso en esas cumbres que me quedaban a la izquierda según subía y lo que desde esas alturas seguro se divisa. Llego hasta el monte entre la cañada que he recorrido y decido que este es el límite. Pero el camino sigue y ya lo veo con absoluta claridad. Va por todo lo alto de la cumbre y avanza y vuelca. Me tienta su visión y el trazado por donde se esturrea y me pide seguirla unos metros más. Así que voy a recorrerla un trecho porque creo que detrás, se esconde un buen trozo de sierra que sin duda, me va a gustar. De todos modos, tengo que aprovechar la oportunidad una vez que ya he venido hasta este rincón de la sierra. Sabe Dios si volveré otra vez y por eso ahora, es una pena que estando como estoy a dos pasos de esta cumbre, me vaya sin haber visto lo que al otro lado el Creador tiene modelado.

Por estos parajes, me faltan pequeños trozos de sierra para completarla en mi mente y creo que este trozo que ahora mismo tengo la oportunidad de ver, me va a servir para dejar claro algunas cosas. Según voy remontando los picos que tropiezo por este lado, veo el otro poyo que hay más allá de la cañada por donde he subido. Animado, porque ya me queda poco para coronar la cumbre por este lado, sigo esperando que no sea infinito lo que sueño.

Algo a lo lejos veo un collado con un pino seco clavado en la tierra. Detrás de esa cumbre adivino al pantano de Aguascebas. Exactamente la senda sigue la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros y en cuanto gire un poco para la derecha y corone, llego a los mil quinientos y se dan justo por donde pasa el límite de algunos pueblos. Voy atravesando la hondonada de la cañada por la cual he remontado buscando esta senda. Si hubiera subido algo más, lo habría encontrado, pero aunque lo intuía, ¿qué sabía yo?

Al llegar al final de esta cañada, remonta brevemente. Traza tres preciosas curvas. Tiene trozos muy rotos este camino. En la misma senda ya crecen gruesas matas de romero de lo poco usado que ahora se encuentra. De cada mata sale un enjambre de abejas que por aquí están recogiendo su polen y el néctar de las flores.

He coronado la morra y estoy lleno de un gozo profundo y claro. Desde este punto se ven una barbaridad de picos. Todo este lugar es un laberinto de picos y lo que adivinaba más fácil, lo encuentro bastante complejo. Resulta que ahora mismo estoy entrando al corralón que forman los cinco o seis picos más alto del lugar llamado los Palancares. Mil trescientos ochenta y ocho, mil cuatrocientos cincuenta, mil trescientos noventa y ocho, mil cuatrocientos cincuenta y seis y mil quinientos veinte metros es la altura de los picos que por aquí sobresalen.

Orientarse no es lo difícil, si no saber con exactitud cual es cada pico. Y sin son los arroyos y laderas que desde aquí parten, todavía es más complicado. A unos cuatro kilómetros hacia el norte y en linea recta, sé que se encuentra el pantano de Aguascebas. Y desde este embalse, sube un gran arroyo que tiene su comienzo por estos picos. Me estoy refiriendo al arroyo de las Aguascebas de Chorro Gil.

Por el lado de abajo, cerca de mí y por el lado norte, tengo una manada de ovejas. Enseguida pienso que si por aquí estuviera el pastor, sería mi salvación. Sobre la roca de esta grandiosa y espléndida cumbre me siento por completo anonadado. Me quedo sin aliento, sin orgullo y en mi mente se rompen todos los moldes humanos. Es otra realidad la que desde aquí se capta y ante ella, me estoy sintiendo aplastado. Venía yo contento y creyéndome algo y ahora estoy por completo perdido y hasta mi tono de voz es otro. Me voy a sentar sobre esta roca y despacio, dejaré que mi alma se empape y rebose.

Al otro lado de este barranco oscuro tengo el pico de la Morra, en el centro, el surco del Aguascebas Chico. Por la parte de la derecha, la cumbre que sigue es el Pardal que llega a los mil quinientos ochenta metros. Al otro lado se extienden las llanuras de Jabalcaballo.

Por las laderas de la Morra, descubro el trozo donde aquel día que recorrimos las llanuras de Jabalcaballo, nos paramos a beber en la fresca fuente. Descubro allí mismo al cortijo abandonado y caído. Toda la ladera que, en otros tiempos estuvo sembrada de preciosos trigales, ahora parece un desierto por la desolación y tan solitaria.

Me muevo para el lado derecho y me tropiezo con una gran dolina. Y es que ahora, ya que he coronado esta cumbre, en lugar de volverme y coger la senda para regresar, voy a seguir subiendo y corono la cumbre para entrarle a la caseta del puesto por la parte de atrás.

Voy terminando de coronar por el portillo que veía y antes de llegar a lo alto, el gigante muerto. Un pino laricio, seco. El viento lo ha tronchado por la mitad y está caído entre las sabinas. Ya estoy en lo alto y lo que esperaba: Piedras Rubias enfrente. ¿Para dónde me voy ahora? Y lo digo porque esto es tan dulcemente hermoso que cuanto más ando más me apetece seguir. Pero ya decido coronar el pico que tengo por la izquierda y desde ahí, me iré viniendo para tomar el regreso.

Por aquí me encuentro con la famosa planta de estas cumbres: la Arenaria tetraquetra. Por donde más la he visto, siempre ha sido por estas cumbres y en lo más alto. También descubro una linaria lilacina y una globularia espinosa, plantas todas de zonas rocosas y altas.

El último tramo de la cumbre, es todo una pura aguja violentamente erosionada. En forma de aguja total y filos cortantes y esto es impresionante. Y lo único que se me ocurre es dicer con S. Ignacio: "Donde encuentre lo que busco, allí me detendré", y como en el fondo lo que busco es a Dios a través de sus criaturas que en este caso son estas sierras, aquí me detendré porque lo he encontrado. Lo estoy palpando, sintiendo, gustando. Pero como Él es infinito, ya estoy viendo que más allá esconde algo nuevo que no está aquí, siendo bello y completo esto y aquello.

Perfectamente veo yo desde este punto varios cortijos por las laderas que tengo al frente y por las tierras que les rodean, su puñado de álamos. Ya intuyo que ahí mismo debió brotar una fuente. Por estas cumbres tienen que caer nevadas muy grandes. Hasta produce una extraña emoción pensar que me encuentro en las cumbres que son las fuentes primeras del gran río Guadalquivir, llevando agua a

Córdoba, Sevilla y otros muchos pueblos. ¡Y que por allí sea lo que es habiendo sido nieve inmaculada en estas elevadísimas y hermosas cumbres!

Otra de las maravillas que desde este centro descubro con perfecta claridad, es el macizo del Banderillas. La vista queda aun más engrandecida por el gran bosque de nubes blancas y otras oscuras que recorren el azul del cielo. Como si arrancaran de algún rincón de la sierra y al caer la tarde salieran a darse un paseo. Miro mi reloj y son ahora mismo las cuatro en punto de la tarde.

Me vengo para el lado sur y sigo coronando picos ahora ya no tan agudos, sino redondeados. Muchos pinos laricios crecen por aquí y bajo ellos, la tierra llana tapizada de hierba fresca. Rocas blancas algo salteadas por entre los pinos, otro pino laricio caído y seco, tendido en dirección a las Banderillas. ¡Precioso y la cumbre y el silencio!

Avanzo y claro que aquí tengo ya el gran barranco de la Torre del Vinagre. Recuerdo que por aquí pasé aquel día que subí a Piedras Rubias. Aquí crecen los robles y a mi derecha tengo el collado de la caseta del Puesto. Me voy hacia ella.

Volcando para el collado, antes de bajar, en todo lo alto, una preciosa llanura. En su mismo centro, un pino laricio gigante y casi de juguete, tres enanos vestidos de belleza. Veo la cumbre donde el otro día se me arrancó el ciervo, el caballo de la Fuente de la Zarza y algo de la llanura. Voy bajando hacia ese punto.

Hace ya muchos años, la primera vez que recorrí estas cumbres, llegamos hasta la llanura de la Nava y ahora recuerdo que en todo lo alto, crecen un puñado de grandes robles. ¡Qué bonito es ese rincón! Y me dijeron que por ahí justo estuvo Rodríguez de la Fuente realizando sus programas del "El hombre y la tierra".

Voy bajando y es más fácil de lo que pensaba. La tierra llana y tapizada de hierba, rocas suaves, robles, muchas sabinas y espinos. Y de vez en cuando me llega una ráfaga de viento cargada de un fuerte olor a miel. Un olor agradable y sé que mana de las flores de los majuelos que todavía se visten de blanco y por entre estas rocas crecen salpicados.

Veo aquí mismo una espesura de zarzas muy verdes. Me encuentro con agua. Mucha vegetación y del rincón se me arrancan cinco ciervas. Saltan por las rocas y se pierden por la ladera buscando la cumbre que he dejado atrás. Miro y veo que el agua brota de entre unas rocas y las zarzas y empieza a irse por el pequeño arroyuelo. Primerísimos metros de un afluente menor del arroyo Torre del Vinagre. Una gloria sentir, ver y gozar este privilegio y confieso que me gusta mucho.

Los nacimientos de los arroyuelos sobre las cumbres o en las laderas de cabecera, me llenan de gozo sincero. Es como si estuviera en la fuente primera que da la vida limpia. El nacimiento o comienzo de algo y más de un arroyo o vida humana, siempre es materia frágil, inmaculada, tierna y por eso, cuando me encuentro con estas fuentes leves comienzo de mil arroyos, me lleno de profundo gozo. Siento como si fuera el único por estas sierras que tiene tal suerte y en la intimidad y el silencio.

Voy bajando por el cauce de este recién nacido arroyo de aguas limpias y

encuentro algunos charcos donde se bañan los jabalíes. Hacia abajo se me arrancan otros cinco ciervos que también brincan por las rocas y se pierden por la espesura del monte.

Hacia la derecha, dirección al collado, me tropiezo con un gran lapiaz. Tendría que cruzar recto y irme para la caseta, pero no puedo porque las rocas me complican el paso. Me voy por el surco donde mana el agua que es mucho más fácil. Pero aquí, en el centro de lo que es el arroyo en su comienzo y es también una trinchera de rocas calizas con filos cortantes, crecen espesos los majuelos repletos de flores blancas. También por entre los majuelos, me encuentro con un buen puñado de cerezo silvestres. Es fácil el paso por el lugar además de bonito.

Recuerdo que por estas laderas crecen muchos robles. Me los voy encontrando mientras ya salgo de lapiaz. Ahora entro en un bosque de pinos repoblados. Y por fin, después de tanto buscarlo y rodearlo, voy a caer al mismo centro del collado que tanto deseo.

Ya tengo aquí la pista y es la misma que me encontré cuando aquel día venía buscando Piedras Rubias. Y ya estoy en lo que es el puerto de la caseta del Puesto. Justo por este punto yo aquel día coroné la cumbre. Me preguntaba aquel día por los caminos y las casas de los barrancos de Poyo del Rey que tanto me asombraron y ahora mismo vengo de recorrerlos. Y llegué a pensar que este lugar sería uno de esos rincones de la sierra que para mí quedarían para siempre desconocidos y no ha sido así.

También la senda que aquí mismo arranca y se va por la ladera de donde vengo, aquel día me preguntaba, lleno de asombro, que a dónde iría y mira por donde hoy la acabo de recorrer. Me asomo por donde crece el roble que ya conozco y al igual que aquel día, surcando la ladera y casi trabada en las rocas. Es la misma que buscaba cuando subía por la Cañada de Aquilino. Arranqué desde la caseta de este puerto. En este mismo punto, es donde se dividen las sendas o caminos que vienen desde la casa forestal de la Fuente de la Zarza.

Un ramal sigue para Piedras Rubias y otro ramal entra por el lado sur del cerro que he recorrido. Ya voy a seguir para rematar la ruta de hoy y claro, aquí mismo tengo la llanura de la gran nava. Ya sé ahora que si desde esta llanura me voy para el barranco de Poyo del Rey, salgo a las sierras de las Villas y por ahí, a la carretera que la cruza. Y como ahora me voy para atrás, saldré a la casa de la Fuente de la Zarza.

Pero antes de irme voy a despedir a este roble y a esta caseta totalmente en ruinas. Los miro detenido y como si ya los quisiera en lo más hondo de mí, les digo que hasta cuando mi Dios quiera devolvermelos en el reino que me tiene prometido y sigo. Son las cuatro y media de la tarde.

Ya voy camino de regreso. Tengo el coche en el mismo Puerto de las Palomas. Un buen trecho. Voy atravesando la llanura y exactamente: este punto es el que nosotros vimos aquel día y aquí mismo, junto al camino, tres o cuatro montones de ramas de pino. La senda avanza llana y entre grandes robles y pinos repoblados, pero todo muy seco aunque la hierba sí se le ve verde. Dentro de viente días y si no llueve antes, estará seca toda la sierra.

Y tal como lo había intuido: ya comienza a bajar la pista que ahora recorro penetrando en el barranco de la Fuente de la Zarza. Quisiera llamarlo el barranco del paseo de los robles porque continuamente me los encuentro a un lado y otro. Y ciertamente es un paseo precioso. Ya veo la casa forestal. En cuanto la pista comienza a bajar, remonta un collado, a la derecha me queda la llanura.

Aquí se dividen los caminos o se juntan. El que se va por la izquierda sale al arroyo de la Torre del Vinagre y el que sigo al frente y acabo de recorrer, es el que me llevará a donde necesito. Ambos se dividen o juntan cien metros antes de llegar a la casa forestal.

Pero antes de llegar me paro junto a un pequeño chorrillo. Es donde se encuentra la máxima curva del barranco que voy recorriendo. Por arriba me queda la gran cumbre que ya conozco. El hilillo de agua, se abre paso por entre el fango de los jabalíes. Con mis manos y ayudado de un palo seco de enebro, abro una poceta en la tierra. Espero que se aclare y bebo. Es agua limpia con gusto a nieve y ahora me sabe a esencia. Después de gozarlo un rato y gozar el bello pareja del barranco, sigo.

Remonto la pequeña cuesta y en cuanto estoy en la llanura, tengo la casa a mi alcance. La vieja casa foresta de la Fuente de la Zarza tiene una construcción tipo cortijo andaluz y se compone de varios bloques. Entrándole por este lado, primero se ve la chimenea, una puerta que da entrada a unos de los módulos, tiene delante una llanura y hay aquí un trozo que se le ha caído. Es un buen trozo con varias estancias.

Como ya estoy junto a ella, voy dándole la vuelta. Por el lado que da al Puerto de las Palomas, es por donde le llega la pista. La cerca una alambrada y está cerrada, con su candado y su cadena. Sigo girando y ante mí se presenta, al fondo y a lo lejos, el perfil mágica de Piedras Rubias. ¡Qué visión más bonita tiene desde aquí!

Voy dándole la vuelta y lo que más me atrae es la vista que sobre la sierra existe desde este punto singular. Por el lado del valle, me encuentro un bloque de piedras que me cortan el paso. Casi no puedo seguir, pero crece aquí un cerezo como el que me encontré por la cumbre, aunque creo que es peral silvestre y por la parte de abajo, voy a intentar pasar. Por el lado del valle, tiene cinco ventanas. Una bien grande y dos más pequeñas, color verde y con cristales.

Sigo y ya estoy en el lado que da al Puerto de las Palomas. Una puerta veo y está cerrada. Justo aquí crece un gran árbol que no es de estas sierras. Miro bien y ahora ya sí me doy cuenta que esta casa tiene la misma estructura que la de la Fuente del Sagreo, pero es más grande. Son dos bloques de viviendas y cada una tiene su puerta y el techo a dos aguas.

Por el lado del valle, veo un cobertizo entre las rocas y para él me voy. Por aquí se encuentra el grandioso mirador sobre las tierras llanas del surco por donde baja del Guadalquivir. Me sitúo encina de las rocas y la impresión es de ensueño. Veo un gran hotel muy conocido, el arroyo que le lleva agua, la pista por donde subí aquel día y se junta con la que he traído y toda esa grandiosa ladera. Frente tengo Cabeza Rubia y Peñón Quemado y toda la cuerda del Banderillas, Calarilla y hacia

la Mesa y las nubes blancas que se alzan mágicas proyectando sus sombras por toda la sierra. ¡Qué hermosa es la sierra que tan profundamente llevo en mi corazón y tan delicadamente siento edén del Dios que me da la vida! ¡Qué belleza tan gingante y al mismo tiempo, sutil y fina, de donde recibo la vida y la muerte que me está llevando!

Por entre estas rocas blancas, mirador natural y perfecto sobre gran parte de la profunda sierra, crecen muchas cornicabras y quejigos. Tengo aquí otro árbol de la misma clase que los que he visto por las cumbres. Y ahora, ya cayendo la tarde, quisiera yo cerrar esta ruta. Son las cinco en punto. Sólo tengo que recorrer unos metros pista adelante y me encuentro con el cortijo de Comino, donde estuve cuando trazaba la ruta del Salto del Moro. Desde ahí hasta el Puerto de las Palomas, ya lo tengo todo dicho, andando y guardado en lo más inmortal de mi ser.

Así que sobre este mirador voy a poner punto final. Lo más importante y, que de verdad me hubiera gustado decir, se queda por aquí y en su silencio. Sabe Dios si para siempre y es que, como tantas otras cosas, vuelvo a decir que la sierra y lo que con los ojos de la cara y el corazón he visto y sentido, no me cabe en el alma. Sé que es mucho lo que se me queda por estas fuentes y arroyuelos, palpitando y gritándome a voces, pero ¿quién me pudiera ayudar para sacar a la realidad tangible lo que más parece el perfume dulce de un beso sagrado? ¿Por dónde empiezo y por dónde acabo para decir lo que tengo necesidad y quiero, porque me quema con el dolor de lo plancentero y la amargura de la muerte?

Lo mejor, lo que es realmente bello y tiene gran valor, casi no lo he rezado. Pero desde lo auténtico de mi ser, grito un profundo gracias a mi Dios por haberme permitido, una vez más, recorrer su edén y dejarme beber algunos sorbos de lo que es tan dulce y más que apagar la sed, la aumenta. Sea la gloria para Él y el honor desde mi corazón sincero que con tanta abundancia, hoy me he sentido premiado.

La fragancia eterna

Llenó el día con su luz otra vez los amplios campos y como la silueta de la montaña se alza esplendorosa, todavía durante un rato más la sombra de la cumbre arropa a las tierras llanas y las lomas alargadas del valle.

Pero del chozo de monte, pegado a las encinas grandes, el joven salió y del corral de piedra construido aprovechando la cueva, dio suelta a los animales y por la cañada suave que baja para los remansos del río, se fue deslizando en busca de la fuente clara y la hierba fresca y cuando ya las ovejas estuvieron llenando la tierra, miró a la cumbre larga por donde el sol tenía que llegarle y al no verlo, se dijo: "¡Qué raro que hoy el disco de fuego venga por el otro lado del valle!".

Y se puso a regresar a su chozo porque en los corrales todavía le esperan los borregos y conforme iba subiendo, las montañas se le hacen grandes y no encuentra la senda y por la ladera que da a las aguas del lago ancho, atraviesa el monte y sube a la cresta de la segunda cuerda y tampoco encuentra la vereda que regresa.

Y el joven pastor del sencillo valle, inquieto está buscando al sol, cree él, alzándose como siempre, por las cumbres de la lejanía del levante, pero cada vez más hoy descubre que la realidad se le ha vuelto del revés y por eso en su mente

no cabe, que el disco de fuego esta mañana venga saliendo por el norte y que los caminos del valle, ya no regresen a su chozo, sino que se alejen, sin rumbo, hacia el lado de la tarde.

SALTO DEL MORO
PUENTE DEL HACHA

La distancia

Tomando como punto de partida el mismo Puerto de las Palomas y hasta el Puente del Hacha y siguiendo fielmente el trazado de la senda, la distancia a recorrer llega a los ocho kilómetros y medio.

El tiempo

La ruta propiamente comienza en el mismo Salto del Moro, pero hay que ir andando un trecho desde el Puerto de las Palomas. Pues sumando este tiempo, un descanso en las ruinas del cortijo de la cañada y otro respiro al llegar al río, vieja piscifactoría de la Rejona, el tiempo necesario sería entre tres horas y media a cuatro.

El Camino

No presenta dificultad ninguna puesto que está bien visible y fácil de andar y, además, todo el recorrido es bajando. Un primer tramo, desde el Puerto de las Palomas hasta el Salto y Cueva del Moro y todavía unos metros más, va por pista de tierra en buenas condiciones. Un segundo tramo, desde la nave de Royo López hasta las ruinas del cortijo en la Cañada, discurre por el trazado de una vieja senda, también muy visible y buena para andar. El recto de ruta hasta el final, es pista de tierra sin problemas de ningún tipo.

Pues arranca esta ruta en el mismo Puerto de las Palomas y durante un buen tramo, avanzan siguiendo la pista de tierra que lleva al cerro del Mosco, emisora de vigilantes de incendios, y recorre toda la cuerda hasta en Puesto de la Nava. A la derecha y a la altura del Salto del Moro, se desvía una pista forestal en buen estado y por aquí comienza la ruta. Vuelca a una leve hondonada donde se recoge la nave para del ganado de los pastores por esta zona y por aquí muere la pista.

Sigue la senda curvándose por la ladera del Cerro Campanillas y pronto nos dejará sobre un barranco profundo y lleno de una espesa vegetación. Por aquí baja la vereda trazando curvas para adaptarse al terreno y al poco, nos deja sobre las tierras llanas junto a las ruinas de un cortijo. Es este un punto agradable para tomar un respiro y gozar del paisaje.

Desde estas tierras llanas, viejos huertos, continua ahora ya en pista de tierra y después de caer por una empinada ladera, descansa sobre las mismas riveras del río Guadalquivir. A la derecha nos quedan las construcciones de aquella piscifactoría llamada la Rejona y a la izquierda, siguiendo el curso del río, continua la pista que después de algunas curvas más, cruza la corriente y por su orilla, dulcemente acomodada, nos va llevando hasta el encuentro con el Puente del Hacha, carretera asfaltada que atraviesa el valle desde Arroyo Frío hasta el Pantano del Tranco.

El Paisaje

En el mismo punto del comienzo, nos envuelve la grandiosa visión que desde estas cumbres se abre en todas las direcciones. Por el lado de norte nos quedan las extensas tierras del valle del Guadalquivir, pobladas de olivares desde Cazorla hasta las lomas de Úbeda y un poco al levante, las sierras de las Cuatro Villas.

Mientras recorremos el trozo de pista hasta la Cueva Salto del Moro, como avanzamos por la misma raspa de la cumbre, la visión sigue abierta en todas las direcciones y hacia horizontes lejanos. Un pequeño paisaje de rocas calizas algo, ya convertido en lapiaz, nos recibe cerca de donde tomamos la ruta a la derecha. Un precioso bosque de pinos y sabinas nos van arropando y según comenzamos a bajar, las leve hondonadas y las insospechadas laderas rocosas y pobladas de romeros, nos irán recreando armoniosamente.

Por el gran barranco del Cerro Campanillas y por las ruinas de aquel viejo cortijo, los romerales junto, con la espesura de los pinos y algunos robles, se nos presentan cada vez con más fuerza y belleza. Ya por las ruinas del cortijo y luego por las riberas del río, lo que nos asombrará es la pared rocosa que por la derecha vamos dejando mientras nos hundimos en el cañón del Guadalquivir. Un espeso bosque de pinos laricios, se nos presenta justo donde la pista ya descansa en las llanuras y la esbeltez de sus troncos nos dejarán gratamente sorprendido.

Por el puente que da paso al río y luego por la orilla del cauce hacia el punto final de la ruta, nos arropa la sombra siempre fría y agradable, de un espeso bosque de robles, encinas, pinos y sabinares que nos van llenando de asombro a cada recodo de la pista. Es este uno de los paisajes más bellos por el que pasa la ruta.

Lo que hay ahora

Así que a las once menos diez me pongo en marcha. El día se presenta gris y con bastantes nubes cubriendo el cielo. Por la tarde pueden repetirse las tormentas. De este primer tramo hasta donde se abre la cueva que es por dónde brotaba la fuente del Cocón, no tengo nada que decir porque ya lo conozco y lo dije en las rutas anteriores.

Al llegar a donde, de esta pista se desvía la que sube para el cerro de la emisora, Mosco y a la izquierda, a la derecha se extiende una roca blanca. Se le ve muy pisoteada por los animales. Se nota que aquí le ponen sal, realidad por la cual se le podría decir a esto las salegas de la fuente del Concón, que ya no mana. En este punto mismo he visto una cabra montés. Pastaba solitaria y al descubrirme, se ha tirado para el barranco velozmente.

Un poco más adelante, de esta pista principal, para la derecha se desvía la que pasa rozando la cueva. Es donde pienso hacer mi primera parada cuando dentro de unos días vuelva por este camino guiándolos a ellos. Quiero que observen el bonito lapiaz que existe por aquí, la cueva y donde brotaba la fuente desaparecida. Ya he calculado el tiempo: desde el mismo puerto de las Palomas hasta el arranque de la ruta que, al día de hoy corresponde, viente minutos. En observar y recorrer por encima a este lapiaz, se nos pueden ir diez o quince minutos y en llegar a royo López, que es donde brota un poco de agua y se alza la nave para las ovejas, podremos tardar cuarenta o cuarenta y cinco minutos.

Si tenemos suerte, cosa que me gustaría, nos podremos encontrar con los pastores reunidos y sentados a la sombra de los pinos tomando una cerveza y desayunando juntos. Pienso pedirles que paren quince minutos para que ellos también se coman sus bocadillos de media mañana y antes de seguir, para empezar a recorrer el segundo tramo de la ruta, el más complicado, puedo darles algunas indicaciones. Como serán casi sesenta y este segundo tramo va por una senda de las de aquellos tiempos, quiero decirles lo que deben hacer para recorrer el trozo de vereda, gozándola a fondo y sin que a ninguno les pase nada.

Primero en fila india, uno detrás de otro, guardando la distancia de un metro entre sí. Segundo, no hablar mucho con el de atrás para evitar distraerse y tropezar o resbalar con el peligro de rodar y otras inconveniencias. Terecero, no gritar a fin de no dar el espectáculo por parajes como estos e ir atentos a la senda y al entorno para así gozarlo a fondo.
Alguno me pregunta que esto de la distancia de un metro entre sí ¿para qué es? Y entonces le digo que:
- Porque así hay garantía de ir atentos a la vereda que pisas y porque el monte que apartas para pasar, al soltarlo, no le dé al compañero en la cara o en los ojos.
- ¿Pero tan peligroso es la vereda?
- Lo que pasa es que las sendas de aquellos tiempos, son estrechas y como ahora ya casi no las anda nadie, están llenas de monte, piedras sueltas, barrancos abiertos por las corrientes y otras dificultades. Si no se va muy atento al pisar una piedra suelta, se puede resbalar y las torrenteras son escabrosas y profundas.

Además, no es lo mismo ir una persona o dos por la senta que cincuenta que no están muy aconstrumbrados a moverse por las veredas de la sierra. Y por otro lado, os combiene saber que el camino que estáis recorriendo, es el que usaban, para salir y entrar a estas sierras, las personas que vivían en los cortijos. Porque antes no eran las cosas como ahora.

Estas cosas es lo que más o menos pienso decirles a fin de que todo salga bien. Por eso ahora estoy recorriendo la ruta y en cuanto vuelco al arroyo López, veo el pilar, la nave con las ovejas dentro y a los pastores ahí comiendo a la sombra de los pinos. Tres coches tienen ellos por aquí y han venido hasta sus esposas y niños. Como si estuvieran celebrando algo.

Desde lejos los saludo y mientras sigo bajando con la idea de parerme con ellos, aunque sólo sea tres minutos, ya voy pensando en lo que les voy a preguntar. Giro la curva con la pista y ya estoy rozando el corro que dibujan sentados por el suelo.
- ¿Voy bien para la Cruz del Muchacho?
- Va bien, pero el camino se termina aquí mismo.
Me aclara el pastor que el otro día me contó un buen puñado de nombres de todos estos lugares.
- Pues usted tira por la parte de arriba de la nave y ya verá por ahí la senda. Sígala e irá a salir justo a las ruinas de la casa.
Me dice el que ya considero amigo. Se lo agradezco y después de indicarme que este que recorro es el arroyo López, lo despido.

Desde la sombra de sus pinos, donde comparten su desayuno, me miran mientras me alejo y rodeo la majada. Ya sé que la senda arranca justo por la parte de atrás y es por ahi, por donde me voy. Al pasar rozando las paredes de la nave,

me pregunto el por qué hoy las ovejas, a las doce de la mañana, están encerradas en su corral. No hace todavía mucho calor porque es temprano y por eso más bien parece que aún no han salido de este corral. Se lo debí preguntar a ellos, pero no he caido en la cuenta.

Enseguida descubro la hondonada y empiezo a bajar con mis cuatro sentidos puestos en los paisajes que voy viendo. Tengo conciencia de que cuando dentro de unos días vuelva por esta senda guiando a ese grupo de personas, sobre mí recae mucha responsabilidad. Por eso ahora me aseguro de las dificultades que pueda presentar esta ruta.

Ya por depronto me noto que la senda está bastante rota en mucho puntos. Los romeros crecen espesos por todos sitios. Por otro lado, a mí mismo me pregunto que cómo se me ha ocurrido meter a un grupo de personas por esta senda y sierras. ¿Qué razones tengo hoy para comportarme de este modo?

Desde la tinada de arroyo López, la senda baja, primero un poco casi recta y luego se va para el lado izquierdo buscando el Cerro Campanillas. Se adentra en el barranco y resulta que no sucede lo que me esperaba. Y es que espero que la pista que aquel día vi al final de la que remonta desde la piscifactoría y que se venía hacia el lado izquierdo, fuera esta misma senda y no es así.

La senda le entra a las ruinas de la casa justo barranco abajo que es por donde subí hasta la llanura del Cerro Campanillas. Resulta que aquel día, por donde creía que subía hasta el Puerto de las Palomas, no va y por donde no me la esperaba, sí está.

Miras al reloj y ya marca las doce y diez de la mañana. Estoy ahora mismo en lo que llamo las ruinas de la casa forestal de la Cruz del Muchacho. Gran romeral, pinares, barrancos y arroyos. Un mágnifico paisaje y una breve parada para comentar el segundo tramo, observación de las ruinas, cañada, árboles frutales y silvestres y las viejas huertas. No hay agua para beber por la gran sequía de estos últimos años.

En estos momentos ha empezado a llover y truena. Llovía algo cuando venía bajando, pero en estos momentos, aumenta. Busco un refugio y como toda la casa está caída, lo único que encuentro es el dintel de una vieja ventana que aun no se ha roto. Tiene como medio metro de ancho y tres troncos de madera en la parte de arriba.

Perfectamente quepo ahí y además, mientras no llueva más fuerte, la lluvia no me moja. Miro al frente y por las cumbres del Banderillas, se ve una gran nube oscura que es por donde los truenos crugen sin parar y sopla fuerte el viento. Temo que esta nube se desplace hacia este lado de la sierra y descargue una buena tromba de agua. Temo también los posibles rayos que puedan caer porque esto sí lo tengo claro. Sé bien que por esta parte de la sierra es por donde más rayos caen y eso se puede observar en las señales de los tronco de los pinos. Casi todos tienen heridas de rayos y algunos hasta tres o cuatro.

A los diez minutos afloja un poco la lluvia. Me muevo por entre las paredes desmoronadas de lo que fue una bella casa. Algunos bloques se cayeron enteros

y así permanecen todavía. Enteros, en un desplomarse limpio, pero partidos en mil pedazos. Desde uno de estos bloques observo y descubro que la casa debió ser grande y bonita. Se le adivinan tres cuerpos: la cocina que estaría a la derecha, con una segunda división central y la tercera que se encuentra por el lado de arriba.

Se orientaba hacia el barranco que horadó el Guadalquivir y a lo largo de la ladera. Desde el bloque de pared caído, medito el desastre de esta ruina. Trozos de madera que fueron vigas, algunos marcos de ventanas, tejas y piedras de tobas que aquellas personas recogieron, seguro, de estas laderas y barrancos. Un esfuerzo tremendo porque en aquellos tiempos todo se hacia a brazo o a lo más, con la ayuda de algún burro o mulo. Y todo aquel repleto mundo, hermoso y desconocido para tantos, hoy duerme y deshace en las ruinas de esta casa que ya casi se funde con la pura tierra de la ladera natural.

Por detrás de mí quedan las llanuras de los hortales en cuyas tierras fértiles ahora mismo crecen praderas de hierba fresca. Y coronando esta fina hierba, se mecen floridos los granados y ya cuelgan algo gordos, los membrillos. Un poco más arriba, bajo el siempre perenne roble junto a los cortijos serranos, la alberca, hoy seca y con sus dos losas de cemento. Parece como si hasta el cielo también se hubiera disgustado con el proceder de aquellos que rompieron tantos cortijos por estos montes y ahora permite que hasta los manantiales estén secos. Exactamente no es así porque en Dios no existe el castigo ni se vengan, según la condición humana sino que es amor y lo suyo es trasmitir y dar vida, pero uno ve lo que ve y no acaba de comprender. No tiene agua ninguna esta alberca y por las tejas que en el lado de arriba, en aquellos tiempos, entraba el chorrillo, hoy no entra nada. Seco por completo aquel hilo de agua y seca la alberca.

Cuando hace un rato bajaba por la senda buscando las ruinas de esta casa, justo donde llega al surco del arroyo, bajo un pino también he visto el caño de otro manantial, seco. Se ve perfecto el agujero por donde ha brotado el agua y hasta la hierba, por el alrededor, está más verde, pero el manantial de aquellos tiempos, seco por completo. Estas circunstancias me indican que si hoy estuvieran por aquí las personas que habitaron este cortijo, tendría que irse porque ni sus manantiales dan agua para beber ellos ni podrían regar las tierras.

Sigo por la senda que desde la casa continua bajando y ahora ya es pista de tierra y unos metros más adelante, donde se juntan unos arroyos menores, se dividen también los caminos. Es este cruce resumen de cuatro mundos. Ninguno de ellos es principal y todos son importantes. El que desde la cumbre he traído, ya digo que sigue bajando, roza el tremendo paredón rocoso que se alza por el lado del poniente, se hunde en el surco del Guadalquivir y al llegar a la llanura de la vieja piscifactoría, se divide derecha a izquierda. El que entra subiendo por la orilla del río, lo cruza algo más abajo, por un puente ancho, de cemento y bonito y por entre un denso bosque de robles y pinos, se pierde hasta morir justo en el Puente del Hacha, en el asfalto negro de la carretera del valle. Este sería el final de la ruta que desde la cumbre he trazado hoy.

Pero por un momento me voy por el caminoque, desde el cruce de estos arroyos, sube por la derecha. Este camino pista, ha sido arreglado este mismo invierno. Los que han limpiado el monte por estas laderas, dejaron el tajo al llegar a la parte alta del voladero, pero la pista sí han seguido arreglándola y en todo

momento, con el apoyo del tractor de ruedas de goma. Lo han metido por los hondos barrancos del puñado de arroyos que por aquí surcan la ladera y han hecho auténticos desastres.

Como la tierra está bien seca y por lo tanto, suelta, al llegar la máquina a las laderas empinadas, ha penetrado con su fuerza abriendo verdaderos surcos y destrozando la vegetación. Viendo lo que veo, hasta pienso que el tractor pudo haber volcado y salir rodando y caer por lo alto del tremendo voladero que se eleva desde el río.

Sé yo que este camino va a salir justo a las tierras de Vado Ancho, en la aldea de Arroyo Frío. Pero el otro día, no llegué hasta ese punto sino que me fui ladera arriba buscando el Puerto de las Palomas y lo digo, porque salí de esa espesa vegetación, de milagro. Las aulagas, las cornicabras y los romeros junto con las tremendas rocas que a lo largo de tan ancha solana hay, complican el paso al más pintado y experto en andar por montes. Por eso ya sé por experiencia que esta gran solana que empieza en el arroyo del Valle, es muy mala de andar.

La fragancia eterna

Todavía el nuevo día no había llenado de luz los viejos campos, cuando ya y desde dentro de la casa, siente la algarabía de los pájaros y como sí ellos van despertándose a la serenidad y armonía de la mañana, en cuanto la madre abre la ventana, desde su cama de lana amarillenta, el joven ve primero el revuelo de plumas de los pájaros cantores y después el consuelo de la más dulce sinfonía de trinos y notas alegres que, entre la luz, viene jugando y enredada con el día.

Y al abrir el joven sus ojos y ver un pájaro y otro pájaro buscando ya su alimento por entre las ramas y la hierba que con ellos y la aurora, se hace melodía, pregunta a la madre buena que ya va y viene llenando la estancia de un poco más de limpia vida:

- ¿Qué es lo que esta mañana, los ruiseñores y las tórtolas, junto con los gorriones y las palomas, anuncia con su alegría?

Y la madre, toda serena y lago amoroso saludando al día:

- Es el canto del corazón en su paz y la transparencia de quienes tienen todos sus cuidados puestos en el Creador que da la fuerza y es sonrisa.

Y el muchacho, mientras se levanta y observa extrañado los reflejos de la claridad por las rendijas de la vieja ventana, quiere comprender y dar las gracias por tan consoladora sinfonía, al despertar de las fuentes y los campos y la casa que les pertenece todavía.

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Sierra de las Villas
2ª Versión: Mogón, Pantano de Aguscebas, Cueva del Peinero, Charco del Aciete *

La distancia

El recorrido total de esta ruta, sigue siendo como en la primera versión. Sesenta kilómetros, si queda limitado exclusivamente a la carretera asfaltada que atraviesa toda la sierra de las Villas. En caso de introducirnos por algún desvío, que son

muchos y acceder a otros rincones, hay que sumarlo a los kilómetros ya dichos.

El tiempo

Como se expone en la versión primera de esta misma ruta, es necesario una jornada completa para disfrutar a fondo la inmensa belleza que ofrecen todos los paisajes por los que atraviesa esta singular ruta. Un modo sabio de gozar la sierra, no es la cantidad, sino la calidad y para ello, no hay que tener prisa.

El camino

Desde el Pueblo de Mogón hasta el Charco del Aceite es carretera asfaltada, con frecuencia muy estropeada por la corriente de los arroyuelos y los desprendimientos de rocas y tierra. Este recorrido también se puede emprender desde el hermoso pueblo de Chilluévar, ruta que en muchas ocasiones se encuentran en mejor estado.

El paisaje

Es de lo más variado. Al comienzo, cerros poblados de olivos que poco a poco se cubren de pinos y monte bajo. Pasando el Pantano de Aguascebas hay zonas muy despoblada de vegetación donde la erosión rocosa se extiende por las laderas. Algo más adelante los picos vuelven a vestirse de pinos y se espesan cada vez más por el barranco de Aguascebas Grande y el Blanquillo.

En el Raso de la Honguera, se nos abre una amplia vaguada donde el agua y la sombra de las alamedas, son los escenarios más bellos, coronados elegantemente por las cumbres elevadísimas y rocosas de la cuerda que da consistencia a toda esta sierra. Está por aquí cerca la Cueva del Peinero y algo más adelante, los pinares y las cañadas hacia el Collado del Ojuelo, se nos abren pletóricos de silencios, praderas repletas de verde y siempre los horizontes marcando la grandeza.

El Ojo de Carreles y luego la Loma de la Be, con su acogedor mirador colgado en el vacío, la Umbría de Aguilar, el arroyo de Martín y al final, el arroyo de María, nos van marcando y dosificando la emoción de tan bonita ruta y como broche de oro, el Guadalquivir y con su Charco del Aceite.

Rincones bellos

Fuente del Roble, el Pantano de Aguascebas con la cascada de Chorrogil, Arroyo de Gil Cobo por donde siguiendo una pista forestal a la izquierda podemos llegar hasta lo más alto de la cordillera con el Blanquilla y las bellas llanuras de Jabalcaballo con Peña Corva y el Pardal. Por el Río Aguascebas Grande hay áreas recreativas y un refugio de alquiler clavado en las rocas. Es hermoso este rincón con las cumbres del nacimiento del río, coronándolo.

Otros sitios bellos son: el barranco y casa forestal de Carrales, Collado de Agua de los Perros la fuente de los Cerezos, en el arroyo Martín, el Arroyo María, ya al final, el Guadalquivir con su siempre sorprendete corriente y el Charco del Aceite, embalse y piscina natural.

De interés

En el Pueblo de Mogón y Chilluévar se puede comprar lo que se necesite para la ruta, pues luego a lo largo del recorrido sólo encontraremos un bar, en el

pantano, antes de llegar al río Aguascebas Grande. Agua potable sí hay en casi toda la ruta así también como varias casas forestales. Esta ruta junto con la de Segura de La Sierra, atraviesa una de las zonas por donde más pastores hay. No abunda mucho la cabra montés ni los ciervos ni gamos a no ser por las llanuras y cornisas de las mismas cumbres.

La fragancia eterna

CORTIJO DE
HOYA REDONDA 29-8-95

La distancia

Desde la curva de la carretera que sube al Puerto de la Cumbre hasta las ruinas del cortijo, son unos seis kilómetros que en ida y vuelta, llegan a los doce. Hasta donde se puede entrar con coche, desde la misma curva de esta carretera, la distancia es de unos cuatro kilómetros.

El tiempo

Desde la misma curva de la carretera hasta donde se puede entrar con el coche se tarda, aproximadamente, una media hora porque se trata de una pista de tierra con tramos bastante malos. Desde donde se deja el coche hasta las ruinas del cortijo, como una hora y media y de tres a cuatro horas en ida y vuelta.

El Camino

Desde la curva de la carretera hasta el arroyo de la Cuesta de la Escalera, donde ya la pista lo cruza y se viene para abajo, buscando al Cortijo de la Escalera, el camino es pista forestal de tierra en regular condiciones. Los tractores y los coches todoterreno, lo tienen bastante roto. Desde donde se deja el coche hasta el cortijo que nos ocupa, hay que hacerlo andando y aunque arroyo arriba discurre una pista forestal, por muchos tramos se encuentra por completo destrozada.

El Paisaje

En cuanto se pasa el pueblo de Hornos, siguiendo la carretera asfaltada que remonta al Puerto de la Cumbre y lleva hasta los pueblos de Pontones y Santiago de la Espada, lo que más impresiona son las ampulosas panorámicas que por la derecha, se nos abren hacia el gran valle del Pantano del Tranco y las Cumbres de Beas. Por la izquierda nos corona el robusto Cerro de Hornos con sus 1142 metros y las inclinadas laderas vestidas de pinares.

Al trazar la carretera una pronunciada curva, para volcar por el collado de Hontonares hacia la cuenca del arroyo de la Garganta, a la derecha, se desvía la pista de tierra que es la que hoy nos conduce hasta las ruinas del precioso cortijo de Hoya Redonda. Mientras discurrimos por ella, en un trazado casi llano y por entre olivares y rodales de pinares, por la derecha se nos va colando la impresionante figura del barranco de la Cuesta de la Escalera. Una loma que cae desde el Cerro del Caballete hacia el arroyo, nos ofrece el más perfecto mirador frente al Cerro del Romeral y al barranco por donde salta el arroyo que necesitamos recorrer.

En cuanto volcamos esta loma, la pista busca la cabecera de un buen puñado

de arroyuelos que por estas vertientes caen en busca del arroyo mayor y ya por aquí los pinares, junto con los romerales y las sabinas, cubren las laderas. Y en cuanto nos hundimos en los surcos que estos barrancos menores tajan, la sensación de sierra profunda y agreste, se acentúa. Nos corona la grandiosa cuerda de La Cumbre y nos acogen las hondonadas y lomas rocosas entre multitud de arroyuelos y paredes pétreas.

Ya en el arroyo de la Cuesta de la Escalera, la espesura del bosque se acentúa al mismo tiempo que las corrientes raja el silencio, repletas de zarzas, rosales silvestres, majuelos y romeros. Por el barranco que acoge al cortijo de Hoya Redonda, los grandiosos paisajes de alta montaña, se hacen presentes coronando, por el lado del levante, con un prolongado cinto rocoso y siempre tupido el bosque entre la hierba y los frescos veneros. En todo el recorrido nos movemos entre los mil a mil cien metros de altura, llegando a superar los mil doscientos sólo al remontar el puntal que, por la izquierda, según subimos buscando el cortijo, cae desde Hoya Redonda.

Lo que hay ahora

Son las doce menos diez de la mañana y me he parado sobre el puntal que, desde el Cerro del Caballete, baja hacia el cortijo de la Cuesta de la Escalera. Aquí el camino se divide. El que sigue al frente, creo es el que me llevará al cortijo que pretendo descubrir. El otro ramal, que se aparta del que traigo y baja puntal adelante, creo va buscando el Cortijo de la Cuesta de la Escalera. No es el que me interesa.

Las tierras que voy a recorrer hoy pertenecen a una gran finca, parte ya propiedad del Parque Natural, que es conocida con el nombre de Hontonares. Dicen los del lugar, que en otros tiempos su dueño fue don José María Bañón. Mucho más de cinco mil olivas tiene esta finca y el monte coge mucho más terreno. Desde el Cerro del Robledillo, lindando con la Hoya del Cambrón hasta la misma Cumbre y todas las vertientes de Ramblilla, con los cortijos de Hoya Redonda y Cuesta de la Escaleras, van los límites de esta finca. Casi todo lo que sería la gran cuenca del también largo y bello arroyo de la Cuesta de la Escalera.

Tengo entendido que en la época de Renfe por estas sierras y pista que ahora recorro, en camiones sacaban grandes troncos de pinos que cortaban por los barrancos que se me abren al frente. Sigo por el trazado de la pista. Dibuja ésta varias curvas intentando adaptarse lo más posible al terreno quebrado que le van presentando los enanos arroyos que desde este lado arrancan y al llegar a una anchura donde se junta dos de estos arroyos, decido dejar el coche y seguir andando. No tengo mucha confianza en la pista que veo porque mi coche no es de los que se pueden colar por cualquier camino de la sierra.

También es verdad que en una gran huelga justo antes de que esta pista cruce el arroyo de la Escalera, me han dicho que se puede dar la vuelta. Tiene esa tierra llana mucho espliego, como señal para no confundirla. Es donde daban la vuelta aquellos camiones que sacaban la madera de estos barrancos. Dejo el coche bien puesto y sigo andando, mientras en estos primeros metros empiezo a bajar por la pista que si es verdad que está bien. Pero como no conozco demasiado el rincón, no me atrevo a seguir más. Tengo tiempo y andar no es malo.

Mil metros de altura alcanzan el rincón donde he dejado el coche. Es este arroyo uno de los más importantes que le entra al de la Cuesta de la Escalera por el lado izquierdo según subimos. Recoge el agua de una amplia cuenca que desde las partes altas de La Cumbre, cae hacia esta vertiente. El paisaje que atraviesa es de pura roca y las veo cortadas por donde el arroyo ha ido trazando su canal.

En cuanto llego al segundo gran arroyo, la pista se divide en dos. La que se va para abajo siguiendo el surco del cauce y la que remonta también acompañando al arroyo. Me voy por la que sube. En la pista que baja, un pequeño letrero que dice: "Propiedad privada, prohibido acampar, prohibido encender fuego". Remonto unos metros y enseguida descubro que no es este el camino bueno, sino un jorro que sube aprovechando la orilla del cauce. A unos veinte minutos subiendo, se pierde por completo y por eso me vuelvo.

Este otro camino que ahora nuevamente tomo otra vez, sí tiene rodadas de coches. Se nota mucho más usado. A unos metros, se juntan los dos arroyos, el que he dejado porque no es el que necesito y el que viene de donde he dejado el coche. La pista cruza el cauce de los dos fundidos en uno y ahora se despega un poco hacia la ladera de la izquierda. Nada más cruzar los arroyos tiene una llanura muy bonita y remonta levemente. Intenta salvar como un entrante rocoso que se ha quedado encajado entre el arroyo de la Escalera y el que voy dejando atrás que creo se llama arroyo de Ramblillas.

Remonto el breve collado y aquí aparece un barranco impresionante. Es por donde corre el arroyo principal. Es magnífica la vista que hay aquí. Veo el camino que se hunde en el barranco y aparece luego por el otro lado. Conforme me acerco ya oigo el agua de la corriente saltando. Antes del cauce, lo primero que me encuentro es un pequeño muro de contención y al otro lado, veo como si fuera una acerca y es un canalillo de cemento por donde ahora va un tubo. Cogen agua de por aquí y la llevarán a algún cortijo o será para regar los olivos.

Crece por aquí algunos álamos y un tubo grueso como una pierna, de plástico negro. Donde la pista llega al arroyo, se divide otra vez en dos. Una que sigue y un ramal que se va arroyo arriba que parece la principal. Y donde cruza la que sigue para abajo, han construido como una especie de puente, un muro a un lado y otro con dos salientes hacia abajo y hacia arriba y tiene casi once metros de ancho. Este tramo es como un vado y al no existir estrechura para construir el puente, le han hecho uno muy ancho y singular.

Aquí mismo hay una zarza con muchas moras ya bien maduras y de ella cojo un buen puñado. Donde los caminos se dividen hay una gran llanura y ahora pienso que seguro es aquí donde me dijeron daban la vuelta los camiones que sacaban los troncos de pinos de estos rincones. En esta primera llanura no veo ese "mucho espliego parejo". Pero remonto unos metros y la segunda llanura que es donde sí crece este mucho espliego parejo.

Se divide el camino de nuevo en dos y me voy por el de la izquierda. Un grupo de arrendajos que se asustan con mi presencia y alzan vuelo gritando escandalosamente. Donde esta llanura, los cauces se dividen en dos y lo que sucede, es que esta es ya una zona bastante alta y por eso los arroyos son muchos. El de la izquierda parece más importante porque todo el cauce está

sembrado de álamos.

Remonto unos diez minutos y siento correr el arroyo por entre los juncos. Con la sequía tan grande que hemos tenido en estos años, y la cantidad de agua que sale de estas sierras. Y siguiendo el camino que ya se va convirtiendo en jorro muy roto, veo un roble grande y debajo de él, descubro otro chorrillo de agua. Algo más arriba, por mi derecha, comienzo a ver como una llanura. Se recoge en el centro de un circo rocoso que dibuja la cuerda de la Cumbre, por donde discurre la carretera de Pontones. Ahora me doy cuenta que la raspa por donde va esta carretera alcanza justo lo más elevado y quebrado de la cuerda con vertiente al Segura y al Guadalquivir. Mas de mil quinientos metros tiene todo ese largísimo lomo y son las cotas más altas que existen por aquí.

Y en cuanto me asomo unos metros, ya veo el cortijo. Tiene presencia de ser grande y estar abandonado. Esta es Hoya Redonda y ahora descubro que la configuración del terreno sí que es por completo redondo. Forma aquí como una vaguada, lo que en la sierra se conoce por hoya y tiene mucha tierra fértil. Por aquí crecen muchos álamos y debajo de un grupo de diez o doce encinas, se alza una roca y por debajo, brota un caño de agua. Lo han encauzado por un canalillo de madera y se derrama en cinco tornajos que se alinean en dirección levante que es por donde se alza el cortijo.

En la misma llanura de la hoya, se encuentran las paredes de este cortijo y al fondo remonta la ladera toda cubierta de pinos verdes y hay un collado por ahí. A la vuelta voy a hacerla por ese collado para así cortar y salir al arroyo donde dejé la primera pista estropeada.

Me siento a la sombra de estas encinas y observo despacio. Veo que las curvas de nivel, la que marca los mil cien metros, por aquí trazan la figura de una ce un poco alargada donde la parte abierta es por donde sale el arroyo de la Escalera. La siguiente curva maestra que es la de los mil doscientos metros, sigue dibujando la misma letra ce alargada y así, la tierra que en el centro queda, es la hondonada de la hoya. La tercera curva maestra, la de los mil trescientos metros, ya se va a lo largo de la Cumbre y uniéndose mucho con la de los mil cuatrocientos metros. Por eso a esa altura lo que desde aquí veo son como unas pronunciadas laderas rocosas que forman los que los serranos llaman cinto. En este caso el que me rodea se le conoce con el nombre de Los Cintos de Hoya Redonda.

El rincón donde se alza el cortijo es precioso. Intuyo por ello, que en aquellos lejanos tiempos, las tierras que por aquí existen, fueron muy fértiles y con abundancia de mucha agua. Por la zona del cinto, siento el balido de cabras. El día está ya bastante avanzando y por eso, justo donde brota el pequeño manantial, me paro. Decido comer a la sombra de unas de estas encinas y acompañado del rumor del chorro cristalino. Frente a mí, en una llanura muy bonita, quedan las ruinas del cortijo. En cuanto termine de comer, me voy a ir por ahí para verlo desde cerca.

A estas horas de la tarde, cae el sol mudamente, pero quemando y por eso las chicharras cantan monótonas y rabiosas. Es duro el verano en estas soledades y más en estos tiempos cuando la ausencia es tanta. Termino mi bocado de comida, bebo del limpio y fresco chorro y me voy buscando el cortijo.

Lo rodeo como ofreciéndole mi respeto por la tierra que piso y ya que lo he remontado, me vuelvo y miro hacia la Hoya del Cambrón. Por este lado tiene dos puertas. Dos ciruelos por el lado de la fuente, una gran higuera que cae hacia el rincón por donde están las puertas y la entrada la tiene mirando hacia La Cumbre. El cortijo se sitúa des espaldas a la corriente del arroyo. La higuera es muy grande. Forma aquí como un muro de piedra y se curva hacia donde hacen ángulo las dos paredes.

En la parte baja, está lo que fue el establo para los animales. La fachada que mira a La Cumbre tiene una puerta que es igual a las que vi en la Hoya del Cambrón. Por donde crece la higuera todavía se abren dos ventanas y al otro lado, otras dos pintadas de verde y una de ellas, tiene su reja. En la puerta, el horno por completo derruido. Por encima, mirando hacia la gran ladera, se ven los bancales donde ellos tuvieron sus huertos. Y más arriba, entre los pinos del barranco, se ve otro cortijo.

Como está abierto, entro y veo que la primera estancia es una cocina con la lacena a los lados y sus tablas todavía. A la derecha otra habitación con su puerta de madera y sólo piñas secas por el suelo y excrementos de animales. Un viejo nido de pajarillos y cuando quiero pasar por la puerta de la segunda estancia, me lo impiden los escombros de la cámara que se ha caído. Salgo fuera y bajo el sol, que pica con fuerza, piso la tierra y me alejo de las ruinas de este primoroso cortijo.

Aparto el monte que espeso llena la tierra y en cuanto estoy frente al segundo que se aplasta pegado al arroyuelo y en la ladera que cae, descubro que esta construcción era de una sola agua. Justo en la parte de abajo que es donde estuvo la vivienda, todavía existe un buen establo. Están aquí los pesebres, en su silencio y con la compañía de una vieja cesta de mimbre. Por el lado del levante tiene la entrada al gran establo que hay detrás.

El bosque de encinas que se concentra donde mana el agua, se prolonga por este lado derecho del cortijo y hay aquí un roble que sostiene una hiedra preciosa. En la misma puerta del cortijo crece otro robusto roble, redondo, bonito y con una hermosa parra engalbada. Este segundo cortijo tiene la misma estructura que el primero. En este gran corralón es donde duermen las cabras que siento balar por la ladera. Tiene una gruesa capa de estiércol.

Y ahora que ya me retiro me digo que como a este rincón se le llama Hoya Redonda, la primera construcción puede ser el Cortijo de Hoya Redonda, Tinada de Hoya Redonda y Fuente de Hoya Redonda, aunque por esta regla de tres irregular, todo lo que por aquí existe, debe tener el nombre y apellido de Hoya Redonda.

Me remonto por encima de las encinas que rodean al manantial y aquí me encuentro a dos hermosas cabras negras. Ya me estoy moviendo dentro de la franja de los mil cien metros y por un terreno muy inclinado. Por entre los pinos y ladera arriba que remonta hasta el collado que, desde el cortijo, queda al levante, se ven los álamos cubriendo la tierra. Por este lado ellos sembraban la tierra. Veo las ruinas de otro edificio.

Esta ladera está despoblada de vegetación y la cubre un buen manto de pasto.

Crecen junco y esto indica que por aquí brotaban manantiales. Sigo remontando y ahora con la intención de volcar por un collado que ya alcanza los mil doscientos metros. Y si miro para atrás, se me abre una vista muy bonita. El Cerro del Robledillo, allá a lo lejos, pero alzado potente, intuyo por donde está Hoya Morena y la Hoya del Cambrón.

Ya remontado más hacia el collado, al final de los álamos que vienen cubriendo toda la ladera, una construcción de tornajos hechos de cemento y ladrillos. Ocho tornajos sin agua. Por encima, hay agua y se ve una reguera que viene del grueso de los álamos. Sigo remontando porque intuyo que en cuanto vuelque me voy a encontrar con el otro arroyo que ya creo no está muy lejos de donde tengo el coche.

Remonto, por un punto central por donde cruzan muchas veredas de animales, y caigo al otro barranco. Creo que a este punto se le conoce con el nombre de Collado de las Alegas o Puntal de Majal Alto. Tampoco viene en ningún mapa. Tengo la impresión que voy a encontrarme con el arroyo del jorro que dejé cuando comenzaba la ruta. Y lo primero que veo, al volcar, es Peña Rubia, la roca grande que corona a la aldea de La Capellanía.

Cuando esta mañana comenzaba esta ruta, los que me encontré en la curva, me decían que desde Capellanía sale una senda que atraviesa por esta zona que se llama Ramblilla, viene a salir a Hoya Redonda y luego a la Hoya del Cambrón. Me gustaría encontrarla aunque ya intuyo que debe estar muy rota.

Bajo recto al tiempo que voy cortando arroyuelos. Por los menos cinco o seis arrancan desde esta ladera que piso y más adelante, otros. Tendrán sus nombres todos estos arroyos, pero hasta ahora, tengo la impresión, que nadie los puso en un mapa.

Muchos caminillos de animales van por aquí y esto me hace pensar que por el lugar, sí pastan manadas de ovejas y cabras. Un espeso bosque de encinas, me salen al paso, tierra llana con mucha hierba, que es pasto ahora. Y exactamente, en cinco minutos me he encajado en el arroyo que intenté subir esta mañana. Salgo a una pista bastante rota y enseguida descubro que este primer trozo, no es el que recorrí esta mañana. Y es que lo he enganchado mucho más arriba de donde me volví. Unos quinientos metros por encima.

Ya estoy justo en el punto donde di la vuelta cuando esta mañana noté que me equivocaba. Así que pienso, que siguiendo este trozo de la ruta, voy a salir justo a donde dejé el coche. Ahora caído en la cuenta que he trazado una ruta casi circular dejando un espigón rocoso con su loma, en el centro que arranca en la misma cumbre a la altura de mil quinientos trece metros. Por aquí se queda en los mil cien.

Estoy donde se dividen las pistas que equivoqué por la mañana. Cuando me encontraba justo en este punto, eran las doce. Son ahora mismo las tres y cuarto y me digo que acabo de cerrar un circuito en forma de un globo aplastado. No he pasado nunca por el mismo sitio. Y el cerro que me ha quedado en el centro se llama Majal Alto, con su collado primoroso, por donde he colado.

Ahora sigo para arriba, busco el coche que no lo tengo lejos y en cuanto llego miro el reloj y me digo que he tardado tres horas y media en el recorrido de la ruta

que hoy me correspondía. Ya estoy en el coche. Sólo tres minutos desde donde se dividen las pistas.

Me bebo un gran vaso de agua que me he traído de la fuente de Hoya Redonda porque como hoy hace un gran día de calor, he sudado mucho. Echo mi última mirada al rincón, doy gracias a Dios por este otro día que tan generosamente me ha regalado y le pido por aquellos que estuvieron en el rincón y ya no están. Desde que se fueron ya las cosas no son lo mismo. Y, sin embargo, como en tantos otros sitio, sigo pensando y sintiendo que no se fueron aunque ya no estén.

La fragancia eterna
Se alza el sol y va llenando de luz, la tierra cuando entro por las calles del pueblo y como están en fiesta, lo primero que veo son los chiringuitos con sus trozos de turrón a la vista de la gente y luego, los que bailan y la música y los que van con sus trajes nuevos y paso como sin rozarlos porque la realidad en mí, tiene otro acento y al llegar a la casa, miro y ahí la veo:

Se arrodilla encorvada y friega el suelo y al preguntarle:
- Pero en aquel cinto que corona el cielo ¿en qué lugar exacto estuvo tu casa?
Ella, desde su mundo añorado:
- Por donde sube la senda que escala hasta la pasá del Enebro, allí justo está la cueva donde yo vine al mundo y luego me crié hasta aquel día de amanecer incierto.

Y con el sol de la mañana brillando eternidad y bello por entre las cumbres que coronan, salgo y camino por las veredas que llevan a los rincones ocultos que fueron y serán sueños, y cuando ya estoy llegando, desde el charco azul del arroyuelo y la espesura de los robles que también escalan por el cerro, miro y al descubrir la luz de las nubes tornadas en fuego, me dispongo a sacar la foto y justo en este momento, la veo a ella en blanca niña y llevando a sus borregos y también persiguiendo mariposas que con ella juegan su juego.

- ¿Pero y la luz que, desde las cumbres, el sol derrama en forma de incienso acariciando a palacios de oro y a caminos de rocío que llevan como a un paraíso que parece ensueño?
Y ella, tierna niña que es con las mariposas, vuelo:
- Esto es lo que deseaba enseñarte para que veas que desde la soledad de estos barrancos, por la luz de este mañana y el viento, van caminos esmaltados de perlas y oro y donde las nubes son fuego, se abren las puertas a los palacios que nadie conoce en el suelo, pero que son el resumen y corazón de la eternidad y lo bello.

Y le digo que razón sí tiene porque estoy mirando y veo alzándose el sol y, llenando la tierra de luz, de vida y de aroma con cara de dulce ensueño.

CERRO DE MONTEAGUDO 12-11-95

La distancia
Arrancando desde la curva que la pista traza antes de La Canalica y siguiendo monte arriba hasta el collado de Montero, cortijo de Longino, alambrada y luego Picacho de Monteagudo, la distancia llega a los cinco kilómetros. Si sumamos la

ida y vuelta, aproximadamente son diez kilómetros.

El tiempo
Desde la curva de la pista hasta el Picacho del cerro, gastamos dos horas largas porque al ir por trozos sin senda, por la dificultad del monte y el terreno, se adelanta menos. El desnivel va desde la curva de los ochocientos metros hasta la punta del picacho que llega a los mil ciento cuarenta y seis metros.

El Camino
En la misma curva antes de La Canalica, arranca una pista de tierra que aunque está en mal estado, se puede andar bien. Sube puntal arriba y a la mitad de la ladera, se pierde. Hay que tirar por entre los olivos buscando el collado hasta enganchar con la pista que viene desde La Platera. La seguimos y en el mismo collado, justo cuando la altura llega a los mil metros, nos la corta la alambrada.

Pasamos la alambrada y de seguida vemos la senda que lleva al cortijo que sobre un puntal se cae. Desde aquí, monte através y ladera arriba, coronamos la raspa del picacho por el lado del muro del pantano. En este punto, sólo nos queda poner como hito de referencia la cumbre y buscar los pasos menos complicados para coronarlo.

El regreso se hace por el mismo sitio o se corta monte adelante buscando la hondulación del collado para enganchar con la pista. Por el lado que mira al collado, las cumbres de este picacho de Monteagudo, tiene una espesísima vegetación de madroños, zarzas, cornicabras y lentiscos. Al ser una vegetación tan alta y enmarañada, es dificil andar por ella y por eso, complicada la bajada sino acertamos con un buen paso.

El Paisaje
Nada más arrancar, nos acogen el verde del olivar que sube cubriendo toda la ladera hasta el collado. Siempre al fondo, nos va sosteniendo las azules e inmensas aguas del Pantano del Tranco que se nos irán abriendo y mostrando su belleza, cuanto más remontamos. El picacho de Monteagudo, mudo nos vigila desde su pedestad eterno y la vegetación que le rodea, como si pareciera invitarnos a su encuentro.

Al volcar el collado, al frente se nos abren las extensiones profundas de los barrancos que dan vida al arroyo de Montero. Un gran puñado de arroyos menores y mayores que desde esa vertiente escurren sus aguas hacia el Guadalquivir, ahora pantano. Hasta la elegante y firme Peña Amusgo, las cumbres del Tolaillo y el Ortiñio, llega la panorámica y todo ello ya rozando los mil seicientos metros.

Por el lado que mira al sol de la tarde y según vamos remontando la pendiente hacia la cumbre que tenemos al frente, los pinares se espesan con troncos de árboles quemados en un incendio no hace mucho y la vegetación arbustiva, se tupe. La belleza de algunas hoyas menores y la mágica visión hacia la sierra de Las Lagunillas, nos van llenando de placer sencillo mientras pisamos la tierra en busca de la cumbre pétrea que eterna desafía.

Lo que hay ahora
Mientras la tarde cae, le doy compañía y al preguntarle, me responde:

- Pues te voy a decir cómo son algunas de las cosas por el rincón: los montes que estamos viendo se llaman, Cumbrecillas. Esto que tenemos aquí es Monteagudo y entre este picacho y ese "roquel", hay un punto que le dicen Collado de Montero. Un carril que va por ahí, termina allí. En todo eso de Montero había muchas fincas y, cortijos, pues también había un montón. Por lo menos ocho o diez y todos vivían bien. En cuanto te asomas al collado ya se ven los olivares.

A un sitio le llaman La Gracea, donde en aquellos tiempos, vivían ocho o diez vecinos. Y por esos arroyos había tres fábricas de aceite. Una estaba por debajo de un sitio que le llaman Los Goldines. Por donde está el Castellón de Arroyo Montero. Molino de Carmona, le dicen a aquello. Esta fábrica era de una señora que se llamaba María. En la Cerrá había otra y otra fábrica más estaba en Las Malezas. Que esto era una finca también muy grande. Las Malezas están justo donde el arroyo que baja de las Espumaredas se junta con el Guadalquivir. Que allí también había unos pocos cortijos y varias familias que vivían bien.
- ¿Y qué pasó?
- Esto no ha sido con el Parque este, fue mucho antes. Los echaron fuera de las tierras y a muchas personas las arruinaron para toda su vida.

- Al Collado del Montero ¿por dónde se le entra?
- Desde el mismo cortijo de la Platera. No tienes ni que preguntar. Nada más llegar a las primeras casas, a mano derecha, hay un carril que tira y sigue recto al pie del cerro que estamos nombrando. Pues si subes al Picacho, te gustará porque desde ahí se ve medio mundo. Ya te digo que el carril termina en lo que ha sido labor, allí hay una alambrada y por debajo, un agujero pa meterse la gente. Tiras por allí y enseguida sale un camino, que ya está casi cerrado, pero que se ve todavía. Se mete por el monte y llega hasta un cortijo que hay allí que se llama el Cortijo de Longino. A unos doscientos metros de la alambrada y en lo alto de unas piedras.

Y entonces, te pegas al monte por el lado de arriba, que eso también son labores. Por la punta de arriba de las labores, hay una alberca. Pasas por la misma alberca, que ya estará aquello cerrado. Por ahí hay un camino que llega hasta una hoya grande y luego coges la alambrada otra vez para acá, muy llanico, sin subir cuesta ni na y vas a salir al mismo picacho. En todo lo alto está el mojón del límite de Pontones y Hornos. Te gustará eso, ya verás.

A la Canalica se le dice aldea y en realidad, son tres casas. Una grande y gris con tejado de uralita y tres plantas y entre esta primera y las dos segunda, nueve grupos de paneles solares para la luz eléctrica y dos casas más. El cortijo y otra casa nueva junto a un viejo álamo.

Pues en la misma curva, antes de llegar a La Canalica, se aparta un carril de tierra justo donde crecen dos álamos y este camino es el que he cogido para subir al Picacho de Monteagudo. Hoy es once de noviembre y está ahora mismo lloviendo. Se ha cerrado el cielo con nubes muy oscuras que parecen de temporal y llueve, pero gotas menudas. Por lo que observo, parece que llueve por toda la sierra.

Piso la tierra mojada y sigo subiendo por la pista que está muy mal, pero como hoy tengo pensado remontar este mágico Picacho, el entusiasmo me empuja. Sube casi recto este camino por una tierra que muy roja y por el centro corre un arroyo

pequeño. Parece que por aquí sólo pasan los tractores aunque se ve un camino antiguo porque avanza hundido como en una trinchera de tanto como lo han pisado y porque, además, sube recto como si fuera a situarse por encima de la linde del olivar. Parece que al final se deja ir por las curvas de nivel buscando al collado llanamente. Pero claro, desde aquí hasta la franja donde ya se hace llano, remonta casi trescientos metros.

Madroños, jaguarzos, pinos y tomillo es la vegetación que por aquí me va saliendo al paso. Miro detenido mientras remonto y me digo que este seguro que es un sitio muy aparente para los níscalos y creo que me encontraría con ellos, si hubiera llovido a su tiempo. A la izquierda según voy remontando, una vista preciosa sobre el valle con la cola del pantano a partir justo desde Fuente de la Higuera con Cañada Morales a la izquierda y La Platera por la derecha. Al fondo queda el pueblo de Hornos y en el centro, la bellísima cola del pantano hoy bastante seca.

La nube ha avanzado y está descargando por la zona esa del Yelmo y todo el valle de la Sierra de Segura. Cortijos Nuevos lo tengo claro allá al fondo y como arropado por la niebla que comienza a levantarse. No es grande la nube que esta cayendo, pero suficiente par ir empapando la tierra y si esto se mantuviera durante un tiempo, pues para que empiece a nacer la hierba y el campo se recupere de la larga y fuerte sequía que estamos padeciendo.

Por aquí ha pasado alguien esta mañana porque se ven sus pisadas. Se acaba aquí el camino, cortado por las labores del olivar y todavía me queda un trozo para el collado. Aunque parece que no se acaba, sino que con las labores del olivar, lo han estropeado. Voy a seguir. La tierra por aquí se pega mucho y por eso ya llevo grandes zarpas en los zapatos. La menuda lluvia la está mojando y como es greda, además de pegarse, se escurre nada más pisarla.

Se me pierde la pista. Tengo que seguir porque esto es lo que he dispuesto conmigo mismo y lo hago por entre el olivar con el punto de referencia puesto en el collado. Ahora descubro que esta ladera tiene muchas piedras suelta y como está recién llovido, que ahora ha parado, la tierra sigue pegándose en los zapatos. Y al ver tantas piedras sueltas por esta ladera, me llaman la atención, su color negro ceniza y sus figuras tan originales. Casi todas muestran pequeños hoyitos y agujeros que las atraviesan de parte a parte. Me agacho, cojo dos e intento partirlas y compruebo que son tan duras como el mismo perdenal. Parecen piedras fundidas por la dureza que muestran y el color que tienen.

Un leve pensamiento me lleva a relacionarlas con el agua caliente que sale por el manantial de Los Baños, por debajo de la Laguna y con la Laguna misma. ¿Hubo por aquí alguna actividad volcánica en otros tiempos? El agua caliente del manantial de Los Baños y las piedras negras de esta ladera, esto parece anunciar. Y el pastor me ha dicho que la profundidad de la Laguna, nunca se ha llegado a saber. Y cuentan que en una ocasión, salió por ahí como un borbotón de agua casi barro y anegó parte de la Vega. ¿A que se deberá este misterio? Y lo que yo ahora me digo es que probablemente este ojo de laguna sea una galería que conecta con la leve actividad volcánica que todavía pueda existir en las profundidades. De aquí que el agua que por la Laguna sale, siempre sea la misma cantidad y siempre esté color cieno. Y de aquí también que nunca se haya llegado a saber cual es su

profundidad.

El agua caliento de los Baños, el ojo de la Laguna siempre con su agua turbia y saliendo a borbotones, en algunas ocasiones aunque estén lejanas, las piedras negras de la ladera de Monteaguado, el verdor y riqueza que muestran los olivos aun en los años de mayor sequía, por estar clavados en las tierras raras que tiene esta ladera y el mismo picacho de Monteagudo, todo muestra traza de tener su origen en alguna actividad volcánica, aunque sea raro por estos montes y nunca nadie haya dicho nada de ello. Cogeré algunas de estas piedras, al volver, para llevármela de recuerdo.

Busco el cauce del arroyo que arranca desde este collado y que se llama de Los Baños y a través del olivar, me iré al otro lado a ver si me encuentro con la pista que sube desde La Platera. Son unos olivos buenos estos que por aquí crecen, porque además de jóvenes, se les ven sanos y con mucho ramón. Están cargados de aceitunas.

Se aproxima por la otra ladera, la pista que me decía el pastor el otro día arranca en La Platera. Miro para la cumbre y parece caérseme el pico de Monteagudo. Ya descubro que es pura roca, totalmente aguda, pero muy redondeada y la vegetación que lo arropa hasta la misma cumbre. Me vuelvo a encontrar con el camino y ahora descubro que la tierra está toda peinada por la corriente de agua que ha pasado por ella no hace mucho.

Siento un rumor y por un momento creo es la corriente del arroyo, pero enseguida distingo que se debe a las muchas gotas de lluvia que otra vez comienzan a a caer sobre las hojas del bosque que ahora rozo. El camino por aquí lo han preparado no hace mucho con máquinas. Se va acercando al arroyo al mismo tiempo que remonta hacia el collado que ya no queda lejos. Y en el cauce del arroyo no es que se encuentren dos caminos sino que el que viene desde La Platera, cruza y se prolonga y es el mismo que por aquí venía pisando.

Voy a dejarlo porque por la derecha sigue remontando otro. Me voy a ir ya siguiendo el surco del arroyo. Sigue la lluvia menudamente mientras ya remonto por el cauce que baja seco. Descubro por aquí como una pequeña senda antigua. Me encuentro con madroños rojos y ya estoy viendo por entre los árboles la claridad del cielo que se cuela por el collado.

Esto fue repoblado porque me encuentro los pinos puestos en hileras y son carrascos y ha sido limpiado del monte bajo este mismo año. Piso ya las tierras llanas del collado y me queda nada más que remontar unos metros. Los recorro y me encuentro en el centro del mismo collado cuando en estos momentos la lluvia empieza a arreciar. Llueve espesamente y hasta hace algo de frío.

En este mismo collado me encuentro con dos montones de leña y dos coches parados al final del buen camino que sube desde La Platera. Me tropiezo con la alambrada que me decía el pastor y la sigo, buscando el paso. El camino que ha remontado, no se topa contra ella sino que va como si pretendiera rodear el pico de Monteagudo por el lado de La Canalica, pero a la altura de este collado que tiene justo por aquí la curva maestra de nivel de los mil metros.

Pegado a la alambrada avanza una senda. Ya la tierra sí chorrea agua porque la lluvia es bastante buena. Se ha cubierto tanto que no veo ni el Yelmo ni el pueblo de Hornos. Se cierra aquí el monte y letrero blanco con dos hierros: “Coto Nacional”. Y sin buscarlo, me tropiezo con el roto de la alambrada tal como me dijo el pastor. La cruzo por el roto que tiene en la parte de abajo y sigo la senda.

Es una vereda antigua porque se le ve con sus piedras puestas para que se mantenga sobre la ladera. Me muevo ya por la vertiente del Arroyo Montero y por aquí adivino una vista grandiosa, pero me entra la duda porque las nieblas ya andan llenando los barrancos. El monte comienza a chorrea agua y al rozarlo, me empapo, pero me anima una senda tan bonita por ser de aquellos tiempos. Por esta cualidad ya sé que va a un núcleo bello donde seguro que la presencia de ellos, también fue importante.

La vegetación de esta vertiente es coscoja, romero y grandes pinos negros mezclados con arrayan y muchos madroños. Salgo a una lomilla, por donde la senda va recogida entre sus piedras y ya veo abajo, las casas de una aldea. La que más cerca me queda desde aquí es La Agracea que se alza sobre una elevación del terreno a unos ochocientos metros de altura y cerca del arroyo Montero. Por lo hondo del barranco se adivina el olivar, ya que lo tapa la niebla y me digo que lo siento mucho, porque hoy, desde este mirador, vería claramente el extenso mundo que se recoge por las vertientes de este arroyo Montero.

Según avanzo por la senda que me lleva en dirección poniente, se aclara el monte. Por donde la niebla no cubre, se me cuela la hondonada del arroyo grande y el surco de arroyo Frío. Algo más arriba, ya sí cubierto de niebla, adivino el Tolaillo, Peña Amusgo, el Artuñio y más arriba, Las Casas de Carrasco y por detrás, las aldeas de Pontones durmiendo junto a su río Segura.

Por delante de mí, al final de un puntalillo, veo las paredes de un viejo cortijo que el monte me lo tapa un poco. A lo mejor ahí me encuentro con alguien que estuviera cazando por aquí y se ha refugiado para guarecerse de esta lluvia. Ahora veo claro a dónde venía esta senda: al cortijo que tengo frente a mí aunque seguro sigue y va a mas lugares. Y lo digo porque desde este collado de Montero, en otros tiempos, iba una senda que pasando por donde ahora mismo me encuentro, se dejaba volcar por el collado de Las Canasteras, entre el Alto del Montero y Monteagudo y caía a las casas de San Román, hoy bajo las aguas del pantano.

También esta senda continuaba y cayendo por la vertiente de un arroyo menor que nace por aquí, llegaba hasta el cortijo de Enmedio y desde ahí ya seguía fundida a las otras sendas que recorrían la sierra de cortijo en cortijo.

Por el camino que recorro acercándome al cortijo del puntal y que se llama de Longino, descubro pisadas de personas y son muy recientes. Me acerco y lo primero que descubro es la era. Se la come el monte y el cortijo está en ruinas. Y como ya había intuido, no tiene tejado. La senda, ahora la veo también clara: no muere junto a este cortijo sino que lo roza y sigue porque tiene que coronar el segundo collado ya mencionado y caer por aquella otra ladera hacia las casas de San román aunque ya no estén ni la senda siga viva.

Le he entrado por la parte de atrás, que es la que da al Picacho de Monteagudo.

Le doy la vuelta y por el lado de la Sierra de Las Lagunillas, un corral dividido en dos y soldado con el cortijo. Y por el lado del barranco de Montero, tiene su puerta. Dos entradas: una para el cortijo y otra para la corraliza. Y como está abierta, entro y descubro la estancia de la cocina, una puerta a la cámara y otra puerta que da a la parte de atrás. Por el lado del Collado Montero, una pequeña rampa que era por donde subían los animales a la segunda estancia de atrás, pero cámara.

Parece que sólo le han roto el tejado. Tanto en la puerta como en el lado que da al Collado de Montero, tallado en la misma roca, como un mirador abierto hacia el gran barranco. Me lamento que el día siga tan brumoso por la vista que estoy perdiendo desde este lugar, pero por otro lado, gracias a Dios que llueve como lo hace hoy.

El horno también está roto y parece como si por el lado de abajo, saliera una senda que fue, seguro, la que iba a los otros cortijos vecinos que se recogen por las tierras llanas del gran arroyo. Desde aquí, se me presentan muy bellos, los picos de Monteagudo y el Cerro de Montero, que están los dos muy paralelos y casi con la misma altura. Al menos, esto es lo que a simple vista parece.

En la ladera esta de Monteagudo, se ve un buen trozo de monte quemado. Este ha ardido este año. Por el lado de arriba, una reguera con un rosal silvestre y las tierras que ellos cultivaron que todavía están despobladas de vegetación. Y me estoy preguntando yo ahora de dónde cogerían ellos el agua para beber y para el riego de las tierras, porque aquí no parece que hubiera ningún manantial. Aunque el Picacho, se eleva a mil ciento cuarenta y seis metros y este punto se encuentra justo en los novecientos cincuenta.

Una oliva aquí mismo y me muevo buscando para subir al Picacho. La tierra sigue ranchal y pegado a una hondonada, veo juncos, un viejo roble seco y ya me digo que seguro por aquí estaba el manantial. Una higuera, un raso muy bonito, una hilera de zarzas que sube que seguro es por donde bajaba el agua y la lluvia que sigue cayendo. Se ha cerrado el día, pero que muy bien. La lluvia aprieta y yo que estoy casi chorreando.

No se me ha olvidado que la alambrada sigue cortando a esta ladera. Una higuera con su parra, un enebro y muchos juncos. Piedras formando pared y la salida del venero. Varias higueras secas, muchos juncos y por aquí brotaba el manantial. Ahora me separa de él la alambrada que justo por este punto pasa y a unos metros, el bosque quemado.

Sé que por aquí se encuentra una gran dolina que en realidad es una hondonada bautizada por los serranos con el nombre de Hoya Escusá. Por el lado que mira a Fuente de la Higuera hay otra hoya que se llama Hoya de la Trola y uno de estos picachos, tiene el nombre de Cerrillo de los Tesoros. Es donde se venía el maestro Parras, el de la Canalica, a buscar su tesoro y por lo visto hasta llegó a perforar un buen túnel. "Era un hombre muy trabajador", me han dicho todos.

Supero la alambrada por un roto que tiene aquí y efectivamente: nada más avanzar unos metros, la alberca. Esta justo donde empezó el fuego que se ha comido todos los pinos viejos de la ladera que desde aquí remonta hacia el Picacho. Por lo que noto, no ha sido este verano pasado el incendio sino hace varios años.

La alberca es redonda, por la parte de arriba se ve la toba por donde chorreaba el agua y está construida de pared de piedra, enlucida por dentro y una teja arriba para que al rebosar, se forme un chorro.

Miro para atrás y como por un momento se ha despejado, veo perfectamente el Artuñio y el Tolaillo. Sigo y retirado de la alberca, por el lado de arriba, todavía vive la juncia porque incluso este verano ha corrido agua por este pequeño arroyuelo que le viene desde el Picacho. Y ya lo entiendo: sobre el Picacho de Monteagudo descargan las nubes y por entre las grietas de sus rocas si filtra el agua y se embalsa para luego ir manando, a lo largo de los días, tanto por este venero como por los que a los otros lados brotan. Monteagudo, como todas las altas cumbres de estas sierras, es un depósito de agua que desagua por las zonas bajas y transmite vida a las tierras de las laderas y los valles.

Hay aquí como una roca donde se forma una cueva y de ahí mismo brota un manantial. Por debajo de esta roca sale todavía un pequeño hilillo de agua después de la sequía tan grande que hemos tenido a lo largo de los últimos años. En el charco, ahora los jabalíes se bañan, pero el agua corre y sigue entrando a la alberca como cuando ellos estaban.

Sigo y ya estoy por completo en el centro de lo que ardió. Las ramas y los troncos de las plantas arbustivas, negras por completo y tanto que si las toco, me tizno. Y lo mismo en los troncos de los pinos. Los más grandes y altos, se salvaron por la parte de arriba porque sus copas siguen verdes. Ahora no llueve y son exactamente las dos y media de la tarde. Cierro el paraguas y sigo remontando.

Me vengo hacia el lado que da a la Sierra de Las Lagunillas y lo que pretendo es entrarle al Picacho no de frente, sino por el puntal que le viene desde su hermano gemelo por este lado y que tiene unos ochenta metros menos. Porque son tres los picos que en este cono se concentran. Los tres forman un conjunto muy elevado con menos de cien metros de diferencia con el mayor que es Monteagudo. Ya veo claro la hermosura y laberinto rocoso que sobre esta famosa cumbre se amontona.

Muchos pinos quemados, algunos enebros que quieren rebrotar, lentiscos, jaguarzo y coscoja. Me paro a hacer una foto a estos pinos quemado y al ver las laderas del Tolaillo, se me va el alma por esos mares blancos. La niebla, que no es otra cosa sino la lluvia que se evapora, sube desde los barrancos y se amontona en vellones que parecen de algodón y que el viento arrastra levemente. ¡Qué bonito!

Ya estoy bastante en lo alto y ahora temo que las nubes me sorprendan otra vez y en lo más alto. Y lo digo porque se está poniendo muy oscuro. Desde la zona del poniente avanzan unas nubes muy espesas y con mucha niebla. El Picacho que estoy conquistando, en cualquier momento se puede queda envuelto en niebla y esto sería una experiencia nueva para mí aunque tenga su peligro.

Me sitúo en un collado casi llano que tienen ambos picos justo de donde arranca el arroyo de las Higueras, hacia la vertiente de la Fuente de la Higuera y el que le daba agua al cortijo derruido que he dejado atrás. Comienza a llover otra vez y se cierra mucho, pero gracia a Dios, por ahora, no tengo niebla. Me vuelvo un poco para atrás por la misma linde de, hasta donde llegó el fuego, y ya sí estoy

remontando los últimos metros del tremendo Picacho.

Caen ahora unas gotas muy gordas. Miro para atrás y veo las ruinas del cortijo y todo el barranco. Por aquí hay muchos pajarillos. La lluvia parece que aumenta y la niebla también alzándose desde los barrancos. Termino de remontar, la raspa que no el pico, y al asomarme a la parte del pantano por el lado de La Canalica, me encuentro todo cubierto por la niebla. No puedo ver lo que tanto deseaba que era la panorámica que desde este Picacho se abre hacia la sierra por donde se asienta Hornos.

Aumenta la lluvia y esto no me impide que la emoción me embargue. Estoy ahora mismo en lo más alto del pequeño collado donde nacen los arroyos y separan los picos hermanos. Desde aquí miro al Picacho y en todo lo alto ya veo un punto geodésico. Ahora mismo no lo cubre la niebla y por eso me voy a dar prisa. Si tengo suerte y en cuanto esté en la cima, la niebla se abre, me gustará mucho la gran visión que voy a tener desde ahí. Pero por ese lado de La Canalica, sube la niebla y al llegar al Picacho, se eleva dejándolo limpio.

Voy a seguir remontando. Por un momento se despeja de niebla y desde este lado mirando hacia el muro del pantano, por la ladera veo remontar una senda. No sé si es porque estoy en lo alto, pero ahora las gotas son mucho más gruesas y caen con fuerza. Conforme voy coronando descubro que ya no hay tierra sino muchas rocas. Todo pura rocas y estas muy rotas y con grandes grietas y escalones. Por entre ellas surge la vegetación cornicabra, algunos enebros y el penacho de rocas.

La emoción me crece porque esto de coronar la cumbre del Picacho de Monteagudo, para mí tiene un aliciente especial. Un puesto de caza, roto. Voy escalando las rocas, siguiendo algunas sendillas de animales y por mi derecha, ahora, en cuanto se abre la niebla, sigo viendo el cortijo que hace unos minutos visitaba. Veo la pista que sube por el arroyo Montero y veo a otro cortijo y dos más donde ya se juntan arroyo Frío con Montero. Muchos pinos de los repoblados y algunos olivares de los que ellos cultivaban.

La lluvia sigue aumentando y el volumen de las gotas, también. Es un gran penacho de rocas, la cumbre de este pico, pero se sube muy cómodamente. Antes de remontar, me paro a echar una ojeada al barranco del arroyo Montero. Una pena porque la niebla no me deja gozarlo limpiamente. Según cae, la lluvia se evapora y la sierra entera se llena de nieblas densas.

En lo más alto de este collado, una sima, grandes lanchas de rocas y una pequeña dolina. Doy un giro y veo a Hornos el viejo y la pista que desde allí viene al collado. Se levanta la niebla porque esto es como un juego que de pronto cubre la sierra y de pronto la deja desnuda. Una cornicabra aquí y me asomo hacia el barranco de Fuente de la Higuera. Todos los olivares esos se ven perfectamente y La Canalica.

Remonto más por aquí girando hacia la izquierda para ganar la máxima altura y ya estoy en todo lo alto. Tengo debajo de mí La Canalica y Fuente de la Higuera, pero ahora descubro que entre una y otra, hay un puntal que baja, en Fuente de la Higuera hay otro que también baja y más a la izquierda, un arroyo que arranca justo

desde aquí. Es el que tiene el nombre del Arroyo de las Higueras. Avanzando desde la aldea de Fuente de la Higuera, el borde del pantano, por donde no hay olivos, sino pinares. Una inmensa visión que hace que el alma grite con un fuerte gracias. ¡Precioso esto y la niebla jugando su juego!

Giro más hacia la izquierda y ya veo la tremenda pared que desde el rellano de Monteagudo, cae en picado hacia el barranco del Arroyo de las Higueras. Cuando este arroyo llega a las aguas del pantano, crecen los últimos olivos que se recogen junto a la aldea de Fuente de la Higuera. Aquí en todo lo alto, lo que desde las distancias parece tan agudo, las rocas rematan en forma de losas y por eso es como una plataforma llana total. Como si las hubieran cortado horizontalmente para que los aviones venga a posarse sin problemas, excepto que se abren muchas grietas y por los lados, escalones y más grietas.

Y ya me acerco al punto geodésico. Es un pivote clavado en un cuadrado de hormigón y un rótulo que dice: “Instituto Geográfico Nacional. Vértice geodésico. La destrucción de esta señal, está penada por la ley”. En el mismo cuadrado de cemento, como una columna de hormigón blanqueada y aquí tienen escritos sus mensajes las personas que por el lugar llegan.

Por donde he subido descubro otra placa que pone: “Coto Nacional”. La niebla por el barranco, viene remontando. Parece que la nube ha pasado y lo digo porque por la Sierra de Las Lagunillas viene un poco más claro. Si se aclarara, desde este punto sacaría una buena panorámica porque sí que existe y hacia todos los lados. Una realidad que me gustaría es ver las dos colas del Pantano del Tranco. Desde aquí se ve claramente el muro y los valles que las aguas cubrieron a ambos lados.

Por el lado de Hornos se ha despejado, pero desde el muro del pantano, viene una espesa nube de niebla que temo me va a cubrir de un momento a otro. Voy a marcharme enseguida, pero antes de irme digo que por el lado este de la Sierra de Las Lagunillas, por donde he llegado, es fácil subir este monte. Sin embargo, por el lado de hornos o Fuente de la Higuera, sería por completo imposible coronarlo. Cae en vertical en una pared de casi cien metros o más.

Recorro la plataforma rocosa en todas las direcciones. Veo muchos excrementos de cabras. Por el barranco de arroyo Montero, sólo había una pequeña nube de niebla hace unos segundos y en un momento, se ha hinchado y grande como un mar, sube ahora por el barranco hacia el Collado de Montero. Es preciosa por su blancura y tan cerca de mí. Va a coronar el collado y como por el otro barranco sube otro chorro de niebla, en el mismo collado, las dos nubes se encuentran y se funden tomando la dirección del pico que piso y las sierras al otro lado. ¡Qué visión más bonita!

Y en unos minutos, me he quedado rodeado por completo de niebla. No veo ni a dos metros por delante. Llueve ahora otra vez y de pronto tengo algo de miedo. Es muy difícil andar esta cumbre por la cantidad de rocas que tiene y como están mojadas, se escurren mucho. Si la niebla sigue cubriendo, me va a costar trabajo bajar de este Picacho.

Me pongo en marcha y como sigo sin ver nada, voy adivinando por dónde deber estar la bajada. Me voy por el lado este de arroyo Montero, pretendiendo bajar

bastante y luego torcer hacia el collado. Observo ahora que en la tierracilla de la ladera que piso al bajar, la hierba ya está brotada. Se baja bien porque no hay apenas vegetación, la inclinación no es tampoco muchas, pero la lluvia arrecia.

El pensamiento que cruza mi mente es que con lo grande que es toda esta sierra, ahora mismo mi Dios, lo está regando, trocico a trocico y amorosamente para que la vida sigue su curso y la naturaleza refleje su belleza. Lo que les costaría a la humanidad si se pusiera a regar tan gran extensión de tierra.

Se baja bien al collado, pero yo, antes de alcanzarlo, me voy a meter en un buen trozo de monte que me queda por la izquierda. Ahora es cuando me voy a empapar hasta los huesos. Enebros, romeros, lentiscos y cornicabras. Son grandes las madroñeras según me acerco al collado. Varias de ellas están cargadas de madroños maduros y aunque llueve, me paro y me pongo a comer. Los madroños son mi postre hoy.

Se me ha complicado la bajada porque la vegetación se espesa por el lado que mira a Hornos y al final, sobre las cuatro, piso las tierras del collado. Todavía están aquí los coches. Justo frente a este collado y ya con el alma llena, me paro a comer bajo la lluvia que no cesa.

Termino mi comida, rematada con madroños rojos y sigo bajando ahora con la tarde despejada y una vista preciosa sombre las aguas del pantano. Me voy por entre la tierra del olivar y en este momento me digo que aunque me embarrice mucho más, en cuanto llegue a las ruinas de Los Baños, como el agua mana caliente, me voy a dar un buen baño, en esa bañera antigua que todavía sigue allí. Lo mismo que lo hacían ellos en aquellos tiempos para no ser menos y después de haber coronado la mítica figura del Picacho de Monteagudo.

La fragancia eterna

Los caminos de esta sierra mía, arrancan desde el mismo centro del corazón y al situarse uno frente a las tierras, se les ve ir, no ya por las laderas ni por los barrancos sino por la esencia y la luz de las mañanas que son como ríos eternos de primaveras que laten y están donde pocos pueden verlas porque los caminos son perlas y mares de sentimientos.

Y lo digo porque ayer por la mañana, como en tantos otros momentos, lo vi salir de la inmortal casa que se alza y asienta donde nace y muere el viento y lo vi subir por la tierra que baña la fuente de las piedras y como iba alegre y llorando y, además, soñando con el dolor que hoy es su alimento, en la puerta inmensa que es infinito frente a la sierra, se paró y al ver chorreando a las ovejas que siempre van de soledad, llenas, se quedó petrificado y con la cascada echa fuego que, como los caminos, está y se le ve, pero no se le ve porque es perfume e incienso.

Y al acercarme, le pregunto:
- ¿Qué estás bebiendo?
Y él:
- Eternidad a raudales por donde existo y me quedo.
- ¿Pero y los caminos de tierra?
- concentrados a todos los tengo dentro de mi corazón y, con la luz del día que nace, son vida y con ellos muero.

INDICE:

ROBLEHONDO DE LOS VILLARES 1-1- 95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La historia
La fragancia eterna

PUENTE DE LOS CARACOLILLOS, RIO BOROSA,
CASA FORESTAL DE LA FRESNEDILLA 28-12-94 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Tranco del Perro
Cerrada de Elías, Los Villares, Roblehondo,
Collado de Roblehondo, Tranco del Perro 20-4-96 *

La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La historia
La fragancia eterna

Fuente de los Astilleros, Tranco del Perro.
Duración aproximada: 8 horas
Dificultad : Media-Alta

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Río Guadalquivir
Vadillo, Cerrada de Utrero, Puente de las Herrerías,
Los Rasos, Nacimiento del río Guadalquivir 30-5-98 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

PUERTO DE LAS PALOMAS,
VADO ANCHO 1-5- 98 *

La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Por las cumbres del Salto del Moro 23-3-95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Por el camino del Poyo del Rey 13-4-95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

SALTO DEL MORO
PUENTE DEL HACHA *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Sierra de las Villas
2ª Versión: Mogón, Pantano de Aguscebas,
Cueva del Peinero, Charco del Aciete *

La distancia
El tiempo
El Camino
El paisaje
Rincones bellos
De interés

ALDEA DE LA HOYA

DEL CAMBRON 15-9- 95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

CORTIJO DE
HOYA REDONDA 29-8-95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna

CERRO DE MONTEAGUDO 12-11-95 *
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La fragancia eterna